

A close-up photograph of a man and a woman kissing. The woman has long, wavy, light brown hair and is wearing a dark top. The man has short, dark hair and a beard, and is wearing a blue and white striped shirt. They are both looking towards each other, and the woman's hand is visible on the man's chest. The background is bright and slightly out of focus.

*Entre el hielo
y el fuego*

GEMA MARTÍN MUÑOZ

ENTRE EL HIELO
Y EL FUEGO

Gema Martín Muñoz

Título: *Entre el hielo y el fuego*

© Gema Martín Muñoz, 2018

Diseño de la portada: Gema Martín Muñoz

Imagen de la portada: Pexels

Maquetación: Gema Martín Muñoz

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para aquellos que me siguen
desde el principio*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Bip, bip, bip, bip...

Ella quería convertirse en princesa. Le dio igual lo que tuviera que sufrir y el daño que les haría a las personas de su alrededor para que su deseo se cumpliera. Estaba cansada de ser el hazmerreír de todos.

Bip, bip, bip, bip...

En la habitación del hospital sólo se oyen los sonidos de las máquinas, que se encargan de contar los latidos de su débil corazón, haciendo un esfuerzo por sobrevivir, sin nada de alimento en su organismo que le dé fuerzas. Se alimenta de ella misma. En su estómago, tan pequeño como una pelota de *ping pong*, ya no puede entrar nada, porque al instante se vuelve insoportable, queriendo desechar lo poco que haya. Su cabello ya no es cabello, sino una mata sin fuerza, ni volumen ni brillo. Sus manos están hechas un desastre, con callosidades en los nudillos y uñas destrozadas. Los dientes luchan contra la acidez cada vez que se provoca el vómito, y este los va pintando poco a poco de amarillo. Labios secos y despellejados, costillas que están a punto de salir a la luz, rostro pálido con ojeras adornándolo...

Con apenas cuarenta kilos quiere sobrevivir. Lo necesita.

Bip, bip, bip, bip...

Escucha a alguien hablarle; es una voz masculina. Dulce pero grave. Se le nota el dolor en las palabras, pero ella no es capaz de descifrar el contenido; su mente lucha por hacerlo, pero continúa con los ojos cerrados. Sabe quién es el que le está hablando, lo sabe perfectamente. Su olor acapara sus fosas nasales y quiere abrazarlo. Sin embargo, su cuerpo débil se lo impide.

De repente, siente algo húmedo en su cuello mientras oye sollozos. Él está llorando. Ella piensa que es culpa de sí misma. No quería hacerle sufrir, pero no es consciente de lo que hace.

—Te quiero —le susurra él.

Ella también quiere decirle que lo quiere. Demasiado. Y que hará todo lo posible por recuperarse. Mientras, el sonido de las máquinas sigue en la habitación. Siente ganas de orinar y le duele todo el cuerpo. Desea despertarse y mirarlo a los ojos. Quiere prometerle que nunca más va a vomitar, aunque luego sea mentira. Pero quiere intentarlo.

—¿Qué haces tú aquí? —La madre de ella irrumpe en la habitación y él le suelta la mano—. No quiero verte por aquí. Por tu culpa mi hija está así.

—Ya me iba, señora —le responde él.

«No te vayas, por favor, te necesito», piensa ella.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a ella —lo amenaza la madre.

Ella continúa con los ojos cerrados.

Y las máquinas cuentan los latidos de su corazón.

Bip, bip, bip, bip...

* * *

Ella recorre el torso de su novio con las manos, pero él no siente nada con sus caricias; tan sólo gruñe. Luego la besa, imaginándose que es otra persona; entonces los besos se vuelven más intensos y la temperatura en la habitación empieza a subir. Ella posa sus labios en el cuello de él y lo succiona mientras le acaricia la espalda.

Él la detiene.

—Ya. Colócate como siempre.

Ella lo mira con las mejillas encendidas.

—Podríamos cambiar de postura —protesta. A continuación se da la vuelta y apoya las rodillas y las manos en el colchón.

Él se coloca el preservativo, se arrodilla, la agarra de las caderas y la penetra. En su mente aparece la imagen de *esa* persona y el ritmo de las embestidas va aumentando mientras fantasea con la mirada ansiosa de unos ojos azules.

—Álvaro... —pronuncia ella agarrándose con fuerza a las sábanas.

A él le da igual que susurre el nombre de otro. No siente nada por ella aunque estén juntos. Sólo tiene dudas y miedo por mostrar sus verdaderos sentimientos.

Cuando acaban, ella le pide que se quede, pero él dice que tiene prisa y se marcha. Por la calle se cruza con *esa* persona, que lleva puestos unos auriculares, sumergido en su música, aunque camina con el rostro entristecido.

—Hola.

Pero no recibe respuesta y la persona lo ignora. Ni siquiera lo ha mirado.

Decide ir a la iglesia para poder sentirse menos culpable de lo que está haciendo y sintiendo. Al llegar, se santigua y entra. Aún queda una hora para

la próxima misa, así que tiene tiempo de confesarse. Camina por la nave central, en dirección al altar, donde se encuentra el sacerdote preparando las cosas.

—Padre, necesito confesarme.

El sacerdote asiente y los dos se dirigen al confesionario.

—Ave María purísima —lo saluda el chico, y suelta un profundo suspiro.

—Sin pecado concebida —responde el sacerdote.

—Verá, Padre, yo... —Se piensa muy bien las palabras—. Tengo pensamientos impuros con otra persona mientras estoy haciendo el amor con mi novia y... —Se detiene un momento para armarse de valor y finalmente decir—: Y creo que soy gay.

Capítulo 1

Ari

Transito por una carretera solitaria con rumbo a algún sitio, muerta de frío. Me parece raro que no circule ningún coche por aquí. De pronto, diviso la figura de alguien a lo lejos, acercándose. O puede que no esté dirigiéndose a mí, sino que ande perdido como lo estoy yo ahora mismo. Conforme se va aproximando, su silueta me resulta familiar y, en cuanto reconozco de quién se trata, me da un vuelco al corazón.

—¿Papá?

No puede ser. Si mi padre murió hace más de dos años. Imposible. Tiene que ser un jodido sueño.

Pero no hago caso a mis pensamientos y me abalanzo sobre él para abrazarlo.

—Mi princesa. —Me achucha fuerte contra él y me acaricia el pelo, como hacía cuando era pequeña.

Lo echo de menos.

—Vuelve conmigo, por favor —le pido llorando en su pecho.

—No puedo, cariño.

Me aparto de él y lo miro, sorbiendo por la nariz.

—¿Entonces qué haces aquí? —le pregunto.

—Decirte que tienes que recuperarte. Sé que puedes hacerlo. —Me sonrío; después empieza a caminar por donde ha venido, alejándose poco a poco de mí.

—¡No te vayas! —grito.

Quiero salir corriendo detrás de mi padre, pero mis piernas permanecen quietas sin que yo pueda hacer nada.

—¿Quieres irte con él? —me interrumpe una voz, que me parece bastante raro escucharla.

Me doy la vuelta y me encuentro con una chica demasiado demacrada. Una chica con el mismo color de pelo que yo, pero sin brillo; con unos ojos iguales que los míos, pero apagados y tristes; la cara sin expresión alguna y el cuerpo muy delgado, vestida con la misma ropa que yo, pero que hace que se

le resalten todos los huesos.

Me da repelús mirarla.

—¿Quién eres tú? —exijo saber.

—¿No me reconoces? Soy Mía, y si vienes conmigo, te puedo llevar con tu padre —me explica sonriendo con maldad.

—Tú no eres nadie —replico—. Eres un sueño.

—No, Ariadna. Soy real. Te llevo acompañando durante meses sin que te dieras cuenta. Y pienso seguir manipulándote hasta que te sientas a gusto con tu cuerpo.

Me quedo mirándola con los ojos entornados durante un buen rato, hasta que me interrumpe el sonido tan familiar de una moto.

Cassie.

Se para a mi lado y Álvaro se quita el casco y se baja de ella.

—Sube —me pide.

Quiero irme con él, pero algo me lo impide. O mejor dicho, alguien.

—No te vayas con él —me ordena mi yo demacrada—. ¿Acaso no te acuerdas de cuando se metía contigo y tú llorabas? ¿No te acuerdas de que estuvo durante meses jugando contigo y riéndose de ti mientras tú, como una tonta, lo querías? ¿Y tampoco te acuerdas de cuando te abandonó la última vez que lo viste, dejándote hecha una mierda?

—¡Basta! —le grito, y me tapo los oídos, aunque no funciona y ella sigue soltando veneno de su boca.

—Nunca te ha querido, ni siquiera ha sentido algún tipo de afecto hacia ti. Sólo lo hacía porque se sentía culpable, y lo sabes. Lo que te pasa es que no te quieres dar cuenta porque estás ciega, pero esa es la realidad. Además, ¿quién te dice a ti que mientras ha estado contigo no se ha follado a media ciudad? Sabes que los tíos así nunca cambian. No te quiere. Siempre te ha despreciado.

Que se calle, por favor.

Álvaro me agarra del brazo y hace que me dé la vuelta hacia él. Me coge del rostro y me mira a los ojos con intensidad.

—Escúchame, enana. No le hagas caso. No existe. Es sólo tu imaginación. No quieras que te domine.

Las lágrimas empiezan a salirme a borbotones.

—Llévame contigo, Álvaro —le pido.

Alguien me tira del brazo, fuerte, y me separa de mi amor.

—¿Vas a creer a ese estúpido? —me espeta el zombie andante.

—¡Cállate, joder! —le espeta Álvaro, que me aparta de Mía y se interpone entre nosotras. Ella lo contempla con una mueca de asco.

—¿Qué eres tú? ¿Su superhéroe? —se cachondea.

A Álvaro le invade la rabia y le intenta pegar un puñetazo en la cara, pero fracasa, porque su puño acaba de traspasar el rostro de ella.

No existe. Es sólo una alucinación.

Mi amor se mira el puño, extrañado, y mi yo demacrada clava sus horrorosos ojos verdes en mí, que estoy parada detrás de Álvaro, observando la escena con la boca abierta.

—¿Te das cuenta de con quién estás? Si te vas con él, te va a pegar como ha intentado hacer conmigo.

Álvaro maldice entre dientes, se da la vuelta y posa sus manos en mi rostro.

—No le hagas caso. Sabes que nunca podría hacerte daño —me dice atrapando las lágrimas de mis mejillas, y yo me doy cuenta de que todo este rato he estado llorando.

—Estoy controlando tu vida y puedo hacer lo mismo en tus sueños haciendo desaparecer a este estorbo de aquí —vuelve a hablar la idiota.

Continúo llorando, y es entonces cuando Álvaro desaparece.

—¡Álvaro! —grito casi sin voz.

—Tienes que venirte conmigo. Es la única forma de que seas feliz.

—¡No! —vuelvo a gritar, pero nadie me oye—. ¡Nooo!

—¡Ariadna, hija! —escucho la voz atacada de mi madre.

Me despierto, gritando y temblando. No sé dónde estoy. Me siento desorientada, me duele la cabeza y tengo ganas de hacer pis.

—¿Dónde estoy? —pregunto respirando de manera entrecortada.

Noto un sudor frío por mi cuerpo y miro a mi alrededor. Estoy en la habitación de un hospital y tengo cables pegados a mi brazo, estorbando.

—Te desmayaste y te caíste por las escaleras del instituto —me responde mi madre sentada a mi lado, en la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Eh? —balbuceo sin saber de lo que me está hablando, y se me escapa una mueca de dolor—. Quiero ver a Álvaro. ¿Está fuera? Dile que entre, por favor.

Necesito saber que le sigo importando después de no haberlo visto durante tres días.

—No ha venido a verte —contesta, seca.

Todo mi mundo se desvanece en este momento. No le importo. Si le

importara, habría venido.

—Quiero irme a casa —digo—. Vámonos.

—No podemos todavía. Tenemos que esperar a que te den el alta.

Intento deshacer el nudo de mi garganta tragando saliva, pero no funciona. ¿Cómo sería la vida si yo no estuviera en este mundo? Imagino que mejor.

—No llores, Ariadna. —Mi madre me acaricia la cabeza mientras hago el esfuerzo por devolver mis lágrimas a su sitio—. Ese chico no te convenía.

Que se vaya.

—Déjame sola.

Nos interrumpe una enfermera bastante fea que tiene la nariz puntiaguda y que me recuerda a una bruja. Para colmo, viene con una bandeja llena de calorías.

No, no, no y no.

—¿Qué tal estás, Ariadna? —me pregunta.

Mal. Con el corazón hecho pedazos. Muriéndome por cada momento que pasa. Pensando en desaparecer lo antes posible de este maldito infierno.

—Bien —miento.

La enfermera del infierno, engordadora de niñas inocentes, pone la bandeja en una mesa y la acerca a mí. Observo lo que hay: un vaso de leche ardiendo, un zumo de naranja, dos tostadas y una manzana. ¿La manzana es para disimular que no me quieren hacer engordar? Porque no cuele. Después, la enfermera mira las máquinas que hay a mi lado, me dice «que aproveche» y se larga.

—Ariadna, tienes que comer, venga —me ordena la sargento.

Joder, ¿no tiene ningún juicio importante o qué? ¿Qué hace aquí conmigo?

—No tengo hambre.

—¿Sabes lo que me ha dicho la doctora? Que si no comes, te van a tener que alimentar mediante una sonda e ingresarte de por vida. Y no quieres eso, ¿verdad?

«Ya me las arreglaré para vomitarlo todo. No te preocupes, querida madre».

—Está bien. Comeré. —Finjo una sonrisa.

Mientras me como el desayuno con bastante asco, mi madre no me quita ojo de encima. Me está poniendo muy nerviosa y estoy por tirarle la leche ardiendo en su pelo rubio de bote. Finalmente, me lo acabo todo y mi barriga

empieza a hacer *glup glup*. Y con eso me quiere decir que eche las calorías cuanto antes.

—Me estoy meando —suelto.

—¿Sí? —Mi madre enarca una ceja, sorprendiéndose, como si mear fuera algo antinatural—. Espera que llame a la enfermera. —Y se va hacia la puerta.

Genial.

Glup glup.

«Gorda, estás engordando. ¿A qué esperas para echarlo?».

Glup glup. Glup glup. Glup glup.

Qué incomodidad tener la barriga llena.

La pesada de la enfermera vuelve, me quita los cables y hace el intento de ayudarme a levantarme.

—Puedo yo sola —digo, y me levanto con torpeza, pero al hacerlo, me tambaleo y vomito de manera involuntaria en el suelo.

—¡Pero, Ariadna! —chilla mi madre llevándose las manos a la cabeza.

—Me muero... —murmuro haciéndome la enferma.

—No digas tonterías.

La enfermera me vuelve a tumbar en la cama.

La odio. Me cae mal. Quiero irme.

—Vamos a hacerte más pruebas —me informa.

Estupendo. Más horas aquí metida oliendo a antiséptico y a ancianidad.

A la sargento le suena el móvil, se disculpa con nosotras y sale de la habitación para contestar la llamada. Así es esa mujer: no puede olvidarse de su querido trabajito ni cuando está la loca de su hija ingresada en el hospital y a punto de morirse.

—Tú, enfermera idiota.

Me está volviendo a colocar los dichosos cables y ni siquiera he podido hacer pis. El olor a vómito hace que me estén entrando ganas de vomitar otra vez.

—Me llamo Clara —me responde, ofendida.

—Me da lo mismo. Sólo quería hacerte una pregunta —le digo, y ella me mira con atención; entonces lo suelto—: La regla hace semanas que no aparece y creo que mi novio me ha dejado embarazada y se ha dado a la fuga. Me hice una prueba de las que venden en la farmacia, pero salió negativo, así que no me fio mucho. ¿Puedes llamar a mi doctora para que me haga una ecografía o lo que se haga en estos momentos para saberlo y pueda quedarme

más tranquila, por favor? Pero no avises a mi madre, que es capaz de darle una conmoción cerebral si se entera de que su querido yerno ha desvirgado a su inocente y loca hija, y que hay probabilidades de que sea abuela, seguramente de mellizos.

La enfermera se me queda mirando como si le hubiera contado un chiste malo. Creo que he sido muy bruta contando tantos detalles.

Y justo en este momento, entra mi hermano con Almudena.

—Ari —me saluda Pablo, que sostiene un osito de peluche gigante, y se acerca con su novia; luego los dos estudian el regalito que hay en el suelo y hacen una mueca de desagrado—. Mamá ha ido a casa a arreglarse. Nosotros nos quedamos contigo.

—Voy a avisar a la doctora y a alguien para que limpie eso —interviene la enfermera idiota, y se marcha de la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Almu.

—Como una mierda —contesto, y ella me sonríe con ternura.

—Toma, Ari. —Mi hermano me tiende el oso de peluche, que es más grande que yo—. De parte de Álvaro.

—¿Ha venido? —inquiero, esperanzada y con voz de pito.

—Entró ayer a verte, pero mamá lo echó de aquí, así que me entregó el oso para que te lo diera yo —explica mi hermano.

Será embustera la sargento... ¡La odio!

Observo el oso y me doy cuenta de que lleva un pequeño sobre de color rojo en sus brazos. Se lo quito y saco la nota que hay dentro.

«Me tienes a tu lado, pequeña. Sabes que jamás te dejaría sola. Te quiero»

Ahogo un gritito de alegría.

—¡Que Álvaro me sigue queriendo! —grito como una demente, mirando a mi hermano y a Almu, que sonríen.

—¿Acaso lo dudabas? —inquiere Pablo.

—Ese chico es la persona más cabezota que he conocido —comenta Almu.

Achucho al oso con fuerza y me entran unas ganas tremendas de fugarme del hospital, con la horrible bata que me han puesto, para salir en busca de mi amor.

Vale, parezco una tarada.

Capítulo 2

Álvaro

Estoy tumbado en la cama, admirando el dibujo que hay colgado en la pared: el que me hizo Ari por mi cumpleaños. Quiero volver a ese momento en el que nos hicimos esa foto. Quiero volver atrás en el tiempo para impedir cada una de las veces en las que se ha ido metiendo poco a poco en esa mierda. Quiero que volvamos a ser ella y yo.

Quiero que seamos nosotros.

Me incorporo sobre la cama, me estiro y me restriego los ojos, que me escuecen como si me hubiera pasado tres cebollas por cada uno, de lo rojos y llorosos que los tengo. No tengo fuerzas para nada. Cinco minutos después, me armo de valor y logro levantarme para ducharme. Cojo una camiseta del suelo y la huelo. Sucia. Hago lo mismo con otra. Sucia. Agarro tres más. Todas sucias. Bufo. Voy a mi armario y me hago con una limpia.

Para cuando salgo de la ducha, ya estoy oliendo a café, proveniente de la cocina. Mi madre me mira preocupada. Sabe lo que me pasa; se lo conté todo anoche en cuanto llegué del hospital, después de que la madre de Ari me echara a patadas, literalmente, de allí. Me empezó a gritar y a amenazar con que si me acercaba a su hija, me iba a denunciar o poner una orden de alejamiento. Mi madre me dijo que eso no lo estaba diciendo ella, sino su dolor de ver a Ari así, que busca culpables más allá de la enfermedad. Y creo que lleva razón.

—¿Cómo estás, hijo? —Mi madre se acerca a mí y me acuna entre sus brazos.

—Igual —respondo—. ¿Has hecho café suficiente?

—Claro.

Cojo una taza de uno de los armarios y me sirvo café, que está ardiendo. Luego le pido a mi madre su móvil por si hay noticias, ya que el mío lo tiré al mar por estúpido, y observo que hay un mensaje de mi prima.

SANDRA: «Ari ya se ha despertado. ¿Vas a venir a verla?»

Le contesto de inmediato.

YO: «Por supuesto. Y me da igual que la bruja me eche»

Necesito verla. No quiero que crea que no me preocupo por ella. Aunque estoy seguro de que, en estos momentos, me odiará.

—¿Vas a ir al hospital? —Mi madre me saca de mi ensimismamiento.

—Sí. —Me termino el café—. Oye, ¿papá y tú conocéis a esa mujer? —le pregunto refiriéndome a la madre de Ari.

—No, ¿por qué lo dices?

—Porque me dijo algo de que le daba igual quiénes eran mis padres.

Mi madre me mira y frunce el ceño.

—Pues no lo sé, Álvaro. ¿No me has contado que es abogada? A lo mejor tu padre sí que la conoce —me dice—. ¿Quieres que te lleve en el coche? Quiero saber cómo está Ari.

—Vale.

De camino al hospital, llamo a Mel y a Sergio para contarles lo que ha pasado, y me aconsejan que le plante cara a la sargento. Para cuando llegamos a nuestro destino, me despido de mis colegas y le devuelvo el móvil a mi madre. Atravesando la entrada, me choco con un chico rubio.

Es Mateo, el novio de Chris.

—Joder, tío, a ver si miras por donde vas —le espeto, pero no se inmuta y sigue su camino. Paso de él y me acerco a Chris, que está de pie, de brazos cruzados y mirando a la nada con ojos llorosos.

Me da un vuelco al corazón al pensar que tiene que ver con Ari.

—¿Le ha pasado algo a Ari? —inquiero; la voz me tiembla.

—¿Eh? —Chris me mira como si no supiera de lo que estoy hablando; después cae en la cuenta—. Ah, no. Ari está bien —contesta con voz ronca—. Ve con ella.

—¿Entonces qué coño te pasa?

—Nada. —Sorbe por la nariz—. En serio, ve con Ari. Te necesita más que yo.

Lo señalo con el dedo índice.

—Después me lo cuentas, si no, te pego una paliza.

Chris hace el intento por sonreír y le doy una palmadita en la mejilla, en plan cariñoso. A continuación, me encamino con mi madre hasta la planta donde se encuentra la habitación de Ari, y Lucifer, en cuanto me ve, viene

hacia mí con su cara de mosqueo junto con la madre de Diego.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Es que no escuchaste lo que te dije ayer? —me espeta la sargento. Acto seguido, mira a mi madre de arriba abajo con aversión.

—Tengo derecho a verla. Me da igual si te gusta o no —le contesto manteniendo mi mirada fija en sus ojos cansados.

—Ella no te quiere ver.

Joder, me está empezando a hinchar mucho las pelotas esta mujer.

Mi madre, que se ha dado cuenta de mi mala hostia, pone su palma en mi hombro para que la rabia no se apodere de mí y acabe volviéndome loco.

Respiro hondo.

—Déjame verla —le pido a Lucifer, y cambio mi expresión de cabreo por mi tierna cara de cachorrito, con la que es imposible no resistirse—. Por favor.

Blanca le susurra algo a ella al oído.

—Está bien —desiste la sargento—. Pero poco tiempo.

Asiento y me dirijo a la habitación más contento que un perro cantando. Una vez dentro, veo a Ari sentada en la cama, dándole golpes al mando de la televisión.

—Hola —interrumpo la matanza hacia el pobre cacharro.

Me mira, hace una mueca de desagrado y se tumba hacia el lado de la ventana, dándome la espalda. Genial. Me interpongo entre ella y la ventana, e impido que continúe mirando los árboles de fuera. Mis labios sonríen al encontrarme con el oso descansando en la mesita.

—Ari —susurro posando mis ojos en ella, pero se vuelve a dar la vuelta, dándome la espalda otra vez—. Imagino que estarás enfadada conmigo. —Suspiro, cruzo hacia el otro lado y la miro; ella refunfuña y se tapa la cabeza con la almohada—. Soy un gilipollas, ¿vale? No debí dejarte sola. Ari, por favor, perdóname. No quiero perderte.

Nada. Sólo bufidos.

—Háblame, por favor —insisto mirando la almohada—. No soporto estar así contigo. Entiéndeme, estoy cagado por lo que está pasando. No quiero que te pase nada; quiero que estés bien de una vez por todas. Eres lo más importante que tengo. Si te pierdo, no sé lo que haría. —Se me forma un nudo en la garganta—. Déjame volver a estar a tu lado. No me apartes de ti. Sé que me necesitas al igual que yo te necesito a ti. Y más ahora...

Ninguna respuesta y yo me estoy viniendo abajo.

—Dime algo. Si no quieres volver a verme, me iré. Pero, por favor, di algo.

Tras unos segundos de silencio, esperando a que reaccione, me pongo a llorar como un estúpido. Ari se incorpora y me contempla sin expresión alguna, disfrutando viéndome de esta manera.

—¿Has acabado? —quiere saber.

Observo sus fríos ojos verdes.

—Sí —respondo con la voz áspera, y carraspeo.

—¿Puedes mirar lo que le pasa al mando? No funciona. —Me tiende el cacharro.

—¿Qué?

—Quiero ver la tele.

Se lo arrebato de las manos, no entendiendo su comportamiento, y le quito la tapa donde se guardan las pilas.

—No tiene pilas —digo.

—Pues vaya mierda. —Se cruza de brazos, indignada.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—No estoy sorda —me espeta.

Me siento en el filo de la cama y suelto un largo suspiro.

—¿Y no me dices nada?

—¿Y qué quieres que te diga, Álvaro? —me responde; después traga saliva—. Lo mejor será que te olvides de mí. No quiero hacerte sufrir.

¿Pero qué cojones me está diciendo?

La miro y ella agacha la cabeza.

—No te voy a dejar sola. —Acerco mi mano a su cara y me quedo pensando en si debo acariciarla o no. Finalmente, lo hago y Ari recibe mi caricia cerrando los ojos, pero cuando los abre, lucen vidriosos—. Hey, no, Ari. —Decido envolverla con mis brazos mientras se desahoga llorando—. Nunca te abandonaré, y menos sabiendo que podemos tener un bebé.

Se aparta de repente y se seca las lágrimas.

—No existe ningún bebé —suelta.

—¿Cómo? —No sé si alegrarme o derrumbarme. Ya me estaba haciendo a la idea de ser padre tan joven—. ¿No estás...?

Niega con la cabeza.

—Vaya... —murmuro, y me rasco la nuca, un poco decepcionado.

—La doctora me ha dicho que es un retraso, que mi cuerpo se está volviendo loco por todo lo que estoy haciendo.

—Vaya... —vuelvo a contestar, y Ari suelta una risita, burlándose de mí.

—¿Qué te pasa? ¿No me digas que querías ser papi?

—Bueno... —digo, e intento buscar las palabras adecuadas—. No es eso. Sólo me hacía ilusión tener un Alvarito contigo.

Mi amor se empieza a reír como una chiflada y yo esbozo una amplia sonrisa. El ataque de felicidad le dura hasta que nos interrumpe Lucifer entrando en la habitación.

—Ya te puedes ir —me ordena la sargento.

—Mamá... —la llama Ari con los ojos vidriosos por la risa.

—¿Y esos ojos? ¿Ya te ha hecho llorar este desgraciado? —inquieta la otra con los brazos en jarras—. Si es que sabía que no tendría que haberlo dejado entrar.

—Mamá, no ha hecho nada —interviene Ari con voz cansada.

—Tu doctora viene ahora, así que mejor será que el quinqui se vaya.

—Odio estar aquí —refunfuña mi amor.

—Te pondrás bien —le aseguro—. Después vengo, ¿vale? Voy a ver cómo está Chris, que me lo he encontrado llorando.

—¿Qué le ha pasado? —inquieta, preocupada.

—No lo sé. Creo que se habrá peleado con su novio.

—Pobrecito.

Durante unos segundos, debato conmigo mismo si puedo darle un beso con su madre mirando de brazos cruzados, pero imagino que Lucifer será capaz de sacar su escopeta y pegarme cuatro tiros.

—Adiós, Álvaro —se despide mi amor, pero sé que está esperando algo.

¡Qué coño! Aproximo mi rostro al de Ari y le doy un suave beso en los labios. Oímos los gruñidos de su madre y sonreímos.

—Te quiero, enana —le susurro.

Isabel permanece mirándome muy seria, pero antes de salir de la habitación, le dedico una sonrisa triunfal y mi madre entra un momento para saludar a Ari, mientras yo aguardo fuera.

—¿Cómo ha ido con ella? —me pregunta mi madre cuando sale, minutos después—. Se la ve mejor.

—Está de puta madre.

Nos marchamos del hospital y nos metemos en el coche. Mi madre pone a Camela en la radio y a mí se me escapa una risa. En la mansión de Madrid siempre lo ponía a todas horas, y Mimi y yo nos sabíamos las canciones de memoria; acabamos aborreciendo a ese grupo.

—Me he tomado un café con la madre de Ari y la otra mujer —me cuenta con la vista fija en la carretera.

—¿Qué? —La miro como si se hubiera vuelto loca.

A saber de lo que habrán hablado de mí. Seguramente me habrán puesto a parir.

—Me ha parecido una estirada —comenta—. Pero está muy preocupada por su hija.

—¿Habéis hablado de mí?

Nos detenemos en un semáforo y mi madre ladea su cabeza hacia mí.

—Claro. Te he vendido bien. Le he dicho que eres muy responsable y que siempre me ayudas en casa. Ah, y que nunca me has dado ningún disgusto.

Sonrío, negando con la cabeza.

—Pero si todo eso es mentira.

—¿Y qué? —Se encoge de hombros—. Por lo menos, que se lleve una buena imagen de ti. Aunque la otra mujer dice que eres un chico muy bueno.

Me río al imaginarme la situación: mi madre hablando de mí con las dos pijas mientras ellas la juzgan con la mirada y con la nariz arrugada.

Surrealista.

Le pido a mi madre que aparque frente a una tienda de teléfonos para comprarme una tarjeta nueva con el mismo número, ya que no puedo estar incomunicado en estos momentos. Además, tengo que llamar a Chris, que me tiene un poco preocupado.

En cuanto llegamos a casa, voy a mi cuarto, saco el móvil de repuesto de la mesita de noche y le meto la tarjeta. Lo pongo a cargar y me tiro en la cama para ver las notificaciones. Me doy cuenta de que hay un mensaje privado en Facebook de alguien que no tengo agregado.

Natty Sant Castelló: «Tu novia se lía a tus espaldas con Diego. Compartimos cuernos :)»

Pincho en su perfil para ver de quién coño se trata.

Es la novia, bueno la ex, de la almorrana.

No pienso creerme lo que me acaba de decir. Estoy seguro de que estará dolida por la ruptura con ese y se dedica a meter mierda entre nosotros. Sin embargo, ahora todo cuadra en mi cabeza como un puzle de quinientas piezas: los comportamientos raros entre Ari y Diego, lo nerviosa que se ponía ella cuando lo mencionaba a él...

No, no puede ser. Ari nunca me haría daño. Al menos, no de manera voluntaria.

No sé qué pensar. Como sea verdad, pienso arrancarle la cabeza a ese subnormal.

Capítulo 3

Chris

Todavía no me lo creo. Vamos, es que ni me cabe en la cabeza lo que acaba de pasar. Estoy cabreado con el mundo entero, pero, sobre todo, con él. Qué idiota soy. Y pensar que me quería... Tengo muchas ganas de gritar ahora mismo hasta quedarme sin voz.

Idiota. Idiota. Idiota.

Que soy demasiado inmaduro, dice. Que no soy valiente por no ir diciéndole a todo el mundo lo que soy. Que soy un cobarde con mis padres. Que me escondo de todos. Que no es por mí, que es por él, que necesita a alguien con la fuerza suficiente como para no importarle lo que piensan o pensarán los demás...

Lo peor de todo es que tenía razón, pero no se la he dado.

Maldito Mateo. Si me quisiera, aunque sea un poco, lo entendería. Pero no. En vez de apoyarme, me deja. Una decisión muy bien razonada, sí. Luego el inmaduro soy yo...

Me está jodiendo mucho no tener a mi mejor amiga ahora para contárselo todo mientras nos zampamos un bote de helado de chocolate, despotricando a ese capullo. Pero no quiero preocuparla con mis problemas, que bastante tiene ya con los suyos como para soportar las tonterías mías.

—¿Me estás escuchando?

—Ajá —respondo con la vista perdida.

Tengo que dejar de pensar en Mateo. Que le den. Que se vaya a bailar fandangos por todos los pueblos de España. Me da igual. Y que se lleve a su loro Memo con él, al que le daba siempre cacahuetes cuando iba a su casa y me llamaba «gilipollas» con su voz de pito.

—Pues eso, Chris, que la ex de Diego me ha mandado un mensaje diciéndome que Ari está liada con él.

—Ajá —vuelvo a contestar.

Mateo. Porque de bueno soy tonto, si no, le hubiera dado una merecida bofetada en cuanto me ha dicho esas palabras en el hospital.

—¿Quieres que follemos salvajemente en mitad de la calle?

—Ajá.

Un cojín se estampa en mi cara y me saca de mis pensamientos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —pregunto volviendo a la realidad.

—Joder, tío. Yo, contándote mis problemas, y tú, pasando olímpicamente de mí mientras piensas en la polla de tu novio —me reprocha Álvaro desde el otro sofá.

Ha aparecido antes aporreando la puerta de mi casa como un loco y, cuando le he abierto, ha empezado a decir cosas incoherentes sobre Ari, Diego, la ex de no se quién y mensajes de Facebook.

—Perdona. Es que... Lo hemos dejado —confieso.

—¿En serio? ¿Por eso estabas llorando antes? —se sorprende—. ¿Y por qué ha sido? ¿Por discutir quién sería el hombre de la relación? —Se carcajea.

Qué cabrón es. Pienso vengarme por lo que ha dicho.

—No —respondo, serio; después me levanto del sofá y me siento a su lado. Finjo un suspiro y él me mira con atención—. Ha sido... porque... me gusta otra persona.

—Guau.

—Mira, te voy a enseñar quién es. —Saco mi móvil del bolsillo—. Acércate.

—A ver...

Conforme se va a arrimando, me acerco a su oreja y le pego un mordisco en ella. Álvaro da un respingo y se levanta con rapidez del sofá.

—Me gustas tú, guapetón —digo con voz sensual y poniéndole ojitos.

Menuda cara de haber visto un fantasma se le ha quedado.

—¿Qué dices? —Se limpia la oreja con la mano, haciendo una mueca de asco, y yo no aguanto más y me empiezo a reír a carcajadas—. Te voy a arrancar la lengua, pedazo de subnormal.

Yo sigo riéndome hasta que me duele la barriga, y Álvaro me tira una lata de cerveza a la cara.

—Mariquita... —murmura sonriendo.

—Si estás intentando insultarme, búscate otra palabra para hacerlo, porque esa no hace efecto.

—Joder.

—Bueno, ¿qué me estabas contando de la ex de no se quién? —inquiero cambiando de tema.

—La ex de Diego me ha enviado...

Y es entonces cuando nos interrumpe mi padre entrando al salón sin saludar. Se quita los zapatos y se tumba en el otro sofá a ver la tele con cerveza y cigarro en mano. Yo le hago una seña a Álvaro para que continuemos hablando en otro sitio.

—Nos vamos —le digo a mi padre, que ni se molesta en contestar.

Salimos de mi casa y nos encontramos a Mónica y a John dándose el lote en la calle. Qué envidia. Ojalá pudiera estar yo así sin importarme lo que piensen los demás de mí. Aunque ya no puedo hacer eso; el idiota de Mateo me ha dejado.

—Otra vez estás pasando de mí como de la mierda —la voz de Álvaro me sobresalta, y lo miro.

—Perdona. ¿Qué decías?

—Te preguntaba si querías ir a algún sitio a tomar algo mientras te cuento el tema de la almorrana con Ari.

Me hacen gracia los motes que le pone al pobre Diego. No le ha hecho nada para que le caiga así de mal.

—Vale —digo.

Caminamos hasta un bar cercano a mi casa y entramos. No hay demasiada gente, así que mejor para nosotros. Nos sentamos a una mesa y viene una camarera bastante mona a atendernos. Yo pido una Coca-Cola y Álvaro una cerveza; después la camarera se va, no sin antes coquetear con mi amigo mientras él le sonrío con amabilidad.

—Ahora que te han cazado, no puedes tontear con nadie —le recuerdo riéndome.

—Tampoco es que me importe mucho. —Se encoge de hombros y saca su móvil—. Mira, te voy a enseñar la conversación que he tenido con la tal Natty. —Me tiende el aparato—. Léela.

Cojo su móvil y la camarera vuelve con nuestro pedido, acompañado de un papelito, que se lo deja a Álvaro en su sitio de la mesa de manera descarada.

—Que aproveche —le dice ella con voz melosa, y se vuelve a marchar.

¿Yo soy invisible o qué? A todos los clientes se nos debe tratar de la misma forma. No estoy diciendo que me tire los trastos, pero, por lo menos, que se digne a mirarme y que me diga que me aproveche la Coca-Cola.

Álvaro lee el papel y se ríe.

—Yoli —dice, y me lo enseña. Esa chica ha escrito su número y su nombre—. ¿Lo quieres para ti?

—No, gracias. No es mi tipo.

—Lee la conversación —me ordena tras dejar el papelito sobre la mesa, y se bebe un trago de su cerveza.

Le hago caso y leo en silencio, sorprendiéndome por cada mensaje que enviaba Natty. Al parecer, Diego le contó a ella cuando se fue a Barcelona que se había enrollado con Ari y que por eso lo dejaron. Álvaro le ha contestado que eso no era verdad, que se lo estaba inventando todo. Natty contraatacó diciendo que él no se enteraba de nada por los cuernos que le estaban saliendo. Y al final mi amigo la ha mandado a tomar por culo, palabras textuales, y ya no han hablado más.

—Joder —mascullo todavía impresionado.

—¿Qué opinas? ¿Te lo crees?

Le doy un trago a mi Coca-Cola, pensándome muy bien las palabras, antes de contestar.

—Pues no.

No creo que mi amiga haya hecho una cosa así. Es imposible. Adora a Álvaro. Pero, claro, Diego y ella han estado muy raros.

—Tienes que hablar con Ari para que te quedes más tranquilo —le sugiero.

—Joder, que nos acabamos de reconciliar. No puedo soportar discutir con ella otra vez. Me va a mandar a la mierda, y más estando como está. —Se pasa la mano por el pelo, nervioso—. ¿Y si hablo con la almorrana?

Me encojo de hombros.

—Pero háblale como las personas normales, no te vayas a poner agresivo.

—Si me toca mucho los huevos, sí.

Ya me estoy viendo a mí mismo visitando a alguno de los dos en el cementerio, junto con Ari llorando hasta deshidratarse.

Mientras nos terminamos lo que nos queda de beber, pedimos otra ronda y yo le cuento lo que me ha pasado con Mateo.

—Qué cabrón el rubiales —comenta mi amigo—. Y parecía buena gente.

—Ya.

—No seas idiota y pasa de él. Es un egoísta.

Qué raro. Este tío dándome consejos a mí. Estoy por grabarlo con el móvil.

En cuanto terminamos, nos despedimos y cada uno se va a su casa. Pero cuando me encamino hacia la mía, me encuentro con John saliendo de la de Ari. Sólo le falta dormir ahí. Seguramente me insultará con algún comentario

homófono.

—¡Hola! —me saluda con demasiada energía y sonriendo.

Lo miro, extrañado. No sé qué le ha dado ahora por saludarme cada vez que me ve; prefería sus insultos, porque no sé cómo comportarme. Aunque hoy voy a hacer el esfuerzo por ser simpático y le voy a devolver el saludo.

—Hola —digo más seco que un desierto.

—¿Cómo anda tu amiga?

—Con las piernas —respondo en tono jocoso, y él me dedica una media sonrisa. Venga, voy a intentar no ser borde con este idiota—. Es broma. Aún no le han dado el alta. Sigue en el hospital.

—Vaya susto que os habéis dado, ¿eh? Espero que se mejore pronto.

—Ya, eso espero yo también.

—Bueno, yo me voy a mi casa. Ya nos vemos, Chris —dice dándome una palmada en el hombro, y se marcha.

Me quedo perplejo al acabar de presenciar esta conversación. Sus amigos y él siempre se han metido con Ari y conmigo desde que éramos unos críos, y ahora finge estar preocupado. Imagino que le habrá causado remordimientos el accidente de Ari, porque si no, no me lo explico.

Entro en mi casa y me dirijo al salón. Mi padre está roncando en el sofá con la tele encendida, así que decido subir a mi habitación y me siento sobre el alféizar de la ventana a mirar el móvil. Tengo dos conversaciones abiertas, una de ellas es de un número que no conozco, y la otra es de Álvaro, de antes de venir a mi casa.

MI AITOR: «Tío, dime que estás en tu casa, que te tengo que contar una cosa con la que vas a flipar»

Pongo los ojos en blanco. El mote se lo puso Ari un día que dejé el móvil a la vista y sin contraseña.

Abro la otra conversación.

«Hola»

¿Quién diablos será? Pincho para ver su foto y aparece un loro en ella. ¿Es en serio? Puede que sea el tonto de Mateo, pero ese loro no es el suyo.

YO: «Vete a tomar por culo»

Creo que paso demasiado tiempo con Álvaro.
Anónimo me responde:

«¿Perdón?»

YO: «No te hagas el idiota (aunque lo seas), que sé quién eres»

ANÓNIMO: «¿Y quién soy?»

Está intentando sacarme de mis casillas este memo.
Memo, como el nombre de su loro.

YO: «El idiota más grande de los idiotas»

ANÓNIMO: «Mmm... Interesante»

Lo bloqueo en WhatsApp. No pienso dejar que se siga mofando de mí.
Cuando pasan un par de minutos, me llega un SMS. Hace ya tanto tiempo que no hablo con nadie por SMS que me parece raro recibir uno que no sea de *Robofón*.

Es Anónimo otra vez.

«¿Por qué me bloqueas?»

Paso de gastar saldo con un imbécil, así que lo ignoro.

Capítulo 4

Diego

Estoy mirando el soso papel con el que está cubierto el regalo de Ari. Lo hubiera envuelto con uno más llamativo que le alegrara el día, pero en la tienda del todo a cien sólo quedaba uno de color naranja. Le he comprado un libro; no se lo regalo por nada en especial, sólo para que se dé cuenta de que no está sola en esto y de que me tiene a mí para apoyarla. También he decidido comprárselo porque me siento un pelín culpable de haberme comportado como un tonto con ella desde hace días. En realidad es una tontería, pero me hacía ilusión. Seguro que le gustará. O espero que le guste. No estoy muy seguro, pero creo que he elegido bien, y voy a dejar de comerme el tarro ya, que me enrolló como las persianas conmigo mismo.

Toco en la puerta de su habitación del hospital y entro. Observo a Isabel leyendo una revista en el sillón y a Ari sentada en la cama, comiendo como si le costara la vida. Las dos ladean sus cabezas hacia mí.

—Hola —las saludo.

Ari se vuelve a concentrar en su comida, amontonando las verduras en una esquina, y su madre se levanta.

—Hola, Diego. —Me da dos besos—. ¿Te quedas con ella? Me apetece tomar un café. No voy a tardar mucho.

—No pasa nada, Isabel. Tarda lo que quieras —le digo.

—Perfecto —contesta, y después se acerca a mi oído—. Vigila que se lo coma todo.

Asiento y ella se marcha. A continuación, me acerco a Ari, que está removiendo un puré verde con la cuchara.

—Hola, Ari. —Me quedo de pie, mirándola.

—¿Esto te parece comestible? —me pregunta refiriéndose al puré, mientras alza la cuchara llena—. Menudo asco.

Sonrío.

—Hay cosas peores.

—¡Pero si tiene grumos! Es vomitivo.

—Te he traído una cosa —le digo tendiéndole el regalo—. Sé que he

estado muy raro contigo estos días, pero lo siento mucho.

—No importa. —Esboza una sonrisa y me quita el paquete de las manos de un tirón.

—Espero que te guste.

Lo abre rápidamente y se encuentra con un ejemplar de *En la puerta de al lado*. Abre los ojos como platos y empieza a manosear la portada, luego se lo acerca a la nariz y lo huele, pasando las páginas; después lo vuelve a manosear sin parar de sonreír.

Le ha encantado.

—Siempre he querido leer este libro —comenta, y lo abraza—. Es precioso. Muchas gracias, Diego.

Verla así de contenta me hace muy feliz.

—Me alegro de que te guste. Pero antes... —Le quito el libro de las manos y señalo su comida—. Tienes que comerte todo eso, si no, lo devuelvo a la tienda.

Hace pucheritos como una niña pequeña.

—Sabía que era una trampa —dice, y se cruza de brazos, enfurruñada.

Me siento en el filo de la cama y observo cómo come. Le cuesta mucho, pero tiene que hacerlo por su bien.

Me interrumpe mi móvil vibrando en el bolsillo de los vaqueros. No le hago caso y sigo viendo a Ari comer, pero el aparato continúa dándome la lata sin parar y me estoy poniendo bastante nervioso. Será la pesada de Natty otra vez, que lleva varios días molestándome a mensajes y llamadas diciendo que lo siente y que me quiere y blah, blah, blah.

—¿Por qué no coges tu móvil? Me parece que está vibrando —comenta Ari, y se mete un trozo de zanahoria en la boca.

—No es nada importante.

Para cuando termina de comer, su madre ya está de vuelta y regresa acompañada de Álvaro. Vienen discutiendo, cómo no. Isabel le dice que no la puede ver, pero él se empeña en que sí, y están alterando a Ari.

—¿Y por qué este mendrugo sí puede y yo no? —inquire Álvaro señalándome a mí con su cabezón.

Me ha llamado mendrugo.

—Mira, haz lo que te dé la gana —le espeta Isabel.

El otro sonríe mostrando sus perfectos dientes blancos, que dentro de nada se le pondrán amarillos por fumar como un carretero.

—Ariadna, ve preparándote, que nos vamos ya. Te han dado el alta —

ordena Isabel, y vuelve a salir de la habitación.

—Por fin —murmura Ari mirando al techo.

Álvaro se acerca a ella, le da un beso y la abraza delante de mí, que permanezco sentado en la cama.

—Te he echado de menos —oigo susurrar a Álvaro.

Suficiente.

Me levanto de la cama y dejo el libro de Ari encima.

—Me tengo que ir ya, Ari —los interrumpo, y Álvaro me dedica una mirada escalofriante que hace que quiera salir corriendo de aquí—. Ya hablamos... —Y me marcho fuera.

—¿Te vas ya, Diego? —me pregunta la madre de Ari cuando me ve salir de la habitación.

—Sí.

—Nos vamos ahora. ¿No quieres venirte con nosotros?

—No. Tengo la bici fuera —le respondo, amable.

—Ah, pues adiós, entonces.

Salgo del hospital, le quito el candado a mi bici y me encamino hacia mi casa mientras mi móvil no para de vibrar guardado en mi bolsillo. En cuanto llego a mi destino, subo hasta mi cuarto y descuelgo la llamada.

—Vale ya de llamarme, ¿no?

—Diego, por favor. Escúchame. Lo siento mucho, de verdad —contesta Natty sin hacer una pausa entre las palabras—. Fui una tonta. Te quiero a ti. Volvamos a estar juntos... Nos necesitamos.

—Yo no te necesito a ti —respondo, tajante.

—¡Claro que me necesitas! —chilla, y por un momento, creo que me ha dejado sordo—. ¡Nadie te va a querer como lo hago yo! ¡Te vas a quedar solo!

No me puedo creer la de perlas que están saliendo de su boca.

—Natalia, cállate.

—¡Es la verdad! —vuelve a gritar, y yo aparto un poco el móvil de mi oreja, por si acaso—. ¡Esa gorda pasa de ti! ¿O es que no te das cuenta de que quiere al otro mientras tú estás detrás de ella sacando la lengua y moviendo la colita?

Madre mía, nunca la había visto tan posesiva. Esta no es la Natty con la que he estado saliendo.

—¡No quiero volver contigo! —estallo—. ¡Y no la llames gorda! Más quisieras tú parecerte a ella.

—Diego, estás muy perdido. —Y me cuelga.

Y que hayamos terminado de esta forma con lo que nos queríamos y lo bien que nos hemos llevado siempre. Está claro que una chica y un chico no pueden ser amigos sin que ninguno de los dos sienta algo más.

Me apetece escribir un poco para olvidarme de todo, así que me siento en el escritorio y abro el portátil. Me pongo mis gafas de pasta negra y empiezo a escribir mientras las ideas de mi cabeza salen por mis dedos. Cuando llevo más de una hora en otro mundo, alguien toca el timbre de la puerta y yo suelto un bufido. Bajo las escaleras y, en cuanto abro, me encuentro con Álvaro fingiendo una sonrisa.

—¿Qué pasa, Caracartón? —me saluda.

—¿Qué quieres?

—¿No me dejas pasar? —pregunta sin dejar de sonreír; luego me aparta y entra.

—¿A qué has venido?

Se queda mirando el recibidor, curioso, y pasa su dedo índice por el mueble de madera que hay.

—¿Tienes cervezas? —quiere saber, y sin esperar a que yo diga nada, atraviesa el pasillo como si estuviera en su casa, hasta dar con la cocina.

Voy detrás de él.

—No estás en tu casa.

El tarambana abre la nevera y saca una lata de cerveza sin alcohol, de las que se bebe mi madre.

—Sin alcohol. Qué asco —murmura mirándola con una mueca de desagrado. Sin embargo, la abre y le da un trago.

—¿Tú no estabas con Ari? —inquiero de brazos cruzados y fundiéndolo con la mirada.

—La he dejado durmiendo después de haberle hecho el amor en su cama. Follar tras una reconciliación es la hostia, ¿a que sí? —me dice en tono burlón.

—Supongo. —Me encojo de hombros, indiferente.

—Y, cuéntame... —continúa, pero antes le da otro trago a la cerveza—. ¿Qué se siente al morrearte con mi novia?

Abro los ojos como platos, sorprendido.

—¿Cómo?

Ya está. Ya se lo ha contado. Estoy muerto.

—¿Estás sordo o qué? Me has entendido perfectamente. —Su sonrisa

fingida desaparece y yo ya estoy viendo aparecer los dientes al lobo.

—Yo no me he besado con Ari —replico, y me rasco tras la oreja, inquieto.

—Pues ella no dice lo mismo. —Sigue estudiando cada una de mis expresiones con sus ojos oscuros, parecidos a los de algún tipo de animal carnívoro.

Parecería un cobarde si salgo corriendo ahora mismo, ¿verdad?

—Yo... —balbuceo—. Fue sin querer.

Esto no hay quien se lo crea.

Álvaro sonrío de manera irónica.

—Besa de puta madre, ¿verdad? —me dice dedicándome una mirada de asesino en serie—. ¿También te pajeas pensando en ella?

Trago saliva.

—Fue mi culpa —intervengo intentando parecer valiente—. Yo la besé. Pero ella... Ella no hizo nada. Se apartó.

No dice ni pío; ni siquiera sonrío. Sólo me contempla mientras planea ahorcarme con sus propias manos.

Socorro. Necesito un portal mágico.

Y es entonces cuando el tarambana se acerca deprisa a mí, sin que me dé tiempo a huir, y me da un puñetazo en la cara. Después me agarra del cuello de la camiseta y choca mi espalda contra la pared.

Yo soy un poco más alto, pero él es más fuerte.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a ella —me advierte con los ojos llenos de furia.

¿Pero quién se cree este tío para prohibirme ver a mi mejor amiga?

—Como se entere Ari de lo acabas de decirme, me parece que el que no se va a volver a acercarse a ella vas a ser tú del cabreo que se va a pillar contigo —le digo todavía con el dolor del puñetazo en la cara, y lo aparto de un empujón.

Ahora sí que está muy cabreado. Demasiado. Segundos después me vuelve a pegar otro puñetazo, pero esta vez en el estómago. Me armo de valor y se lo devuelvo en la mandíbula. A continuación, me tira al suelo, se pone encima de mí y comienza a golpearme con sus puños en la cara como si fuera un jugador de lucha libre.

Este tío está mal de la olla.

Saco fuerza de no sé dónde, le asesto un golpe en la barriga y lo empujo, tirándolo al suelo. Tengo la sensación de que me sale sangre de la boca,

porque noto un sabor metálico. Acto seguido, me levanto con rapidez y pongo mi pie sobre su pecho, haciendo presión.

—¿Qué hacéis?! —exclama mi madre, alarmada, al entrar en la cocina con las bolsas de la compra.

Los dos la miramos y nos damos cuenta de que no viene sola.

Ari nos observa con cara de póker, con un pijama puesto y un moño mal hecho.

Ya está. Álvaro se va a quedar sin novia y yo sin mi mejor amiga, por el cabreo que Ari se va a pillar al vernos matándonos de esta manera.

Capítulo 5

Ari

Hace unas horas...

—Venga, Ariadna, vamos al coche.

—¿No me puedo ir en la moto con Álvaro?

Mi madre suspira con pesadez.

—No.

—No te preocupes, Ari —interviene Álvaro—. Vete con tu madre. Yo iré en la moto.

—Está bien. —Me pongo de puntillas y lo beso en los labios—. No tardes. Te quiero.

—Llegaré antes que tú. —Me guiña el ojo—. Y yo también te quiero.

Cuando mi perfecto novio se encamina hacia su Cassie, me acomodo en el asiento del copiloto; mi madre sale a la carretera y me pongo a escuchar música en mi iPod. Está sonando la canción *Pillowtalk*, de Zayn.

Ya en la puerta de mi casa, Álvaro aguarda sentado en las escalerillas del porche.

—Ese chico es insufrible —murmura la sargento mientras aparca en la cochera; yo sonrío—. Por mucho que lo amenace, no se digna a rendirse. ¿Sabías que su padre es un juez de mucho prestigio?

Ladeo la cabeza hacia ella, un poco sorprendida.

—Pues no —le respondo.

Álvaro no me ha contado mucho sobre su no-padre, y lo que sé no es precisamente algo bueno. No tenía ni idea de que era juez, más bien creía que era un pordiosero, por cómo hablaba de él.

—Me lo contó su madre ayer.

Me quedo anonadada al oír semejante barbaridad. Pagaría lo que fuera por haber presenciado esa escena. Seguro que la sargento estaría juzgando a mi encantadora suegra por dentro mientras ponía cara de estar oliendo a pedo.

—Ah, pues qué bien —es lo único que digo.

Me apeo del coche para acercarme corriendo a Álvaro y le doy un abrazo;

él me rodea con sus brazos y disfruto la sensación de estar, por un momento, protegida.

—Qué calentito estás.

Se ríe, haciendo retumbar su pecho.

—Y tú qué fría, pareces estar hecha de hielo.

Y lleva toda la razón, porque últimamente estoy teniendo mucho frío a pesar de que estemos ya en plena primavera. Seré una princesa de hielo, como Elsa, la prota de *Frozen*; o Mía, la usurpadora de mi vida.

Entrelazo mi mano con la suya y entramos en mi casa con mi madre persiguiéndonos. En el salón, nos encontramos con la Barbie sentada en el sofá con su novio, zampano mierdas calóricas y viendo en la tele un programa basura de cotilleos. Ella, cuando se da cuenta de mi presencia, me mira de arriba abajo con cierto desagrado, pero John se levanta y viene hacia mí.

—Ari, veo que estás mejor —me dice esbozando una sonrisa—. Me alegro mucho.

Intercambio una rápida mirada con Álvaro sin saber qué decir. A continuación, desvío de nuevo mi vista hacia John y me doy cuenta de que la Barbie ya me está matando con sus expresiones.

«No te lo voy a robar, maldito mono de plástico. Yo tengo a mi adonis», pienso. Ojalá se le ponga el culo gordo.

—Gracias —le contesto a John, insegura, y él me sonríe y vuelve al sofá, junto con su noviecita.

—Ariadna —me llama mi madre—. Tengo que volver a irme. Tu hermano está arriba. No hagáis nada raro —nos advierte posando su mirada en Álvaro.

—Vale —miento.

Pienso hacerlo padre en este mismo momento, pero antes tengo que ser sincera con él.

En cuanto la sargento se marcha, agarro a Álvaro de la mano y subimos hasta mi habitación. La gata, en cuanto lo ve, le gruñe.

—Joder, cómo me quiere —musita mi novio, y yo me siento en mi cama.

—Álvaro, te tengo que contar una cosa. —Doy una palmadita sobre el colchón y él se sienta a mi lado.

—Dime, enana.

—A ver... —empiezo, pensando muy bien las palabras—. Ya sabes que Diego y yo hemos estado muy raros estos días. Pues verás...

—Espera —me corta, y saca su móvil del bolsillo de los vaqueros—. Os liasteis.

—¿Qué? ¡No! —contesto antes de que se monte sus conclusiones, y él me acerca su móvil con una conversación de Facebook abierta.

—Léela.

Minutos después, termino de leer la conversación que ha tenido con Natty y con la que me he quedado flipando en colores.

—Esto no es verdad, Álvaro. Lo que pasó fue que Diego me besó, pero yo no hice nada; me aparté. Sabes perfectamente que yo te quiero a ti.

—Te creo —me responde en un tono bastante dulce.

—¿Me crees?

Pensaba que se iba a enfadar conmigo o que me iba a volver a dejar.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Confío en ti, enana.

Ay, tengo el novio más comprensivo del mundo.

—Te quiero mucho —le digo. Él se acerca a mi rostro y me besa en los labios con suavidad.

—Yo también —contesta; después me mira—. ¿Y dices que fue él quien te besó, no?

—Sí, pero no le hagas nada. —Le lanzo una mirada de advertencia.

—No soy tan malo. —Me acaricia la mejilla con delicadeza.

Y yo, por una vez, decido creerle. Después de lo que ha pasado, lo único que me apetece hacer es perderme en él y dejar de pensar, así que lo beso con vehemencia. Su desvergonzada lengua invade mi boca y baila con la mía mientras hablan en el único idioma que ellas conocen. Meto mis manos por debajo de la camiseta de Álvaro y acaricio su torso, que está tan calentito como una estufa.

—Tienes las manos congeladas —dice contra mis labios; luego se desprende de su camiseta y la lanza por el cuarto.

—Espero calentarlas contigo.

Mis manos se pasean por su pecho con suavidad, haciéndome sentir electricidad en los dedos. Sonrío con picardía y tumbo a Álvaro en mi cama para colocarme sobre él. Recorro su tableta con mis besos y con mi lengua, hasta llegar a su cuello.

—Estás muy traviesilla hoy, ¿no? —comenta mientras le beso el cuello; después me agarra de la cintura, me tumba rápido en la cama y se coloca encima de mí.

—Es trampa —protesto, pero él me observa, juguetón.

Lo ayudo a quitarme la camiseta y el sujetador, y los revolea por los aires. Oímos un gruñido y ladeamos la cabeza hacia el sitio de donde proviene: Moon, que se encuentra en el suelo, intentando deshacerse de mi ropa, que le acaba de caer encima.

—Pobre bicho —murmura Álvaro.

Lo atraigo hacia mí y lo beso; a continuación, baja hasta mi pecho y me chupa un pezón, mientras que con una mano me acaricia el otro.

Un momento... ¿Por qué no estoy disfrutando con sus caricias y por qué la temperatura de mi cuerpo no sube como hace cada vez que me toca? No estoy sintiendo nada cuando siempre que tengo a Álvaro cerca, aunque sólo me esté mirando, mi cuerpo reclama a gritos el suyo.

Álvaro se detiene y se concentra en deshacerse de mis vaqueros.

Es imposible que mi cuerpo esté jodiéndome de esta manera, y aún más con Álvaro delante. A ver, está buenísimo, es guapo, su mirada me derrite, es supercariñoso conmigo y, lo más importante, estoy enamorada de él.

«¡¿Por qué me haces esto, maldito cuerpo feo y gordo?!»

Cuando me quita los vaqueros junto con las bragas, se queda contemplando, extrañado, el desierto que tengo como sexo y, después, sus ojos marrones se encuentran con los míos.

Quiero morirme.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Aparto mi mirada de la suya, me tapo con la sábana y me incorporo, avergonzada.

—Esto... No lo sé. Parece que eso no quiere funcionar hoy —le respondo sin atreverme a mirarlo, y ya siento cómo las lágrimas quieren brotar de mis ojos—. No es tu culpa, sólo que no entiendo lo que sucede. Lo siento.

—No pasa nada. —Su tono de voz suena desilusionado—. Quizá ya no me quieras como antes.

¿Cómo?

Levanto la vista hacia él sin creerme que haya pensado algo así.

—No digas eso. ¡Por supuesto que te quiero! —exclamo—. Pero no entiendo qué diablos le pasa a mi cuerpo ahora. ¿Tú te has visto? ¡Si hasta pondrías cachonda a una fregona! La culpable soy yo, que tengo la cabeza hecha un lío... —Mi voz se va desvaneciendo poco a poco y la primera lágrima se me escapa—. Vete, por favor.

—No voy a irme.

—¡Vete! —grito, y me tumbo, enterrando la cara en la almohada y tapada

completamente, mientras me desahogo llorando; Álvaro se sienta a mi lado y me acaricia el pelo—. Vete.

—Voy a quedarme contigo.

Sorbo por la nariz y me abrazo a él, intentando calmarme, disfrutando de sus caricias.

—¿Quieres que te cante?

—Por favor —le pido.

Álvaro carraspea y empieza:

—*But there's a hope that's waiting for you in the dark. You should know you're beautiful just the way you are...*

Es la canción *Scars to your beautiful*, de Alessia Cara.

Su dulce y preciosa voz me va tranquilizando poco a poco hasta que mis párpados luchan por cerrarse.

* * *

Estoy de pie en la cocina de la casa de Diego, atónita, contemplando la escena que hay montada: Álvaro, tirado en el suelo con sangre en la nariz, y Diego, pisándolo, con la boca ensangrentada.

—Ari. —Es mi amigo el que primero reacciona, quitando su pie de encima del pecho de Álvaro, y mi novio se levanta con rapidez y se sacude la ropa.

—¿Me podéis explicar qué estáis haciendo? —interviene Blanca en tono enfadado.

Yo no dejo de mirarlos echando humo por la cabeza. Álvaro es un idiota; le había dicho que no le hiciera nada y le ha faltado tiempo para venir a pegarle aprovechando que me había quedado dormida.

—Ha sido mi culpa —se adelanta Diego.

—Ya te digo que ha sido tu culpa —le contesta Álvaro.

—Diego, si tú eres muy bueno. Nunca te peleas con nadie. —Blanca mira a su hijo, preocupada.

—Su hijo no es un santo, señora —la interrumpe mi novio.

Yo permanezco callada y Álvaro me mira con expresión de súplica. No quiero hablar con ninguno de los dos ahora mismo; estoy muy cabreada con ellos, así que lo único que hago es salir corriendo de la cocina, dirigiéndome a la puerta de la entrada.

—¡Espera, Ari! —grita Álvaro, y me detiene, cogiéndome del brazo;

Diego viene detrás, limpiándose la boca con un papel—. Lo siento.

—¡No puedo con vosotros dos! ¡Parecéis unos puñeteros críos! —estallo, y mi vista se posa en Álvaro—. ¡Estoy harta de tus putos celos! Hasta que no has conseguido cabrearme de verdad, no has parado. —Después dirijo mi mirada a Diego—. ¿Y tú, qué? Creía que eras de otra forma y a la primera de cambio te peleas con él. ¿Qué os pasa? No os entiendo. —Niego con la cabeza con lágrimas inundando mis ojos—. ¿No os podéis llevar bien, aunque sea por mí?

—Ari —susurra Diego.

Me tapo la cara con las manos, sollozando como una tonta, y siento el abrazo de Álvaro alrededor de mí.

—Lo siento —se disculpa, y me da un beso en la cabeza—. Nos llevaremos bien. ¿Verdad, almorrana?

—Claro —responde mi amigo, no muy convencido.

—Más os vale que sea verdad —sentencio, y me separo de mi novio.

Los dos intercambian una mirada que no tengo ni idea de cómo interpretar.

—Ven aquí, gilipollas. Dame un abrazo —le dice Álvaro extendiendo sus brazos.

Diego se queda un momento debatiendo consigo mismo si se trata de una trampa o no, pero finalmente se abrazan, dándose palmaditas en la espalda el uno al otro.

—No tenéis que fingir que sois los mejores amigos del mundo, eh —intervengo, y los dos se echan a reír.

—¿Os quedáis y vemos alguna película? —propone Diego.

Película + Palomitas + Calorías = Cinco kilos más.

Aunque, pensándolo mejor, sería un buen momento de prueba para ver cómo se llevan.

—¿Te apetece, Ari? —me pregunta Álvaro, deseando que diga que no.

—Vale —respondo, y él bufa.

Después de curarse sus heridas de la cara, caminamos hasta el salón, y Álvaro y yo nos sentamos en el sofá, mientras Diego regresa con las palomitas llenas de calorías.

—¿Qué peli queréis ver? —inquire mi amigo.

—¿Por qué no pones la que vimos el verano pasado? Que sale Miley Cyrus —sugiero.

—¿*La última canción*? —pregunta Diego, y yo asiento.

Oigo a Álvaro soltar otro bufido.

—Qué ñoñez.

Diego busca la peli en la estantería y luego la mete en el reproductor de DVD; después se acomoda a mi lado y le da al *play*.

Mientras vemos la peli, comemos palomitas (que las tengo yo en mi regazo porque estoy en medio de los dos), y Álvaro no deja de comentar tonterías, diciendo que le está dando una sobredosis de azúcar y que lo llevemos de inmediato a urgencias; en otra ocasión, nos mete prisa para que comamos las palomitas, porque necesita el cubo para vomitar arcoíris. Cuando aparecen los créditos en la pantalla, mi novio y yo nos despedimos de Diego y salimos de su casa para quedarnos un ratito a solas, al lado de Cassie.

—¿Por qué te has peleado con él? —exijo saber—. Me dijiste que no le harías nada.

—Porque no soporto que otro tío haya probado estos deliciosos labios. —Pasea su pulgar por mi labio inferior—. Y tampoco soportaría que, si tuvieras la oportunidad, te fueras con él y me dejaras a mí solo. No puedo, Ari.

Siento ternura por el Álvaro inseguro, pero odio que se haya comportado como un auténtico troglodita.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que tú eres el único que hace que sienta mariposas en el estómago y el culpable de que algún día me dé un ataque al corazón por volverme loca?

Álvaro me dedica una sonrisa y observo que se le arrugan las comisuras de los ojos.

—Eso que me has dicho me encanta —me dice mirándome con sus penetrantes ojos—. No quiero perder a la única persona que merece la pena y la que me hace feliz. Eres la melodía que da sentido a mi vida. Sin ti, sólo sería una simple guitarra con las cuerdas rotas.

Oh, por favor. Me acabo de derretir con esas palabras; quiero hacerle de todo en este momento. Me estoy volviendo adicta a él, pero no sé lo que le ha pasado antes a mi maldito cuerpo.

No me contengo más y lo beso en los labios, rodeándole el cuello con mis brazos.

—Qué efusiva, enana —murmura contra mis labios.

—Pero aún sigo enfadada por lo que le has hecho a Diego. —Le pego un tortazo flojo en la cara.

—Lo siento. —Pone morritos—. No volverá a pasar. ¿Me perdonas?

Niego con la cabeza, esbozando una sonrisa.

—Eres mala —dice.

—Mucho.

Y nos despedimos con otro beso.

* * *

No he ido al instituto hoy; no quería ser el centro de atención y que todos pensaran que soy la loca que se cayó por las escaleras, ni que vinieran los profesores a preguntarme por mi estado. De eso nada. Al final, esta mañana, convencí a mi madre para que me dejara descansar un día más.

Y aquí sigo, tumbada en la cama casi a las dos de la tarde.

Venga, voy a hacer un esfuerzo para conseguir meterme en la ducha. Hoy es uno de esos días grises en los que me apetece estar encerrada en mi habitación sin nadie alrededor.

Un rato después, duchada, vestida con el pijama otra vez y con el pelo húmedo y sin peinar, me detengo en la puerta de la habitación de mi madre, y la oigo hablar con mi hermano. Decido pegar la oreja a la puerta como cual espía.

—No sé cómo convencerla —escucho a mi madre—. Me tienes que ayudar a que entre en razón.

—¿Por qué no hablamos con Álvaro? Igual él la puede convencer para que ingrese —le contesta mi hermano.

—Ya sabes lo que pasó la última vez... No escucha a nadie. No quiere recuperarse. Esto es superior a mí. —A mi madre se le empieza a quebrar la voz.

Ajá. Hablando a mis espaldas sobre mí para que entre en el manicomio. Esto sí que no.

Estoy cabreándome por momentos. Mejor será que no se cruce nadie en mi camino porque soy capaz de reventarle la cabeza, sea quien sea.

Entro en mi habitación y empiezo a cepillarme el pelo con brusquedad, mirándome en el espejo. Ya siento el nudo en la garganta. Ya siento cómo los ojos se me humedecen. Ya noto la primera lágrima descender por mi mejilla. Ya siento toda la impotencia en mi cuerpo.

Paro de peinarme y me alejo del espejo, observando mi reflejo a pocos metros. Horrible. Gorda y fea. Una abominación con patas y grasa.

«Nadie te quiere».

Miro el cepillo, lleno de pelos que me he ido arrancando conforme iba peinándome y que son demasiados. En un impulso, lo lanzo al espejo y se oye el estruendoso ruido de los cristales haciéndose añicos; después agarro un vaso que tengo en el escritorio y lo lanzo también.

Respiro de manera agitada. Me acerco a los trozos de cristales que han caído al suelo y cojo uno para mirarlo con detenimiento.

«Hazlo».

Y me rajo la muñeca.

Sale sangre. Mucha. No siento apenas dolor. Bueno, sí, el de mi corazón.

Contemplo el líquido escarlata salir a borbotones mientras permanezco sentada en el suelo.

No me duele.

Oigo que alguien entra.

—¿Qué haces? —escucho los berridos de mi madre lejanos.

—Ari.

El olor metálico de la sangre se mezcla con el sabroso aroma de Álvaro, y yo sólo admiro las gotitas rojizas saliendo de mi muñeca.

Capítulo 6

Álvaro

Todavía no se me quita la imagen de Ari de la cabeza, sentada en el suelo mientras observaba su muñeca llena de sangre.

En cuanto ha acabado el instituto, he venido a su casa y me he encontrado con esa escena tan... dura. Por más que me intente convencer a mí mismo de que ella está bien, sé que no es verdad. No sabe que está enferma; no comprende que se está matando y yo no sé lo que hacer para que reaccione... Me siento tan impotente...

Le hemos vendado la herida de la muñeca y le hemos dado un calmante porque estaba inquieta. Ha empezado a llorar y a decir que somos unos mentirosos y que estamos compinchados para encerrarla en un manicomio con más locos, porque eso es lo que pensamos todos de ella: que está loca, cuando no es verdad. Ahora está durmiendo en su habitación y yo he terminado de hablar con su madre, que quiere que la convenza de una vez por todas para que entre en el centro, porque, según Isabel, yo soy el único al que Ari escucha.

Y yo no tengo ni puta idea de lo que hacer.

—Inténtalo —me dice Isabel con lágrimas en sus ojos—. No quiero perderla.

—Haré lo que pueda.

Ari aparece en el salón vestida con una de mis camisetas y un pantalón de pijama corto, pero la noto decaída y no puedo soportar verla así. Se sienta a mi lado, en el sofá, y su madre se levanta y le da un beso en la cabeza.

—Os dejo solos —nos dice, y se marcha.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto a Ari, y mis ojos se detienen en su muñeca vendada.

—No lo sé —responde con la mirada clavada en un punto imaginario; yo me acerco a ella y la acuno entre mis brazos—. Quiero que me cantes. Llévame a nuestra playa y cántame.

—¿Quieres que te dé un concierto privado, señorita? —Le tiro del moflete y sonrío—. Pues prepárate.

* * *

Estoy terminando de cantar *Temblando*, de Antonio Orozco, con mi guitarra. Ari me escucha, tumbada en la arena, de lado y mirándome, con la cabeza apoyada en su mano. Le he cantado varias canciones ya y no me importaría seguir. Disfruto mucho haciendo esto, así como verla sonreír y emocionarse con mi voz.

—Llegarás lejos —me dice cuando acabo, y se incorpora.

—No lo creo.

Me sonrío con ternura.

—Confía en ti —responde con sus preciosos ojos verdes clavados en su muñeca, y suspira—. Yo no confío en mí misma y me odio. Quiero salir de esto, pero no puedo.

Suelto la guitarra y agarro a Ari de las manos.

—No vuelvas a decir que te odias, porque eres increíble.

—Estoy hecha de hielo y cristal. No tengo nada dentro, sólo vacío. Si me caigo, me rompo.

—Yo estaré siempre para unir tus trocitos —le contesto.

—Te pincharías y no quiero hacerte daño.

No me importa que me haga daño si puedo intentar ayudarla. Me da igual que me grite o que me empuje, porque sé que no es la verdadera Ari la que lo está haciendo. Yo la quiero y no pienso dejar que se vaya.

—No he sentido dolor —admite refiriéndose a su muñeca.

—Ari —pronuncio su nombre mirándola a los ojos—. Tienes que...

No. No puedo. Me va a mandar a la mierda si le menciono el tema de la clínica.

—Sé a lo que te refieres. —Vuelve a suspirar—. Iré a ese sitio, si es lo que queréis.

—No se trata de que queramos nosotros, sino de que lo quieras tú.

Me aparta la mirada y la dirige hacia nuestras manos entrelazadas; yo me quedo en silencio durante unos segundos.

—Quiero ir —suelta, volviéndome a mirar.

—¿Estás segura?

Asiente.

—Pero... ¿Y si no me arreglan la cabeza allí? ¿Y si acabo peor de lo que estoy?

—Ari, estás hablando de ese sitio como si fuera un verdadero matadero de locos cuando no es así —respondo, y le acaricio la mejilla—. Allí te van a ayudar a recuperarte. Vas a estar mejor, ya lo verás.

No sé si la estoy tranquilizando o si la estoy asustando más por su expresión de pavor.

—Eso no lo sabes —replica.

—Yo siempre tengo razón, enana.

* * *

Decidido: me llevo a Ari a Madrid este finde. Quedan un par de semanas para que entre en el centro y he pensado que la mejor manera de que disfrute de su libertad es llevándola a Madrid. Me he saltado unas cuantas clases y he ido al bufete donde trabaja Lucifer para que me dé permiso. He estado rogándole de rodillas durante diez minutos y prometiéndole que cuidaría de su hija, con todos sus compañeros contemplando la escena, hasta que por fin ha accedido.

Presiento que Ari se va a volver loca.

Cuando entro en el insti, me encamino hacia el patio y la diviso sentada en un banco junto a sus amigos.

—Enana —la saludo. Me siento a su lado y ella me mira.

—¿Dónde estabas?

—Comprando esto. —Sonrío como un tonto y le tiendo un sobre con los billetes de tren—. Ábrelo.

Lo coge y, mientras lo va abriendo, no dejo de mirarla, expectante.

—¿Qué es esto? ¿Madrid? —Abre los ojos como platos y ladea su cabeza hacia mí—. ¿Se te ha ido la cabeza?

Está muy graciosa. Los demás nos miran, divertidos.

—¿Qué dices? ¿Te apetece ir? Nos vamos mañana por la tarde.

—¿Qué? —se sorprende—. Mi madre no me va a dejar.

—Te ha dejado. Se lo he suplicado.

—¿Qué?

—Joder, deja de decir eso y dime que te apetece venir.

—¿Es en serio?

—Si no va ella, voy yo —interviene Sandra.

—Tú no estás invitada, primita.

Sandra bufá.

—Álvaro, estás loco —me dice Ari hinchando sus mofletes, sonriendo.

—¿Entonces quieres venirte?

Mi amor se abalanza sobre mí y me besa en los labios. Me encanta que se comporte como una puta cabra.

—Pero... ¿Dónde nos vamos a quedar? —quiere saber.

—En mi casa.

Sí, en mi casa de toda la vida, en la que ahora vive mi no-padre. No iba a llevar a Ari a dormir al apartamento de Mel y Sergio para estar apretujados con tanto trasto de por medio y con cucarachas saliendo de cualquier parte. Antes he llamado al señor extraño que dice ser mi padre y le he dicho que vaya preparando mi habitación, porque me voy a quedar este finde con mi novia. Sí, he notado que se ha puesto un poco contento, pero me la suda. No voy a cruzar palabra con él, ya que casi nunca está en casa, y tampoco es que me muera de ganas. Yo sólo quiero que Ari conozca a Alba y a Marga, y que vea el piano de cola.

—¿Qué casa? —inquiére Ari.

—Mi casa —repito.

—¿Con tu padre?! —chilla con su voz de pito.

—Si llamas padre al hombre que colaboró para que yo viniera al mundo...

Pues sí.

Le empieza a dar taquicardia.

—Oh, Dios. Qué vergüenza. No sé qué decirle —dice llevándose las manos a la cabeza—. Me va a dar algo. Yo no sé hablar, Álvaro. Voy a parecer retrasada.

—Dale una tila, por favor —interviene Chris—. Tampoco será para tanto. Si quieres, me pongo una peluca castaña y dos sandías como tetas, y me hago pasar por Ari. No creo que haya tanta diferencia, ¿verdad, Aitor? —Me mira, aleteando sus pestañas.

—Cállate, gilipollas —le espeto, y todos se ríen; yo vuelvo a mirar a Ari—. Encontrarse con mi no-padre en mi casa es imposible. Vamos, que antes te encuentras una aguja en un pajar que a ese hombre allí, así que por eso no te preocupes.

—¿Pero has hablado con él?! —me pregunta mi amor a gritos.

—Claro, enana.

—¿Y sabe que voy yo?! —

—Que sí —respondo, agotado—. Y deja de preguntar y de gritar ya.

* * *

—No dejes de vigilarla en ningún momento. Haz que coma, por favor, y que no lo eche luego —me dice Isabel en la estación. Ari está distraída hablando con Diego a unos metros de distancia, que este último se ha empeñado en venir a despedirse, porque parece que ayer no tuvo suficiente cuando quedamos todos para cenar—. Si le pasa cualquier cosa, tienes mi número.

—La cuidaré. No te preocupes.

—Me asusta que le vaya a pasar algo.

—No le va a pasar nada —le aseguro—. Estará bien.

Ari se acerca junto con la almorrana.

—Álvaro, ya casi es la hora.

—Pues vamos.

Nos despedimos de su madre y de Diego, y entramos en el tren con nuestras maletas.

—¿Ventana o pasillo? —le pregunto.

—Ventana, que la otra vez me quitaste el sitio y estuve muy incómoda con un desconocido como tú al lado.

Suelto una carcajada al recordar esa escena.

—¿Y qué? Quería disfrutar de las vistas.

—¡Si estuviste dormido durante todo el viaje! —me reprocha, y nos sentamos en nuestros asientos; ella, por supuesto, al lado de la ventana.

—No me dabas conversación, así que me aburría.

—Yo no me pongo a hablar con desconocidos así porque sí. —Se acomoda en el asiento con un libro que se ha traído.

—Pues podrías haber hecho cualquier otra cosa —contesto dedicándole una mirada traviesa—. No sé, meterme mano, por ejemplo.

Me gano un golpetazo en el pecho con su libro.

—Marrano.

Me echo a reír y la abrazo mientras le lleno la cara de besos.

—Te quiero muchísimo, mi Heidi.

—Yo también a ti, mi Álvaro Aitor.

* * *

—¿Está muy lejos tu casa? —quiere saber Ari al salir del tren, con voz adormilada. Se ha tirado todo el viaje durmiendo, abrazada a mí.

—Tenemos que coger el metro, pero antes vamos a comer algo.

—No tengo hambre. Se me ha revuelto el estómago por culpa del viaje.
Ya empieza con las excusas baratas para no comer.

—Pues yo me muero de hambre, así que vamos.

Agarro a Ari de la mano mientras suelta veinte bufidos y entramos en una cafetería cercana. Nos sentamos a una mesa y aparece una camarera para atendernos.

—¿Qué les pongo? —nos pregunta, y se me queda mirando como si me conociera—. ¿Álvaro?

Una admiradora salvaje apareció.

Ari la mira, entornando los ojos.

—El mismo —le respondo a la camarera esbozando una sonrisa.

—No me has llamado ni una sola vez desde el último día que nos vimos —me dice. Su nombre es Bea, porque lo he leído en la chapa de su camiseta.

Ni siquiera me acuerdo de ella.

Ari carraspea, llamando la atención de mi admiradora, y le dedica una sonrisa falsa.

—Ah... —balbucea la tal Bea, que parece no haberse dado cuenta de la presencia de Ari por mi culpa—. Bueno, ¿qué os pongo?

Ari le pide con demasiada hostilidad un Cola-Cao que no esté muy caliente y un gofre con chocolate y nata; yo, un café y tortitas con Nutella.

—Una lástima que no se haya resbalado con el charco de sus propias babas —murmura mi amor cuando la camarera se va, y se me escapa una risita.

—¿Estás celosa?

—Que se ponga a tontear contigo delante de mí, pues mucha gracia no me hace. ¿Quién es?

—Yo qué sé —respondo encogiéndome de hombros—. Alguna tía con las que me habré liado.

—Madre mía —dice negando con la cabeza—. ¿Y son muchas? Porque no me apetece espantarlas por todo Madrid como si fueran moscas.

Me vuelvo a reír.

—Me encanta cuando te pones celosa.

—No estoy celosa —replica—. Pero me da rabia que tonteen con *mi* novio.

—Sólo tengo ojos para ti. —La cojo de las manos—. Las demás me importan una mierda.

—Más te vale, porque como yo vea a alguna de esas estiradas sobándote,

sacaré la escopeta que llevo en la maleta.

—Qué miedo... ¿Se la has robado a tu madre? —murmuro fingiendo estar asustado, y ella me da un golpe en el brazo.

—Idiota.

La camarera vuelve con nuestras cosas, me sonrío y se marcha.

—Tiene cara de caballo —comenta Ari refiriéndose a Bea—. Y encima no sabe andar con tacones.

—No seas maruja, anda.

Mientras Ari y yo nos tomamos la merienda, ella se mentaliza para ir a la casa de mi no-padre.

Capítulo 7

Ari

Si Álvaro no me estuviera agarrando de la mano tan fuerte, llevándome a rastras hasta su casa, saldría corriendo sin mirar atrás. Con lo poco que me gusta comunicarme con gente desconocida, no estoy preparada para conocer a su no-padre. El lado positivo es que casi nunca está en su casa, pero aun así, me da mucho reparo, aunque a la vez me hace ilusión conocer el sitio donde Álvaro ha crecido.

Caminamos por una urbanización con chalets que parecen auténticos palacios y que no pega nada con la personalidad de Álvaro; para él este sitio es demasiado pijo. Nos paramos frente a una casa, con una gran cancela, y mi novio toca al telefonillo.

Ay, Dios, voy a morir.

—¿Quién es? —responde una voz de niña pequeña.

—El bute. Buuu. —Álvaro hace muecas frente a la cámara del telefonillo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah! —grita la niña.

Se abre la cancela y después la puerta de la entrada del palacio. Alba se acerca nosotros, corriendo.

—¡Hermanito! —chilla al venir, y Álvaro la levanta por los aires.

Yo me quedo mirándolos, esbozando una sonrisa. Son demasiado monos.

—¿Estás más grande, no? —inquiere mi novio al bajarla, pero ella sólo me mira, curiosa.

—Hola —la saludo con ternura.

—¿Quién es? —le pregunta Alba a su hermano.

—Ari —le responde él—. La chica más increíble del mundo. ¿A que la vas a querer mucho?

—No me gusta. —Alba se cruza de brazos, enfurruñada.

Álvaro y yo intercambiamos una mirada; a continuación, él se agacha para ponerse a la altura de Alba.

—¿Por qué no te gusta? Es muy buena.

—Porque no. Punto —le contesta ella utilizando una de las características palabras de Álvaro.

Mi novio le revuelve el pelo y se pone en pie.

—Normalmente es más simpática —me susurra, y se encoge de hombros—. Te la tienes que ganar.

—Lo intentaré.

Segundos después, entramos en la casa gigantesca y nos recibe una mujer morena de mediana edad.

—Hola, chicos.

—Margarita. —Álvaro le da un fuerte abrazo.

—Qué calladito te lo tenías... Con novia y todo. —La mujer le tira del moflete y Álvaro se ríe y me señala.

—Mira, Marga, te presento a Ari.

—Hola, Ari. —La tal Marga me da dos besos—. Un gusto conocerte.

—Igualmente —contesto de manera educada.

—Ari, ella era mi nana cuando era pequeño —me informa Álvaro—. Ahora cuida de mi hermana.

—¿Tenías nana? —inquiero, perpleja, y él asiente.

Me cuesta mucho imaginármelo de esta forma; nunca me ha contado nada de su vida de rico.

—¿Dónde está Lorenzo? —le pregunta Álvaro a Marga.

—En el trabajo. Vendrá más tarde.

Álvaro asiente, conforme.

—Le voy a enseñar a Ari la casa.

—De acuerdo.

Mi novio coge nuestras maletas y me guía hasta unas escaleras de madera en forma de caracol. Subimos a la primera planta, en la que hay varias puertas, que imagino que serán las habitaciones.

—Nunca me has dicho que eras rico —comento, y él suelta una carcajada.

—Mi no-padre lo es. Yo no.

—Pero...

—Ari —me interrumpe mirándome fijamente—. Me importa una mierda el dinero que tenga ese hombre. Yo no quiero nada de él; nunca he encajado en este mundo.

Atravesamos el pasillo y nos paramos frente a una puerta. Álvaro la abre y me invita a pasar a mí primero.

—Mi habitación.

—Guau —es lo primero que me atrevo a decir.

Me encanta.

—Venga, te dejo cotillear todo lo que quieras. Hace más de un año que no la piso y sigue igual.

Se sienta en la cama doble que hay en medio de la habitación, vestida con una colcha azul marino y dos cojines blancos de decoración. Yo me acerco al mural de fotos que hay colgado en la pared, justo encima de la cama, y observo cada una de ellas: Álvaro de pequeño, con más edad, con Mimi, con Alba, con sus amigos... Me quedo impresionada cuando descubro una en la que sale sacando la lengua con una bolita azul adornándola.

—¿Y esto? —Cojo la foto y me acomodo al lado de Álvaro, esperando una explicación.

—Un *piercing* que me hice a los quince. ¿A que mola?

—Madre mía... —murmuro contemplando la foto—. ¿Y por qué te lo quitaste?

—Porque me aburrí de llevarlo.

—Pues me gusta.

—¿Quieres que me lo vuelva a poner? —me pregunta dedicándome una sonrisa ladeada.

—Prefiero tu lengua sin nada.

—¿Estás segura? Con el *piercing* sientes más placer cuando te...

—¡Cállate! —lo corto pegándole un tortazo en la barriga, y le empieza a dar un ataque de risa que le dura un buen rato.

Mientras continúa riéndose, aprovecho para curiosear cada rincón de su habitación. Tiene una inmensa ventana que lo ilumina todo; debajo, se encuentra un escritorio gris con un ordenador de mesa. También hay unas cuantas estanterías con marcos de fotos, libros, discos y una colección de juegos de la *play*. Las paredes blancas las cubren *pósters* de cantantes y grupos y, en el suelo, descansa una tabla de *skate* negra. Sin duda, esta es la habitación de Álvaro y me encanta.

—¿Ya has terminado de mirarlo todo, cotilla? —quiere saber tirado en su cama, y yo me tumbo a su lado, sintiendo al instante la comodidad del colchón.

—Es muy tú. Me gusta mucho.

Hunde su cara en mi cuello y me da pequeños besos que hacen que se me corte la respiración.

—Álvaro, por favor...

De repente, se abre la puerta y Alba irrumpe en la habitación. Álvaro y yo nos incorporamos con rapidez.

—Lo único que nos faltaba era que mi hermana nos pillara dándole que te pego —me susurra él al oído, y se gana otro guantazo en la tripa.

—Papá ha llegado —anuncia Alba, y se sienta en la cama con nosotros—. Preséntale a tu novia tonta.

Oh, Dios, no le voy a caer bien a mi pequeña cuñada.

—Alba. —Álvaro le lanza una mirada de advertencia—. No seas mala con Ari.

La niña se echa su melena castaña hacia atrás y sus ojos azules nos miran con arrogancia.

—No soy mala; es la verdad. A mí ya no me quieres.

—¿Qué dices? Pues claro que te quiero, renacuaja. —Álvaro se acerca a ella y comienza a hacerle cosquillas en la barriga—. ¿Qué haría yo sin mi mocosa favorita?

Alba se ríe a carcajadas mientras su hermano no deja de hacerle cosquillas.

—Para, porfi —le ruega la pobre, pataleando.

—No voy a parar hasta que le pidas perdón a Ari.

—¡Vale! Le pediré perdón.

Álvaro se detiene y Alba posa su mirada azulada en mí.

—Perdón, Ari —me dice.

—Perdonada —le respondo dedicándole una mirada llena de ternura.

—Te voy a presentar a mi papi. —Mi pequeña cuñada se levanta—. Ya que el tonto de mi hermano no lo hace.

—¡Oye! —exclama Álvaro—. ¿Ahora me insultas a mí?

—Te ha salido rebelde la niña —le digo, y le guiño un ojo.

Me levanto y Alba me tira del brazo, sacándome de la habitación. Bajamos las escaleras hasta llegar al salón y Álvaro viene detrás de nosotras sin ningunas ganas de verle la cara a su no-padre.

—Papi —Alba llama a su padre.

El hombre se encuentra mirando el jardín a través de la cristalera y, en cuanto oye a su hija, se da la vuelta y se acerca a nosotros.

—Imagino que serás Ari, la novia de mi hijo —me dice en tono educado, y me tiende la mano para que se la estreche. Por el rabillo del ojo, me doy cuenta de que Álvaro nos observa de brazos cruzados.

Quiero salir corriendo. ¿Puedo?

Retrasada en tres, dos, uno...

—Encantada de conocerle. —Le estrecho la mano al hombre y me pongo

colorada.

Es bastante alto, con el pelo corto y negro, y los ojos azules, iguales a los de Alba. Viste un elegante traje negro que hace que me sienta más pequeña de lo que ya soy, porque impone demasiado.

—Veo que mi hijo ha elegido bien —responde con una sonrisa, y yo me sonrojo más aún.

—Deja de ser tan pelota —interviene Álvaro.

Su no-padre lo ignora y dirige su mirada hacia mí.

—Cualquier cosa que necesites, estás en tu casa, Ari.

—Gracias.

—Me encantaría que mañana os quedarais a comer aquí. Elena viene con su hija.

—No —se adelanta Álvaro antes de que yo pueda abrir la boca.

—Porfi —suplica Alba tirando del brazo a su hermano, y este suspira con pesadez.

—He dicho que no —contesta, y ladea su cabeza hacia mí—. Ari, vamos arriba.

—Habrá comida de sobra, por si decidís venir —lo vuelve a intentar Lorenzo, por si hemos cambiado de opinión en un microsegundo.

Yo le sonrío y Álvaro lo ignora por completo; después me lleva casi a rastras escaleras arriba.

—¿Quién es Elena? —le pregunto a mi novio.

—El nuevo lío de bragas de mi no-padre —me explica, y nos paramos frente a otra puerta—. Voy a enseñarte la habitación de Mimi.

Uy, no sé si será buena idea. No quiero que le entre el bajón al ver las cosas de su hermana.

—Mañana te llevaré al cementerio —añade.

Abre la puerta y me indica que entre yo primero. Sin embargo, cuando lo hago, un escalofrío me recorre la espalda. No creo en cosas sobrenaturales de espíritus y fantasmas, pero pienso que algo hay después de todo esto.

—Mi no-padre debería hacer algo con esta habitación. Ha pasado más de un año y no la quiere tocar.

El dormitorio de Mimi es igual de grande que el de Álvaro, aunque el de ella está pintado de morado. Todo luce limpio y ordenado; también hay una cama doble, pero con una colcha con dibujos de mariposas de todos los colores, un escritorio blanco, una estantería blanca gigante, llena de libros, y una funda de violín, apoyada en una esquina.

—Es muy bonita —logro decir, alucinada, y desvío mi mirada hacia Álvaro.

—Quiero darte algo —me dice, y me agarra de la mano, llevándome al escritorio; luego abre uno de los cajones y saca una cajita que contiene un colgante de plata con una mariposa.

¿No irá a hacer lo que estoy pensando, verdad?

—Ni se te ocurra —le advierto.

—Mimi lo llevaba siempre, pero no entiendo por qué no se lo puso el día del accidente —cuenta, y atisbo una pizca de brillo en sus preciosos ojos marrones—. Quiero que lo lleves tú.

Abro la boca para protestar, pero Álvaro me la tapa con la palma de su mano, impidiéndomelo, y clava sus ojos en los míos.

—No me rechistes y date la vuelta en silencio.

Cuando libera mi boca, no le hago caso y empiezo a hablar, apuntándolo con el dedo índice.

—No quiero ponerme eso. No puedo aceptarlo. Es algo que no me pertenece a mí y no puedes dármelo porque te haya salido de las narices. No voy a cambiar de opinión ni aunque pongas tu cara tan adorable de dar pena.

Pero la pone y sus ojos se humedecen. Que no me lllore, que lo hago yo también y acabamos los dos moqueando como dos niños de tres años.

—Está bien —cedo dándome por vencida—. Puedes ponérmelo si te hace ilusión, pero sólo lo llevaré durante una hora —le digo sin dejar de señalarlo con el dedo.

Álvaro sonrío, con el semblante desprendiendo felicidad.

—Gané. Date la vuelta, mi amor.

Hago lo que me dice y aparto mi pelo del cuello; Álvaro me coloca el colgante con suavidad y sus dedos me hacen cosquillas en la nuca mientras me lo abrocha, provocándome un hormigueo por todo el cuerpo; después me besa el cuello y me estremezco.

—Pues ya está —dice, y siento su aliento chocar en mi piel—. Te queda bien.

Me doy la vuelta hacia él con una sonrisa de boba.

—Gracias, Álvaro.

—No es nada —me responde, y me da un golpecito en la nariz con su dedo—. ¿Qué te parece si vamos a visitar a los dos subnormales?

—¿Qué respeto es ese con tus amigos? —pregunto echándome a reír, y Álvaro se encoge de hombros, sonriendo—. Pero antes tengo que ir al baño.

¿Dónde está?

—Ah, sí. —Me lleva hasta el fondo del pasillo y señala la puerta de la derecha—. La plebe usamos este y el de abajo. Mi no-padre tiene uno en su habitación, que sólo lo usa él porque es demasiado señorito —me explica, y me da un beso en la cabeza antes de que entre—. No tardes.

Estoy flipando. Yo también quiero tener un baño en mi cuarto.

No voy a vomitar porque sé que Don Chulito tiene la oreja pegada detrás de la puerta, y estoy segura de que este baño tan pijo tendrá cámaras, sólo que no las alcanzo a ver.

En cuanto hago pis, me lavo las manos en un moderno grifo, en el que sale el agua cuando las colocas debajo, como si fuera mágico. A continuación, mi vista se detiene en una báscula que hay al lado de la papelera.

¿Desde cuándo no me peso? Por lo menos, desde antes de que amaneciera en el hospital. Recuerdo que la última vez pesaba cuarenta kilos, y tengo la sensación de que he engordado.

Mi mente me obliga a subirme a la báscula, respiro hondo y observo la cifra en la que se ha parado.

Cuarenta y tres.

No, no, no, no. Esto no me puede estar pasando. Todo lo que he trabajado hasta ahora se ha ido al garete. ¿Por qué he engordado tres malditos kilos? No me lo creo. Este aparato tiene que estar mal. No puede ser. Soy una completa inútil que no sirve para nada. Voy a acabar pesando ciento cincuenta kilos y Álvaro me volverá a dejar, pero esta vez por gorda. No quiero que me pase eso. Prometo que, a partir de ahora, voy a hacer todo lo posible por seguir bajando, aunque me ingresen en el manicomio y acabe con mi vida allí.

Yo no puedo permitirme engordar. No ahora.

Me bajo de la báscula y me miro en el espejo. Parezco un trozo de mierda, asqueroso y gordo. Lo único bonito que tengo es el colgante de Mimi.

Vale, se acabó.

Me coloco la máscara de la felicidad y abandono el baño. Álvaro aguarda en el pasillo, con los ojos pegados al móvil.

—¿Sabes que el grifo que tienes es mágico? Sale agua con sólo poner las manos debajo —le digo fingiendo alegría, y él suelta una carcajada.

—Es una de las pijadas de mi no-padre.

Bajamos las escaleras otra vez, Álvaro coge unas llaves que hay en la mesita del recibidor y salimos de la mansión. Después se le va la olla, me

levanta por los aires y me da un dulce beso en los labios; yo acomodo mis brazos alrededor de su cuello y lo miro.

—¿Me vas a llevar así por todo el camino?

—¿Quieres que te lleve así? —inquire—. Porque no me costaría nada.

—Qué tonto. —Le doy un beso en la nariz y me baja.

Una vez que hemos cogido el metro, llegamos hasta un pequeño barrio marginal y dejamos atrás a un grupito de niños que está fumando porros.

Sé que son porros porque me llega el olor a marihuana hasta las orejas y tampoco nací ayer, aunque lo parezca. Álvaro me agarra fuerte de la mano, cosa que me tranquiliza, ya que yo sería incapaz de pasear sola por un sitio como este.

—No es para tanto, enana —me dice mi novio al notar mi nerviosismo.

Nos metemos en un portal que tiene la puerta abierta y comenzamos a subir las escaleras, porque no hay ascensor. Cuando por fin logramos llegar a la séptima planta, con las lenguas sacadas del cansancio, Álvaro toca el timbre de uno de los pisos.

—No te asustes de la casa.

Sergio nos abre la puerta y, en cuanto se da cuenta de quiénes somos, los ojos están a punto de salirse de las órbitas.

—¡Hostias, la parejita de osos amorosos! —exclama, y yo tengo que alzar la cabeza para mirarlo por lo alto que es.

—¿Qué pasa, capullo? —Álvaro le choca la mano.

—Aquí estamos —le contesta Sergio, y ladea su cabeza hacia mí—. ¿Tú, qué? Estás más pequeña, ¿no? —Se agacha de una manera sobrehumana y me da dos besos en las mejillas—. ¿Te trata bien este subnormal? Porque si no, le pego una paliza.

—Sí, me trata muy bien, tranquilo —le respondo.

—Como a una reina —interviene mi fabuloso novio.

—Qué bonito. —Sergio se lleva la mano al pecho de una forma exagerada—. Bueno, pasad, que está la otra ahí metida.

Nos adentramos en el apartamento y enseguida me tropiezo con algo; Álvaro me coge del brazo para que no me parta los dientes cayéndome al suelo. Miro hacia abajo y descubro que la culpable ha sido una botella de plástico.

—Hay que pasar saltando —me dice Álvaro—. ¿Podrías limpiar de vez en cuando, no? —cuestiona dirigiéndose a Sergio.

Ya en el salón, paseo mi vista por todo: una tele de plasma que parece un

cine, dos sofás viejos y roídos, y una mesa marrón con sillas del mismo color, donde se encuentra Mel sentada con su portátil y una pila de libros.

—¡Vosotros! —Mel se levanta como una loca y nos da un abrazo a cada uno que por poco nos rompe un par de costillas; luego nos estudia con detenimiento—. ¡Joder, estáis para echaros un polvo!

—Gracias, gracias. Ya lo sabíamos. —Álvaro pone expresión chulesca y le doy un golpe en la tripa.

—Pero mejor que el polvo lo echen entre ellos —comenta Sergio pasándome su brazo alrededor del cuello—. ¿A que la tiene pequeña? —me susurra al oído refiriéndose a Álvaro.

Me pongo del color del ketchup.

—Te he oído —le espeta el otro, y aparta la mano de su amigo de un manotazo—. Y deja de sobar a mi novia.

—Sentaos, tortolitos, y nos contáis cómo os va la vida —nos dice Mel.

Álvaro y yo nos acomodamos en uno de los sofás, pero yo siento que he aplastado algo con mi culo de gorda. Cojo lo que es y me quedo mirándolo, impresionada.

—¿Una teta de goma? —inquiero, y Álvaro se parte el culo de risa junto con los otros dos.

—Es mía. —Sergio me la arrebató de las manos y la estruja—. Mola, ¿eh?

—Joder, tío. Estás salido —interviene mi novio, y después mira a su amiga—. Por cierto, Melody, ¿dónde está tu novia?

Mel permanece de pie, con los brazos en jarras, contemplando a Álvaro con cara de querer asesinarlo.

—Su novia está un poco mal de la chaveta —murmura Sergio.

La mirada asesina de Mel se va hacia Sergio.

—¡Vete a tomar viento, mamón! —le grita ella, y suspira—. Sinceramente, no la entiendo. Es que las dos tenemos un carácter fuerte y hay muchas veces que chocamos. Ahora estamos medio peleadas por una tontería, pero imagino que se nos pasará.

—Caray —suelta Álvaro—. ¿Y está buena?

Se gana otro tortazo en la tripa.

—Está muy buena —le contesta Sergio.

—Hombres... —musita Mel negando con la cabeza, y su vista se posa en mi muñeca—. Oye, ¿y a ti qué te ha pasado ahí?

Ups... ¿Y ahora qué digo? No quiero que sepan que me volví loca y me la rajé.

—La muy torpe se lo hizo cortando pan —miente Álvaro antes de que yo meta la pata, y respiro, aliviada.

—Joder, ten cuidado, pequeño Hobbit, que no quiero que le des un disgusto a mi hermano —me dice Sergio.

—Prometo que no cortaré más pan —respondo mirando a Álvaro, que se acerca a mí y me da varios besos en la mejilla.

Nos tiramos parte de la noche poniéndonos al día de nuestras vidas mientras jugamos a la *play*. También comemos porquerías de las que espero poder deshacerme pronto, si no, cuando me pese mañana, la maldita báscula va a marcar cincuenta.

Capítulo 8

Álvaro

—¡Joder, me cago en mi vida! —exclamo en mitad del suelo.

—¿Qué te pasa ya?! —me pregunta Ari a voces, que se encuentra más adelante, con los ojos pegados a su móvil.

Estamos yendo de camino a mi casa a las dos de la madrugada, medio borrachos, tras habernos despedido de Mel y Sergio. Se nos ha pasado un poco el pedo, pero aún estamos algo tontos.

—¡Que me he vuelto a tropezar con el patinete! —le grito.

—¡A quién se le ocurre!

A mí, por supuesto. Me he topado con un patinete de tres ruedas en mitad de la calle, que no tengo ni puta idea de cómo llevarlo, y es la tercera vez que me estampo contra el suelo.

—¡Ay, Señor! ¿Por qué la vida es tan injusta?! —exclamo mirando al cielo.

—¿A qué señor le hablas? ¡Levántate, que estás perdiendo la cabeza! —Ari viene hacia mí y me ayuda a levantarme, meándonos de risa.

—Me duele el culo —digo haciendo una mueca de dolor—. ¿Me lo vas a mimar cuando lleguemos?

—Cállate, idiota. Cuando lleguemos, dormiremos.

—¡De eso nada! En cuanto lleguemos, te pienso hacer de todo.

—¡Pero si no puedes ni con tu alma, memo!

—¿Memo? ¿Me acabas de llamar memo? —La miro con el semblante lleno de diversión.

—Sí, memo.

Levanto a Ari como si fuera un saco de patatas y comienzo a correr por toda la avenida con ella colgando.

—¡Bájame! —me pide pegándome manotazos en la espalda.

Minutos después, ya hemos llegado a la casa de mi no-padre; yo, respirando de manera entrecortada por la carrerilla que he hecho.

—Eres un idiota.

Hago muecas de burla, la bajo y entramos en silencio en la casa, pero

haciendo un esfuerzo por aguantarnos la risa. Subimos hasta mi habitación y me tiro en plancha sobre la cama.

Qué placer.

—Ven conmigo, enana.

—Espera, que me tengo que poner cómoda.

Suelto un bufido y Ari se quita su sudadera y los vaqueros mientras yo admiro las vistas. Después se pone una de mis camisetas y se mete en la cama; yo me quito mi ropa y me quedo en bóxer. Se acurruca junto a mí e inhala su olor tan exquisito.

—Buenas noches, cariño —dice, y me da un beso.

—¿Cariño? —Me río—. Nunca me has llamado así.

—Pues ahora sí. —Sonríe, recuesta su cabeza en mi pecho y entrelazamos nuestras piernas.

—Me gusta.

—Y a mí.

Y nos quedamos dormidos, abrazados.

* * *

Hay gente a la que le asusta pasar toda su vida con una sola persona. A mí no. Bueno, hasta hace unos meses sí, pero porque era un tarambana que no había encontrado a la chica adecuada, y ahora que la tengo, no pienso dejarla escapar. Puede que lo que estoy pensando sea un disparate, pero me la suda.

—Álvaro... —susurra Ari medio dormida, de espaldas a mí, mientras le doy besos por el cuello, rodeándola con mis brazos.

—Despierta, enana.

—Mmm.

Cuelo mi mano por debajo de su camiseta y acaricio su suave piel hasta llegar a sus pechos. Aprisiono un pezón entre mis dedos y lo pellizco. Ari se ríe.

—No me hagas eso, que me pierdo —me dice.

—Entonces perdámonos juntos.

Se da la vuelta hacia mí y me da un dulce beso en los labios. Luego le quito la camiseta y la vuelvo a besar, entrelazando mi lengua con la suya y paseando mis manos por su espalda. Ella me acaricia el torso, haciendo que mi piel se erice al sentir su tacto, y mete su mano dentro de mi bóxer. Comienza a masajearme la polla y se me escapa un jadeo.

—Joder, Ari.

Aparto su mano, me coloco encima de ella y le quito las bragas. Le abro las piernas y le introduzco un dedo, para empezar a moverlo dentro de ella.

La última vez que quisimos hacerlo, no tenía ni idea de qué le pasaba; Ari no estaba lo suficientemente húmeda como para intentar algo. Nunca le había ocurrido nada parecido, así que imagino que sería culpa de sus problemas.

—Álvaro... —susurra.

Bajo hasta su sexo y dibujo círculos con mi lengua en el punto exacto, sin dejar de mover mi dedo en su interior.

Ella jadea y yo siento que voy a explotar. La necesito ya.

—Álvaro, por favor...

Me detengo, me quito los calzoncillos y cojo un condón de la mesita de noche, que los guardé ayer. Abro el envoltorio y me lo coloco a la velocidad de un rayo.

—Ponte arriba —le pido.

Ari se sitúa encima, haciendo que mi polla se hunda en su interior, y la agarro de las caderas, ayudándola a llevar el ritmo y moviéndonos al compás. El tiempo se detiene mientras nos sentimos, nos besamos y nos amamos... Hasta que por fin los dos estallamos.

* * *

—Espérame aquí —le digo a Ari cuando salimos de la casa de mi no-padre.

—¿A dónde se supone que vas ahora? —exige saber con una sonrisa de tonta en la cara.

Es normal que esté así después de que hayamos hecho el amor; yo estoy igual, pero creo que lo disimulo muy bien.

—A buscar una cosa.

Me dirijo a la cochera, donde mi no-padre tiene aparcado su querido BMW gris, y lo rayo con las llaves, dibujando una línea desde la puerta delantera izquierda hasta la delantera derecha, rodeando el vehículo. A continuación, me subo en el asiento del conductor y arranco.

Dicen que conducir es como montar en bicicleta, que nunca se olvida. El último coche que conduje fue el de la autoescuela, hace casi un año, cuando aprobé el examen práctico en agosto a la primera, y desde ese día ya no he vuelto a coger ninguno. Los coches me agobian; prefiero a Cassie mil veces.

Abandono la cochera y conduzco hasta donde aguarda mi novia. Ella, en

cuanto me ve con este trasto, se queda atónita. Bajo la ventanilla del asiento del copiloto y toco el claxon para que reaccione.

Mi no-padre ha salido a correr, así que es muy poco probable que nos vea.

—Sube —le ordeno a mi pasmada Ari desde mi asiento.

—¿Qué? —logra decir, y frunce el ceño—. ¡Ni hablar! ¡No pienso subirme a este coche con un loco que no sabe conducir!

—¿Quién te ha dicho que no sé conducir? Venga, sube, que me voy a ir yo solo.

—¡Si ni siquiera tienes carnet de coche! —exclama agitando las manos por los aires.

Joder con esta niña.

—¿Quién te ha dicho que no lo tengo? —inquiero, divertido.

—¡No mientas! ¡No lo tienes! ¡Eres un delincuente! —chilla pataleando como si fuera una niña pequeña. Bueno, en verdad es peor que una niña pequeña—. ¡Seguramente robabas coches en tu adolescencia!

Paciencia. Vamos a respirar hondo y a esperar a que se le pase la histeria.

—Niña, ¿vas a subir? —le pregunto observando su cara de rabia mezclada con el pavor.

Finalmente, abre la puerta y se sienta en el asiento del copiloto, de brazos cruzados y con la vista clavada al frente.

—Si nos estampas contra un árbol, recaerá sobre tu conciencia —me dice, y yo me echo a reír.

—Por favor, enana. Sé conducir desde los trece años. Estás con un experto; siéntete privilegiada.

Ladea la cabeza hacia mí, recordándome a la niña del exorcista.

—¡¿Desde los trece?! —vocifera.

—Pero tranquila, que el verano pasado me saqué el carnet de coche, no te sulfures. Soy legal.

—¡¡¿¿Y ni siquiera me cuentas que lo tienes??!!

Maldita sea. Su voz de pito me está dejando sordo.

—Ya sabes que no soy de contar mucho mis cosas. —Me encojo de hombros, haciéndome el inocente—. Siempre me ha gustado más viajar en Cassie.

—Dios mío —murmura, y niega con la cabeza; después mira hacia atrás—. ¿Y dónde tienes la «L» de lento?

—No voy a ir haciendo el ridículo con esa cosa. Me da igual que me multen —admito, y sujeto el volante—. ¿Estás lista?

—Espera. —Se coloca el cinturón de seguridad y caigo en la cuenta de que yo ni me lo he puesto, así que la imito antes de que me deje estéril. Luego respira hondo, cierra los ojos y suelta—: Adelante.

Me pongo manos a la obra, ilusionado, pero al segundo se me cala.

—Mierda —mascullo.

Ari abre los ojos y suelta una carcajada.

—Ya veo lo experto que eres, Álvaro Aitor.

—Ha sido un fallo técnico —replico—. Es que estaba pensando en ti.

—Ya, claro.

Pongo la radio, para concentrarme mejor mientras conduzco, y suena One Direction. Enseguida me arrepiento de haberla encendido. Alargo el brazo para cambiar de emisora, pero Ari me da un manotazo.

—¡Es la canción *Perfect*! ¡Déjala! —chilla.

—Cojonudo.

Durante los próximos diez minutos de camino al cementerio, Ari tapa sus ojos con las manos y está a punto de darle un infarto de lo rápido que voy. Casi atropello a una vieja que iba con el carrito de la compra en un paso de peatones, y Ari ha pegado un chillido que creía que se le iba a salir la garganta por la boca. Cuando llegamos a nuestro destino, aparco en un hueco libre y estampo la parte delantera contra una farola, a posta. Que se joda mi no-padre.

—¡Eres subnormal! —exclama Ari.

—Sólo le destrozo el coche a mi querido padre.

Nos apeamos y nos encaminamos hacia el cementerio. Ari se agarra a mi brazo como cual lapa como la miedica que es. Le da miedo un simple cementerio lleno de cadáveres.

—¿Sabes que todas las noches se escucha el llanto de una niña pequeña? —me burlo guiándola hasta la tumba de mi hermana.

—¿Qué? —A Ari se le descompone el rostro y se para en seco—. Me estás tomando el pelo.

—La gente cuenta que, si te haces *selfies* aquí, detrás de ti sale el fantasma de una niña sonriéndole a la cámara de forma malvada, mientras enseña el dedo corazón.

Me mira entornando los ojos. Esto parece que ya no se lo ha creído.

—¿Sabes que eres malísimo contando historias de miedo?

—¿Y sabes que detrás de ti se encuentra el fantasma de los mocos verdes? —inquiero bastante serio.

—No voy a girarme, porque sé que es mentira. —Se cruza de brazos.

—No estoy de coña.

Y el fantasma posa su mano en el hombro derecho de Ari. Ella da un respingo y grita como una chiflada a la vez que el fantasma y yo casi morimos de un ataque de risa. Mi amor se da la vuelta y, en un acto reflejo, le pega una patada en los huevos a Sergio.

—Mis hijos... —masculla el gilipollas, doblándose sobre sí mismo y tapándose con las manos el paquete; después Ari se vuelve hacia mí y me golpea con sus pequeñas manos en el pecho.

—¡Sois unos imbéciles!

La detengo y la acuno entre mis brazos, riéndome todavía.

—Tranquila, pequeña, yo estoy aquí para protegerte del fantasma de los mocos verdes.

—Joder, tu novia es buena peleona —interviene Sergio casi sin voz.

—Tío, ¿qué se supone que estás haciendo aquí? —le pregunto a mi amigo, que hasta ahora no me he dado cuenta de que sostiene un ramo de rosas rojas.

—Visitar a la misma persona que tú.

—¿A Mimi? —inquiere Ari, y Sergio asiente.

Nos plantamos frente a la tumba y Ari la contempla.

—¿La echas de menos? —le pregunto a Sergio cuando coloca las flores.

—No hago otra cosa. No puedo ni quiero olvidarme de ella. —Se acerca a mi oído, aprovechando que Ari está concentrada mirando las tumbas, y me susurra—: Cuida de Ari, tío. Ni se te ocurra volver a dejarla, pase lo que pase. Es muy valioso lo que tenéis.

—Lo sé. Fui un gilipollas dejándola, pero tenía y sigo teniendo mucho miedo de lo que le está pasando. Es muy jodido. —Por el rabillo del ojo, veo que Ari se acerca a nosotros, así que cambio de tema—: Y necesitas echarte una novia.

—Vale —me responde mi amigo, y mira a Ari—. ¿Quieres ser mi novia? La tengo más grande que este subnormal —dice señalándome con la cabeza.

—Eh... No, gracias —le contesta mi amor—. Ya tengo bastante con aguantar al bebé Aitor.

—Perdona, pero estar conmigo es una bendición —replico, ofendido.

—Eso es lo que tú te crees —me dice Ari con diversión, y me da un golpecito en la tripa.

—Qué cursis —murmura Sergio poniendo los ojos en blanco.

* * *

—¡Hostias, que no te he presentado a otro de los amores de mi vida! — exclamo cuando regresamos a la casa de mi no-padre, después de haber estado desayunando con Mel y Sergio.

Guío a Ari hasta el salón y caminamos hacia el gran piano de cola negro. Mi novia ahoga un grito de asombro y se queda pasmada, con la mano tapando su boca, en cuanto mira el instrumento.

—¡Es precioso! —chilla, y pasea sus manos por las teclas—. ¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta cuando conocí a tu padre ayer?

—Porque estabas demasiado concentrada en intentar abrir un agujero en el suelo y salir corriendo.

—¡Es verdad! —responde sin apartar sus preciosos ojos del piano—. Qué bonito es.

—¡Ya habéis llegado! —Alba corretea hacia nosotros y se sienta en la banqueta del piano—. Hermanito, ¿por qué no le tocas algo a tu novia?

Mi mente perversa piensa otra cosa diferente y me río para mis adentros.

—¡Ay, sí, tócame algo! —exclama Ari dando palmaditas.

Me acerco a su oído.

—¿No has tenido suficiente esta mañana? —le susurro, y ella me pega un tortazo en la tripa, poniéndose colorada.

—Hay una niña delante, imbécil.

Le saco la lengua y me siento en la banqueta con mi hermana. Ari se queda de pie, mirándome, y yo coloco las manos sobre las teclas. Carraspeo, comienzo a tocar la melodía de *Thinking out loud*, de Ed Sheeran, y mi voz se una a ella.

Es tan fácil olvidarse de todo y dejarse llevar por la música que hasta me asusta.

Cuando acabo la actuación, mis dos chicas me aplauden con demasiado énfasis.

—¿A que mi hermanito canta muy bien? —le pregunta Alba a Ari.

—Se va a hacer famoso.

—Qué alabado me siento —confieso.

Ari sonrío, se acerca a mí y me da un dulce beso en los labios.

—¡Puaj! —chilla Alba, y mi amor y yo nos reímos.

—Que sepas que esto lo harás cuando seas más mayor, renacuaja —le

digo.

—¡Qué asco! Yo no pienso tener novios nunca. Son tontos.

—Buena elección, Alba —interviene Ari.

—¿Buena elección? —inquiero clavando mi mirada en la de mi novia, que se ríe y se encoge de hombros.

Se oye la puerta de la entrada y, al cabo de pocos segundos, aparece mi no-padre en el salón junto con dos mujeres.

—Álvaro, qué bien que estés aquí —me dice mi no-padre con su voz de anciano—. Venid, que os voy a presentar.

No, por favor. No quiero aguantar las estupideces de la familia feliz.

Ari y Alba se acercan a ellos y me dejan abandonado, sentado en la banqueta. Al final, me levanto y me aproximo yo también.

¿Podré fingir educación?

Observo a las dos mujeres.

No, esta mierda no puede ser verdad.

—Este es mi hijo Álvaro, y ella es Ari, su novia. —El extraño nos señala con su mano y las dos nos miran; después mi no-padre continúa su asquerosa presentación—. Álvaro, esta es Elena, y a su hija ya la conoces.

Noemí, la hermana del gilipollas de Dani. Mi no-padre se ha lucido esta vez.

Les sonrío de manera falsa. La tal Elena se acerca a mí y me da dos besos. Es morena, alta y delgada; más joven que mi madre y con una pintaza de pija arrogante que no puede ni con ella. Luego hace lo mismo con Ari, y Noemí viene hacia mí.

—Hola, Álvaro. Hacía mucho tiempo que no te veía —me dice intentando sonreír.

Ari se percata de la situación y se abraza a mi brazo, posesiva.

—Pues ya ves. ¿Cuánto ha pasado? ¿Cien años? —le respondo, sarcástico, y Ari me agarra más fuerte.

—Más o menos —me contesta Noemí, resentida.

—¿Os quedáis a comer? —nos interrumpe mi no-padre, y por una vez pienso en darle las gracias, pero enseguida se me pasa. ¿Habrá visto su querido coche ya?

Ari y yo intercambiamos una rápida mirada y, al leer su expresión, sé que a ella le hace la misma gracia que a mí comer con estos idiotas.

—¡Claro que sí! —exclama Alba, que me mira con su carita de niña buena—. Porfi.

Mierda.

—No —respondo de mala gana—. Tenemos que preparar las cosas para irnos esta tarde.

A mi hermana se le empiezan a humedecer los ojos.

—Pero aún tenéis tiempo —interviene mi no-padre—. Tenéis que coger energías. Además, Ari necesita comer, que la veo muy flaca.

«Cállate, cabronazo».

Quiero revolearlo por los aires, estamparlo contra la pared y ahogarlo en la maldita piscina hasta que se quede inconsciente.

Noto que Ari se ha puesto tensa y yo estoy echando humo por la cabeza.

Voy a calmarme, que soy un tío muy maduro.

—Vete a tomar por culo —le espeto a mi no-padre, y agarro a Ari de la mano, dirigiéndonos a la puerta de la entrada.

—Tienes un hijo muy maleducado —oigo hablar a la tal Elena, y me cago en toda su generación.

Si ella supiera la clase de persona que es mi no-padre, no estaría con él, aunque teniendo un hijo como Dani, no me sorprende.

—Tiene un carácter difícil —comenta el señor desconocido.

Bufo y salgo con Ari de la casa.

—Ni caso a ese mamón —le digo, y nos sentamos en las escalerillas de la entrada para fumarme un cigarro.

—Sólo quería ser educado con nosotros, Álvaro. No me lo he tomado a mal —contesta, pero sé que le ha afectado—. Quiere recuperar a su hijo.

—Pero yo no quiero recuperarlo a él. Sabes lo que me hizo.

Apoya su cabeza en mi hombro.

—Todo el mundo se merece una segunda oportunidad. No esperes a que pase algo malo, porque entonces será demasiado tarde.

—Ese tipo no se la merece.

—Ay, Álvaro, qué cabezota eres —me dice.

—Más que tú, lo dudo.

—Los dos somos iguales de cabezotas.

—Por eso estamos hechos el uno para el otro, ¿verdad? —inquiero.

—Por supuesto. —Me da un beso en los labios—. Por cierto, ¿quién era la chica?

Ya estaba tardando en hacerme un interrogatorio.

—Noemí, la mejor amiga de Mimi y hermana de Dani.

—Ya... ¿Y para ti quién es?

No contesto porque sé que le va a entrar la paranoia.

Resopla y se pone en pie, mirándome seria y de brazos cruzados.

—Álvaro Aitor, ¿quién es esa chica para ti?

—Contigo en esa posición de madre sargento, no te pienso contestar.

Pone los ojos en blanco y se vuelve a sentar a mi lado.

—Habla.

—Es que me da vergüenza.

—Aitor. —Ari me dedica una mirada de advertencia.

—Está bien. —Suspiro y me paso las manos por el pelo—. Con esa chica perdí la virginidad, pero antes de que empieces con tu ataque de celos, te digo que no sentía nada por ella, pero ella sí por mí.

Ari respira hondo y yo la miro, esperando su contestación.

—¿Tanto dramatismo para eso? —cuestiona—. A no ser que me mientas y me abandones porque estés enamorado de ella.

—No empieces, Ari. —Poso las manos en su rostro y contemplo sus ojos verdes—. Te he dicho mil veces que tú eres la única de la que he estado enamorado. Las demás no existen para mí.

—Es que... —musita casi sin voz—. Si lo hiciste con ella la primera vez, sería por algo.

—Claro que sí. —Suelto una carcajada—. Por curiosidad. ¿Acaso no sabes cómo son los adolescentes?

—Yo no lo hice contigo por curiosidad.

—Lo nuestro fue diferente, enana. Nosotros nos queremos y, créeme, me siento muy afortunado de haber sido el primero para ti.

—Pero yo no lo fui para ti —contesta, dolida.

—Lo que importa ahora es que estamos juntos. —La beso y la vuelvo a mirar—. Te quiero, celosa.

—No estoy celosa, y menos de esa rubia de bote —replica, y yo sonrío—. Invítame a comer a algún sitio. Me ha entrado hambre.

¿Ari con hambre? ¿Qué ha pasado?

—Claro, los celos siempre dan hambre —me burlo.

—Cállate.

Le tiro del moflete y nos levantamos de las escalerillas.

—¿A dónde te apetece ir?

—A un italiano. —Se frota las manos, ilusionada—. Aunque lo malo es que esta tarde nos vamos. Yo quiero quedarme aquí para siempre. Me gusta Madrid.

—Volveremos, no te preocupes —le prometo, y volvemos a besarnos—.
Te quiero mucho.
—Y yo a ti.

Capítulo 9

Chris

Comienza a sonar la melodía de *It's my life*, de Bon Jovi, en mi móvil y hago un esfuerzo sobrenatural para alcanzarlo con mi mano hasta la mesilla de noche y hacer que se calle. Finalmente, lo cojo, pero se me escurre de la mano y se estampa contra el suelo.

Sin embargo, continúa sonando y voy a acabar aborreciendo la canción. Estiro mi brazo hasta el suelo, agarro el móvil y apago la alarma. Me levanto de la cama, me estiro, haciendo crujir todos mis huesos, y preparo las cosas para meterme en la ducha.

Cuando estoy listo, me encamino hacia la cocina y me preparo un tazón de cereales. Me los empiezo a comer sin ganas, por culpa de mi depresión post-ruptura, y con mi mirada clavada en un punto invisible de la cocina.

—¿Y a este qué le pasa hoy? —le pregunta mi padre a mi madre.

Yo remuevo los cereales en la leche con la cuchara, mientras tengo un codo apoyado en la mesa y mi cabeza descansa en mi mano.

—Christian, ¿estás bien? —quiere saber mi madre, preocupada.

—Perfectamente —murmuro con la boca llena de cereales y con mi mente en la luna.

Oigo a mi padre abrir una lata de cerveza y después el sonido que hace al tragar el líquido. Me levanto de la silla, dejo el tazón en el fregadero y agarro mi mochila. Salgo de mi casa y voy hacia Diego y Ari, que me están esperando para ir juntos al instituto.

—Por fin sales —me dice mi amiga.

—Ay, no puedo con mi vida —me quejo—. ¡Necesito borrarlo todo de mi mente!

—Tranquilo. —Ari me agarra del brazo—. Esta tarde te vienes a mi casa y despotricamos a ese idiota mientras le hacemos vudú con un muñeco.

—Ari, a veces das miedo —le dice Diego, y suelta un risita.

Pobrecito, cómo se le nota que está pillado de ella hasta las trancas. Aunque la verdad es que estamos todos jodidos, pero noto a Ari más feliz. Al final, el viajecito a Madrid le ha sentado bien.

—Lo siento, estoy muy trastornada —interviene mi amiga encogiéndose de hombros—. Vamos ya, que llegaremos tarde.

Una vez que llegamos al instituto, nos encontramos con Sandra. Ari busca con su mirada a Álvaro entre los aparcamientos y, cuando da con él, sale disparada hacia allí. Diego suspira y yo le doy una palmadita en el hombro, de compasión. Él gira su cabeza en mi dirección sin comprender lo que acabo de hacer.

—Es obvio —le digo.

Suma dos más dos y parece que ya me ha entendido.

—¿De qué habláis? ¿Qué me estáis ocultando? —nos pregunta Sandra moviendo las cejas de arriba abajo, en plan cotilla.

—Del tiempo —miento, y decido cambiar de tema—. Os dejo, que voy al baño antes de que suene el timbre.

Camino hasta los servicios de chicos con mi mirada fija en el WhatsApp. Ningún mensaje del idiota de Mateo ni de Anónimo, que a este último, al final, lo he desbloqueado porque me daba lástima y sentía curiosidad por saber quién es, pero no me ha vuelto a mandar más mensajes.

Entro en el baño y me encuentro con Mónica saliendo de uno de los habitáculos, con los pelos revueltos y arreglándose la ropa. Me dedica una sonrisa de engreída y se marcha. A continuación, sale John y se me queda mirando.

No es la primera vez que los descubro enrollándose en el servicio.

—Te has equivocado de baño, guapa —me dice esbozando una media sonrisa.

Estoy seguro de que ahora llamará a sus amiguitos y me meterán la cabeza en el váter, como si lo viera. Pero aun así, decido ignorarlo y me pongo a hacer pis en uno de los urinarios. John me imita y, como el buen adivino que soy, entran Víctor con dos descerebrados más y se ríen en cuanto me ven.

—Qué ganas de nosotros tienes tan temprano —comenta Víctor, y yo me doy la vuelta.

—Es que no puedo vivir sin vosotros —digo intentando hacerme el chulo.

—¡Cuidado! —exclama uno de los otros dos—. ¡Que la gallina nos está vacilando!

—Puto maricón —murmura Víctor. Se abalanza hacia mí y me agarra del cuello de la camiseta—. ¿Te crees muy chulito, no?

—No os tengo miedo, homófobos de mierda.

—¿Homoqué? A mí no me hables con palabras raras, que te descuartizo la cara, maricón.

Encima de homófobo, analfabeto. Si es que lo tiene todo.

—Vamos a darle una buena paliza —interviene otro, pero suena la campana y los tres maldicen entre dientes.

—Mierda —farfulla Víctor, y me pega un puñetazo en la mandíbula—. Tengo un examen. Luego continuaremos.

Y los tres idiotas se largan, pero John se queda.

—Límpiate esa sangre, anda. —Me lanza el rollo de papel y yo lo cojo al vuelo.

Se me ha abierto una pequeña herida en el labio. Arranco un trozo de papel, lo humedezco con agua y me limpio la sangre.

Joder, cómo escuece.

De reajo, me doy cuenta de que John no deja de mirarme.

—¿Qué miras? —le espeto.

¿Qué hace todavía aquí? ¿Por qué no se va con sus colegas a descuartizar a la gente?

—Estoy pensando en una manera de romperte la cara, ya que los demás se han ido —me dice.

—Nunca lo has hecho.

Nunca se ha atrevido a pegarme; siempre han sido sus amiguitos los que lo han hecho mientras él se quedaba mirando sin hacer nada. Este tío es como los perros pequeños, que mucho ladra, pero poco muerde.

—Pero lo puedo hacer ahora.

—Adelante.

Se aproxima a mí y me da un empujón, pegándome a la pared; luego sus ojos azules me estudian.

—No sé por dónde empezar.

—No te tengo miedo —confieso sin que me tiemble la voz—. Eres un cobarde de mierda.

Ríe con ironía y se acerca más a mí; aprisiona mi rostro entre sus manos y me planta un beso en los labios que me pilla desprevenido. Mi mente quiere zafarse de él, pero mis labios lo impiden y le devuelven el beso. Finalmente, John se aparta de mí, me pega un puñetazo en la barriga y sale del baño a toda pastilla sin que me dé tiempo a procesar la información.

¿Qué narices ha pasado? ¡Me he quedado flipando!

Abandono el servicio y subo las escaleras hasta la tercera planta, con mi

cabeza dándole vueltas a lo que acaba de ocurrir. ¿John es gay? Pero si está con Mónica... A lo mejor es bisexual... O gilipollas, o puede que sea una maldita broma de las tuyas.

Llamo a la puerta de clase y la abro al instante.

—¿Puedo pasar? —le pregunto al profesor.

—Venga, que ya hemos empezado.

Atravieso el aula hasta la última fila, donde se encuentra sentada Ari dibujando en su agenda. Me siento a su lado y ella alza su vista para mirarme.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Te has colado por el váter?

—Un pequeño accidente en el baño. —Señalo mi labio con mi dedo.

—Qué cabrones. ¡No se cansan! —chilla, y da un golpe con su palma en la mesa, enfadada.

—¡Silencio! —ordena el profesor.

Busco a John con la mirada y lo diviso a unas cuantas mesas más adelante, sentado con Mónica, mirándome. Cuando nuestros ojos se encuentran, me aparta la mirada y atiende al profesor.

Comprobado: es gilipollas.

* * *

—Poneos por parejas —ordena el profesor de Educación Física.

Miro a Sandra y a Diego. Ari se ha quedado sentada en los bancos porque aún no puede forzar demasiado su cuerpo.

—Poneos vosotros dos juntos. No importa —les digo, y camino hasta el profesor.

—¿No tienes pareja? —me pregunta, y yo niego con la cabeza—. Pues ponte con John.

Ja, ja, ja.

Finjo saltitos de alegría en mi mente mientras me acerco a mi compañero de abdominales.

—¿Dónde te has dejado a tu querida novia? —quiero saber.

—No se encuentra bien —me responde señalando con la cabeza los bancos, donde están Ari y Mónica pasando el rato.

Pobrecita mi amiga, seguro que la Barbie le dirá cosas venenosas para que se sienta como una mierda. Sin embargo, sé que Ari es fuerte, aunque a veces se derrumbe.

—¿Y tú dónde te has dejado a tu novio? —se burla John.

—No tengo novio, gilipollas —le contesto, malhumorado—. Venga, acabemos con esta tortura cuanto antes.

John se tumba en el suelo con las rodillas flexionadas y yo me pongo de rodillas, sujetándole los pies. Después, se coloca las manos detrás de la cabeza y comienza a hacer abdominales.

—¿A qué ha venido lo de antes? —exijo saber observándolo.

—Ni idea.

—¿Eres ga...?

—No —me corta rápidamente, con la voz entrecortada por el ejercicio, antes de que escupa la palabra mágica—. Yo no soy *eso*.

—Ya.

—Te toca.

Nos cambiamos los puestos y comienzo a hacer las abdominales mientras John analiza cada uno de mis movimientos.

No me creo nada lo que acaba de decirme. No es que yo sea el típico guaperas como Álvaro para echarme tantas flores, pero si John me ha besado, habrá sido por algo, ¿no? Yo no voy plantándole besos a cualquiera.

Ah, sí. Lo ha hecho para reírse de mí.

Ari se acerca, maldiciendo algo entre dientes, y se sienta a mi lado, en posición de indio.

—¿Y a ti qué te pasa ya? —le pregunto.

—La Barbie Poligonera. ¡No la aguanto! —Hace aspavientos con las manos—. Lleva todo el rato diciéndome cosas y al final me he cansado de ella.

—¿Quién es la Barbie Poligonera? —quiere saber John.

—Tu querida novia —le respondo sin dejar de hacer ejercicio.

—Te molesta mucho, ¿verdad? —le pregunta a Ari.

—¿Que si le molesta? —intervengo mirando a John y deteniendo las abdominales—. Tú sabrás. Le lleva haciendo la vida imposible desde que la conoce.

—¿Cómo la aguantas? —inquire mi amiga dirigiéndose a John, pero él no contesta, sino que se encoge de hombros—. Debes tener mucha fuerza de voluntad para soportarla.

—¡Vosotros, basta de cháchara! —nos interrumpe el profesor—. Quiero que hagáis veinte vueltas a la pista como castigo —nos ordena, y apunta con su dedo a mi amiga—. Y tú, Ariadna, a los bancos.

—Genial —murmuro con sarcasmo, y me levanto de un salto; después

miro a John—. Por tu culpa.

—Mariquita —me insulta, y me saca el dedo corazón.

Quince minutos después de haber estado haciendo las veinte vueltas, estoy exhausto. Necesito tirarme en plancha a una piscina y no salir hasta que me arrugue como una pasa. Toca la sirena y me encamino hacia los baños con John detrás de mí, colorado y sudando por haber estado corriendo. Me echo agua por la cara para refrescarme y bebo de mi botella. Por último, me siento en el suelo, esperando que mi pulso y mi respiración vayan disminuyendo poco a poco.

Voy a morirme. Hacer deporte es malo para la salud, no entiendo por qué dicen lo contrario.

—Qué flojo eres —comenta John, y se pone a beber agua del grifo.

Doy un profundo suspiro y entran los demás chicos de la clase para asearse.

—Cansado, ¿no? —inquire Diego sentándose a mi lado.

—No puedo con mi alma, necesito que me cambien las piernas —me quejo.

Observo a John cambiarse la camiseta y admiro sus pectorales. Se nota que tiene un cuerpo trabajado y cuidado. Después se echa agua en el pelo y se lo revuelve, quedando perfectamente despeinado.

Vale, no sé lo que hago mirando a ese tío mientras se forma una piscina de mis propias babas a mi alrededor.

—¿Quieres un babero? —me interrumpe Diego sacándome de mi ensimismamiento.

Sacudo la cabeza.

—¿Quieres tú uno para cuando mires a tu amiga? —contraataco, y me muerdo la lengua al instante al descubrir la expresión de pena en su rostro—. Perdona, tío.

—No, si tienes razón. Me he enamorado de la chica equivocada, pero no lo puedo controlar.

—Estás muy jodido.

—Ya lo sé. —Se levanta—. Nos vemos en clase. —Y se marcha del baño. Ahora me siento muy mal por él; me he pasado tres pueblos.

Consigo levantarme yo también, pero con el cuerpo doliéndome por el esfuerzo, y me dispongo a atravesar la puerta cuando alguien me tira del brazo.

Joder, otra vez este tío. Parece un acosador.

—¿Qué quieres, John?

Me doy cuenta de que nos hemos quedado solos.

—No le digas nada a nadie de lo que ha pasado antes —me dice amenazándome con su dedo índice.

—¿Por qué? ¿Se meterían contigo tus amiguitos? —inquiero en tono burlón.

—Que quede entre nosotros. —Me mira; sus ojos azules reflejan preocupación... O miedo—. Por favor.

—Tranquilo, no diré nada. No soy tan malo como tus amiguitos.

—Gracias. —Esboza una tímida sonrisa.

Pobre chico, está asustado por su sexualidad y por lo que pensarán los demás si se enterasen. A mí me da igual, sé lo que soy desde que tengo uso de razón, por eso no me importa que se metan conmigo por ser gay.

Los raros son ellos, no yo.

Me acerco a John poco a poco y lo intento besar, pero me hace la cobra.

—No —contesta mirándome con los ojos muy abiertos, como si estuviera asustado.

Pero no le hago caso y lo agarro del rostro para juntar mis labios con los suyos.

Estoy impresionado conmigo mismo. ¿Desde cuándo soy tan lanzado? Ni me reconozco.

Lo beso despacio y su lengua se entrelaza con la mía, pero John se aparta de mi boca, jadeante.

—Esto está mal —admite, y se pasa una mano por el rostro—. Me deben gustar las chicas.

Me río en toda su cara por el chiste que acaba de soltar.

—No hay nada malo en que te gusten los tíos.

—Es ilícito.

¿Qué?

Me vuelvo a reír, pero de manera más exagerada.

—¡Deja de reírte de mí! —exclama, y me pega un puñetazo en el estómago, consiguiendo que mis risas aumenten—. ¡Maldito mariquita!

Continúo desternillándome mientras él me contempla, echando humo por la cabeza. Alza su mano para pegarme un guantazo en la cara, pero su brazo queda suspendido en el aire y paro de reírme.

—¿Vas a pegarme o qué? —cuestiono con la ceja enarcada.

Sus ojos azules observan los míos y baja el brazo.

Entonces me besa, pero de nuevo se aparta.

Joder, no he visto a un tío así de indeciso en mi vida. Este quiere rollo conmigo, pero le da vergüenza pedírmelo. Qué tímido se ha vuelto.

—¿Vamos? —Señalo con mi cabeza uno de los baños individuales y John lo mira, atemorizado—. No voy a violarte ni nada de eso, eh.

Tengo un sentido del humor horrible. Me estoy poniendo en ridículo, lo sé.

—No —responde, dudoso; luego suspira profundamente y suelta—: A la mierda.

Y lo que hace a continuación es santiguarse.

Espera... ¿Se acaba de santiguar? Esta situación me está dando mucho repelús, aunque me apetece liarme con él y olvidarme por un rato del idiota de Mateo y de su pelo rubio de bote.

Nos encerramos en el baño con el pestillo y nos empezamos a besar como locos. Descubro que este tío besa como los ángeles y mis manos viajan hasta su culo, creado para partir nueces.

Hasta que, un rato después, nos interrumpe el timbre.

Ay, mi madre. ¿Hemos estado casi una hora entera metidos en el baño besuqueándonos? Se me ha pasado como si fuera un minuto.

John se separa de mí y me sonrío, con los labios hinchados. En realidad es un chico muy mono, sólo que nunca he tenido la oportunidad de fijarme en él, porque siempre se ha juntado con los que me hacen *bullying*, y esa gente me da asco.

—Pues habrá que ir a clase —me dice. Suelto un bufido y salimos del habitáculo—. ¿Me das tu número? —me pide antes de que me marche.

—Claro que no. No soy el típico que le va dando su número a la gente.

—No pasa nada. Te doy yo el mío. —Libera su móvil del bolsillo de sus vaqueros y llama a alguien; enseguida suena la melodía del mío.

Lo saco y me doy cuenta de que su número es el del anónimo que me escribió el otro día. Sonrío como un imbécil. ¿De dónde ha sacado mi número?

—¿Quién te lo ha dado?

—Se lo pedí a la madre de Ari.

Qué fuerte.

—Pues eres un estúpido —le espeto.

Se ríe, se acerca a mí y me vuelve a besar, pero alguien irrumpe en el baño y nos separamos al momento.

Es Álvaro y nos está mirando con el semblante lleno de diversión.

—Vengo a mear. Seguid con lo vuestro —comenta, y se dirige a los urinarios.

—Yo me voy. No digas nada —me susurra John al oído; yo asiento y huye despavorido.

Álvaro se carcajea mientras hace pis.

—¿De qué te ríes tanto? —le pregunto.

Se sube la cremallera de los vaqueros y se acerca al lavabo.

—Joder, tanto llorar por Mateo y te encuentro liándote con otro a la primera de cambio.

Qué capullo es. Le pienso tomar el pelo.

—¿Celoso? —inquiero enarcando una ceja. Espero no reírme con esto que voy a soltar ahora—. Sabes que mi corazón es tuyo, cariño. Te quieres hacer el duro para no admitir que de verdad me amas. Pero tranquilo, que esperaré todo lo que haga falta hasta que decidas salir del armario y dejes de hacer el paripé con Ari.

Álvaro se echa a reír.

—Claro, Cristiano. Sigue soñando. —Me da una palmadita en la cara y se encamina hacia la puerta.

—Sabes que no creo en Dios para que me llames así —le contesto antes de que se vaya—. ¡Y lávate las manos, pedazo de guarro!

Álvaro me saca el dedo corazón y se larga. Ni siquiera se ha lavado las manos después de haber meado. ¡Menudo asco! ¡Y encima me ha tocado la cara! Pienso contárselo a Ari para que lo ponga firme.

Capítulo 10

Diego

Recuerdo que, de pequeño, siempre estaba escribiendo historias. No me importaba si era de día o de noche, o si al día siguiente tenía que ir al colegio. Algunas noches mi madre me pillaba *in fraganti* en mi habitación, con la lámpara encendida y escribiendo como un loco en una de las tantas libretas que tenía y que ahora no tengo ni idea de dónde están. Mis padres se quedaban fascinados con todo lo que salía de mi imaginación; me decían que tenía mucho talento y que le encantaban las historias que me inventaba.

Aparco mi bicicleta en una farola y le coloco un candado. Entro en el McDonald's y me pongo a la cola, esperando a que me atiendan. Diviso al tarambana de Álvaro en la barra, despachando a la gente.

—Vaya, vaya... ¿Cómo tú por aquí, Caracartón? —se interesa el petardo cuando es mi turno.

—No tenía ganas de participar en la fiesta del vudú. —Sonrío de manera forzada.

—¿La fiesta del vudú?

—Ari, Chris y Sandra han creado muñecos que se supone que son Mónica, Mateo y Hugo —le explico—. Y han montado una buena en la habitación de Ari.

—Menuda panda... —Suelta una carcajada—. Bueno, ¿y qué quieres?

—Un café y un *brownie*, pero no los envenenes.

—Ni que fuera un demonio —murmura, y se marcha a preparar mis cosas.

Segundos después, regresa con mi pedido y le pago.

—No le habrás echado nada raro a esto, ¿no? —inquiero mirando con asco lo que hay en la bandeja.

—Semen de cabra —me responde fingiendo una sonrisa—. Fuera de aquí ya, que tengo que seguir atendiendo. —Señala la interminable fila que hay detrás de mí.

Cojo la bandeja y camino hasta una de las mesas del fondo, donde hay menos gente. Me siento en una silla, saco el portátil de mi mochila y lo pongo

sobre la mesa. Después, observo la merienda y me monto una conversación con mi yo interior, decidiendo si comérmela o no.

Venga, me voy a fiar del tarambana por una vez en mi vida. Agarro el *brownie* y le doy un mordisco. Vale, sabe normal; creo que por ahora no voy a necesitar ir a urgencias. He dicho por ahora; dentro de un rato, ya veremos.

Dos horas después en las que he estado sumergido en mi historia, alguien interrumpe mi inspiración.

—*Ella lo miró a los ojos...* —lee Álvaro detrás de mí.

Cierro la pantalla del ordenador con rapidez.

—¿Qué haces? —le espeto mirándolo.

—¿Qué escribes? —Se sienta enfrente de mí con una Coca-Cola en la mano.

—No te importa.

—Llevas toda la tarde sin moverte de aquí y escribiendo como un poseso en el ordenador. —Suelta la Coca-Cola y finge que teclea en un ordenador invisible, poniendo cara de chiflado.

—Déjame en paz. —Vuelvo a levantar la pantalla y él se entretiene con su móvil mientras se bebe el refresco.

Me estiro, ya que tengo el cuerpo agarrotado por haber estado en la misma posición y sin moverme durante toda la tarde y, en una de las mesas que hay enfrente de la mía, creo ver al mismo tipo que me amenazó con una navaja en Barcelona.

Me pongo tenso al instante. No puede ser él. No me puede haber perseguido hasta aquí. Es imposible; serán imaginaciones mías.

—¿Qué te pasa, friki? Tienes cara de susto —me dice Álvaro.

—Nada —respondo con toda la tranquilidad posible—. Me voy a mi casa. —Recojo mis cosas con una velocidad increíble y me levanto.

—Caray, ya sabía que eras rarito, pero esto ya... —Sonríe como el estúpido que es.

No le hago caso a Dumbo (por las pedazo de orejas que tiene), y sigo observando al tío. Un niño de unos diez años se acerca a él y le enseña un juguete del *Happy Meal*. Mi vista se dirige hacia el cuello del hombre y no encuentro ninguna cobra tatuada.

Vale, no es ese. Estoy paranoico. Desde hace días no paro de mirar detrás de mí cuando piso la calle. Mi cabeza me juega malas pasadas; ni siquiera le he contado nada a mi madre porque no quiero preocuparla.

—Adiós —me despido de Dumbo y atravieso la puerta, pero él viene

detrás de mí—. ¿Qué haces?

—Tranquilo, chaval. No eres tan importante como para perseguirte. Ha terminado mi turno.

—Ah.

—¿Esta mierda es tuya? —pregunta señalando mi bici.

—Pues sí.

Se echa a reír y yo paso de estar aguantándolo un segundo más. No sé cómo Ari puede soportarlo; no me lo explico.

Álvaro se dirige a su moto, todavía con lágrimas en los ojos por haberse reído, y se larga. Yo le quito el candado a mi bici y me encamino hacia mi casa.

En cuanto llego, ya está la moto del tarambana aparcada al lado de la casa de Ari. ¿Y si le pincho la rueda? Buah, se lo merece, pero no tengo los huevos suficientes para hacerlo. Entro en mi casa y saludo a mis padres, que están en el salón viendo la tele muy encariñados.

—Cariño —me llama mi madre—. Te he dejado la comida preparada en la nevera. Nosotros vamos a salir a cenar.

—Está bien. Que os divirtáis.

Me encanta que mis padres se quieran de esa manera. Parece mentira que lleven ya más de quince años juntos y que se adoren como si fuera el primer día. Aunque mi padre no sea el biológico, me da igual; yo lo siento como si lo fuera. La familia no se decide por la sangre que se comparte. Mi madre me contó que mi padre real murió en un accidente de coche poco después de que yo naciera, así que no logré conocerlo, y ella siempre me ha hablado de él diciéndome que era un buen hombre y que me quería mucho.

¿Que me hubiera gustado conocerlo? Pues sí, pero las desgracias ocurren sin que uno quiera.

En cuanto mis padres se marchan, saco el plato de pasta de la nevera y lo caliento en el microondas. Mientras pasan los segundos, llaman al timbre. Camino hasta la puerta y todo mi mundo se desvanece al ver a Ari tan decaída y respirando de manera agitada, con las lágrimas empapando sus mejillas.

—¿Qué te ocurre?

—¿Puedo pasar? —me pide, y sorbe por la nariz.

—Claro.

Nos metemos en el salón y nos sentamos sobre el sofá. Noto que está temblando.

—¿Tienes frío?

—Un poco —responde con una voz casi inaudible.

—¿Quieres que te traiga una manta?

—No.

Pero no le hago caso, subo hasta mi habitación y, al cabo de unos segundos, arropo a Ari con la manta.

—He visto los papeles del manicomio rellenos —comienza a hablar—. No quiero ir. Sé que les dije a todos que iba a entrar, pero no puedo. No me entiende nadie.

Le agarro de las manos.

—Ari, tienes que ponerte bien. —Observo su cicatriz de la muñeca y, de pronto, siento la necesidad de abrazarla y consolarla entre mis brazos, pero me contengo.

Ella me suelta las manos.

—Son unos pesados. Me acaban de dar la chapa con el tema otra vez, y no puedo. A Álvaro le he pegado un empujón y a mi madre igual. He salido corriendo de mi casa. ¡Y yo no soy así, Diego! Lo veis todo muy fácil, pero es insoportable levantarse cada mañana y mirarte al espejo, aborreciéndote a ti misma y sintiéndote una fracasada e inútil.

—Si te vieras con los ojos con los que te vemos todos...

«Con los que te veo yo».

—No pensarías de la misma manera —termino la frase.

—Estoy agotada de todo.

La acuno entre mis brazos y ella apoya su cabeza en mi hombro, calmándose poco a poco.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? —le pregunto, aunque no hace falta pensar mucho en lo que me va a responder.

—No quiero nada.

—Tienes que comer algo.

—¿Tú también con eso, Diego? —me espeta apartándose de mí—. No necesito comer. Estoy bien.

Una de las cosas que más entiendo de las personas es que cuando dicen constantemente que están bien, en realidad no lo están, y Ari lo repite mucho.

—Como quieras —le digo.

El sonido de un mensaje de mi WhatsApp nos interrumpe. Saco mi móvil de mis vaqueros y observo que es Álvaro el que me ha hablado. Ya puedo prepararme para huir de él.

TARAMBANA: «Sé que Ari está en tu casa. Cuídala, por favor»

Tengo que leer varias veces el mensaje para averiguar alguna amenaza oculta entre las palabras. Ese «por favor» me resulta extraño, y el tono tan amable que utiliza, también. Creo que es una trampa para entretenerme, porque en cualquier momento echará la puerta de mi casa abajo y me apuntará con una escopeta.

Sin embargo, decido contestarle.

YO: «Tranquilo. Está en buenas manos»

—¿Quién es? —quiere saber Ari.

—Álvaro —respondo, y vuelvo a guardar el móvil—. Está preocupado por ti.

—Pues que le den. Es un idiota y no me comprende.

Su egoísmo se puede palpar en esas palabras, aunque sé que no es la verdadera Ari la que habla.

—¿Te apetece hacer algo? —le pregunto para cambiar de tema.

—No mucho.

—¿Cosquillas? —La miro, divertido.

—¡No! —exclama, y sonrío por primera vez desde que ha venido.

Pero su negación no sirve de nada y la hago sufrir y reír con un ataque de cosquillas, mientras me ruega que pare, intentando zafarse y pegándose patadas.

* * *

—Diego —me susurra alguien al oído—. Diego.

—Dime —contesto, dormido.

—Levántate. —Me zarandea y yo abro los ojos.

Me incorporo sobre la cama, me restriego los ojos y veo a Ari sentada a mi lado. Se ha quedado a dormir en la otra habitación porque no tenía ganas de ver a «los traidores de su familia ni al estúpido de Álvaro».

—¿No puedes dormir?

—Ayúdame a huir del planeta —me pide con total seriedad.

—¿Qué?

Espero que no haya perdido la cabeza mientras dormía, o que lo que estoy presenciando ahora mismo no es producto de mi imaginación.

—Es que he tenido una pesadilla espantosa —me cuenta—. Mi madre me había obligado a participar en *Los Juegos del Comer*, que es como una especie de *Los Juegos del Hambre*, donde me hacían comer veinte kilos de hamburguesas sin descanso. Lo he pasado muy mal, de verdad. ¿Y sabes quién era uno de los que mandaban? —pregunta, y yo niego con la cabeza—. El muñeco que va en un triciclo.

—¿El de *Saw*?

—¡Ese! —exclama, agitada—. Y se ponía a repetir todo el rato «vamos a jugar a un juego», y las hamburguesas me perseguían. ¡Qué miedo he pasado! Me he despertado sudando y temblando.

Analizo la historia que me acaba de contar y aguanto como puedo la risa.

—Yo... —empiezo a hablar fingiendo estar serio—. Eso es horrible.

Ari contempla mi expresión.

—Venga, puedes reírte. Adelante —me anima mirándome con los ojos entornados.

Uno, dos, tres... Y estallo en risas.

—Esa es una buena idea para escribir una historia —comento cuando me recupero del ataque.

—Pues yo no la leería, pero me tendrías que pagar los derechos por tener esa idea.

—Por supuesto. —Suelto un bostezo—. ¿Qué hora es?

—Las cinco de la mañana. Ya me he desvelado con la pesadilla y no puedo seguir durmiendo, vaya que sueñe con lo mismo. —Suspira—. Quiero dibujar.

—Pues dibuja, si quieres. Ahí tienes folios y colores. —Señalo con la cabeza mi escritorio.

Ari se levanta de mi cama y se acerca al escritorio para coger las cosas; después vuelve a mi lado.

—¿Qué vas a pintar?

—No lo sé, pero tú sigue durmiendo, que me pongo nerviosa si me miran.

—Está bien. Ya lo veré cuando me despierte.

Me tumbo y no tardo ni cinco minutos en volver a coger el sueño.

Capítulo 11

Ari

—¿Todavía estás dibujando? —me pregunta Diego al acabarse de despertar, después de haber sonado la alarma de su móvil.

—No, ya he acabado.

Le enseño el dibujo y mi amigo sonrío, marcando su hoyuelo de la barbilla.

—¡Si soy yo durmiendo! ¡Me encanta! —exclama, enérgico.

¿En serio por la mañana se puede tener tanta energía? Yo parezco una muerta viviente.

—Pues es para ti. —Se lo doy y me levanto de un salto de la cama—. Voy a mi casa a prepararme para el insti. Dentro de un rato te veo.

—Vale.

Salgo de su casa y me encamino hacia el infierno de la mía. Ayer, mi madre y Álvaro sacaron el tema de la cárcel a donde me quieren llevar, y no tuve más remedio que enfadarme con ellos y largarme. No aguantaba más. Es cierto que hace unos días recapacité y decidí entrar, pero ahora lo he pensado mejor y me encuentro bien. Además, me he metido en la web que visito siempre y he leído que en esos sitios no te recuperas, sino que es mucho peor: te vigilan, te obligan a comer y te pueden atar a la cama... Yo no quiero eso para mí. Estoy bien.

—Ariadna —me llama mi madre con su voz de sargento, en cuanto entro en casa.

—Tengo que ir al instituto —contesto. Subo deprisa las escaleras y me meto en mi habitación.

No pienso seguir hablando con esa mujer de esa estupidez. No entra en razón. La odio.

Para cuando estoy lista, salgo disparada de mi casa, evitando a la ayudante de Lucifer, y me encuentro con Chris y Diego.

—Hola —me saludan los dos al unísono.

—Hola.

No tengo ganas de hablar, así que los ignoro. Ellos se dan cuenta de mi

estado y nos encaminamos hacia el insti en absoluto silencio. Mientras, me entretengo con mi móvil y entro en Wattpad para leer una historia que estoy siguiendo sobre vampiros. Al llegar al instituto, sé que Álvaro está aquí porque he visto a Cassie aparcada, así que evito por todos los medios dar con él, acelerando el paso, pero me choco con alguien que me marea con su presencia y su delicioso aroma.

Álvaro coloca sus manos sobre mis hombros y yo me concentro en el dibujo de un tigre en su camiseta negra.

—Ari, por favor, no estés así conmigo. Háblame, por favor —me suplica, pero yo continúo mirando el tigre—. Enana...

Me entra el aire neurótico, empujo a Álvaro y huyo hacia el baño para esperar a que toque la sirena. No obstante, entra la pesada de Sandra a invadir mi espacio personal.

—Tía, ¿se puede saber qué estás haciendo? —exige saber.

—No quiero hablar con nadie, y menos con tu primo.

—Álvaro no te ha hecho nada para que estés así con él —replica—. Tú no te das cuenta, pero está pasándolo mal por ti, ¿sabes? Y es una pena, porque hacéis una bonita pareja. Parece que te importa una mierda tu relación con él. —Y sin decirme nada más, da media vuelta y se marcha del baño.

Sandra ha venido a darme lecciones. Genial.

Todos están en mi contra. Todos. Ya no puedo confiar en nadie.

* * *

Camino por un bosque de noche y no sé con exactitud la hora que será, pero tengo un poco de miedo y muchísimo frío. Estoy tiritando. Todos me han abandonado y sólo tengo de acompañamiento el ulular de los búhos. Siento mi cuerpo pesado por la cantidad de kilos que llevo encima y de los que me quiero deshacer.

Me encuentro con una especie de cueva solitaria y decido entrar. Observo las paredes, iluminadas por velas de todo tipo de colores, y veo un montón de cuadros con dibujos de comidas grasientas colgados en ellas. Sigo adentrándome hasta que descubro una puerta. La abro poco a poco y, en cuanto veo lo que hay en la «habitación», quiero salir corriendo, pero mis pies permanecen pegados al suelo como si tuvieran el pegamento más poderoso del mundo.

Todos me miran, sosteniendo platos gigantescos repletos de calorías que

me harán engordar durante los próximos minutos.

—Come, Ariadna —me ordenan.

Álvaro se aproxima a mí, me sonríe con lástima y me agarra de los brazos con fuerza. Me arrastra hasta una silla y yo intento zafarme de él, pero no logro escapar y me ata con una cuerda.

Todos se acercan y me obligan a comer. Les grito que paren, pero no me escuchan.

—¡Ariadna! —Un golpe en mi mesa me despierta de esa horrible pesadilla.

Oigo risas y levanto la cabeza. Me acabo de quedar dormida en clase de Lengua.

—Lo siento —me disculpo con la voz adormilada.

—¡Para dormir está tu casa! —grita la profesora—. ¡Aquí se viene a estudiar! Vete fuera. —Señala la puerta con su dedo.

Recojo mis cosas y me marchó a toda prisa del aula, dirigiéndome hacia el baño de chicas. Me siento en el frío suelo, a los pies de los lavabos, y empiezo a tiritar, no sé por qué, si estamos ya en plena primavera. De repente, se abre una de las puertas individuales y yo me sobresalto. Aparecen Chris y John, y me miran demasiado avergonzados; yo me quedo perpleja.

—¿Qué haces en el baño de chicos? —me pregunta mi amigo, y se agacha para estar a mi altura—. Estás temblando, Ari.

¿He entrado al asqueroso baño de tíos? Levanto la vista y la poso en los urinarios, visitándome las ganas de vomitar.

No tengo ganas de contestar qué hago aquí ni de pensar qué es lo que estaban haciendo ellos en el baño de chicos, y mucho menos preguntarme por qué mi amigo tiene los labios hinchados y un chupetón en el cuello.

John se acerca.

—Ayúdame a levantarla —le pide Chris a su nuevo novio, como si yo no estuviera.

—Puedo hacerlo yo solita —replico.

—Tienes que beber algo caliente, Ari —me sugiere mi amigo.

Me levanto como puedo y me agarro a su brazo. Qué calentito está.

—Esto... Yo me voy —interviene John, incómodo, y mira a Chris—. Espero que estés mejor de tu dolor de barriga, Chris. —Y huye del baño con las mejillas ardiendo.

—Gilipollas —murmura mi amigo para sí, refiriéndose a John; después me abraza y frota mis brazos con sus manos—. Vámonos de aquí.

Me saca del baño a rastras y nos metemos en la cafetería. Me siento a una de las mesas y espero a que Chris venga con alguna cosa grasienta y calórica para mí.

—Toma —dice mi amigo en cuanto regresa, y pone una taza con chocolate humeante sobre la mesa.

«Calorías, gorda, no bebas. Tíraselo por encima».

—Gracias —respondo fingiendo una sonrisa, y Chris se sienta en una silla, a mi lado.

—Bebe, anda. —Me mira con pena.

No quiero que se compadezca de mí; estoy genial. Sin embargo, le hago caso y le doy un sorbo al chocolate, que me quema toda la garganta.

—Así que John... —comento mirándolo, y muevo las cejas de arriba abajo.

Chris sonrío, abochornado.

—No te montes tus películas —me contesta—. Sólo nos hemos encontrado en la cafetería; yo, para pedir una manzanilla porque me dolía la barriga, y John... —Se encoge de hombros—. Pues no sé.

—Y ha surgido la chispa.

—Qué va. No es la primera vez que nos liamos. El otro día me besó y nos enrollamos en el baño, y desde entonces no me lo he podido quitar de la cabeza.

—Vaya... —musito, asombrada, mientras caliento mis manos sujetando la taza—. ¿No estaba con la Barbie?

—Y lo está, pero no lo entiendo.

—Vaya... —repito.

Me termino la asquerosidad de bebida, que la tendré que vomitar dentro de poco, y aparece el innombrable por la puerta de la cafetería. Qué casualidad.

No, casualidad no. Cuando tienes un amigo capullo, nada es casualidad.

Álvaro se acerca a nuestra mesa.

—Mejor será que os deje solos —suelta Chris, y no tarda en marcharse tras saludar a Álvaro con la cabeza.

Luego mataré a mi amigo y el siguiente será Álvaro.

—Hey, enana.

«Fuera».

El innombrable se sienta a mi lado, pero ni me molesto en mirarlo, sólo me concentro en contemplar el fondo de la taza. Muy interesante, por cierto.

El idiota posa su suave mano en mi mentón y me levanta la cabeza, obligándome a mirarle.

Qué ojos. Qué labios. Qué pelo. Qué carita de corderito. Qué guapo. Qué mirada. Qué sexy.

Qué gilipollas.

Me está mirando con esos ojos tan preciosos pero a la vez tan tristes. Necesito salir de aquí antes de volver a caer en sus redes. Por favor, que se abra un agujero en el suelo que haga que se cuele la silla en la que estoy sentada.

—¿Te apetece ir a la parte de atrás del insti? —me pregunta.

Qué voz.

¿Por qué tiene que ser tan perfecto?

«Tan perfecto no será cuando te obliga a ir al manicomio».

—Vale —respondo.

Álvaro me da un suave beso en los labios, coge mi mochila y nos marchamos de la cafetería. Ya en la parte de atrás del insti, nos sentamos en el suelo, abrazados. Lo siguiente que toca es el recreo, así que nos quedamos aquí durante la media hora que dura, callados y sin decirnos nada. Yo sólo oigo mis pensamientos e intento luchar todo lo que puedo contra ellos.

Cuando toca la sirena que da por finalizado el recreo, y tras debatir conmigo misma sobre lo que me está pasando, decido preguntarle algo a este chico tan perfecto.

—¿Cuándo dices que tengo que entrar en el manicomio ese?

* * *

—Vendré a visitarte todos los días —me promete Álvaro al día siguiente, en la entrada del hospital.

Estoy atemorizada por lo que me pueda pasar ahí dentro a partir de ahora. Siento pánico de que me hagan engordar como si fuera una cerdita. Espero que mi familia, mis amigos y Álvaro se arrepientan lo antes posible de haberme metido en este lugar, porque, siendo sincera, no voy a aguantar más de un día.

Abrazo a Álvaro por última vez y nos besamos.

—Tranquila, pequeña. Todo irá bien —me dice notando mi nerviosismo.

—Te echaré de menos.

—Venga, Ariadna —interviene la sargento, que se ha venido también,

junto con mi hermano.

Me despido de ellos y entro en la cárcel, arrastrando mi maleta, acompañada de una enfermera que tiene pinta de ser una antipática. Me guía por un pasillo blanco interminable con infinitas puertas grises que me dan escalofríos.

—Esta será tu habitación —me informa al detenernos frente a una de ellas.

La enfermera me permite entrar a mí primero y analizo mi nuevo cuarto. Paredes blancas, dos camas individuales en cada extremo con la colcha gris, dos armarios y un par de escritorios blancos. ¿Es que no existen otros colores? Bufo. Me va a dar mucho repelús dormir en este sitio el tiempo que esté ingresada. Espero que no me toque compartir cuarto con una chalada.

Ah, se me olvidaba: las ventanas tienen rejas. Como si pensara tirarme por ellas...

Coloco mi maleta encima de la cama y la abro. Sólo me he traído ropa y un par de libros. Como era de esperar, me han registrado mi equipaje antes de entrar. El móvil se lo he dado a mi madre porque no se puede tener en esta cárcel, y la pulsera de plata y el collar de Mimi que me regaló Álvaro, se los he dado a él porque no quiero que se me pierdan. Los cinturones tampoco los puedo tener. Por no hablar de las cuchillas de afeitar, que son ya para llevarse las manos a la cabeza. ¿Cómo voy a estar aquí metida sin depilarme las piernas? Y para colmo, me están saliendo pelitos extraños por partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que existían. Dios, voy a parecer un yeti cuando salga... Si es que salgo.

Una vez que termino de ordenar mis pocas cosas, la enfermera antipática me interrumpe.

—Ariadna, acompáñame.

Volvemos a caminar por el pasillo de la muerte y atravesamos una de las puertas del final, que es la de un pequeño despacho, donde nos recibe una mujer morena, entrada ya en años.

—Buenos días, Ariadna —me saluda sonriente, y me cae mal al instante—. Soy Maica, y seré tu psicóloga mientras estés aquí dentro. Ahora vamos a hacerte unas pruebas para saber cómo estás. —Me tiende una especie de trapo blanco—. Desnúdate y ponte esto.

Creo que mi mente no ha entendido bien lo que me acaba de decir esta mujer. ¿Cómo me voy a desnudar? Esta gente está pirada si se creen que voy a hacer algo así.

—No —respondo, tajante.

La tal Maica me mira y me dedica una mirada tranquilizadora.

—No se te va a ver nada.

—¡Que no me pongo esa mierda! —grito roja de rabia.

—Ariadna, por favor. Confía en mí —me dice, y de reojo me doy cuenta de que la enfermera antipática nos observa de brazos cruzados.

Logro calmarme y agarro el trapo.

—Ponte la bata ahí. —La psicóloga me indica una puerta—. Y ahora sales.

Asiento y me dirijo hacia donde me ha dicho. Me quito mi ropa y me pongo el trapo blanco, que resulta que es una bata. Miro mi figura en el espejo que hay en la pared y descubro que no se me ve nada.

—Bien, Ariadna. Súbete ahí. —Maica me señala una báscula en cuanto salgo.

Tomo aire y me subo a mi enemiga. Dos segundos después, la psicóloga me dice que me baje y que me siente en una de las sillas que rodean su mesa.

—¿Cuánto peso? —le pregunto.

—No te lo puedo decir.

Me lo imaginaba. La última vez que me pesé en la báscula que tengo escondida en mi habitación hace un par de días, ponía que volvía a pesar cuarenta, aunque estoy segura de que habré engordado.

* * *

Después de haber estado con la psicóloga creída (porque se cree superior a mí), la antipática de la enfermera, que resulta que se llama Irene, me ha traído hasta el comedor y no sé dónde ponerme, porque está lleno de personas de lo más extrañas, esperando engordar. Finalmente, me siento a una mesa, alejada de todos.

—Tú, quítate de mi sitio —me ordena una voz ronca detrás de mí.

Me giro y observo a la chica (si es que a eso se le puede llamar chica), que está de brazos cruzados, matándome con su mirada terrorífica y echando fuego por la cabeza. Parece un armario empotrado de lo corpulenta y grande que es, y su nariz es la de un cerdito feo. Su pelo, negro y corto, está bastante estropeado, y sus ojos, negros y gigantes, hacen que me tiemblen hasta las pestañas.

—Lo siento —logro decir con voz de pito, y me alejo de ella antes de que

me aplaste con su dedo pequeño del pie.

Encuentro dos sillas libres en una mesa que la ocupan un chico normal y una chica muy delgada, y que creo que parecen buena gente.

—Hola, ¿puedo sentarme con vosotros?

La chica me mira de arriba abajo, pero el otro sólo contempla la mesa.

—Claro —me contesta ella.

Me siento en la silla que hay al lado de ella, y una de las enfermeras se detiene en nuestra mesa y nos sirve calorías.

—Qué asco. Pescado con verduras otra vez —comenta la chica.

El chico empieza a comer sin decir nada y yo mareo las verduras con el tenedor.

Quiero salir de aquí.

—Angelito —le susurra la chica, y echa un vistazo a las enfermeras—. Ahí va. —Lanza un trozo de pescado al plato del chico.

—Te van a pillar —musita él.

Ella le hace una pedorreta y marea su comida, tal y como lo estoy haciendo yo. De vez en cuando, alguna enfermera pasa por nuestro lado, vigilando que comemos, pero cuando se da la vuelta, la chica lanza trozos de comida al plato del chico. Yo me lo como todo, rápido y sin ganas, pensando en que lo echaré más tarde en una escapada al baño.

—Ahora los que fumamos salimos al patio, ¿te vienes? —me pregunta la chica cuando acabamos de comer.

—Vale.

Yo hago lo que sea con tal de tomar un poco el aire y no respirar este ambiente de enfermedad.

Unos cuantos salimos al exterior del manicomio, a una especie de patio con árboles, y dos enfermeros nos acompañan para no quitarnos ojo.

Mi nueva amiga me tiende su cajetilla de tabaco.

—¿Quieres? —me ofrece—. Fumar te mantiene delgada y te quita el hambre.

¿Pero qué clase de mitos me está contando? Es imposible que el tabaco haga eso; seguro que me está tomando el pelo esta loca.

Aunque... ¿Y si tiene razón?

No, no la tiene. Además, a mí nunca me ha gustado fumar; jamás he probado un cigarro, y mucho menos soporto el olor.

—Nunca he fumado —confieso.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagas, ¿no crees? —Saca un cigarro y

me lo tiende—. Es lo mejor que existe.

Bueno, por probar, creo que no me va a pasar nada.

Dios, qué influenciable me he vuelto.

—Me llamo Violeta —se presenta.

—Yo soy Ari. —Cojo el cigarro.

—¿De qué equipo eres? ¿De Ana o Mía?

Me sorprende ante esa pregunta. ¿Tanto se me nota que pertenezco a alguno de los dos equipos?

—De Mía —respondo—. ¿Cómo sabes que soy de alguno?

—Porque se te nota con sólo verte.

¿La gente también pensará eso cuando me mira? No lo creo, muchos de ellos ni conocen a Ana o Mía, o están en contra. No saben lo que se pierden.

—¿Ves esta pulsera? —Violeta me enseña su muñeca, donde luce una pulsera roja—. Sólo la llevamos las que pertenecemos al equipo de Ana. Si quieres, te doy una de color morado cuando entremos, que es la que llevan las chicas de Mía.

—Genial.

Violeta enciende con su mechero mi cigarrillo y después el suyo. Me lo llevo a los labios y le doy una calada. Comienzo a toser como la pringada inocente que soy, y mi nueva amiga me da palmadas en la espalda. Es horrible fumar, me asfixio.

—Esto es normal la primera vez —me explica—. Conforme le vayas pillando el truco, ya no lo podrás dejar.

Por favor, necesito volver a casa.

Necesito a Moon.

Necesito mi móvil.

Necesito no engordar.

Necesito a Álvaro.

Necesito libertad.

Capítulo 12

Álvaro

La acaricio suavemente con mis dedos y ella me responde con una sonora melodía, que sale de su cuerpo, esperando a que siga tocándola con intensidad. Acompaño sus sonidos con mi deleitosa voz al mismo tiempo que los dos disfrutamos de nuestra compañía. La gente detiene su camino y se para a observarnos, embelesada. Mi compañera sigue ronroneando mientras la toco, y yo le canto *One call away*, de Charlie Puth, sintiéndome libre.

Después de esa canción, cantamos varias más y se forma un círculo de personas alrededor de nosotros. Unos lanzan monedas a la funda, que está tirada en el suelo, mientras otros sólo miran y aplauden nuestra fabulosa actuación. Cuando decidimos irnos, les sonrío a todos y les doy las gracias. Guardo a mi compañera en su funda y me dirijo hasta un puesto de Dunkin' Coffee que hay en el Puerto.

—Un *Duncaccino de Moka* —le pido al dependiente.

En cuanto me lo da, camino por el paseo repleto de gente, con mi guitarra colgada al hombro, las gafas de sol puestas y bebiéndome el café. Creyéndome el más importante de todos, pero echando de menos a Ari, que no tengo ni idea de cómo estará en ese lugar. Espero que no se lo estén haciendo pasar tan mal, porque si no, les cantaré las cuarenta a los trabajadores de allí. Por la tarde iré a hacerle una visita y me aseguraré de que está bien.

Espero que esté bien.

* * *

Entro en el centro y me encamino hacia la recepción, donde se encuentra una mujer leyendo una revista del *Sálvame*.

—Hola, vengo a ver a Ariadna LeBlanc —le digo interrumpiendo su lectura tan educativa.

La mujer levanta su vista hacia mí y me mira a través de sus gafas de media luna. Suspira, como si le costara la vida conservar su trabajo, suelta su

revista y me dice que la acompañe. Caminamos por un pasillo blanco y luminoso, y se detiene en una puerta, que la abre y me invita a pasar.

—Ahora la traemos —me informa.

En la habitación hay un sofá gris, una mesa con cuatro sillas y un gran ventanal con rejas; imagino que será la sala de visitas. Minutos después, aparece mi amor por la puerta, acompañada de una enfermera.

—¡Álvaro! —Ari viene corriendo hacia mí y nos damos un fuerte abrazo, que hace que me cuestione su fuerza física. A continuación, la enfermera se marcha y nos deja a solas. ¿Tendrán cámaras?

Permanecemos unos minutos abrazados hasta que oigo a Ari sollozar entre mis brazos.

—Hey, enana. —Hago que me mire, cogiéndola del rostro. Sus ojos lucen un tono verde apagado y no veo ni rastro de alegría en su cara. La guío hasta el sofá y nos sentamos—. ¿Qué te pasa, pequeña?

—Sácame de aquí, por favor —me suplica sollozando—. Es una puta cárcel. No me dejan ni ir al baño tranquila. Cuando tengo que mear, las enfermeras me esperan con la oreja pegada a la puerta por si vomito, y no me dejan tirar de la cadena. ¡Me persiguen a todas partes! ¡Me obligan a comer! Yo no puedo, Álvaro... Sácame de aquí. —Las lágrimas brotan de sus ojos y a mí se me parte el corazón verla de esta manera.

—Lo hacen por tu bien, Ari.

—¡Tú no lo entiendes! —chilla—. No me quieres...

Me parece increíble que piense eso después de todo lo que hemos pasado juntos. Aunque hayan sido pocos meses, han sido de lo más intensos.

—Enana, claro que te quiero —le digo, y le acaricio la mejilla—. Y, créeme, yo soy el primero que quiere que estés bien, pero te tienes que recuperar para que puedas salir de aquí.

—¡Mentira! —vuelve a gritar, y aparta mi mano de su rostro de un manotazo—. ¡Si me quisieras, me sacarías ahora mismo de aquí!

Verla así es superior a mí. Ojalá pudiera sacarla de aquí, pero sé que no puedo. Lo único que me importa es que se ponga bien y que vuelva a ser la misma de antes. No pido tanto, ¿no?

Vuelve a ponerse a llorar, pero esta vez esconde su cara en sus manos para que no la vea ni la consuele. Sin embargo, me acerco a ella y la acuno entre mis brazos. Se aparta de mí al instante, se levanta de un salto y huye de la sala, con las lágrimas descendiendo por sus mejillas.

Mierda.

* * *

—Pobrecita, lo debe estar pasando muy mal ahí metida —comenta Sandra mientras cenamos en una pizzería junto con Chris, Diego y David.

—Si es que no tendríais que haberla metido en ese sitio —nos reprocha la almorrana, y yo lo fulmino con la mirada.

¿De verdad este tío está bien de la cabeza? Porque no me explico cómo suelta esa clase de burradas en estos momentos. Si le importara Ari lo más mínimo, no estaría diciendo gilipolleces todo el rato.

—¿Acaso tenías tú una idea mejor? —le espeto.

Diego me mira con los ojos entornados.

—Chicos, no empecéis —interviene mi prima.

Cojo otro trozo de pizza y le doy un mordisco, pasando de la almorrana.

—¿Y a ti qué te pasa hoy que estás ausente? —le pregunto a Chris con la boca llena, que ha estado callado y mirando su móvil desde que hemos venido.

No me hace ni puto caso, formo una bola con una servilleta y se la lanzo en toda la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Se sobresalta, levantando la vista de su móvil.

—Estás pasando de nosotros —le dice Sandra—. ¿Qué ves tanto ahí?

—¿Yo? Nada —responde Chris, nervioso—. Es que me he viciado a un juego, eso es todo.

Qué mal miente, el muy cabrón. Seguro que ha estado hablando con su nuevo ligue o con su ex.

De pronto, suena mi móvil sobre la mesa y me doy cuenta de que la madre de Ari me está llamado.

Qué raro.

—¿Isabel? —contesto al descolgar.

—Álvaro, mi hija se ha escapado del centro. Me acaban de llamar de allí. No sabemos dónde está —cuenta, atacada de los nervios.

—¿Cómo que se ha escapado? —Mi corazón empieza a latir con fuerza y ya estoy poniéndome de mala hostia.

Mis amigos me miran, alarmados.

—¿Tú sabes dónde puede haber ido? —me pregunta Isabel.

—No tengo ni idea —respondo haciendo un tremendo esfuerzo por

mantenerme calmado—. Intentaré encontrarla.

—Por favor, si la encuentras, llámame.

—No te preocupes, lo haré. —Y cuelgo.

Joder, menuda vigilancia que tienen en ese hospital.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber Sandra.

—Es Ari. —Doy un profundo suspiro—. Se ha escapado.

—¿Qué?! —exclaman todos al unísono.

—Tenemos que buscarla —les digo con voz temblorosa. Mi nerviosismo se puede palpar a kilómetros de distancia—. No la he visto muy bien hoy y me da miedo de que haga alguna tontería.

—Tranquilo, tío. —David coloca su mano en mi hombro, en expresión de apoyo—. Aparecerá. Te ayudaremos a encontrarla.

Pedimos la cuenta y nos largamos a toda pastilla de la pizzería.

—Voy a ir en mi moto —les informo—. Tengo alguna idea de a dónde puede haber ido.

—Avísanos si la encuentras —interviene Diego.

Asiento, me encamino hacia donde tengo aparcada a Cassie y conduzco hasta nuestra playa secreta.

Tiene que estar ahí.

Pero en cuanto llego, mi desilusión es real. Tenía la esperanza de que estuviera aquí. Aunque pensándolo mejor, Ari no es tonta, sabe a la perfección que en el primer sitio donde la buscaría yo, sería aquí.

Me tiro del pelo de la frustración.

Joder, ¿a dónde cojones habrá ido?

Dos horas después, continúa sin aparecer. He estado buscándola por casi todos los rincones de la ciudad, los parques, portales... Y nada. No sé a qué demonios está jugando, pero no me voy a rendir tan fácil.

Decido ir a la casa que tienen mis padres en Málaga, donde celebramos el cumple de Ari. Conduzco hasta allí y, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy abriendo la puerta con mi navaja. Suerte que me la he traído.

Una vez dentro, veo una luz encendida, proveniente del salón. Me dirijo hasta él, pero está vacío; sólo se oye el ruido de la televisión. Como se haya metido un okupa aquí, juro que me lío a hostias. Busco por cada rincón de la planta baja, pero no veo a nadie. Subo hasta la de arriba, observo la habitación donde dormían mis padres, pero nada. Entro en la que compartía con Mimi cuando veníamos de vacaciones, y la felicidad se apodera de mí en cuanto diviso a Ari dormida en la cama. Me acerco a ella y contemplo su

precioso rostro. Después, le acaricio la mejilla y me doy cuenta de que tiene una cajita abierta a su lado. Enseguida la reconozco y cotilleo las tonterías que guardábamos Mimi y yo: fotos nuestras, piedras de formas raras que encontrábamos en la playa, pulseras y colgantes que les robábamos a los niños, tazos de Pokémon, figuritas de dibujos... Tonterías que coleccionábamos cada año cuando veníamos a veranear.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que una lágrima cae sobre una de las fotos que estoy viendo: una en la que salimos Mimi y yo con seis años y con nuestros padres. Felices.

Ahora todo eso se ha esfumado.

Vuelvo a guardar las cosas en la caja y la pongo en el suelo. Saco mi móvil del bolsillo y les digo a todos que todavía no he encontrado a Ari.

Quiero que sea libre, por lo menos esta noche. Ya mañana la llevaré de vuelta al centro.

Me acurruco junto a ella, la abrazo por detrás, con su espalda apoyada en mi pecho, y coloco mi cabeza en el hueco de su cuello. Inhalo su olor y, de pronto, me invade la sensación de querer llevármela a algún lugar lejano a todo.

* * *

Me despierto con los rayos de sol dándome en la cara.

Hostia puta, que alguien baje la maldita persiana. Necesito volver a dormir abrazado a...

Miro a mi alrededor. No está.

Mierda.

«Que no se haya escapado, que no se haya escapado, que no se haya escapado», me repito a mí mismo.

Me levanto de un salto de la cama y bajo a toda pastilla las escaleras hasta el salón. Suspiro de alivio al encontrarme a Ari sentada en el suelo y viendo Doraemon frente a la tele.

¿Está viendo Doraemon? ¿En serio? Flipo.

—Enana. —Me siento a su lado y ella se me queda mirando—. ¿Que haces viendo eso?

—De pequeña me gustaba mucho —responde, pero la noto algo triste.

Sonrío y me acerco a sus labios para besarlos con ternura.

—¿Me vas a llevar al manicomio otra vez, verdad?

—Ari... —La miro a los ojos.

—Por favor, Álvaro, no lo hagas —me suplica—. No avises a nadie. No quiero volver a ese sitio. Quiero estar aquí. Contigo. Sin nadie. Te prometo que voy a dejar que me alimentes todo lo que quieras, y también te permito que me vigiles. Pero, por favor, no me lleves.

¿Me está pidiendo que vivamos aquí, alejados de la civilización, nosotros solos? La verdad es que la idea no me parece tan mala y estaría de puta madre despertar a su lado todos los días. Pero mejor dejo de soñar despierto y vuelvo a la realidad. Quizá, dentro de unos años... Quién sabe. Pero ahora mismo, no.

—Enana, lo que has dicho sería la hostia, pero seamos sinceros: te cansarías de mí por tenerme a todas horas sobándote. Además, soy un desastre total para mantener las cosas ordenadas, ya lo sabes viendo mi habitación.

Hace un intento por sonreír.

—Me da igual. Te quiero —contesta—. Y lo que no quiero es volver a ese lugar repleto de chalados.

Sonrío y la vuelvo a besar.

—Tienes que volver, Ari.

Me contempla apretando los labios con fuerza. Va a estallarme en la cara, lo sé.

—¡No quiero ir! —chilla, y se levanta con rapidez para salir corriendo; yo lo hago también y voy tras ella. Antes de que llegue a la puerta de la entrada, con intenciones de escaparse, me pongo en medio para que no la abra—. ¡Quítate, idiota!

—Ni de coña.

Da pataletas en el suelo, pronunciando cosas incomprensibles, y después sube las escaleras a toda hostia. La sigo hasta la habitación donde hemos dormido y la descubro abriendo la ventana.

—¿Qué cojones haces? —bramo, pero ella no me contesta y se intenta subir a la ventana—. Qué. Cojones. Haces —repito acercándome poco a poco.

—Me voy a tirar, ¿no lo ves, o qué?

La agarro del brazo y ella intenta soltarse sin ningún éxito.

—No, enana.

—¡Suéltame!

Hago lo que me ordena.

—Me apunto a tirarme contigo —le digo, y me aproximo a la ventana, fingiendo que me subo.

—¿Qué? ¿Estás loco, Álvaro? ¡Tú no!

—¿Por qué no? ¡Vamos a tirarnos juntos! —la animo.

—¡Vete a la mierda! —Se aleja de la ventana y sale disparada de la habitación.

Dios, es como cuidar de una niña de tres años. O peor...

Observo que entra en la cocina.

—¡Como me lleves, me rajo! —exclama mirándome con pánico y con un cuchillo a punto de traspasar su piel de la muñeca.

No puedo con esto. Simplemente, no.

—Ari, tranquila. Suelta eso y hablemos con tranquilidad —le digo con mi voz lo más calmada posible y acercándome despacio.

—¡No te acerques!

No le hago caso e intento quitarle el cuchillo de las manos, pero lo agarra demasiado fuerte y, en una de las sacudidas luchando por él, aparece un corte en la palma de mi mano. Suelto un quejido, paro de combatir contra Ari y me miro la herida con sangre saliendo de ella.

—Joder —mascullo.

Ari me mira la mano con los ojos como platos, tira el cuchillo al suelo y se marcha de la cocina. La oigo volver a subir las escaleras y, por último, pega un portazo en la planta de arriba.

Mierda.

Entro en el baño de la planta baja y me vendo la herida con una gasa como puedo. Después, subo a buscar a Ari, que se ha encerrado en el baño. Intento abrir con el picaporte, pero no hay manera: ha echado el cerrojo.

De pronto, la oigo llorar.

—Ari. —Doy un golpecito en la puerta—. Sal, por favor.

No recibo respuesta.

Me interrumpe la vibración de mi móvil en el bolsillo de mis vaqueros, así que me meto en una de las habitaciones para que Ari no me oiga hablar con Lucifer.

—Isabel.

—Álvaro, mi hija todavía no ha aparecido, ¿sabes algo de ella? —Su voz es una mezcla de nerviosismo y cansancio.

—Sí —respondo—. Estoy con ella.

—Dime dónde estáis, que voy a ir a buscarla.

Le digo la dirección y colgamos.

Me siento en el suelo, exhausto, y espero a que llegue la madre de Ari. Escucho unos pasos venir hacia donde estoy y alzo mi mirada.

—Lo siento —se disculpa Ari con la voz casi inaudible.

—Ven aquí.

Se acerca, se coloca entre mis piernas y la abrazo por detrás.

—Lo siento —vuelve a disculparse contemplando mi mano vendada—. ¿Te duele mucho?

—No pasa nada. —Le doy un beso en la cabeza.

Nos quedamos así hasta que alguien aporrea la puerta de la entrada, y Ari comienza a ponerse tensa.

—¿Quién es? —me pregunta.

Sin embargo, no le contesto y me levanto del suelo. Bajo las escaleras, con Ari persiguiéndome, y le abro a Isabel, que se cuelga rápidamente en mi casa, con Pablo y Alfonso tras ella.

—¡Ariadna!

Ari permanece como una estatua.

—No, no, no. —Mi amor ladea su cabeza hacia mí—. ¿Le has dicho que estaba aquí? —Se acerca a mí y me pega manotazos en el pecho mientras llora—. ¡Eres un cabrón! ¡Sabía que no podía confiar en ti!

Yo dejo que me golpee todo lo que quiera.

—Ariadna, cálmate —la intenta tranquilizar su madre, cogiéndola del brazo, separándola de mí.

—¡Te odio, Álvaro! —grita Ari con la voz rota—. ¡Eres el ser más despreciable del mundo!

No digo nada, sólo la miro.

—Vámonos, Ariadna —interviene su madre.

—¡No!

Pablo y Alfonso se acercan a ella y la agarran de los brazos. Finalmente, se la llevan hasta el coche.

—Gracias por encontrarla —me dice Isabel, y me da un abrazo que me deja a cuadros.

Cuando se marchan, dejo escapar la tensión que he ido acumulando durante las últimas horas y me derrumbo por completo.

Capítulo 13

Chris

—Pásamelos —me pide Álvaro.

Dejo lo que estoy haciendo, me levanto del suelo y me acerco a la puerta de mi habitación, donde tengo colgada una diana. Quito los dardos de la foto de Diego (que la ha puesto Álvaro), y se los devuelvo a mi amigo. Le da un trago a su cerveza (que ya lleva tres, y mi padre me va a asesinar cuando se entere de que se las he cogido), y vuelve a apuntar hacia la cara de Diego.

—Pijo de mierda —murmura, y lanza un dardo, tumbado en mi cama.

Lo más gracioso de esta situación es que Diego está sentado a mi lado, en el suelo y fulminando con la mirada a su «enemigo», pero no le dice nada y lo deja pasar porque sabe que Álvaro lo está pasando realmente mal por Ari, que lleva tres días sin intercambiar palabras con él. A nosotros sí que nos habla, pero tampoco tanto; está algo apagada desde que la volvieron a meter en el centro.

—Almorrana aborrecible. —Álvaro lanza otro dardo.

Suena el timbre de mi casa e imagino que abrirá mi madre. Debe de ser Sandra, que ha ido a hacerle una visita a Ari.

—Caracartón retrasado. —Álvaro lanza otro dardo, pero esta vez no le da a la diana, sino que va directo a la frente de Sandra, que ha abierto la puerta de repente.

—¡Ay! —se queja ella.

—Uy, perdona, primita, era para Diego.

—¿Qué dices? —Sandra no entiende nada y cierra la puerta.

—Detrás de ti —le digo señalando la diana con la foto de Diego, y mi amiga la observa.

—Mejor ni pregunto —musita negando con la cabeza—. Que vengo muy enfadada.

—¿Cómo está Ari? —quiere saber Diego.

—De eso quería hablaros. —Sandra se sienta en el filo de mi cama, junto a Álvaro—. No voy ir a hacerle una visita en lo que me queda de vida.

Álvaro se incorpora.

—¿Qué ha pasado?

—Se le ha ido la olla. Me ha empezado a tirar de los pelos con una fuerza que por poco me deja lista para comprarme una peluca en eBay —nos cuenta Sandra, y mira a Álvaro—. No quiere ver a nadie que tenga tu sangre.

Los tres nos quedamos perplejos.

—Por lo menos no soy el único al que odia.

—A su madre no la quiere ni ver —sigue hablando mi amiga, y vuelve a mirar a su primo—. A ti, por lo menos, te deja entrar, aunque no te dirija la palabra.

—Eso sí —Álvaro le da la razón.

—Es normal que esté así —interviene Diego—. Está encerrada las veinticuatro horas del día en ese horrible lugar. No tendríais que haberla metido.

Esta vez, Álvaro le tira un dardo en la frente con mala leche y se levanta de la cama.

—¿A dónde vas? —le pregunto.

—A tomar por culo.

Y sale de mi cuarto.

* * *

JOHN: «Acabo de salir. Te espero donde siempre»

Me guardo el móvil en el bolsillo y salgo de mi habitación; mis amigos se han marchado hace un rato. Al bajar las escaleras, cojo mi cazadora del perchero de la entrada y me la pongo.

—¿A estas horas te vas? —me interrumpe mi madre.

—Sí.

—No llegues tan tarde, Chris —me pide.

Sé que le da un poco de miedo quedarse sola con mi hermana y lidiar con mi padre cuando venga borracho y arrastrándose por el suelo.

—Vendré pronto —le prometo.

Abandono mi casa y camino en silencio por las calles a las once de la noche, mientras mi mente se pone a pensar en lo que he estado haciendo durante los últimos días con John. Cada vez que nos encontrábamos en el baño del instituto, nos liábamos, y durante las clases, no ha parado de quitarme el ojo de encima. Llevamos varias noches quedando y no tengo ni

idea de lo que estoy empezando a sentir por él; imagino que atracción, aunque tampoco nos hemos parado a hablar de nuestros sentimientos. John sigue con Mónica, y la verdad es que me da un poco de pena por ella (aunque me caiga como una patada en la entrepierna), porque no sabe lo que le está haciendo su «novio» a sus espaldas.

Llego hasta el pequeño parque, escondido en un barrio, y que contiene dos bancos, un tobogán, una casita pequeña de madera, donde juegan los niños, y un columpio con dos sillines. Diviso a John sentado en uno de ellos, balanceándose. Es el único sitio que hemos encontrado, alejado de todo.

—Hola, feo —lo saludo.

—Empuja.

Sonrío y me coloco detrás de él. Empiezo a empujarlo con suavidad y el columpio chirría. Sigo balanceándolo un par de minutos más hasta que decido abrazarlo por detrás y le doy pequeños besos por el cuello, mientras inhalo el olor de su perfume.

Él se estremece.

—Para, por favor —suplica con los ojos cerrados.

Pero continúo con mis besos hasta que nos interrumpen los ladridos de un perro. Los dos damos un respingo y miramos hacia donde provienen los ruidos. Un anciano acaba de entrar en el parque, paseando a su mascota, y nos está contemplando con la mandíbula desencajada. Segundos después, coge a su perro y se larga como un reactor, por si le pegamos alguna enfermedad rara.

John ahoga una risa y se levanta del columpio.

—Ven —dice, y se acerca a la casita de juguete.

Nos metemos como podemos y nos sentamos, pero con la espalda encorvada y nuestras cabezas a punto de chocar contra el techo. Voy a salir de aquí con lumbago y listo para usar un bastón.

—Aquí no cabemos, eh —le contesto.

Me calla con un beso fugaz, dulce pero a la vez lleno de fuego. Se lo devuelvo con fiereza, pero me pego un golpe en la cabeza y suelto un quejido. John sonrío contra mis labios y continuamos con nuestras lenguas enredadas.

Nos sobresaltamos cuando suena la melodía de un móvil.

—Joder —murmuro, y me vuelvo a dar otro golpe en la cabeza. A este paso voy a acabar tonto.

John saca su teléfono y suspira cuando mira la pantalla.

—Cari —responde cuando descuelga—. Sí, ya he llegado a casa. —Pausa—. Sí. —Otra pausa; esta vez demasiado larga—. Oye, mira, te tengo que colgar, que mi madre me ha pedido que la ayude con una cosa. Ya nos vemos mañana. Buenas noches. —Y cuelga.

—Qué romántico eres con tu noviecita —le digo haciéndome el gracioso.

—Me tengo que ir —contesta de repente, y me mira, serio—. Chris, no cuentas nada.

Siempre me dice lo mismo. No sé a lo que le tiene miedo, ¿a que sus amigos se enteren de lo que hace? ¿O que de verdad John descubra que le gustan los tíos?

—Es nuestro secreto —respondo.

Salimos de la casita, no sin darnos más golpes en varios sitios, y nos volvemos a besar.

—Déjame, que no me voy a ir nunca —me pide riéndose, y me da un puñetazo en la barriga.

—¡Si eres tú el que me devuelve los besos! —exclamo, y le devuelvo el puñetazo.

—Pero qué mariquita eres —murmura sin dejar de sonreír, y se marcha del parque.

Sonrío como un gilipollas y me encamino hacia mi casa. Cuando llego, abro la puerta, me quito la chaqueta y la cuelgo en el perchero, pero al atravesar el pasillo, me resbalo con algo.

—¡Cuidado! —exclama mi madre viniendo con una fregona.

Me levanto, con el trasero doliéndome y manchado de vómito asqueroso.

—¿Hasta cuándo vas a seguir así, mamá? —le pregunto, pero ella no me hace caso y se concentra en limpiar el regalito que ha dejado mi padre—. Deja que te ayude con eso, por lo menos. —Intento quitarle la fregona, aunque no lo consigo.

—No, vete a tu cuarto. Puedo hacerlo yo sola.

Suspiro, me meto en el baño y echo los vaqueros a lavar; luego me tumbo en mi cama y espero a quedarme dormido.

* * *

—Mirad, Hugo ya está con otra. Le ha faltado tiempo —comenta Sandra en el recreo, sin dejar de mirar a su ex, que se encuentra a unos metros de nosotros, besuqueando a una chica de la otra clase.

Sandra y Diego están sentados en el banco, y yo, en el suelo, con Álvaro. Bueno, este último está tumbado, usando la mochila como almohada, con las gafas de sol puestas y creo que durmiendo, porque de vez en cuando se oyen ronquidos provenientes de él.

—¡Arriba! —Le pego una hostia en la mejilla.

Él se sobresalta, se quita las gafas de sol, bufando y me asesina con su mirada.

—¿Eres retrasado?

Me río a carcajadas; entonces Álvaro me pega un golpe en la nuca y se vuelve a dormir.

—Vamos a dejarlo por perdido ya —interviene Sandra.

—Es idiota —murmura Diego por lo bajo.

Observo a Mónica y a John a lo lejos, morreándose como si se fuera a acabar el mundo si se sueltan. Qué asco. Bueno, en realidad hacen buena pareja, pero no me gusta que la hagan. Es como si John le estuviera siendo infiel a sí mismo.

Siento punzadas en mi interior y me duele la barriga. No me apetece volver a sentir nada por otro tío en lo que me queda de existencia y me parece que estoy jugando con fuego.

Alguien eructa en mi oreja y yo doy un respingo.

—¡Joder, Álvaro, eres un cerdo! —le espeto.

—Estás muy concentrado en esos dos —me dice con su vista clavada en la parejita feliz.

—Que les den. —Me levanto de un salto—. Voy a mear antes de que suene el timbre.

Dirigiéndome hacia el baño, noto la mirada de John sobre mí cuando paso por delante de él.

—¿Aprovechamos hasta que toque el timbre? —me pregunta el idiota en el servicio, tras haberme perseguido.

—No me apetece comerme las babas de tu novia —le espeto mirándolo, de brazos cruzados—. Acepta lo que eres.

—Yo no soy como tú —replica.

—¿Ah, no? —Me río de manera irónica—. ¿Y por qué vienes a buscarme para que me líe contigo?

John suelta un profundo suspiro y me contempla con sus ojos azules.

—Es difícil. Entiéndeme.

—Pues no, no te entiendo.

Estoy rabioso y no sé ni por qué estamos discutiendo.

—Chris... —susurra.

—¿Qué pasaría si ahora le cuento a todo el mundo lo que hacemos?

Su expresión es de puro espanto, como si se hubiera encontrado con su tatarabuela.

—No serás capaz.

—No sabes de lo que soy capaz —le contesto.

—Ni se te ocurra, Chris. —Me amenaza con su dedo índice.

—¿Acaso les vas a decir a tus amigos que me peguen? Maldito cobarde...

Se acerca a mí y me da un empujón.

—Eres un capullo reprimido —escupo, cabreado.

—Y tú una niña llorona —contraataca, y se marcha, dando un sonoro portazo.

¿Me acaba de llamar «niña llorona»?

A mí nadie me llama así.

Salgo del baño, en busca de él, y lo cojo del brazo en mitad del pasillo, impidiendo que siga caminando.

—¿Qué haces? ¡Déjame en paz, pesado! —Se intenta soltar de mí, pero no lo consigue. Por el rabillo del ojo, veo varios cotillas disfrutando de la escenita.

—Me has llamado niña llorona cuando deberías estar llamándotelo a ti mismo.

—¿Es en serio? —inquieta, asombrado—. ¿Estás provocando una pelea por que yo te haya llamado así, Chris?

Continúo agarrándolo del brazo con demasiada fuerza, mirándonos fijamente, y vuelvo a sentir punzadas en mi estómago.

—No pienso soltarte hasta que te retractes de lo que has dicho —le digo.

La gente nos mira con atención, soltando risitas, y yo temo que vengan los amigos de John y me peguen una paliza en mitad del pasillo por andar molestándolo.

—¿Qué coño hacéis? —nos interrumpe Álvaro pasando su brazo alrededor de mi cuello, con Sandra y Diego a su lado.

Suelto a John.

—Nada —respondo de mala gana.

Me deshago del brazo de Álvaro de un tirón y me voy directo a mi próxima clase. Cuando entran todos, Sandra y Diego se sientan detrás de mí y me miran, esperando respuestas.

—Me ha pegado un puñetazo en el baño —miento.

Los dos asienten, creyéndose la trola que les he soltado.

John y Mónica se aproximan, con la intención de sentarse justo en la mesa que tengo delante de mí, y él me dedica una mirada suplicante.

Decido sacarle el dedo corazón y el idiota me sonrío; después se sienta.

Alguien me tira de la oreja y me doy la vuelta hacia mis amigos; Sandra es la que me ha dado el tirón.

—¿Qué?

—¿No tienes nada que contarle a tus queridísimos amigos? —me pregunta mi amiga poniéndome ojitos.

—Cállate —le espeto.

Al volverme hacia el frente, me encuentro con una nota en mi mesa. Seguro que es del idiota que tengo delante.

«¿Quedamos esta tarde y te explico todo lo que me pasa? Dime que sí, por favor. Necesito contártelo»

Rompo el dichoso papel en trocitos.

No pienso quedar con él. ¿Qué me va a explicar? ¿Que es un cobarde resentido, escondido en el armario, porque le da vergüenza salir de él por si sus amiguitos y su noviecita se espantan?

Al final voy a terminar escaldado por haberme metido en esta situación tan patética.

Capítulo 14

Diego

—¡Entramos los dos!

—¡Que te he dicho que no! —chillo.

—¡Te voy a partir los dientes, mamonazo!

—Oye, si no te habla, ese es tu problema.

—No me jodas, almorrana.

—Voy a entrar —respondo, tajante—. Yo solo.

Estoy discutiendo con Álvaro en la puerta del hospital. He venido a ver a Ari, pero el tarambana se ha empeñado en entrar conmigo por si tiene suerte y su novia decide hablarle.

Consigo entrar y el gilipollas me sigue. Después, la recepcionista nos guía hasta la sala de visitas y esperamos a que Ari venga. Cuando aparece por la puerta, la noto triste, pero en cuanto me ve, se le ilumina la cara.

—¡Diego! —exclama. Se abalanza sobre mí, me abraza y me llena la mejilla de besos.

Creo que no se ha dado cuenta de la presencia del idiota.

Álvaro carraspea, Ari se separa de mí y lo mira con cara de horror.

—Enana —la saluda el otro, fingiendo una vocecita de niño bueno.

Pero Ari lo ignora, me coge de la mano y me lleva hasta el sofá; yo me encojo de hombros, mirando al tarambana.

—¿Sabes, Diego? —inquire Ari, y me agarra del brazo con cariño—. He hecho dos amigos. Una se llama Violeta y es parecida a mí, y el otro se llama Ángel y es muy guapo.

Observo a Álvaro, que se ha quedado de pie y está entornando los ojos, mirándonos, molesto.

—Qué bien. Me alegro mucho de que hayas hecho amigos —le digo a Ari.

Ella pasea sus dedos por mi brazo, provocándome cosquilleos por todo el cuerpo y haciéndome sentir incómodo. No sé lo que pretende, y mucho menos con su novio delante, que estoy seguro de que me pegará una paliza en cuanto salgamos.

Álvaro se acerca y me indica con su mirada que me levante. Decido hacerle caso, ya que no quiero acabar en la tumba y darle un disgusto a mis padres. Después él se acomoda en el sitio que he ocupado yo e intenta mantener una conversación con Ari, que se ha ido a la otra punta del sofá para no estar cerca de su novio.

—Enana.

—¿Oyes algo, Diego? —me pregunta Ari alzando su vista hacia mí—. Porque yo no.

—Ari, háblame, dime algo, insúltame —continúa Álvaro—. Pero no me hagas el vacío, por favor. No lo soporto.

Ari se tapa las orejas con las manos y Álvaro suelta un bufido. No me gustaría estar en el pellejo de él en estos momentos.

—A la mierda todo —farfulla el tarambana, y se marcha de la sala, cabreado.

Me doy cuenta de que a Ari comienzan a ponerse los ojos vidriosos, así que me vuelvo a sentar junto a ella y la abrazo.

—Tranquila, Ari.

—¡Lo odio por meterme aquí! —brama, y luego me mira—. ¿Por qué no me sacas tú de aquí? Convince a mi madre.

—No puedo hacer eso.

Tengo miedo de que también se enfade conmigo por decirle que no voy a sacarla de este sitio tan horrible.

—Por favor, Diego —me suplica con sus hermosos ojos clavados en mí, y siento sensaciones en el estómago—. No te portes mal conmigo.

Trago saliva.

—No puedo hacer eso —repito.

—Por favor —insiste. Acerca su mano a mi pelo y me lo acaricia con suavidad.

Más cosquilleos. ¿Qué se supone que está haciendo?

—Me tengo que ir ya —suelto para librarme de esta tortura, y me levanto de un salto. Qué calor hace de repente, ¿no?—. Vendré mañana otra vez.

Ari se levanta también.

—Vale. —Se pone de puntillas y aproxima su cara a mi oído—. Como no me saques de aquí, le digo a Álvaro que has intentado aprovecharte de mí —susurra; después clava su terrorífica mirada en la mía—. Y como no he cedido, me has pegado. —Se sube la camiseta hasta el ombligo y me enseña un moratón que tiene en el costado izquierdo.

Enseguida me preocupo, ignorando lo que me acaba de decir de que me aprovecho de ella, y me concentro en su moratón.

—¿Cómo te has hecho esto? —quiero saber.

—Me lo has hecho tú. —Finge una sonrisa—. Si no quieres acabar con la cara hecha un cuadro por culpa de mi novio, sácame de esta puta cárcel ya. —Y con esa amenaza, se marcha de la sala.

* * *

Qué bien. No sé lo que se supone que estoy haciendo en esta disco. Según Sandra y Chris, hemos venido a olvidar las penas, y según Álvaro, por si alguno echa un polvo esta noche.

—Yo os vigilo para que no me hagáis tío antes de tiempo —comenta el tarambana.

—Se te están poniendo los músculos de los brazos más fuertes, ¿no? —le dice Chris palpándoselos.

—Algo tendrá que hacer mientras está Ari en ese sitio encerrada —interviene Sandra en tono burlón.

—Ja, ja, ja —Álvaro ríe de manera irónica—. Me gustaría saber cuánto tiempo aguantaríais vosotros sin follar.

Ahora que lo menciona, ¿cuánto llevo yo? Por lo menos, desde que me mudé a Málaga. La última vez que lo hice con Natty fue el día antes de venirme, como despedida.

—Yo, desde lo de Mateo, nada de nada —confiesa Chris.

—Ya, claro... —le contesta Álvaro con una sonrisilla y moviendo las cejas de arriba abajo, y Chris le da un tortazo en la nuca.

—Yo, desde que me vine de Barcelona después de Navidad —intervengo. Los tres miramos a Sandra, esperando a que aporte algo.

—Bueno... —empieza a hablar—. La última vez que me fui a Madrid con mi padre, lo hice con un tío, pero nada serio, eh.

—Ay, primita, primita. —Álvaro le sonrío—. ¿Lo conozco?

—No, era inglés —contesta ella con una risa nerviosa.

Un rato después, Chris y Sandra se encuentran bailando en la pista de la disco tras haberse bebido dos copas cada uno. Yo estoy en la barra con Álvaro y con mi primer cubata por la mitad.

—Esa tía te está mirando mucho —me dice señalando con la cabeza a una rubia que no le quita ojo a él.

—Te está mirando a ti.

—¿En serio? —Se empieza a reír tontamente.

Álvaro se ha bebido dos cubatas y ha vuelto a la barra para pedir el tercero tras haber estado desaparecido durante casi una hora. Se saca del bolsillo de sus vaqueros papel de liar y se prepara un porro.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Fumas porros? —inquiero, y niego con la cabeza en desaprobación—. No sé ni de qué me sorprende.

—No. —Suelta otra risita—. Son cigarros de chocolate. —Se lo empieza a fumar y a mí me llega el olor a marihuana—. Mira, ahí viene la tía esa.

Giro mi cabeza hacia la rubia, que se acerca y se para frente a Álvaro.

—Hola —lo saluda, coqueta—. ¿Te apetece que nos tomemos algo juntos?

—Sinceramente, no me apetece —le responde el tarambana en tono antipático—. Pero a mi amigo sí, ¿verdad, Caracartón? —Me da un golpecito en el hombro, como si fuéramos colegas de toda la vida.

—No, gracias —contesto, y alzo mi copa—. Ya tengo bebida.

—Joder, menudo soso —murmura Álvaro por lo bajo.

La chica vuelve a mirarlo a él.

—Es que no me interesa tu amigo. Me interesas tú.

Álvaro estalla en risas.

—¿Ah, sí? Pues por ahí viene mi novio. Te va a arrancar los pelos. Es un tío muy posesivo —dice, refiriéndose a Chris, que se acerca a nosotros.

—Qué calor hace bailando; estoy sudando como un pollo. —Chris se abanica con las manos y Álvaro se aproxima a él y le susurra algo al oído; entonces Chris centra su mirada en la chica—. Perdona, bonita —le habla lanzándole miradas asesinas—. ¿Estabas tonteando con mi novio?

—Lo siento. No sabía que era tu novio —replica ella, ruborizada, y desaparece entre la multitud.

Álvaro y Chris se descojonan.

—Qué malos sois. Pobre chica —les digo.

—Oye, Álvaro —lo llama Chris—. Ahora que somos novios, te puedo dar un beso, ¿no?

El tarambana para de reírse y hace una mueca de asco.

—Vete a cagar. —Y se vuelve a marchar.

—Está pirado —comenta Chris llevándose una mano a la sien—. ¿Vamos con Sandra a bailar?

Asiento.

Media hora después, Álvaro no aparece, Chris está bailando con un chico al que acaba de conocer, y yo bailo con Sandra la canción *El mismo sol*, de Álvaro Soler y Jennifer López.

Para mi sorpresa, mi amiga me agarra del rostro y planta sus labios sobre los míos. Cuando me separo de ella, la miro, sorprendido.

—¿Qué...?

—Disfruta del momento —me dice, y me vuelve a besar.

* * *

De camino a casa, voy mirando cada dos por tres detrás de mí, porque eso es lo que tiene ser un paranoico mental: me creo que me persiguen por todos lados. Me ha tocado venirme solo después de haber estado en la disco. Álvaro no ha aparecido en toda la noche y Chris se ha querido quedar más tiempo con el chico que ha conocido. Yo he acompañado a Sandra a su casa y luego me ha tocado volver solo.

Diviso una silueta tumbada en las escalerillas del porche de la casa de Ari. Es Álvaro fumándose otro porro y riéndose solo, como el imbécil que es. Como lo vea Isabel de esta manera, lo va a decapitar.

—¿Qué haces ahí tirado? —le pregunto al acercarme a él, pero me contesta con una risa—. Levántate antes de que te vea la madre de Ari así. — Lo agarro del brazo y lo ayudo a levantarse.

—Mi vida es una jodida mierda —me cuenta arrastrando las palabras y tambaleándose de lo bebido y drogado que está, pero lo vuelvo a agarrar—. Mi novia me odia, mi hermana está muerta y mi no-padre es un cabronazo.

¿Tiene una hermana muerta? Vaya, no sabía nada. Ahora siento un poco de pena hacia él.

—Lo siento —le digo.

—¿Tú qué vas a sentir? —me espeta mientras lo ayudo a caminar—. Si tienes la vida perfecta. No has tenido ni un puto problema nunca.

Me paro en seco.

—Mi padre está muerto, gilipollas.

Álvaro, al descubrir mi semblante tan serio, se le borra toda expresión del rostro.

—No tenía ni idea —me responde.

—Siempre hablas sin saber —le digo, y lo suelto del brazo, pero se vuelve

a tambalear.

—Joder.

De bueno, soy tonto.

Lo vuelvo a ayudar a caminar y llegamos hasta la puerta de mi casa. Abro con llave y subimos hasta la habitación de invitados. Álvaro se tira en plancha sobre la cama y, en cuestión de segundos, se queda frito.

* * *

A la mañana siguiente, doy un bostezo en cuanto entro en la cocina.

—Buenos días, almorrana.

Enfoco la vista en el tarambana que hay zampano en mi mesa. ¿Todavía está aquí? Y encima mi madre le ha preparado un desayuno de rey: café, zumo de naranja, tostadas, cruasanes, fruta... ¿En serio? A mí nunca me ha preparado un desayuno así.

—¿No tienes casa o qué? —le espeto al okupa.

—¿Qué modales son esos para tratar a un invitado, Diego? —interviene mi madre, y echa más café en la taza de Álvaro.

Bufo y me siento en una silla. Intento coger una de las tostadas que hay en el plato, pero Álvaro me pega un manotazo.

—Son mías.

Lo fulmino con la mirada. ¿Cómo puedo odiar tanto a una persona?

—Diego, voy a salir ahora con tu padre —me informa mi madre—. Prepárate el desayuno y recógelo todo cuando terminéis. —Me da un beso en la mejilla y se marcha.

Álvaro suelta una carcajada.

—Eres un gorrón —le digo.

—Yo no tengo la culpa de que tu madre sea tan simpática conmigo y me haya preparado todo esto —contesta señalando la mesa—. Ah, supongo que gracias.

Lo miro con los ojos a punto de que se me caigan al suelo. ¿Me ha dado las gracias? ¿Dónde está el verdadero tarambana? ¿Lo han abducido los extraterrestres?

—¿Por qué? —quiero saber.

—Por no dejarme dormir en mitad de la calle anoche.

—Ah, pues de nada.

—Pero no te perdono el beso que le diste a mi novia —me dice

señalándome con el dedo—. Y me caes como el puto culo, tenlo claro.

—Tranquilo, el odio es mutuo.

—Bien.

Álvaro continúa comiendo como si le fueran a quitar el desayuno de un momento a otro, y yo, mientras tanto, me preparo un café con tostadas.

—Yo me voy —suelta cuando termina de tragar.

—¿Vas a ver a Ari?

—Más tarde. Ahora necesito sentirme libre con una morena de curvas despampanantes.

Al oír semejante barbaridad, se me cae un plato al suelo, que se rompe en mil pedazos.

—¿Qué?! —exclamo, atónito, y él finge que toca una guitarra invisible.

—Mi guitarra —contesta como si yo fuera tonto—. ¿Qué pasa? ¿Ya te habías hecho ilusiones? —Sonríe de medio lado—. Aunque no me hable, me sigue queriendo.

—No me había hecho ilusiones —replico.

El tarambana se ríe y por fin se larga de mi casa.

—Gilipollas... —murmuro para mis adentros.

Capítulo 15

Ari

Ya ha venido otra vez el idiota de Álvaro a molestar. No sé por qué me visita si sabe que no le voy a dirigir la palabra mientras esté aquí como una prisionera. Pero hoy lo acompaña alguien... Alguien a quien odio más que a ninguna otra persona.

—Hola, cerdi —me saluda la Barbie Poligonera con una sonrisa más falsa que las tetas con silicona.

¿Cómo ha sido capaz de traerla con él? Dios, ahora odio a Álvaro aún más. Se podrían ir a tomar viento los dos.

—Tenemos que hablar —me dice Álvaro bastante serio.

Observo el vientre hinchado de Mónica mientras me mira con su habitual sonrisa de bruja.

No puede ser. No puede ser que *mi* Álvaro y la Barbie estén liados. ¿Y el bebé que lleva dentro? Soy capaz de asesinar a los tres como sea del idiota de mi novio.

—Ari —Álvaro pronuncia mi nombre—. Ya no te quiero. Estoy enamorado de Mónica y vamos a tener un hijo juntos. —Acaricia el vientre de la zorra robanovios y robafuturos Alvaritos y Ariadnitas.

Que alguien me sujete, que les arranco la cabeza.

—¿Me has estado engañando todo este tiempo, cabrón? —le espeto a mi ya exnovio.

—Lo siento, pero quiero a Mónica. Tú estás perdiendo la cabeza.

—Cerdi, por fin te he robado a Álvaro —interviene la otra.

Que pronuncie su nombre de esa manera, hace que me entren arcadas.

—¡No! —grito, y me abalanzo sobre la Barbie; le tiro de su cabello de plástico y ella chilla como si la estuviera torturando—. ¡Zorra!

—¡Déjala, loca! —Álvaro me agarra con fuerza—. ¡Que vas a matar a mi hijo!

—¡Nooooo! —bramo hasta quedarme sin voz y, de repente, me encuentro en la cama de mi habitación del manicomio, sudando, llorando y gritando una y otra vez—: ¡Álvarooooo!

Alguien viene en mi búsqueda, siento un pinchazo en el brazo y, no sé cómo, pero me vuelvo a dormir.

* * *

Debería ser legal la eutanasia. ¿Por qué las personas que no queremos estar en este mundo tenemos que aguantarnos y vivir una vida que no disfrutamos? Es una mierda. Le tengo envidia al prota de *Yo antes de ti*, que decide morir porque le da la gana. Ojalá yo pudiera hacer eso. Cada vez tengo más claro que este mundo sin mí iría muchísimo mejor. Yo no sirvo para nada, sólo para comer, vomitar, comer otra vez, vomitar, contar las calorías, estar gorda, volver a comer, vomitar, llorar, comer... ¿he dicho vomitar? Es un asco. Cuando me escape otra vez de aquí, pienso recolectar firmas para que legalicen la eutanasia. Yo no sé por qué a los animales pueden hacérselo y a las personas no; tampoco somos tan diferentes. Venimos de los monos, que también son animales.

Vale, decidido. Voy a legalizar la eutanasia. ¿Quién se apunta?

—¿Te has traído la foto de tu chico? —me pregunta Violeta mientras esperamos que nos sirvan veneno para el estómago.

Al final he hecho un par de amigos, como le conté a Diego. Son con los que me senté el primer día que vine aquí. La chica se llama Violeta y tiene anorexia, así que piensa como yo con respecto a no engordar; me da consejos sobre cómo hacer desaparecer la comida sin que las enfermeras antipáticas se enteren. Me cae genial y se ha convertido en mi mejor amiga aquí dentro. También he hecho un amigo, Ángel, que tiene esquizofrenia y a veces habla solo, pero se nota que es una buena persona.

—Sí —respondo sacando la foto del bolsillo de la sudadera azul de Álvaro.

Salimos los dos en nuestra playa; la imprimí el día antes de que me encerraran en este sitio para tenerla y verla a todas horas.

—¡Madre mía! —exclama mi nueva amiga al verlo—. ¡Pero si este tío tendría que estar en los anuncios de calzoncillos de los que salen en la tele!

Me río a carcajadas y vuelvo a guardarme la foto.

—A mí el mío me dejó por estar enferma —me cuenta, entristecida—. Menudo cabrón.

—No te querría de verdad. Si no, hubiera permanecido a tu lado.

—El tuyo viene todos los días y ni siquiera lo miras —replica—. Aunque

es también un cabrón por haberte metido aquí otra vez.

Le conté lo que me pasó cuando me escapé de aquí. Se quedó con la boca abierta y me preguntó cómo lo había hecho. Fácil: nadie vigilando, saltar por la valla (que me caí y me hice el moratón con el que amenacé a Diego), y correr lo más deprisa posible sin mirar atrás.

Ángel se sienta a nuestra mesa y, minutos después, nos sirven las calorías: puré de verduras asqueroso con carne vomitiva. Violeta y yo hacemos una mueca de asco al verlo.

Una chica nueva, un poco delgada, se acerca a nosotros, acompañada de una de las enfermeras, y se sienta en la silla que hay al lado de Ángel.

—¡No! —exclama él, y la chica da un respingo—. Que aquí está sentado Maxi.

—¿Quién es Maxi? —le susurro a Violeta.

—Creo que es su amigo imaginario, pero no estoy segura.

—Guau —murmuro.

—Ponte aquí —le ordena la enfermera a la chica, poniendo una silla en el otro lado de Ángel.

La chica se sienta; parece asustada y nerviosa. Cómo se nota que es nueva; está como yo estuve el primer día.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Alejandra, pero mis amigos me llaman Ale.

—¿Qué tienes para que te hayan encerrado aquí? —interviene Violeta.

Ale nos enseña sus brazos con muchas (demasiadas) cicatrices de haberse estado autolesionando; algunas en vertical y muy profundas.

—¡Dios! —exclamo, y le enseño la mía, que no es nada comparada con las suyas.

Se me viene a la cabeza el recuerdo de cuando corté a Álvaro sin querer por estar forcejeando con el cuchillo. Me sentí muy mal en ese momento y deseé desaparecer; no quería hacerle daño. Soy un maldito monstruo. Aún me siento culpable al acordarme de la sangre goteando desde la palma de su mano hasta el suelo, y su cara de desconcierto.

—Bienvenida a la cárcel —le dice Violeta a la nueva.

Desearía estar en una cárcel de verdad antes que en este sitio.

Una enfermera se ha puesto a vigilar si comemos. Ya no vale pasarle trozos de comida a Ángel para que se los coma, ni estar mareando las calorías en el plato; ahora quiero morirme.

Violeta le lanza miradas asesinas a la enfermera mientras come con asco;

luego vuelve a mirar la comida, se empieza a poner pálida y finge que tiene arcadas, tapándose la boca. De repente, se echa a un lado y vomita de manera involuntaria.

Qué cabrona.

La enfermera viene a por ella y se la lleva; yo sigo intentando «comer».

* * *

Después de haber estado en la sala de ocio viendo la tele con los chiflados de este sitio, estoy en mi habitación, llorando a moco tendido, con la cabeza escondida bajo la almohada. Cuanto más tiempo paso aquí, más ganas tengo de salir. No me dejan ser libre, me pesan constantemente, pero no me dicen la cifra; me hinchan a calorías grasientas y no puedo ir al baño ni ducharme tranquila; no duermo por las noches por los gritos que provienen de las habitaciones; estoy hecha una mierda, con unas ojeras como berenjenas, paliducha, débil, pero, sobre todo, gorda. Cada día siento cómo la grasa se va instalando en cada parte de mi cuerpo y me estoy volviendo loca. No lo soporto. Después del esfuerzo que he estado haciendo durante estos meses, se está yendo todo al traste. Quiero salir de aquí y poder hacer *mi* dieta.

—¿Por qué lloras? —me pregunta Ale sentándose en mi cama. Ahora es mi nueva compañera de habitación.

Me incorporo y me enjugo las lágrimas.

—Quiero salir de aquí.

—Todos queremos eso —me responde, enredándose un mechón en su dedo, de su cabello rubio platino con las puntas coloreadas de rosa. No ha sonreído ni una vez desde que ha venido, aunque es normal; yo tampoco lo hago.

—¿Por qué te cortas? —inquiero.

—Es una manera de aliviar mi ansiedad.

—¿Pero por qué?

—Es largo de explicar —contesta intentando sonreír.

Pobrecita, debe haber sufrido muchísimo también.

—Ariadna. —La enfermera antipática acaba de irrumpir en la habitación —. Tienes una visita. Acompáñame.

Imagino que será el idiota de Álvaro, porque todos los días suele venir a esta hora; no hay ni uno que falte, vaya. Yo no sé para qué viene, si lo ignoro completamente.

Me levanto de la cama y salgo detrás de la enfermera del demonio. Entro en la sala, pero me da un vuelco al corazón cuando no veo a Álvaro en ella, sino a la Barbie.

No, no, no. No puede estar aquí. Ella no. ¿Por qué la han dejado entrar? Dios, cómo la odio. Tengo la impresión de que se va a cumplir la pesadilla de que se haya quedado embarazada de mi adonis.

Paseo mis ojos por la sala, comprobando que ha venido sola, y después mi mirada se dirige a su barriga, que sigue igual de plana que siempre.

—Os dejo solas —nos indica la enfermera unineuronal.

No, me va a matar. Seguro que ha venido a asesinarme. Que se vaya. Lejos. A la luna, me da igual, pero no quiero estar respirando el mismo aire que ella. Ni hablar.

La Barbie me contempla, esbozando una estúpida y falsa sonrisa, que hace que me entren ganas de vomitar. Por lo menos me desharía de lo que acabo de comer de manera involuntaria

La vuelvo a mirar. ¡Pero qué ganas de arrancarle las extensiones de un tirón y de borrarle su fea cara a arañazos!

—Hola, Ari.

Asco. Vomitiva. Estúpida. Fea.

No digo nada. Permanezco de pie, apretando la pelota anti-estrés que me regaló Diego para que no me visite mi amiga la ansiedad y muera asfixiada.

—Esto... —continúa hablando, y entrelaza sus manos, nerviosa—. ¿Te apetece hablar conmigo?

«No, no quiero hablar. Vete, bruja de mierda. Te odio».

Aprieto la pelotita.

Socorro. Quiero a Álvaro. ¿Dónde está hoy? Se supone que viene todos los días. Eso es que ya no me quiere... Claro, lo trato tan mal, que se ha acabado hartando de mis tonterías. No quiero eso. Quiero que esté en esta sala. Ahora mismo. Ya. No puedo esperar. Me falta el maldito aire. Mis pulmones están vacíos y piden oxígeno a gritos. Quieren oler a Álvaro, no a la colonia de mercadillo de la choni que tengo delante.

Hiperventilo.

—¿Estás bien, Ari?

«Fuera, zorra».

Aire. Necesito aire.

Alguien entra. Sé que es la enfermera idiota.

—Tranquila, Ariadna. Siéntate. Respira. —Me conduce hasta el sofá y me

siento.

«¡No puedo respirar, joder. No, si me traéis a la bruja que ha estado durante toda mi vida pisoteándome».

Hoy me muero de asfixia.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta la enfermera a la Barbie.

—Nada... No hemos hablado de nada. Se ha puesto así de repente.

Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro.

Yo me sé de una que va a expirar hoy.

Me levanto, rauda, y le pego tirones en el pelo a la bruja.

Toma ya.

—¡Ariadna, tranquila! —me grita la enfermera unineuronal mientras la Barbie vocifera como una mona rabiosa.

—¡Loca!

A partir de ahí, ya no sé lo que pasa, porque me llevan a mi habitación y me encierran durante las próximas horas. Ah, y se me olvidaba una cosa: visitas restringidas durante los siguientes tropecientos años.

Me tratan como a una auténtica pirada.

* * *

Tres semanas llevo aquí. Tres semanas de auténtica agonía. Tres semanas queriendo morirme. Tres semanas engordando. Tres semanas de constantes revisiones. Tres semanas siendo un conejillo de indias, tomando drogas anti-locas. Tres semanas de pesadillas. Tres semanas sin ser libre. Tres semanas sin sexo.

Por Dios, necesito sexo. ¿Quién no necesita sexo? Tengo diecisiete años; estoy en la edad de experimentar y descubrir cosas, no soy una vieja de ochenta años con su entrepierna arrugada y seca. Soy joven y tengo las hormonas revolucionadas. Necesito a Álvaro. Necesito todo de él. Las enfermeras se podrían estirar un poco y dejarnos una habitación libre e intimidad. Aunque siga sin hablarme con el idiota, puedo follar con él, en plan salvaje, ¿no?

Creo que soy adicta.

Vale, ya. Delirios fuera.

Estoy dirigiéndome hacia la sala de visitas y no me hace falta mirar al interior para saber quién acaba de venir.

—Hey, enana. ¿Cómo estás hoy? —me pregunta el idiota con esa voz tan

conciliadora que está poniendo últimamente. Esta vez no viene solo, lo acompaña su queridísima guitarra.

Me siento en el sofá, lo más lejos posible de él, de su esencia y de su olor.

Ha estado viniendo todos los días durante estas tres semanas. Bueno, sólo faltó el día en el que la Barbie se quedó medio calva y yo conseguí una peluca gratis.

Álvaro se sienta en el sofá, en la otra punta, y yo se lo agradezco.

—Te voy a cantar una canción —dice.

Yo le hago caso omiso, tapándome las orejas con las manos y cerrando los ojos. No quiero quedarme pasmada con su voz.

Comienza a tocar.

«No lo escuches, gorda. No lo escuches. No lo escuches».

—*Y pasarte a buscar, esperar tu mensaje y echarte de menos... Que no quiera comer, concentrarme y ni hablar porque quiero ir más lejos...*

Mierda. Ha dado en el clavo con la canción. La misma con la que se declaró en el vídeo de YouTube.

Por más que intente evitar oírlo, su voz se apodera de mí, haciendo que se me forme un nudo en la garganta. Me destapo las orejas y admiro cómo canta y toca a la vez. Parece triste, y atisbo una pizca de cansancio en su mirada, pero no me va a convencer con esa canción.

Sin embargo, se me humedecen los ojos.

«Gorda debilucha».

Al terminar de cantar, Álvaro estudia mi rostro.

—Ari, te echo de menos.

Suelta la guitarra y se acerca a mí. Coloca su mano en mi mejilla y seca una lágrima que estaba descendiendo por mi rostro.

Que se aparte.

Y la primera respuesta que le doy en tres semanas es una hostia en la cara.

Capítulo 16

Álvaro

Todavía estoy impresionado por lo que Ari acaba de hacerme. En fin, lo voy a mirar por el lado bueno: he conseguido llamar su atención. Llevo cinco minutos acariciándome la jodida mejilla; imagino que me habrá dejado la marca de toda su palma, incluido los cinco dedos, en ella. Para lo poquito que pesa, tiene una fuerza brutal.

—Ari... —susurro.

Me está mirando con esos ojos verdes que llevan haciéndome el vacío durante tres semanas, y es entonces cuando las lágrimas empiezan a brotar de ellos.

¿La abrazo?

Se tapa la cara con las dos manos para que no la vea llorar y me acerco más a ella para acunarla entre mis brazos.

—No llores, pequeña. Me tienes a tu lado. Siempre me has tenido.

Permanecemos un buen rato abrazados.

Ojalá le permitan salir pronto de esta puta cárcel para que podamos estar juntos de nuevo.

Cuando está totalmente calmada, se separa de mí y me contempla sin decirme nada y con la cara sin expresión alguna. La cojo del rostro y me aproximo despacio a su boca; ella se queda quieta y noto que se pone tensa. A continuación, hago lo que llevo esperando hacer desde hace tres semanas. Junto mis labios con los suyos y saboreo cada parte de esa boca, que tanto echaba de menos.

Y, ahora mismo, sé que Ari también me ha echado de menos.

—Te quiero —le susurro, pero ella continúa sin dedicarme ni una sola palabra.

Una de las enfermeras nos interrumpe.

—La visita ha terminado. Tiene que irse.

Joder.

—Ahora salgo —respondo de mala gana.

La enfermera aguarda de pie, de brazos cruzados, y Ari no deja de tocarse

los labios, con los ojos muy abiertos.

—Mañana volveré, enana. —Le tiro del moflete y me levanto—. Te quiero. —Le doy un beso en la mejilla, esa que ya no se sonroja cuando me ve; después cojo mi guitarra y me dirijo a la puerta, pero me quedo unos segundos esperando a que diga algo.

Pero una vez más, sigo sin recibir respuesta, aparte del tortazo.

* * *

Llevo más de hora y media estudiándome la maldita Transición española y estoy que echo humo por la cabeza. En un par de semanas tengo los exámenes finales y estoy deseando acabarlo todo para mandar al instituto a tomar por culo de una vez. Quien me vea en estos momentos, no me va a reconocer, ya que no me he puesto a estudiar de manera seria en mi vida y, cuando lo hacía, era en el día de antes... Pero ahora me encuentro en la biblioteca, empapándome de Historia de España como un auténtico campeón.

Surrealista.

Pienso sacarme segundo de bachillerato con dos cojones, aunque luego no vaya a la universidad. Si estuviera Ari aquí, pondría su mano en mi frente y me preguntaría si tengo fiebre, o haría alusión a mi «única neurona sufriendo».

Jodida enana, que hasta cuando estudio aparece en mi cabeza con su voz de pito y su cotorreo habitual.

Doy un sorbo al café. Cuando llegue a mi casa, será el turno del porro.

Venga, voy a seguir haciendo trabajar a la neurona.

De vez en cuando me desconcentran los murmullos y risas de un par de adolescentes que se han sentado a mi lado, y yo me cago en todo. Por favor, estamos en una biblioteca, no sé para qué vienen si están dando por saco nada más.

—Chico de la guitarra —oigo que susurra una de ellas, mientras paseo mis ojos por los apuntes.

Alzo mi vista hacia una de las adolescentes que ha hablado.

—¿Yo? —inquiero.

—Eres el *crush* de mi amiga —me dice señalando a la chica de su lado, que se está tapando la cara, avergonzada.

—¡Que no es mi *crush*! —exclama la otra dándole un codazo y con la cara como una patata colorada. Imagino que tendrán doce o trece años.

Algunas personas de la biblioteca se quejan y las mandan a callar.

—No le hagas caso —me dice en un susurro la que me ha hablado primero—. Te vemos todos los días en el Puerto cantando. En serio, mi amiga está coladita por ti.

Oh, fans.

—May, no es verdad —replica la patata colorada demasiado incómoda; yo le sonrío con ternura. Me recuerda a los principios de Ari, de cuando era mi fan loca.

Joder, me estoy haciendo famoso por cuatro canciones que canto todos los días en la calle.

—Vamos a hacer una cosa. —Me levanto de la silla y me acerco a mi admiradora. Busco en su libreta una hoja en blanco y cojo un boli—. ¿Cuál es tu nombre? —le pregunto.

—E... Estela.

—Qué nombre más bonito —le digo dedicándole mi sonrisa de mojabragas.

Ella suspira y escribo:

«Para Estela, la admiradora más bella. Con cariño, Álvaro G. Fecha: 3-05-2016»

Me siento famoso y todo.

—Esto lo guardas bajo llave hasta que me haga famoso. —Señalo el autógrafo—. Así tienes la prueba de ser mi segunda fan.

—¿Segunda? —cuestiona.

—¿Quién es la primera? —quiere saber la otra.

—Las estrellas no hablamos de nuestra vida privada —les susurro; después les guiño un ojo y les doy un beso en la mejilla.

Se quedan anonadadas, con las manos puestas en sus caras, y yo recojo mis cosas.

—No me voy a lavar la mejilla en años —oigo a la tal Estela.

La otra se levanta con el móvil en las manos.

—Hazte una foto con nosotras —me pide, y me lo tiende.

—Claro. —Agarro el móvil justo cuando pasa por delante de nosotros el bibliotecario—. ¿Nos haces una foto?

Él me mira, asesinándome con sus ojos, pero asiente. Yo me pongo entre las dos chicas, que se pegan a mí como dos lapas. Sonreímos y el tipo hace la

foto.

—Gracias —me dice Estela con las mejillas hirviendo.

—De nada, preciosa. —Le sonrío, me despido de las dos con la mano y salgo de la biblioteca, sintiéndome famoso por un instante.

Me encanta.

* * *

Aparco a Cassie al lado del hospital y camino hasta la entrada, donde me encuentro a Diego.

—No me han dejado verla —me informa.

—¿Por qué no?

—Porque está muy nerviosa y le han restringido las visitas. Dicen que ayer se puso agresiva y le pegó a dos enfermeras.

—Joder —mascullo.

Espero que el beso que le di no haya tenido nada que ver con su vena violenta. No obstante, pienso verla aunque me lo prohíban las malditas enfermeras.

—¿A dónde vas? —me pregunta la almorrana en cuanto ve que me dispongo a entrar.

—Tengo que verla.

—No puedes. Te van a echar. —Viene detrás de mí.

Sin embargo, hago oídos sordos a su maldita voz de pijo repelente y me planto frente a la mujer de recepción, que se parece a la vieja que sale en la peli de *Monstruos S.A.*

—¿Puedo ver a Ariadna LeBlanc? —le pregunto poniéndole ojitos.

—No —me responde mirándome a través de sus gafas de media luna—.

Tiene las visitas restringidas.

—Por favor, sólo cinco minutos —le suplico.

—Lo siento, no puede verla, muchacho. Es peligroso cuando está así de agresiva.

¿Peligroso? ¿Desde cuándo Ari es peligrosa? Esta mujer de noventa años no tiene ni puta idea de cómo es mi chica. Ari es muy dulce y no le haría daño ni a una hormiga. Es verdad que de vez en cuando saca ese genio antipático que lleva dentro, ¿pero de todo eso a llamarla «peligrosa»? Que lo está pasando mal encerrada, es normal que se ponga nerviosa, pero se puede solucionar.

—Quiero verla —insisto.

La mujer se levanta, se quita sus gafas y me mira fijamente.

—He dicho que no puede verla. Ahora, váyase. —Me señala la puerta, fingiendo amabilidad—. Si no, llamaré a seguridad.

La miro lanzándole antorchas asesinas por mis ojos.

—Álvaro, venga, vámonos —me dice Diego cogiéndome del brazo—. No se puede hacer nada.

—¡De puta madre! —exclamo—. Ya hasta me prohíben ver a mi novia. —Salgo a toda hostia del hospital, encaminándome hacia mi moto sin prestarle atención a la almorrana.

Me estoy consumiendo por dentro. Puede que meter a Ari en ese sitio haya sido un error y no se recupere nunca. O a lo mejor sí que lo hace, pero hay que tener paciencia. Aunque por ahora yo la veo igual que cuando entró, quizá peor, y me duele muchísimo que haya acabado de esta forma y que yo no pueda hacer nada. Joder, se tiene que recuperar de una maldita vez.

Una vez que llego a mi casa, saco de la mochila una bolsita con marihuana y me hago un porro. Me lo empiezo a fumar, tirado en el sofá y esperando a que me relaje.

Me río.

—Qué vida de mierda —musito, y alzo el porro—. A tu salud, Miriam.

Hago una «O» al echar el humo por la boca y me vuelvo a reír.

Se oye la puerta de la entrada y me sobresalto. Comienzo a abanicar el aire para que se vaya el olor a porro del salón, que no va a servir para nada, pero lo importante es la intención.

—¿Ya has venido, hijo? —me pregunta mi madre al entrar.

—Sí, ma... má.

Maldito colocón.

Mi madre huele la casa como si fuera un perro policía y yo tengo la sensación de estar perdido, pero sólo puedo reírme como un retrasado.

—¿Huele a porro? —exige saber, y mira mi mano, donde sostengo el resto del porro—. ¿Has estado fumando? —Se dirige a mí, me agarra del brazo y me lo quita; después lo apaga y lo deja en el cenicero.

Me aguanto la risa, mirándola. No puedo estallar.

—¿Álvaro? —Mi madre me contempla, esperando una explicación, de brazos cruzados.

—Es tabaco. —Ha sonado tan bajito que me ha dado la impresión de no haber contestado nada.

—¡Oh, no! A mí no me engañas. Una cosa es que fumes tabaco en mi casa y que me haga la tonta, y otra muy diferente es que te drogues.

Joder, ¿ahora me viene con las regañinas? Si ella sabe a la perfección que yo fumaba estas mierdas con Mimi.

—Son drogas flojas. No hacen daño —digo medio en risas—. Me relaja.

—Hijo. —Mi madre, a la que ahora se le ve el semblante preocupado, me obliga a sentarme con ella en el sofá—. Sé que es duro que tengas que soportar tener a Ari en ese sitio encerrada y que no puedas verla, pero no tienes por qué distraerte con esta clase de cosas.

—Un poco tarde para darme la chapa, ¿no crees? —le espeto, y me levanto—. Mimi y yo nos distraíamos así cuando tu exmarido y tú os tirabais todos los días discutiendo.

Sé que a mi madre no le gusta que le saque el tema de mi hermana, y mucho menos que le eche en cara su relación con mi no-padre, pero tenía que hacerlo.

—Deja a tu hermana descansar en paz.

—No está descansando en paz. Está muerta —escupo, y me marchó a mi habitación.

* * *

Siento humedad recorrer mi brazo con suavidad y me hace cosquillas; luego noto una mordedura en mi oreja. Sigo durmiendo, siento un soplido agradable y me da un escalofrío.

—Mmm... —balbuceo.

Otra mordida en la oreja. Risas.

—No hay manera de despertarlo —oigo una voz masculina.

Algo se estampa contra mi mejilla y, de pronto, abro los ojos.

—¡Aleluya! —exclama Mel, sentada en mi cama, a mi lado. Sergio se encuentra de pie, mirándome.

Ahora mismo no entiendo esta situación ni qué es lo que hacen estos dos aquí.

—¿Qué mierda...? —murmuro—. ¿Quién coño me ha chupado el brazo? Sergio señala a Mel.

—Estás saladito —comenta ella pasándose la lengua por los labios.

—¿Saladito? —pregunto, y me incorporo—. Estoy buenísimo.

—Tonterías —interviene Sergio.

—Envidioso —le espeto—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Veníamos a animarte un poco —me responde Mel—. Además, estoy un poco estresada de tanto estudiar para los exámenes finales y quería despejarme.

Pobre Mel cuando se estresa. Está en segundo curso de la carrera de Comunicación Audiovisual en la Complutense y, cuando vivíamos juntos, se agobiaba de tal manera que no había quien la aguantara. Entre eso, y lo poco que duerme porque trabaja por las noches en una discoteca, lástima me da Sergio, que ahora vive solo con ella.

—¿Y tú, qué? —le pregunto a Sergio.

—Un par de días libres en el curro. Estoy harto de repartir pizzas —se queja.

—Bueno, ¿vamos por ahí o qué? —interviene Mel—. Buenorro, invítanos a desayunar a algún sitio chulo, que tengo un hambre que te podría comer ahora mismo.

—No cuela, Melody, no cuela.

—Pues me como a tu novia cuando le haga una visita.

Suelto un suspiro. Hace unos días les conté por teléfono que Ari está encerrada en el hospital.

—Te quedarías con hambre.

—¿Tan mal sigue? —inquiere Sergio, y yo asiento—. Qué putada.

—La pienso espabilar. —Mel me enseña su puño—. Le voy a cantar las cuarenta en cuanto la vea y la pienso a obligar a hablarte, eh. ¿Me das permiso para que le pegue hostias imaginarias en el cerebro?

—Mi permiso lo tienes, pero no te va a funcionar.

—Perdona, pero estás hablando con Melody, la arregladora de las causas perdidas —Me señala, después hace lo mismo con Sergio—. No hay nadie que se me resista. —Y levanta los brazos en expresión de victoria.

—Deja las setas alucinógenas de una vez —le reprocha Sergio; yo me echo a reír.

Cómo echaba de menos a estos cabrones.

—No son setas. Son champiñones con ketchup y mayonesa —replica ella—. Y a mi Mel le encantan.

—No le encantan; se los come por pena —le contesta mi amigo.

Sergio y yo fingimos arcadas. Mel preparaba unos experimentos muy extraños para comer, y su favorito era la receta de champiñones con ketchup y mayonesa. Me entraron ganas de potar la primera vez que probé esa

porquería.

—Ya, parejita. ¿Nos vamos o qué?

Capítulo 17

Chris

—¿Cómo eso que estáis vosotros dos por aquí? —les pregunto a Mel y a Sergio.

Estamos desayunando en el puesto de Dunkin' Coffee que hay en el Puerto. Últimamente me he aficionado mucho a venir por aquí para acompañar a Álvaro mientras está tocando la guitarra. Para hacer tiempo, siempre me siento en la playa o me pongo a pasear para que mi mente comience a divagar.

—Unas pequeñas vacaciones —me responde Sergio.

Álvaro está con las gafas de sol puestas y jugueteando con una servilleta, como si estuviera ido de este mundo. Diego y Sandra se encuentran a su lado, mirándolo y negando con la cabeza, disconformes.

Ah, y Mónica se ha acoplado. No sé cómo, pero cuando Diego y yo estábamos saliendo de nuestras casas para venir hacia aquí, ella nos ha pillado y se nos ha pegado, con la excusa de que estaba aburrida y que no sabía qué hacer.

—¿Así que eres lesbi, no? —oigo que le pregunta Mónica a Mel.

—Si quieres, te lo demuestro, guapa —le contesta la otra poniéndole ojitos, y Mónica se horroriza.

Sandra escupe el café, salpicándonos a todos, y le entra un ataque de risa. Álvaro se sobresalta y se levanta, porque es al que más ha manchado al estar a su lado.

—¡Me cago en todo, prima! ¡Te voy a cortar los morros con una sierra!

—Perdonad —se disculpa Sandra, todavía con las lágrimas en los ojos por la risa.

—Vamos a hacernos una foto —propone Mel con su móvil en las manos.

—Falta Ari —suelta Álvaro, y yo le doy una palmada en el hombro, en expresión de apoyo.

—Buenorro, deja ya de estar tan depresivo —le contesta Mel, y él suelta un bufido.

—¡Esperad! —nos detiene Mónica—. Que viene mi novio por allí.

En este momento, las ganas de estrangular a la Barbie son reales al divisar a John viniendo hacia aquí muy sonriente, y me entra un calor por el cuerpo al verlo con el pelo perfectamente revuelto y con unos vaqueros rojos ajustados.

—Hola —nos saluda a todos cuando llega, y le da un beso a Mónica en los labios que me repugna; después se me queda mirando como si estuviera intentando darme celos con su noviecita.

Que se vaya. ¿Por qué ha tenido que venir?

—Ahora que estamos todos, vamos a hacernos una foto —interviene Mel poniéndose de pie, apuntándonos con su móvil, y nos hace la foto.

En cuanto terminamos de desayunar, caminamos por el paseo; Álvaro va más adelantado junto con Mónica, que no para de atosigarle, y los demás están con Mel haciendo fotos a cada cosa que que ven. Yo voy detrás de ellos a paso lento y con mis auriculares puestos, escuchando *Fools*, de Troye Sivan, sin hacerle caso a nadie. Cuando levanto la vista del suelo, me doy cuenta de que John se ha detenido, esperando a que lo alcance.

Encerrona no, por favor.

Al pasar por su lado, creo que me dice algo, pero no lo oigo por la música y sigo caminando. Sin embargo, él me quita uno de los auriculares y me para, sujetándome del brazo.

—Joder, John.

—¿Qué te pasa conmigo? Has estado todo el tiempo callado —me dice.

—Es que soy así con cierta clase de gilipollas.

—Vamos a hablar. —Me agarra de la mano y me lleva hasta uno de los bancos, alejándonos de los demás; luego se me queda mirando—. ¿Y esas ojeras? No me vayas a decir que te has tirado toda la noche de juerga.

Sonrío.

—No he dormido en toda la noche.

—¿Y eso por qué?

—Por cosas —contesto sin darle importancia.

—Vaya... Si me lo quieres contar y desahogarte... Me tienes aquí.

—Es largo de explicar.

Y tampoco se lo pienso contar a alguien como él, porque no hablamos desde el día en que me llamó «niña llorona» en el baño del instituto, y ni siquiera se ha esforzado mucho en querer hablar conmigo, así que tengo descartada completamente la oferta de llorar en su hombro.

—Tengo todo el tiempo del mundo —insiste.

—La mayoría lo pierdes con tu querida novia —le reprocho.

John se echa a reír. ¿Por qué se ríe?

—Pero lo voy a dejar con ella pronto. Es demasiado agobiante.

—¿Es que acaso no estás enamorado de ella? —Enarco una ceja, divertido.

—No, ni nunca lo he estado.

—¿Entonces por qué estáis saliendo?

—Por probar. No lo sé —responde encogiéndose de hombros.

—Eso no tiene sentido.

—Sí, porque así he descubierto lo que realmente me gusta —suelta de repente, clavando sus ojos en los míos.

—¿Y qué es lo que te gusta?

No me pienso hacer ilusiones con su contestación. Que le den al amor. No existe. Lo de las medias naranjas es un mito.

John me pilla desprevenido, me sujeta del rostro y funde sus labios con los míos. Una boda gitana se está celebrando en mi estómago ahora mismo.

—¡Pero qué hijo de puta! —oímos la voz de Mónica, y los dos nos separamos de inmediato y nos incorporamos.

Álvaro se halla a su lado, mirándonos, curioso.

—Esto... —John se levanta y se rasca la nuca, con los ojos puestos en la Barbie—. ¿No es lo que parece?

Pero Mónica lo contempla con rabia, echando humo por la cabeza. A continuación, se abalanza sobre él y le pega una patada en la entrepierna; John maldice entre dientes, retorciéndose de dolor.

—Auch —se queja Álvaro como si estuviera sintiendo el daño, y yo me aguanto la risa como un campeón.

—¡Eres un cabrón! —le grita Mónica a John, haciendo aspavientos con las manos—. ¡Me la estás pegando con un tío! ¡Esto es increíble! —Y huye antes de que la veamos echarse a llorar.

—Mierda —farfulla John con las manos tapando su entrepierna.

No aguanto más y comienzo a reírme de manera escandalosa. Esta ha sido la escena más divertida que he presenciado en toda mi vida.

—¿De qué te ríes tú? —me espeta.

—Bueno... —nos interrumpe Álvaro, incómodo—. Yo vuelvo con los demás. Os dejo solos, *tontolitos*.

Una vez que mi amigo se marcha, sigo riéndome a carcajadas.

—¿Qué se supone que te hace tanta gracia? —cuestiona John con el

semblante serio y cruzado de brazos.

—Todo —contesto entre risas, y me seco una lágrima del ojo.

—Menudo mamón. —Se acerca a mí y me golpea en la tripa con su puño, pero no surte efecto y continúo carcajeándome—. ¿Vas a parar ya?

—No puedo.

No me queda aire en los pulmones y la barriga me duele.

—Te vas a enterar. —John me levanta por los aires, me carga a su espalda y comienza a correr por el paseo; yo no detengo mis risas hasta que me tira en el césped, apartados del mundo—. ¿Ya, no? —me pide al ponerse encima de mí, y me tapa la boca con la mano, pero noto que se está aguantando la risa.

Digo que sí con la cabeza sin dejar de mirar sus ojos azules; él aparta su mano y me besa.

—Mira, mami, dos chicos besándose —escuchamos la voz sorprendida de una niña.

Nosotros dejamos de besarnos y posamos nuestra mirada en ella, que nos señala con el dedo. Es pequeña; tendrá unos seis años.

La que creo que es la madre se acerca y le da la mano.

—Sí, cariño, porque se quieren mucho —le dice, y se marchan.

John y yo sonreímos con ternura.

—Lévantate, que me estás aplastando —le digo antes de que saque el tema de lo que acaba de decir la mujer.

Los dos nos levantamos a la vez y comenzamos a andar.

—Chris —John pronuncia mi nombre.

—¿Qué?

—¿Crees que es verdad lo que ha dicho la mujer?

Vaya, al final lo ha tenido que sacar.

—No lo creo —respondo.

—¿Por qué?

—Es complicado. —Acelero el paso para no continuar hablando de este tema tan estúpido con él.

Sigo sin estar preparado para meterme en otra relación.

* * *

—Mamá, soy gay.

—Oh, hijo, qué bien —manifiesta muy contenta y juntando las dos manos

—. Estoy muy orgullosa de ti.

Miro a Diego entornando los ojos, que está fingiendo ser mi madre.

No va a funcionar. Mejor será que le escriba una carta, se la deje en el buzón, haga las maletas y me vaya de casa hasta que me llame pidiéndome que vuelva.

—No cuela —le digo a Diego mordiéndome las uñas.

—Pero si no se lo dices, nunca lo sabrás.

—Qué fácil lo ves todo.

Cuando se lo conté a Ari a los catorce años, me sentía muy asustado. Pensaba que iba a dejar de ser mi amiga por eso. Recuerdo que estábamos en su habitación viendo una de las pelis de *Crepúsculo*, acurrucados en su cama con una manta, y me estaba entrando mucho calor al ver a Taylor Lautner en todo su esplendor; entonces la puse en pausa y le dije:

—Ari, te tengo que contar una cosa muy importante.

Mi amiga me miró, preocupada.

—¿Qué te pasa?

—Me gustan los chicos —solté.

Ella se empezó a reír de manera descarada y yo no supe si irme corriendo de allí, esconderme debajo de la cama o matarla por reírse de mí.

—¿Por qué te ríes? —le pregunté.

—Porque me habías asustado. Pensaba que me ibas a decir alguna cosa mala.

—Entonces... ¿no te importa que sea gay?

—Sí que me importa. De hecho, te vas a ir ahora mismo de mi casa. No quiero ser tu amiga más —me dijo, y a mí me dio un vuelco al corazón—. ¡Que es broma, tonto! ¿Cómo me va a importar eso? ¡Ya sospechaba que lo eras!

Y ahora, aquí estoy, quedándome sin uñas por cómo se lo tomará mi madre. Mi padre ya sé lo que va a opinar cuando se entere, pero mi madre es quien me preocupa más.

Cuando Diego se va de mi casa, me distraigo lanzando los dardos a la diana, que tiene puesta una foto de John, pero me interrumpe un mensaje en el móvil.

JOHN: «Estoy fuera»

Sonríó a la pantalla como un tonto y abandono mi habitación.

Hoy no hemos vuelto a hablar del tema. Ya de por sí me sentía incómodo con lo que le había dicho la mujer a su hija.

Que nos queremos mucho.

No, yo no lo quiero. Ni mucho ni poco.

—Hola —me saluda John cuando salgo.

—¿Qué haces aquí?

—Quería saludarte —dice esbozando una sonrisa.

—Ah, pues ya me has saludado, así que vuelvo a mi casa. —Me doy la vuelta, pero él me agarra del brazo.

—Espera, Chris. —Me mira directamente a los ojos—. Quería decirte que... —Suspira y yo agacho la cabeza para mirarme las uñas despellejadas por mordérmelas tanto—. Me gustas muchísimo, y la verdad es que estoy asustado por todo esto. Nunca me ha gustado ningún tío... —confiesa; entonces alzo mi mirada, encontrándome con sus ojos, y lo escucho con atención—. O eso creía. Es que ni lo imaginaba. Pienso que no es normal... Es raro, pero... No lo sé. Me gustas.

Como me siga mordiendo las uñas de la manera tan bruta en la que lo estoy haciendo, pronto me morderé mis propios dedos.

Pero en este momento estoy perdido en los ojos azules más bonitos del mundo.

—Bueno... ¿Qué dices? —inquire John estudiando cada una de mis expresiones.

Parezco un roedor.

Percibo un sabor metálico, me miro el dedo y contemplo la pequeña herida que he creado por imbécil.

—Tengo sangre —le digo a John enseñándole mi dedo.

—¿Perdón? —cuestiona, confuso.

—Que me he hecho sangre por tu culpa. Me has puesto nervioso.

John sonrío. Ahora que me fijo bien, su sonrisa es bonita.

—Lo siento. —Coge mi mano y observa mi dedo—. Se te curará.

Nos quedamos mirándonos a los ojos durante un instante.

Mi madre aparece con las bolsas de la compra y me suelto bruscamente de las manos de John.

—Hola —nos saluda mi madre—. Christian, ¿ha llegado ya tu padre?

—Aún no.

—Vale —contesta, aliviada.

En cuanto mi madre entra en casa, me acerco a John y le doy un beso en

los labios.

—¿Eso es un sí? —me pregunta con el semblante lleno de ilusión.

—¿Un sí de qué?

—Vamos, no te hagas el tonto.

—Ya te lo diré otro día —respondo—. Me voy a casa.

—¿Pero no me dejes en ascuas, capullo!

—¿Ves la luna? —Se la señalo en el cielo con mi dedo y él alza la cabeza—. Pues cuando la mires, acuérdate de mí.

—¿Y eso tan cursi qué se supone que significa?

—Que yo la estaré mirando desde mi habitación y me acordaré de ti. Pero con calma, sin prisas.

John permanece mirándome con cara de no entender nada de lo que le estoy contando. Se queda callado durante unos segundos y, cuando por fin cae en la cuenta de lo que significan mis palabras, sus labios se curvan hacia arriba.

—Interesante —comenta—. Entonces te veré en la luna.

Me río, lo beso fugaz y entro en casa.

Y pienso en lo que acabo de hacer.

Me acabo de meter en otra relación. Últimamente estoy viviendo al límite y sin prestarle atención a mi cabeza. Antes, mi vida era más aburrida que una carrera de caracoles. ¿Qué estoy haciendo?

Aunque lo que más me preocupa es lo que hará Mónica ahora que se ha enterado de todo.

Capítulo 18

Ari

—¿Puedes decirme cuánto peso de una vez?

—Sabes que no puedo decírtelo, Ariadna.

Menudo tortazo en la cara se va a llevar la maldita psicóloga, igual que el que les di a las enfermeras el otro día. ¿Por qué no me lo puede decir? No me voy a horrorizar. Sé que he engordado; me siento más pesada y grasienta. De todas formas, me da igual, así salgo cuanto antes de esta maldita cárcel para volver a hacer mi dieta.

Unas horas después, tras almorzar calorías y fumar un cigarro junto con mis nuevas amigas, vuelvo a tener visitas tras haber estado tres días castigada, como si fuera una niña pequeña.

—¡Pastelito! —exclama Mel al verme, y me envuelve en un fuerte abrazo; después es el turno de Sergio.

—¿Qué hacéis aquí? —inquiero, eufórica perdida.

—Hemos venido a verte, nena —me explica Sergio.

Ay, qué bien. Ya los echaba de menos. ¿Por qué tienen que vivir tan lejos?

Los tres nos sentamos en el sofá; yo, en medio de los dos.

—¿Cómo te tratan en este sitio? ¿Le tengo que pegar a alguien? —me pregunta Mel.

—A todas las enfermeras que me persiguen. ¡Las odio!

—Sí, ¿verdad? —interviene Sergio, irónico—. Eso de que unas sexys enfermeras con su uniforme te persigan, tiene que ser durísimo.

—Qué capullo eres —le espeta Mel; luego me mira a mí—. Y, bueno, ¿qué tal con mi Buenorro?

Aquí huele a trampa.

—No le hablo —contesto, y Mel se levanta de repente y comienza a masajearse las sienes. Creo que le ha dado un aire en el cerebro o se está comunicando con alguien con la mente.

—Vamos a ver, pastelito. —Junta las dos manos, y Sergio y yo la miramos, expectantes—. Pon la mano así. —Abre su palma y yo la imito;

Sergio se nos une, diciendo que sí con la cabeza—. Y ahora, ve quitando dedos mientras mencionas a las cinco personas más importantes de tu vida y que siempre te han ayudado en todo, sin contar tu círculo de amigos. Puedes mencionar a tu pareja. Empieza.

¿Qué clase de brujería me está intentando hacer? Les voy a decir a las enfermeras que la encierren conmigo.

—Venga, nena —me anima Sergio.

—Mi padre. —Quito el pulgar—. Mi hermano. —Quito el dedo índice—. Mi... ¿gata? —Miro a Mel, dudosa, pero asiente; entonces quito el dedo corazón—. Y ya no tengo a nadie más.

Mel toma aire y se acerca a mí.

—Tu madre. —Me señala mi dedo anular y yo no digo nada; a continuación, toca el meñique—. Y este, te lo tienes que pensar muy bien.

—No tengo a nadie más. Como no quieres que diga a mis amigos...

—A ver. —Mel vuelve a tomar aire; Sergio nos observa, callado—. Te voy a dar unas pistas para que se te refresque la memoria: es guapo y buenorro, canta como los jodidos ángeles, me hace pensar que los tíos realmente sirven para algo. —Me mira a los ojos—. Se desvive por ti.

Qué punzada en el corazón más dolorosa. ¡Quitádmela!

—Álvaro —pronuncio en un susurro.

—¡Oh, bien! —exclama ella—. ¿Te acuerdas de todo lo que habéis pasado juntos? ¿Recuerdas el vídeo de YouTube donde se declaró?

Sí, claro que me acuerdo. ¿Cómo lo voy a olvidar?

—¿Te gustaría perder a mi Buenorro? —continúa con su conjuro mágico—. ¿Te lo pasas de puta madre haciéndolo sufrir? ¿Qué harías si lo perdieras? Imagínatelo. Lo mismo te digo que hagas con tu madre. No respondas. Deja que tu cabeza te dé la brasa hasta que entres en razón. —Chasquea los dedos, finalizando.

Me da miedo.

Cuando se marchan, me tiro las siguientes horas dándole vueltas a las palabras de Mel.

* * *

Me pongo la sudadera azul de Álvaro para intentar pasar desapercibida y que nadie me reconozca. Cojo mi mochila, meto un par de mudas de ropa y me la cuelgo al hombro. No tengo ni idea de adónde voy a ir, pero algo tengo muy

claro, y es que no pienso volver a este sitio.

Salgo con sigilo de mi habitación, acompañada de Ale, como si estuviéramos entrando a robar en una casa ajena, y nos dirigimos a la salida. Son las dos de la mañana; no creo que haya nadie merodeando por este sitio. Violeta y Ángel aguardan en el pasillo por si aparece alguien de la nada y manda al garete mis planes.

—¿Lista para darte a la fuga? —inquire Violeta con su pijama rosa de conejos.

—Espero que no me pillen, como la otra vez —le contesto.

—Tranquila, que nosotros estamos aquí para echarte una mano. Vamos. —Ángel nos va guiando por los pasillos—. Chicas, una enfermera. Escondeos.

Nos escondemos las tres detrás de una planta gigantesca, y Ángel en la esquina del pasillo.

—¿Quién anda ahí? —pregunta la enfermera que se queda vigilando por las noches.

Violeta le hace a Ángel una seña para que se haga el chalado y distraiga a la enfermera; entonces él atraviesa el pasillo corriendo como un poseso.

—¡Aaaah! —grita dándose cabezazos por la pared, y nosotras tenemos que hacer un esfuerzo para no mearnos de la risa.

—¿Qué hace despierto? —La enfermera se acerca a él, lo agarra con fuerza y se lo lleva.

—Vamos —susurra Violeta.

Salimos corriendo y nos detenemos en la puerta. Saco las llaves que le hemos robado esta mañana a la enfermera más empanada que hay, y abro. Nos dirigimos a la parte de atrás del edificio y llegamos hasta la verja. Lanzo la mochila al otro lado y le doy las llaves a mis amigas.

—Venga, que esto es pan comido —me anima Ale.

—Si muero, decidle a Álvaro que me perdone por tratarlo tan mal.

—No seas idiota y vete ya —interviene Violeta.

Empiezo a trepar por la verja con mi torpeza de siempre, esforzándome para no caerme y que me pillen en mi plan de fuga. Llego hasta arriba y repito el mismo proceso hacia abajo.

—Manda una postal anónima desde donde estés —me dice Ale desde el otro lado de la verja.

—Lo haré, chicas. Adiós —me despido; después me cuelgo la mochila al hombro y comienzo a andar hacia algún lado.

No sé a dónde dirigirme a las dos de la madrugada yo sola. Como me encuentre con algún psicópata por el camino, la he cagado.

Minutos después, se me enciende la bombilla y ya sé hacia dónde ir, por lo menos hasta que se haga de día, pero me da miedo que esté él ahí. Aunque no creo. ¿Qué va a hacer en ese sitio a estas horas?

Me pongo la capucha, por si alguien intenta reconocerme, y me encamino hacia mi sitio favorito.

Vale, parezco una fugitiva de verdad. Creo que he perdido la cabeza completamente con tanta medicación y tanta loca suelta.

Cuando me tiro más de una hora caminando, me detengo porque me siento agotada. Ya casi he llegado, pero no tengo fuerzas para seguir.

«Venga, gorda, un poco más».

Todo sea por no volver a ese sitio.

De repente, alguien me tapa la boca y me aprieta contra su pecho con fuerza, dejándome indefensa sin poder moverme ni gritar. Presiento que es un violador.

—¿Qué estás haciendo, niñita? —Es una voz grave, incluso me atrevería a decir que parece un poco forzada. Igual es para encubrirse por si se lo cuento a la policía cuando me encuentren inconsciente en mitad de la calle.

Intento liberarme de él, pero me es imposible y lo único que consigo es darle codazos en las costillas. Moriré violada; está claro.

—Deja de darme codazos o me chivo a la poli de tu excursión. —La voz sigue sonando muy grave, su aliento me roza la oreja y me viene un olor a porro que me está empezando a colocar—. Enana.

¿Enana? Vale, creo que me ha llegado el olor al cerebro y está provocándome alucinaciones auditivas.

Ha sonado como la voz de Álvaro.

O este tío es un buen imitador de voces o, definitivamente, he perdido la chaveta.

El tipo violador quita su mano de mi boca, pero sigue agarrándome contra su pecho; entonces me pongo a temblar.

—No... me matesss —digo con un hilillo de voz, y el tipo me da un beso en la mejilla.

—Nunca te haría daño. —Su cálido aliento acaricia mi rostro.

¿Las drogas que me dan hacen que tenga alucinaciones tan bien definidas? Porque si es así, que me metan tres kilos en una bolsa cuando me den el alta.

Aunque el alta me lo acabo de dar yo solita...

—No me mates —repito con el corazón a mil.

El tipo me da la vuelta hacia él.

Estoy alucinando. Ya no quiero tres kilos de drogas, quiero que me llenen un camión entero y que me lo lleven hasta mi casa. Lo que estoy viendo en este momento no es real y mi cabeza lucha contra mi locura. Me doy pellizcos en los mofletes, pero no consigo hacer que se disuelva la imagen que hay frente a mí.

Dios, estoy majareta.

—¿Se puede saber que estás haciendo? —Álvaro me mira como la loca que soy.

—¿Eres real? —pregunto, y lo palpo por todos lados con mis manos temblorosas.

—¿Qué dices? Claro que soy real —responde como si estuviera hablando con una retrasada—. ¿Qué estás haciendo aquí y no en el centro?

—Me he dado a la fuga —le cuento.

Si fuera de día y la gente me viera así, pensarían que soy una demente por estar hablándole al aire.

Álvaro sonrío.

—Menuda cabecita más loca. Vamos, que te llevo de vuelta.

—¡No! —grito—. ¡No pienso dejar que una alucinación me diga lo que tengo que hacer!

—Pero, Ari, que soy yo, Álvaro.

—Me da igual, sigo enfadada contigo. Desaparece de mi vista, idiota. — Me doy la vuelta.

—¿A dónde vas, pequeña fugitiva? —Me coge del brazo y me vuelve a girar hacia él.

Esto ya es demasiado. Si no es real, que me caiga un rayo ahora mismo. Alzo mi vista hacia el cielo, pero no veo ningún rayo, así que creo que es real.

Me doy cuenta de que mis pensamientos no tienen sentido y de que estoy perdiendo el tiempo en mis horas de libertad, en vez de aprovecharlas para tirarme a este dios griego en la playa, con la arena metiéndose por todas partes.

—¿Ari? —Álvaro me pasa la mano por delante mientras mi mente perversa piensa en las cosas que le haría a esta alucinación tan real.

No sé por qué, pero se me llenan los ojos de lágrimas y sollozo como una

tonta.

—Ven aquí, enana. —Me rodea con sus brazos y yo apoyo mi cabeza en su pecho, llenándole la camiseta de lágrimas y mocos.

—No quiero volver a ese lugar —susurro llorando e impregnándome de su olor.

—Te van a buscar, ¿lo sabes, verdad? —me dice acariciándome la cabeza.

No quiero aceptarlo, pero tiene razón. Tarde o temprano me encontrarán y me volverán a encerrar en ese manicomio, restringiéndome las visitas por haberme escapado.

—Escúchame, pequeña. —Álvaro me coge del rostro y me obliga a mirarle—. Tienes que volver. Quiero que te recuperes del todo y volvamos a estar juntos, ¿vale? Sé que es difícil estar en un sitio así, pero tienes que superar esto.

Sorbo por la nariz, contemplándolo embobada. He sido una tonta por haber estado enfadada con él.

—Idiota —es lo único que me atrevo a decir.

Álvaro sonríe y yo me derrito como un helado a plena luz del sol en un día caluroso de verano.

Ahora que lo pienso, ya mismo estamos en verano. No me gusta que haga calor; prefiero pasar frío.

—Vamos, que te llevo de vuelta.

—¡No! —chillo, y le pego un manotazo en el pecho. ¿Esto se considera maltrato?—. Quiero quedarme contigo esta noche, y ya mañana me llevas antes de que se levante todo el mundo.

Mi novio se queda debatiendo consigo mismo durante unos segundos.

—Está bien —responde finalmente, y yo salto de alegría.

—Vamos a nuestro nido de amor —le digo, y me pongo de puntillas para darle un beso fugaz en los labios. Sin embargo, él posa sus manos en mi rostro y me besa en condiciones.

Hoy pienso disfrutar de él todo lo que quiera.

Una vez que hemos llegado a nuestro rinconcito, me quedo perpleja al descubrir todo lo que alumbra la linterna del móvil. ¿Pero qué ha pasado aquí? ¿Una competición de marranos?

—Lo siento. Sé que está hecho un desastre... —susurra Álvaro al verme un poco descolocada.

Le quito su móvil de las manos y observo la porquería con detenimiento con la aplicación de la linterna: un montón de latas de cerveza, cajas de

tabaco, colillas de cigarro y de porros, y envoltorios de comida vacíos. Sólo faltan los condones usados tirados por la arena.

—Eres un puerco. Me acabas de desenamorar.

—Ya lo limpiaré. —Se rasca la cabeza.

—Bueno, no importa. Te lo perdono. ¿Me vas a hacer el amor o qué?

¿De verdad acabo de decir lo que acabo de oír?

Álvaro me mira como si me acabara de salir una maceta por la cabeza.

—¿Qué te pasa, Alvarito? ¿Te ha comido la lengua el gato? —Lo miro, divertida, mientras lo alumbro con el móvil.

—¿Se puede saber quién eres tú y qué has hecho con mi novia? —me pregunta fingiendo seriedad.

—Soy una extraterrestre que se ha metido en su cuerpo para conquistar la humanidad —le respondo conteniéndome la risa.

—¿Ah, sí? Pues yo me sé de otro que también se va a meter en ese cuerpo esta noche. —Me mira de arriba abajo con una media sonrisa y yo me pongo como un tomate.

—Guarro.

Álvaro se ríe; luego estira las mantas sobre la arena y se sienta.

—Ven, enana.

Me acomodo a su lado y apoyo mi cabeza en su hombro, escuchando el sonido del mar.

—Siento haber estado sin hablarte. Soy una imbécil y no...

—Chisst —me interrumpe poniéndome su dedo índice en los labios—. Deja que disfrute de mi pequeña en estas pocas horas.

Me recorre una cosa rara por el cuerpo al oírlo. Estoy atontada.

Se acerca a mis labios y los besa con dulzura. Después, baja hasta mi cuello y me planta pequeños besos, haciendo que me vuelva loca. Lo ayudo a quitarse la chupa de cuero y luego la camiseta, dejando su torso al descubierto; sólo nos ilumina la linterna del móvil, pero me da igual, porque puedo sentir cómo se le tensan cada uno de los músculos. Nos volvemos a besar con nuestras lenguas entrelazadas y me deshago de la sudadera. Álvaro me desabrocha el sujetador sin soltar su boca de la mía. Lo tumbo sobre las mantas y me pongo encima de él, empezando a recorrer todo su pecho con mis besos. Noto cómo se le acelera la respiración.

—Ari, no sabes lo que te he echado de menos —susurra, y se incorpora, colocándose sobre mí.

—Álvaro...

Mi cuerpo pide a gritos mezclarse con el suyo.

Se quita sus vaqueros, junto con su bóxer, y me ayuda a desprenderme de lo que me queda puesto. Mi corazón late con fuerza. Álvaro se coloca el condón y abre mis piernas, introduciéndose en mi interior.

Dios, cuánto echaba de menos perderme con él. Aunque lo haya tratado muy mal, siempre ha estado conmigo, demostrándome que me quiere.

Y es que ahora mismo no me imagino mi vida sin él.

* * *

Siento un pequeño cosquilleo en mi nariz mientras estoy en el quinto sueño; entonces estornudo, abro los ojos y me encuentro a Álvaro apoyado sobre su brazo, mirándome y a punto de echarse a reír.

—Buenos días, princesita —susurra pasándome por la cara una pluma de pájaro, y yo vuelvo a estornudar. Será idiota.

—De buenos, nada. Déjame dormir —respondo tapándome con la manta hasta la cabeza, como una oruga. Además, ni siquiera es de día aún.

—De eso nada, pequeña marmota. —Me destapa al completo—. Te tengo que llevar de vuelta antes de que haya polis buscándote por todo el planeta.

—Te odio —digo, enfurruñada.

No quiero volver al manicomio. Quiero irme con Álvaro lejos de aquí y estar pegada a él como si fuera una lapa. No lo soltaría ni para ir al baño.

Me entra la vena trastornada y lo agarro de la nuca, atrayendo su cabeza hacia mí, y le planto un beso en los labios. Necesito guardar a este dios griego debajo de mi cama del hospital.

—Para ti. —Me tiende la pluma, que creo que es de gaviota, porque es algo grande.

Sonrío como una boba al cogerla.

—No quiero separarme de ti nunca —confieso mirando sus preciosos ojos castaños, sacando a relucir mi vena cursi—. Quiero que estés conmigo siempre.

Álvaro esboza una perfecta sonrisa llena de ternura.

—Sería tonto si te dejara escapar. Eres lo mejor que tengo en la vida —susurra en mi oído, y yo siento mariposas por mi cuerpo—. Y por eso quiero que te recuperes cuanto antes, así que ve levantando tu bonito culo de la arena, que hay que volver a la realidad.

—Aguafiestas.

Abandonamos nuestro rinconcito y llegamos hasta Cassie, que me subo a ella, agarrándola de los manillares y finjo conducirla.

—La he echado de menos.

—Ella también a ti —me responde Álvaro, y me da un beso en la mejilla.

Me lo como.

Me bajo de la moto y él saca los cascos. Yo me coloco el de estrellitas y me vuelvo a subir. Él hace lo mismo, yo lo abrazo por su cintura y apoyo mi cabeza en su espalda.

Tengo que recuperarme.

Al llegar a la maldita cárcel, nos tiramos un buen rato (que para mí son segundos), dándonos todos los besos atrasados.

—Venga, enana, deja algo para esta tarde, ¿no?

—Se me va a hacer eterno el resto del día hasta que vengas.

—Y a mí. —Álvaro me vuelve a besar—. Venga, vete.

—Te quiero, tonto —le susurro sonriendo como una idiota, y él hace lo mismo.

Somos demasiado pastelosos, lo sé.

Comienzo a trepar por la verja, rezando para no caerme.

—Estás hecha una experta —comenta desde abajo.

Pego un salto y aterrizo en el otro lado, victoriosa.

—He tenido un buen maestro. —Pego mis labios a la verja—. Dame un último besito.

Álvaro sonrío y pega sus labios en los míos, con la verja interrumpiéndonos.

—Corre, vete y ten cuidado —me dice, y yo pongo morritos—. Te quiero.

Me cuelgo la mochila y me encamino hacia el edificio.

¿Cuánto tiempo más tengo que estar encerrada?

Capítulo 19

Álvaro

Hostia puta, menudo madrugón.

Pero ha merecido la pena. He pasado una de las mejores noches de mi vida en esa playa junto a la chica más preciosa del mundo. Espero que no se hayan dado cuenta de su ausencia en el centro, porque no soportaría estar varios días sin verla después de lo que acabamos de hacer.

Sigo conduciendo mientras el sol decide despertarse, después de haber dejado a Ari en el hospital.

Joder, son más de las siete de la mañana y no les he dado señales de vida ni a Mel ni a Sergio, que ayer salimos de fiesta y, horas después, me escaqueé.

Me van a matar. Ya estoy viendo a Mel sosteniendo el cuchillo jamonero y dedicándome su mirada diabólica mientras me va diciendo: «te voy a cortar tu cosita».

Socorro.

Introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta despacio, pero chirría.

Gracias, puerta.

Atravieso el pasillo y llego a mi habitación, que la abro y procuro no despertar a nadie. Mel duerme en mi cama, y Sergio, en el suelo.

Y con la buena suerte que tengo, me tropiezo con algo que no sé lo que es.

—Mmm —murmura Sergio en sueños, pero Mel enciende la lámpara de repente.

Nos quedamos mirándonos.

—Holi —la saludo con cara de no haber roto un plato en mi vida.

Mel me analiza entornando sus ojos como una chinita. Por favor, que alguien me ayude ante su matanza.

—¿Y esa cara de orgasmo? —pregunta al fin, y yo sonrío como si me hubiera esnifado algodón de azúcar.

—Digamos que he tenido una noche movidita.

—¿Has echado un polvo, cabronazo? —me espeta mi amiga.

Y con esas palabras, Sergio se despierta.

—¿Quién ha echado un polvo? —inquire, somnoliento.

—Yo —respondo.

—¿No lo dirás en serio, verdad? —Se nota que Mel está sorprendida pero también cabreada—. ¿Cómo le has podido hacer eso al pastelito? —Se levanta con los pelos revueltos y me pega un empujón—. ¡Voy a descuartizarte!

La agarro de las manos antes de que me mate con ellas.

—No os he dicho con quién ha sido. Y la conocéis.

—¡Me da igual con quién haya sido! ¡Le has sido infiel al pastelito después de que yo le haya dado la chapa para que te perdonara! ¡Eres un desgraciado! ¡Te mereces que no te hable! ¡Y encima nos dejas tirados ayer para irte con alguna descerebrada!

Mel acaba de sacar las veinte leonas que lleva dentro.

—Uy, se le está pirando la pinza demasiado —interviene Sergio, que se levanta de un salto del suelo y viene a mi rescate, sujetando a Mel, que intenta zafarse de él—. Cuéntanos lo que ha pasado.

—Primero de todo —empiezo a hablar—. Silencio, que vais a despertar a mi madre. Y segundo: no le he sido infiel a Ari; sabéis que la quiero y que nunca le haría daño.

—Joder, no entiendo nada —se queja Sergio—. Tengo mucho sueño.

—¿Entonces por qué cojones dices que has echado un polvo? —exige saber Mel asesinándome con sus ojos azules.

—Porque el polvo lo he echado con Ari.

—¿Qué? —exclaman los dos al unísono.

—Lo de la tía desconocida era más creíble, capullo. No lo estás arreglando —comenta Sergio.

Les narro todos los hechos desde que me escapé de la disco donde estábamos, hasta que me encontré con Ari en la calle y nos fuimos a nuestra playa.

—Qué romántico, tenéis una playa para vosotros —dice Mel, que ya se ha calmado del ataque neurótico que le ha dado.

Estamos los tres sentados en mi cama, un poco apretujados.

—¿Qué le has dicho para que entrara en razón? —le pregunto a mi amiga.

—Es secreto.

—Brujería —interviene Sergio.

* * *

Después de haberme despedido de los dos subnormales en la estación y de que me amenazaran con cortarme la polla si no iba a Madrid pronto, espero en la sala de visitas a mi amor.

Se abre la puerta y Ari aparece de brazos cruzados y con el semblante serio. ¿Ahora está cabreada conmigo? Esto es increíble. Hemos pasado una noche alucinante y se vuelve a enfadar... No hay quien entienda a esta pequeña gruñona.

Se sienta en el sofá y yo la imito.

—¿Ari? —susurro, desconcertado, pero no me habla—. ¿Te has vuelto a enfadar conmigo? —le pregunto lo más calmado posible, y Ari ladea la cabeza hacia el otro lado para que no la vea.

Lo siento, pero no la entiendo. Tengo el corazón encogido ahora mismo.

Me levanto, me acerco a ella, la agarro del mentón y la obligo a mirarme.

—¿Qué te pasa conmigo ya?

Me aparta la mirada, pero sus labios se fruncen y tiemblan. Sus ojos desprenden diversión. ¿Es mi impresión o se está aguantando la risa?

—¿Me estás tomando el pelo? —quiero saber, y le tiro de ambos mofletes.

Ella balbucea cosas incomprensibles por el estiramiento que le estoy haciendo a su cara, y yo me río y suelto sus tomates; entonces estalla en carcajadas.

—Pero qué cruel eres... —murmuro fingiendo estar enfadado, cruzándome de brazos, y me dirijo hacia la ventana para no hablar con ella.

—Ay, pero no te enfades —dice, y noto que me abraza por la espalda; yo sonrío.

—No intentes ablandarme, que no cuela.

—¿Qué cascarrabias estás hoy, ¿no? —inquiere, y recorre mi espalda con su dedo.

—Y tú, qué graciosa. —Me doy la vuelta, la cojo en brazos y la guío hasta el sofá—. ¿Qué tal tu regreso?

Nos sentamos, abrazados.

—No se han dado cuenta, y me parece rarísimo, porque siempre se enteran de todo —me cuenta, y resopla—. Tengo muchas ganas de irme de aquí.

—Lo sé, enana. —Le doy un beso en la cabeza.

—¿Sabes? Violeta y Ale quieren conocerte. Se han enamorado de ti al verte en fotos.

—Todo el mundo se enamora de mí, Ari —le digo esbozando una sonrisa—. En la biblioteca le firmé un autógrafo a una fan loca. Dijo que yo era su *crush*.

Se ríe.

—Yo tengo muchos.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Ian Somerhalder, por ejemplo.

Bufo. Creía que me iba a decir a mí. Bueno, aunque yo no soy alguien inalcanzable para ella; estamos saliendo, aunque yo ya sea famoso.

—¿El vampiro cutre? ¡Venga ya!

—¡No es cutre! —replica, y me da un golpe en el hombro—. ¡Es guapísimo y supersexy!

—Por favor, Ari. No sabía que eras una de esas adolescentes que están locas por los famosos. Además, sabes que yo soy mucho más guapo que cualquier tío que menciones.

—Bueno... —Pone morritos—. Mientras tanto, me tendré que conformar contigo.

—¿Perdona? Eso me ha dolido en el alma. —Coloco mi mano en el corazón, dolido.

—Qué tonto eres. Si sabes que yo te quiero sólo a ti. —Se acerca a mí y me besa.

—Y yo también te quiero sólo a ti —susurro contra sus labios.

Una enfermera entra de repente y nos informa de que ya se ha acabado la visita. Ari bufa y nos levantamos, pero se abraza a mí con fuerza.

—No quiero que te vayas —me dice.

—Ni yo quiero irme.

—¿Por qué no se puede quedar conmigo en mi habitación? —le pregunta a la enfermera mientras me sigue achuchando fuerte—. Es buena persona. No va a molestar, lo prometo.

—No se puede, Ariadna —le contesta la otra con una sonrisa; es la primera vez que la veo sonreír.

—Qué mierda... —masculla mi amor.

—Venga, enana. Mañana vuelvo a venir. Ahora iré a estudiar como un campeón para el examen de Historia de mañana.

Se echa a reír, como si no creyera mis palabras.

—Pues mucha suerte con tu neurona.
Sonrío, le doy un último beso y me marchó.

* * *

—Llevas todo el recreo tocando a tu novia —me dice Chris al día siguiente.

—¿Estás celoso de que no te toque a ti? —Le guiño un ojo.

—Uff, muchísimo, Aitor.

—Haríais buena pareja —comenta la almorrana, y le saco el dedo corazón. Ya quisiera él que me cambiara de acera para aprovechar y estar con Ari.

—Además —continúo hablando—, necesito despejarme después del maldito examen, que me ha salido como el culo.

—Vas a aprobar, primo —interviene Sandra—. Has estudiado mogollón.

Sigo tocando la guitarra, con una melodía inventada y tarareando. No sé lo que tiene guardado el futuro para mí, pero tengo muy claro lo que quiero hacer con mi vida: dedicarme a la música. No es nada fácil, pero lo pienso intentar, aunque me pegue hostias contra el suelo.

—Dame la guitarra —me pide Chris—. Que me voy a marcar una canción con la que os vais a quedar a cuadros.

—Toma, pero no me la rompas, que es muy delicada —le digo tendiéndole a uno de mis amores.

Chris carraspea y lo miramos con atención.

—*Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, que tu cuerpo es pa' darle alegría y cosa buena* —canta al mismo tiempo que toca las cuerdas con torpeza. Se la va a cargar y lo voy a descuartizar—. *Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, eh, Macarena, ¡Ay!*

Todos nos descojonamos de risa. Menudo horror de improvisación.

—¿Qué pasa? ¿He estado brillante, verdad? Os habéis quedado anonadados —nos dice Chris.

Diego y Sandra lo aplauden pausadamente.

—Dámela, que al final vas a provocar una tormenta —le espeto lanzándole miradas asesinas, y le quito a mi amor de sus sucias manos.

De pronto, un balón se estampa contra la cabeza de Chris. Sandra ahoga un grito de susto y Diego abre los ojos como platos.

—¡Ay! —se queja Chris.

Hostias, eso ha tenido que doler.

Me giro y me doy cuenta de que Mónica se está riendo junto con sus dos amiguitas.

—Pero qué hijas de puta son —farfullo.

—Lleva toda la mañana molestándome —comenta Chris acariciándose la cabeza con una mueca de dolor—. Con zancadillas, tirándome gomitas, empujones... Parece que se está vengando de mí o algo parecido.

—¿Vengarse de qué? —inquiére mi prima.

—De que le ha robado a John —contesto, y Chris me da un puñetazo en el hombro.

—Vaya, vaya —escuchamos la voz de Mónica—. Si están aquí los más patéticos del instituto. —Nos observa con asco—. La rubia pava, el sujetavelas enamorado, el novio de la loca de manicomio y el maricón robanovios. —Se ríe como una bruja y yo aprieto los puños con fuerza, conteniéndome la rabia.

—Largo de aquí —le espeto.

—Dais un poco de grimilla todos juntos.

Sandra se cansa de sus estupideces y se acerca a ella, echando fuego por la cabeza.

—Bonita, o te vas de aquí o te arranco ese pelo de plástico de un tirón —la amenaza mirándola fijamente.

—Tranquilita, eh —interviene Mónica—. Que no pienso pelearme con vosotros, sólo os he venido a recordar lo patéticos que sois. —Y se marcha, taconeando con demasiada fuerza, capaz de provocar un terremoto.

—Cada vez soporto menos a esa estúpida Barbie —se queja Sandra, y se vuelve a sentar en el banco.

Cuando toca el timbre que da por finalizado el recreo, me largo del instituto con mi guitarra y conduzco hasta un sitio al que llevo tiempo echándole el ojo. Mentiría si dijera que no me haría ilusión que me aceptaran.

Aparco a Cassie cerca y oigo una melodía de violín. Mimi también lo sabía tocar.

Me aproximo a la chica (pelirroja también, aunque de un tono más anaranjado), que se encuentra tocando el instrumento, sentada en las escaleras de la entrada. No la interrumpo, sino que me quedo atontado admirándola y escuchando la melodía.

El violín desafina y la chica suelta un sonoro bufido. Se da cuenta de que la estoy mirando y entorna los ojos.

—¿Tú qué miras?

Pillado *in fraganti*.

—Yo, eh... —balbuceo.

Ahora sé cómo se sintió Ari la primera vez que habló conmigo.

Hostia puta, soy un Ariadno.

—Estaba escuchándote —admito.

Los ojos verdes de la chica se desvían hacia mi funda de guitarra, que la tengo colgada a la espalda.

—Nunca te he visto. ¿También estudias aquí? —me pregunta, y da una palmadita a su lado para que me sienta con ella. Su cara está llena de pecas.

—No —respondo, y me siento a su lado—. Venía a informarme porque quiero estudiar aquí.

—Ah, pues entonces te veré por aquí el año que viene.

—Si me cogen, sí —digo.

—Si eres bueno, sí. ¿Cuál es tu especialidad? ¿Sólo la guitarra?

—No, también sé tocar el piano, y dicen que canto bien —le cuento.

—Eso es genial. Yo también sé cantar, además de tocar el violín.

—Tampoco está nada mal.

De repente, su vista se dirige hacia los aparcamientos.

—¡Oh, mierda! —exclama, y se levanta de las escaleras, cogiéndome del brazo—. Ven conmigo. —Tira de mí de una manera muy bruta que hace que me levante, y me lleva hasta un árbol—. Tápame y sígueme el rollo.

—¿Qué?

—Chist. —Rodea mi cuello con sus brazos y me susurra—: Es que está ahí mi ex y no quiero que me vea. —Asoma la cabeza por el hueco de mi cuello de manera disimulada.

—¿También estudia aquí?

Huele a fresa, y me siento muy incómodo.

—No, ha venido a verme.

—Ah.

Permanecemos varios minutos así hasta que ella rompe el silencio.

—Ya se ha ido. —Se descuelga de mí y se plancha su vestido azul con las manos—. Perdona. Pensarás que estoy loca.

—Un poco, pero eso es bueno.

—Es que no lo entiendo. Sabe que lo hemos dejado y viene todos los días a darme el coñazo. Entonces a mí me entran unas ganas enormes de arrancarle la cabeza con mis propias manos y colgarlo de un árbol por los huevos —cuenta moviendo mucho las manos mientras habla—. También

pensarás que soy una agresiva, ¡pero no! —grita, y yo pienso que está muy loca—. ¡Me persigue! No entiende que ya no siento nada por él y se empeña. Y es cuando yo me agobio y quiero irme a golpear lo que sea. ¡Me saca de quicio!

Me estoy empezando a asustar de esta muchacha. Quiero irme lentamente de aquí, pero sé que se va a dar cuenta.

—Eh... Interesante —consigo decir con cara de póker.

—Te estaré pareciendo una histérica ahora mismo. —Pone sus manos sobre su cara.

—Para nada... —contesto, y pienso en una manera de salir de aquí—. Esto... Me tengo que ir a informarme. Me ha gustado conocerte. Ya nos veremos el año que viene, si tengo suerte.

—No, no. Espera. No te puedes ir. Me tienes que dar tu número. —Teclea algo en su móvil y me lo tiende—. Apúntalo ahí. No te pienses que estoy ligando contigo, sólo necesito un amigo a quien contarle mis penurias, y tú puedes ser un candidato perfecto. Me has caído bien.

¿En qué lío me acabo de meter con esta chiflada?

—¿Lo escribes o qué? —pregunta, impaciente—. Que me tengo que ir a clase, muñequito.

¿Muñequito?

—¿Cómo me has llamado?

—Muñequito. Pareces un jodido muñequito que acaba de salir de la tienda de juguetes. Sin ofender, pero lo único malo que tienes son las orejas tan grandes. No te digo que te hagan feo, pero te las podrías tapar con un gorrito o algo, que pareces Dumbo —parlotea sin parar, y yo me toco las orejas, acomplejado—. Pero por lo demás, eres un muñeco guapete, aunque tienes cara de niña.

Como siga insultándome de esta manera, voy a acabar yéndome.

—¿Eres así de sincera con todo el mundo?

—Sí —responde—. ¿Vas a apuntar tu número? Que no tengo todo el día. Joder con esta tía. Ahora entiendo lo que ha dicho antes de que está buscando amigos.

Cojo su móvil y escribo mi número.

—Aquí tienes. —Se lo tiendo.

—Espero que no hayas puesto el de tu abuela, porque si no, te mato.

Me está dando miedo, en serio.

—Llámame y así te quedas más tranquila.

Lo hace y suena la melodía de mi móvil.

—Vale, perfecto. Soy Tania. —Se acerca a mi rostro y me da dos besos en las mejillas.

—Yo, Álvaro.

La tal Tania bufa.

—Nombre de niño rico. Me decepcionas como amigo.

—Una lástima —digo encogiéndome de hombros—. Voy a entrar ya.

—Espera, que te acompaño.

Atravesamos la puerta de la entrada y nos detenemos.

—Tienes que ir allí. —Tania señala con el dedo lo que parece ser la secretaría—. Y ya te dirán lo que necesites. Pero la mujer es muy antipática. Ten paciencia.

—Gracias.

—De nada. Nos vemos, muñequito. —Me choca la mano y se marcha, caminando con unas zapatillas de deporte rosas.

Qué chica más extraña.

Capítulo 20

Chris

Estoy contemplando el techo con un dolor en la mejilla de mil demonios; el lado positivo es que poco a poco se me va calmando por el trapo con hielo que tengo puesto en ella. Víctor y sus amigotes me lo han hecho al salir del instituto, que me han pillado por banda y me han dejado la cara hecha una chapuza.

Y lo peor es que estaba John. Mirando. El muy desgraciado. Y sin defenderme. Juro que, cuando me lo encuentre, pienso arrancarle los pelos de la cabeza hasta dejarlo como una bombilla.

Me río yo solo al imaginármelo así. Estaría gracioso.

Un golpe en la puerta de mi habitación me interrumpe. Se abre al instante y aparece la cabeza de John.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—¿Puedo pasar? —me pregunta.

—Ya estás casi dentro.

—Tu madre me ha dejado pasar —me dice, y cierra la puerta—. Es muy simpática.

—Al grano.

—Siento mucho lo que ha pasado antes. De verdad —se disculpa, y se sienta a mi lado, en la cama. Me mira con expresión afligida y sus ojos parecen arrepentidos; yo permanezco tumbado.

Menudo cobarde.

—No lo sientes. A ti no te han pegado y no estás ahora mismo con hielo en tu mejilla —le contesto con mala leche.

—Vamos, Chris, no seas así. Ya sabes que es difícil. —Suspira y acerca su mano al trapo con hielo—. ¿Te duele mucho?

—Estoy muriéndome. ¿No me ves? —le digo con sarcasmo.

—Déjame ver. —Me quita el paño y me acaricia la mejilla con la mano; yo se la aparto y le doblo la muñeca—. ¡Ay, Chris! —exclama de dolor.

—Tengo ganas de darte una buena paliza —confieso mirándolo con rabia.

—Pues hazlo.

Qué machito.

Alzo mi pie y le sobo la cara, esparciendo el olor a queso por ella. John se queja e intenta agarrar mi pierna.

—Qué asco, tío —gruñe haciendo una mueca de desagrado—. Lávate los pies, por favor. No hagas que muera de asfixia. Prefiero que me patees el trasero.

—Vale. Tú lo has querido.

Me incorporo, lo tumbo sobre la cama con rapidez y me subo a horcajadas sobre él. Después, le aprieto las mejillas con mis manos como me hacía mi abuela cuando era pequeño, de manera que sus labios se fruncen y hacen que parezca la boca de un pez; y encima el idiota los mueve como si fuera uno de verdad, cosa que hace que se me escape una risa.

—No me hagas reír, que estoy enfadado —le digo, y le suelto la cara.

—¿Esa es tu forma de pegarme una buena paliza? Me decepcionas, eh.

Sonrío y me tumbo a su lado.

—No me apetece mancharme las manos de sangre —contesto; él se coloca de lado, con el codo apoyado en la cama, y la cabeza en la palma de su mano.

—Me siento muy bien cuando estoy contigo —admite.

Despacito, John, por favor.

—Déjate de cursiladas, que quiero ir despacio.

—Sí, ya lo sé. Pero tenía que decírtelo. —Y se tumba con la cabeza mirando al techo. De hecho, los dos tenemos la vista fija en él.

Se supone que llevamos juntos ya una semana. No lo hemos hecho de manera oficial, sólo lo saben mis amigos. Le he contado a John lo que me pasó con el imbécil de Mateo y me dijo: «como me lo encuentre por ahí, le pienso pegar un hostión de los buenos, aunque también le agradecería haberte dejado, si no, no estarías conmigo», palabras textuales, y razón no le falta. Lo que todavía me extraña es que Mónica no le haya ido con el cuento a todo el instituto, lo cual me asusta, porque eso significa que está ideando un plan demasiado macabro.

—¿Salimos? —propone—. Quiero enseñarte a hacer algo.

—¿A qué?

—Ya lo verás.

* * *

—Yo no sé hacer esto. No pienso subirme ahí.

—Vamos, no seas aburrido. Cuando lo hagas, no vas a poder parar.

—Pero la tuya es más grande —replico mirando las dos.

—El tamaño no importa.

Ambos nos reímos al darnos cuenta del doble sentido de la conversación. John me está intentando convencer para que me monte en su tabla de *skate*, pero yo no tengo ni idea de cómo se hace y estoy segurísimo de que voy a acabar matándome. Hemos ido a su casa a recoger dos tablas, aunque yo me he quedado fuera porque no estoy preparado aún para conocer a su familia.

—Te dejo la mía para que te quedes más tranquilo —me dice, y pone su tabla en el suelo—. Súbete.

Lo hago.

—¿Ahora qué?

—Pon un pie en el suelo, que es con el que le vas a dar movimiento —me explica, y yo hago lo que me dice—. Fíjate en lo que voy a hacer.

—Vale.

Hace lo mismo que yo he hecho, pero con su tabla. Se impulsa con un paso largo y después coloca el pie que se encontraba en el suelo detrás del que está en la tabla. Se aleja de mí demasiado rápido y yo temo que se estampe contra el suelo.

—Hazlo tú ahora —me dice cuando regresa a mi lado.

Asiento y me impulso con un pequeño paso, que lo hace reír. A continuación, doy otro paso y se vuelve a reír. No estoy listo para colocar el otro pie en la tabla. Presiento que me voy a romper los dientes o me voy a chocar con alguien.

—Tienes que dar los pasos más largos, si no, no vas a ir a ningún lado.

—Qué fácil lo ves... —murmuro.

Lo vuelvo a intentar, pero esta vez con un paso agigantado que me hace cagarme en los pantalones.

—El pie, Chris.

Cuando doy otro gran paso, alzo mi pie y lo coloco detrás del otro, sobre la tabla. No mantengo el equilibrio y me doy un batacazo contra el suelo.

Lo sabía. Me tendría que hacer vidente.

—¿Estás bien? —John viene a mi rescate y se me queda mirando con una sonrisa en los labios.

—Me he dado un buen golpe en el trasero. —Hago una mueca de dolor.

—No pasa nada. Sigue intentándolo hasta que aprendas. —Me tiende el

brazo y me ayuda a levantarme.

Cuando transcurren dos horas en el paseo marítimo de la Malagueta, consigo controlar el maldito monopatín. Me he vuelto a caer un par de veces más y me he estrellado contra una farola, dos personas y un carrito de bebé, donde el niño o la niña que había durmiendo ha empezado a llorar, y la madre me ha echado mal de ojo para el resto de mi vida. Lo bueno es que al final he aprendido a llevar la tabla sin problema.

—¡Ten cuidado! —grito, pero John está tan empanado mirándome, que no se ha dado cuenta de unas chicas paradas frente a él. Las intenta esquivar, pero se cae.

—¡Oh, mierda! —masculla, y yo me río; las chicas lo taladran con sus miradas.

—A ver si te tengo que enseñar yo a ti esta vez —me burlo de John, y lo ayudo a levantarse.

—Ha sido por tu culpa, que me distraes. —Se acerca a mí, me coge del rostro y me da un beso lento y profundo, que me hace sentir otra boda gitana en el estómago.

¿Cuántas bodas de ese tipo se celebran en mi barriga cuando lo beso? Muchas. Esto, con el idiota de Mateo no me pasaba. Quizá sería porque no estaba del todo enamorado de él. De John tampoco lo estoy, pero a lo mejor poco a poco ese sentimiento se va haciendo más fuerte.

Ay, menudo dilema.

—¿Por qué sonríes? —inquire observándome con sus intensos ojos azules.

—Ni puta idea —respondo, y esta vez soy yo el que lo besa.

Me da igual que estemos en mitad de un paseo y que nos vea la gente. Recuerdo que con el otro me daba vergüenza mostrar signos de afecto en público, pero con John no.

Vale, no sé qué hago comparando la relación con el gilipollas de mi ex con la que tengo con el chico con los ojos azules más bonitos del mundo.

«Christian, deja ya de desvariar y concéntrate en la lengua juguetona de este chico, creador de bodas gitanas en tu estómago».

—Vamos a hacernos una foto —propone John al separarse de mis labios.

—Venga.

Saca su móvil del bolsillo de los vaqueros y alza el brazo hacia arriba, con la cámara apuntando hacia nosotros; luego sonreímos y se hace la foto. No tengo ni idea de cómo habré salido.

John mira la pantalla antes que yo y se ríe.

—Has salido con los ojos cerrados —indica.

—Lo sabía.

—Vamos a hacernos otra.

Y tras esa, viene otra y luego muchas más hasta que nos cansamos de hacer el tonto fotografiándonos.

* * *

—Ahora me pasas las fotos —le digo a John frente a la puerta de mi casa.

Después de haber estado haciéndonos fotos, nos hemos ido a una heladería para comernos una copa de helado gigantesca entre los dos. John ha zampado más que yo porque come muy deprisa, como si en su casa no le dieran comida, y eso que me ha dicho que no le gustaba el chocolate... ¡Y la mitad de la copa era de ese sabor! Menudo bribón.

—¿Me vas a acompañar todos los días a mi casa o qué? —le pregunto en tono burlón.

—Mañana te toca a ti acompañarme, no seas tan comodón —me responde sonriendo—. Por cierto, te la regalo. —Me tiende la tabla de *skate* que he usado hoy.

Yo la cojo, sonriendo como un tonto.

—¿Me la regalas?

—Por supuesto. Quiero que la tengas.

—Oh —suelto, impresionado—. Pues yo no tengo nada que darte.

—No importa. Ven.

Nos abrazamos, besándonos, pero deteniéndonos de vez en cuando por si vemos a algún vecino cotilla espiándonos y le vaya con el cuento a mis padres.

—Luego te veo en la luna —me dice.

—Sabes que nunca falto a la cita.

Nos despedimos con un beso por última vez y entro en casa. Subo las escaleras y me meto en la ducha, ignorando por completo los ruidos provenientes de la habitación de mis padres. Mientras me va cayendo el agua, observo el cardenal en el costado izquierdo, que lleva un par de días ahí y aún me duele, incluso más que el puñetazo que me han dado los cabrones de mi instituto en la mandíbula.

Una vez que he terminado de ducharme, todavía se siguen oyendo gritos,

así que me encamino hacia mi habitación y, cuando entro, veo a Carol acurrucada en una esquina con su oso de peluche azul.

—¿Qué haces ahí escondida? —le pregunto con voz dulce, y cierro la puerta.

Ella, por supuesto, no me habla, pero ni a mí ni a nadie. Lleva semanas sin pronunciar palabra, aguantando el ruido de las discusiones. Todas las noches en las que ocurre esto, dormimos juntos.

—¿Te apetece ver la luna?

Ella asiente con la cabeza y con el semblante lleno de pánico. La cojo en brazos y me siento en el alféizar de la ventana con mi hermana en mi regazo. Le coloco los auriculares con el volumen de la música suficiente para que no escuche nada de lo que pasa en el exterior.

Un rato después, me llegan notificaciones de WhatsApp con las fotos que nos hemos hecho John y yo hoy. Las miro una a una y sonrío con todas. En una salgo con la cabeza escondida en su cuello mientras él sonrío a la cámara; en otra, besándonos con los ojos cerrados; y en la última, me veo subido en la tabla de *skate* de una manera horrorosa... Pero mi favorita es la que nos ha hecho una mujer mayor en la que aparecemos sentados en un muro, de espaldas a la cámara y con la puesta de sol, y John con su cabeza apoyada en mi hombro.

YO: «Me encantan todas»

JOHN: «A mí también. ¿Estás viendo la luna»

YO: «Está llena»

JOHN: «Como me siento yo cuando estoy contigo»

Boda gitana nocturna en mi estómago.

No sé qué contestarle a eso. Él sigue en línea esperando mi contestación y yo me he quedado escribiendo. Borro lo que pongo y vuelvo a escribir un par de veces más. Finalmente, le mando un corazón y él me contesta con el icono de la gitana bailando con el vestido rojo.

Me lee el pensamiento.

Sonrío y le envío un mono tapándose los ojos, no sé por qué. Pero el que él me manda a continuación es el del fantasma.

YO: «¿Un fantasma?»

JOHN: «¿Y tú un mono con los ojos tapados?»

Me río y seguimos mandándonos tonterías hasta que nos vamos a dormir. Mi hermana ya se ha quedado frita hace un buen rato en mi regazo y los gritos han cesado.

Capítulo 21

Diego

—¿Queréis dejar ya el romance vosotros dos? —susurra Álvaro en mitad de la biblioteca—. Aquí uno no se puede ni concentrar con tanta diabetes, joder.

—Eso, para cuando tenemos que soportaros a Ari y a ti —le responde Chris—. Además, no te pongas celoso, Aitor, que sabes que yo te esperaré lo que haga falta.

El tarambana le tira un boli a la cabeza.

John y Chris han estado pasándose notitas y sonriendo desde que hemos llegado, molestándonos a Álvaro, a Sandra y a mí. El tarambana se supone que está estudiando para sus últimos exámenes, Sandra más de lo mismo, y yo intento escribir algo decente, pero hoy la inspiración no está a mi favor.

Tengo bloqueo del escritor.

Y no quiero.

Álvaro suelta un bufido y pasa las hojas de sus apuntes, malhumorado y haciendo demasiado ruido; yo me concentro otra vez en la pantalla de mi portátil, releendo lo que he escrito.

Pura porquería.

¿Dónde se ha metido mi musa hoy?

—Deja de repiquetear con tus asquerosos dedos en la mesa —me ordena Álvaro.

Madre mía, le molesta todo a este idiota.

Cuando estoy mirando hacia un punto fijo de la biblioteca, diviso a Tania, la misteriosa nueva amiga de Álvaro, dirigirse hacia nuestra mesa. Ella coloca el dedo índice sobre sus labios, indicándome que no diga nada, y en el momento en que llega hasta el tarambana, le tapa los ojos con sus manos.

Si estuviera Ari aquí, le arrancaría las manos a esa chica de un tirón, y luego se haría una peluca pelirroja con el cabello.

—¿Quién soy? —le susurra Tania a Álvaro.

—Angelina Jolie —le responde él sonriendo.

Tania le da un tortazo en la nuca y se sienta a su lado.

—No has adivinado.

De verdad que no tengo ni idea del lío que se traen entre manos estos dos. Hace un par de días, cuando nos la presentó, me cayó bien, pero al notar la relación de «amistad» entre ellos, no sé lo que pensar. No quiero que Ari sufra por culpa del tarambana.

De pronto, un trozo de goma de borrar se estampa en mi frente.

Se me olvidaba mencionar que ahora Álvaro tiene una nueva compañera para hacerme *bullying* y con su misma personalidad.

Decido pasar completamente de esos dos y me centro en mi novela, pero la voz de Tania me interrumpe al cabo de un rato.

—¿Qué escribes, pijín?

Se encuentra detrás de mí, con su cabeza en mi hombro y los ojos clavados en la pantalla de mi portátil.

—Nada. —Cierro la ventana del documento.

—Uy, ¿qué escondes?

El bibliotecario la regaña, indicándole que se siente y que deje de hacer ruido. Después, Álvaro y ella recogen sus cosas y se marchan, diciendo que tienen cosas que hacer.

—No me cae bien —comenta Sandra refiriéndose a Tania.

—¿Piensas que tienen un lío entre ellos? —le pregunto.

—Se llevan demasiado bien. A lo mejor, ahora no se sienten atraídos el uno por el otro, pero cuando pase un tiempo, estoy segura de que alguno de los dos se colgará del otro. Me apuesto lo que sea.

—No seáis marujas —interviene Chris—. Son amigos. Él nunca se enamoraría de otra que no fuese Ari. —Hace un corazón con sus manos—. Alvari es para siempre, así que dejad de hacer de videntes, porque se os da fatal.

—Yo no digo nada —le contesta Sandra—. Pero ella no me cae nada bien.

El bibliotecario, con cara de cabreo, viene hacia nuestra mesa.

—Salid de la biblioteca. Ya me he cansado de vosotros —nos ordena—. Estáis molestando a los demás.

Nosotros nos disculpamos, pero no surte efecto en él para que nos perdone y nos deje quedarnos, así que recogemos nuestras cosas y nos vamos.

Para cuando llego a casa, lo que me encuentro es una situación lo suficientemente irreal como para salir corriendo ahora mismo.

—¡Diego! —Natty se acerca, eufórica, hacia mí y me estrecha contra ella

en un abrazo.

Yo intento liberarme en cuanto se me pega.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exijo saber.

—¡Una sorpresa! —exclama, contenta—. Tenía muchas ganas de verte.

¿Ganas de verme? ¿Desde cuándo? Que yo sepa, no estamos juntos ya para que venga a visitarme a mi casa desde Barcelona «por sorpresa», cosa que ni hacía cuando lo estábamos.

—Natalia. —Me cruzo de brazos y contemplo sus ojos marrones—. Sabes perfectamente que no estamos juntos, ¿verdad?

—He venido para recuperarte. Por favor, Diego —suplica mirándome y haciendo pucheros que no le van a servir de nada.

—Pues estás perdiendo el tiempo.

He tenido que borrarla y bloquearla de las redes sociales porque no paraba de molestarme.

Cuando trato de escapar de ella, con la intención de subir a mi habitación, Natty me agarra del brazo con brusquedad y se me queda mirando con los ojos llorosos.

Qué buena actriz. Sus clases de teatro le están sirviendo de mucho.

—Déjame sólo un día para demostrarte que te quiero.

Con mi madre tengo que hablar muy seriamente para que no deje entrar más a esta individua en casa, porque con lo bien que se llevan las dos, seguro que lo han planeado todo. Mi madre ha estado atosigándome con el tema para que vuelva con Natty; dice que es una buena chica, pero yo le explicaba que no la conocía de verdad, que tiene dos caras.

—No me tienes que demostrar nada porque no pienso volver contigo —le espeto.

—Muy bien. —Los labios de Natty se convierten en una fina línea—. Que sepas que por muy enamorado que estés de esa Ari, ella no va a estarlo de ti jamás. Vas a quedarte solo, y es una pena, porque yo sí que lo estoy de ti.

Dios, habla como una auténtica desequilibrada.

—Natty. —Coloco mis manos sobre sus hombros y la miro—. Siento mucho que hayas tenido que venir hasta aquí para que te diga esto, pero por cómo te estás comportando ahora mismo, está muy claro que te sientes sola y me da mucha lástima por ti.

Se queda con la mandíbula desencajada y con los ojos más humedecidos que antes.

—Lo siento —le digo, y le acaricio la mejilla—. Tienes que entender que

lo nuestro se ha acabado. —Le doy un beso en la mejilla y me encamino hasta mi habitación, dejando a Natty destrozada.

Hoy no tengo ganas de bajar a cenar ni de volver a verle la cara, así que me pongo a leer *Tal vez mañana*, un libro que estoy a punto de acabar y que me recuerda que yo nunca tendré nada con ELLA.

* * *

Venga, voy a intentar calmarme como hago siempre cuando vengo a verla. Sentimientos fuera. Pensaré en desgracias del mundo, aunque a veces ni me funcione. El corazón me late demasiado deprisa y quiere hacer una maratón y salir por mi boca. Encima ya va haciendo un poco de calor y llevo una sudadera puesta. Qué listo soy por habérmela traído. Me la quito y la tiro sobre el sofá de la sala.

«Tranquilo, Diego. Acuérdate de hablar sin parecer idiota».

Ahí está. Vestida con una camiseta negra demasiado ancha, que imagino que será del tarambana, sus vaqueros y con el pelo revuelto y recogido en un moño mal hecho. Ah, esa sonrisa tan... bonita. Porque su forma de sonreír es lo más bonito que he visto en toda mi vida, junto con sus ojos del color de la esmeralda.

«Toma aire».

—Dieguito. —Ari me abraza y yo quiero que alguien nos pegue con un pegamento especial que no se despegue ni con el mejor despegador de pegamentos que exista.

Suficiente desvarío por hoy.

—Te he traído una cosa —digo cuando me separo de ella, y me doy cuenta de que huele a tabaco.

Siempre que vengo a verla huele así.

—¿Qué es? ¿Qué es? —pregunta dando saltitos.

Decido restarle importancia al olor y me acerco al sofá. Cojo el libro que esconde mi sudadera y se lo tiendo.

—¡El tercero de *Cazadores de Sombras*! —exclama Ari al cogerlo—. Gracias, Diego. Ya no me quedaba nada que leer de todo lo que me traje.

Ay, mi corazón está demasiado apretujado en mi interior y quiere salir y achuchar el de ella con sus bracitos invisibles.

—Me alegro muchísimo de que te guste —le respondo dedicándole una sonrisa—. Pero hay algo dentro que quiero que leas.

—¿El qué? ¿El qué? —Se sienta en el sofá y lo abre por la primera página; yo me pongo a su lado—. ¿Qué es esto? —pregunta cogiendo los folios.

—Es el prólogo y el primer capítulo de la novela que estoy escribiendo —le explico—. La estoy subiendo a Wattpad y quería que la leyeras para saber qué te parece.

—¡Qué bien! ¡No sabía que estabas escribiendo! Voy a leerlo —dice con intenciones de ponerse a leer delante de mí.

—¡No! —Le quito las hojas de las manos y ella da un respingo; después me mira con los ojos muy abiertos—. No quiero que lo leas conmigo presente, que me da mucha vergüenza.

—¿En serio? Qué tonto.

Me muero. Aquí. Ahora.

Cambio de tema.

—¿Y Dumbo no ha venido hoy?

¿Lo he dicho en voz alta?

—¿Dumbo? —cuestiona, confundida.

Sí, lo acabo de decir en voz alta.

—Álvaro —contesto.

—Ah —dice, y le entra un ataque de risa que me deja atontado—. Dumbo.

—¿Qué pasa?

—Que me ha hecho mucha gracia lo de Dumbo. Nunca lo había pensado así. —Se seca una lágrima del ojo—. Oh, Álvaro me va a matar como sepa que me he reído de él y de sus orejas. Soy una novia malvada.

—Tampoco es para tanto. —Sonrío—. Puede quedar entre nosotros.

—Es que me voy a reír cuando lo vea, ya no podré evitarlo. Y se enfadará conmigo.

—No creo.

Un rato después, me despido de ella y salgo del centro. Sin embargo, me encuentro con la pesada de Natty en la salida.

No le he contado nada de a dónde he ido, aunque parece ser que su psicopatía le ha obligado a perseguirme y me está empezando a dar miedo, lo digo en serio.

—Así que aquí es donde vive ahora tu amor prohibido —dice con una media sonrisa de engreída—. ¿De verdad estás enamorado de una chiflada?

Esto va a acabar mal.

—Chiflado está alguien que persigue a su exnovio a todos lados —le contesto, malhumorado—. Y Ari no es así. Ella está perfectamente.

Se echa a reír.

—Tan perfectamente no estará cuando está ahí metida. —Señala con la cabeza el edificio y sigue expulsando barbaridades de Ari mientras yo intento hacer oídos sordos.

Observo que una moto azul pequeña aparca cerca del edificio, y Álvaro y Tania se bajan y se quitan los cascos. Ya hasta paseándose en moto juntos...

Natty se ha puesto a gritarme ahora y yo sigo sin oírla mientras esos dos se acercan a nosotros cuchicheando.

—¿Qué os pasa, almorrana? ¿Pelea de pareja? —me pregunta el tarambana, y Natty se calla.

—¿Te está molestando esta pava o qué? —interviene Tania, y se agarra a mi brazo.

—No —respondo.

Noto que las dos se lanzan miradas asesinas la una a la otra.

—¿También te la estás tirando, Diego? —me espeta Natty refiriéndose a la pelirroja—. ¿Primero con la chalada y ahora con esta *pelofanta*?

Reparo en que Álvaro está conteniéndose la rabia.

Yo también.

Y es entonces cuando Tania le propina a Natty un puñetazo en la nariz.

Ha sonado un *crack*.

Tania se sacude la mano, haciendo una mueca de dolor, Álvaro y yo la miramos con nuestras mandíbulas desencajadas, y Natty se va corriendo.

—Joder, menudo guantazo que le has dado —comenta Álvaro, atónito—. No te veía tan agresiva.

Yo sí la veía así. Tania es Álvaro, pero en chica.

—Qué lastima —murmuro. Luego hablaré con Natty para saber cómo está.

—¿Lástima esa pava? —inquieta Tania—. ¡Que ha llamado chalada a la novia de mi Dumbo! ¡Y a mí me ha dicho *pelofanta*! Perdona, pijín, pero esa tía no da lástima. ¡Es una víbora!

No puedo evitar soltar una risa cuando oigo el mote «Dumbo».

—Esto... Yo os dejo en vuestra discusión —nos interrumpe el tarambana—. Necesito ver a mi novia. —Y se encamina hacia el hospital.

—Tu ex, ¿verdad? —me pregunta Tania, y yo asiento.

—Ha cambiado tanto...

—Bueno, por lo menos, no estáis juntos, porque está un pelín mal de la olla. Como mi ex, que a veces me persigue.

—Pues deberías pegarle un puñetazo como el que le has dado a Natty para que deje de acosarte —sugiero, y me río.

—Ya lo he hecho un par de veces. También he pensado en matarlo y tirar el cuerpo al mar, pero creo que es ilegal o algo así, ¿no?

Mi expresión es de espanto en este momento.

—¡Es broma! —Tania me da con su puño en el hombro.

—Lo imaginaba... —musito—. Oye, ¿te llevas muy bien con Álvaro, no?

—Somos muy parecidos, es normal. ¡Es como yo, pero en chico! — exclama haciendo aspavientos con las manos, y me doy cuenta de que esta chica gesticula mucho con ellas y habla en un tono demasiado alto—. ¡Hacemos las mismas cosas! ¡Nos encantan hacer burradas ilegales! ¡Y amamos la música!

—Sí que os parecéis —digo, y me rasco la cabeza, incómodo—. Me tengo que marchar ya, ¿tú te quedas aquí?

—Tengo que esperar a Dumbo. Hemos venido en mi moto. —Me la señala con su dedo—. Estaba como un loco por conducirla y meterse con ella.

—Hombre, comparada con la que tiene él...

—¿Tú también metiéndote con mi Molly? ¡Eso sí que no, eh!

Vaya, hasta le ha puesto nombre también. No sé de qué me sorprende.

—Lo siento, es que es muy pequeña —me disculpo—. Bueno, yo me voy. Ya nos veremos.

—Adiós, pijito —se despide con voz cantarina.

Y me marchó en mi bicicleta, no sin antes oír el ataque de risa de Tania.

Capítulo 22

Ari

Ahora mismo las ganas de matar a Diego son enormes. Me ha dejado con la intriga de saber lo que pasará entre los dos protagonistas de su historia. Vale que me haya leído sólo el prólogo y el primer capítulo, pero me ha enganchado un montón y necesito leer más. ¡No puedo esperar! Además, la historia la tenía agregada en mi biblioteca de Wattpad para poder leerla algún día, y no tenía ni idea de que era de él.

En este momento lo odio.

Bueno, odio a todos. A las enfermeras por controlarme, a mi madre porque me ha encerrado aquí, a Chris y a John por ser tan jodidamente adorables, a Diego por dejarme con la intriga, a Sandra porque ya ni viene, a Mónica porque es Mónica, y a Álvaro por ser un idiota que no para de hablar de una tal Tania.

En serio, ¿qué le ha dado ahora por esa tía a la que apenas conoce? No es que esté celosa ni nada; yo confío plenamente en él, pero me da un poco de rabia que me diga lo divertida que es y lo loca que está. No loca como yo, sino una loca en el buen sentido. Esto último no lo ha dicho, obviamente, si no, ya tendría sus queridos huevecitos colgados de su garganta en forma de corbata, pero sé que lo piensa.

Y se enamorarán.

Y yo seré la exnovia pirada que acabará rodeada de gatos.

Y se casarán.

Y tendrán hijos preciosos.

Y una casa de esas que salen en las películas americanas que emiten por la tele los sábados por la tarde.

Yo, en cambio, pesaré quinientos kilos y me pasaré la vida zampando calorías grasientas mientras lloro mis penurias.

No, por favor. Espero que, cuando me la presente, me encuentre con una chica superfea y con la cara como si hubiera chupado un limón. Porque sí, el tonto de Álvaro se ha empeñado en traerla un día para que nos conozcamos.

Lo odio.

Oh, mierda. Encima no me he dado cuenta de que he empezado a llorar como una estúpida ahora mismo.

Venga, que yo puedo controlarme y salir de aquí lo antes posible. Sólo me tengo que portar bien y comer como una cerdita para tenerlos contentos a todos. Luego idearé planes.

Paro de llorar para escuchar cantar a Ale, que está tumbada en su cama, con los ojos cerrados y los auriculares puestos, mientras tararea *Fuckin' Perfect*, de Pink. Ya que no tengo a Álvaro para que me cante, pues me conformo con mi nueva amiga, que tampoco canta tan mal. Además, me cae mejor que la estúpida de Violeta, que es una creída. Ale es mi punto de apoyo en estos momentos y conoce lo que me pasa, aunque ella no quiere contarme nunca nada de sus problemas.

* * *

A la hora de comer, revuelvo el puré verdoso de verduras con grumos más gordos que una yema de huevo y que da mucho asco. Ojalá tuviera superpoderes para hacerlo desaparecer y no tener que comérmelo, porque desde que estoy aquí, no paro de engordar. Voy a ser la misma vaca que era hace unos meses y no quiero.

—Ángel, ¿te comes mi puré? —le pregunto cuando las enfermeras no miran.

—¿Me dejas darte un beso? —me pide, pero yo sonrío y niego con la cabeza—. Entonces no hay trato.

Qué pesado con besarme. Desde que he venido a este sitio no para de chantajearme con eso, aunque yo no cedo. Muchas veces le hago pucheritos y no tiene más remedio que comerse mi comida; lo mismo hace con Violeta.

—No aguanto ni un minuto más aquí —se queja Violeta—. Quiero irme ya.

—Ni yo tampoco —interviene Ale—. Ayer me pillaron cortándome. Voy a estar encerrada aquí de por vida.

—¿No sería mejor hacer lo que nos dicen para que nos dejen salir cuanto antes? —inquiero.

—De todas formas, me encerrarían otra vez. Es como un círculo vicioso. Todo lo que ingiera me va a hacer engordar —me cuenta Violeta, convencida—. Nunca nos recuperaremos.

Me dan miedo sus palabras. Yo quiero recuperarme, pero no quiero volver

a engordar. Un día me explicó que el metabolismo se ralentiza al hacer lo que hacemos y que es más difícil salir adelante sin ponernos hechas unas cerdas grasientas.

—No sé por qué pensáis eso. Yo sí puedo recuperarme —les digo, y me termino de comer la asquerosidad de puré, ya que los pucheritos no me han funcionado con Ángel.

—Te apuesto lo que sea a que, cuando salgas de aquí, no vas a tardar ni un mes en volver. —Violeta se pone en pie y me mira fijamente.

—Chicas, calmaos —interviene Ale.

Sé que lo que dice Violeta es real; a ella le han dado el alta un par de veces, pero siempre ha acabado volviendo porque recae. Yo no quiero ser como ella. Yo quiero estar bien.

Decido no continuar con este tema de conversación y me concentro en comerme la última cucharada de puré.

* * *

«Inspira, espira, inspira, espira».

Bien. Vamos a estudiar a la perfecta Tania otra vez.

Cuerpo de infarto superestilizado; piernas cortas pero perfectas; cabello anaranjado, rizado, demasiado esponjoso y lleno de vida, que le llega hasta la cintura; pecas por toda la cara que le dan un toque diferente y personalizado; ojos verdes y brillantes; labios carnosos; sonrisa encantadora; piel blanca; viste un vestido veraniego verde, que le llega más arriba de las rodillas y que le resaltan las curvas inmejorables.

Asquerosamente perfecta. Yo soy todo lo contrario a ella: enana, gorda y fea.

No me cae bien.

Álvaro y ella me han saludado y yo me he dedicado a no quitarle ojo a la víbora pelirroja.

—¿Ari? ¿Me has escuchado? —Álvaro me pasa las manos por delante de la cara.

Quiero matarlo porque me está obligando a ser celosa.

—Hola, Tania —la saludo al fin, a la vez que me acerco a ella, haciéndome la simpática—. Por fin te conozco. —Le doy dos besos y luego susurro en su oído con voz de perturbada—: Álvaro es mío.

Guau, la vena posesiva se ha apoderado de mí.

Tania se empieza a reír a carcajadas.

—¿Qué te pasa, Tania? —le pregunta Álvaro cuando me pasa su brazo por el cuello. Menos mal que creo que no me ha escuchado—. ¿A qué viene tanta risa?

Yo me he quedado a cuadros con la reacción de Tania.

—Tu chica, que es muy graciosa —le contesta.

¿Graciosa? Bufo. Quiero matarla para que vea lo graciosa que soy.

«Inspira, espira, inspira, espira».

No sé por qué, pero se me llenan los ojos de lágrimas. No estoy reaccionando bien con esta situación. No cuando permanezco encerrada mientras Álvaro hace quién sabe qué con esta tía. Sé que no debo comportarme de esta manera; sin embargo, no puedo evitarlo. No tengo la suficiente confianza en mí misma y nunca la he tenido. Siempre pienso que se va a enamorar de otra y que me va a dejar sola.

—Hey, enana, ¿qué te pasa? —quiere saber Álvaro cuando las lágrimas ya forman ríos en mis mejillas.

Mi impulso es abrazarlo fuerte para que no se me escape y le empapo la camiseta de lágrimas. No quiero que me deje.

—¿Por qué llora? —le pregunta Tania—. ¿Ha sido por mí?

—No, no —le contesta Álvaro sin dejar de abrazarme—. Es difícil.

¿Difícil? ¿El qué es difícil? ¿Yo? Álvaro se va a llevar una patada en su preciado tesoro.

—Vamos, enana. Cálmate —me dice, y me acaricia el pelo.

Cinco minutos después, me encuentro un poco más calmada. Tania se ha sentado en el sofá y me está mirando con ternura. Encima parece maja. Álvaro y yo también nos acomodamos en el sofá; yo, en medio de los dos.

—Álvaro tiene mucha suerte de tenerte —empieza a hablar ella—. Hacéis muy buena pareja.

La miro entornando los ojos. ¿Cuántas pecas tendrá?

—¿Te gusta mi novio? —suelto de repente.

Tania vuelve a soltar otra carcajada; Álvaro la acompaña y yo me siento desgraciada y patética.

—Ari, ¿a qué viene eso?

—Espera, Álvaro —Tania lo interrumpe; después posa sus ojos verdes en los míos—. Tu novio es genial y nos llevamos muy bien; somos muy muy muy parecidos —cuenta al mismo tiempo que mueve los brazos de manera enérgica—. Pero jamás me podría gustar, por Dios. ¿Tú has visto las pedazo

de orejas que tiene? ¡Si parece Dumbo!

No entiendo nada, pero, sobre todo, no me fío de esta tía.

—Deja ya de meterte con mis orejas, que me tienes acooplejado —le espeta él.

—¿Eh? —suelto sin entender nada.

—Míralo bien, Ari. —Tania sujeta mi rostro y me hace ladear la cabeza hacia Álvaro—. ¿Tiene o no orejas de Dumbo?

—No —miento, acordándome de lo que me dijo Diego.

—Joder, esto ya es para reírse. Hasta mi novia cachondeándose de mis orejas —refunfuña Álvaro.

—Son bonitas —le digo.

Tania se ríe y Álvaro la fulmina con la mirada.

—¡Son horribles! —exclama ella.

—Cállate, que a ti te pone cachonda la almorrana pija —replica mi novio.

¿La almorrana pija?

—¡Pues normal! Con ese culo tan redondito que tiene y ese hoyuelo en la barbilla, como para no ponerme. Además, cuando lleva las gafas de pasta y escribe como un poseso, tiene un aire de intelectual sexy.

Álvaro hace una mueca de asco y yo me siento fuera de lugar en esta conversación.

—¿De quién habláis? —intervengo.

—Del pijo de tu amigo —me contesta Álvaro.

—¿Te gusta Diego? —quiero saber mirando a Tania.

—Gustar gustar, tampoco tanto. Me pone.

Bueno, por lo menos no le gusta Álvaro. Un punto a favor. Aunque no sé si me parece buena idea que le guste mi amigo. No es que Tania me parezca una mala chica, sino todo lo contrario, a pesar de la primera impresión que he tenido de ella, pero mis inseguridades me hacen pensar que le hará daño a mi amigo, así que para él no me gusta.

—Qué fuerte —murmuro.

Un poco antes de que se acabe la visita, Tania nos deja intimidad y sale a esperar a Álvaro fuera. Han estado durante todo el rato contándome lo que han hecho desde que se conocen. Cosas ilegales, por cierto, aunque de vez en cuando se van a cantar al Puerto delante de la gente, y tengo que confesar que me muero de ganas por ver a Álvaro otra vez cantando en la calle.

Pero estoy celosa.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado con Tania? —me pregunta Álvaro.

—No me cae muy bien. Creo que babea por ti.

Suelta una carcajada.

—Oye, no te pongas celosa. Sabes perfectamente que no te dejaría escapar.

—No estoy celosa —replico.

—No seas tonta. —Me envuelve en un abrazo.

—Joder, Álvaro. Es que ella es tan perfecta y tú tan perfecto para ella, que me da miedo que ya no me quieras.

Clava su intensa mirada en la mía.

Odio mis malditas inseguridades.

Álvaro suspira y se pasa las manos por el pelo. Creo que también odia mis inseguridades.

—No me gusta cuando te pones así, y tampoco que desconfíes de mí —me dice—. Nunca me voy a cansar de demostrarte lo mucho que te quiero, pero llega un punto en el que estoy hasta las narices de que dudes de mis sentimientos hacia ti, Ari.

—No es en ti en quien desconfío, sino en mí.

Ay, que creo que me va a entrar la rabieta de niña pequeña otra vez, porque ya estoy sintiendo un nudo muy gordo en la garganta.

—Tienes que aprender a confiar en ti.

—¿Estás enfadado conmigo? —inquiero con voz de pito.

—Estoy molesto.

—Lo siento —susurro, y las lágrimas se acumulan en mis ojos, esperando para salir.

—No pasa nada. —Me vuelve a abrazar.

La enfermera nos interrumpe, informándonos de que la visita ha terminado justo en el mejor momento.

—Mañana te veo —me dice Álvaro, y me da un casto beso en los labios.

Un beso que no siento, falta de sentimientos.

* * *

No soy capaz de quedarme dormida. Son ya las cuatro de la mañana y sigo como si me hubiera bebido tres litros de café. Tengo los ojos hinchados y enrojecidos, y la almohada está empapada de lágrimas. Sé que lo que me preocupa tiene que ver con Álvaro y tengo la sensación de que, de un momento a otro, lo voy a perder. Todo por mi culpa. Por ser lo que soy.

Una gorda loca e insegura.

Me levanto de la cama y rebusco en mi ejemplar de *Los Juegos del Hambre* una hoja de *cutter* que me dio Ale hace varios días, y que la estoy guardando cada vez en un sitio diferente por si a alguien se le ocurre registrar mi habitación.

Me siento en el suelo, me arremango el pantalón del pijama hasta el muslo y me hago pequeños cortes en él.

Qué alivio.

«Sufre, gorda, te lo mereces».

Me hago unos cuantos más hasta que me es imposible contener las lágrimas.

Capítulo 23

Álvaro

Estoy a punto de estampar la guitarra contra la pared. No tengo inspiración alguna, no estoy concentrado en la música, me equivoco constantemente en los acordes, mi mente piensa en Ari, en sus celos, en su desconfianza y en lo que ha pasado en el centro. No entiendo por qué se ha puesto de esa manera cuando le he presentado a Tania... De esa manera tan... ¿Posesiva? ¿Insegura?

Joder, que yo la quiero y sabe que jamás le haría daño.

Un mensaje de Tania interrumpe mis pensamientos.

ZANAHORIA: «Te necesito. Vamos al supermercado que hay al lado de tu casa. Tenemos que robar condones. ¡Ahora! ¡Venga! ¡Estoy en tu portal, muñequito!»

YO: «Ya bajo, zanahoria»

A esta chica le faltan varios tornillos, pero me cae muy bien. Nos parecemos mucho, aparte de recordarme un montón a Mimi. En personalidad no; mi hermana no era tan directa y no estaba tan chiflada, pero en el físico y en nuestra pasión por la música sí que son parecidas.

Suelto la guitarra, cojo el móvil y las llaves, y salgo de mi casa.

—¿Para qué se supone que quieres condones? —le pregunto a la zanahoria cuando llego.

—¿Y tú para qué se supone que tienes cerebro? Si es que tienes...

—¡Oye! —Le doy un golpe en el hombro de manera cariñosa.

—¡Vamos, muñequito! —Me agarra del brazo y me arrastra por la calle como si yo fuera su maldito perro. Sólo le falta ponerme una correa—. Ah, te voy a contestar a la pregunta. Los condones los voy a usar contigo.

—¿Cómo? —me sorprende ante la última frase.

Tania se ríe.

—¿Cómo que cómo? —inquieta, y nos paramos frente a la puerta del supermercado—. ¿No sabes usar los condones o qué? Te colocas uno en la

polla como si estuvieras poniéndoselo a un plátano y le das al tema con la tía. ¿Acaso con tu novia no haces eso o qué?

Una de las cosas que he descubierto de esta tía es que me pone bastante nervioso.

—Claro que sé cómo se usan. Soy un experto en sexo —replico defendiendo mis dotes de máquina sexual—. Y no pienso hacer nada contigo. Tengo novia y la quiero más que a nada, ¿recuerdas?

Se vuelve a reír, esta vez de manera escandalosa.

—Te estaba vacilando, gilipollas —dice, y me mira de arriba abajo—. Yo tampoco haría nada contigo. ¡Menudo asco! Seguro que la tienes como un anacardo.

¿Primero se mete con mis orejas, después cuestiona mis habilidades sexuales y luego me insulta, diciendo que la tengo pequeña? Esto no se va a quedar así.

—Y tú, seguro que tienes la almeja pelirroja —contraataco.

Toma ya. Empate.

A mi amiga le entra otro ataque de risa.

—¿Qué formas son esas de tratar a una señorita como yo? —pregunta con lágrimas en los ojos por culpa de la risa—. Aunque no has acertado. La almeja la tengo como la de una muñeca.

—Joder, Tania. No me interesa si lo tienes rasurado o no. —Hago una mueca de asco—. Es imposible competir contigo.

—¡Porque molo, tío! —exclama haciendo aspavientos con las manos y con cara de demente—. ¡Vamos a por esos condones!

Atravesamos la puerta del supermercado (Tania tirando de mí), y nos encaminamos hacia el pasillo donde se encuentran los preservativos.

—¿Sabes robar? ¿O te lo tengo que explicar como he hecho con mi tutorial de «cómo ponerse un condón»?

—Me infravaloras —le digo negando con la cabeza—. Soy un ladrón profesional, zanahoria.

—Pues te toca a ti escondértelos en los vaqueros, porque yo llevo vestido.

—Eso es pan comido. —Cojo una caja y paseo mi vista por mi alrededor, por si hay alguien.

—Hay cámaras —me informa mi amiga.

Nos vamos hacia un rincón donde hay poca gente y en el que tenemos la suerte de que las cámaras no graban, y abro la caja. Vuelvo a mirar a mi alrededor, pero no hay moros en la costa. Agarro todos los condones que hay

y me los meto como puedo en los huevos.

A Tania le dan arcadas y yo me río, escondiendo la caja en una estantería donde están las bolsas de patatas fritas.

—Pues ya está. ¿Soy un profesional o no?

—Lo que eres es un cerdo. Te los podrías haber metido en los bolsillos. Ahora los tendrás que desinfectar, porque yo no los pienso tocar ni loca. ¡Qué puto asco! —grita en mitad de la tienda.

—Cállate, retrasada.

—Ven. —Me vuelve a tirar del brazo y me lleva hasta la sección de los potingues que se echan las mujeres en la cara.

Tania coge algo y se pinta los labios de un rojo demasiado fuerte, mirándose en el espejo.

—¿Estoy mona? —me pregunta, y le da besos al aire.

—Estás horrible.

—Gracias. —Se acerca a mi mejilla y planta un beso en ella—. Ya tienes mi marca en tu cara de muñequito.

—Qué idiota eres. —Niego con la cabeza y ella coge otra cosa de maquillaje—. Voy a por unas patatas o algo para disimular un poco. ¿Te quedas aquí?

—Ajá —responde pasándose algo extraño por las pestañas.

Camino hasta la sección donde descansan las patatas fritas y cojo una bolsa. Siento que alguien me da con el dedo en el hombro y me tenso al instante.

Ya está. Pillado. Ahora tendré que sacarme los condones de los cojones.

Me doy la vuelta y suspiro de alivio al encontrarme con la madre de Diego.

—Hostia puta —murmuro, y toda mi tensión se desvanece.

Blanca me sonrío.

—¿Robando preservativos? —inquiére.

Joder, menuda vista de lince tiene esta mujer.

—Cuestan un pastón —respondo intentando defenderme.

—Tranquilo. —Pone su mano en mi hombro, en expresión comprensiva—. No me voy a chivar.

Tania se acerca a mí con la cara totalmente maquillada.

—¿Nos vamos ya, muñeco?

—Venga —le contesto, y miro a Blanca—. Hasta luego, señora.

Mi amiga y yo nos paramos frente a la cinta transportadora y yo coloco la

bolsa de patatas encima.

—¿Quién era esa mujer? —me pregunta.

—Tu futura suegra.

Me gano un pellizco en el brazo.

—¡No digas estupideces! —chilla—. ¡Sólo quiero tirarme a Diego y después *chimpún!*

Oímos un carraspeo detrás de nosotros y nos giramos. Otra vez Blanca sonriendo. Con los chillidos que pega Tania, no me extraña que la haya escuchado medio supermercado.

—¿Sólo os vais a poner a la cola por unas patatas? —nos pregunta la madre del pijo—. Os las pago yo.

—No hace falta —me adelanto yo.

—¿Usted es la madre de Diego? —interrumpe Tania, y la mujer asiente—. Pues ha creado a un bombón. ¡Está superbueno!

Blanca se ríe y a mí me da vergüenza ajena tener a la zanahoria a mi lado.

¿Cómo le puede poner *ese*? ¡Pero si es feo! No tiene nada de especial. Es pijo, antipático, idiota, imbécil, retrasado, friki, se cree superior y, lo peor de todo... ¡Es del Barça! No me lo explico.

A Blanca le toca el turno de pagar y yo le doy las gracias.

—¿Podemos ir con usted a su casa para ver a su bello hijo? —le pregunta Tania con cara de niña buena. No le pega nada ser educada—. Así le ayudamos con las bolsas.

—No —respondo yo, pero mi amiga me da una colleja en la nuca.

—Claro que sí —contesta Blanca.

Cojonudo. Ahora a soportar a la pija, al pijo y a la zanahoria andante.

Cogemos cada uno un par de bolsas y nos dirigimos hacia los aparcamientos. ¿Por qué tengo que hacer esta idiotez? Cuando llegamos al coche de Blanca, metemos la compra en el maletero y yo me siento en la parte de atrás, comiéndome las patatas fritas, mientras las otras dos parlotean sin parar por todo el camino.

—¿Qué pasa, almorrana? —saludo a Diego una vez que llegamos a su casa.

Está en el salón, enganchado a su portátil. O mejor dicho: obsesionado con el porno.

El pijo levanta su vista de la pantalla y nos ve a Tania y a mí.

—¿Qué hacéis aquí?

—Venir a verte. —Mi amiga se acerca a él y le llena la mejilla de besos (y

de pintalabios); sin embargo, él se intenta apartar.

—Os dejo solos, *tontolitos*.

Voy a la cocina, donde se encuentra Blanca colocando la compra en su sitio y, en cuanto me ve entrar, sonrío.

—Blanca. —Me aproximo a ella y me saco la cartera del bolsillo—. Quería darte lo que cuestan las patatas fritas. —Agarro una moneda de un euro y la acomodo en la encimera.

—Guarda eso, anda. —La coge y me la coloca en la palma de la mano.

Me encojo de hombros, indiferente, y vuelvo a meter mi moneda en la cartera.

—¿Quién es esa chica? —quiere saber señalando la foto que tengo guardada con Mimi, justo debajo de la que salgo con Ari.

Joder, no.

Trago saliva y respondo:

—Mi hermana.

—No sabía que tuvieras otra hermana —admite—. ¿Dónde está?

No me gusta nada tener que hablar de este puto tema, y menos con extraños.

—Está... —intento decir mirando la foto, y suspiro; después alzo mi vista hacia Blanca—. Murió en un accidente.

Se le borra toda la expresión del rostro.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada. —Trato de sonreír—. Te acostumbras.

—Oh... —Me da un fuerte abrazo, que me deja sorprendido.

¿Qué hace esta mujer? Me siento raro abrazándola. Creo que, en su tiempo libre, se dedica a asaltar cunas, porque tantas muestras de afecto hacia alguien unos cuantos años menor que ella me hace pensar eso. Aunque no me extraña, soy demasiado irresistible para que las mujeres se contengan.

De repente, la oigo sollozar.

Y yo me siento algo incómodo.

Se separa de mí y se enjuga las lágrimas.

—Lo siento, es que empatizo mucho con estas cosas —dice con voz quebrada.

—¿Es por el padre verdadero de Diego? —inquiero con toda la delicadeza posible, y ella asiente con la cabeza—. Tranquila, que seguro que estaría muy orgulloso de vosotros. Además, Diego es una persona de la hostia.

Mentira.

Pero me da un poco de pena ver a esta mujer así.

—Mamá, ¿qué haces llorando? —La almorrana acaba de irrumpir en la cocina con Tania a su lado.

—Nada, hijo. —Blanca se esfuerza por sonreír y se vuelve a secar las lágrimas.

Diego me mira con desconfianza y me doy cuenta de que tiene la cara llena de pintalabios.

Ahora se creerá que he hecho llorar a su madre.

—Yo no he hecho nada —me defiendo antes de que me pegue una paliza, y miro a mi amiga—. ¿Nos vamos ya o qué?

«Que me pican los huevos, joder».

—Venga, Dumbo —me dice Tania, y le da un beso en la mejilla a su amor, que le deja otra marca—. Adiós, Dieguito.

Nos piramos de la casa del pijo y nos toca ir andando hasta la de Tania por idiotas. Para cuando llegamos, me saco los condones de los calzoncillos y los pongo sobre la mesa del salón.

Tania se lleva las manos a la cabeza.

—¡Qué asco, Álvaro! ¡Que ahí comemos mi abuela y yo!

—Qué exquisita eres —murmuro—. ¿Vives con tu abuela?

Mi amiga quita los preservativos de la mesa y los tira al sofá.

—Sí. Mis padres se mudaron a Irlanda el año pasado y yo decidí quedarme con mi abuela. No me salía de los ovarios irme de aquí. Además... ¡Se me da como el culo hablar en otro idioma!

Me siento en el sofá y Tania me imita.

—¿Eres irlandesa?

Saca un cigarro y se lo enciende.

—Mis padres lo son. Yo nací aquí, aunque he ido varias veces.

—Guay. —Me encojo de hombros—. Ari es medio francesa.

—Una gabacha. —Se ríe y le da una calada al cigarro—. Le pega mogollón.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque parece una estirada. No te ofendas, pero me la imaginaba más como tú y yo —confiesa—. Y es una celosa.

¿Acaba de llamar estirada a mi novia?

—No es estirada —replico—. Es la mejor.

—El amor... —comenta poniendo los ojos en blanco.

—Niña —oímos una voz de anciana—. ¿Qué es es este escándalo?

Ladeo la cabeza hacia la entrada del salón y mis ojos se encuentran con una vieja pelirroja, que imagino que será la abuela de Tania; lleva una bata rosa y unas zapatillas con el dibujo de un conejo.

—Abuela —la saluda mi amiga—. Mira, este es Álvaro, el muñequito.

Me levanto del sofá y le doy dos besos a la señora. Hay que fingir educación en esta vida.

—Encantado, señora —le digo, y ella me estudia de manera descarada.

—Niña. —Mira a su nieta, y yo creo que no le he caído muy bien—. ¿Tú quieres que yo la espiche antes de tiempo, no? ¡Deja de traer estas cosas a casa! —grita señalándome con su mano arrugada y pellejuda—. ¡Que me entran ganas de llevármelo a mi cama! ¡Y más a este! ¿Tú lo has visto?

No sé si descojonarme o irme corriendo.

Joder, le pongo a una vieja. Esto ya es la hostia.

—¡Abuela, por Dios, búscate a una momia de tu edad! —exclama Tania desde el sofá y con el cigarro entre los dedos.

—Perdona, niña, pero tampoco le llevo tantos años. ¿Cuántos tienes? —me pregunta la abuela.

—Diecinueve —respondo sonriendo.

—¿Ves? —Vuelve a mirar a su nieta—. Tampoco son tantos. Yo tengo veinticinco.

Esta mujer es la caña. Ya sé a quién ha salido Tania.

—¡Tienes setenta y ocho! —chilla mi amiga.

—No le hagas caso, muñeco —me dice la señora, que no sé ni cómo se llama, y me tira del moflete—. Me tiene envidia. Tú y yo haríamos muy buena pareja.

—Eso no lo dudo —contesto, y oigo a Tania soltar un bufido—. Pero es una lástima, porque ya tengo novia.

—Qué decepción —murmura la abuela negando con la cabeza—. Bueno, voy a seguir arreglándome, que me voy de fiesta. —Me tira una última vez del moflete y se marcha.

Vuelvo con Tania al sofá.

—Cómo mola tu abuela, ¿no?

—Es una vieja verde.

Me río, me enciendo un cigarro y nos tiramos el resto de la tarde jugando a la *play*.

* * *

Estoy esperando a Ari en la sala de visitas. Ojalá no esté tan rara como ayer y se le haya pasado toda la tontería de su inseguridad hacia mí.

Se abre la puerta de golpe y Ari se abalanza sobre mí.

—¡Álvaro! —Me aprieta fuerte contra ella y yo la rodeo con mis brazos—. Siento mucho cómo me comporté ayer. Ya sabes cómo soy de chalada, pero no me lo tengas en cuenta. Abrázame y no me sueltes nunca, por favor.

Inhalo el olor de su pelo. A coco, por supuesto. Aunque lo noto mezclado con el del tabaco.

—Mi pequeña —susurro sin soltarla—. No pasa nada. Te voy a querer siempre, por muy chalada que estés.

—¡Oye! —exclama, y se separa de mí, pero yo poso mis manos en su rostro y mis labios se fusionan con los suyos.

—Te quiero. Punto.

—Yo más. Punto —responde, y yo sonrío como un gilipollas.

—No. Punto.

—Sí. Y punto y final.

—Somos unos malditos empalagosos —comento con mis manos aún puestas en sus mejillas, mientras ella me mira sonriendo—. Por cierto, enana, ¿me ayudas para el examen de francés que tengo el lunes? Ya sabes que se me da como el culo. Seguro que contigo apruebo.

—¿Qué me vas a dar a cambio?

—Todo el sexo que quieras cuando salgas de aquí, ¿te parece bien?

A Ari se le hace la boca agua y sé que se está muriendo de ganas de que follemos, al igual que yo.

—Trato hecho —responde, y se frota las manos—. Venga, vamos al lío.

Nos sentamos en el sofá, donde he dejado mis cosas del instituto, y saco el libro de francés.

—He pensado una cosa... —le digo. A ver qué le parece—. A lo mejor me apunto al conservatorio para el año que viene.

—¿En serio? —se sorprende.

—Tengo que pasar una prueba para que me cojan... Así que estoy un poco cagado. Yo creo que es una buena idea apuntarse, pero no lo sé. ¿Tú qué opinas?

Su semblante irradia felicidad.

—¡Hazlo! Por favor, Álvaro... ¿De verdad me estás preguntando qué opino? Sé que la música te encanta y es tu vida, así que ya estás tardando en

apuntarte, porque estoy segurísima de que te van a coger. Eres buenísimo, y no lo digo porque sea tu novia.

—Ay, Ari, Ari.

—Pero para que te cojan en el conservatorio, tendrás que aprobar Bachillerato. ¡Así que venga! —Da una palmada y me quita el libro de las manos.

—Dime algo en francés —le pido, y ella enarca una ceja.

—¿Y qué quieres que te diga?

—No lo sé. Algo bonito.

Se queda unos segundos pensando; después me contempla con sus hipnóticos ojos verdes.

—*Álvaro, je t'aime. Tu es ma vie et je ne veux jamais te perdre.*

Joder, no tengo ni puta idea de lo que ha dicho, pero me acaba de poner cachondo. Es que encima le ha puesto acento francés a mi nombre, y con eso me ha matado. En vez de Álvaro, ha sonado algo así como «Álvago».

—Qué bonito. —Esbozo una media sonrisa—. Aunque no sé lo que significa. A lo mejor te estás cagando en mi madre en toda mi cara.

—¡No! —chilla entre risas—. Significa: Álvaro, te amo. Eres mi vida y no quiero perderte nunca.

—Oh... Qué romántico. ¿Te puedo pedir una cosa? —inquiero, y ella asiente—. Cuando estemos follando, quiero que susurres mi nombre con ese acento.

A Ari se le suben los colores a la cara. Ya echaba de menos a mi Heidi.

—¡Eres...! —exclama, pero no acaba la frase y bufa.

—A ver, susurra mi nombre otra vez.

—*Álvago* —dice con voz melosa y sin dejar de mirarme.

Tengo calor.

—Otra vez.

—*Álvago, Álvago, Álvago.*

Me duele la cara de tanto sonreír, además de ser tan guapo.

—Otra vez.

—*¡Imbécile!*

Eso si sé lo que significa.

—Esa boca, Ari. A ver si te la tengo que lavar con jabón —la regaño.

—¿Empezamos con las clases o qué? Que se va a acabar la visita.

—¡Hostias, es verdad!

Comienza a explicarme cosas extrañas como si fuera retrasado, y mi

neurona se va quedando con todo, hasta que la enfermera nos informa de que la visita ha llegado a su fin, y salgo del hospital. Cuando llego hasta Cassie, diviso a una chica trepando por la verja.

¿En este sitio se escapa todo el mundo o qué? ¿Dónde están los que vigilan?

Me acerco a la chica, que se está sacudiendo sus vaqueros.

—Hola —la saludo, y ella me mira, asustada y con la mandíbula temblándole. Es rubia, pero las puntas de su cabello están coloreadas de rosa —. ¿Por qué te fugas?

Pero no me habla, sólo mira a su alrededor para comprobar que no la sigue nadie; entonces se abraza a mí tan fuerte que creo que me ha roto cuatro costillas.

—Esto... ¿Estás bien? —le pregunto dejándome abrazar.

Se separa de mí y, como si se hubiera metido un cohete por el culo, se va corriendo. Cuando está más alejada de mí, se da la vuelta.

—¡Lo siento! —grita enseñándome algo.

Mi cartera.

La chica vuelve a salir disparada y desaparece de mi vista, mientras yo me quedo flipando en mitad de la calle.

Capítulo 24

Ari

Por primera vez salgo del manicomio con un permiso y bajo la vigilancia de mi querida madre, como si yo acabara de nacer ahora mismo y no pudiera valerme por mí misma. El lado bueno, es que voy a ir a la graduación de Álvaro, y me muero de ganas por verlo vestido de pingüino. Estará tan sexy...

Ya se me está haciendo la boca agua al imaginármelo.

«Controla tus hormonas, gordi».

Entro en casa y toda la sensación de ser una niña de cinco años vuelve a mí. No sabía que estar viviendo fuera tan poco tiempo me iba a hacer echar de menos mi hogar. Subo las escaleras, con mi madre pisándome los talones, y me meto en mi habitación.

Oh, recuerdos.

Moon viene a recibirme y empieza a maullar como una loca, diciendo que me ha echado mucho de menos. La cojo en brazos y acaricio su pelaje negro.

—Yo también te he echado de menos, cosita —le digo.

—Ariadna —me llama mi madre—. Te he comprado tres vestidos. Ponte el que más te guste. —Señala mi cama, donde descansan tres trapos—. Ahí tienes los zapatos. —Me indica el suelo, a los pies de la cama, y se marcha.

Dejo a Moon en el suelo y estudio con detenimiento los tres trapos que me ha comprado mi madre. No hace falta que diga que odio los vestidos, y los tacones, ni te cuento. No me hace ninguna gracia vestirme como una princesa Disney mientras camino como un pato mareado y borracho. Además, no me apetece tener mi cuerpo embutido en cualquier trozo de trapo de los que estoy viendo ahora mismo.

El primer vestido que observo es de un color rosa pastel, y cuando digo pastel, me estoy refiriendo a ese color con el que te entra diabetes con sólo mirarlo. No quiero parecer haber salido de una tarta de bodas, así que descartado. Ah, se me olvidaba una cosa importante: tiene lazos gigantescos a los lados de las caderas. Abominación.

El segundo es negro. Recatado. Extremadamente largo. Un envoltorio de morcilla. Nada de escote para que respire mi delantera. Feo. Horroroso. De

monja de clausura. De entierro. De señora que va a misa los domingos. Descartado completamente.

Mi madre se ha lucido. Al final, me veo en mi pijama amarillo de ositos, aplaudiendo a Álvaro.

El tercer vestido es rojo. Vamos bien. Escote palabra de honor. Pasable. Falda hasta las rodillas y suelta, sin que se me pegue al cuerpo. Presentable. Creo que me gusta. Pero lo difícil va a ser verme «guapa» con ese trapo.

Venga, vamos a hacer el intento. Me desnudo y me coloco el vestido, pero sin abrocharme la cremallera porque no llevo. Me acerco al espejo, que es nuevo y que me lo habrán comprado después de que me cargara el otro, y observo mi reflejo.

«Fea, gorda, salchicha embutida, no te queda bien, estás horrible, pero, sobre todo, estás hecha una vaca».

Decido no hacer caso a mis pensamientos destructivos. Son mis únicos enemigos. No les puedo permitir que lleven las riendas de mi vida. Eso ni hablar.

—Estás hermosa —me digo a mí misma señalándome desde el espejo.

Antes de prepararme, me asomo a la ventana y me fumo un cigarro de la cajetilla que le robé a Álvaro ayer sin que se diera cuenta. Me va a matar como se entere de que he empezado a fumar, y luego mi madre lo asesinará a él porque se creará que es una mala influencia y que me ha obligado.

Cuando estoy duchada, peinada, maquillada como una puerta (por mi madre) y vestida con el pedazo de trapo rojo y unos tacones blancos, nos ponemos en marcha hacia el instituto.

—Estás muy guapa, Ari —me habla Mónica de camino en el coche.

Estampamiento de la cabeza de la Barbie contra la ventanilla en tres, dos, uno...

Sin embargo, me controlo. Soy una persona pacífica y nada violenta. Pero he sido lo suficientemente tonta como para lidiar con todos sus insultos durante diecisiete años sin defenderme.

—Qué pena no decir lo mismo de ti —le respondo.

Toma ya. Ariadna Vencedora. Aplaudo mentalmente.

Sé que la reina de las poligoneras se ha quedado con la mandíbula desencajada. Que se joda.

Por fin llegamos al instituto y me apeo del coche para llamar a Álvaro con mi móvil y saber dónde se encuentra.

Casi toda la gente va muy bien vestida: pijas casi enseñando el culo, tíos

babeando por ellas y asados de calor por los trajes, abuelitas abanicándose y esparciendo todo el olor de perfume de señora mayor por los aires...

—Dime, enana —contesta mi amor al teléfono.

—¿Dónde estás? No te veo. —Alzo la vista, intentando dar con él.

Por cierto, mi móvil lo tengo guardado en una especie de bolso blanco de mano (si es que a esto se le puede llamar bolso), que parece una cartera enanísima, de las pocas cosas que caben.

—Al lado de la cancela —me responde.

Miro hacia allí y me fijo en un culito respingón que conozco a la perfección y que el pantalón negro del traje le resalta aún más. Estoy segura de que moriré de taquicardia cuando me acerque a él, pero espero que sea después de cogerlo por banda y llevármelo a algún sitio alejado del mundo para hacerlo padre de familia numerosa.

—¿Me escuchas, Ari? —pregunta Álvaro mientras intento que se me pase el bochorno.

—Eh... Sí —consigo decir—. Sigo sin verte —miento, y camino hacia él, que está concentrado en dar conmigo por el sitio contrario del que me acerco.

—Joder —masculla—. Te tendrías que haber puesto un cascabel para dar contigo antes.

Se me escapa la risa tonta.

Mientras me dirijo despacio hacia el tío al que voy a hacer padre, me concentro en no caerme al suelo, porque lo veo muy lejos por culpa de los tanques que llevan mis pies.

Parezco un mono drogado en patinete.

Le doy a Álvaro con el dedo en el hombro y él se gira con el móvil puesto en la oreja. Me mira de arriba abajo. Traga saliva. Vuelve a pasear su vista por todo mi ser y a tragar saliva. Se le abren mucho los ojos, que hasta creo que se le van a caer de las cuencas, y la boca la tiene abierta, esperando a que se cuele un abejorro por ella. Sigue con el móvil pegado a la oreja, que de no ser por su mano, que lo está sujetando, se estamparía contra el suelo.

—Eh... Ahh... Tú... Uff —balbucea, y se pasa la otra mano por el pelo.

Finjo marcar un número en mi móvil y me lo pego a la oreja.

—Por favor, necesito una ambulancia urgente —digo simulando preocupación—. La neurona de mi novio está a punto de morir. Tenéis que salvarla. Es cuestión de vida o muerte.

Álvaro se empieza a reír, y ahora es cuando me toca a mí comérmelo con los ojos. Cómo no, ha elegido un traje negro, zapatos negros, corbata negra y,

atención, camisa azul; sonrisa resplandeciente, pelo perfectamente despeinado y los ojos castaños más preciosos que he visto en toda mi vida, brillantes. Si había pensado que Álvaro no podría estar más guapo, me he equivocado. ¿Cómo puede estar tan sexy con todo lo que se pone?

«Ariadna, te acabas de olvidar de que cuando está más sexy es sin nada encima».

Mis hormonas están saliendo a la luz y voy a morir de un ataque al corazón.

—Ya sé que estoy sexy con esta mierda puesta, así que deja de mirarme con esa cara de adicta sexual si no quieres que te secuestre y te quite ese vestido de un tirón.

Vale, ahora la que se ha quedado patidifusa he sido yo.

—Cállate, que me estoy conteniendo las ganas de hacerte el amor aquí mismo.

—Guau —suelta, sorprendido.

Me acerco a él y rodeo su cuello con mis brazos. Álvaro posa sus manos en mi cintura y nos besamos.

—No me tengo que poner de puntillas para darte un beso —le digo.

—Pues vaya mierda, con lo graciosa que estabas siempre. No me gustan esos tacones, quítatelos y vuelve a ser mi enana.

—¿Ahora me vas a decir lo que me tengo que poner o quitar?

—Cuanta menos ropa, mejor. —Me guiña un ojo, y yo me suelto de él y le pego un tortazo en la tripa.

—Luego la adicta soy yo... —contesto, y me doy cuenta de que está mirando mi delantera—. ¡Deja de mirarme las tetas!

—Como para no mirarlas...

Se gana otro tortazo en la tripa. Álvaro se ríe y me envuelve en un abrazo que hace crujir todos mis huesos.

—Ay, mi pequeña. —Me da un beso en la cabeza y luego me mira—. Por cierto, el otro día, una chica que va a tu centro se escapó y me robó la cartera.

—¿Qué? —Me tapo la boca para intentar no reírme—. ¿Quién era?

—No le vi la cara, pero era rubia con las puntas del pelo rosas.

Ahora sí que me entra el ataque de risa.

—¡Es mi compi de habitación! Me llevo muy bien con ella —le cuento, emocionada—. Pero su salida duró poco; la trajeron de vuelta un par de horas después.

—Normal, con un euro y un condón en la cartera, ¿a dónde iba a ir? Se

creería que era millonario o algo por el estilo —me contesta sonriendo, y añade—: Y creo que me robó el tabaco.

Uy.

—Sí, seguro que te robaría también el tabaco —le doy la razón para no levantar sospechas.

Continuamos abrazados hasta que mi madre nos interrumpe, con su voz de sargento y llevando un vestido verde por las rodillas y pegado al cuerpo, impoluto.

—Qué elegante, Álvaro —dice con sus palabras llenas de falsedad, y le da dos besos.

—Gracias, Isabel —le contesta él, algo incómodo y queriendo salir de esta situación.

—¿Tienes ya decidido lo que quieres estudiar? —quiere saber mi madre —. Te recomiendo que te presentes a la selectividad.

Eh, ya ha venido con su afán de querer controlarlo todo.

—No lo sé —responde Álvaro, seco, y me mira, pidiéndome ayuda.

—Mamá, no lo presiones. Ya hará lo que quiera.

—Ah, no, yo sólo lo digo por su bien, para que tenga un buen futuro, que estar cantando por la calle no le va a dar de comer.

Si no fuera mi madre, la agarraría del moño perfectamente peinado y la revolvería por los aires. Por la expresión de Álvaro, sé que está pensando en barbaridades que soltarle.

—Álvaro, vamos a saludar a tu madre —suelto de repente, y me sujeto a su brazo, salvándolo de las garras controladoras de mi madre—. Tú, ni caso de lo que te ha dicho.

—En verdad tiene razón —me dice mientras caminamos en búsqueda de Virginia—. No sé lo que hacer con mi vida a partir de ahora y quiero que, en el futuro, si no te cansas de mí, consentirte como a una reina.

Detengo mi paso.

—¿Eres tonto? —Analizo su expresión con el ceño fruncido—. Eres tonto —confirmo—. Te van a coger en el conservatorio. Eres bueno, Álvaro. Yo creo en ti. Deja de ser tan negativo.

—Joder, estoy cagado, Ari.

Me vuelvo a agarrar a su brazo y seguimos andando.

—Lo sé, cariño.

Al llegar hasta donde se encuentra Virginia, la vemos acompañada por el no-padre de Álvaro. Mientras nos vamos acercando, nos damos cuenta de que

ella parece un poco cabreada; en cambio, él permanece tranquilo.

Lo que yo me pregunto... ¿Álvaro sabía que iba a venir ese hombre? Porque por la forma en la que se está tensando, deduzco que no.

—Demasiado bonito estaba yendo el día —murmura mi novio.

—¿Sabías que iba a venir?

—Lo suponía cuando Alba me llamó ayer diciendo que tenía muchas ganas de verme mañana, o sea, hoy.

—Vaya...

Cuando sus padres se dan cuenta de nuestra presencia, dejan de hablar (o de discutir) y nos sonrían.

—Pero, hijo, pareces otro —le dice su padre, que también viste un traje, pero gris. Virginia lleva un vestido azul marino, que le llega por las rodillas y con escote en barco.

—Ya —contesta Álvaro.

Su madre nos mira, intentando esbozar una sonrisa, pero la noto algo nerviosa. Lorenzo se fija en mí y me sonrío.

—Hola, Ari —me saluda, y me da dos besos—. Estás guapísima.

—Gracias —le contesto, aunque sé que miente.

—¿Dónde está Alba? —nos interrumpe Álvaro.

—Con Sandra y unos chicos más —le responde su no-padre.

—Pues vamos a verla. Venga, Ari.

Mi novio me coge de la mano, pero yo me aferro a su brazo para no caerme con los tacones. Buscamos a nuestros amigos por el patio hasta que damos con ellos, sentados en uno de los bancos. Están Sandra, Diego, Chris y Alba; esta última, sentada en el regazo de Diego.

Esto va a ser divertido.

—Hola —los saludo.

—¡Ari! —Alba se levanta y se agarra a mis piernas—. Pareces una princesa.

Yo le sonrío con ternura.

—Alba, ¿a mí no me dices nada? —interviene Álvaro.

—¡Hermanito! —La niña se despega de mí para acercarse a su hermano, y este la coge en brazos y le da vueltas por el aire, riéndose; después la deja en el suelo y ella se vuelve a sentar en el regazo de Diego.

—Te ha abandonado —le susurro a Álvaro.

—Jodida almorana.

—¡Tenemos que tirar fuegos artificiales! —exclama Sandra—. ¡Mi primo

con traje!

—Ja, ja, ja —ríe Álvaro de manera irónica, y ladea su cabeza hacia Alba, que le aplasta la mejilla a Diego mientras él le hace carantoñas—. Qué bien os lleváis para no conoceros, ¿no?

—Tu hermana lleva pegada a Diego desde que ha llegado —cuenta Chris—. Creo que ha sido amor a primera vista.

—Es mi novio —replica Alba abrazando a Diego, posesiva—. Punto.

—No, Alba. —Álvaro la mira negando con la cabeza, y señala a Diego con el dedo—. Él es caca.

Le doy un manotazo en la tripa a mi novio y Diego le lanza miradas asesinas.

—Pues se parece a ti, hermanito.

Álvaro y Diego la miran como si hubiesen sido insultados.

—Joder, hasta mi propia hermana cachondeándose de mí —se queja Álvaro—. En fin... Me voy a mi sitio, que va a empezar esta mierda.

—Te aplaudiré y te gritaré «macizorro» —le digo.

—Mejor me tiras tus bragas a la cara.

—Idiota.

Álvaro se despide de todos y se marcha hacia una de las primeras filas de sillas que hay delante del escenario. Yo me siento al lado de Diego, que ahora le tira de los mofletes a Alba; parece que han hecho muy buenas migas.

—Estás preciosa, Ari —me halaga mi amigo con una sonrisa. Otro que miente.

—Chist. Que Alba se va a poner celosa.

Mientras tanto, hablamos con los demás, esperando que empiece la gala de graduación.

No me apetece nada volver luego al manicomio; quiero quedarme disfrutando con mis amigos y con Álvaro de este día.

Capítulo 25

Álvaro

Sólo quedan tres personas para que sea mi turno de subir al escenario y hacer el paripé. Después, disfrutaré todo lo que me dé la gana de Ari hasta que sea la hora de que se vaya al centro.

—¡Álvaro Aitor González Lagos!

Qué asco de segundo nombre. Se lo podrían haber ahorrado, digo yo. ¿En que estarían pensando mis padres cuando me pusieron ese maldito nombre complementando el primero? No me cabe en la cabeza. Ya desde el primer día que nací me odiaron. Por lo menos, podrían haberme puesto el apellido de «Buenorro».

Me levanto de mi asiento y me encamino hacia el escenario, sudando a chorros por el dichoso traje y el calor sofocante. Cuando me acerco a mi tutora, me da dos besos y me coloca alrededor de los hombros una beca azul ridícula con el logotipo del instituto.

—¡Tío bueno! ¡Quiero un hijo tuyo!

Esa es la voz de Ari. Joder, qué pulmones más potentes tiene para lo pequeña que es.

Ladeo mi cabeza hacia donde está y le guiño un ojo, sonriendo; ella me saluda con su mano de manera efusiva. Luego le haré el hijo que me pide. Me bajo del escenario y camino hacia Ari, que se encuentra acompañada de los demás, su familia, mi madre y el idiota de mi no-padre. Me fundo en un abrazo con mi novia e inhalo su exquisito olor a coco sin ninguna gana de soltarla.

Hasta que nos interrumpen los demás para felicitarme, abrazarme y blah, blah, blah.

Cuando comemos algunas cosas que han puesto para picar en unas mesas por el patio, decido pasar tiempo con Ari a solas. Me ha sorprendido que haya zampado patatas con algunos canapés; también es verdad que le he insistido un poco, pero ella no se ha resistido, sino que ha comido sin rechistar, aunque le haya costado un poco.

—Ven conmigo —le digo a Ari entrelazando mi mano con la suya.

—¿A dónde me llevas?

—A hacerte un hijo. —Le sonrío, pícaro—. Me lo has pedido.

—Estás majareta.

—¡Ariadna! ¿A dónde vas? —escuchamos la voz de su madre detrás de nosotros, y nos damos la vuelta.

—¿Es que no lo ves? —le espeta Ari—. A pasar tiempo con Álvaro. ¿No puedo o qué?

—Sí, hija, claro que puedes. Sólo que... —Se piensa muy bien las palabras antes de decirlas—. Que tengáis cuidado. —Esto último lo ha dicho mirándome a mí, y sé a lo que se refiere.

—¡Ay, mamá! —Ari pone los ojos en blanco—. Vamos, Álvaro. —Se agarra a mi brazo para no caerse con los tacones de tres metros, y andamos, alejándonos de la civilización.

Llegamos hasta la parte de atrás, donde no hay nadie, y empezamos a besarnos, olvidándonos del tiempo, de todos y de los problemas.

—Joder, qué calor hace con esta mierda puesta. —Me quito la chaqueta, la tiro al suelo y me quedo en camisa y corbata.

Ari me mira poniendo morritos y juguetea con la corbata.

—Qué sensual —dice.

—¿Verdad que sí?

Voy acariciando lentamente su brazo, desde su muñeca hasta su hombro, y Ari cierra los ojos, estremeciéndose con mi tacto.

Me alegro de que esté cogiendo peso poco a poco. Ya no se le marca tanto la clavícula ni los huesos de la cara como los tenía antes de entrar en el centro. Tengo la esperanza de que salga de esta.

—¿En qué piensas? —inquire.

—En que estoy muy orgulloso de ti.

—¿Y eso por qué? —Sonríe, observándome con sus preciosos ojos verdes.

—Porque quiero estarlo. ¿Tengo que tener alguna explicación para eso?

—Dios, eres tontísimo.

Me río y después me concentro en besar su cuello, provocando que se le entrecorte la respiración.

—¿Baño de tíos o de tías? —le pregunto.

—¿Perdona? —se sorprende; segundos después, cae en la cuenta y suelta —: ¡No!

—Sí. —Asiento con la cabeza, travieso.

—¡No! —Se ha puesto como un tomate a punto de explotar.

—Sí. —Paseo mi dedo índice por su labio inferior.

—¡Qué asco! ¿Y si nos pilla alguien?

—Más morbo.

Agarro mi chaqueta y cojo a Ari en brazos; ella se sujeta a mi cuello mientras va quejándose por el camino y amenazándome con que me va a cortar «mi preciada máquina, creadora de futuros Alvaritos y Ariadnitas» con una sierra.

—¿Tíos o tías? —le vuelvo a preguntar tras detenerme frente a los baños.

—Tías —me responde con decisión—. Vosotros sois unos puercos.

—Vosotras cagáis flores con nata —digo con sarcasmo.

—A veces me pregunto por qué estaré saliendo con un malhablado.

—Porque soy tremendamente sexy y encantador.

Suelto a Ari y nos metemos en el baño de tías. Para nuestra suerte, no nos encontramos con nadie, así que nos colamos en uno de los compartimentos individuales y cerramos con pestillo. Pego a mi amor a la pared, tiro mi chaqueta al suelo y devoro sus labios mientras sus manos juegan con mi pelo.

—Eres jodidamente especial —susurro contra sus labios.

—Y tú jodidamente adorable.

* * *

—¿Y estas marcas? —le pregunto a Ari señalando uno de sus muslos.

Estamos aún en el baño de chicas después de haber hecho el amor; yo, sentado en la taza del váter, y ella, sobre mi regazo. Al acariciarle el muslo, me han llamado la atención unas pequeñas marcas situadas en él. No soy tonto; sé de lo que es.

—No es nada. —Se las tapa con la falda del vestido, nerviosa, y se levanta de un salto—. ¿Nos vamos? Vaya que nos estén buscando.

—Ari. —Me levanto y coloco mis manos en su rostro, contemplando sus ojos. No le voy a dar la chapa. No ahora—. ¿Sabes que te quiero? —Le doy un beso en la cabeza y ella sonrío.

—Yo también.

Salimos de los baños y regresamos al patio con los demás, donde Tania me pilla por sorpresa y me abraza, casi rompiéndome todos los huesos.

—Enhorabuena —me felicita, enérgica—. Te he visto cuando subías.

Estabas muy elegante. —Me suelta, se acerca a Ari y le da dos besos—. Estás guapísima, chica.

—Eh... Gracias —le contesta mi amor.

—¡Probando, probando! ¿Se escucha? —pregunta alguien con el micrófono, interrumpiéndonos a todos.

Miramos hacia el escenario, donde se encuentra Mónica sujetando el micro.

—Prestadme atención, que os tengo que contar una cosa muy importante que os dejará con la boca abierta —nos dice, y se ríe. Esto tiene pinta de ser uno de sus planes maquiavélicos—. Yo estaba con un chico. Lo quería muchísimo, pero él me engañaba con otra persona —habla, apenada, como si de verdad estuviera sintiendo lo que está contando, paseándose por el escenario.

—Ay, qué hija de su madre —murmura Ari a mi lado, y yo miro a Chris y a John, que tienen sus vistas fijas en Mónica mientras susurran algo entre ellos.

—Pues ese chico —continúa la bruja, y señala la pantalla que hay detrás de ella, donde aparece una foto de John— es este, y me estaba engañando con este espécimen. —Señala otra vez la pantalla, donde se muestra una foto de John y Chris besándose en la puerta de la casa de este último—. Al parecer era una especie de mariquita reprimido, ¿no creéis? —le pregunta al público.

Pero qué hija de puta está hecha. Vuelvo a mirar hacia mis dos amigos, pero sólo veo a Chris con la mandíbula tensa y fulminando con la mirada a Mónica. A John le habrá sentado esto como si le hubieran tirado un cubo de agua fría en pleno invierno, y más con toda la gente alrededor de él.

—Voy a matarla —me susurra Ari, pero yo la agarro del brazo para retenerla, porque sé que es capaz de hacerlo.

—Tranquila, cariño —le digo.

—Pero esto no es todo, amigos —vuelve a decir Mónica, que parece una verdadera reportera de programas basura, y le hace señas a alguien—. Sube.

Una chica morena aparece en el escenario.

—Oye, ¿esa no es...?

—¡La tipa a la que le rompí la nariz! —me corta Tania.

Natty le quita el micrófono a Mónica y carraspea. ¿Ahora las dos arpías se han hecho amigas inseparables o qué?

—Yo también he sufrido de mal de amores —dice Natty; después suelta una carcajada. Parece que se ha bebido tres litros de vozka—. Dieguito,

¿estás aquí? —Lo busca con la mirada entre el público y da con él, a unos cuantos metros de nosotros—. ¿Sabes? Voy a ayudarte con tu problema. A ver... —Busca a otra persona entre el público—. ¡Ari! —Señala a mi novia, y esta se sorprende—. Primero: no sé lo que ha visto Diego en ti. Y segundo: ¿sabías que está enamorado hasta las trancas de ti? Bueno, pues por si no lo sabías, ya te has enterado. El pobre está pillado de ti desde que te conoce, pero tú parece que no te enteras de nada.

Ari se ha quedado atónita; Diego, por su expresión, parece que está deseando que se lo trague la tierra, y yo no sé ni cómo me siento en estos momentos. A ver, era evidente que la almorrana sentía algo por Ari, pero escuchar la noticia real ha sido como si me hubiesen dado una patada fuerte en los huevos.

—¿Te ha gustado la sorpresita, Diego? —Natty vuelve a mirarlo—. Y repito: de verdad que no sé lo que has visto en esa anoréxica, o bulímica, o lo que sea.

Ari empieza a forcejear para que la suelte, pero yo sigo reteniéndola. Me da un codazo en las costillas y la suelto de inmediato. Se quita los tacones, los tira al suelo y sale corriendo en dirección a la muerte. En cuanto llega al escenario, se abalanza sobre Natty y le tira del pelo. Chillan. Mónica se ha unido para ayudar a la otra y es trampa. Dos contra una no puede ser. Cuando llego hasta las escaleras del escenario junto con Tania, la madre de Ari y el padre de Mónica ya están subiendo y gritándoles que paren. Separo a mi novia de las dos brujas y me la llevo a algún sitio libre de cotillas.

—¡Quiero matar a esas dos! —grita respirando de manera agitada y roja de rabia.

La abrazo para intentar tranquilizarla.

—Cálmate, pequeña.

—Oye, ¿qué ha sido eso? —pregunta Tania cuando se acerca a nosotros—. Menudas víboras, ¿no?—Le tiende a Ari los tacones—. Ten.

—Tengo que hablar con Diego ahora mismo —dice mi novia, atacada, poniéndose sus zapatos.

—Se ha ido corriendo —informa Tania.

—¡Dios, no sabía nada! —exclama Ari llevándose las manos a la cabeza—. Espero que esa tía se lo haya inventado todo.

Genial, ahora va a estar calentándose la cabeza con eso.

—¿Puedes cambiar de tema? —inquiero—. No me siento demasiado cómodo contigo hablando de la almorrana y de sus sentimientos hacia ti.

—Vaya... —murmura Ari, todavía impresionada—. Y Chris estará destrozado por John...

—Vamos a buscarlo —interviene Tania.

Entrelazo mi mano con la de Ari y caminamos por el patio en busca de Chris, que lo encontramos en la salida llamando a alguien por su móvil; imagino que será a John. Sandra está a su lado.

—¡Chris! ¿Cómo estás? —Ari le da un abrazo a su amigo.

—Fatal. John ha salido corriendo. —Suelta un suspiro—. Menos mal que no estaban mis padres ni los suyos aquí...

—Cuando pille a esas dos serpientes, se van a cagar. —Tania nos enseña sus puños.

—Me apunto contigo —interviene Ari.

—Yo también —se une mi prima, y la madre de Ari aparece de entre la multitud.

—Ariadna, debemos irnos. Tienes que regresar al centro.

Ari bufá.

—¿Hasta cuándo me vas a tener allí encerrada?

—Hasta que estén seguros de que estás perfectamente. Venga, despídete de tus amigos, que nos vamos.

—Está bien. —Mi amor suspira y comienza a despedirse uno por uno. A mí me deja para el final porque soy el mejor—. Que te lo pases bien en la cena de graduación —me dice abrazándome.

—Lo dudo. Son todos unos sosos e idiotas.

—Pues piensa en mí.

—Siempre pienso en ti, enana.

Nos besamos; ella, con sus brazos rodeándome el cuello, y yo, con mis manos en su cintura. Los demás nos aplauden y nosotros sonreímos contra nuestros labios.

—Si veis a Diego, le decís que venga a verme, que necesito hablar con él —nos dice Ari cuando se separa de mí.

Quiero darme cabezazos contra la pared hasta quedarme sin conocimiento.

—Bueno, la verdad es que no nos ha sorprendido mucho la noticia —responde Chris sonriendo como un niño bueno.

—¿Lo sabíais? —pregunta Ari, asombrada.

—No nos lo ha contado —interviene Sandra—. Pero era muy obvio.

Eh, que estoy yo aquí. No me hace ni puta gracia.

Carraspeo.

—¿Ya, no? —interrumpo.

—Perdona —se disculpa mi amor.

—Ariadna, vamos —la llama la sargento; luego Ari me da un último beso y se marcha.

Chris también se larga para buscar a su Romeo, y yo me despido de Sandra y de Tania. Me acerco a mi madre, a mi hermana y al señor que puso los espermatozoides para que naciera yo, y Alba viene hacia mí. Sin embargo, los otros dos se callan en cuanto llego.

—¿Se puede saber a qué viene tanto secreto? —les pregunto con Alba en brazos.

—Hijo —me llama mi no-padre, y yo pongo los ojos en blanco al oír esa palabra—. ¿Te gustaría venir a mi boda con Elena?

Me río en toda su cara.

—Espera que lo piense... —digo, y finjo que estoy usando la mente; entonces lo miro fijamente con el semblante serio—. No.

Mi madre nos observa con una expresión que no sé muy bien cómo descifrar.

—Me gustaría que vinieras, Álvaro —insiste mi no-padre.

Suspiro, agobiado.

—¿Acaso estás sordo?

—Yo tampoco quiero ir si mi hermanito no va —interviene Alba haciendo pucheritos—. No me gusta Elena.

—Buena elección —le digo esbozando una amplia sonrisa—. Vamos, que te voy a comprar un helado por portarte tan bien.

—¡Sí! —exclama, y me la llevo hasta la heladería que hay enfrente del instituto, ignorando las súplicas de ese hombre.

Es que me tengo que reír y todo. Si se piensa que voy a hacer el paripé en la mierda de la boda, lo lleva claro. Yo no sé ni para qué se casa con esa tía, ¿para que se divorcien cuando pasen tres meses? O incluso menos...

—¿Puedo vivir contigo y con Virginia? —me pregunta Alba comiéndose un cucurucho de fresa.

—Eso sería genial, pero tienes que ser un poco más mayor para eso.

—Qué mierda... —murmura mientras se come el helado, y yo me río.

—Alba, palabrotas no, que te quito el cucurucho.

—Lo siento. —Me mira fingiendo tristeza.

Le doy un beso en la cabeza y nos sentamos en un banco hasta que se

termina el helado.

Capítulo 26

Chris

Llevo más de una hora intentando dar con John, pero tiene el móvil apagado y no lo encuentro por ningún sitio de los que solemos ir siempre.

¿Debería haber salido corriendo detrás de él? Sí. ¿Por qué no lo he hecho? Estaba furioso. Muy furioso. ¿Ganas de matar a Mónica? Muchas. Ya me parecía raro que no se vengara de nosotros en cuanto se enteró.

Estoy subiendo en el ascensor hasta la planta donde se encuentra el piso de John, sudando a borbotones, porque tengo un poco de miedo al no saber quién me abrirá. No sé si estoy haciendo lo correcto, pero necesito saber que está bien.

Llego frente a la puerta y noto que estoy temblando.

«Vamos, Chris, tú puedes con esto».

Toco el timbre y espero a que alguien abra.

¿Estaría genial huir ahora mismo? No, eso es de cobardes, y yo no lo soy.

Se abre la puerta y aparece un chico de unos trece años, con una gorra negra en su cabeza y el flequillo peinado como Justin Bieber, igualito que si se lo hubiera lamido una vaca. Imagino que será el hermano de John.

—Ho... Hola —consigo decir—. ¿Está John aquí?

El chico me mira con el ceño fruncido.

—¿Quién eres tú?

—Soy Chris. Un amigo —respondo, seco, y observo detrás de él un largo pasillo.

El niño me mira de arriba abajo bastante serio y con un ojo, porque el otro se lo tapa el flequillo.

—¿Y qué quieres?

¿Cómo que qué quiero? ¿No puedo verlo o qué? ¿Me lo va a prohibir este niño?

—Hablar con él.

—¿De qué?

¿En serio me está haciendo un interrogatorio?

—De cosas de tíos —digo en tono irónico.

—¿De qué cosas de tíos? —Me vuelve a analizar y se cruza de brazos.

Que alguien me sujete, que soy capaz de pegarle un empujón y tirarlo al suelo.

—Niño, eso no es asunto tuyo —le espeto, agotado por su comportamiento—. ¿Me dejas pasar?

—¿Qué me das a cambio?

—¿Qué?

—Quiero pasta. —Abre la palma de su mano—. Si no, no entras.

Esta escena no puede ser real. ¡Venga ya!

—¿Tus padres no están? —inquiero.

—Pasta, pasta, pasta.

Joder, qué niño más insoportable. ¿Dónde estará metido John?

—No llevo nada encima —confieso.

—Pues ya sabes que no te voy a dejar entrar.

Se oye el sonido de una puerta y aparece John en el pasillo. En bóxer. De color negro. Y con abdominales para rallar queso.

Me están dando micro-infartos. Mi corazón acaba de morir de un ataque para, segundos después, volver a revivir. Luego vuelve a morir y el mismo proceso se repite unas cien veces seguidas.

—¿Quién ha venido? —pregunta John y, cuando se percata de quién es la visita, se queda mirándome de manera tensa—. ¿Qué haces aquí, Chris? —Se acerca a la puerta y se planta al lado de su hermano.

Qué calor. No puedo apartar mi vista de todo su cuerpo.

—Esto... —Consigo desviar mi mirada hacia los ojos de John—. Quería hablar contigo.

—¿No es un poco raro tu amigo? —interviene el niño.

—Cállate y entra. —John le da un tortazo en la nuca y el otro finge una mueca de dolor, acariciándose la cabeza.

—A mamá se lo voy a decir cuando venga. —Y el niño desaparece por el pasillo.

—¿Tu hermano? —le pregunto a John sonriendo, y él asiente; entonces mis ojos me traicionan y vuelven a estudiar sus abdominales.

Soy débil ante la carne.

—¿Quieres entrar?

—Claro. —Esbozo una sonrisa de idiota.

Me invita a pasar y atravesamos el pasillo. Me fijo en los muebles, donde descansan varias figuras de la Virgen y otras de algunos santos.

Ay, mi madre... ¿Dónde me he metido yo? ¿Su familia es religiosa? Ahora entiendo por qué John se santigua tanto y de dónde le viene su afán por este tema.

John se detiene frente a una puerta y la abre.

—Pasa. Es mi habitación —me indica; yo entro y observo que hay dos camas individuales—. Aquella es la mía. —Señala la que hay bajo la ventana—. Comparto cuarto con mi hermano.

John se sienta en su cama y yo lo imito. Permanecemos callados durante unos minutos y yo contemplo el dormitorio. La pared donde se sitúa la cama de su hermano está repleta de pósters, además de un par de balones de fútbol esparcidos por el suelo; en cambio, la de John no tiene nada, salvo un armario y un escritorio de madera con un ordenador de mesa.

—¿Cómo estás? —quiero saber.

Tiene la espalda apoyada en la pared y yo estoy sentado en posición de indio, mirándolo. También, de vez en cuando, mis ojos se pasean por sus pectorales. No soy de hielo, ¿vale?

John suelta un profundo suspiro.

—Pues fatal. Ya todo el instituto se ha enterado. No sé lo que me va a pasar a partir de mañana allí, sobre todo con mis amigos, que sé que odian lo que soy.

—No tienen por qué hacerte nada. Eres su amigo.

—Eso no lo entienden. ¿Has visto lo que te hacen a ti? Conmigo se portarán peor. —Bufa—. No estaba listo para que lo supiera todo el mundo.

—Míralo por el lado bueno. Por lo menos, te has quitado ese peso de encima —lo intento consolar, pero creo que no se me está dando muy bien. Coloco mi mano en su barbilla y lo obligo a mirarme—. Estoy contigo en esto. Me importas de verdad, John. Nosotros no tenemos la culpa, la tienen ellos.

John suelta una risita.

—Somos nosotros contra el mundo, ¿no? —me dice, y yo, por un momento, me pierdo en el azul de sus ojos.

Me acerco a él y lo achucho fuerte. Mentiría si dijera que no estaba deseando hacer esto desde que lo he visto. Nos quedamos de esta manera durante un rato, y me parece la sensación más agradable del mundo.

«Eh, Chris, detente, que te estás enamorando».

Ay, mi madre.

Me aproximo a su boca y la junto con la mía. Sus labios se abren paso

para que nuestras lenguas jueguen entre ellas y nos olvidemos, por un instante, de lo que ha ocurrido antes.

—Tú, que me voy a... —El hermano de John acaba de irrumpir en la habitación.

Mi novio y yo nos despegamos con rapidez y ladeamos nuestras cabezas hacia el chico, que observa a John con la boca abierta, y luego baja su mirada hacia la entrepierna de mi novio. A mí, por suerte, no se me nota mucho con los vaqueros.

Hoy creo que es el día más patético de mi vida.

—Toni, yo... —John se levanta de la cama y se rasca la cabeza, nervioso; yo hago esfuerzos increíbles para no reírme.

—Pasta, pasta, pasta. —El hermano enseña la palma de su mano.

—¡Venga ya, pringado! No te voy a dar más pasta.

—Entonces le diré a mamá lo que estabas haciendo aquí con tu amigo rarito —El chico sigue con su mano tendida—. No te queda otra opción que darme pasta.

—Maldito crío —murmura John, y coge su cartera del escritorio; después se acerca a Toni—. ¿Cuánto quieres? ¿Cinco euros?

—Veinte cada día —le contesta el otro—. Es mi única oferta.

—¿Te crees que soy millonario? —le espeta John, y le tiende un billete—. Te conformas con diez hoy.

—¿Eso es lo que vas a darme para mantener la boca cerrada? Que sepas que se me puede escapar algo en la cena.

Joder, menudo niño, cómo se aprovecha de la situación. ¿Para qué querrá el dinero?

—Vale, vale. —John guarda el de diez y saca uno de veinte—. Toma. Mañana, ya veremos.

—Guay. —Su hermano se lo guarda en el bolsillo—. Me voy con mis colegas. —Agarra un balón del suelo y se marcha.

—Qué bonito. Chantaje fraternal —comento, y le saco la lengua a John.

—Anda, cállate.

Me levanto, me acerco a John y coloco mis manos en su pecho cálido y desnudo.

—Por cierto, menudo recibimiento —le digo, divertido—. Medio en pelotas...

—¿Y qué querías? Has venido por sorpresa.

—No pasa nada —contesto sonriendo como un auténtico estúpido y

paseando mis manos por su torso—. Me gusta. Mucho.

—Chris. —John me mira a los ojos—. Tú también me importas.

Ay, las bodas gitanas en mi estómago han vuelto.

—Vamos a dejarnos de cursiladas —le respondo, escaqueándome—. Mejor damos una vuelta.

Una vez que John se ha vestido con unos vaqueros y una camiseta, salimos de la habitación.

—Ven, que te voy a enseñar a alguien importante.

Entrelaza su mano con la mía y me lleva hasta el salón, donde hay más cosas de santitos adornándolo todo, pero lo que más me llama la atención es una jaula con un loro dentro.

¡Venga ya! ¿Esto es coña, no? El idiota de Mateo también tenía uno que me insultaba. Lo único que falta es que se llame Memo.

—Mira, Chris, te presento a Puncky. —John señala al loro y yo me acerco.

—Hola, Puncky —saludo al pajaraco y meto el dedo en la jaula para que lo picotee—. Es muy bonito.

—¡Bonito! —repite el loro, y nos reímos.

—¿Vamos? —inquiere John, pero escuchamos la puerta de la entrada—. Será mi madre.

Mierda, mierda y mierda.

Una mujer morena bastante alta y vestida con un traje gris aparece en el salón.

—Hola —nos saluda con una sonrisa.

Bueno, de primera impresión, parece simpática.

—Mamá, este es Chris, un amigo —me presenta John.

—Encantada de conocerte. —La mujer me tiende la mano para que se la estreche.

—Igualmente, señora.

Si tuviera ganas de hacer pis, ya me habría meado encima.

—Ya nos íbamos —informa John.

—Muy bien, que os divirtáis.

* * *

Voy a contar hasta diez y salgo. Presiento que hoy va a ser un día duro, de los que hubiera sido mejor haberse quedado en la cama tapado completamente.

—Chris, llevas ahí parado diez minutos mirando la puerta. ¿No sales? —
inquiérese mi madre.

—Sí, ya me voy —le respondo, y decido abrir la puerta de una vez.

Venga, va. Vamos a afrontar esto como casi una persona adulta que soy. Me marchó de casa y me doy cuenta de que no está Diego esperando para irnos juntos al instituto.

No, esto sí que no. No pienso permitirle que me deje tirado, así que me acerco hasta su casa y toco el timbre tres veces seguidas. A los pocos segundos, me abre Blanca.

—Hola —me saluda, sonriente.

—¿Y Diego? ¿No va al insti? —exijo saber.

—No, está enfermo. No puede ir —me contesta con una voz muy dulce que hace que me entre sueño—. Pero ya le digo que has venido preguntando por él.

—¿Puedo entrar a verlo?

—Es que está dormido ahora. Se encuentra fatal.

—Ya, claro... —murmuro para mis adentros—. Pues nada... Adiós.

Por lo menos me queda Sandra todavía, porque a John no lo veía muy seguro ayer para ir al instituto; Ari está en el centro y Álvaro ya se ha graduado, así que no me queda más remedio que mantener la cabeza bien alta.

Mientras voy caminando con mis auriculares puestos y escuchando *Paparazzi*, de Lady Gaga, unas manos me tapan los ojos y yo me sobresalto.

Empezamos con las bromitas demasiado temprano...

—No te asustes, que soy yo, tonto —oigo la voz de John.

Me doy la vuelta y lo miro. Tan sonriente. Tan guapo. Tan de todo.

Vale, ya.

—¡Has venido! —Me abalanzo sobre él y planto mis labios en los suyos.

—Por supuesto. No te iba a dejar solo con los trogloditas del insti.

—Me infravaloras. Yo puedo acabar con todos ellos si quiero. —Saco bíceps, o algo parecido al bíceps, y provocho que John se ría de mí.

—Te hace falta trabajarlo más, pero estás muy gracioso.

Suelto un bufido.

—Mira, vámonos, antes de que te demuestre mi fuerza de verdad —le espeto.

—Eh, no te enfades, bebé —responde haciendo énfasis en la última y patética palabra.

—¡Nooo! —exclamo, y estoy a punto de vomitar un arcoíris—. Dime que he escuchado mal.

—Has escuchado bien, bebé. —Entrelaza su mano con la mía y sonrío.

—¿Qué has desayunado hoy? ¿Un paquete entero de azúcar?

John se encoge de hombros y nos dirigimos hacia el instituto con nuestras manos unidas.

Me siento bien. Demasiado bien.

Para cuando llegamos, atravesamos el patio y sentimos todas las miradas de los estudiantes sobre nosotros. De pronto, dos chicas de nuestra clase se acercan.

—Enhorabuena a los dos. Nos encanta la pareja que hacéis —nos dice una de ellas mientras la otra nos mira con... ¿ternura?

—Esto... ¿Gracias? —les responde John, y continuamos nuestro camino, dejándolas atrás.

—¿Qué ha sido eso? —susurro.

—Ni idea, pero no cantes victoria tan pronto.

Nos encontramos con Sandra, que nos dedica una mirada de reproche.

—¡Hombre, ya creía yo que me iba a quedar sola!

—No somos unos cobardes, tía. ¡Que le den a Dios! —exclamo, y John me pega un puñetazo en el hombro.

Mierda, tengo que controlar mis expresiones con él delante.

—Perdón —me disculpo.

—No pasa nada, bebé.

* * *

Pues al final el día no ha ido del todo mal. Nadie se ha metido con nosotros en el instituto, ni siquiera los amigotes de John, y es algo bastante raro cuando siempre se han burlado de mí; a lo mejor sus mentes antiguas se han modernizado. Por otro lado, a Mónica le ha salido el tiro por la culata, porque a primera hora ha entrado a clase con la cabeza bien alta, creyéndose superior a todos, pero conforme iban pasando las horas, se le han ido bajando los humos y he empezado a verla decaída; además, la han expulsado un par de días por lo que hizo ayer.

Tras haber acabado el insti, voy de camino a casa y me encuentro a la Barbie llorando en las escalerillas del porche de la casa de Ari.

¡Atención, el mundo ha cambiado! Ahora los perros maullarán y los gatos

ladrarán, el cielo será de color rosa fluorescente, existirán unicornios de todos los colores y el sol girará alrededor de los planetas.

—¿Estás bien? —le pregunto al acercarme a ella.

Mónica alza su vista y me mira; tiene el rímel destrozado y parece que ha llorado tinta de calamar.

—Largo de aquí —me espeta, y sorbe por la nariz.

—¿Por qué estás llorando? Tú nunca lloras —le digo, y me siento a su lado.

Me tengo que enterar de lo que le pasa. Mi cotilla interior me empuja a ello.

—No pienso decírselo a un pringado como tú.

Muy pringado no seré cuando le he levantado el novio.

—Bueno, yo sólo te estoy intentando ayudar para que te desahogues y te sientas mejor.

La Barbie bufa, un poco molesta.

—¿Sabes qué me pasa? —suelta de repente—. ¡Que todo me sale mal! Mi novio me ha puesto los cuernos con un tío, nadie del insti me ha hecho caso hoy, me han expulsado... ¡La maldita zorra de tu amiga está saliendo con Álvaro! —exclama mirándome—. ¡Todo se lo lleva ella! Primero me hizo trizas una barbie a la que le tenía mucho cariño en el colegio cuando éramos pequeñas, y la maestra me castigó a mí; después asesina a mi hámster con su culo enorme, quedándome yo destrozada porque era mi único amigo de verdad; siempre ha sido mejor que yo en todo; mi padre está con su madre... ¡Por todo eso la odio! Y lo peor es que Álvaro se ha fijado en ella en vez de en mí —cuenta con las lágrimas recorriendo sus mejillas—. Yo lo vi primero y estoy pillada hasta los huesos por él desde que lo conocí. No es justo que ella se lleve todo lo bueno y yo me tenga que conformar con mierda.

—John no es mierda —replico—. Y creo que deberías hablar con Ari y contarle todo esto para acabar con vuestra guerra.

Ella me contempla con expresión dolida; después niega con la cabeza, se levanta y se mete en su casa.

Me he quedado de piedra. Vale que es evidente que odia a Ari, pero Mónica nunca se ha comportado como un angelito con ella.

¿Y lo del hámster? No tenía conocimiento de eso. Seguro que Mónica tuvo que hacerle algo gordo a Ari para que le matara al pobre animalito. No tenía ni idea de la personalidad satánica de mi mejor amiga.

Capítulo 27

Diego

Estoy viendo a Ari. Después de varias semanas sin hablar con ella, no sé cómo comportarme. No quiero que me vea como el amigo patético, enamorado hasta las trancas por ella. Quiero que me vea simplemente como su mejor amigo, el de siempre. Sin embargo, ahí está, apoyada en la pared, al lado de la puerta del aula y mordiendo un bolígrafo mientras espera que sea la hora del examen de Historia. Viste una de las camisetas negras del tarambana y unos *leggings* del mismo color, y el pelo lo tiene recogido en un moño mal hecho. Me gustaría ir y decirle algo, aunque sólo sea saludarla, pero soy un cobarde.

Segundos después, como si Ari hubiera sentido mi presencia mirándola, ladea su cabeza hacia donde me encuentro, y nuestras miradas se cruzan. Mi corazón empieza a bombear muy deprisa, tanto que lo único que escucho son mis latidos.

Ari me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa (o eso creo que hago).

Suena el timbre y mis compañeros se adentran en la sala para pillar los mejores sitios; yo, en cambio, me quedo esperando a que ella entre, pero me doy cuenta de que no lo hace. Tomo aire y me acerco.

—¿No entras? —le pregunto.

—Estaba esperando para entrar contigo —me responde, y reparo en que tiene la cara algo más regordeta.

—Ah —consigo decir.

—¿Entramos?

—Claro.

Nos metemos en clase y las únicas dos mesas que hay libres son en la primera y segunda fila, al lado de la ventana. Ari se sienta en la de delante, y yo, en la de atrás.

—Suerte —me dice.

—Igualmente.

Mi madre nos entrega los exámenes y comenzamos a hacerlos. Cuando transcurre media hora, observo que Ari apoya su espalda en la pared y se

concentra en mordisquear el boli. Echo un vistazo a su hoja de examen y me doy cuenta de que no ha escrito nada. ¿No se sabe las respuestas? Quiero ayudarla; no me apetece que suspenda y lo pase mal todo el verano.

Le doy con mi boli en el brazo y ella gira su cabeza hacia mí.

—Cópiate —le susurro, pero niega con la cabeza—. Por favor —insisto mirando sus ojos.

—De acuerdo —me dice.

Coloco la hoja en su dirección para que pueda ver mejor, y ella sigue apoyada en la pared mientras va moviendo la cabeza de mi folio al suyo, y del suyo a mi madre, que se pasea por la clase y sólo se oye el ruido de sus tacones. Yo también vigilo para que no nos pille. Ari escribe lo más rápido que puede, pero antes de que mi madre pase por nuestro lado, vuelvo a poner la hoja en mi dirección y finjo estar recordando algo sobre la Segunda Guerra Mundial; Ari se ha dado la vuelta completamente hacia el frente.

—Os he visto —me susurra mi madre al oído.

Yo la miro, poniendo mi cara de niño bueno, esperando a que nos regañe o nos eche de la clase. Pero por su expresión sonriente, creo que no va a hacer nada de eso, así que asiente en aprobación. Es lo bueno de tener a mi madre de profesora.

Para cuando acabo el examen, se lo entrego a mi madre y me marcho del aula; Ari ha salido hace diez minutos y está apoyada en la pared, al lado de la puerta.

—¿Todavía estás aquí? —inquiero.

—¿Qué pasa? ¿Acaso quieres que me vaya ya al manicomio? Deja que disfrute de mis momentos libres.

—No quiero que te vayas todavía —confieso, y ella sonrío.

—¿Te apetece que vayamos a la cafetería y hablamos antes de que venga mi madre a recogerme? —propone.

—Vale.

Una vez dentro de la cafetería del instituto, le pido dos batidos de chocolate a la encargada y me acerco a la mesa donde se ha sentado Ari.

Ahora toca lo peor: hablar con ella sobre el tema que he estado evitando durante tres semanas.

—¿Cómo te ha salido el examen? —quiere saber.

Sí, una muy buena forma de romper el hielo. Estupendo.

—Bien —respondo, y doy un sorbo a mi batido—. Imagino que a ti también te habrá salido bien.

Se ríe.

—Supongo que sí. Gracias por dejar que me copie de ti. En serio, no me sabía nada.

—Los amigos están para eso —le digo—. Aunque mi madre nos ha pillado.

—Oh, no. —Se lleva una mano a la cabeza—. Entonces iré a septiembre.

—Eso ya se verá cuando sea el día de las notas. —Observo su batido todavía cerrado—. ¿No te lo bebes?

—Ah, sí, claro. —Lo coge, lo agita y le mete la pajita; a continuación, bebe un sorbo y levanta su preciosa mirada hacia mí—. Diego, lo que dijo Natty el día de la graduación...

—Era verdad —la interrumpo dando un profundo suspiro—. Ella sigue sintiendo algo por mí, pero yo por ella no. Le jodió mucho que no volviera con ella cuando vino a verme. Pero lo que no me esperaba era que fuera una arpía contándolo delante de todo el mundo.

—Así que es verdad... —murmura con la barbilla apoyada en la palma de la mano, mirándome; luego entorna los ojos—. ¿Sabes que eres un cobarde? Tres semanas evitándome por esa tontería... Te creía más valiente.

—¿Tontería, quererte? —inquiero, perplejo.

—Bueno... —Baja su mirada verdosa—. No quería decir eso... Sólo que... Tampoco es para tanto. Lo hubiéramos hablado y ya está, no te iba a comer, si es lo que creías.

—¿Que tampoco es para tanto? Llevo, desde que te conozco, enamorado de ti —admito por fin—. No sabes lo difícil que era para mí confesarte mis sentimientos; tenía miedo al rechazo. Pero tranquila, que ya veo que lo que yo siento te da exactamente igual.

Me parece increíble que mis sentimientos por ella no le importen lo más mínimo. Está siendo muy egoísta diciéndome todo esto, aunque también es mi culpa por no decíselo mucho antes de que conociera a Álvaro.

—Yo... No sé qué decir —musita, nerviosa.

—No hace falta que digas nada. —Me levanto de la silla y abandono la cafetería.

Odio tener que sentir todo esto por ella. Odio que ella no sienta nada por mí. Odio no habérselo dicho en su momento. Odio al tarambana.

Y odio odiar todo esto.

* * *

—¿Qué te pasa, Diego? Desde que has llegado no paras de dar vueltas por la casa —me dice mi madre, que está sentada a la mesa del salón, corrigiendo los exámenes.

—Nada.

—Cuéntamelo, así te quedas más tranquilo.

Me acerco a ella y me siento en una silla, a su lado.

—Me he enfadado con Ari —suelto, y mi madre sonrío con ternura.

—¿Porque se ha copiado de ti? —se burla, y yo la miro entornando los ojos.

—No, ha sido por... —Suspiro, mirando al techo.

—¿Por...? —inquieta esperando mi respuesta; entonces cae en la cuenta

—. Por lo que pasó en la graduación.

Asiento.

—Le importa una mierda lo que yo sienta por ella.

—Claro que le importa —replica—. Lo que le pasa es que no sabe cómo sobrellevarlo. Eres su amigo, es normal.

—Pff... Y está con el idiota de Álvaro.

—No insultes a ese chico.

—Es que me cae mal. Se cree superguay y es un creído de mierda —le digo haciendo aspavientos con las manos, y mi madre se echa a reír—. Mamá, no te rías de mis problemas amorosos.

—Estás celoso.

—No estoy celoso de ese imbécil.

—¡Ay, mi niño, que está celoso! —Mi madre se acerca a mí, me coge del rostro y me llena de besos la cara.

—No digas eso —le espeto mientras no para de darme besos—. ¡Y para ya!

Mi madre se aparta de mí, carcajeándose.

—Vale, ya paro.

—¿Has corregido ya mi examen? —le pregunto dedicándole mi mirada de niño bueno; ella asiente, concentrada en escribir algo en rojo en un folio—. ¿Y he aprobado?

—Ya lo verás en las notas —contesta sin mirarme y poniéndole un cuatro al dueño del examen. Me aproximo para leer el nombre y me doy cuenta de que es el de John.

—¿Tan mal lo ha hecho? —quiero saber.

—Se podría mejorar. Tiene muchas faltas de ortografía.

—¿Y el de Ari?

—Ya lo sabrá en las notas también.

Bufo y me levanto, pero mi madre se ríe.

De mí.

—Te diviertes, ¿verdad? —cuestiono.

—Mucho. —Se quita las gafas, las coloca sobre la mesa y se estira.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que te ayude a corregir? —me ofrezco—.
Sólo suspenderé a los que me caen mal.

—Ni hablar, muchachito —me contesta bastante seria, y llaman al timbre.

—Voy yo.

Desaparezco del salón y, cuando abro la puerta, algo se estampa contra mi nariz.

¡Ostras, cómo duele!

Oigo que mi agresor se ríe.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le espeto, y siento escozor en mi nariz.

—¿Se puede saber qué le has hecho a Ari? —pregunta Álvaro de brazos cruzados y con expresión dura.

—No le he hecho nada. Sólo hemos hablado.

—Pues está inaguantable. Dice que te has enfadado con ella. ¡Y encima se ha cabreado conmigo! ¿Te lo puedes creer?

«Te lo mereces por gilipollas».

—Algo le habrás dicho.

—No hay quien la entienda. —Mueve la cabeza de lado a lado, con indignación; después me empuja y entra en mi casa sin ninguna vergüenza, dirigiéndose a la cocina.

—No estás en tu casa, te lo he repetido mil veces —le digo persiguiéndolo.

—Me la suda. Tengo hambre. —Rebusca entre los armarios y da con una bolsa de patatas fritas, que la abre y se las empieza a zampar como un cerdo —. Deberías limpiarte la nariz; te sale sangre —señala mientras mastica—. Eres un flojo. Con cualquier rozadura te pones a sangrar.

¿Cualquier rozadura? Me ha estampado su puño contra la nariz y no precisamente de manera cariñosa.

Uff, no soporto a este tío.

Agarro una servilleta y me limpio la sangre.

—Hey, señora —saluda Álvaro a alguien.

Me doy la vuelta y veo a mi madre mirándonos, apoyada en el marco de la puerta.

—¡Qué alegría verte por aquí, Álvaro! —exclama, feliz, y se acerca a él para darle dos besos.

Pongo los ojos en blanco. Ni siquiera se ha preocupado por mi nariz sangrienta.

—Tenía ganas de ver a mi amigo del alma —le responde él con sarcasmo—. Y hambre —añade enseñándole la bolsa de patatas fritas.

Qué ganas de pegarle un guantazo me están entrando.

—Claro, coge todo lo que quieras. Estás en tu casa —le dice mi madre.

—Buah, me voy de aquí —suelto, antes de querer asesinar a alguien, y subo las escaleras para encerrarme en mi habitación.

—¡Espera, almorrana! —Álvaro me interrumpe justo cuando estoy girando el pomo de la puerta.

Resoplo.

—¿Qué quieres, pesado?

—Mañana Tania monta una fiesta en su casa. Va a aprovechar que no está su abuela. Vente, que lo pasaremos de puta madre.

—¿Tú? ¿Invitándome a una fiesta? —me sorprendo, y paseo mi vista por mi alrededor—. ¿Dónde está la cámara oculta?

Álvaro pone los ojos en blanco.

—Te vienes. Punto. —Baja las escaleras de dos en dos y se marcha de mi casa.

* * *

—¿Y esas ojeras? —le pregunta John a Chris, yendo de camino a la fiesta de Tania; Sandra también viene con nosotros.

—Nada, lo de siempre. No he podido dormir —le contesta él.

Tocamos el timbre del piso de la pelirroja, y esta nos abre, sujetando una copa.

—Bienvenidos —nos saluda muy sonriente. Lleva puesto un vestido rosa pastel veraniego, unos tacones blancos y el pelo rojizo suelto, cayéndole por los hombros—. Pasad.

Los cuatro entramos y ella nos guía hasta el salón, repleto de personas bebiendo y bailando con la música a tope. Diviso a Álvaro sentado en un sofá, fumándose un porro junto con más gente.

—Vamos a bailar, Diego —sugiere Sandra tendiéndome una de las copas que lleva en la mano.

Yo la cojo y le doy un trago.

—Vale.

Está sonando *Duele el corazón*, de Enrique Iglesias. No sé por qué, pero las pocas veces que he salido de fiesta, siempre han puesto alguna canción de él y no me gustan; tienen unas letras muy tontas que se te meten en el cerebro y no te dejan en paz.

Mientras Sandra y yo bailamos, Tania y Álvaro se acercan a nosotros; este último con un vaso lleno hasta lo alto de una bebida rojiza.

—¿Por qué no cambiamos de pareja? —inquire Tania, y sus ojos se detienen en mí—. Diego, baila conmigo.

—No —le contesta Sandra, malhumorada—. No me apetece bailar con mi primo.

—Eso me ha dolido en lo más hondo del corazón, primita —interviene el tarambana.

—Si seguro que lo pasáis bien. —Tania empuja a Álvaro hacia Sandra con tanta fuerza, que este por poco cae encima de Sandra. Sin embargo, la bebida no se ha salvado y sí que ha destrozado su camiseta.

—¡Pero qué haces?! —le grita Sandra, y se mira su ropa—. Estoy empapada.

—¡Joder, prima! —exclama Álvaro.

—Vaya, no era mi intención. Lo siento —se disculpa Tania con un tono parecido al sarcasmo, y me vuelve a mirar, esta vez de arriba abajo—. ¿Bailamos, Dieguito?

—Mejor voy a por otra bebida —contesto, y me encamino hacia la cocina, donde se encuentran las botellas de alcohol. Agarro un vaso y lo lleno de vozka con Coca-Cola.

Oigo unos tacones detrás de mí.

—Dieguito. —Es Tania otra vez, que se sienta sobre la mesa. Su corto vestido sólo le cubre una parte de los muslos—. ¿Te lo estás pasando bien? —Me quita mi bebida y le da un trago; yo la miro.

—No está tan mal.

—¿Te apetece que esté mejor? —Se echa su melena hacia atrás, me mira y cruza las piernas; después se enreda un mechón de su cabello en un dedo.

Sonrío. Esto parece un plan creado entre ella y Álvaro para vengarse por lo que siento por Ari.

—No me van las pelirrojas —le digo, divertido.

—¿Cómo que no? —exclama con voz melosa—. Estamos en peligro de extinción. Además, hago unas maravillas que nadie te habrá hecho nunca.

Suelto una carcajada, y entonces Tania se baja de la mesa, se acerca a mí, me coge del rostro, desprevenido, y me besa lenta y apasionadamente.

—Pues parece que a tu pequeño amiguito sí que le van las pelirrojas —dice cuando acaba; yo me quedo aturdido—. Adiós, Dieguito. —Me guiña un ojo y se encamina hacia la puerta de la cocina, que la abre y Álvaro aterriza en el suelo.

—Auch —se queja el tarambana. Al parecer, el muy tonto estaba espiándonos.

—Álvaro, eres un jodido cotilla —le espeta Tania, y le hinca la punta de uno de sus tacones en la cara.

—Te veo el tanga desde aquí —murmura el otro desde el suelo—. Es rojo.

—¡Maldito cerdo! —Le vuelve a hincar el tacón.

—Auch.

Tania suspira y se marcha de la cocina; Álvaro se levanta como puede y se acaricia la cara, donde el tacón le ha dejado las marcas.

—¿Hay boda o no hay boda? —pregunta en tono burlón.

—Si tu plan era que me liara con Tania para que me olvidara de tu novia, te informo de que te ha salido el tiro por la culata.

—¿Perdona? —inquire, confuso; segundos después, parece que ha analizado bien lo que le acabo de decir porque se echa a reír—. ¿Te crees de verdad que ha sido un plan?

—Pues sí.

—Tío, a Tania le molas y no me preguntes por qué. No me explico lo que ha visto en un Caracartón como tú. ¿Por qué te crees que te he invitado a la fiesta? ¿Porque soy tu amiguito del alma? —Se vuelve a reír—. Desde luego... Vaya muermo que estás hecho.

Y negando con la cabeza, como si le doliera de verdad que acabo de rechazar a Tania, se va de la cocina.

Hubiera sido mejor quedarme en casa con mi madre.

Capítulo 28

Ari

—Por más que remuevas esos espaguetis, no van a desaparecer.

Alzo la vista y me encuentro con la cara estirada de la enfermera. Digo estirada, porque en su piel hay de todo menos carne. ¡Si ni siquiera puede sonreír de manera natural!

—Me los comeré, si quiero —le espeto, y le saco la lengua.

Sé que me va a obligar a comérmelos; siempre es así, y yo cada vez soporto menos estar aquí encerrada. Ayer, sin ir más lejos, le tiré la sopa por la cabeza a una de las enfermeras porque estaba enfadada. Encima, el idiota de Diego se ha cabreado conmigo porque dice que sus sentimientos no me importan, cuando la realidad es todo lo contrario. No sé cómo comportarme con él a partir de ahora sabiéndolo todo. No es que haya estado ciega este tiempo, o puede que sí... Con el beso que me dio hace unos meses me intuía algo, pero acabé por no darle demasiada importancia.

Diego es estúpido. Ya está.

Y Álvaro también.

Aunque yo le gano a los dos.

—¿No te los comes? —me pregunta Amor con su voz ronca, sentada en mi misma mesa.

Amor es aquella chica que me echó de su sitio cuando vine por primer vez (la que me dio miedo) y hoy sí que me ha dejado sentarme con ella, ya que el otro día me peleé con Violeta mientras hacíamos un dibujo, porque me tenía harta hablando de trucos estúpidos para adelgazar. Así que me armé de valor y le tiré un bote de pintura por la cabeza; a Ale también le tiré uno porque se puso a defenderla.

—No quiero —le respondo a Amor.

Ella sigue zampando como si le fueran a quitar los espaguetis de un momento a otro. Coge un puñado y se los mete en la boca con la mano; tiene la cara manchada de tomate y mastica con la boca abierta. Qué asco. La próxima vez, me siento en el suelo. ¿De verdad que yo me veía así cuando me pegaba esos atracones?

—¿Y no te apetece salir de este maldito infierno? —inquire.

Por ahora, esta chica me cae bien, aunque me mira como si me fuese a clavar un cuchillo en el ojo en cualquier momento.

—Claro que quiero salir de aquí.

Amor da un manotazo fuerte en la mesa, que la hace temblar, y yo me asusto y me doy cuenta de que ha dejado sobre la mesa una mancha de tomate con la forma de su palma.

—¿Entonces por qué no te esfuerzas en comer para salir cuanto antes? —me espeta mirándome con rabia.

Me da miedo.

—Yo... No lo sé.

—A ver... —Toma aire—. Tienes familia, amigos, un novio... ¡Hasta un gato! —exclama, y noto cómo todo el mundo dirige su mirada hacia nosotras—. ¡Yo no tengo nada de eso! ¡No me queda nada que valga la pena para salir de aquí! ¡En cambio, tú, sí! —Me señala con su dedo índice—. Así que ahora mismo te vas a comer todo eso si no quieres que acabe metiéndotelo yo a hostias, canija.

—Eh... De acuerdo. Ya como, no te alteres.

—No te voy a quitar ojo. —Se lleva la mano a los ojos, haciendo una uve con el dedo índice y el corazón, gesto que significa que no me va a quitar el ojo de encima, si no, me mata.

En serio, esta persona es la más terrorífica que he visto nunca.

Sin embargo, le hago caso y me como los espaguetis sin rechistar.

* * *

—Cuéntame algo de ti. Nunca me cuentas nada —le digo a Ale, sentada en mi cama, apretando la pelota antiestrés; ella está tumbada en la suya.

—¿Y qué quieres que te cuente? —Se incorpora—. Mi vida es muy aburrida, y más ahora que estoy encerrada.

Con el tiempo que lleva aquí, ni siquiera me ha dicho cuál es su color favorito, ni por qué se autolesiona. Es cierto que yo tampoco soy una persona que le va contando sus problemas a la gente a la primera de cambio, pero necesito conocer a mi compañera de mi habitación un poco más.

—¿Tienes novio? —le pregunto, y le lanzo la pelota, que la coge al vuelo.

—Tenía. —Me la devuelve y yo la atrapo.

—¿Y qué os pasó? —Se la vuelvo a tirar y ella la vuelve a atrapar.

—Ya no vive —contesta sin expresión alguna. Me lanza la pelota, pero esta vez no la cojo y se cae al suelo.

Me he quedado muda al oír sus palabras.

—Lo siento —me disculpo.

Ale suspira y baja la vista hacia sus manos.

—Esas cosas pasan —me responde.

Tengo curiosidad por saber qué pasó, pero me da un poco de lástima; a lo mejor ella no quiere contarme nada por no remover el pasado.

La enfermera abre la puerta, interrumpiéndonos, y me informa de que tengo visita. Abandono la habitación, dejando a Ale concentrada mirando sus manos.

Ahora me siento mal por haberle sacado ese tema tan duro.

Corro por el largo pasillo del manicomio, ilusionada por saber quién ha venido a verme esta vez. Espero que sea alguien que me caiga bien, si no, le tiro de los pelos y me hago otra peluca, como hice con el cabello de la Barbie Poligonera.

Una vez dentro de la sala, me encuentro con Blanca, la madre de Diego, acompañada de un chico que no conozco. No me impresiona su visita; ha venido más veces en compañía del tonto de su hijo, pero lo que sí que me ha sorprendido es que venga sin él.

—Hola, Ari —me saluda Blanca; después señala al chico—. Este es Adam, mi sobrino.

—Hola. —Le doy dos besos al tal Adam. No sé por qué ha traído a un extraño a verme.

—Encantado de conocerte —me dice el extraño—. Diego no para de hablar de ti.

—Ya, supongo —respondo con desdén, y nos acomodamos en el sofá; Blanca, en medio de los dos.

—¿Cómo estás? —me pregunta Blanca.

—Bien... Tirando. ¿Dónde está Diego?

—Está ocupado. No ha podido venir.

No está ocupado; está cabreado, que es algo muy diferente.

—No ha querido venir. No mientas, Blanca —le digo, y ella me sonrío. El tal Adam permanece callado, mirándonos.

—Es verdad. No ha querido venir —Blanca me da la razón—. Pero tranquila, que no está enfadado contigo.

—¿Te lo ha contado? —inquiero, perpleja.

—Diego me lo cuenta todo.

Una cosa que he admirado siempre ha sido la confianza que se tienen Diego y su madre. Yo con mi madre no la he tenido jamás; en cambio, a mi padre sí que se lo contaba todo.

—Mira, Ari... —Blanca suspira—. Si he venido hasta aquí es porque quiero hablar contigo de algo.

Oh, oh, ya estoy sintiendo pánico.

—¿Es porque me copié del examen de Diego? —le pregunto, atemorizada—. Yo... Lo siento. Es que no me sabía nada. —Me llevo las manos a la cabeza—. Dios, voy a suspender y mi madre me va a torturar todo el verano.

—Tranquila, no es eso. —Blanca me dedica una tierna sonrisa—. Tu examen está perfectamente.

—¿Entonces qué es?

Se queda unos segundos en silencio; imagino que pensando muy bien las palabras que va a soltar, que tienen pinta de ser algo gordo. O a lo mejor es que yo estoy paranoica y lo que me tiene que decir no es tan importante. ¿Le habrá pasado algo a Diego? ¿O a alguien? Ya estoy notando el nudo en la garganta.

—No he venido aquí para regañarte ni nada. Sólo quiero decirte que te recuperes y salgas de aquí cuanto antes. Sé que puedes hacerlo. Eres muy joven, Ari, y todavía te quedan muchas cosas por descubrir. No lo hagas por mí ni porque te lo esté diciendo, sino por todos a los que les importas. Hazlo por Diego, ya perdió a su padre. —Me mira con expresión afligida—. Eres muy importante para él, no quiero que te pierda; lo destrozarías. Y hazlo por Álvaro... Él también ha perdido a alguien importante.

Noto una lágrima recorrer mi mejilla.

—Y hazlo por mí también, aunque me acabes de conocer, pero estoy seguro de que nos llevaremos muy bien —interviene el tal Adam en tono divertido.

—Tienes razón —le digo a Blanca—. Pero no sé...

Intentaré hacerlo por ella y por todos. Porque me importan. Sé que he sido una egoísta con ellos y conmigo misma por culpa de la bulimia, así que tengo que hacer lo que sea para poder salir de aquí y que todos se sientan orgullosos de mí, de que lo he conseguido.

Creo que lo puedo conseguir. O no lo sé...

* * *

—Tengo mucho trabajo, ¿se puede saber a qué he venido yo? —inquire mi madre unos días después, como si le estuviéramos haciendo perder su preciado tiempo.

Estamos en la consulta de la psicóloga y yo no tengo ni idea de qué pinta la sargento aquí. Nunca viene a hablar con ella por su dichoso trabajo y ni siquiera viene a los grupos familiares.

Yo creo que me estoy recuperando (casi), y poco a poco lo voy consiguiendo. Ya me llevo mejor con Maica, pero eso no quita que me vea como una gran patata grasienta.

—También es necesario hablar con usted sobre los problemas de su hija y hacer todo lo posible para que se sienta ayudada por su madre —le responde Maica.

—¿Cómo? —exclama la sargento con la ceja enarcada.

—Verás... —empieza Maica, y yo permanezco callada, contemplando la escena—. Para que Ari consiga superar esto, es importante que tenga el apoyo de su madre y que os llevéis bien, porque la familia, a veces, puede ser el desencadenante de muchos problemas.

—¿Qué es lo que me está queriendo decir? ¿Que por mi culpa mi hija está así? —La sargento me señala con la mano—. Yo no le he puesto una pistola en la cabeza para que adelgace.

—No estoy queriendo decir eso —le contesta Maica en tono educado.

—Mire, señora. —Mi madre se levanta, creyendo que impone—. No voy a consentir que una mujer como usted me llame loca delante de mi propia hija, y mucho menos que me eche la culpa de sus problemas. La he metido aquí para que la ayudéis a curarse, pero estoy viendo que todos los que trabajáis aquí sois un grupo de inútiles que no saben hacer su trabajo de forma correcta. —Le dedica una mirada amenazante—. Buenos días. —Y se marcha de la sala.

Ay, Dios, a mi madre se le ha ido la olla.

—Luego la que necesita estar encerrada soy yo... —comento—. Y mi madre suelta por ahí.

—No te preocupes, lo arreglaremos —me asegura Maica.

Mi madre vuelve a irrumpir en la sala, taconeando y provocando un terremoto a la vez.

—Ariadna, recoge tus cosas, que te voy a sacar de aquí.

—¡¡¿¿Qué??!! —le espeto, y me levanto de la silla de sopetón.

—Me has oído perfectamente. Recoge tus cosas.

—¿Pero de qué hablas? —le grito sintiendo cómo la furia se apodera de mí—. ¡No pienso irme a ningún sitio! ¡Necesito quedarme aquí!

—No te gusta estar aquí; detestas este lugar, hija. No te lo voy a volver a repetir. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Señora. —La psicóloga viene a mi rescate—. Esa no es la mejor solución. Su hija aún no está lista para salir.

—Ariadna —mi madre pronuncia mi nombre y me mira con ojos terroríficos.

—No voy a irme —le contesto—. Por una vez quiero recuperarme de verdad, y tú no vas a impedírmelo.

—Ariadna, que lo dejas de pagar.

Respiro hondo y pienso muy bien las palabras que tengo que soltarle. Las palabras que jamás le he dicho y que me llevo guardando mucho tiempo.

—Como intentes sacarme de aquí, te juro por papá que, en cuanto cumpla los dieciocho, cojo las maletas, me largo de casa y no me vuelves a ver el pelo en tu puñetera vida.

—No menciones a tu padre —dice en tono apagado, pero sorprendida por lo que acabo de decir.

—Yo sólo te estoy avisando, mamá —respondo haciendo énfasis en la última palabra, y salgo de la sala, con los ojos húmedos, el corazón palpitándome fuerte dentro del pecho y un nudo en la garganta del tamaño de un tomate.

De los nervios, se me ha revuelto el estómago y tengo ganas de vomitar.

Corro por el pasillo y me encuentro con un montón de personas apelotonadas en la puerta de una de las habitaciones.

—¿Qué ha pasado? —les pregunto a Ale y a Ángel.

—Violeta... —me contesta ella con el rostro lleno de lágrimas.

—¿Violeta qué? —El corazón me late deprisa y mi mente busca respuestas a la pregunta que acabo de hacer.

—Por favor —nos interrumpe una de las enfermeras—. Volved a vuestras habitaciones.

—Ha robado pastillas de la enfermería y se ha intentado suicidar —me cuenta Ángel en un susurro.

Pero ya no oigo nada más. Sólo corro en dirección al baño, sintiendo una opresión en el pecho que me impide respirar, y las ganas de vomitar van aumentando a cada segundo que me alejo de la habitación de Violeta.

Me paro frente a la puerta del baño.

—¿Estás bien? —Una de las enfermeras acaba de venir en mi búsqueda.

—No... sé —respondo. No puedo hablar. Esto es demasiado—. Me encuentro mal... Tengo ganas de vomitar.

—Ariadna, no puedes vomitar. Lo tienes prohibido.

Joder, ¿es que no se da cuenta de que lo necesito? ¿De que me encuentro muy mal y de que me estoy muriendo?

—Necesito entrar en el baño —digo en un susurro.

La enfermera me agarra del brazo, pero antes de entrar, vomito en el suelo, de manera involuntaria, y ella coloca su mano en mi frente.

—Yo no quiero acabar como Violeta. Quiero irme de aquí —digo, y las lágrimas comienzan a nacer de mis ojos.

—Claro que no. Sólo tienes que descansar, Ariadna. Últimamente te estamos viendo mejor. Yo creo que, dentro de poco, ya no necesitarás quedarte aquí —me informa—. Vamos a llevarte a tu habitación.

Ay, espera un momento, que creo que no he escuchado bien. ¿Pronto voy a salir de aquí? ¿De verdad?

No lo creo. Estoy segura de que son alucinaciones.

Capítulo 29

Álvaro

—Álvaro, hay una carta para ti —me informa mi madre en cuanto entra en casa; yo estoy tumbado en el sofá mirando el Facebook en el móvil—. Es del conservatorio.

Me levanto de manera automática y le quito a mi madre la carta de las manos para quedarme mirando el sobre, embobado. ¿Qué habrá dentro? ¿Sí? ¿No? Hombre, la prueba que hice hace unos días, no me salió tan mal, creo. No estaba nervioso, pero ahora sí por querer saber qué es lo que se ha decidido sobre mi futuro.

—¿No la abres? —quiere saber.

—Aún no —respondo—. Me tengo que ir.

—¿A dónde? —escucho a mi madre preguntar, pero yo ya he salido pitando escaleras abajo.

Me coloco el casco, arranco a Cassie y conduzco hasta la casa de Tania, que me hizo prometerle que sería la primera persona a la que se lo contara, sea cual fuera la respuesta, ya que me acompañó a hacer la prueba de acceso y me ayudó a calmarme.

Minutos después, aparco la moto cerca de donde vive, entro en el portal y subo las escaleras a toda prisa hasta la segunda planta. Toco el timbre veinte veces.

—Joder —masculla Tania al abrirme, dando un bostezo, con los pelos revueltos, en bragas de Hello Kitty y una camiseta de tirantes rosa—. ¿A qué se debe la visita tan temprano?

—Mira. —Le enseño la carta mientras sonrío.

Abre los ojos como platos, me tira del brazo, colándome en su casa, y cierra con un portazo.

—Espera un momento, que tengo que echar a alguien —me dice. Se mete en su habitación y aparece por el pasillo empujando a un tío, que se está tapando como puede la entrepierna mientras sujeta su ropa—. ¡Steve, a la calle!

—Déjame vestirme, por lo menos —le responde él.

—¡A la calle! —grita Tania, que abre la puerta y echa al pobre tío.

Yo me he estado riendo durante todo el rato.

—Cómo lo tratas, joder.

—Pues como tú tratabas a las tías antes de que Ari te cazara.

—Es verdad. —Sonríó al recordar esos tiempos—. Pero yo, por lo menos, dejaba que se vistieran antes de echarlas.

—Da igual. Todos los tíos son unos estúpidos.

—Oye, un respeto, zanahoria.

—Tú también eres estúpido —me espeta; después se frota las manos—. Ahora, vamos a ver esa carta.

Sin embargo, antes de que entremos al salón, alguien toca el timbre.

—¡Me cago en todo! ¿Quién será ahora? —se queja mi amiga, y vuelve a abrir la puerta.

La almorranera. Viene sudando, con la cara roja y le cuesta respirar; parece que ha corrido una maratón desde su casa hasta aquí.

—Ho... la —nos saluda respirando de manera agitada.

—¿De dónde vienes? ¿Del tour de Francia? —se burla Tania, y gira su cabeza hacia mí—. Lo he llamado para que me ayude a ordenar la casa antes de que venga mi abuela.

Me echo a reír. Estoy seguro de que lo iba a utilizar para limpiar mientras ella estuviera tumbada en el sofá, comiendo patatas fritas y viendo algún programa basura.

Venga, voy a tener un poco de compasión con Diego.

—¿Quién te perseguía para que vinieras corriendo? —le pregunto, jocosamente. Definitivamente, no me sale tener compasión con este tío.

—Nadie. —La almorranera continúa intentando respirar; a continuación, mira a Tania—. Agua, por favor.

Nos metemos en el salón, y Diego y yo nos sentamos cada uno en un sofá. Observo que está todo hecho un desastre por la fiesta del otro día: bebidas derramadas en el suelo, colillas en cada rincón, vasos por todos lados, comida pegada en el suelo...

Tania pasea su vista por los vasos de plástico, pero no hay ni uno que se encuentre limpio.

—Voy a la cocina.

Mientras mi amiga camina, me doy cuenta de que Diego contempla su culo.

—¿Quieres un babero? —inquiero, y sus ojos marrones se posan en mí—.

Está buena, ¿verdad?

—No es mi tipo.

—Claro, claro.

Tania regresa con un vaso lleno de agua.

—Toma. —Se lo tiende a Diego, y este se lo bebe sin descansar entre trago y trago—. ¿Abrimos esa carta ya o qué?

—Si alguien más no nos interrumpe... —murmuro, y Diego nos mira con expresión de no entender nada.

Tania me arrebató el sobre de las manos y no tarda en abrirlo. Se sienta en el regazo de Diego, y él se incomoda y sus mejillas se tiñen de rojo. Mi amiga empieza a leer la carta muy concentrada y mordiéndose el labio inferior.

—Di algo —la interrumpo, atacado de los nervios.

Mi amiga levanta su mirada hacia mí.

—No te han admitido —suelta, apenada.

Mierda.

—Pero si ahí pone... —indica Diego mirando el papel, pero Tania le tapa la boca con la mano.

—Lo siento, Álvaro, no te han cogido —me informa la zanahoria—. Tendrás que dedicarte a otra cosa. Nunca te lo he dicho, pero cantas fatal y no sabes tocar la guitarra ni el piano. Además, eres muy feo, y con esas orejas es mejor que te tapes la cabeza con una bolsa cuando salgas a la calle. La gente puede asustarse.

Noto que está intentando contenerse la risa, la muy cabrona, y el Caracartón también.

—Venga ya. Es coña —les espeto.

—No es coña —replica mi amiga, que se levanta y se acerca a mí con la hoja en la mano—. Míralo por ti mismo.

Se la quito y comienzo a leer:

«Álvaro Aitor González Lagos, tenemos el placer de informarle de que ha sido admitido en el Conservatorio de Música de Málaga tras realizar la prueba de acceso...»

—Hostia puta. ¡Que me han cogido! —exclamo; luego me levanto de un salto del sofá y abrazo a Tania tan fuerte que creo que le he roto un par de costillas.

—Enhorabuena, pedazo de adefesio —me felicita.

Me separo de ella y miro a la almorrana.

—¿Tú, qué? ¿No me felicitas?

—Pues felicidades —responde encogiéndose de hombros.

Qué tío más estirado.

—Vamos a celebrarlo pidiendo una pizza —interviene Tania dando palmadas—. Invita el pijo —añade con voz cantarina.

—No, no —se queja él—. Yo no tengo dinero.

—Joder, menudo tío más soso —escupo.

—Bueno, pues invita mi abuela. —Tania se acerca al mueble donde está la tele y abre un cajón; coge una caja y saca un billete de cincuenta—. ¿De qué la queréis?

—La que más carne tenga —sugiero, y me vuelvo a sentar en el sofá.

—No, carne no —dice la almorrana.

—¿Por qué? Si es lo más rico que existe —le contesta Tania.

—Soy vegetariano.

Mi amiga y yo intercambiamos una mirada y después nos echamos a reír como dos tarados.

—Hostias, ¿entonces vienes de la familia de los *Fruitis*? —me burlo, y Diego me mira entornando los ojos.

—No te metas con el chaval, que bastante tiene con no probar la carne durante el día, que aprovecha para comérsela a escondidas de madrugada —lo defiende Tania en tono burlón.

Nos chocamos las manos sin parar de descojonarnos.

—Ja, ja, ja —ríe Diego de manera irónica—. Sois unos idiotas.

—Oh, venga. No te enfades, cariño —le dice Tania, y se vuelve a acercarse a él—. Pediremos la que quieras, ¿vale?

El otro la estudia de arriba abajo, incómodo.

—Tania, ¿por qué no te pones unos pantalones o algo? Al pobre le va a dar un infarto —intervengo.

—No, no. Está bien así —contesta la almorrana, y mira a Tania a los ojos—. Digo que... Que hagas lo que quieras.

La zanahoria suelta una carcajada y coge su móvil. Llama a la pizzería y pide dos pizzas; una con carne, y la otra especial para vegetarianos.

Cuando acabamos de comer, dos horas después, ayudamos a Tania a limpiar la casa hasta dejarla reluciente, porque dentro de un rato su abuela vendrá tras haber pasado una semana de viaje con más momias.

—Estoy rendida —se queja mi amiga cuando terminamos, y se tumba en el sofá—. No pienso hacer más fiestas en mi vida.

—¡Pero si tú no has hecho casi nada! —le espeto—. Has estado todo el tiempo mirando el móvil.

—Pero me canso. ¿Quién me hace un masaje?

—Yo me piro —digo intentando escaquearme—. Tengo que contarle la noticia a Ari.

—Pues entonces tú. —Tania señala a Diego y le guiña un ojo—. Pijín.

Creo que se ha obsesionado con este tío. No sé lo que le ve de especial si es un puto friki. Me ha contado que no va a parar de tirarle la caña hasta que se lo folle; luego, a por otro.

—Bueno, me voy. Que folléis mu... —me detengo, y los dos me miran; entonces hago un esfuerzo por arreglar mis palabras—: Que lo paséis bien. —Sonrío con cara de niño bueno.

Abandono el piso de mi amiga y me marchó con Cassie.

* * *

—¿Te vas? —me pregunta mi madre.

—Sí. Voy a hacerle una visita a Ari.

Ayer no la pude ver porque me dijeron que se encontraba mal, así que me he tenido que esperar a hoy para poder visitarla.

—Álvaro, estoy muy orgullosa de ti. —Mi madre me abraza—. Me alegro de que te hayan aceptado en ese sitio.

Eh, que estoy soñando. Mi madre nunca me ha dicho estas cosas. Más bien se creía que mi pasión por la música era una tontería y que se me quitaría de la cabeza con el tiempo, igual que lo pensaba mi no-padre. Bueno, en realidad él lo sigue pensando; no le ha hecho nunca demasiada gracia que Mimi y yo pensáramos en dedicarnos a la música.

—Gracias, mamá —le digo, y le doy un beso en la mejilla—. Me marchó.

—Saluda a Ari de mi parte.

—Lo haré.

Para cuando llego al centro, le digo a la vieja de *Monstruos S.A.* que quiero ver a Ari y, en cuestión de minutos, ya estoy abrazando a mi amor en la sala de visitas.

—¿Cómo estás? —le pregunto, y nos sentamos en el sofá—. Ayer me dijeron que te encontrabas mal.

—Ay, sí. Un horror. Estuve todo el día con fiebre y vomitando. Te juro que me iba a morir —me cuenta, un poco paliducha y con ojeras adornando su rostro.

—¿Y ya estás mejor?

—Sí, ya se me ha quitado la fiebre, pero aún tengo el estómago delicado. No recordaba lo mal que se pasaba vomitando. Me dan escalofríos sólo de pensarlo.

—Mi niña. —Le doy un beso tierno—. ¿Sabes? Te tengo que contar una cosa.

—No me digas que es algo malo... Que últimamente las malas noticias vienen a mí.

—¿Qué malas noticias? —inquiero mirándola con preocupación.

—Pues que mi madre está chalada. Quiere sacarme de aquí y yo no quiero. Cuando esté recuperada, lo haré.

—Pronto te echarán de aquí. No le hagas caso a Lucifer, ya sabes cómo es —le digo esbozando una sonrisa—. ¿Esas eran las malas noticias?

—Sí... Bueno, no —dice, apenada, y suelta un suspiro—. Una compañera de aquí se ha intentado suicidar.

—Joder... —La acuno entre mis brazos.

—Lo bueno es que ya está mejor... Pero yo no quiero acabar haciendo lo que ha hecho ella, Álvaro.

—Y no lo harás —le aseguro, y le acaricio la cabeza—. Vas a salir de aquí. Sana y salva.

—¿Tú crees? —Me mira, esperanzada, y yo asiento, bastante seguro de lo que he dicho.

—No es que lo crea, es que lo sé.

Me dedica una preciosa sonrisa y me da un beso.

—¿Y qué es lo que me tenías que contar?

—Ah, sí. —Me saco del bolsillo de los vaqueros la carta y se la tiendo—. Lee.

Ari la coge y la desdobla. Empieza a leer y, conforme lo va haciendo, se le va dibujando una sonrisa en su rostro. Alza su vista hacia mí y atisbo un brillo especial en sus ojos verdes.

—Te han cogido —dice, alegre—. Sabía que te iban a coger. ¡Es que eres el mejor cantante y músico del mundo entero!

Me río.

—Y el más sexy —añado, y le planto pequeños besos en el cuello;

después me acerco a su oído para susurrarle—: Y el que mejor folla.

—¡Álvaro Aitor! —Ari me da un tortazo en la barriga.

Yo sonrío y poso mis manos en su rostro, contemplando sus preciosos ojos.

—Y el que más te quiere.

—Oh, qué bonito —dice sin dejar de sonreír, y nos besamos.

—Ya sé que soy bonito.

—¿Nunca se te acabará tu narcisismo enfermizo o qué?

—Eso forma parte de mí. Si no, no sería yo —respondo—. Además, no te quejes, porque sé que te encanta.

—Álvaro, cuando te hagas famoso... ¿me firmarás autógrafos en las tetas? —me pide con voz melosa, y a mí me entra un ataque de risa y un calentón de mil demonios.

—Te firmaré todo lo que quieras. —Vuelvo a besar su cuello—. Y todo el cuerpo con mis besos...

—¡Hora de irse! —nos interrumpe la enfermera entrando de sopetón en la sala.

Me cago en mi vida.

—Joder, cada vez duran menos las visitas —me quejo.

—No te preocupes. Pronto estaremos juntos todo el día y podrás cansarte de mí —me dice Ari, y se agarra a mi brazo, palpando mis bíceps—. Dios mío. No aguanto más. Cuando sea libre, te vas a enterar de la Ariadna, máquina de hacer bebés.

Me están entrando ganas de cogerla en brazos y salir corriendo en dirección a la calle para hacerle de todo.

—Tú no eres mi novia, ¿quién eres, farsante? —bromeo, y la enfermera carraspea; Ari y yo bufamos—. Pues parece que me tengo que ir ya. —Hago pucheritos—. Te quiero.

—Te quiero.

Y nos besamos, con el ruido de fondo de los suspiros de impaciencia de la enfermera.

Capítulo 30

Chris

—¿Por qué no te vienes hoy a estudiar a mi casa? —le pregunto a John.

—Vale, pero... ¿Estarán tus padres?

—Mi madre se irá con mi hermana a algún sitio cuando venga del hospital, y mi padre no vendrá hasta tarde.

—Entonces, perfecto.

Nos despedimos con un beso y él se dirige a su clase de Arte mientras yo me quedo en la parte de atrás del insti, haciendo tiempo para entrar en Informática, ya que el profesor siempre hace lo que le da la gana y llega quince minutos tarde.

Me siento en el suelo y busco mi móvil en los bolsillos de los vaqueros, pero no lo encuentro.

Mierda, se lo ha llevado John porque ha estado escuchando música con él.

De pronto, diviso a dos de sus amigotes acercándose hacia donde estoy, pero sin Víctor, porque se graduó el otro día con Álvaro y era el líder de la manada.

—Pero mira a quién tenemos por aquí —dice el que parece el nuevo cabecilla, y mira a su acompañante; yo me levanto para plantarles cara—. Tío, ¿te apetece romperle las piernas a la mariquita?

El otro asiente, sonriendo con cara de gilipollas.

—Qué valientes... —murmuro.

Cuando digo eso, el líder me agarra del cuello de la camiseta y pega mi espalda a la pared, mirándome como un león mira a su presa.

—No sé lo que le has pegado a nuestro colega para que se haga maricón, pero nosotros no lo vamos a consentir. Pensamos acabar contigo.

Espero que pase algún profesor pronto por aquí, si no, estoy acabado. ¡Y yo que pensaba que no me hacían nada porque estaba con John! Qué equivocado he estado... Han esperado a que yo estuviera un momento a solas para aprovechar y partirme la cara.

—Si me pegáis dentro del instituto, os van a expulsar. Yo sólo estoy avisándoos —les informo.

La verdad es que me da igual lo que me hagan. La gente como ellos nunca cambiará, y si lo hacen, será a peor.

—Nos importa una mierda —me espeta el otro.

El líder me suelta y lo primero que recibo es un puñetazo en el estómago; yo no me quedo quieto y le pego un guantazo en la mandíbula. El otro lo defiende, empujándome contra la pared, y me golpea con su puño en la cara.

—¡Menudo cabrón! —oigo al líder.

Entre los dos me tiran al suelo y el cabecilla se sube encima de mí para empezar a darme tortazos en el rostro, mientras el otro me regala patadas en el costado izquierdo.

—¡Eh! ¿Qué coño hacéis? —Es la voz de John—. ¡Dejadlo en paz!

El cabecilla me deja de pegar y se levanta. Yo me siento tan mareado que sólo puedo abrir un ojo. Me doy cuenta de que alguien se cae al suelo y entre ellos comienza a formarse una pelea. Me espabilo con rapidez, me levanto, escupo la sangre que me sale de la boca y me dirijo hacia ellos. Descubro a John tirado en el suelo mientras los otros dos le golpean. ¿No se supone que eran sus amigos? Agarro al jefe de la manada y lo empujo.

—¡Ni se te ocurra tocarle un pelo! —le espeto mirándolo con rabia.

—Vaya, si ha venido la novia a defenderlo —me dice, y se limpia con la mano la sangre que estaba descendiendo de su rostro.

De nuevo, me agarra del cuello de la camiseta con fuerza y me contempla con cara de asesino en serie; después me vuelve a pegar a la pared.

Me va a matar. Este tío está muy loco.

Intento zafarme de él, pero no puedo, porque me tiene bien sujeto. A estos trogloditas deberían encerrarlos en una celda y no dejarlos salir nunca.

—¡Chris! —grita John acercándose a mí.

—¡Deja a mi amigo!

Ari, que imagino que habrá salido con un permiso del hospital para hacer un examen, es la que acaba de chillar, y le pega un puñetazo al tipo en la cara, que hace tirarlo al suelo.

Todos nos quedamos a cuadros, y observo que unos cuantos alumnos a los que les toca Educación Física se acercan para cotillear. ¿Dónde están los profesores hoy?

El matón logra levantarse, se acerca a mi amiga y la agarra con fuerza de la muñeca, sin dejar de mirarla con el rostro cargado de ira.

No pienso consentir que le haga nada, así que me aproximo a ellos, pero antes de que yo le pegue una buena hostia al idiota, Diego aparece y lo hace

antes que yo.

Caray, esto parece una escena de una película de acción de las malas.

—¿Estás bien, Ari? —le pregunta Diego, sujetándole la muñeca con suavidad, y ella asiente.

—Chris —John pronuncia mi nombre acercándose a mí—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —respondo. Observo su cara con heridas e imagino que la mía estará peor.

—Venía a devolverte el móvil, pero... ¡Dios!

Poso mis manos en sus mejillas y le doy un beso suave.

—Tranquilo.

Dos profesores de Educación Física vienen tarde a nuestro rescate, y es entonces cuando estamos perdidos.

* * *

Pues al final los que han salido ganando hemos sido nosotros. Los profesores, después de que Ari y John acabasen su examen de Arte, nos han pedido que fuéramos al despacho del director. Ari les ha explicado lo que ha ocurrido de una manera muy calmada y educada, que hasta al director le ha entrado lástima, poniéndose de parte de John y de mí, y expulsando a los dos matones.

Ahora estoy estudiando Lengua con John en mi habitación; yo, en el escritorio, y él, tumbado en mi cama con el libro tapándole la cabeza, y creo que dormido, porque desde hace un buen rato está callado.

Me levanto de la silla y me acerco a John; le quito el libro de la cara y lo coloco sobre la mesita de noche. Contemplo su rostro profundamente dormido, aproximo mi mano a él y lo acaricio. Le ha salido un moratón en el ojo derecho por la pelea de esta mañana, y aún tiene un par de heridas por la cara.

—Uhhh... —murmura mientras le sobo el pelo, que me encanta, porque lo tiene negro y revuelto, que parece que se lo despeina a posta.

—Bebé —susurro en su oído.

Nunca he sido fan de esta clase de palabras tan tontas, pero a él me gusta decírselas, aunque parezca lo más patético del mundo.

John abre los ojos.

—Me he dormido —suelta, y da un bostezo; después se incorpora sobre la cama y se estira.

Un golpe en la puerta de mi habitación nos interrumpe. Cuando la abro, me encuentro con mi madre.

—Christian, me voy con tu hermana a casa de tu abuela.

—Vale.

Mi madre asoma su cabeza hacia el interior de mi cuarto para mirar a John.

—Adiós, John.

—Hasta luego, Lily —se despide él con la mano.

Cierro la puerta y John se levanta y me abraza por detrás.

—Solos. Tú y yo —me susurra, y me besa el cuello; yo me estremezco—. ¿Sabes? Cuando he visto a esos dos pegándote esta mañana, me he sentido fatal.

Me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Por qué?

—Porque se supone que son mis amigos. Quería destrozarles la cabeza a los dos por hacerte eso —admite—. No me gusta nada verte mal, y mucho menos que te hagan daño. —Posa las manos en mi rostro y me mira a los ojos; las bodas gitanas vuelven a aparecer en mi estómago al oírlo—. Te quiero, Chris.

Ay, mi madre. Qué palabras más preciosas acaba de soltar por esos labios tan perfectos.

Sonrío como si fuera idiota.

—Yo también te quiero, Johnny.

Sus labios se tuercen hacia arriba, en una perfecta sonrisa.

—¿Johnny? —cuestiona—. Nunca me ha gustado que me llamen así.

—¿Por qué? Si es un diminutivo cariñoso.

—He dicho que nunca me ha gustado, pero oírte a ti llamarme así, hace que me encante.

—Oh...

Y me interrumpe besándome de una manera suave y lenta. Me pego más a él para profundizar el beso, con el que hace que sienta fuegos artificiales por todo el cuerpo. Me levanta y me lleva hasta mi cama mientras nos reímos; después me tira sobre ella y se coloca sobre mí. Durante los próximos minutos, no paramos de besarnos, y yo le intento quitar la camiseta; él me ayuda y la tira al suelo. Hace lo mismo con la mía y me contempla, mordiéndose el labio inferior. Recorre mi torso con sus manos lentamente, provocándome temblores por cada parte que toca, sin dejar de mirarme, y se

para en uno de los moratones de mi abdomen.

—Esos tipos son imbéciles —comenta acariciándolo, y empiezo a ponerme tenso.

—No pienses en eso ahora —le digo.

John sonrío y me da pequeños besos por el pecho hasta llegar al abdomen. Mi corazón quiere salir disparado de mi cuerpo y los pantalones empiezan a molestarme. En cambio, John se concentra en desabrocharme el cinturón y, cuando lo consigue, me quita los vaqueros y los arroja al suelo. Su vista se para en el bulto de mi bóxer, que no tarda en quitármelo, quedando yo totalmente expuesto ante él.

Si no muero de un ataque al corazón por culpa de John, moriré de sentir tantos cosquilleos por todo mi ser.

Mi novio no para de estudiarme con sus ansiosos ojos azules.

«Christian, acuérdate de respirar», me digo a mí mismo.

—Eres perfecto —susurra, y yo noto mi boca seca.

Se acabó. Yo también necesito ver lo perfecto que es, así que me incorporo sobre la cama y tumbo a John en ella; a continuación, le quito sus vaqueros junto con su bóxer, y los revoleo por los aires. Observo su erección y comienza a entrarme mucho calor.

«Respira, Christian, que te va a dar un patatús».

Me coloco sobre él y nos besamos. Luego recorro con mi lengua sus abdominales y noto cómo la respiración se le acelera.

—Chris... —susurra un poco nervioso—. Nunca lo he hecho con un tío.

Suelto una risita.

—¿No me digas? ¿En serio? —bromeo sin dejar de mirarlo—. ¡Eres virgen!

No me sorprendo porque sé que es evidente: sólo ha estado con chicas. Yo, sin embargo, sólo lo he hecho con Mateo, y nuestra primera vez fue de lo más extraña.

—No te rías de mí, capullo —me espeta.

—Lo siento —contesto poniéndole morritos—. Tendré cuidado y te lo haré como si fueras un principito.

—Yo te mato.

John y yo nos volvemos a besar. Cuando él está lo suficientemente listo, me pongo el condón y me coloco entre sus piernas; las suyas se abrazan a mi cintura. Entro con cuidado en él, ahogo un jadeo y observo su rostro tenso.

—Relájate, cariño —lo intento calmar, y lo beso en los labios.

Comienzo a moverme despacio mientras nos besamos y, cuando siento que se relaja, aumento la velocidad. Una vez que estallo, es el turno de John. Apoyo mis manos y mis rodillas sobre el colchón, y él me penetra, sujetando mis caderas.

Hacer el amor con la persona que quiero es lo más maravilloso que existe en el mundo. Ahora las bodas gitanas ya no se celebran en mi estómago, sino por todo mi cuerpo.

Acabamos, exhaustos, y nos tumbamos en la cama, abrazados.

—Eres increíble —me dice.

—Lo mismo digo de ti —respondo sonriendo como un maldito imbécil.

Permanecemos un buen rato de esta manera, reponiendo fuerzas, y es la sensación más agradable del mundo.

—Pues habrá que espabilarse ya, ¿no? —rompo el momento.

—Yo me quedaría así siempre —me dice, y su aliento en mi rostro me produce más cosquilleos.

—Créeme, yo también, pero mi madre o mi padre tienen que estar a punto de llegar.

—Qué rollo.

Me incorporo sobre la cama y mi vista se posa en John, tumbado y con las manos detrás de la cabeza, completamente desnudo. Él me mira y esboza una bonita sonrisa; después se levanta y apoya su cabeza en mi hombro.

—Guapo —me susurra.

—Deja ya de provocarme y vamos a vestirnos —respondo, y me levanto de sopetón.

John se vuelve a tirar en mi cama, pero esta vez bocabajo, mostrándome su trasero.

—No quiero.

Bufo. ¿Por qué será tan adorable?

Lo arrastro por la cama, cogiéndolo de los brazos, y lo tiro al suelo.

—Joder, podrías tener más cuidado —se queja, y hace una mueca de dolor; yo no puedo evitar reírme a carcajadas—. Encima te cachondeas...

—Lo siento —me disculpo, y lo ayudo a levantarse.

—No pasa nada. Ha estado genial. —Se abraza a mí y me besa; yo sonrío contra sus labios.

Cuando nos vestimos, nos marchamos de mi habitación y bajamos las escaleras. Sin embargo, no todo es de color de rosa, porque en la puerta de la entrada nos encontramos con mi padre tambaleándose.

Mierda. Hoy ha venido más temprano de lo habitual.

Mi padre nos mira a los dos y se ríe, negando con la cabeza. Yo me tenso y John lo mira con los ojos entornados.

—Vamos fuera —le digo a mi novio, que no tiene ni idea de lo que pasa con mi padre, y tampoco quiero preocuparlo con mis problemas.

Salimos de mi casa y nos quedamos en el porche.

—¿Qué es lo que pasa con tu padre, Chris?

—Nada —respondo, seco—. Sólo le gusta hincar el codo un poco, pero nada más.

—¿De verdad? —insiste; su rostro luce preocupado.

—De verdad.

Decido acompañarlo hasta su casa, porque no quiero entrar tan pronto en la mía con mi padre de por medio. John y yo caminamos con nuestras manos entrelazadas y hablando de chorradas hasta que llegamos a su portal. Permanecemos abrazados y sintiendo que nuestro alrededor no existe.

Hasta que un carraspeo nos saca de nuestra burbuja.

—Pasta, pasta, pasta.

Nos separamos de inmediato y descubrimos al hermano de John mirándonos y con la mano tendida.

Creo que este chico tiene una obsesión con el dinero.

—¡Venga ya! —exclama John—. No te pienso dar más, Toni.

—Entonces le diré a mamá lo que haces con tu amigo, el rarito.

—No soy rarito, niño —replico, y Toni me saca la lengua.

—Toma, imbécil. —John le tiende un billete de diez euros—. Procura mantener la boca cerrada.

Toni lo coge y lo mira muy feliz; luego entra en el portal y nos vuelve a dejar solos. Cuando nos despedimos sin que ninguno de los dos quiera, vuelvo a mi casa. Mi padre se ha quedado frito en el sofá, y mi madre aún no ha llegado de la casa de mi abuela, así que subo a mi habitación, me acuesto en mi cama con los auriculares puestos y escuchando *Come*, de Jain, y con el olor de John entre mis sábanas.

Capítulo 31

Diego

Vale, no estoy muy seguro de lo que le voy a decir a Ari. La última vez que hablé con ella fue después del examen de Historia. Bueno, miento. En realidad fue cuando el tío que se peleó con John y con Chris la estaba sujetando de la muñeca con fuerza, que parecía que quería rompérsela en mil pedazos, y yo no iba a permitir que ese imbécil le tocara un pelo a Ari, así que le pegué un puñetazo que hasta lo tiré al suelo, y después le pregunté a mi amiga cómo estaba.

Qué cobarde soy.

Ari aparece por la puerta de la sala de visitas del hospital.

—Hola —la saludo, pero ella se cruza de brazos y me mira entornando los ojos.

—¿Tienes fiebre o algo? —me pregunta, y coloca su mano en mi frente —. Porque me parece bastante raro verte por aquí.

—Quería hablar contigo. —Suspiro, y añado—: De todo.

—Pues habla.

—¿Estás enfadada?

—¿Y tú eres idiota? —me espeta.

Sí, está muy enfadada.

—Muy idiota —le doy la razón.

—No, más bien creo que la idiota soy yo. —Ahora su voz suena dulce.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no supe decirte las cosas bien, Diego —empieza a hablar, mirándome—. Por supuesto que me importan tus sentimientos hacia mí, pero para mí ha sido muy difícil enterarme de eso, es que ni me he dado cuenta hasta que Natty lo dijo. Siempre has sido muy importante para mí y no me gustaría nada perderte. Porque te quiero mucho. Pero como amigo.

Esa última palabra me ha dolido. Ya estoy oficialmente en la *friendzone*. No es que pensara que me iba a decir que ella también está enamorada de mí, algo que me parece imposible, ya que no se puede amar a dos personas a la vez. Ella quiere a Álvaro, pues ya está.

Pero me duele saber que nunca tendré mi oportunidad.

—No me vas a perder —le aseguro, y me acerco a ella—. Pero no te voy a mentir. Me hubiera gustado tener una oportunidad contigo. Aunque me alegro de que hayas encontrado a Álvaro y de que seas feliz con él. En realidad no es tan malo, sólo le tengo un poco de envidia.

Ari me sonrío con ternura.

—Ay, Diego. —Me estrecha entre sus brazos—. Eres tan mono... Me gustaría que Álvaro y tú os llevarais bien. Seguro que, si lo intentáis, seríais buenos amigos.

—Imposible. Ese tarambana me odia.

Se separa de mí y me mira.

—No lo lloames así. Además, no te odia.

Sonrío. Ahora ha llegado el momento de contarle lo peor.

—Ari, me voy a Barcelona —suelto de pronto.

—¿Cómo? —se sorprende, mirándome como si no entendiera nada, y comienza a ponerse de los nervios—. ¿Para siempre? ¿Es por mi culpa? ¿Por qué? ¿Cuándo?

—Tranquila. —Esbozo una sonrisa para calmarla—. Voy a pasar el verano allí con mis abuelos. Los echo de menos y quiero despejarme de todo esto.

—Ya me habías asustado. —Me da un golpe en el hombro—. ¿Entonces no te veré en unos meses?

—Lo siento —me disculpo—. Podrás apañártelas sin mí, ¿no? Pero espero que, cuando vuelva, estés ya fuera de este sitio.

—Voy a estarlo. Ya lo verás —me asegura—. Si no, te regalo todos los libros que tengo.

—¿En serio? Eso es mucho sacrificio... Deshacerse de todos tus libros... —De repente, una idea se me viene a la cabeza—. Tienes que firmármelo en un papel. —Me saco una hoja y un boli del bolsillo de los vaqueros y se los tiendo.

—¿Y qué pongo? —Los coge y se acerca a la mesa.

—Que me regalarás todos tus libros si no sales de aquí.

Escribe algo y después me tiende el papel para que lo lea.

«Yo, Ariadna LeBlanc López, prometo regalarle todos mis libros a Diego Olivares Moreno, si no salgo del manicomio sana y salva cuando él regrese de Barcelona»

Me río al terminar de leerlo.

—Ya lo sabes. Hazlo por tus queridos libros —le digo.

—No, no. Lo voy a hacer por ti, para que veas que soy toda una luchadora.

—No me defraudes, eh. —La rodeo con mis brazos e inhalo el olor de su pelo—. Te echaré de menos.

—Yo también —responde, y me da un beso en la mejilla—. Pero ten cuidado con la víbora de tu ex, que soy capaz de escaparme de aquí, coger el tren, plantarme allí y descuartizarla con mis propias manos.

—Tendré cuidado.

Cuando se acaba el tiempo de la visita, salgo del centro y diviso a Tania sonriéndome, sentada en su moto, al lado de mi bici.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto al acercarme.

—Te he visto entrar y he decidido esperarte, pijín —me contesta, y se baja de su moto—. ¿Te apetece dar una vuelta?

—Gracias, pero tengo mi bici. —Le quito el candado a la bici.

—Pues creo que no vas a ir muy lejos. Mira su rueda. —Me la señala con la cabeza.

Está pinchada.

Sospechoso.

—¿Entonces, qué? ¿Vienes conmigo? —inquiere, ilusionada y poniéndome ojitos.

—Voy a llevarla hasta mi casa.

—¿Con lo lejos que vives? —se sorprende—. Mejor te llevo yo y venimos otro día a por ella.

Esta chica es muy pesada. ¿Será como Natty?

—¿Dónde está tu amigo hoy? —quiero saber refiriéndome a Álvaro.

—Le toca turno en el McDonald's, así que estoy muy, pero que muy aburrida. Vente conmigo, porfa. —Pone morritos.

Suelto un profundo suspiro.

—Está bien.

Da palmaditas muy contenta; después saca dos cascos y me tiende uno. Nos subimos a la moto y, cuando entra en la carretera, su cabello rojizo se estampa contra mi cara.

Una vez que aparca cerca del portal de su casa, nos bajamos de la moto. De repente, me agarra desprevenido del rostro y junta sus labios con los míos.

Intento apartarme, pero no puedo; mis labios se mueven solos.

—Sígueme el rollo —susurra contra mis labios.

No entiendo a esta tía y los puntos que le dan en la cabeza.

Sin embargo, continuamos besándonos, pero al cabo de unos minutos, oímos un carraspeo. Tania se despegas de mi boca y se da la vuelta.

—¡Hombre, Carlos! —exclama ella; su expresión es algo falsa.

Observo al chico, castaño con ojos oscuros, vestido con una camiseta básica verde, vaqueros y zapatillas de deporte, y que me estudia, curioso.

—¿Quién es este tío? —le pregunta a Tania, y puedo comprobar que lleva ortodoncia.

Tania se agarra a mi brazo.

—Mi novio —le responde ella—. Así que deja de perseguirme de una puta vez. Hemos acabado. Soy libre. Eras un muermo de novio. Yo necesito vivir la vida y probar cosas nuevas, no como tú, que te has quedado estancado haciendo experimentos con garbanzos con tus amigos, los frikis.

Pobre chico, la que le está cayendo. Aunque me recuerda un poco a la relación que tenía yo con Natty...

—Pero, Tania... —murmura él con voz temblorosa.

—Que seas muy feliz —lo interrumpe ella—. Y, por favor, deja de perseguirme. Acepta que ya no estamos juntos.

Tania me mete a rastras en su portal mientras yo me despido con la mano del pobre chico, que nos contempla con el corazón roto en mil pedazos.

—¿No crees que te has pasado un poco? —le digo a Tania subiendo las escaleras.

—¡Es que no puedo con él! —exclama haciendo aspavientos con las manos—. ¡Es un muermo! ¡Me quedaba frita cuando estaba con él y con su grupito de frikis!

Con lo tranquilo que se le veía al chico y con lo hiperactiva que es Tania, es normal que esa relación terminara tarde o temprano.

—Bueno, ¿entonces, qué te apetece hacer? —me pregunta cuando entramos en su piso. Se acerca a mí y rodea mi cuello con sus brazos, pero yo me quito sus zarpas de encima y me aparto de ella. Suelta un bufido—. Estás siendo muy difícil, Dieguito.

Sonrío y camino hasta su salón; ella me sigue.

—Sabes que no me gustas.

—No es eso. Lo que te pasa es que te has estancado con lo de Ari y estás pidiendo a gritos que otra tía te distraiga.

Me río, negando con la cabeza, y nos sentamos en el sofá.

—Ahora mismo no me apetece eso. Ya sabes, acabo de salir de una relación muy complicada —le recuerdo, y ella se sienta a horcajadas sobre mí.

—No te creo nada —me contesta, y pasea su pulgar por mis labios; después acerca su rostro lentamente al mío para besarme, pero el sonido de una melodía lo impide.

Tania bufá otra vez y yo saco el móvil de mi bolsillo. No obstante, lo lanzo al sofá en cuanto me doy cuenta de que es Natty la que me está llamando.

Sigue igual de pesada. No se cansa de llamarme. La tengo bloqueada en WhatsApp y en Facebook desde hace mucho tiempo y no desiste.

—¿Quién es, si puede saberse? —quiere saber Tania.

—Natty.

—Ah, qué interesante. —Me rodea el cuello con sus brazos, poniendo morritos—. ¿Y por qué no se lo coges?

—No me apetece.

Tania sonrío, vuelve a acercar sus labios a los míos y nos besamos.

De nuevo, nos interrumpe mi móvil.

—¿Por qué no lo apagas? —me aconseja.

—Por si mi madre me llama.

—¿Y prefieres dejar que tu maldita ex nos siga molestando?

Finalmente, Tania gana y vuelvo a coger el móvil para apagarlo, pero justo ahora me llega un SMS que no es de publicidad, sino del número de Natty.

«Estoy llorando, Diego. Esta vez es importante. Hay un tipo que quiere saber de ti»

No puede ser cierto. Espero que no sea el mismo hombre que está viniendo a mi mente en estos momentos.

Le hago una seña a Tania para que se quite de encima de mí.

—¿Qué pasa?

Me levanto, ignorando a la pelirroja, y marco el número de Natty, nervioso. Me tiemblan hasta las pestañas. No me contesta, pero continúo llamándola un par de veces más.

—¿Por qué tanto drama? —insiste Tania desde el sofá.

Natty sigue sin cogerme las llamadas.

—No pasa nada. Debo irme —le digo a Tania—. Te veré en septiembre.

—¿Cómo? —Se levanta de un salto del sofá.

—Me voy a Barcelona a pasar el verano.

—No. —Niega con la cabeza—. No te puedes ir y dejarme con este calentón todo el verano. ¿Estás loco? Yo creía que eras más empático.

Sonríó y ella hunde su dedo índice en el hoyuelo de mi barbilla.

—Lo siento —me disculpo intentando no reírme.

—Bah, no importa —dice haciendo un ademán con la mano—. Sólo espero que no seas demasiado gilipollas y vuelvas con tu ex.

Me ha dicho lo mismo que Ari. Si supieran la de cosas que tienen en común, serían grandes amigas.

—No seré tan idiota.

—Le romperé la nariz cuando la vea si ocurre eso —me advierte mirándome—. Y a ti, otra cosa.

* * *

Estoy esperando a Natty en la salida de donde tiene las clases de teatro. He decidido venirme antes a Barcelona para hablar con ella, que me cuente lo que ha ocurrido y asegurarme de que no le pasa nada. Ayer, cuando me fui de la casa de Tania, volví a llamarla y me dijo que se encontraba bien, pero la noté asustada.

Por fin la veo salir y se marcha por el sitio contrario al que yo estoy. Imagino que no me habrá visto, así que me acerco a ella y le pongo mi mano en el hombro. Natty se da la vuelta de manera brusca y me pega una patada en la entrepierna. Me doblo sobre mí mismo y ella se tapa la boca con las manos.

—Perdón, perdón, perdón —se disculpa una y mil veces.

Cuando me recupero de su ataque, me incorporo y ella me da un fuerte abrazo.

—Echaba de menos estar así —confiesa.

Quiero decirle que yo no, pero mejor me lo guardo para mí.

—Yo también —miento.

Natty se separa de mí.

—Perdona por la patada, en serio. Es que ayer, el tipo que te conté, me pilló en la calle cuando no había nadie, y me agarró muy fuerte del brazo.

Aún me duele —cuenta acariciándose la muñeca, y yo la cojo de las manos.

—Cuéntame lo que ha pasado —digo mirándola a los ojos.

Caminamos hasta nuestro parque y nos sentamos sobre nuestro banco.

—¿Cómo era el hombre? —inquiero.

—Tenía muy mala pinta. —Cierra los ojos para acordarse mejor. Siempre me ha hecho gracia esta manera que tiene Natty de recordar las cosas—. Llevaba un tatuaje en el cuello. Creo que era de una cobra, pero no me fijé bien. Estaba muy asustada.

Acerco mi mano a su mejilla y se la acaricio.

—¿Y qué te dijo?

—Que le contara dónde os habíais mudado, y le dije que os habíais ido a Sevilla —me responde, y yo respiro aliviado al saber que no nos ha delatado, pero supongo que, si el tipo se entera de que le ha mentado, es capaz de volver y de hacerle algo a Natty—. Mira, Diego, yo no sé quién es ese tío, pero quiero que tengas mucho cuidado.

—Yo tampoco sé quién es —admito—. Gracias por no decir nada.

—No me tienes que dar las gracias. Ya sabes que, aunque no estemos juntos, sigues siendo muy importante para mí y no permitiría que nada te ocurriese.

Seguramente estará actuando. Tengo mis dudas sobre cuándo dice la verdad y cuándo me miente. Aunque, si tengo que ser sincero, ella también sigue importándome.

—Lo mismo te digo —le contesto.

—Y siento lo que hice en la graduación de tu amigo. Admito que me pasé muchísimo contando eso delante de tanta gente —me dice, y por una vez, me creo su sinceridad—. Sobre todo delante de Ari.

—No importa. Alguien me tenía que dar el empujón para que se enterara de lo que siento por ella.

Intenta reír, pero noto su expresión de arrepentimiento.

—De verdad, lo siento. Fue Mónica la que me animó a ello.

—Y yo de verdad te digo que no importa —insisto esbozando una sonrisa; ella se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Gracias —me dice, y apoya su cabeza en el hueco de mi cuello.

Capítulo 32

Ari

Dos meses después...

Soy libre.

Hoy, después de haber estado durante meses encerrada en el hospital, por fin me han dado el alta.

—Ari, pues parece que no vas a necesitar permanecer más tiempo aquí —me dijo la psicóloga esta mañana.

Me siento muy feliz ahora mismo recogiendo mis cosas y haciendo la maleta. No ha sido nada fácil recuperarme, pero lo he conseguido, aunque tengo miedo de que mis pensamientos me vuelvan a jugar malas pasadas y recaer. Sin embargo, he aprendido a ser fuerte y a no hacerles caso. Hace un rato me he despedido de los amigos que he hecho y les he prometido que vendría a verlos a menudo, y por fin sé la cifra de mi peso: cincuenta y tres kilos, que es mi peso normal y estoy contenta por ello.

Termino de meter las cosas en la maleta y salgo de la habitación. Camino por última vez por el pasillo del terror hasta llegar a la sala de espera, donde se encuentran mi madre, mi hermano y Álvaro, esperándome. Mi novio, en cuento me ve, corre una maratón hacia mí y me levanta por los aires.

Somos los protagonistas de una peli romántica. Nuestra propia peli romántica.

—No sabes las ganas que tenía de que llegara este momento —me dice; luego me baja y me besa.

—Yo también.

Lo estudio de arriba abajo con detenimiento. Lleva las gafas de sol que le regalé y viste unas bermudas azules con una camiseta blanca y unas chanclas. Estos dos últimos meses, su piel ha cogido color, y ahora luce un bronceado con el que me vuelvo loca, porque ha estado yendo a la playa a lucir tipazo con todos; yo, en cambio, sigo como una muerta viviente por haber estado encerrada.

—¿Por qué tienes que ser tan así? —le pregunto, y él esboza una media

sonrisa.

—¿Tan así cómo?

—Tan perfecto, que haces que lo único que desee sea hacerte padre de familia numerosa.

Suelta una carcajada y nos damos cuenta de que he hablado en un tono demasiado alto, porque mi madre y mi hermano nos contemplan con los ojos como platos; después, se acercan a nosotros.

Noto los mofletes encendidos. Muy encendidos. Y a Álvaro se le han coloreado las mejillas de rojo y está sonriendo. No me lo puedo creer; se acaba de poner colorado. Esto hay que enmarcarlo. Qué mono.

Mi hermano me da un fuerte abrazo y mi madre también. He mejorado mi relación con ella, ya parece que nos entendemos un poco más.

—¿Nos vamos, Ariadna? —inquire la sargento.

—Estoy deseando salir de aquí.

Abandonamos el hospital y me quedo mirando el edificio. Espero no volver nunca más a este lugar, a no ser que sea de visita. Me acerco a una papelería y me quito la pulsera morada de la muñeca izquierda.

—Hasta nunca, Mía —me despido de ella, y la tiro.

Mi madre y mi hermano entran en el coche y se sientan delante; Álvaro y yo, detrás.

Todavía no me creo que por fin sea libre.

—Esta noche vamos a hacer una minifiesta de pijamas, pelis y palomitas, como te gustan a ti, para celebrar que ya estás bien —me susurra Álvaro mientras mi madre conduce.

—¿En serio? —cuestiono ladeando mi cabeza hacia él—. ¿Quiénes?

—Pues todos, aunque falta tu amigo, el rey de las almorranas.

Es verdad, Diego continúa en Barcelona y no volverá hasta principios de septiembre. Lo he estado echando mucho de menos desde que se fue y espero que le esté yendo genial por allí. Pero se desilusionará cuando sepa que no se va a quedar con mis libros.

—No sé si mi madre me va a dejar. ¿Dónde es?

—En mi casa, la de las afueras —me informa mi novio—. Y no tienes que preguntárselo a tu madre. Ya la hemos convencido entre tu hermano y yo.

—Guau.

Si es que cuando Pablo se pone de por medio, mi madre es bastante débil. Como es su hijito preferido que nunca le ha dado ningún problema... Pero, a pesar de eso, quiero mucho a mi hermano.

Una vez que llegamos a mi casa, Álvaro y yo subimos las escaleras; él, con mi maleta, y yo, pensando en que por fin estoy aquí. Mi novio abre la puerta de mi habitación y pasa; luego entro yo y, de repente, alguien me tapa los ojos detrás de mí y doy un respingo.

—Álvaro, ¿se puede saber qué estás haciendo? —exijo saber.

—Enana, no soy yo —me responde en tono divertido—. ¿Cómo lo voy a ser, si estoy delante de ti?

Es verdad, qué tonta soy. Creo que tanta medicación me ha dejado sin neuronas.

—¿Entonces? —inquiero, y toco las manos extrañas—. Son ásperas y grandes. Tienen que ser de un chico —digo sin dejar de sobarlas, y se me viene a la cabeza alguien, pero me parece imposible porque está en Barcelona.

—¿Sabes ya quién es o no? —pregunta Álvaro, impaciente.

Venga, que me voy a arriesgar.

—¿Diego?

Las manos dejan de tapar mis ojos, parpadeo varias veces para acostumbrarme a la luz y me doy la vuelta.

¡Ay, que es él!

—¡Diego! —exclamo. Me abalanzo sobre mi amigo y lo abrazo tan fuerte que creo que le voy a cortar la circulación.

—Ari —susurra pegado a mí—. Te he echado de menos.

—Yo también. Me alegro de no regalarte mis libros.

Mi amigo se ríe y escuchamos el carraspeo de Álvaro. A continuación, me separo de Diego y me dirijo hacia mi novio para echarle la bronca.

—Tú lo sabías y no me has dicho nada —le recrimino.

—Es que si te lo hubiera dicho, ya no sería una sorpresa y no tendría gracia. —Sonríe encogiéndose de hombros; luego mira a Diego—. ¿Qué tal el viaje, almorrana? —Y se tumba de un salto en mi cama, con las manos puestas detrás de la cabeza.

—Aburrido —contesta él, y se sienta al lado de Álvaro.

Me toca saludar a alguien más. Voy a mi armario y lo abro. Enseguida veo a Moon tumbada sobre mis camisetas. La cojo en brazos y la acaricio.

—Mi cosita —digo, y le doy besos por la cabecita; ella ronronea.

Álvaro hace una mueca de asco.

—Tu cosita soy yo, no esa bola de pelo antipática —replica.

Le saco la lengua a mi novio y Diego nos mira sonriendo.

—¿Vas a venir a la minifiesta, Diego? —le pregunto. Ahora que me fijo bien, está muchísimo mas moreno que antes.

—Por supuesto —responde.

—Pues voy a ducharme antes de irnos, que apesto a cerdita —digo, y dejo a Moon encima de la cama.

—Me gusta que apestes a cerdita —interviene Álvaro.

Porque no tengo nada a mano para tirarle, sino... Lo descalabraría.

—Que te den —le espeto.

—¿Me vas a dejar solo con este pijo? —inquieta mi novio señalando a mi amigo—. No tardes mucho, que se me pegan sus pijadas.

Diego lo fulmina con la mirada.

—Y a mí tu gilipollez crónica.

Ay, no, cuando vuelva de la ducha, estoy segura de que va a estar la habitación llena de sangre y los cadáveres de los dos tirados en el suelo... Y Moon sacando músculo con una capa de *SuperCat*.

Vale, estoy como un cencerro.

Cojo una toalla y ropa limpia del armario.

—Ahora vuelvo. Portaos bien.

Entro en el baño, me quito la ropa y me meto en la ducha. Qué tranquilidad sin nadie que me vigile; ya echaba de menos mis baños relajantes.

Después de más de veinte minutos con el agua cayendo sobre mi cuerpo, me visto, me envuelvo el pelo en una toalla y regreso a mi cuarto. Cuando entro, me encuentro con Álvaro y Diego riéndose mientras ven algo en mi portátil.

Espera un momento, que tengo que rebobinar. ¿Qué hacen riéndose los dos juntos? Esto es surrealista.

—Esto... —balbuceo, y los dos paran de reírse y se me quedan mirando—. Creo que me he equivocado de habitación. —Vuelvo a salir y entro otra vez—. ¿Quiénes sois y qué habéis hecho con mis dos chicos? —pregunto de manera exagerada y fingiendo que lloro.

—Nos los hemos comido. Yo, al sexy Álvaro, por supuesto —explica mi novio.

—Ya, claro —respondo, y señalo mi portátil—. ¿Y qué estabais viendo ahí tan gracioso?

—Vídeos tuyos de pequeña —me contesta Diego—. Nunca me los has enseñado.

Oh, menuda puñalada. ¡Se estaban riendo de mí!

Me acerco a ellos y les quito mi portátil de las manos, enfadada. Me siento en la cama y reproduzco el vídeo que estaban cotilleando. Es el de cuando me caí de un tobogán de un parque con cuatro años y me puse a llorar, con sangre en mi rodilla; mi padre estaba grabando y mi madre me ordenaba que parara de lloriquear, si no, el monstruo de las galletas iba a venir a comerme esa noche. Entonces yo me puse como una loca y lloré más, gritando que no quería que me comiera ningún monstruo.

No paro de sonreír mientras veo el vídeo.

—Qué mona estabas ahí —me dice Álvaro, que se ha acercado junto con Diego para ver el vídeo a mi lado.

—Así que... —empiezo a hablar, y cierro el portátil; luego los miro—. ¿Riéndooos de mí?

—Es que estabas muy graciosa —me contesta Diego.

—Os odio.

* * *

Llegamos a casa de Álvaro y nos bajamos de la moto. Chris, John, Diego y Sandra han venido en un coche amarillo, que supongo que será de Tania.

—Nunca he venido a una fiesta cursi de pijamas —admite Álvaro guardando los cascos.

—Pues son muy divertidas.

—¿Se pueden hacer cosas de mayores? —me pregunta, ilusionado.

—No. No se pueden.

Atravesamos la puerta de la entrada y nos dirigimos hacia el salón, donde están todos esperándonos. Se acercan a mí y, durante unos cuantos minutos, soy víctima de una avalancha de besos y abrazos. Después, nos sentamos en los sofás y me cuentan todo lo que han hecho durante el verano. Tengo que resaltar que todos están muy morenos.

Sandra pasó las vacaciones de verano con su padre y volvió hace un par de días; Tania fue a visitar a sus padres a Irlanda junto con su abuela; y John y Chris se han quedado en Málaga, aunque a mi amigo lo estoy viendo últimamente muy decaído, y no tengo ni idea de por qué, pero quiero saberlo.

—Vamos a ver las pelis ya, ¿no? —interviene Sandra.

Han preparado palomitas, chucherías, bocadillos, patatas, chocolate y bebidas, y vamos a ver todas las pelis de *Los Juegos del Hambre*. Siempre he

hecho este tipo de reuniones con Sandra y Chris, y con Diego algunas veces, pero ahora que estamos todos juntos, me siento genial.

* * *

—Ari —oigo que alguien me llama mientras estoy soñando con Ian Somerhalder.

—Mmm —murmuro en sueños, abrazando a alguien; entonces abro los ojos y me doy cuenta de que el que me ha estado llamando ha sido Diego. Álvaro continúa roncando a mi lado y yo me incorporo sobre las mantas—. ¿Qué quieres?

—¿Vienes conmigo? Necesito hablar contigo —me susurra mi amigo.

Asiento y me levanto con cuidado del suelo para no despertar a mi novio y que se líe una buena. Estamos todos durmiendo en el salón, después de haber visto las películas.

Diego y yo salimos a la calle y nos sentamos en las escalerillas del porche.

—Vas a matarme —me dice, y yo sonrío.

—¿Qué has hecho ya?

—Me acosté con Natty en Barcelona. Varias veces —suelta, y se tapa la cara con las manos.

Ahogo un grito de asombro, pero a la vez de cabreo. Voy a matar a mi amigo. Ahora.

—Diego, despídete de tu vida, porque te pienso estrangular —le respondo, malhumorada—. ¿Cómo has podido volver a liarte con ella después de lo que pasó?

—Estaba bebido y me sentía mal —me cuenta, afligido—. He acabado cagándola.

—Sabes que vas a tenerla persiguiéndote, ¿verdad? Esa tía es una psicópata.

—Lo sé.

—Ven aquí. —Lo rodeo con mis brazos y él hace lo mismo conmigo—. ¿Por qué te sentías mal?

—No importa la razón. Además, Tania estuvo animándome.

Me separo de él al escuchar el nombre de Tania.

—¿Tania? —pregunto, sorprendida—. Creía que estaba con sus padres en Irlanda.

—Y lo estaba, pero cuando se vino a España, en vez de volver a Málaga, se fue a Barcelona unos días.

No sé lo que pretende hacer esa chica con Diego, pero sigue sin caerme bien. Tiene algo en su personalidad que no me cuadra, y encima Álvaro la adora. Si es que es para darse cabezazos contra un contenedor de basura.

—¿Y qué hicisteis durante esos días? —quiero saber como la cotilla que soy.

—Le enseñé la ciudad, salimos un par de noches de fiesta... —Esboza una sonrisa y me mira—. Le pegó un puñetazo a Natty...

—¡Dios! —exclamo.

—Me está empezando a caer bien —admite.

¿Cómo le puede caer bien *esa* tía? ¡Si se ve a tres metros que es una falsa!

—A mí no. Tiene algo que no me convence. Además, Sandra y yo coincidimos en nuestra opinión.

—Eso es que estás celosa porque se ha hecho muy amiga de Álvaro —contesta, y mueve las cejas de arriba abajo.

—No es eso —replico, y se me escapa una sonrisa—. Es que es supermegaguapa.

—Tampoco lo es tanto. Yo conozco a otra chica que es más supermegaguapa que ella. —Me mira dedicándome una bonita sonrisa.

No sé si se está refiriendo a mí, pero voy a ignorar sus palabras, por si acaso.

—Anda, vamos a dejar de ponerla verde y sigamos durmiendo —dice al ver que no respondo nada—. Que tu novio se va a volver loco si no te ve a su lado.

—¿Más loco?

Capítulo 33

Álvaro

Busco a Ari con mis manos por las sábanas y me doy cuenta de que no está. Me levanto en silencio para no despertar a los demás y escucho la puerta de la calle cerrarse. Voy hacia la entrada y ahí están. Ari y Diego. Los mejores amiguísimos del mundo entero.

—¿Te has despertado? —me pregunta Ari, y yo me cruzo de brazos, enfurruñado.

«Es que soy sonámbulo, no te jode».

—Las sábanas estaban muy frías sin ti y te echaba de menos —digo en tono dulce. O fingiendo el tono dulce.

—Esto... Yo voy a seguir durmiendo —interviene la almorrana, y se vuelve a meter en el salón; yo reprimo un bufido.

Ari enciende la luz del pasillo y se queda unos segundos estudiando mi expresión.

—Estás enfadado —deduce.

—No lo estoy.

No estoy enfadado, estoy... No sé cómo cojones estoy, pero no me hace ninguna gracia que estos dos se vayan a las tantas de la madrugada a la calle. ¿Por qué demonios no se ha quedado el maldito pijo en Barcelona?

—¿Y por qué estás frunciendo el ceño de esa manera? Se te va a quedar tu bonita cara como una patata arrugada —me dice Ari sonriendo.

Mis labios quieren sonreír, aunque lo estoy intentando evitar. Ari se abraza a mi cuello y me mira, haciendo pucheritos.

—¿Qué te pasa? —quiere saber.

—Joder, que me molesta que pases tiempo con la almorrana —respondo, y enseguida me muerdo la lengua—. Sé que no debería ponerme así, pero no puedo evitarlo.

—Es mi amigo y necesitaba hablar. ¿Por qué te molesta tanto? Yo no te digo nada cuando te vas con Tania.

—Es que yo no le molo a Tania ni ella me mola a mí. En cambio, el pijo está deseando tener vía libre para irse contigo.

—Álvaro, por favor. —Me mira bastante seria—. No seas así.

Poso mis manos en sus caderas.

—Lo siento —me disculpo, y esbozo mi perfecta sonrisa de mojabragas

—. ¿Me perdonas?

—No te tengo que perdonar nada. No estoy enfadada contigo.

—Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti.

Y nos besamos.

* * *

—Venga, enana, sal ya, que voy a morirme esperando.

—Es que no me siento bien con ninguno. Todos me quedan mal —
contesta desde el probador de la tienda.

Se está probando unos cuantos bikinis para comprarse alguno y aprovechar los últimos días de verano en la playa. Encima me ha costado muchísimo convencerla; la he tenido que chantajear sin que tengamos sexo durante un mes, pero la muy maldita se ha reído en mi puta cara. Me ha dicho que yo no sería capaz de aguantar tanto, y tiene razón. Con Ari a mi lado es imposible aguantarse, así que ella al final ha accedido a ir a la playa porque sentía lástima por mí, para no dejarme a pan y agua durante tanto tiempo. Aunque ella a mí no me engaña... Tampoco soportaría estar sin hacer el amor conmigo con lo irresistible que soy.

—¿Puedo entrar? —pregunto, y asomo la cabeza por el hueco de la cortina.

Ari, en un acto reflejo, se cubre la delantera con los brazos y me mira a través del espejo. No sé por qué se tapa si ya la he visto desnuda miles de veces.

Se ha probado un bikini azul y, por lo que veo estando ella de espaldas, le queda genial.

Y me está poniendo cachondo.

—Fuera —me ordena.

—¿Por qué te tapas si te he visto de todas las formas posibles? ¿Acaso te ha salido una teta nueva?

Se ríe.

—Ya te gustaría a ti eso.

—Sinceramente, no. Porque no tendría manos suficientes para cada una

—admito, y me uno a sus risas.

—¡Álvaro! —me grita Ari todavía tapándose sus pechos, y yo me cuelo dentro y cierro la cortina.

—Deja que te vea y te doy mi opinión.

—Tu opinión no sirve. Dirías que hasta una braga-faja me quedaría bien.

—Te prometo que seré sincero. —Junto las dos manos como si estuviera rezando y hago pucheritos.

Ari suspira y aparta sus brazos de su delantera. Mis ojos la recorren entera. El bikini es completamente azul y lleva flecos en la parte de arriba, que hace que sus tetas parezcan más generosas de lo que ya son. Es verdad que con la bajada de peso le han disminuido un poco, pero siguen siendo voluminosas.

—Habla —me dice interrumpiendo mis pensamientos.

Tengo calor. Mucho calor.

—¿Te soy sincero? —pregunto, y ella asiente—. Estás horriblemente perfecta.

—Del uno al diez.

—Mil —respondo.

—Exagerado... —murmura poniendo los ojos en blanco.

Admiro su figura otra vez y mi polla palpita dentro de mis calzoncillos.

—Uff... No puedo. Te espero fuera, si no, voy a acabar haciéndotelo aquí mismo —suelto, y salgo del probador, escuchando su risa tonta.

* * *

—Pues al final te ha salido deliciosa —comenta Ari comiéndose la ensalada de pasta que he preparado.

Hemos decidido venir a nuestra playa para pasar el día y aprovechar las horas de sol. Hemos robado una sombrilla que había abandonada en una de las otras playas para traerla a nuestro rincón.

—Eso es gracias a ti, que me has inspirado —le digo sonriendo como un imbécil.

—Si no me has dejado hacer nada. Sólo mirar.

—Eso ya es mucho. Tu presencia hace que haga las cosas bien. Eres una musa increíble.

—Oh, qué romántico.

Cuando terminamos de comernos mi sabrosa creación, le pregunto si le

apetece bañarse.

—¿Ahora? ¿Justo después de comer? —inquire—. Nos va a dar un corte de digestión.

Me río a carcajadas.

—¿Te lo dijo tu mami cuando eras pequeña? ¡Eso son mitos!

—Tenemos que esperar dos horas.

—No pienso esperar dos horas para bañarme —replico. Me levanto de la toalla y le tiendo mis brazos para que haga lo mismo que yo—. Ven.

—Como me pase algo, el responsable vas a ser tú, y mi madre te pegará un tiro con su escopeta.

—Podré soportarlo.

Primero me meto yo en el agua de un chapuzón.

Hostia puta. Qué fría.

Observo a Ari metiéndose poco a poco con miedo y haciendo muecas muy graciosas, mientras repite varias veces lo fría que está el agua. Me acerco a ella y, como el buen novio comprensivo que soy, le salpico sin parar de reírme. Ari permanece como una estatua durante unos segundos y, cuando reacciona, comienza a insultarme «cariñosamente».

Algún día le lavaré la boca con jabón.

Mi amor se abalanza sobre mí, coloca sus manos en mi cabeza y la hunde en el agua, haciéndome una ahogadilla.

¿Quiere jugar sucio? Pues vamos a jugar sucio.

Salgo a la superficie, la atrapo entre mis brazos porque ella ya tenía intención de escaparse, y le hundo la cabeza en el agua. Intenta zafarse, pegándose patadas bajo el mar, pero no lo consigue. Me río y la saco a la superficie para que llene de oxígeno sus pulmones.

—Voy a matarte —me amenaza con la voz entrecortada.

—Mira cómo tiemblo. —Le enseño mi mano, fingiendo temblores—. A ver si me coges —la reto, y empiezo a nadar, alejándome todo lo posible de ella—. ¡Vamos, ven!

—¡Sabes que no sé nadar, idiota! —exclama desde la orilla.

—¡Entonces nunca me matarás!

Suelta un bufido y se mete más hondo, hasta donde hace pie; sólo se le ve la cabeza. Yo estoy a unos metros de ella y decido acercarme nadando; después pego mi cuerpo al suyo y ella rodea mis caderas con sus piernas, y mi cuello con sus brazos.

—Eres muy malo conmigo —me dice sonriendo, y me besa.

—Me divierte —respondo contra sus labios; luego recorro con mis manos su espalda y le deshago los nudos de la parte de arriba del bikini.

—Álvaro Aitor —suelta fingiendo estar cabreada.

Sonrío, pícaro.

—Ariadna LeBlanc, tu sujetador se acaba de soltar solo. A mí no me eches la culpa.

—No sabía que un pedazo de trapo tuviera vida propia.

—Pues ya lo has comprobado. —Esbozo una perfecta sonrisa y le quito el sujetador del bikini para lanzarlo a la orilla. Sus tetas se encuentran pegadas a mi pecho y yo noto cómo mi polla crece poco a poco.

—¿Qué es lo que he comprobado? ¿Que tus manos son muy traviesas?

No paro de sonreír como un gilipollas. Echaba de menos estos momentos con Ari. Cuando me pongo a pensar en que estuve a punto de perderla por culpa de la bulimia, siento que el corazón se me contrae. Pero ya está aquí. Conmigo. Y recuperada, que es lo que más me importa.

Ahora mi amor me da besos por el cuello y yo inhalo el olor salado de su piel. En esta posición en la que estamos, lo único que separa su cuerpo del mío son sus bragas del bikini y mi bañador. Cojo a Ari en brazos y salgo del agua. La tumbo sobre la toalla y me coloco sobre ella.

—¿Te he dicho alguna vez lo increíble que eres? —inquiero.

Junto mi boca con la suya y sus labios se abren paso para que nuestras lenguas se encuentren y bailen entre ellas. Sus manos recorren mi espalda, produciéndome escalofríos por todo el cuerpo y haciendo que mi sangre se concentre en mi entrepierna. Ari me baja el bañador y yo la ayudo a quitármelo.

—¿Y yo te he dicho alguna vez que me vuelves loca?

Sonrío, y es el turno de quitarle las bragas. Mis ojos la recorren entera y me muerdo el labio; después continúo con mis besos por todo su cuerpo mientras me rozo con ella. Nuestros corazones laten al unísono cada vez más rápido; entonces rebusco en mi mochila un condón, rasgo el envoltorio y me lo coloco. Mi cuerpo invade el suyo al instante y los dos soltamos un gemido. Empiezo a moverme dentro de ella, mirándola a los ojos. Sonreímos felices y la beso, aumentando más el ritmo de nuestro baile.

Siento que, después de haber pasado estos meses de hielo, el fuego se ha avivado más entre nosotros, y creo que, a partir de ahora, todo nos va a ir de puta madre.

—Te quiero tanto, Álvaro... —susurra Ari.

—Te quiero muchísimo, Ari —le respondo con mi respiración entrecortada.

Y juntos estallamos en fuegos artificiales.

* * *

—¿Vamos a dejar la sombrilla aquí? —me pregunta Ari.

—Nos hará falta para otro día. Además, por aquí no viene nadie.

Después de hacer el amor, recogemos las cosas de la playa porque tenemos que irnos. Me llama la atención la delantera de Ari. Se ha puesto una camiseta verde con el bikini mojado debajo, y ahora le han aparecido dos círculos de agua por el contorno de las tetas. Me empiezo a reír, señalando su pecho con mi dedo índice.

Ari baja la vista hacia su delantera; luego pone los ojos en blanco.

—Eres un crío —me espeta.

—Es que me hace mucha gracia. —No paro de reírme con la mano puesta en mi barriga, que hasta está empezando a dolerme.

—No comprendo cómo, después de tanto tiempo, tu neurona sigue viva.

—Ya estabas tardando en meterte con mi pobre neurona —replico, dolido y poniendo la mano en mi corazón, en plan dramático.

Nos ponemos en marcha y atravesamos las rocas; yo, sujetando a Ari de la mano para que no se abra la cabeza, y ella, quejándose de lo grandes que son.

—No son las únicas cosas grandes que has visto hoy —le digo con mi voz sensual de mojabragas.

—Dios, cállate.

Minutos después, llegamos al portal de mi casa y nos bajamos de Cassie. Siento que alguien me tira del pantalón mientras me concentro en guardar los cascos.

—Enana, deja de tirarme de los vaqueros, que me vas a dejar en pelotas en mitad de la calle.

—¿De qué hablas, Álvaro? Si yo estoy delante de ti.

Alzo la vista hacia Ari, que está quieta de brazos cruzados frente a mí, y después miro hacia abajo, al lado de los tirones del pantalón.

—¡Hermanito!

—¡Alba! —Cojo a mi hermana en brazos y le planto besos por la cara—. ¿Qué haces aquí, renacuaja?

—Haciéndote una visita. —Me sonrío y luego mira a Ari—. ¡Ari!

Mi novia se acerca a nosotros.

—Hola, Alba —la saluda, y le da besos por la mejilla.

Si ha venido mi hermana, entonces el gilipollas de mi no-padre también estará merodeando por aquí.

—¿Con quién has venido? —le pregunto.

—Con papi, la mujer malvada y mis dos nuevos hermanitos.

Me río ante el mote que le ha puesto al nuevo lío de bragas de mi no-padre. Pero rebobino la conversación, justo donde ha mencionado a sus «dos nuevos hermanitos», y siento una punzada de celos.

—¿Y dónde están?

—Allí. —Alba señala mi portal, donde se encuentran Elena, mi no-padre y mi madre hablando tan feliz.

Vomitivo.

Menos mal que no veo ni rastro de Noemí ni de Dani.

Decido acercarme a ellos con Alba entre mis brazos y Ari a mi lado.

—¿Esto qué es? ¿Otra reunión no familiar? —exijo saber intentando no parecer enfadado.

—Hijo. —Mi madre es la que habla—. Han venido a pasar unas pequeñas vacaciones.

—Cojonudo. A mí no me llaméis para gilipollecitas de cenas familiares.

—Álvaro —interviene el idiota de mi no-padre—. Todavía estás invitado a nuestra boda. Estaría muy contento ese día si decidieses venir.

—Antes me tiro por un puente —le espeto mirándolo con rabia.

Sabe perfectamente que no voy a ir y sigue empeñándose en esa estupidez.

Mi no-padre se dirige a Ari.

—Hola, Ari. Cada vez te veo más guapa —le dice, y le da dos besos.

Puto pelota de mierda. No es que Ari no esté guapa, al contrario, cada día está más hermosa. Sólo que mi no-padre hace eso para que yo piense que ha cambiado y que ahora se las da de buena persona.

—Nosotros nos piramos —suelto. Dejo a mi hermana en el suelo y agarro a Ari de la mano para encaminarnos hacia mi casa, ignorando a los demás.

—¿No crees que deberías pensarte un poco lo de ir a la boda? —inquiere mi amor.

—Está pensado. No quiero ir.

Ari bufá.

—Eres tan cabezota...

—Ya lo sé, no es nada nuevo.

Entramos en mi casa, nos quitamos toda la sal y la arena del cuerpo dándonos una ducha, y vemos una peli ñoña en mi habitación hasta que sea la hora de dejar a Ari en su casa.

Capítulo 34

Chris

Entro en casa a oscuras y sin hacer ruido, y camino sigilosamente por el pasillo hasta llegar a la cocina, donde abro el frigorífico y cojo el cartón de leche. Me sirvo en un vaso, bebo y vuelvo a meter el envase en la nevera. A continuación, subo hasta mi habitación y, para mi sorpresa, no oigo ruidos en la de mis padres, pero me llama la atención un papel que hay sobre mi escritorio.

Es de mi madre.

«Tu hermana y yo nos hemos ido a dormir a la casa de tu abuela. Te quiero»

Genial. Hoy me han dejado solo.

Continúo en mi habitación en silencio y decido no quedarme aquí a esperar a que llegue mi padre. Agarro mi mochila y meto una muda de ropa y mis auriculares. Me marcho de mi casa y cruzo hasta la de Ari. Me cuelo en su jardín, cojo las escaleras que hay al fondo y las coloco dando a su ventana. Cuando llego arriba, doy un par de golpes en el cristal, pero mi amiga no me abre. Normal, estará dormida a las tres de la mañana...

Toco un par de veces más hasta que se enciende la luz. Se descorre la cortina, aparece Ari y le hago señas para que me abra.

—¿Qué haces aquí? —inquire, extrañada, pero con cara de dormida.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—Eso ni se pregunta, Chris. —Se echa a un lado para que pase y yo me cuelo en su dormitorio—. ¿Qué ha pasado?

Dejo mi mochila en el suelo y me siento en la cama. Suelto un suspiro.

—No quiero quedarme hoy en casa a dormir.

Mi amiga se sienta a mi lado.

—¿Por qué?

—Porque mi madre y mi hermana se han ido a pasar la noche con mis abuelos y no pienso quedarme con mi padre. Ya sabes...

—Deberías contárselo a tu madre —me aconseja, y yo vuelvo a suspirar.

—Es difícil.

—Lo sé —me dice, y me abraza—. No me gusta verte así de triste.

—Siento haberte despertado.

—No digas tonterías.

Menos mal que tengo a mi mejor amiga, que es la que me conoce mejor, incluso más de lo que me conozco yo a mí mismo.

—Duerme un poco. No me gustan esas ojeras que te están saliendo últimamente —comenta, preocupada.

—Lo intentaré.

Nos tumbamos en la cama y Ari apaga la luz de la lámpara.

—Se solucionará —me dice, y yo me quedo contemplando el techo a oscuras.

* * *

Estoy asomado a la ventana de Ari con Moon en mi regazo y observando la calle, todavía a oscuras; sólo la iluminan las farolas y las luces de algunos coches que circulan por la carretera. Son ya las seis de la mañana y ni siquiera he conseguido pegar ojo en toda la noche.

Oigo a Ari susurrar algo entre sueños y la miro; entonces me percató de que está frunciendo el ceño con los ojos cerrados.

—No... —musita—. No quiero... Por favor. —Solloza.

Está teniendo una pesadilla.

Me acerco a ella y me siento en el filo de la cama, a su lado.

—Ari —la intento despertar.

—¡No! —grita, dormida, y me empieza a pegar patadas.

—Ari. —La zarandeo con cuidado.

Se despierta y se incorpora de un salto, desorientada y respirando de manera entrecortada; el pelo se le pega al cuello por el sudor.

—Estabas teniendo una pesadilla —le digo.

—Era horrible... —Su semblante está lleno de terror—. Soñaba que me volvían a meter en el manicomio. Lo he pasado fatal; parecía todo muy real —me cuenta, asustada—. Todas las noches tengo pesadillas como esas y aparece Mía para atacarme.

La acuno entre mis brazos.

—No vas a volver allí y Mía ya ha desaparecido de tu vida —la intento

tranquilizar.

—Eso espero —me contesta un poco más calmada—. ¿Qué hora es?

—Las seis. Sigue durmiendo.

Me mira con expresión preocupada.

—¿Has dormido?

Niego con la cabeza.

—Es imposible —confieso.

—¿Te apetece ver alguna serie?

Asiento y mi amiga se levanta para coger su portátil. Lo enciende, esperamos a que cargue y nos ponemos un capítulo de *Teen Wolf* hasta que a mí me empiezan a pesar los párpados.

* * *

Me despierto, creyendo que estoy en mi habitación, pero al abrir los ojos, veo a Ari tumbada a mi lado, entretenida con su móvil.

—¿Qué hora es? —le pregunto. Hacía tiempo que no dormía tan bien.

—Casi las once.

Me incorporo y me estiro. Siento los huesos agarrotados.

Alguien nos interrumpe aporreando la puerta de la habitación como si estuviera pegándole una paliza, y los dos damos un respingo. Ari se levanta para abrir, pero cuando lo hace, cierra de golpe.

—Enana, ¿qué coño haces? Ábreme. —Es Álvaro, que le da más golpes a la pobre puerta.

Ari me mira riéndose.

—¿Por qué le cierras? —inquiero, pero no me contesta.

—Es que si te abro, te vas a enfadar conmigo —le contesta ella a Álvaro a través de la puerta.

—Ariadna, no me hace ni puta gracia. Abre la jodida puerta.

—Tengo a un chico metido en mi cama —le contesta ella con diversión—. Es superguapo. Más que tú, incluso.

Ahogo una risita. Qué mal se porta con él.

—Me estás tomando el pelo. ¡Ábreme de una vez!

Finalmente, mi amiga le abre y lo deja pasar. Álvaro se me queda mirando de arriba abajo.

—¿Este te parece más guapo que yo? —le pregunta a Ari señalándome con su dedo, y ella asiente—. Pues tienes el gusto metido en el culo.

—¡Oye! —exclamo.

—Hemos tenido una noche de sexo salvaje —interviene Ari, e intercambia una rápida mirada conmigo—. ¿Verdad?

—Muy salvaje —contesto siguiéndole el rollo.

Álvaro se ríe de manera sarcástica.

—Tan salvaje no habrá sido cuando no veo a Ari andar despatarrada —nos dice.

Me entra un ataque de risa y Ari le empieza a dar manotazos en el pecho.

—¡Cerdo! —le grita.

—Bueno, mientras vosotros seguís con vuestra pelea de enamorados, voy a ducharme —los interrumpo, y cojo la ropa limpia de mi mochila; después salgo de la habitación y me encuentro con la madre de Ari en el pasillo.

—¿Chris? ¿Has dormido aquí?

—Sí.

No es la primera vez que lo hago. Cuando Ari y yo éramos pequeños, nos quedábamos cada fin de semana en una de las dos casas.

—Sabes que te puedes quedar siempre que quieras —me dice.

—Sí, gracias.

Isabel se marcha y yo entro al baño. Al desnudarme, observo el par de moretones de mi torso. John me ha preguntado varias veces cómo me los he hecho, y yo no le he contestado nada, sólo le decía que no importaba. Cuando salgo de la ducha, me despido de Álvaro y de Ari, y voy en busca de John. De camino a su casa, le mando un mensaje para avisarle de que lo espero en su portal, y no tardo en llegar.

—Guapo —me saluda, y me da un tierno beso; luego me olisquea como si fuera un perro policía—. Hueles a coco.

Le dedico una sonrisa.

—Es que he dormido en casa de Ari y me he duchado con sus cosas.

—¿Y por qué has dormido con ella? —quiere saber con la ceja enarcada.

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso? —bromeo.

—¿Celoso yo? —inquiere señalándose a sí mismo—. ¿De una tía? ¡Venga ya! Celoso me pondría si hubieras dormido con Álvaro, por ejemplo, que está como un tren.

—No creo que a ese le apetezca mucho compartir cama conmigo —contesto sonriendo, y cambio de tema—. ¿Así que te pone Álvaro, no?

—Ajá —responde, y posa sus manos en mis caderas—. Deberíamos convencerle para hacer un trío.

Le pego un puñetazo en la barriga y él simula una mueca de dolor.

—Tú, díselo. Verás lo que te hace —le espeto fingiendo estar cabreado, y él se ríe.

—¿Te apetece ir a desayunar? Así me cuentas por qué has dormido con Ari.

Mierda. Mira que no quería sacar el maldito tema.

Pero asiento con la cabeza y caminamos hasta la cafetería más cercana. Nos sentamos a una de las mesas del fondo y yo me pido un café con leche, porque necesito cafeína en mi cuerpo, y una cuña de chocolate. En cambio, lo que John se pide es chocolate con churros.

Estos meses de verano al lado de John han sido geniales; nunca creí que podría querer tanto a una persona. Ya no siento pánico cuando pienso que me he enamorado de verdad de él. Me cuida como si yo fuera lo más importante que hay en su vida, me hace reír cuando me ve de bajón y se preocupa por mí, aunque yo luego no le confiese lo que me pasa.

—¿Me vas a contar ya algo o vas a seguir fingiendo que no te ocurre nada? —John interrumpe mis cavilaciones. Estoy seguro de que, en estos últimos minutos, se ha metido en mi cabeza para saber en qué he estado pensando.

—Ah, sí —suelto mientras decido cómo salir del paso—. No es nada importante.

—Joder, Chris. A veces eres tan cabezota... Parece que no confías en mí —contesta, dolido.

La camarera nos trae el desayuno y yo suspiro.

—Sí confío en ti —le respondo a John. Abro el sobre que contiene los granos de azúcar y los echo en el café ardiendo; después lo remuevo con la cucharilla—. ¿Y tú, qué? Ni siquiera tienes el valor suficiente de decirle lo nuestro a tus padres.

John resopla. Sus padres son muy religiosos y están en contra de todo esto, así que entiendo el miedo que tiene al contárselo.

—Lo mismo te digo —contesta.

Touché.

Sin embargo, no le voy a dar la razón.

—Vale, no te molesto más, Chris, pero si te lo guardas, va a ser peor.

—Me da igual.

Desayunamos en un silencio sepulcral. Sé que se ha enfadado conmigo, pero yo no quiero agobiarlo con mis tonterías.

* * *

—¿Te apetece un recorrido por todas las plantas? —me pregunta John cuando entramos en el ascensor de su bloque.

Yo sonrío. Después de desayunar nos hemos ido a dar una vuelta por la ciudad en completo silencio, aunque cuando hemos llegado a un parque, John ha abandonado el mutismo, porque no aguantaba que estuviéramos medio enfadados y sin decirnos nada por todo el camino. Y yo tampoco, así que nos hemos abrazado y besado, y después hemos subido al tobogán para hacer el tonto, como niños pequeños.

—Vale —respondo.

John pulsa el botón de la novena planta, que es la última, y cuando se cierran las puertas, lo beso con ansias, pegándolo a la pared mientras nos elevamos. Al llegar arriba, le doy al botón de la planta baja y volvemos a hacer lo mismo. Lo repetimos tres veces seguidas, sin la interrupción de ningún vecino, hasta que nos detenemos en la octava porque alguien ha llamado al ascensor. Nos separamos de inmediato y una mujer mayor se cuela en nuestro diminuto espacio, cortándonos el rollo. John me mira sonriendo y mete sus manos en los bolsillos de sus vaqueros para disimular su erección; yo lo imito. No sé qué es lo que estará pensando esta mujer, pero se le nota incómoda. Bajamos, la señora se despide de nosotros, y John y yo terminamos nuestro recorrido por el edificio. Por último, entramos en su casa y nos encaminamos hacia el salón para ver a Puncky.

—Hola, Puncky —saludo al loro.

—¡Hola! —repite él, y John y yo nos reímos.

Le doy al loro un cacahuete, que se lo come bastante rápido.

—¡Rarito!

—¡No soy rarito! —le contesto al pajarraco, y me siento un poco estúpido por hablarle.

—Déjalo... Mi hermano le enseña malas palabras —interviene John.

Yo, sinceramente, no podría tener un loro en mi casa porque me volvería loco oyéndolo todo el día con esa voz tan chillona que tiene.

—¡Pasta! —exclama Puncky.

Oímos la puerta de la entrada y después, unos tacones caminando hacia el salón.

—Hola, chicos —nos saluda Luisa, la madre de mi novio, muy sonriente.

—Hola, señora.

Cada vez que miro a esta mujer me impone más, no sé por qué.

—¡Gay! —dice el loro y, por un momento, pienso que me lo está llamando a mí. John y yo ladeamos nuestras cabezas hacia él.

—¡Oh, ese loro no se calla nunca! —brama Luisa.

—¡Satanás! —vuelve a chillar Puncky. Cada palabra que sale de su pico es peor.

La mujer lo contempla con los ojos entornados y suspira. Imagino que dentro de un rato lo llevará a confesarse ante el cura.

—Tenéis un loro muy extrovertido —comento rompiendo la tensión.

—¡Qué ganas tengo de perderlo de vista! —exclama Luisa haciendo aspavientos con los brazos; después mira a su hijo—. Cariño, ¿a que no sabes a quién me he encontrado en la pastelería? —le pregunta, y él se encoge de hombros—. A Mónica.

Uy...

John y yo nos comunicamos con la mirada. No hace falta que hablemos para transmitirnos lo que se nos está pasando por la cabeza. ¿Por qué tengo la impresión de que la infeliz se lo ha soltado todo a Luisa mientras se comía una galleta con la forma de Peppa Pig?

—¿De qué habéis hablado? —inquire John un poco nervioso, al volver al posar sus ojos azules en su madre.

—Me ha dicho que te echa de menos, hijo —cuenta ella, y los dos suspiramos de alivio—. No entiendo por qué lo dejasteis. Es una chica muy simpática y cariñosa.

Las serpientes también son simpáticas a simple vista. Hasta que te cruzas con una en tu camino y se te lanza al cuello para estrangularte con su cuerpo largirucho y flexible lleno de escamas.

Recuerdo que, cuando John lo dejó con Mónica hace unos meses, le contó a su madre que terminaron porque se les había acabado el amor o alguna cursilada parecida. La pobre mujer se llevó un disgusto porque había hecho muy buenas migas con su exnuera. ¡Si hasta iban a misa juntas los domingos!

—Mamá, lo mío con Mónica se acabó. Ya es imposible que vuelva con ella —le dice John.

Me siento raro presenciando esta conversación.

—¿Pero, por qué? Si ella te sigue queriendo —insiste su madre—. Ya me veía ayudándola a elegir su vestido de bodas dentro de unos años, cuando os casaseis por la iglesia.

Se me escapa una risita traicionera y John esconde su mano detrás de mí para pellizcarme en una nalga sin que su madre se dé cuenta.

—¡Ay! —me quejo, y me masajeo el trasero.

Luisa me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué te ocurre, Chris?

—Nada... Me ha dado un calambre, pero estoy perfectamente.

John se muerde el labio inferior, aguantándose la risa.

—¡Gay! —vuelve a gritar el pajarraco, y John suelta un bufido.

—¿Os quedáis a comer? —nos pregunta Luisa ignorando al loro.

—No —se adelanta John—. Hemos quedado con unos amigos... ¿Verdad, Chris?

—¿Eh? —suelto, y carraspeo—. Ah, sí.

Nos despedimos de su madre, salimos del piso a toda prisa y, cuando entramos en el ascensor, nos da un ataque de risa a cada uno y volvemos a hacer el recorrido planta por planta.

—Te mato —me dice John.

—A lo mejor, a quien tiene que acompañar tu madre para lo del vestido de novia es a mí. —Me río, y él abre la boca, patidifuso.

—¿Te quieres casar conmigo? —inquiere, y no para de mirarme esbozando su bonita sonrisa.

Ay, mi madre. ¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Pues... —No sé qué responder. Me ha pillado por sorpresa ahora que lo pienso de manera tan seria—. Tal vez.

—¿Tal vez? —Enarca una ceja—. ¿Tal vez?

Me abalanzo sobre él y lo beso.

—Tal vez —susurro contra sus labios, y él posa sus manos en mi cintura mientras yo me agarro a su cuello. Lo miro a sus preciosos ojos, sonriendo como un idiota—. El pequeño Johncito tiene que crecer en una familia feliz. —Me separo de John, saco panza y coloco mis manos sobre ella, acariciándola.

John, al ver la escena, suelta una carcajada que retumba por el ascensor.

—Menudo payaso eres —me dice, y nos volvemos a besar a la vez que el ascensor sube y baja sin interrupciones de vecinos cortarrollos.

Capítulo 35

Ari

Llevo más de una hora dando vueltas por la cama, esperando que suene el despertador. Siempre me he sentido nerviosa al empezar el instituto, pero hoy lo estoy más. Lo bueno es que es mi último año, ya que el próximo estaré en la universidad, si todo sale bien, aunque todavía no tengo decidido qué estudiaré. Este año pienso sacar sobresaliente en todas las asignaturas, así las compenso con las notas de primero de Bachillerato, que fueron todo un caos. Al final, no sé cómo, pero conseguí aprobarlas todas en junio, pero sólo saqué cincos y algún que otro seis; la nota más alta fue en Historia (un nueve), gracias a Diego y a su madre. Y, cómo no, la sargento se llevó las manos a la cabeza al verlas. Pero este año quiero hacer las cosas bien, para que se sienta orgullosa de mí.

El sonido del despertador me saca de mis pensamientos. Estiro la mano y hago que se calle. Suelto un bufido y salgo de mi maravillosa cama maldiciendo mi vida. Me acerco al armario y agarro una camiseta negra de Álvaro, que tiene dibujada una mano sacando el dedo corazón; mis Converse y mis vaqueros de siempre, que ahora se me caen todo el rato por culpa de los setenta kilos que pesaba hace un año. Por otro lado, mi madre se ha encargado de renovarme el vestuario, porque toda mi ropa se me ha quedado ancha, aunque aún no he estrenado nada (ni lo pienso hacer). Me da igual vestir como una pordiosera.

Para cuando estoy duchada, vestida y peinada con una trenza hacia el lado, voy a la cocina a prepararme el desayuno.

—¿Así vas a ir al instituto, Ariadna? —me pregunta mi madre en cuanto me ve entrar. Está de pie, bebiéndose un café—. ¿Por qué no te pones algo de lo que te compré?

—No me apetece —contesto preparándome un Cola-Cao.

—No puedes ir con *eso* puesto —dice refiriéndose a la camiseta de Álvaro.

—¿Qué tiene de malo la camiseta? —inquiero.

—No puedes salir a la calle así.

Pongo los ojos en blanco y me bebo el Cola-Cao con rapidez. Pongo la taza en el fregadero y salgo disparada de la cocina, dirigiéndome a la puerta, con mi mochila a la espalda. Me marcho de casa y me acerco a Álvaro, que está esperándome con la maravillosa compañía de Cassie. Se ha ofrecido a llevarme al instituto el primer día y no he podido decirle que no. Voy a tirarme seis horas sin verlo y es algo espantoso, porque moriré sin él en el matadero.

—Hey —me saluda dando un bostezo y con cara de sueño, y yo siento lástima por él por haber tenido que madrugar por mi culpa.

—En serio, no tenías por qué empeñarte en llevarme —le digo, y le planto un beso en los labios.

—Tenía que verte. No podía estar separado de mi enana durante tantas horas.

Sonrío y se me viene a la cabeza algo.

—¿Te acuerdas de lo que pasó hace un año? —le pregunto.

—¿Tú te crees que me voy a acordar de lo que pasó hace un año?

—¡Venga ya! —Le doy con mi puño en el hombro—. Te acuerdas perfectamente. A mí no me engañas.

Se ríe.

—Tengo una idea. Vamos, súbete. —Me tiende el casco de estrellitas.

—Miedo me das —le respondo.

Montados en Cassie, Álvaro conduce de camino al instituto y, cuando llegamos al principio del atajo que me resulta tan familiar, se para.

—Bájate —me dice—. Vamos a recrear la escena.

Suelto una carcajada y me bajo de la moto.

—Estás chalado. —Busco en mi mochila mi carpeta, que ya no está decorada con fotos de gatos, sino con las de Álvaro y mías, y unas cuantas con mis amigos—. No me atropelles, por muchas ganas que tengas.

Álvaro me saca la lengua y desaparece con la moto; yo sigo andando. Cuando cruzo justamente por el mismo sitio, él aparece, pero conduciendo con una velocidad normal, no a doscientos kilómetros por hora como el año pasado. Mientras se acerca a mí, me detengo en mitad de la carretera, tiro mi carpeta al suelo y pego un chillido. Él gira a la derecha, frena y se cae al suelo, dándole dramatismo al momento. Intento aguantarme la risa y voy hacia él.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —le pregunto fingiendo nerviosismo.

Álvaro se levanta y se quita el casco.

—¡Joder, a ver si miras por donde vas, niña! —grita, y sé que se está aguantando la risa.

—Lo siento —susurro sin mirarlo para no reírme.

—¿Que lo sientes?! —exclama, y sonrío de medio lado—. No pasa nada. ¿Te apetece si lo solucionamos con un polvo?

Lo miro con la boca abierta.

—¡Así no es! ¡Has cambiado el guión! —Le doy manotazos en el pecho.

Él se ríe a carcajadas y me detiene con sus manos.

—Pero sería un buen plan, ¿no crees? —propone moviendo las cejas de arriba abajo.

—Se supone que eres un desconocido, y yo no me tiro a desconocidos que están locos.

—Vale, me voy a presentar como es debido —contesta, y esboza una perfecta sonrisa—. Soy Álvaro. Encantado. —Se agacha, acercándose a mi rostro y me da un beso en cada mejilla—. ¿Y tú, preciosa?

Ay, que me voy a mear de risa.

—Paquita —respondo.

—Oh, Paquita. Qué nombre más bonito, como su dueña.

Y estallamos en risas.

—Anda, vamos a dejar de hacer el tonto —le digo, y miro mi móvil—. ¡Son las ocho y veinte! ¡Llego tarde!

—¡Hostias! Ya no vayas, da igual.

—Ya, claro —contesto con desdén—. El primer día faltando...

Álvaro se encoge de hombros; después coge mi carpeta del suelo y me la tiende.

—Para no conocerme, bien que tienes fotos mías —comenta señalándola con la cabeza.

—Cállate, que al final llego tarde por tu culpa, idiota.

—Ay, mi Paquita.

Nos volvemos a poner los cascos y a subirnos a la moto, y Álvaro conduce hasta el instituto sin ninguna interrupción. Al llegar, me despido de él con un casto beso en los labios.

—Joder, qué despedida más efusiva —oigo que se queja mientras me dirijo a la puerta.

—¡Lo siento, luego te compenso! ¡Te quiero! —le grito.

—¡Te tomo la palabra! ¡Y yo te quiero más!

Entro en el instituto, sonriendo como una drogadicta de azúcar, y subo las escaleras hasta mi clase de Historia de España. Ahora toca lo difícil. Pasar por delante de todos mientras me juzgan con la mirada y piensan: «Ahí está la loca del insti, la que ha estado encerrada en un manicomio durante meses».

Me acabo de poner nerviosa. Intento tocar la puerta, pero mi puño se detiene. No puedo entrar y que me mire todo el mundo. Creía que estaba lista, pero me estoy dando cuenta de que es mentira. No estoy preparada para volver a ver a la gente que se ha reído de mí durante años.

—¿Ari? —Es la voz de Diego.

Yo permanezco parada con la frente apoyada en la puerta, respirando hondo, y después me giro y me encuentro con los ojos de mi amigo.

—¿Qué te pasa? ¿No entras? —inquire, preocupado.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No puedo —insisto.

Diego me agarra de las manos.

—Sí puedes, Ari. Entramos juntos. No mires a nadie. Sólo concéntrate en llegar a tu sitio.

—No sé si podré...

Me acaricia la mejilla.

—Confía en mí.

Me aparto de la puerta y Diego toca.

—¿Podemos pasar? —le pregunta a su madre.

—Claro.

Mi amigo me mira y asiente con la cabeza, en expresión de apoyo. Comienza a andar, dirigiéndose a su sitio, en la última fila; yo voy tras él con la mirada clavada en su espalda, sin hacer caso a nadie. Diego me cede el asiento de la ventana y él se sienta a mi lado.

Siento todas las miradas en mí aunque no las vea. Sin embargo, sólo me concentro en observar el paisaje de la ventana.

—Como iba diciendo... —empieza a hablar Blanca—. Este curso va a ser muy complicado. Tenéis la selectividad muy cerca...

Mi cabeza desconecta al oír la palabra «selectividad» y mis manos se ponen a dibujar en mi libreta.

* * *

—¡Ari! —Alba se abraza a mis piernas en cuanto me ve salir del instituto.

—Alba, ¿qué haces aquí? —Me agacho para estar a su altura.

—Recogerte. —Se echa la melena castaña hacia atrás—. Mi hermanito quiere invitarnos a comer.

—¿Ah, sí?

Asiente muy feliz, y yo me levanto y la agarro de la mano mientras caminamos hasta Álvaro.

Al final, el día no ha ido tan mal. Algunos de mi clase, con los que no he cruzado palabra en toda mi existencia, se han acercado a mí y me han preguntado cómo estaba, algo que me ha parecido de lo más extraño. Y, bueno, las clases son agobiantes; los profesores están nada más con la selectividad en la boca, parece que no saben decir más palabras.

—¿Qué tal el insti? —quiere saber Álvaro.

—Bastante bien, pero agobiante.

—Pues espero quitarte el agobio con una sabrosa hamburguesa del McDonald's —me dice, y yo hago una mueca de asco.

—Hace meses que no como eso. ¿Por qué no vamos a otro sitio?

—¡No! —grita Alba tirándome del brazo—. ¡McDonald's! ¡McDonald's! ¡McDonald's!

Álvaro me mira, encogiéndose de hombros, y yo suelto un profundo suspiro.

—Está bien —cedo.

—Deja que lleve tu mochila —se ofrece Álvaro, y yo me la quito.

—Gracias, cariño. —Le doy un beso a mi novio tras colgársela a la espalda.

—¡Vamos! ¡McDonald's! —Alba nos interrumpe. Qué niña más impaciente.

Nos ponemos en camino y, para cuando llegamos al establecimiento, Alba y yo esperamos a Álvaro en una mesa mientras pide en la barra nuestro almuerzo. Después comemos, haciendo tonterías y riéndonos.

* * *

—¡A que no me pillas, cara de morcilla! —le grita Alba a Álvaro, caminando de vuelta a su casa.

Alba corretea por la calle y, detrás de ella, mi novio la intenta pillar, con

mi mochila a cuestas. Yo me divierto viéndolos jugar tan monos y tan felices. La gente se gira, extrañada, como si no hubieran visto nunca a dos hermanos jugar por la calle.

—Te pillé —le dice Álvaro cogiéndola en brazos.

—¡No! —chilla Alba pataleando.

Álvaro le susurra algo al oído y, a continuación, la deja en el suelo para ladear sus cabezas hacia mí, riéndose.

—¡A por Ari! —interviene mi novio señalándome con el dedo.

—¡Ah, no! ¡No se vale! —exclamo, y echo a correr por la calle, huyendo de ellos.

—No te escapes, Ari —me dice Alba.

Los dos corren detrás de mí y, segundos después, Álvaro me pillá, rodeándome con sus brazos.

—Pillada —me susurra en la oreja.

Nos reímos y esperamos a que Alba venga a nosotros, correteando.

—Quiero un helado —suelta, y mira a Álvaro con cara de niña buena—. Hermanito, cómprame un helado, porfi.

—Tú pides mucho, eh —le contesta él, y su hermana pone morritos.

—Anda, cómpraselo —intervengo—. Pobrecita.

Mi novio bufa, pero finalmente se lo compra y nos sentamos en uno de los bancos que hay en el parque, cerca de la casa de Álvaro.

—¿Está rico? —le pregunto a Alba.

—Sí —responde dándole lametones al helado.

—Eres una glotona —le dice Álvaro con una sonrisa en los labios.

—¿Qué significa ser adoptado? —salta ella de repente.

Álvaro y yo intercambiamos una breve mirada; entonces yo decido hablar:

—Pues es cuando un niño, al que abandonaron sus verdaderos padres de pequeño, crece en una familia con otros papis diferentes, y ellos lo cuidan y le dan cariño como si fuera el suyo biológico.

Álvaro me dedica una tierna sonrisa.

—¿Y por qué quieres saber eso? —le pregunto a Alba.

—Porque mi papi dice que mi hermano es eso —me contesta.

—¿Dani? —inquire Álvaro, y suelta una risotada, pero Alba niega con la cabeza.

—¡No! ¡Tú!

—Eso es imposible —insiste mi novio.

—Lo habrás entendido mal —le digo a Alba.

—No, no. —Ella continúa negando con la cabeza, bastante convencida; después me mira—. Siempre escucho a mi papi decirle a la mujer malvada que mi hermano es adoptado y que no sabe cómo decírselo.

Eso no puede ser verdad. Alba tiene que estar equivocada.

Poso mi mirada en Álvaro, que se ha quedado con el semblante descompuesto. Luego traga saliva y se levanta del banco. Se pasa las manos por el pelo con expresión pensativa; yo me levanto también y me acerco a él, dejando a Alba entretenida terminándose el helado.

—¿No te lo habrás creído, verdad? —inquiero—. Seguro que está equivocada. No te preocupes.

Álvaro clava sus ojos en mí y puedo notar que se le está pasando de todo por la mente.

Está pensando en hacer una locura.

—Quédate con Alba —me dice, y se marcha del parque a toda velocidad.

Me quedo un momento debatiendo conmigo misma si ir a buscarle para que no haga ninguna estupidez, o hacerle caso y quedarme aquí, cuidando de su hermana.

—¿A dónde va mi hermanito? —Alba interrumpe mi debate conmigo misma.

—A cagarla —respondo por lo bajo y con la vista fija en el camino por donde ha tirado Álvaro.

—¡A cagarla! —exclama Alba. Menudo oído tan fino que tiene; creía que no me había escuchado.

Me vuelvo a sentar junto a ella en el banco y me doy cuenta de que ya se ha comido el helado.

—¿Quieres chocolate? —le pregunto sacando la tableta de mi mochila.

—¡Vale!

Parto un trozo y se lo tiendo; ella lo coge y empieza a comérselo sin dejar de mirarme.

—Llevas el colgante de Mimi —suelta señalando mi cuello con la cabeza.

—Sí —respondo sin saber qué decir.

—Te queda muy bonito.

Le sonrío con dulzura.

—Gracias.

Continuamos comiéndonos lo que queda de chocolate mientras Álvaro regresa, aunque lo dudo mucho, porque lo conozco y sé que les estará

montando un pollo ahora mismo a sus padres... O mejor dicho... A sus no-
padres.

O volverá con nosotras y nos dirá que todo ha sido una broma de Alba,
que es lo más seguro.

Capítulo 36

Álvaro

No sé si reírme o mandar a tomar por culo todo. Es imposible que Alba se haya equivocado con una cosa así, no es tonta; sabe perfectamente lo que dice, pero me resulta raro que mis padres hayan hecho *eso*. Bueno, a lo mejor es mentira y sí que es verdad que Alba lo interpretó mal.

De todos modos, ahora saldré de dudas, porque me estoy dirigiendo hacia el bar donde trabaja mi madre con una mala hostia metida en el cuerpo para flipar. En cuanto llego, me acerco a ella, que está atendiendo una mesa, y la interrumpo.

—¿Soy adoptado?

El bolígrafo con el que mi madre está escribiendo el pedido de los clientes se cae al suelo y ella alza su mirada hacia mí. Se acaba de poner pálida.

—¿Cómo? —inquire, confundida, y los clientes nos miran con curiosidad.

—Soy adoptado —afirmo.

Por un momento, quiero que sea mentira, que Alba se haya equivocado y que mi madre me pregunte si he perdido la cabeza, pero por la expresión de terror que adorna su rostro, sé que es verdad.

—Te lo ha contado tu padre —dice, convencida. No ha sonado a pregunta.

Estoy apretando los puños tan fuerte que creo que se me van a romper los huesos de los dedos.

—Así que es verdad. Me habéis estado engañando. —La voz, apenas audible, no sé de dónde cojones me ha salido.

—Álvaro, nosotros no... —contesta, pero enseguida se detiene al darse cuenta de que no tiene argumentos—. Lo siento.

Finjo una sonrisa. He estado viviendo engañado durante diecinueve años y ahora la mujer que hay frente a mí, siento que no la conozco.

Decido salir del bar, pero en cuanto atravieso la puerta, me encuentro con mi no-padre y con la otra.

—Álvaro —me saluda el hombre extraño.

—El que faltaba... —murmuro mirándolo con animadversión; después me largo.

Estoy tan concentrado en irme lo más rápido posible, que me choco con alguien sin querer. Entonces ese alguien me agarra del brazo.

Es Ari, acompañada de Alba.

—Álvaro... —susurra mi novia.

No obstante, me suelto de ella de un tirón y me dirijo a mi moto, con la intención de irme a algún lugar lejano.

—¡Espera, Álvaro! —oigo a Ari, y se detiene a mi lado cuando yo ya estoy sacando el casco. Me lo quita y lo pone sobre el sillín; yo ni la miro siquiera. No puedo. Después, me obliga a mirarla, posando sus manos en mi rostro; sus ojos están llenos de preocupación—. Estoy contigo, ¿vale?

Pero en cuanto ve que me voy a derrumbar de un momento a otro, me abraza con intensidad y yo hundo mi cabeza en su cuello.

Y me rompo completamente.

* * *

—¿No tienes hambre? —me pregunta Ari por enésima vez.

—No —respondo tumbado en su cama, mirando el techo de su habitación.

Me ha subido un par de trozos de pizza de su cena y una Coca-Cola, pero se me han quitado las ganas de todo. Después de la llorera que me ha entrado antes, nos hemos venido a su casa; yo he entrado por la ventana porque no tenía ganas de cruzarme con nadie, y Ari me ha pedido que me quedase con ella a dormir esta noche.

—Álvaro, come algo, por favor —insiste—. No me puedo creer que ahora sea yo la que te esté diciendo que comas.

Pero no contesto.

Mi mente tan sólo recrea todos los momentos que pasé con mis padres y con Mimi desde que era pequeño, hasta ahora. ¿Cómo se lo han podido guardar tanto tiempo? ¿Qué se creían, que no me iba a enterar nunca? Joder, siento que mi vida ha sido una completa mentira. ¿Y si Mimi resulta que no era mi verdadera hermana melliza? Aunque no creo... Ella nunca me dijo nada, así que imagino que no lo sabía. Además, tenemos la misma mancha de nacimiento detrás de la oreja y los mismos ojos, y si lo supiera, me lo habría dicho. No nos guardábamos secretos entre nosotros.

Maldita sea, hemos sido timados con nuestras vidas.

Ari me tiende el plato con las porciones de pizza y me indica que coma. Bufo y me incorporo.

—Está bien, pesada. —Cojo el plato y agarro un trozo de pizza para zampármelo.

Ni siquiera he hablado con ella del tema, y tampoco lo ha sacado. Prefiero no hablar de todo esto hasta que no se me pase la jodida impotencia.

Cuando termino de cenar, vemos una peli en su portátil, abrazados, hasta que nos entra el sueño.

Tengo claro que esta noche no caeré en los brazos de Morfeo.

* * *

Son las cinco de la mañana y no he podido dormir por estar calentándome la cabeza toda la noche. Tengo a Ari abrazada a mí, durmiendo a pierna suelta y, por ahora, es lo único que me tranquiliza y la única persona que tengo.

Decido levantarme de la cama, con cuidado para no despertarla, y murmura algo entre sueños. Yo agarro mi camiseta del suelo y me la pongo; después hago lo mismo con mis vaqueros y las zapatillas. Cojo mi móvil, que lo he tenido apagado desde que he llegado, y las llaves de la moto. Le escribo a Ari una nota y se la dejo encima de su móvil, que descansa sobre la mesita de noche.

«Necesito estar solo. Luego te veo. Te quiero».

Le doy a Ari un suave beso en la mejilla, salgo por la ventana y la cierro despacio. A continuación, bajo por las escaleras, las coloco en su sitio y me encamino hacia mi Cassie. Para cuando llego a mi casa, intento no hacer ruido y me meto en mi habitación. Rebusco en la mochila la hierba y papel de liar, me los guardo en el bolsillo y me marcho de esta casa. Vuelvo a mi moto y conduzco hasta la playa secreta. Diez minutos después, me siento en la arena, me hago un porro y comienzo a fumármelo con el sonido de las olas acompañándome. Cuando me hace efecto, me río de mí mismo y de la vida de mierda que he tenido. No sé de dónde cojones vengo ni quién soy.

Lágrimas empiezan a bañar mis mejillas sin parar de reírme como un jodido imbécil. Esto parece una telenovela de las malas. Me acuerdo de las veces que el hombre extraño se cabreaba conmigo y me gritaba que yo no era su hijo; yo pensaba que lo decía porque estaba enfadado, y se supone que

cuando estamos así, decimos cosas que no son reales. Pero ahora comprendo que lo decía de verdad.

* * *

Enciendo el móvil y observo que tengo dieciocho llamadas perdidas de la mujer desconocida, diez del señor extraño, dos de Noemí y tres de Ari, además de un WhatsApp de esta última.

ENANA: «Te he echado de menos al despertarme. Yo también te quiero»

Sonríó al leerlo y me doy cuenta de que es la primera sonrisa después de muchas horas.

YO: «Ven a la parte de atrás del insti»

Faltan cinco minutos para que sea la hora del recreo y yo estoy esperándola, sentado en el suelo de la parte de atrás del instituto y con las gafas de sol puestas. Al sonar el timbre, Ari aparece y se sienta a mi lado.

—¿A dónde has ido? —me pregunta, y yo la miro a través de las gafas de sol que me regaló.

—Necesitaba estar solo.

Acerca su mano a mi mejilla y me acaricia; yo cierro los ojos disfrutando de su tacto.

—Tu madre me ha llamado —me dice—. Sonaba preocupada. Le he dicho que has pasado la noche en mi casa y que no querías hablar con ella.

Suspiro.

—Ni lo pienso hacer.

—Álvaro, tienes que hablar con ella y que te lo cuente todo. No puedes huir como si no hubiera pasado nada.

—No puedo, Ari. ¿Qué harías tú si de la noche a la mañana tu madre te dice que no es tu madre?

—Creo que me alegraría —contesta, y se le escapa una risita, pero a mí no me hace ni puta gracia—. Vale, perdona. Lo que haría sería pedirle explicaciones.

Suelto un bufido.

—Me parece increíble que me lo haya estado ocultando durante tanto tiempo. ¿Y si no me lo llega a contar Alba, qué? ¿Me tiro toda la vida engañado como un gilipollas?

—Habla con ella —insiste mirándome a los ojos, que permanecen escondidos tras las gafas de sol—. Por favor. Sé que es difícil, pero hazlo.

—¿De verdad no estoy soñando? —le pregunto fingiendo una sonrisa, y entonces me abraza.

—Todo va a ir bien.

Para cuando suena la campana, no quiero despedirme de ella, pero no puedo retenerla conmigo y que se salte las clases por mi culpa, así que le doy un beso y me dispongo a saltar la valla.

Y ahora es el momento de conocer la verdad.

En cuanto aparco la moto al lado del portal unos minutos después, subo las escaleras de mi bloque a toda prisa, abro la puerta de «mi casa» y la cierro de un sonoro portazo, para que salga esa mujer a recibirme.

—Hijo... —susurra con voz quebrada cuando sale de su cuarto, y yo me contengo para no echarme a reír al oír esa estúpida palabra—. Vamos a sentarnos y te lo cuento todo.

No digo nada, sólo camino hasta el salón y me siento en el sofá. Mi madre... Virginia hace lo mismo.

—Lo siento —empieza a hablar, y yo resoplo, molesto, sin mirarla—. Sabemos que te lo teníamos que haber dicho antes, pero no veíamos el momento. —Sé que me está observando; yo, en cambio, contemplo el suelo—. Ahora no pienses que no te quiero, porque no es verdad. Eres mi hijo.

Suelto una risa sarcástica y me digno a mirarla.

—¿Tu hijo? —inquiero con sorna—. ¡Venga ya! Estoy seguro de que me cogiste de la calle como si fuera un perro abandonado. Que hayas estado diecinueve años criándome, no te convierte en mi madre —le espeto—. Sólo respóndeme a una cosa... ¿Mimi era mi verdadera hermana?

—Por supuesto que sí. ¿Acaso lo dudas? Eras dos gotas de agua.

Quiero preguntarle de todo, pero ahora mismo me siento lo suficientemente aturdido para hacerlo, así que me tiro del pelo.

—¿Y por qué? —pregunto.

—Tu padre y yo queríamos tener hijos —me explica, y yo la escucho con atención—. De hecho, estuvimos intentándolo durante muchos meses, pero cuando fuimos al médico, me dijeron que yo no podía tener, y me derrumbé. —Suspira y baja su mirada al suelo—. Estuve durante meses muy deprimida,

sin comer, sin salir, sin hacer nada... Entonces tu padre mencionó el tema de la adopción y vino una mujer a casa para entrevistarnos y ver el lugar donde vivíamos... Estuvimos en lista de espera durante unos años, hasta que al fin llegasteis vosotros: dos mellizos de un año y medio que no podían estar separados, si no, se ponían a llorar; la única manera de callarlos era ponerlos juntos. Y cuando os vi, me enamoré de vosotros, ya os quería como mis propios hijos. Tu padre se puso muy contento y también os quería mucho, aunque no te lo creas.

—Joder. —Me paso las manos por la cara. No tengo ni puta idea de cómo me siento al saber todo esto.

—Fuisteis... —Hace una pausa—. Sois lo mejor que me ha pasado en la vida, aunque Miriam ya no esté.

—¿Ella lo sabía? —suelto de repente.

—¿Miriam? —cuestiona con el rostro descompuesto y algo nerviosa.

—Mi hermana lo sabía —afirmo.

Mimi lo sabía y no fue capaz de contármelo. Ahora es cuando de verdad me siento traicionado por todos.

Virginia se mira las manos, como si ahí tuviera escrito todo lo que me va a contar en este momento.

—Se enteró unos días antes de... —Se calla, quebrándosele la voz—. Ya sabes.

—¿Cómo se enteró? —quiero saber. Ya estoy sintiendo la mala hostia subirse por mi cuerpo.

—Estaba buscando dinero en mi habitación a escondidas. Rebuscó en los cajones donde tenía los papeles de la adopción... Y, bueno... —Suelta un profundo suspiro—. Vino a buscarnos a tu padre y a mí al salón con ellos en las manos. Se lo tuvimos que contar todo. Ella se enfadó, lloró, nos gritó y se fue. No volvió hasta el día siguiente.

Recuerdo ese día a la perfección. Yo estaba con Mel y Sergio haciendo el gilipollas en el apartamento; Mimi no se vino porque había quedado con Dani, y cuando llegué a mi casa sobre las doce de la noche, ella no estaba, así que les pregunté a mis padres dónde había ido y me contestaron que no lo sabían. Llamé a Mimi, pero tenía el móvil apagado. Después llamé a Mel y a Sergio por si ellos la habían visto, pero nada; entonces fui hasta la casa de Dani y de Noemí, y me dijeron que no estaba allí.

—Hijo, yo lo siento...

Miro a mi madr... A Virginia. No tengo ni idea de la expresión que tendré

ahora mismo. De dolor, de traición, de todo...

—No. Soy. Tu. Hijo —digo haciendo una pausa en cada palabra—. Que hayas estado haciéndome vivir una vida que no era mía, no te hace ser mi madre.

Y con esas palabras, desaparezco de su vista y me marcho de la casa, pero antes de bajar las escaleras, recibo una llamada.

Es Noemí. No tengo ni idea de lo que querrá ahora ni de por qué me ha llamado antes también.

—¿Qué demonios quieres? —le contesto al teléfono.

—Álvaro... Necesito darte una cosa. Es importante. ¿Puedes quedar ahora?

—No estoy de humor, Noemí —le espeto.

—Es de Mimi.

—¿Qué? —Me da un vuelco al corazón al oír ese nombre.

—Estoy en tu portal.

Cuelgo y bajo las escaleras a toda pastilla. Abro la puerta del portal y me encuentro con Noemí.

Y con Dani.

Lo asesino con mi mirada en cuanto veo su careto de gilipollas.

—Toma. —Noemí me tiende una carta—. Me la dio Mimi en vuestro cumpleaños.

—¿Cómo? —La miro, atónito, y cojo la carta con las manos temblorosas.

Tengo la sensación de que todo esto es una broma. Me acuerdo de la carta que estuvo escribiendo mi hermana antes de que nos fuéramos a la fiesta. Me burlé de ella.

—No la he leído —comenta Noemí.

—¿Y por qué no me la has dado antes?

—Lo intenté hacer, pero no me cogías el teléfono. Desapareciste —me cuenta—. Además, tampoco querías saber nada de mí, lo supuse por cómo me trataste la última vez que nos vimos.

Sé a lo que se refiere. Se presentó en el piso de Mel unos días después de lo que pasó, con la excusa de que me tenía que contar una cosa muy importante. Yo, en cambio, la eché gritándole que ojalá se murieran ella y su familia. Noemí me miraba con miedo, como si se creyera que de un momento a otro me iba a abalanzar sobre ella y la iba a matar, como intenté hacer con su hermano cuando lo ingresaron en el hospital por el accidente.

Estaba mal, muy mal.

—Lo siento... —me disculpo con ella. Con su hermano no lo pienso hacer —. Lo siento por todo.

—No pasa nada, Álvaro. Todo eso está olvidado. —Me sonrío y yo intento hacer lo mismo, pero no me sale.

Cuando nos despedimos, vuelvo a subir a mi casa y me encierro en mi cuarto. Me siento en el suelo con las piernas cruzadas y con la espalda apoyada en la pared. Abro el sobre, agarro la carta, tomo aire y comienzo a leer.

Hola, Álvaro:

Antes de todo: no te enfades conmigo. Espero que, cuando leas esto, yo esté muy lejos. Porque me he ido de casa, sí. Con Dani. No sabemos a dónde iremos, pero estaremos bien. Sé que no te cae nada bien y que si nos ves algún día, acabarás dándole una paliza de las buenas por haber cedido a irse conmigo. Y sé que, si te lo hubiera contado, me lo habrías impedido. Soy mayor, tengo dieciocho años, ya no soy una niña, aunque papá y tú os empeñéis en que sí. No te estoy pidiendo que lo entiendas, sólo te pido que no te cabrees conmigo y que leas con mucha atención lo que te voy a escribir a continuación.

Papá y mamá nos han estado engañando toda la vida. ¡Nos adoptaron! ¿Te lo puedes creer? Se lo tenían muy calladito... Descubrí unos documentos en su habitación donde lo ponía TODO y no tuvieron más remedio que contarme la verdad. Estarás flipando ahora mismo, ¿no? Yo también me quedé así cuando me lo dijeron. Son unos cabrones. Los odio. Por eso me he ido de casa, no aguantaba más ahí metida con esos impostores. ¿Ahora entiendes por qué nos sentíamos fuera de lugar en esa vida de pijos, verdad? Estoy segura de que nuestros padres verdaderos eran unos yonkis de mierda y nos abandonaron como si fuésemos basura... ¿Te imaginas cómo hubiera sido nuestra vida con ellos? Seguramente me odiarás por no habértelo contado. ¡Pero lo estoy haciendo con esta carta! Quería irme con Dani... Lo tenía pensado desde hace tiempo, por eso no te dije nada. Por favor, no te enfades conmigo. Volveré a por ti. Te lo prometo.

Te quiero, hermanito.

Mimi.

Pero no volvió a por mí. Se fue para no volver jamás.

Después de leer la carta tres veces, me siento destrozado. No he parado de llorar mientras la iba leyendo; algunas lágrimas han ido bañando la hoja. Necesito tanto a mi hermana en este momento... Estoy roto por dentro... Quiero irme lejos. Sin embargo, lo único que quiero ahora mismo es olvidarme de toda esta mierda.

Pero olvidarme de verdad.

Me levanto, me acerco hasta la mesita de noche y abro el último cajón. Cojo una caja llena de tonterías que pertenecían a mi hermana, encuentro lo que estoy buscando, que lleva aquí escondido durante meses, y lo miro con detenimiento.

—Volvemos a vernos, compañera.

Capítulo 37

Diego

—¿Qué te pasa? —le pregunto en un susurro a Ari en clase de Lengua, que no para de desbloquear su móvil a escondidas con el semblante preocupado. No ha prestado atención a nada de lo que ha explicado la profesora.

—Nada.

—Pues ese «nada» no me gusta mucho —le digo.

Suelta un profundo suspiro.

—Es Álvaro. Llevo un día sin saber nada de él.

—¿Os habéis peleado? —inquiero en un tono que creo que ha sonado demasiado ilusionado.

No quiero estar ilusionado. Quiero quitarme a Ari de la cabeza sea como sea.

—Es complicado —me cuenta. Eso no es nuevo, ya sabía que el tarambana era complicado—. Oye, tu madre ha faltado al instituto, ¿verdad?

Asiento.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tengo pensado irme cuando toque el timbre. A ver si pillo a Álvaro en su casa.

—¿No crees que te estás pasando un poco? —le pregunto—. Ya dará señales de vida cuando quiera. No tienes por qué perderte las tres últimas horas de clase por él. Creía que te ibas a esforzar más este año.

No sé qué es lo que les habrá pasado, seguramente el tarambana la habrá vuelto a cagar con ella, algo que no me extraña. Aunque lo que más me fastidia es la inquietud de Ari cuando Álvaro no tiene intención de aparecer.

Mi amiga me mira con expresión resentida y con sus labios dibujando una fina línea.

—No tienes ni idea —me espeta; después se levanta y se cambia de sitio, a unas mesas más adelante.

Todos los de la clase se quedan mirando cómo se sienta, incluida la profesora, y luego me miran a mí. Sandra se da la vuelta hacia mi mesa.

—¿Por qué se ha cambiado? —quiere saber.

—No lo sé.

Cuando suena la campana, salimos disparados hacia el patio, ya que ahora nos toca Historia con mi madre, pero no ha venido porque se encontraba enferma. Persigo a Ari hacia la parte de atrás del instituto y la descubro con la intención de saltar la valla.

—¡Espera, Ari! —La detengo, agarrándola del brazo con suavidad, y se da la vuelta.

—¿Qué quieres ahora, Diego?

—¿Por qué te has enfadado conmigo? —exijo saber.

—No estoy enfadada contigo —contesta, y mira su móvil—. Lo siento, pero me tengo que ir. —Se da la vuelta, tira la mochila fuera de la valla y pasa hasta el otro lado.

Mientras contemplo cómo se marcha, me vibra el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

TANIA: «Me aburro. Necesito entretenerme con alguien. Voy a tu insti ahora mismo. ¡Te obligo a que te saltes las clases por mí!»

Sigo sin entender la obsesión de esta chica hacia mí. Pero me cae bien; es divertida.

YO: «Vale, pero sólo estoy libre una hora»

TANIA: «No. Quiero que estés a mi disposición todo el día. Voy para allá»

Una vez que salto la valla, espero a que venga Tania. Diez minutos después, ya está aquí con el coche amarillo.

—¿Todavía no has arreglado la rueda de tu bici? —me pregunta al bajar la ventanilla.

—Aún no —respondo, y abro la puerta del asiento del copiloto—. ¿A dónde vamos?

—A mi casita —me contesta con voz cantarina.

—¿Para qué? —Me coloco el cinturón.

—¿Cómo que para qué? ¿Acaso no quieres pasar tiempo conmigo o qué? —Me mira como si la hubiera ofendido con mis palabras.

—Claro que sí.

Pone la música con el volumen al máximo y conduce en dirección a su casa, cantando a pleno pulmón *Break free*, de Ariana Grande.

Ha dado en el clavo con el nombre de la cantante.

—¿De quién es este coche? —inquiero cuando aparca en el primer hueco libre.

—De mi abuela, pero yo soy la que más lo usa... A ella le gusta más mi moto Molly.

—Ah... Qué moderna.

Cuando subimos hasta su piso, Tania se quita los tacones y los revolea por los aires; después me tira del brazo y me conduce hasta el salón. Me siento en el sofá y ella se coloca a horcajadas sobre mí.

—¿Sabes lo mucho que me ponen tus aires de pijo? —susurra en mi oído, y a mí me entran cosquilleos en la nuca.

—¿Y sabes tú que no me gustas nada de nada?

Esboza una media sonrisa.

—No te creo —me dice—. Tu «lealtad» hacia tu querida amiga, que, por cierto, tiene novio, no te funciona —añade dibujando en el aire unas comillas cuando sus labios pronuncian la palabra lealtad.

—No es eso —respondo, tajante—. Es que no eres mi tipo.

—Ah. —Me observa sin dejar de sonreír—. ¿Por qué has venido entonces? ¿Y por qué estoy subida sobre ti y no me apartas? —Me está hablando muy cerca de los labios y su aliento choca contra mí, provocándome escalofríos, pero a la vez calor.

Buah. A la mierda.

Junto mis labios con los suyos y los devoro con ansias. Tania me acaricia el pelo y yo recorro con mis manos las curvas de su cintura mientras nuestras bocas siguen unidas, sin la voluntad de separarse. Ella sonríe contra mis labios.

—¿Seguimos en mi habitación?

Contemplo el rubor de sus mejillas, mezclándose con sus infinitas pecas.

—Vale —respondo.

Ya en su cuarto, continuamos con lo que estábamos haciendo, en su cama. Entre besos, caricias y respiraciones irregulares nos deshacemos de nuestra ropa. Admiro su bonito cuerpo, tan blanco como la porcelana, tendido sobre el colchón. Luego arranca un condón de la tira que hay colgada en la pared, y me lo tiende. Me sitúo sobre ella y nuestros cuerpos se funden en uno.

Mi mente se imagina que ella tiene el cabello castaño, los ojos de un tono

verde más claro y que me dejan embobado, que no tiene pecas por el rostro y que sus labios carnosos susurran mi nombre y que me quiere.

* * *

Me despiertan los ronquidos de alguien y me doy cuenta de que sigo en la cama de Tania, y que la que ronca es ella, que duerme a mi lado. Imagino que será ya la hora de almorzar, porque mis tripas rugen de una manera exagerada. Estudio la habitación, pintada de azul y muy desordenada, con ropa y toda clase de cosas raras tiradas por el suelo. Lo único que está en su sitio es un estuche de violín, apoyado en la pared.

—¿Qué haces tú todavía aquí? —me espeta Tania, que se acaba de despertar.

La miro. Estamos tumbados frente a frente.

—¿Es que no te acuerdas de lo que hemos hecho?

—No soy tonta —responde de mala gana—. Y no entiendo qué haces aquí y por qué no te has ido ya.

—Nos dormimos.

—¿Y qué? No te quiero aquí. Vete. —Me empieza a pegar patadas.

No entiendo a esta chica. Bueno, no entiendo a ninguna chica.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa ahora conmigo?

¿Tan acosadora que ha sido conmigo desde que me conoce y ahora me está echando de su casa como si fuera un perro pulgoso?

Sin embargo, Tania no me contesta y continúa dándome patadas hasta que consigue tirarme de la cama.

—Fuera de mi casa —me ordena.

Tengo la cara de póker ahora mismo.

Me levanto del suelo, todavía desnudo, y Tania sigue acostada en su cama mientras me observa, pensativa.

—Ya me voy. —Cojo mi bóxer del suelo y me lo pongo.

—¿Sabes? Tienes buen material —me dice señalando con la cabeza mi entrepierna.

Mis ojos la miran, impresionados.

—Esto... ¿Gracias? —logro responder ante ese halago.

—De nada —contesta con su voz cantarina habitual—. ¿Sabes cocinar?

Me rasco la cabeza, un poco nervioso.

—Pues algo... Sí.

Sólo sé hacer un intento de huevo frito... Y café.

—Entonces ya puedes estar haciéndome de comer.

—¿Qué? ¿No decías que me fuera?

Estoy atónito. Es imposible entenderla.

—He cambiado de opinión. —Se incorpora, se estira mientras mis ojos la recorren entera, y se levanta de la cama; después coge mi camiseta del suelo y se la pone, junto con unas bragas. Dirige su mirada hacia mí—. ¿Qué miras? ¡Venga, a cocinar!

—¿Qué te apetece? —le pregunto caminando hacia la cocina.

—Huevo frito con patatas.

Uff. Menos mal que no ha elegido nada laborioso.

—No sé si me saldrá bien el huevo frito —admito.

—No importa. —Se encoge de hombros—. Si te sale comestible, da igual. —Señala el congelador—. Las patatas están allí.

Me acerco al congelador y saco una bolsa de patatas congeladas; a continuación, abro la nevera y saco dos huevos. Voy hasta la vitrocerámica, echo las patatas en la freidora y espero a que se hagan. Cojo una sartén y la coloco encima de una de las placas. Le echo aceite, rompo un huevo y lo pongo en la sartén.

A ver cómo sale.

—¿Comes huevos? Creía que eras vegetariano —me habla Tania desde la mesa, entretenida con su móvil.

—Algunos vegetarianos no comen ni carne ni pescado, pero huevos sí. Aunque me quiero hacer vegano.

—Ah, guay.

Cuando la comida está lista, la llevo en dos platos hasta la mesa, y Tania observa su huevo, que parece algo extraño.

—Tampoco te ha salido tan mal —comenta en tono burlón, y yo suelto una risita sarcástica.

Mientras comemos, oímos que alguien abre la puerta de la entrada.

—Mi abuela —me informa Tania tan tranquila, comiéndose una patata con la mano.

—¿Tu abuela?

No la he conocido todavía, pero como me vea comiendo con su nieta en su cocina y en calzoncillos, creo que me va a torturar.

—¡Abu, estoy aquí! —grita Tania.

La abuela aparece en la cocina y se me queda mirando de arriba abajo.

Tiene el pelo largo y rojizo, como su nieta, sólo que el de la señora es tinte, porque las raíces son grises. Viste unos vaqueros, una blusa rosa y tacones. A pesar de su vestimenta de persona más joven, se nota que es una mujer mayor, por las arrugas que adornan su rostro.

—¿Y este quién es ahora? —inquire la abuela señalándome a mí con la cabeza.

—Un colega —responde Tania.

—¿El de la guitarra?

Miro a la abuela abriendo mucho los ojos. ¿Me está confundiendo con el tarambana?

—¿Pero qué dices? —exclama Tania moviendo los brazos—. ¡Qué asco! ¿Cómo va a ser Álvaro? Este es Diego, el pijo del que te hablé.

La señora vuelve a estudiarme.

—Ah, el pijo. Está muy bueno también —dice, y me guiña un ojo.

¿Una señora mayor tirándome los trastos?

—¡Abuela, que podría ser tu nieto! —le espeta Tania; después me susurra —: Lo mismo hace con Álvaro cada vez que viene.

—No hay tanta diferencia, yo me conservo joven —interviene la señora con dotes de presumida, y se va de la cocina.

—Me cae bien tu abuela —confieso.

—Está loca.

Alguien toca el timbre y Tania se marcha a abrir. Yo, mientras tanto, me termino mis patatas. Segundos después, vuelve a aparecer la pelirroja, acompañada de Álvaro. Los ojos del tarambana me miran y hace mueca de asco.

—¿Qué hace el Fruiti aquí, medio en pelotas? —inquire.

—Es evidente —le contesta Tania sentándose en su silla.

—Qué asco... —murmura el tarambana, y ladea su cabeza hacia mí—. Te creía más tonto.

Mejor ni pienso en lo que ha querido decir con eso.

—Ari te estaba buscando —le digo, y él se sienta en una silla, frente a mí.

—Y me ha encontrado, pero la he llevado de vuelta al instituto. No iba a dejar que se saltara las clases por mí. —Suspira—. Y adivinad lo que ha pasado.

—¿El qué? —quiere saber Tania, curiosa.

Álvaro me mira, pero yo me encojo de hombros.

—Se ha enfadado conmigo —cuenta fingiendo una sonrisa.

—Esa chica se enfada con nada —interviene Tania, y yo le lanzo una mirada asesina; luego sus ojos verdes miran a Álvaro—. Por cierto, tú me tienes que dar algo.

—Joder —masculla él, y se saca un billete de cincuenta euros de la cartera, que se lo da a Tania—. Maldita pelo de zanahoria.

—¿Por qué le has dado cincuenta euros? —le pregunto a Álvaro en plan cotilla.

—Es un secreto entre nosotros —me contesta Tania sonriendo y oliendo el billete.

—Ah —suelto sin saber qué decir—. Bueno, pues yo me voy ya a casa. ¿Me devuelves mi camiseta? —le pido a Tania.

—Claro. —Ella se quita la camiseta delante de nosotros y me doy cuenta de que no se ha puesto sujetador—. Aquí tienes.

—¡Tú, ponte algo encima! —le grita el tarambana algo molesto, y se tapa los ojos con las manos, riéndose—. Que no quiero serle infiel a Ari mirando las tetas de otra tía.

—¿Y el porno qué? —cuestiona Tania, y me lanza la camiseta.

Álvaro se destapa los ojos y los entorna, mirándola.

—Eso no cuenta.

Voy hacia el cuarto de Tania, me visto, cojo mis cosas y, cuando me despido de ellos, observo que ella ya se ha vestido; entonces me marcho de su casa y me encamino hasta la mía.

* * *

Son las doce de la noche y he salido de mi casa para tirar la basura. Sin embargo, me llama la atención alguien tumbado en mitad de la carretera. Se me ponen los pelos de punta y me acerco, rezando por que no le haya atropellado nadie.

—¿Álvaro? —digo al ver de quién se trata. Está riéndose como un tarado—. ¿Qué haces ahí tirado?

—Esperando a que me atropelle alguien —contesta.

Este tío está mal de la cabeza. Ya está colocado otra vez.

—Levántate. —Le tiendo mi brazo—. No quiero que le des un disgusto a Ari.

El tarambana se agarra a mi brazo y se levanta.

—He ido a visitarla antes, pero ya estaba dormida, así que me he vuelto a

ir —me cuenta, y suelta un suspiro—. Menuda mierda.

Ya me estoy viendo a mí mismo diciéndole que duerma en mi casa porque me preocupa que coja la moto así de colocado.

Vale, soy tonto. Muy tonto.

—Vamos a mi casa —le digo.

Álvaro asiente y me sigue. Entramos en el salón, porque la habitación de invitados la está ocupando mi primo Adam, que se va a quedar un tiempo en mi casa. Le digo al tarambana que me espere en el sofá, que ahora traigo las sábanas. Cuando vuelvo, me quedo a cuadros al verlo llorando, tapándose los ojos con las manos. Nunca lo había visto de esta manera.

Me aproximo a él.

—¿Estás bien?

—Vete —me ordena con la voz quebrada y sin querer que lo vea, porque sigue con la cara escondida entre sus manos.

—Pero...

—Vete, joder.

Finalmente cedo, dejo las sábanas sobre el sofá y me marchó a mi dormitorio.

* * *

A la mañana siguiente, cuando me levanto y me arreglo, bajo hasta la cocina, donde están mis padres y Adam desayunando.

—¿Todavía no se ha levantado Álvaro? —les pregunto.

—¿Álvaro? —inquire mi madre, extrañada.

—Durmió en el sofá anoche —explico.

—No lo hemos visto —me contesta mi padre.

—Yo sí —interviene Adam—. Cuando me he levantado, me lo he encontrado en el salón contemplando el suelo, sentado en el sofá. Casi le pego una paliza porque creía que había entrado a robar, pero ya me ha dicho que es amigo de Diego. Luego me llamó gilipollas, yo me metí con sus orejotas y me fui a cagar.

Me largo de la cocina como una exhalación, encaminándome hacia el salón, pero no hay ni rastro del tarambana. Las sábanas se encuentran arrugadas sobre el sofá y descubro que hay algo tirado en el suelo, así que me aproximo para ver de qué se trata.

Me quedo pasmado. Es una bolsita transparente con polvos blancos

dentro.

Tengo que hablar con Ari.

Capítulo 38

Ari

Otra vez que llamo a Álvaro y sigue con el teléfono apagado. Esto es increíble; por lo menos me podría contestar a los mensajes. Hace dos días me enfadé con él porque me trajo de vuelta al instituto cuando me escapé para buscarlo. Yo quería estar con él para animarlo, pero parece que no le importa nada que me preocupe.

Después de haberme fumado un cigarro por los nervios (y a escondidas de todos), subo las escaleras del bloque donde vive Tania, por si ella sabe algo de Álvaro o si está allí, porque desde hace dos días, no sé nada de él, y su madre tampoco, que me ha llamado un par de veces porque no ha aparecido por su casa.

Toco el timbre y espero que alguien me abra.

—Hola, Ari —me saluda Tania al abrirme, con cara de dormida. Está en bragas, pero en la parte de arriba lleva puesta una camiseta de *Hogwarts* que le queda un poco ancha y que me resulta familiar.

—¿Está Álvaro aquí? —le pregunto.

—No —me contesta, y da un bostezo—. De hecho, llevo como un par de días sin verlo.

—Mierda.

¿Dónde estará metido?

—Bueno, ¿te vas a ir o qué? Estoy muy ocupada —me dice la pelirroja como si le molestara mi visita. Sigue sin caerme bien.

—Sí, claro. Perdona por molestarte.

Cuando estoy a punto de irme, escucho la voz de Diego llamándome desde el pasillo de la casa.

—¿Ari? —Mi amigo se acerca a la puerta y me doy cuenta de que sólo lleva un bóxer. Tania suelta un bufido—. ¿Qué haces aquí?

—Eh... Venía a ver si Álvaro estaba aquí —logro decir.

—Pues ya has visto que no está —me espeta Tania, molesta; Diego la mira con cara de pocos amigos y después vuelve a dirigir su vista hacia mí.

—Yo lo vi hace dos días —me informa mi amigo—. Estaba tirado en la

carretera de nuestra calle y lo vi muy mal, así que me lo llevé a mi casa para que durmiera. Pero cuando me levanté, ya no estaba.

—Jolines.

El semblante de Diego se torna serio.

—Ari, tengo que hablar contigo. Es importante.

—Pues cuando no estés ocupado, me llamas y hablamos —le contesto en tono reprobatorio, refiriéndome a la cosa que tiene con Tania.

—Ahora. Me visto y nos vamos, si te parece bien. —Mi amigo sonrío y mira a Tania—. Mi camiseta.

—Genial —masculla ella, irritada, y desaparece por el pasillo. Parece que le he fastidiado lo que sea que tenga con mi amigo.

—Espérame aquí —me pide él, y yo aguardo en el recibidor. Minutos después, Diego vuelve totalmente vestido y nos marchamos de la casa de Tania.

—¿Así que Tania? —inquiero de camino hacia algún sitio en el que podamos hablar con tranquilidad.

—Sí, bueno... —Se rasca la cabeza y sonrío, nervioso.

—¿Estáis juntos?

—No —responde con rapidez—. No es mi tipo. Sólo nos divertimos juntos.

—Ah... ¿Así que estáis de follamigos?

Diego suelta una risita.

—Algo así.

—Pues ten cuidado con ella. No me cae bien —le advierto, y él me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué no te cae bien? Es muy simpática. Y guapa.

Pongo los ojos en blanco. Hombres...

—Sobre todo simpática —murmuro con sarcasmo.

—Buah, Ari. Tú sólo dices eso porque es muy amiga del taramb... —Se calla de repente—. De Álvaro.

¿Iba a decir «tarambana»? ¿A que lo asesino?

—Yo sólo digo que tengas cuidado con ella —insisto.

—Cuánta preocupación por mí.

Llegamos hasta un parque y decidimos sentarnos sobre un banco, en el más escondido que hay.

—Bueno, ¿y de qué querías hablar? —quiero saber.

—Como te he dicho antes... —empieza, y hace una pausa; luego suspira

—. El otro día vi a Álvaro muy raro. Lo pillé llorando, y eso que nunca antes lo había visto de ese modo.

—Ya, es que eso tiene una explicación. ¿Eso es lo que me querías contar?

—No. Hay más —continúa, y me mira—. Cuando me levanté y vi que ya no estaba, debajo del sofá me encontré una cosa.

—¿Qué encontraste? No me asustes.

Diego mira a nuestro alrededor para cerciorarse de que nadie nos observa; después se saca algo del bolsillo de sus vaqueros y me lo tiende.

—¿De dónde has sacado esa mierda? —inquiero, sorprendida, al ver la bolsita transparente—. ¡Guárdatelo ahora mismo! —Le doy manotazos en la mano, hecha un manojo de nervios, y él se lo vuelve a guardar; luego me levanto y le empiezo a gritar—. ¿Cómo puedes llevar esa cosa en el bolsillo tan tranquilo? ¿Se te ha ido la cabeza, Diego? ¿Te estás drogando? Ya decía yo que Tania no era una buena influencia para ti. ¡Es tu camello!

Mi amigo se levanta y me tapa la boca con la mano.

—Cállate, tranquilízate y deja de pegar voces —dice clavando sus ojos en los míos, y me susurra—: No me drogo. Es tu novio el que lo hace. Sospecho que Tania se la vende porque le dio cincuenta euros el otro día. —Quita su mano de mi boca.

—¿Qué? —exclamo, aturdida—. Eso no es verdad.

—No sé si será verdad, pero eso se le cayó a Álvaro y he pensado que es mejor que lo sepas. Habla con él, porque quizá sea un malentendido.

—Esto es demasiado. —Me llevo las manos a la cabeza, angustiada—. No puede estar drogándose.

Diego me mira con ternura y me da un abrazo.

—Tranquila. Todo saldrá bien —me asegura.

Álvaro no puede estar haciendo eso. Estoy segurísima de que es un malentendido.

* * *

—Mira, allí lo tienes —me dice Diego señalando con su dedo la puerta de mi casa, donde está la moto de Álvaro aparcada, y él, sentado sobre el sillín, fumándose algo.

—Voy a hablar con él —contesto, y me despido de mi amigo con un beso en la mejilla.

Me acerco a Álvaro, que se baja de la moto en cuanto me ve, y me sonrío.

Tira la colilla al suelo y la pisotea.

Es tabaco.

—Hey, enana.

—Llevas dos días sin aparecer —comento mirando sus ojos marrones, cansados y enrojecidos—. ¿Se puede saber dónde has estado metido? Ni siquiera me has contestado los mensajes.

—Me he quedado sin batería y el cargador lo tenía en mi casa —me responde como un robot. Parece que ya traía preparada la excusa.

—¿Dónde has estado?

Álvaro suspira, pasándose las manos por el pelo.

—Ari, no empieces.

«Cálmate y respira hondo. Sólo quieres hablar con él. Tú puedes. Sabes que lo está pasando mal y que no tiene a nadie».

No. No puedo calmarme.

—¿Cómo que no empiece? —le espeto haciendo aspavientos con las manos—. O sea... ¿Desapareces durante dos días sin dar señales de vida, haciendo que me preocupe por ti, y ahora pretendes que no me enfade contigo?

Sé que no estoy arreglando nada con esto, pero tenía que sacar toda la rabia acumulada. Me estoy comportando fatal con él.

¡Ah, soy un monstruo andante!

—Lo siento, Ari —se disculpa con el semblante lleno de tristeza—. No te enfades conmigo, por favor.

Estoy de brazos cruzados, mirándolo.

—Sabes que no puedo enfadarme contigo. Sólo me da rabia que no hayas aparecido en dos días. Eso no se hace, Álvaro. Lo estaba pasando muy mal por ti.

Tanto que hasta hice una cosa horrible en mi muslo.

—De verdad que lo siento, enana. —Álvaro posa sus manos en mi rostro y nuestros ojos se encuentran—. Quédate a dormir hoy conmigo.

Me pongo de puntillas y le doy un pico. Qué pronto se me ha pasado el intento de cabreo.

—No tienes que pedírmelo —le digo—. Voy a por mis cosas. Espérame.

Me meto en mi casa, subo hasta mi habitación y meto todo lo necesario en mi mochila, incluidas las cosas para ir mañana al instituto. Mi madre, cuando se entere de que no vengo a dormir, me va a castigar de por vida, pero me da igual; Álvaro me necesita. Me acerco al cuarto de mi hermano, que tiene la

puerta entreabierto, y le suelto que voy a pasar la noche con Sandra, que se lo diga a la sargento por mí.

—Vale, vete a pasar la noche con tu novio —me contesta con la vista pegada en sus gordísimos libros de Derecho, sobre su cama.

—Eres idiota.

Pablo se ríe y yo bajo las escaleras a toda prisa. Abandono mi casa y camino hasta mi adonis.

—¿A dónde vamos? —pregunto—. ¿A tu casa?

—A la otra casa.

Nos ponemos los cascos, nos subimos a la moto y salimos disparados hacia la carretera, pero antes de ir a su casa, nos paramos en una pizzería y compramos una pizza y dos latas de refresco para cenar. Cuando llegamos, Álvaro abre con la llave, algo que me parece bastante raro, porque siempre lo hace con la navaja.

—Se las he robado a mi madr... —Se calla, al darse cuenta de la palabra que iba a soltar, y sacude la cabeza—. A Virginia. Para que no venga.

—Álvaro... —murmuro.

Dejo la mochila en el suelo del salón y me siento en el sofá; Álvaro coloca nuestra cena en la mesita y se quita las zapatillas; después prende la tele, se acomoda a mi lado y me da un tierno beso en la cabeza.

—Eres lo único que tengo —me dice con su mirada clavada en la mía, y en un impulso, me abrazo a él.

—Verás que todo se soluciona.

Mientras cenamos, vemos *La voz*, un programa de cazatalentos, donde concursantes cantan y son elegidos por los *coaches*. Álvaro tararea cada canción que sale, y yo le digo que se calle, que no me deja escuchar a los aspirantes, pero no me hace caso; se las sabe todas.

—Te tendrías que presentar el año que viene —le digo interrumpiendo su interpretación de *Wake me up when september ends*—. ¿De quién es esa canción?

Álvaro para de cantar y me mira abriendo mucho los ojos, que hasta temo que se le desprendan de las cuencas.

—¿Estás de coña, verdad? —inquire, dolido—. ¿Cómo no vas a saber quién canta esa canción?

—No me sé todas las canciones del mundo ni quien las canta como te las sabes tú, listillo. No soy una experta en música.

Álvaro se levanta, niega con la cabeza, indignado, como si yo fuera ahora

la persona más horrible del mundo.

—¡Todo el mundo conoce a Green Day! —exclama moviendo las manos.

Suelto una carcajada. ¿Cómo se puede estar poniendo así por un cantante? ¿O un grupo? Vale, no sé lo que es, pero sí que he oído el nombre en varias ocasiones.

Dios, soy lo peor. Merezco el odio de Álvaro.

—Pues yo no sé quién es —admito encogiéndome de hombros.

—¡Es un jodido grupo de la hostia! —Vuelve a mover de una manera exagerada las manos y me mira—. Me has decepcionado, Ari.

—No dramatices, que seguro que no sabes quién es J. K. Rowling.

—Un escritor —contesta con desdén—. Sabía que ibas a contraatacar con tus queridos libros.

Me echo a reír.

—Es una escritora, idiota.

—Lo mismo da. —Se vuelve a sentar a mi lado, me abraza y me da infinitos besos en la mejilla—. Te perdono porque te quiero.

—Oh, qué novio más considerado tengo —murmuro, divertida—. ¿Cuándo empiezas las clases en el conservatorio?

Álvaro suelta un suspiro.

—El lunes. No tengo muchas ganas de ir, la verdad.

¿Cómo que no? ¿Está loco?

Me pienso muy bien las palabras antes de decirlas y cabrearme.

—Vas a ir —le digo, y tengo la sensación de que ha sonado como una orden, así que mejor—. Es tu sueño. No conozco a nadie a quien le guste más la música que a ti.

—Se me han quitado las ganas de todo.

—Álvaro —pronuncio su nombre en tono de advertencia y mirándolo a los ojos—. Vas. A. Ir —digo haciendo una pausa en cada palabra.

Esboza una perfecta sonrisa.

—Cada vez te pareces más a la sargento de tu madre.

Le doy un manotazo en la tripa por idiota.

—Cállate. Qué horror.

Un rato después, Álvaro se pone en plan oso amoroso sobón, y yo, cuando se pone de esa manera, soy débil y me voy derritiendo lentamente con cada una de sus caricias y cada uno de sus besos, hasta que no aguantamos más y acabamos perdiéndonos el uno en el otro en el sofá, con la canción *Con las ganas*, de Zahara, interpretada por una chica, y acompañándonos como banda

sonora desde la televisión.

* * *

Me despierto en mitad de la noche mientras Álvaro duerme, abrazándome por la espalda, y siento su respiración en mi nuca. Estamos en una de las habitaciones de la planta de arriba de la casa.

—Álvaro —susurro para comprobar que está profundamente dormido, y que no se despertaría ni aunque hubiera un terremoto, luego un tsunami y después una explosión del planeta.

No responde, así que perfecto.

Me deshago de sus brazos con cuidado y me levanto de la cama sin hacer ruido.

—Mmm... —murmura en sueños.

Permanezco quieta y rezo para que no abra los ojos. Lo observo un momento, pero al cabo de unos segundos, continúa sin despertarse. Madre mía, qué sueño más profundo tiene. Ah, y está supermono cuando duerme. Lo siento, lo tenía que decir.

Ahora sí, vamos con mi misión.

Salgo de la habitación, caminando despacio y de puntillas, y bajo las escaleras, pero algunas chirrían; parece que no están de mi lado. Llego hasta la planta de abajo y voy directa al salón. Enciendo la luz y recorro con mi vista de lince todos los rincones, hasta que mis ojos se detienen en la mochila de Álvaro, que descansa en una esquina, al lado de la tele. Me acerco a ella y abro el bolsillo grande. No hay nada. Después, abro el pequeño, donde me encuentro una caja de tabaco y una bolsita pequeña de marihuana. Bueno, no es que me extrañe que fume hierba; sabía que lo hacía, pero no me gusta que lo haga.

Al volver a meter la mano en el bolsillo, me doy cuenta de que hay más cosas. Cuatro bolsitas más, igualitas que la que me enseñó Diego. De coca. Bueno, o eso pienso que es. No es que sea una experta en drogas precisamente.

Volvamos a la realidad. ¿Ahora qué se supone que debo hacer yo? ¿Hablar con él y preguntarle por qué mierda se está metiendo eso? ¿Lo tiro por el retrete? ¿Me drogo yo para entender por qué es tan divertido? No, esta última opción descartada.

Cojo las cuatro bolsas de coca y guardo la de marihuana y la caja de

tabaco en la mochila para no levantar sospechas. Me encamino hasta el baño, abro la tapa del váter y esparzo los polvitos blancos en el interior. Por último, tiro de la cadena y me sacudo las manos. Vuelvo a bajar la tapa, me lavo las manos y tiro las bolsitas vacías a la basura, envueltas en papel higiénico.

Ya está. Misión conseguida. Aunque Álvaro no es tonto. Su única neurona funciona correctamente. Se va a dar cuenta de que su droga ha desaparecido. Espero que no descubra que he sido yo la que lo ha hecho, porque si no, estoy acabada.

Vuelvo a la habitación y descubro que Álvaro me ha intercambiado por la almohada; ahora la está abrazando a ella. Se la quito y se queja en sueños, y es entonces cuando abre los ojos y su mirada se encuentra con la mía.

—Holita —digo intentando parecer lo menos nerviosa posible.

Da un bostezo, sin enterarse de nada.

—¿Qué haces levantada? —pregunta con voz adormilada—. ¿Es ya la hora de irte al insti?

—No, no. Todavía son las tres de la mañana. —Coloco la almohada en su sitio.

—Pues vuelve a dormir conmigo. —Da una palmadita en el colchón. Yo me tumbo junto a él y lo abrazo—. ¿Qué hacías despierta?

—Es que, mientras dormía, me he acordado de que hoy no te he dicho las suficientes veces que te quiero, y quería decírtelo, por si se te había olvidado.

Qué buena soy diciendo mentiras. Aunque lo que acabo de decir es totalmente cierto.

Álvaro se ríe.

—Qué tonta eres.

Y volvemos a dormirnos.

Capítulo 39

Chris

Me muerdo la uña del dedo índice de la mano izquierda mientras doy vueltas por mi cuarto. Llevo así como una hora y no soy capaz de parar. Todas las uñas de la mano derecha ya están mordidas, y creo que a este paso voy a acabar comiéndome las de los pies.

¿Por qué estoy haciendo esto? Porque mis padres llevan más de una hora discutiendo, pero esta vez es una de las broncas fuertes. Me he traído a mi hermana a mi habitación y está durmiendo en mi cama con los auriculares puestos para no oír nada.

Me siento en el alféizar de la ventana y observo la calle para distraerme un poco de los gritos. Veo una moto pararse enfrente, y Álvaro y Ari se bajan de ella; después se abrazan y se dan besos durante un rato. Qué bonitos son y qué cotilla soy espiándolos desde mi ventana.

De contemplar tanto amor, me acaban de entrar unas inmensas ganas de enviarle un mensaje a John.

YO: «Ahora mismo te estoy echando un pelín de menos»

No tarda en llegar su respuesta.

JOHN: «¿Sólo un pelín? Yo un pelón»

Sonrío.

YO: «Eso no está bien dicho ahí, tonto»

JOHN: «Da lo mismo. Tengo mi propio idioma»

Y me manda el emoticono de la gitana.

YO: «Ojalá estuvieras conmigo ahora. No sabes cuánto te necesito. Mi

casa es un infierno»

JOHN: «¿Puedes quedar ahora?»

YO: «Lo dudo. Estoy encerrado en mi habitación con mi hermana»

JOHN: «Voy para allá»

Antes de que yo le conteste que no hace falta, se desconecta. No quiero que venga, porque me da miedo de que nos pille mi padre.

Vuelvo a mirar por la ventana. Aún siguen Álvaro y Ari fuera, haciendo el intento de despedirse. Ella ahora está sentada en la moto y hablando con él, sonriendo. Al cabo de unos minutos más, ya sí que se despiden de verdad.

Suspiro, y un cuarto de hora después, observo la figura de John acercarse a mi casa. Alza la vista hacia mi ventana y le hago el gesto con la mano para que espere. Salgo de mi habitación en silencio y bajo las escaleras despacio. Abro la puerta de la calle e invito a pasar a John. Subimos a mi cuarto sin hacer ruido y nos sentamos en el suelo, bajo la ventana.

Me abrazo a él. Fuerte. Como si temiera que se me va a escapar.

—Gracias —le digo.

—Te he dicho mil veces que no me las des.

Y así estamos, hasta que mis padres detienen su discusión y John se marcha a su casa.

* * *

—La Constitución de 1812 fue... —empieza a explicar la profesora; entonces mi cabeza desconecta y suelto un bufido. John, que se ha sentado a mi lado, me mira enarcando una ceja y sonriendo.

—¿Qué te pasa? —me pregunta—. ¿Te aburres?

—Mucho. La historia no sirve para nada. Si ya ha pasado, ¿para qué la estudiamos?

—Hay que aprobar —me dice, y se pone a atender a la profesora, pasando de mí y dejando que me aburra yo solo.

Un rato después, para no quedarme dormido, pongo la oreja en la conversación de Ari y Diego, que se han sentado detrás de mí. También Sandra se encuentra con ellos, pero concentrada en la clase.

—... en su mochila —escucho a Ari—. Se lo tiré al váter.

—¿En serio? —le susurra Diego, atónito—. Se estará volviendo loco ahora mismo.

¿De qué hablan? ¿Qué tiró al váter? ¿Quién se ha vuelto loco? No me estoy enterando de nada.

—Me preocupa mucho —continúa mi amiga.

Se acabó. Soy muy cotilla. Necesito saberlo.

Me doy la vuelta hacia ellos.

—¿Puedo saber de qué estáis hablando? —los interrumpo, y los dos se callan y me miran.

—¿Nos estabas espiando? —inquieta Ari.

—Bueno... Espiar, lo que se dice espiar... Pues no —le respondo poniendo cara de inocente.

—Menudo fisgón —murmura Diego.

—¿De qué habláis? —se une Sandra, curiosa, que está sentada al lado de Diego.

—¿Qué os pasa? —pregunta John al darse la vuelta.

A cotillas no nos gana nadie.

—¿Pero esto qué es? —cuestiona Ari—. Sacad a la maruja que lleváis dentro, por favor.

Todos la miramos haciendo pucheros, y es entonces cuando ella y Diego no tienen escapatoria y nos cuentan que Álvaro se droga, porque Ari encontró cuatro bolsas de coca en su mochila y las tiró enteras por el váter.

—Los cinco de atrás, silencio —nos ordena la profesora, y John y yo nos damos la vuelta hacia el frente.

Una vez que toca la sirena, salimos disparados de la clase de Historia para dirigirnos al recreo, a nuestro banco de siempre.

—Voy a jugar al fútbol, bebé —me informa John. Me da un rápido beso en los labios y se marcha hacia la pista.

—¿Bebé? —inquieta Ari en tono de burla, sosteniendo una bolsa de palomitas que acaba de comprar en la cafetería—. Ya sois peores que Álvaro y yo.

—¡Uy, Ari, ten cuidado! Que os quitan el puesto a la parejita más empalagosa de todos los tiempos.—interviene Sandra.

—Cállate. —Ari le tira una palomita a la cara.

—¡Chicos, mirad quién va a jugar al fútbol! —exclama Diego señalando la pista, donde se halla Mónica vestida con unos *leggings* negros, un top rosa y

peinada con una cola de caballo.

—¿Qué diablos hace la Barbie ahí? —pregunto.

—No lo sé, pero tiene que estar muy loca para decidir jugar —responde Ari—. Se le va destrozando la pedicura.

—Creo que vamos a descojonarnos mucho con ella jugando —dice Sandra, y todos nos reímos.

El partido comienza y Mónica va en el equipo contrario al de John. Los primeros diez minutos son aburridos porque sólo se pasan o se quitan la pelota sin meter un gol. Bueno, el fútbol siempre me ha parecido aburrido; creo que no tiene nada de especial ver gente persiguiendo un balón, pero con este partido es diferente porque está John jugando, y la verdad es que no se le da nada mal.

—No sabía que John jugara tan bien —comenta Ari comiéndose sus palomitas cuando mi novio marca el primer gol—. Se va a convertir en el próximo Cristiano Ronaldo.

—No, por favor. Ese tío es muy estúpido —le digo. Nunca me ha caído bien ese famoso; se cree el más guay del planeta y cobra una millonada por darle patadas a una pelota.

—¡Oye, un respeto a Cristiano Ronaldo! —brama Sandra, y pongo los ojos en blanco.

Continúo viendo el partido y Mónica le intenta quitar la pelota a John, pero no lo consigue y, segundos después, mi maravilloso novio marca otro gol.

—¿Tendrá tan buena puntería para todo? —quiere saber Sandra. Diego se ríe y Ari se atraganta con una palomita y comienza a toser.

—Pues sí, la tiene —le espeto, y le doy a Ari palmaditas en la espalda.

Vuelvo a dirigir mi vista a la pista. John le quita la pelota a un contrincante, pero Mónica se acerca a él, le hace la zancadilla y mi novio se cae al suelo.

—¡Eso es juego sucio! —protesta Ari.

—¡John! —chillo, y corro hacia él, que lo rodean las demás personas que estaban jugando. Miro a Mónica con desprecio, pero ella sólo esboza una sonrisa de engreída.

—Se cayó —me dice. Se encoge de hombros y se marcha sin parar de sonreír.

—¡Zorra! —le grito; luego me acerco a John, que sigue tirado en el suelo, y me agacho—. ¿Estás bien?

—Me duele mucho el brazo —me contesta haciendo muecas de dolor.
—¿Lo puedes mover?
—No.
—Tranquilo, se te pasará rápido —le aseguro ayudándolo a levantarse.

* * *

Estoy en la consulta del hospital con John. Nos hemos tenido que salir del instituto con el permiso del director porque el dolor de su brazo se había convertido en algo insoportable. Mi madre nos ha atendido y ha dicho que le va a colocar una escayola. John se ha lesionado el codo al caerse. Bueno, al caerse, no. Mónica le hizo la zancadilla para jodernos; estoy segurísimo, y juro que no se va a salir con la suya.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te sigue doliendo? —le pregunto a John.

—Sí —contesta—. Por favor, córtame el brazo, te lo suplico.

—Te juro que esa Mónica se va a enterar cuando la vea.

—No hagas nada, déjala. Ya se le pasará el berrinche.

—Imagínate que la próxima vez te empuja por las escaleras —comento, y entrelazo su mano con la mía, mientras le acaricio la mejilla con la otra—. Me he asustado un montón. Sé que es capaz de hacer cualquier cosa. Mira cómo acabó Ari por su culpa —confieso, y se me quiebra la voz al acordarme de lo mal que ha estado mi mejor amiga. John me sonríe con ternura.

No quiero llorar. No quiero llorar. No quiero llorar. Porque mi madre o sus padres pueden entrar en cualquier momento y no quiero que me vean así.

—Chris... No va a hacernos nada —me susurra John, y yo lo miro a los ojos.

—No sé lo que ha pasado, pero te has convertido en alguien imprescindible en mi vida —suelto de sopetón.

Ay, mi madre. Yo nunca he sido tan sentimental. Eso de que el amor cambia a las personas es verdad.

—Tú también en la mía —contesta esbozando una sonrisa—. Además, todavía nos quedan muchas cosas por vivir juntos. ¿No crees?

No respondo. Sólo me pierdo en el azul de sus ojos.

Y en este momento irrumpe mi madre en la consulta.

—Bien, voy a escayolarte el brazo —le informa, y su mirada se dirige hacia nuestras manos entrelazadas; yo aparto la mía de inmediato y me pongo colorado.

Ya está. Pillado.

Para escaparme de la situación incómoda, les digo que salgo a la calle para tomar el aire. Me siento en los escalones que hay en la entrada del hospital y suelto un profundo suspiro.

—¿Chris?

Maldita sea. Conozco esa voz a la perfección. No quiero alzar la vista y encontrarme con su careto.

Pero lo hago.

—Mateo —digo, y aprieto la mandíbula, observándolo.

Qué pequeña es esta ciudad. Si creyera en Dios, hubiera rezado para no encontrarme con este energúmeno en todo lo que me queda de vida. Me está contemplando con una media sonrisa que lo hace parecer idiota; sus ojos marrones, casi negros, me estudian, curiosos; el pelo, rubio, lo lleva más largo, tanto que los mechones le caen por la frente, lo que me hace pensar que le hace falta un buen corte. Y la ropa que lleva... Impecable: camisa verde, vaqueros y unas zapatillas negras.

Vomitivo.

—Hace mucho tiempo que no te veo —comenta.

Sí, no me ve desde el día que me dejó, el muy gilipollas, por no ser «valiente». Estuve comiéndome el tarro durante semanas por su culpa.

—Pues ya me estás viendo —contesto con desdén; después me levanto de los escalones para ponerme a su altura.

—Lo siento —se disculpa, y por un momento, me creo que lo siente de verdad—. No debí irme de esa manera... Sé que te hice daño... No me puse en tu lugar y salí corriendo.

Me río sarcásticamente. Tendría que replantearse estudiar para ser actor en vez de la ingeniería rara que está haciendo.

—Tranquilo —respondo con una falsa sonrisa—. No me hiciste daño. No estaba enamorado de ti. Y menos mal...

Es que en el fondo me alegro de que me dejara, si no, no me habría fijado en John, aunque los dos seamos un par de cobardes.

Noto que Mateo se pone tenso y sus ojos me miran dolidos.

—No me creo lo que estás diciendo. Se te ve a la legua que sigues pillado por mí.

¿Qué manera de contraatacar es esa? Por favor...

Me vuelvo a reír en toda su jeta.

—Me parece que te lo tienes muy creído.

Baja la mirada hacia el suelo y, segundos después, me pilla desprevenido y me agarra las manos.

—Vuelve conmigo —suplica mirándome a los ojos—. Te prometo que no me voy a ir esta vez.

¡Aaaaah! ¿Qué es esto? ¡Quitádmelo, quitádmelo!

—Eh, eh. Para el carro. —Liberó mis manos de sus zarpas—. No pienso volver contigo. ¡Ni que estuviera loco!

—Chris, por favor... —Vuelve a secuestrar mis manos, pero esta vez las agarra más fuerte, casi cortándome la circulación. Yo quiero gritar; está invadiendo mi espacio personal—. Te he echado de menos.

Que alguien me traiga ahora mismo un puente, que me voy a tirar.

Me estoy agobiando. Y me está dando taquicardia.

De repente, hace una mueca de dolor y me suelta con brusquedad. Mueve el pie y maldice algo entre dientes.

Toni le acaba de pillar con su monopatín y nos sonrío de manera traviesa. Ha sido mi salvación.

—Maldito niño, ¿para qué se supone que tienes los ojos? —le espeta Mateo mirándolo con furia, y le da un empujón.

—Eh —me interpongo—. Deja tranquilo a mi cuñado.

—¿Tu qué? —Mateo ladea su cabeza hacia mí, incrédulo.

—El hermano de mi novio —respondo haciendo énfasis en cada palabra y como si él fuera tonto.

Toni se ríe mientras contempla la escena.

—¿Tienes novio? —Mateo sigue sin creérselo.

—Sí, *Pelopollo*. Mi hermano y el rarito son novios —interviene Toni—. Eres lentito, tío.

Ahogo una risa.

—¿Quién es? —quiere saber Mateo. Se le nota el fastidio en la cara.

—Alguien a quien le importo y me hace feliz —le respondo—. Toni, vamos a entrar. —Agarro a mi cuñado del brazo y me despido del idiota con la cabeza—. ¡Me he alegrado de verte!

Atravesamos la puerta de la entrada y nos dirigimos a la consulta donde se encuentra John, pero antes de entrar, Toni me coge del brazo y me tiende su mano, indicándome que le dé dinero.

—No te pienso dar nada —le espeto.

—Entonces le diré a mi hermano lo que estabas haciendo con el rubiales en esa postura tan romántica.

—No tengo nada que esconder. Se lo pensaba contar.

—Pero me puedo adelantar yo —contraataca con la mano tendida aún.

Puto crío. De mayor será político.

Cojo mi cartera y saco un billete de cinco euros.

—¿Eso es lo que vale mi hermano para ti? ¿Cinco euros? —inquiére con la ceja enarcada.

—No me tientes, que te quedas sin nada.

Toni bufaba, pero finalmente lo coge, y John sale de la consulta con el brazo escayolado.

—Menuda mierda. Ahora voy a tener que llevar esta cosa durante unas semanas —me cuenta, y yo le planto un beso en la mejilla.

—¿A que no sabes lo que ha hecho tu novio, el rarito, en la entrada? —se adelanta Toni.

Será capullo.

Fulmino al mocoso con la mirada, que está esbozando una ridícula sonrisa.

—¿Qué ha hecho? —le pregunta John, curioso, y yo me llevo una uña a la boca.

—Se ha estado morreando con la tetona de su amiga.

John estalla en risas y yo me uno a él, nervioso.

Me acuerdo de que, antes de que empezáramos el instituto, quedamos con nuestros amigos para ir a cenar a algún sitio, y se acopló Toni. Cuando vio a Ari, le tocó las tetas; ella le pegó un manotazo en la mano y Álvaro dijo que sólo se las tocaba él. El niño también hizo lo mismo con Sandra y Tania.

—¿Dónde están papá y mamá? —inquiére Toni.

—Aún no han llegado —le contesta John.

—Pues voy a esperarlos fuera. —Toni desaparece del hospital subido en su monopatín.

No sé por qué, pero me cae bien ese chaval, aunque sea un sacadineros.

Le doy un beso a John en los labios y nos sentamos en unas sillas en la sala de espera.

Venga, que le voy a contar lo de Mateo, a ver qué opina.

—¿Sabes a quién me he encontrado fuera del hospital? —empiezo.

—¿A quién?

—A Mateo, mi ex.

John enarca una ceja.

—¿Y?

—Me ha dicho una cosa con la que te vas a reír un montón.

—¿Cuál? Deja de hablarme por partes y cuéntamelo todo de una vez.

—Me ha dicho que vuelva con él, que me echa de menos y todas esas tonterías que se dicen para intentar convencer a alguien para que vuelva contigo.

—Ah.

Analizo su expresión. Es una mezcla de sorprendido, de cabreo y de querer asesinar a Mateo. Se lleva la mano del brazo bueno a la cabeza y se masajea la sien con los ojos cerrados. Imagino que estará invocando a Satán para que le ayude a descuartizar al idiota.

Carraspeo. No pienso mencionar que me estoy comiendo las uñas porque ya forma parte de mí.

John deja de hacer lo que está haciendo y me mira con sus ojos azules más oscuros de lo normal.

—Voy a partirle las piernas.

Me río a carcajadas.

—Mejor te quedas quietecito, que tu brazo tiene que guardar reposo.

—¿Y tú que le has dicho? ¿Le habrás puesto en su sitio, no?

—Claro que sí. Y tu hermano lo ha dejado listo para que le amputen el pie.

—Juro que, cuando lo vea, se va a enterar —comenta, y me mira con una pizca de miedo—. ¿Porque no lo quieres, verdad?

—¡Claro que no! —exclamo—. Sólo es un estúpido que se cruzó en mi camino y ya está. Yo te quiero a ti. Y demasiado. —Sonrío y él me contempla con atención—. Como has dicho antes, nos quedan muchas cosas por vivir, y a ti te queda mucho tiempo para aguantarme.

Observo cómo en su rostro se va dibujando una bonita sonrisa.

—Ven. —Me tira hacia él y estampa sus labios contra los míos; yo lo abrazo con cuidado de no hacerle daño mientras me pierdo en la calidez de su boca.

—¡Mamá a la vista! —nos interrumpe Toni entrando en la sala, de nuevo con su amado monopatín.

John y yo nos separamos y elimino las arrugas invisibles de mis vaqueros con las manos. Acto seguido, mi suegra aparece y John le cuenta lo que ha pasado, sin mencionar a la infeliz de Mónica. No entiendo por qué no dice nada de ella si es la culpable de todo.

—Vamos a casa, cariño. Tienes que descansar mucho —dice la mujer, y

dirige su vista hacia mí—. Deberías irte a casa también. Te llevo en el coche, si quieres.

Esta mujer me parece muy rancia, pero cedo a su invitación.

Cuando llegamos a la calle donde vivo, le doy las gracias a la madre de John, me despido de todos y me apeo del coche. Antes de entrar en mi casa, me encuentro con Ari.

—Tengo un plan perfecto. —Se frota las manos con sonrisa diabólica.

—Hola, estoy bien. John también. Gracias por preguntar —le digo.

—Oh. —Se le ilumina la bombilla—. Es verdad. ¿Cómo está John?

—Genial —contesto, exhausto—. Por suerte, no le ha ocurrido nada malo. Se ha ganado una escayola en el brazo.

—Menos mal que no ha sido tan grave. Pero vamos a vengarnos. Ven. — Mi amiga me tira del brazo y me guía hasta su casa.

—¿Qué vas a hacer?

Sin embargo, no contesta y abre la puerta.

—¡Hermanita querida! —exclama Ari mientras se arremanga los puños de su chaqueta vaquera.

Nos dirigimos al salón, donde se encuentra Mónica durmiendo a pierna suelta en el sofá y con la tele encendida.

Ari mueve los brazos, emocionada.

¿Qué se supone que se ha metido? ¿La supuesta coca de Álvaro?

—Ahora vuelvo. No la despiertes —me susurra, y desaparece, dejándome solo con la víbora durmiente. Al cabo de unos segundos, mi amiga aparece con espuma y una cuchilla de afeitar en la mano.

—¿Qué...?

—Chist.

Se acerca a la infeliz de Mónica y soy testigo de cómo le afeita poco a poco una ceja. Tengo que hacer un esfuerzo por aguantarme la risa. Cuando no queda nada de pelo en ella, es el turno de la otra.

Ay, que mi amiga acaba de perder la cabeza y yo soy cómplice. Pero esa idiota se lo merece.

—Pues ya está —anuncia Ari cuando acaba su obra maestra, y sé que está deseando reírse.

Me acerco a la infeliz para ver mejor y me quedo a cuadros al descubrir las cejas totalmente depiladas. A Mónica le va a dar un infarto cuando se levante.

Salimos pitando de la casa y nos empezamos a reír en mitad de la calle.

—Estás chalada —le digo.

—Se lo merece.

Una moto aparca a nuestro lado. Álvaro se baja de ella, se quita el casco, lo pone sobre un manillar con mala leche y se acerca a nosotros.

Está cabreado.

—Hola —nos saluda con voz dura, y mi amiga lo mira, extrañada.

—¿Qué te pasa? —le pregunta ella.

—Nada.

Vale, aquí sobro. De todas formas, Ari me lo va a tener que contar sí o sí después.

—Está bien. Ya me voy —les digo. Le doy a ella un beso en la mejilla y a Álvaro intento chocarle la mano, pero no está por la labor; sólo me lanza cuchillos asesinos con su mirada. Me alejo de ellos y me encamino hacia mi casa.

Espero que no sea nada malo, porque a él se le veía muy enfadado. A lo mejor se ha enterado de que Ari le tiró la coca al váter.

Capítulo 40

Álvaro

—¿Qué te pasa, Álvaro? —pregunta Ari cuando Chris se marcha.

Estoy muy, pero que muy enfadado.

—No me pasa nada —contesto en tono irónico, moviendo las manos por los aires; luego coloco mi dedo índice sobre su frente—. Haz memoria, por ejemplo, que después el de la única neurona soy yo. —Quito mi dedo y clavo mi mirada en la suya.

Ari me mira con los ojos entornados. Sé que me he pasado diciéndole esto, pero no lo he podido evitar. Cuando me cabreo, suelto gilipolleces por la boca.

—¿Te estás dando cuenta de cómo me estás hablando? —me espeta con expresión molesta—. No pienso hablar contigo hasta que te hayas calmado y te puedas comportar como una persona civilizada.

—¿Persona civilizada? —Me echo a reír de manera sarcástica—. ¿Acaso tú lo eres?

Sus labios dibujan una fina línea.

—Me voy a casa —dice, y se da la vuelta, pero yo la detengo, agarrándola de la mano.

—No te vayas.

—Mira, yo no sé lo que te ha dado en la cabeza para que me trates así de repente.

—Ari. —Suspiro e intento tranquilizarme—. Me has robado.

Frunce el ceño.

—¿Perdona?

Venga ya, ahora se está haciendo la tonta.

—Te lo voy a explicar de una manera para que lo entiendas... En mi mochila había bolsitas con... —Miro a nuestro alrededor por si hay alguien con la oreja pegada en la conversación, pero no hay nadie, así que vuelvo a posar mis ojos en mi novia—. Con harina. Y tú me la has robado, estoy seguro.

—Harina —repite, y chasquea la lengua—. Pues creo que los peces del

mar se están haciendo un buen bizcocho con ella.

—¿Qué? —me sorprende—. ¿No la habrás...?

—¿Tirado por el váter? Pues claro. —Ari hace una pausa y espera a que una vieja pase con su perro—. No iba a permitir que hicieras bizcochos con esa harina en mal estado.

Yo me estoy liando con tanta harina y tanto bizcocho ya. Si estoy discutiendo con ella por todo esto, es porque estoy preocupado por si ahora le da por drogarse (aparte de fumar) y porque me da mucha rabia que me haya robado.

—Ariadna, dime la verdad —le digo lo más tranquilo posible. Por un momento, prefiero que la haya tirado en vez de estar tomándosela.

—Álvaro. —Me lanza una mirada de advertencia; después baja la voz—. No pienso dejar que te metas esa mierda en el cuerpo.

Me paso las manos por el pelo, nervioso, y doy un profundo suspiro.

—¡Deja de cachondearte de mí! ¿Qué pasa? ¿Qué también te drogas, aparte de fumarte mi tabaco? ¿Te crees que no me doy cuenta de que cada día me desaparecen varios cigarrillos y de que te apesta la boca a alquitrán cuando te beso?

—Yo... Lo del tabaco... Lo siento —se disculpa bajando su mirada, arrepentida—. Pero la droga no te la he robado para metérmela yo. Estaba preocupada por ti.

Decido creerla y ella me vuelve a mirar.

—Está bien... Aunque no sé por qué fumas, si siempre has detestado el tabaco.

—¿Y tú por qué te drogas? —inquire, y me sujeta las manos.

—No lo entiendes. Esa mierda me ayuda a olvidarme de todo.

—El que no lo entiende eres tú —contraataca—. Que tengas que recurrir a eso para no pensar en tus problemas, teniendo miles de cosas con las que distraerte... —Niega con la cabeza—. Tienes razón, no lo entiendo. No puedo competir contra la droga. Al parecer, ella es más importante que yo.

¿Pero qué cojones me está diciendo ahora?

Me suelta las manos y me aparta la mirada otra vez.

No, no quiero que me la aparte. Necesito perderme en sus preciosos ojos.

—¿Qué tonterías dices? ¡Pues claro que me importas! —exclamo volviendo a unir nuestras manos—. Nada ni nadie es más importante que tú. Además, tampoco me va a pasar nada por meterme de vez en cuando algo. Todo el mundo lo hace. No me juzgues, que tú te has vuelto adicta al tabaco.

Vuelve a soltarse de mis manos, esta vez con un tirón.

—¿Pero tú te estás oyendo? Es Tania quien te la vende, ¿no? Por eso le diste cincuenta euros el otro día.

Hostias, esto se lo ha contado su amiguito. Si supiera el motivo por el que le di a Tania ese dinero, estaría yendo a sacarle los pelos a ella en vez de estar aquí, pegándome la chapa sobre la vida sana.

Se me escapa una risa traicionera.

—Ella no me vende nada, Ari. Es más, se opone a todo esto.

—No me creo nada. ¿Por qué le diste el dinero entonces?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Dispara —me anima, inquieta.

Seguro que se va a enfadar en cuanto se lo cuente, así que primero me quiero asegurar de que no lo hace.

—Antes de nada, prométeme que no te vas a enfadar conmigo.

—Depende de lo que sea —me contesta.

—Prométemelo.

Pone los ojos en blanco.

—Lo prometo. Venga, dilo.

—Muy bien —empiezo a hablar mirándola directamente a los ojos; ella me escucha con atención—. Tania y yo hicimos una apuesta. Si ella se tiraba a tu amigo, el *Fruiti*, yo le daba cincuenta euros, y si no lo hacía, me los tenía que dar ella a mí. Yo creía que Diego no lo iba a hacer por esa gilipollez de que está muy enamorado de ti y blah, blah, blah. Pero, al parecer, no ha sido nada tonto.

Ari permanece callada, contemplándome mientras se muerde el labio por dentro, y sus ojos me lanzan cuchillos jamoneros que se clavan en mi corazón.

—Lo siento —me disculpo con voz de pito. A mí nunca me ha salido la maldita voz de pito. Pongo cara de cachorrito para que su enfado sea menor.

—¿Lo sientes? ¡¿Lo sientes?! —grita, y su rostro se torna rojo de ira—. ¿Cómo se te ocurre hacerle algo así a Diego?

—En el fondo le he hecho un gran favor, así se olvida de ti, ¿no crees?

Ari se cruza de brazos y pienso que está creando los asesinatos de Tania y de mí.

—¡Sois idiotas! —exclama, y me da manotazos en el pecho—. ¿Y si ahora Diego se pilla por ella, qué? Se lo pienso contar. No voy a consentir que os estéis riendo de él.

—Pues si se pilla por ella, mejor. Porque a Tania le mola él. Y mucho — le contesto, y Ari está que echa humo por la cabeza—. Bueno, ¿damos una vuelta en Cassie o qué? —cambio de tema para suavizar un poco el ambiente.

—No —responde de mala gana.

Vaya, ahora sí que la he cagado.

—Esto... Mañana empiezo las clases —comento como si no hubiera pasado nada—. ¿De verdad no quieres estar conmigo para decirme que todo me va a salir de puta madre y animarme? Estoy un poco acojonado. Ya si eso, te cabreas otro día, ¿vale?

—¡Aaaaah! ¡Te odio! —Me vuelve a golpear el pecho como una demente y yo la detengo, sonriendo.

—Vale, ódiame, pero vámonos ya, ¿no?

—¡Maldito Don Chulito!

Suelto una carcajada al oír eso.

Un día le pregunté cómo me tenía guardado en su móvil, y me contestó «Don Chulito». Estuve durante un rato haciéndome el enfadado con ella. Yo qué sé, podría haber puesto «El tío más perfecto del mundo» o «Mi novio, que tiene la polla muy grande», o un simple «El amor de mi vida».

—Enana, ¿vamos o qué?

—Pues venga, pero nada de sexo. Estás castigado.

—¿Estás de coña, no?

¿De verdad me está castigando sin follar? Esto es para reírse. Sé que me va a costar aguantar, pero a ella más, teniendo al lado a todo un *sex symbol* como yo, provocándola.

—No estoy de coña —replica.

—A ver quién gana esta vez. —Saco los cascos y le tiendo el suyo, retándola con mi mirada.

—Yo, por supuesto —dice con aires de superioridad.

Joder, no puedo vivir sin ella. La adoro.

* * *

La jodida alarma del jodido móvil de Ari comienza a sonar y me da un susto que por poco me cago en los calzoncillos.

—Apaga esa mierda ya, hostias —murmuro con la cabeza recostada en su tripa.

—Voy, voy.

La alarma para de sonar y yo sigo con los ojos cerrados.

—Vamos, Álvaro, que me tienes que llevar al insti. Me lo prometiste anoche.

Mierda. Me comprometí a llevarla al instituto si se quedaba a dormir conmigo. Su madre tiene que estar hasta las narices de ella, aunque este año la veo como más calmada y menos sobreprotectora con Ari, cosa que me sorprende.

Y no tuvimos sexo anoche. Ari ganó. Yo estuve dándole la tabarra todo el tiempo, intentando ponerla cachonda, pero ella no estaba por la labor. Al final, me dejó con un dolor de huevos impresionante.

—¿Pero qué hora es? —pregunto con voz adormilada.

—Las siete. —Me acaricia el pelo.

—Heidi, vamos a pasar de todo y nos quedamos durmiendo como los estúpidos osos amorosos que somos.

—De eso nada. —Aparta mi cabeza de su barriga y se levanta de la cama. Ahora el colchón me hace de almohada y no me gusta; prefería la tripa de Ari.

—Pero si yo no empiezo hasta las nueve. Esto es explotación.

—Voy a ducharme. Cuando vuelva, quiero que estés levantado.

—Vale —contesto aún sin abrir los ojos.

Y no sé cómo, pero me quedo frito otra vez. Al cabo de no sé cuánto tiempo, me despierta la voz de pito de Ari, ordenándome que me levante. Huele a mí. Se ha duchado con mi gel y mi champú.

Me encanta que huela a mí.

Mi amor me zarandea como la bruta que es y bufo.

—¡Que son las siete y media!

—Joder —mascullo, y me levanto de la cama a regañadientes—. ¿Por qué no coges el autobús?

—¡Álvaro!

Madre mía, cómo chilla y qué energía tiene por la mañana. Me está entrando un dolor de cabeza para flipar.

—¿Por qué no bajas el volumen un poco? —le pido.

—¡Dúchate ya!

Suspiro, agarro mi ropa y me encamino hacia el cuarto de baño. En diez minutos ya estoy listo e irresistible. Bajo hasta la cocina y me encuentro a Ari desayunando un Cola-Cao con magdalenas. Ha colocado mi tazón y mis cereales sobre la mesa. La adoro. Me siento en una silla y echo leche en el

tazón; después es el turno de los cereales y empiezo a comérmelos. Mientras desayunamos, nos interrumpe el sonido del timbre.

Ari me mira, desconcertada.

—¿Quién será? —inquire, pero yo me encojo de hombros con indiferencia—. Voy a abrir yo. —Desaparece de la cocina y, segundos después, regresa—. Es para ti.

—¿Quién es?

—Tu madre.

Mierda. ¿Qué cojones querrá Virginia ahora? Además, no es mi madre.

Gruño y me encamino hacia el recibidor, donde está esa mujer esperando.

—¿Qué haces aquí? —le espeto—. Te dije que no quería volver a verte.

—Vamos a hablar, hijo —dice, angustiada.

—Lo siento, pero tengo cosas más importantes que hacer. —Señalo la puerta con la mano—. Fuera.

—¿Y esta tarde?

—Fuera.

Virginia se queda mirándome unos segundos; después se marcha de la casa, desilusionada, y yo cierro la puerta de un sonoro portazo.

A tomar por culo.

—Te portas muy mal con ella —escucho la voz de Ari detrás de mí, y me doy la vuelta.

—Ella también conmigo —contraataco, y cambio de tema—. ¿Estás lista?

* * *

Miro el folio con mi horario por los pasillos, todo concentrado, cuando, de repente, alguien me pega un susto, que por poco tiro los papeles al suelo.

—¿Cómo ha ido tu primera clase? —Tania se planta delante de mí con su violín a cuestas.

—Un coñazo. Yo no sé para qué existe Historia de la Música, si yo lo que quiero es cantar.

Tania se ríe de una manera escandalosa.

—Cómo se nota que somos iguales. Esa asignatura es un mojón y la profesora parece que suelta somnífero cuando explica. El año pasado me quedé un par de veces frita en sus clases.

Suelto una carcajada.

—Qué ánimos me das.

—¿Qué tienes ahora? —me pregunta.

—Canto. Creo que me va a molar.

—Pues suerte. Demuéstrales a todos tu envidiable voz, pero tápate tus horribles orejas.

—¡Ya estamos con mis orejas! —exclamo sonriendo—. Me piro, que no quiero llegar tarde. Nos vemos luego.

—Adiós, Dumbo.

Le doy a Tania un pequeño empujón, de manera cariñosa, y me encamino hacia mi próxima clase. Cuando llego, la profesora nos dice que nos vayamos al salón de actos, que quiere escucharnos cantar a cada uno y saber cómo nos defendemos encima del escenario. Vale, quiero salir corriendo. Nunca he cantado en un escenario. Estoy acojonado. Esa tía sabe cómo hacer que nos caguemos en los pantalones.

Una vez que llegamos al salón de actos, me siento en una de las butacas de la primera fila para ver a todos mis compañeros cantar. He hablado con unos cuantos y, por ahora, parecen buena gente. A mi lado se sienta una chica con el cabello pintado de rosa, que lleva persiguiéndome toda la mañana. Creo que se llama Ale, y es muy torpe y nerviosa.

La profesora nos empieza a llamar uno a uno para que subamos al escenario. Tenemos que cantar la canción que queramos y a capela, sin ningún instrumento acompañándonos. La primera en subir es Ale que, en cuanto oye su nombre, pega un chillido que creo que me ha dejado sordo.

—Qué nervios. —Me mira, agitando las manos, haciendo ruido con las doscientas pulseras que lleva en cada muñeca, y se levanta.

—Mucha mierda —le digo.

Cuando va subiendo los escalones, se tropieza, pero no se cae al suelo. Qué torpe es. Se coloca en el centro del escenario, detrás del micrófono, carraspea y comienza a cantar *Corre*, de Jesse & Joy. Se nota que está nerviosa, porque le tiembla la voz. Me doy cuenta de que la profesora está apuntando cosas en su libreta; tiene pinta de ser dura. Para cuando Ale acaba, todos le aplaudimos y la profesora le dice que tiene que controlar esos nervios, pero para eso está aquí: para aprender.

Seguro que a mí me va a poner verde.

Continúan subiendo alumnos y ninguno se salva de que la profesora le ponga pegatas. Ahora está interpretando Adam la canción *Pompeii*, de Bastille, y no lo hace nada mal. Por cierto, es el primo de la almorrana, el que se metió con mis orejas cuando me quedé en su casa a dormir.

¿Y yo qué canción se supone que canto? ¡Necesito mi guitarra! Sin ella, no soy nadie. O un piano. Lo que sea. No sé cantar yo solo.

Venga, no pasa nada, que lo voy a hacer de puta madre.

Cuando me toca, me subo al escenario, desprendiendo seguridad, y me pongo frente al micro. Echo un vistazo al salón de actos, repleto de butacas y con todos los de mi clase y la profe mirándome, expectantes.

Hostia puta. Esto impresiona.

Respiro hondo e intento pensar que estoy en mi casa, tan tranquilo, cantándole a Ari, y mi voz surge de mi garganta de manera espontánea. Mientras interpreto *She looks so perfect*, de 5 Seconds Of Summer, no me pongo nervioso, sino que me vengo arriba y consigo acabar la canción muy orgulloso de mí mismo.

Ahora a escuchar lo que me va a decir la amargada de la profesora.

—¿Fumas? —me pregunta sentada en la primera fila.

—Eh... Sí —logro decir.

—Se te nota. Te aconsejo que lo dejes, es dañino para tu voz —comenta—. Sin embargo, me gusta mucho tu timbre, aunque has desafinado unas cuantas veces. Pero lo has hecho muy bien. Se nota que estás muy seguro contigo mismo.

—Gracias —respondo, y me bajo del escenario.

Bueno, por lo menos no me ha dicho cosas tan malas. Aunque eso de que deje el tabaco... No sé, no sé. ¿Cómo demonios ha sabido que fumo?

—Lo has hecho muy bien —me felicita Ale al volver a mi asiento.

—Gracias. Tú también. —Le dedico una media sonrisa.

Me vibra el móvil en los vaqueros y lo saco. Tania me acaba de enviar un vídeo.

ZANAHORIA: «No he podido resistirme. Me he colado en el salón de actos»

Me descargo el vídeo, le pongo los auriculares al móvil y le doy al *play*.

Qué cabrona es esta Tania. Ha grabado mi actuación y yo ni me he enterado. Salgo bastante guapo, algo normal en mí, y lo hago de puta madre. Estoy enamorado de mí mismo; voy a dejar a Ari para casarme conmigo.

Hablando de Ari... Decido mandárselo, que seguro que se le caerán las bragas en mitad de la clase en cuanto lo vea.

Su respuesta no tarda en llegar.

ENANA: «Dios mío. ¿Quién es ese tío tan supermegaperfecto? Ah, sí. ¡Mi novio! Qué pena no haber estado ahí para tirarte mi sujetador a la cabeza»

Me río a carcajadas al leer el mensaje y Ale se me queda mirando.

—¿De qué te ríes tanto? —quiere saber. Será cotilla.

—De nada —respondo entre risas mientras le escribo a Ari.

YO: «Te hago un concierto privado esta noche y me tiras todos los que quieras»

Tras acabar la clase, salimos del salón de actos, pero Ale interrumpe mi camino.

—¿Qué nos toca ahora?

Uf, qué tía más despistada. Me ponen bastante nervioso esta clase de personas.

—Ni idea, yo sigo a la multitud —digo caminando hacia mi próxima clase, con la pesada pisándome los talones.

—¿Tienes novia?

Oh, otra admiradora loca. Me siento acosado.

—Sí.

—Ah —suelta en tono desilusionado.

Río para mis adentros. Pobre chica. Se acaba de enamorar de mí y ya le he roto el corazón. Qué cruel soy.

Entro en el aula, donde me toca Lenguaje y Teoría Musical, que creo que va a ser otro coñazo, y me siento en una silla. Y, cómo no, Ale se acomoda a mi lado, aún decepcionada por el desamor.

Me vuelve a vibrar el móvil, que lo he colocado sobre la mesa, y rechazo la llamada al instante. Es mi no-padre. No pienso cruzar palabra con él en lo que me queda de existencia. Desde que se volvió con Alba a Madrid, después de que yo me enterara de todo, no ha parado de darme el coñazo con llamaditas. Por supuesto, nunca se las cojo.

Un mensaje del WhatsApp me saca de mis pensamientos.

EXTRAÑO: «Álvaro, sé que estás enfadado con tu madre y conmigo, pero no lo hemos hecho con mala intención. Tu madre está destrozada.

Dadnos otra oportunidad. No nos merecemos esto después de todo lo que hemos hecho por ti. Sigues siendo nuestro hijo. Perdónanos»

Bloqueado.

Esto es flipante. Que les dé otra oportunidad, dice. Después de cómo me ha tratado durante toda mi vida, como si fuera la mierda más insignificante del mundo, de que me echara de casa y de que haya estado diecinueve años engañándome... ¿Quiere que le dé otra oportunidad? Que se joda. Y Virginia, también.

Le mando un mensaje a Víctor, un colega que estaba en mi clase el año pasado.

YO: «Nos vemos a las dos donde siempre»

Guardo el móvil y atiendo al coñazo del profesor.

Capítulo 41

Ari

—¿Qué vais a hacer hoy? —pregunta Chris al salir del insti.

—Yo voy a estar ocupado todo el día —interviene Diego—. Hasta luego, chicos. —Y sale disparado, ilusionado, hacia uno de los bancos, donde se encuentra Tania esperándolo.

No soporto a esa tía, en serio; está jugando con mi amigo. Encima Diego se va con ella como si fuera un perrito, dejando a sus amigos abandonados.

Suspiro, negando con la cabeza, mirándolos. Tengo que contarle lo de la apuesta cuanto antes.

—Ari —me interrumpe Chris. A su lado está John con su brazo escayolado—. ¿Te vienes con nosotros?

—Se supone que Álvaro iba a venir a recogerme —le digo. Nunca se retrasa; es una de las cosas que más me gustan de él, que jamás me hace esperar. En cambio, ahora parece que se le ha olvidado—. Voy a llamarlo.

Saco mi móvil y lo llamo tres veces seguidas, pero no contesta. Finalmente, me rindo y lo guardo.

—¿No lo coge? —inquire John, y niego con la cabeza.

—Voy a preguntarle a Tania. —Me acerco a la parejita feliz, con John y Chris acompañándome, y miro a la pelirroja—. ¿Sabes dónde está Álvaro?

Ella me observa y me da la sensación de que le molesta mi presencia.

—Ni idea. —Se encoge de hombros de manera despreocupada, como si no le importara lo que le pase a su amigo; luego desvía sus ojos verdes hacia Diego—. ¿Nos vamos, pijín?

—Claro —le contesta el calzonazos de mi amigo y, segundos después, se marchan en la moto de Tania.

Lo mato. ¿Por qué deja que lo trate como si fuera una marioneta?

—Pues me iré con vosotros —les digo a Chris y a John.

Últimamente nos estamos distanciando mucho. Diego se va con Tania; Sandra hace más de una semana que no aparece por el instituto y tampoco contesta los mensajes; John y Chris quedan por su cuenta, y a Álvaro le ha dado por desaparecer.

Cuando llego a mi casa, después de haber estado soportando a mis amigos pasear entrelazados de la mano y yo haciendo de sujetavelas, mi madre aparece como una bala en el recibidor y se cruza de brazos, con expresión cabreada.

¿Ahora qué se supone que he hecho?

—¿Qué pasa ya? —quiero saber.

—¿Cómo que qué pasa ya? —Coge aire, intentando calmarse. La sargento ha vuelto para quedarse—. Te parecerá bonito irte a dormir fuera de casa, ¿no? Llevas varios días haciéndolo, Ariadna. Me lo estás poniendo muy difícil —me riñe, y me señala con el dedo—. Que sea la última vez que lo haces, porque no me hace ninguna gracia que mi hija, de diecisiete años, pase todas las noches con su novio, el delincuente.

Ya estamos con lo de siempre.

—Mamá, te he dicho mil veces que no llames a Álvaro así —contesto lo más serena posible.

Mónica baja las escaleras con aires de psicópata, se engancha a mí y me tira del pelo.

Mierda, no me acordaba de lo que le hice ayer en las cejas, y hoy no ha aparecido por el instituto en todo el día.

Intento quitármela de encima, pero me es imposible; parece que ha desayunado a Hulk.

—¿Pero qué estáis haciendo? —brama mi madre, desquiciada, y la Barbie me suelta para explicarlo.

—¡Tu hija me ha afeitado las cejas!

Me doy cuenta de que se ha dibujado una línea negra donde deberían ir las cejas y ahogo una risita. Quedan muy poco naturales.

Mi madre gira su cabeza hacia mí.

—¿Es eso verdad, Ariadna?

—Por supuesto —contesto, orgullosa de mí misma.

—¿Pero cómo puedes ser tan zorra? —me espeta Mónica.

—Imagino que estarás hablando de ti misma, ¿no? —me burlo.

—¡Ya basta! ¡A vuestra habitación ahora mismo! —grita mi madre intentando poner orden; después levanta el dedo, en expresión amenazadora—. Juro que, como sigáis comportándoos como dos niñas de cinco años, Alfonso y yo tomaremos medidas.

Reprimo otra risa. ¿Qué medidas? ¿Las del dobladillo de las cortinas? A no ser que nos obliguen a pasar todas las tardes juntas en plan hermanitas

felices.

—Claro, mamá —contesto con voz dulce y fingiendo una sonrisa.

La Barbie permanece de brazos cruzados sin decir nada y exhalando con brusquedad por la nariz, que parece un toro a punto de atacar a su enemigo.

Cuando por fin entro en mi guarida, me siento sobre la cama y miro los mensajes del móvil. Tengo uno de Álvaro.

DON CHULITO: «Siento no haberte recogido, pero estaba muy liado. Te lo compensaré. Espero que no te enfades mucho conmigo. Te quiero, princesa»

YO: «No pasa nada, cariño»

Lanzo el móvil a la cama y suspiro.

Nunca me ha dejado tirada. Yo siempre he sido lo más importante para él, o eso es lo que me ha hecho creer. No es que yo sea egoísta; entiendo que ahora tenga más obligaciones, pero de eso a pasar de mí cuando sé perfectamente que a las dos de la tarde termina las clases...

Espero que lo que haya estado haciendo haya merecido la pena.

* * *

—¿Has visto a Álvaro? —le pregunto a Virginia en cuanto me abre la puerta de su casa.

Lleva varios días sin dar señales de vida. El martes, cuando se le olvidó recogerme en el instituto, quedamos por la tarde, y desde entonces no lo he vuelto a ver. Y hoy, que es sábado, he decidido venir a buscarlo a la casa de su madre, por si a Álvaro le ha dado la gana de aparecer por aquí, ya que tampoco estaba en su casa de las afueras.

—Sigue sin querer saber nada de mí —me contesta ella con expresión entristecida—. ¿Te puedo pedir una cosa?

—Claro.

—Intenta convencerlo para que vuelva conmigo a casa. Por favor.

Álvaro es muy cabezota, no creo que me haga caso, pero me da mucha pena ver a Virginia así.

—Veré lo que puedo hacer.

Me despido de ella y pillo a Sandra saliendo de su piso, que tampoco ha

aparecido por el instituto en estos días. Lleva un vestido de tirantes negro y unos tacones del mismo color; su melena rubia está recogida en una coleta alta y se ha maquillado.

—Sandra —la saludo—. ¿A dónde vas tan arreglada?

—A casa de Víctor de fiesta —me responde con una sonrisa en la cara—. Tía, estamos saliendo.

—¿Cómo? —inquiero, sorprendida.

—No sabía que fuera tan romántico. Me llevó a cenar a un chino el otro día y me regaló este colgante. —Sujeta el colgante de oro blanco que rodea su cuello.

Qué fuerte me parece todo esto.

—¿Y por qué no has venido al instituto?

—Me daba pereza —contesta encogiéndose de hombros—. Por cierto, a tu novio lo vi ayer en casa de Víctor con un grupito que tenía muy mala pinta —me cuenta, y mira la hora en su móvil; yo me pongo tensa al oír semejante noticia—. Bueno, yo me voy, tía. No quiero llegar tarde.

—Voy contigo.

Sandra suelta una risotada.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Tengo que hablar con Álvaro. Llevo desde el martes sin verlo.

—De acuerdo.

Tras salir del portal, nos acercamos a un descapotable negro. Víctor se apea y saluda a mi amiga con un morreo que la deja atontada. Carraspeo y él me analiza de arriba abajo.

—¿Y esta quién es? —pregunta.

¿Ahora ni se acuerda de mí con lo que se ha metido conmigo?

—Es Ari —le responde Sandra.

—¿Qué Ari? ¿La de Álvaro? —Su semblante es de pura sorpresa.

—La misma —intervengo, y el idiota vuelve a pasear su vista por mí.

—¿En serio? —Víctor se comporta como si no me conociera; imagino que se estará quedando conmigo—. Pero si estás muy flaca. La última vez que te vi parecías un botijo.

Será capullo.

—Veo que tu inteligencia sigue estando muy por debajo de la media —le contesto con una sonrisa.

—¿Eh?

—¿Nos vamos ya? —interrumpe Sandra con voz nerviosa.

Mi amiga se acomoda en el asiento del copiloto y yo en el de atrás. Víctor sale a la carretera y conduce como si quisiera ganar una carrera. Los mechones de mi pelo empiezan a revolotear por el aire y se enredan unos con otros por culpa del viento y del descapotable. Me los sujeto con las manos para que se queden quietos hasta que llegamos.

—¿Dónde está Álvaro? —le pregunto a él cuando nos adentramos en la urbanización, oyendo la música a todo trapo, pero se encoge de hombros.

—Por algún rincón de la casa, digo yo.

Dejo a estos dos entre la multitud y me preparo para la búsqueda de mi novio, el fugitivo. En la sala de estar no lo diviso, así que sigo por la planta baja, pero tampoco hay ni rastro. Subo las escaleras y voy echando un vistazo de habitación en habitación y, en una de ellas, al abrir la puerta, me encuentro con un chico y una chica que no están jugando a las casitas precisamente. Ella está sobre él y, cuando me ven, me asesinan con sus miradas.

—¿Qué coño haces mirando? —me espeta ella.

—Perdón —me disculpo tapándome los ojos, y cierro al instante.

Qué vergüenza.

Continúo buscando a Álvaro, pero en esta planta tampoco lo encuentro. Al final, subo hasta la azotea con la esperanza de que esté ahí. Abro la puerta y escucho murmullos. El olor a porro se cuele en mis fosas nasales, impidiéndome respirar aire de verdad. Antes de acercarme al grupito que hay rodeando una mesa, estudio a todos los elementos que hay. Riéndose y fumando; Álvaro entre ellos.

¿Ahora qué se supone que debo hacer? ¿Ir hasta ahí y sacarlo a patadas? ¿Lanzar por los aires a los demás? Bufo. Odio esta situación.

Decido aproximarme a él y le doy con el dedo en el hombro. Álvaro fija su vista en mí y su cara es la misma que la que pone mi madre cuando le contesto de mala gana.

—Ari —pronuncia mi nombre. Se levanta de su silla con rapidez, me sujeta de la mano y me aleja del grupo—. ¿Qué cojones estás haciendo aquí?

Me suelto de él de manera brusca y me cruzo de brazos.

—Lo mismo te digo, Álvaro.

—Vete de aquí ahora mismo —me ordena; sus ojos están muy abiertos e inyectados en sangre.

—¿No puedo quedarme aquí y fumarme la mierda que te estás fumando o qué? O mejor dicho... ¿Esnifarme la mierda que te estás esnifando?

Se pasa una mano por el pelo, agobiado de escuchar mis palabras.

—Sólo me he fumado un porro.

De pronto, un tío que no he visto en mi vida se acerca a nosotros con un porro en la mano.

—¿Quién es esta tía, Alvarito? —pregunta arrastrando cada palabra y sin apartar su vista de mí—. ¿Tienes novio, preciosa?

Abro mucho los ojos, anonadada, y los labios de Álvaro dibujan una fina línea. Sé lo que piensa hacer y no me va a gustar nada.

—Sí, tiene un novio que te va a romper los dientes ahora mismo. — Álvaro ladea su cabeza hacia el tipo y lo mira echando chispas por los ojos. A continuación, le propina un puñetazo en la mandíbula, provocando que se tambalee.

—Te vas a enterar —le espeta el tipo, y le intenta pegar en el estómago, pero Álvaro esquiva el golpe y le asesta otro puñetazo en la cara.

Los demás que se encontraban en la mesa se acercan a nosotros con caras de zombies.

Ahora el tipo se abalanza sobre Álvaro y su puño aterriza en su cara.

—¡Álvaro! —grito, pero me ignora y sigue pegándose con el otro para ver quién gana la pelea de subnormales.

Los zombies no hacen nada para separarlos, y yo estoy muy nerviosa viendo a Álvaro de esa manera. Por suerte, Víctor aparece con Sandra para ver lo que está ocurriendo.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Aquí no se pelea nadie! —brama el anfitrión, e intenta separar a los dos con la ayuda de los demás, que parece que ya se han espabilado con la situación.

Cuando los separan, voy junto a Álvaro, que tiene el labio ensangrentado y el ojo se le está empezando a poner morado.

—Vámonos —le digo. Entrelazo mi mano con la suya y lo guío hasta el baño. Cierro con cerrojo y Álvaro se sienta sobre la taza del váter, riéndose—. ¿De qué te ríes? —inquiero, y busco en los armarios agua oxigenada y algodón.

Pero mi novio no me responde y le intento curar la herida del labio mientras él se queja. De vez en cuando se ríe, y otras veces se caga en todo.

—Ya está. —Termino y tiro el algodón a la papelera; después miro a Álvaro—. Vámonos.

Se levanta, pero enseguida se tambalea. Lo agarro del brazo para que no se estampe contra el suelo, pero, de repente, vomita en las baldosas, salpicando a nuestros zapatos, lo que me hace pensar que también está medio

borracho. Lo vuelvo a sentar en el váter para que se le pase y, veinte minutos después, salimos de la casa de Víctor, dirigiéndonos hacia una parada de bus, ya que Álvaro no está en condiciones de conducir la moto, aunque él se haya empeñado en que sí.

Ya en su casa, lo acuesto en la cama y, en cuestión de minutos, empieza a roncar. Le mando un mensaje a mi madre diciéndole que me he quedado en casa de Sandra, apago el móvil y me tumbo con Álvaro.

* * *

Despierto de madrugada y con las sábanas frías. El sonido de una guitarra acaricia mis oídos y me levanto de la cama. Salgo de la habitación y me encuentro a Álvaro sentado en las escaleras junto a su amante, la única con la que le permito que me sea infiel. Está tarareando una canción que no he escuchado nunca, y la melodía no me suena de nada. Me siento a su lado y para de tocar.

—¿Te he despertado? —me pregunta, y niego con la cabeza.

—¿Qué estabas tocando?

—Una canción que estoy escribiendo, pero se me da como el puto culo componer.

—¡Cántamela ya! —exclamo, y me doy cuenta de que he gritado demasiado alto—. Por favor.

—Ni hablar. Cuando esté terminada, entonces serás la primera en escucharla, mientras, no.

—Te odio.

Álvaro me dedica una bonita sonrisa.

—Te canto otra si quieres, para compensarte.

—Pues ya estás tardando.

Carraspea y comienza a acariciar a su amante, haciendo que suene la melodía, para después unirse con su voz, cantando *Dónde*, de Pablo López. Nunca me cansaré de mirarlo mientras canta.

—Te toca —me dice en cuanto termina, tendiéndome la guitarra.

—¿Que me toca el qué?

—Cantarme alguna canción.

Suelto una carcajada.

—Sabes que no se me da bien.

—Nunca te he oído —comenta, y me mira con su carita de cachorrito; la

misma cara con la que me ablando como una imbécil y acabo cediendo a lo que él quiere—. Enana, te lo suplico. Cántame.

—Gracias, pero no pienso dejar que compartas a tu amante conmigo. A lo mejor me la cargo.

—No importa. Me compras otra.

Jolines. ¿Qué hago para convencerlo de que no quiero cantar?

—Provocarí a una tormenta de las que te dan miedo. Con truenos superescalofriantes.

—No importa —insiste—. Me abrazaría a ti para que me cuidaras. — Coloca la guitarra en mi regazo, pone una de mis manos en las cuerdas, y la otra en la cosa larga que tiene, que no tengo ni idea de cómo se llama.

—¿Cómo se llama el palo largo? —pregunto.

Me va a matar. Se va a llevar las manos a la cabeza y me va a hacer pedacitos con su mirada.

—¿Cuál? ¿Mi polla? —contesta, divertido.

No puedo evitar reírme.

—No, tonto. El de la guitarra.

Álvaro se tapa la cara con las manos y lanza varios suspiros, haciéndose el ofendido.

—Ari, te estoy confiando una de las cosas más importantes que tengo. Trátala bien —dice, y posa su mano sobre el palo largo—. Se llama mástil, Ari. Mástil —añade lo más calmado posible y como si yo fuera tonta.

—Mástil —repito.

—Bien. Ya puedes empezar.

—¿Y cuál canto? Yo no sé. Te vas a reír de mí.

—Alguna en francés. Por favor —me suplica haciendo pucheritos.

—El estribillo y ya está. Además, no tengo ni idea de cómo se toca esta cosa.

—Da igual, improvisa. Tampoco sabías tocarme la polla y ya te has convertido en una experta.

—¡Álvaro Aitor! —lo llamo por su nombre completo, y él se ríe como un imbécil.

—¡Canta ya!

Respiro hondo, armándome de valor, y empiezo a tocar las cuerdas de una manera chapucera. Dios, se me da fatal. Álvaro me mira con atención y con una sonrisa en los labios. Sé que se va a estar cachondeando de mí durante siglos.

—*Tout est chaos* —canto *Désenchantée*, de Kate Ryan, con una voz que no sé de dónde me ha salido de lo mal que suena. Me pongo colorada al instante y a Álvaro se le ensancha más la sonrisa—. *A côté. Tous mes idéaux de mots, abîmés... Je cherche une âme qui pourra m'aider. Je suis d'une génération désenchantée. Désenchantée.*

Mi novio me aplaude como si le fuera la vida en ello.

—Lo has hecho de puta madre —me dice con el rostro irradiando felicidad, y yo lo taladro con la mirada—. Me acabas de poner cachondo.

—No te rías de mí.

—A ver... —Se piensa muy bien las palabras antes de soltarme su veredicto—. Es verdad que no tienes ni idea de tocar la guitarra ni de cantar; no has acertado en ninguna nota, pero a mí me ha gustado tu voz... Es algo así como el sonido que hace una cabra cuando está estreñida e intenta hacer de vientre. —Está aguantándose la risa, el muy idiota.

—Oh, perdona. No todos hemos nacido con una voz espectacular como la del señorito que tengo delante —contesto señalándolo.

—Es que yo soy la hostia. Admítelo.

—Sí, sí, eres la hostia y todo lo que tú quieras. —Se me escapa un bostezo—. Pero tengo sueño, así que vamos a dormir. —Le devuelvo a su amante y me levanto.

—Oye, Ari.

—¿Qué?

—Siento lo de antes y lo de todos estos días sin haberte hecho caso. —Me mira, arrepentido.

—No importa, Álvaro —le respondo, y lo agarro de las manos para ayudarlo a levantarse—. Sé que últimamente lo estás pasando mal. No estoy enfadada.

No, no estoy enfadada. Sólo un poco molesta, pero ahora no me apetece estar hablando de ese tema con lo cansada que estoy.

Volvemos a entrar en la habitación y Álvaro deja su guitarra en el suelo. Nos tumbamos de nuevo en la cama y él me abraza por la espalda y coloca su barbilla en el hueco de mi cuello.

—Te quiero —susurra.

—Te quiero.

Capítulo 42

Diego

—¿Puedes dejar el móvil quietecito y quitarle la vibración?

Levanto la vista de la conversación que estoy teniendo con Tania en WhatsApp y la poso en Ari, que pulsa constantemente el botoncito del bolígrafo mientras me mira, inquieta.

—¿Te molesta? —pregunto.

—Pues un poco. No puedo hacer el trabajo tranquila —me responde, y me mira entornando los ojos—. Además... ¡Lo estoy haciendo yo sola! —grita, y mis tímpanos acaban de explotar.

Estamos en mi casa haciendo un trabajo de Filosofía. Hemos decidido ponernos juntos, pero no la estoy ayudando; lleva una hora aquí y yo no he avanzado nada con mi parte, porque Tania me ha acosado a mensajes, diciendo de quedar, pero yo le he respondido que no puedo, que estoy ocupado.

Suspiro.

—Está bien, Ari. Perdona. Ya me pongo a hacerlo. —Suelto el móvil sobre la mesa y me concentro en buscar información de *El mito de la caverna* en mi portátil.

Últimamente no estoy avanzando nada con mi novela; la he dejado en pausa porque la inspiración se ha esfumado de mi vida, y mis lectores ya se están impacientando, deseando saber lo que va a pasar entre Ainara y Darío.

—Diego —me interrumpe Ari cuando pasa un rato, y levanto mi vista hacia ella.

—Dime.

—¿Te gusta Tania? —quiere saber.

—¿A qué viene esa pregunta? —me sorprendo.

—Te he preguntado yo primero. Contéstame. —Sus ojos me contemplan intensos.

—¿Estás celosa? —bromeo—. Yo creía que estabas muy enamorada de Álvaro.

Frunce los labios y respira con calma. Me hace muchísima gracia verla

así, aunque no sé por qué me ha preguntado si me gusta Tania.

—Te estás volviendo muy estúpido desde que te juntas con la del pelo de tallarín, ¿sabes?

—Lo mismo digo de ti desde que estás con el tarambana —contraataco.

—¡Deja de llamarlo así! —exclama poniéndose roja por la rabia que está invadiendo su cuerpo; después se tranquiliza y vuelve a respirar profundamente—. Diego, no quiero enfadarme contigo. Tengo que contarte una cosa que no te va a gustar nada.

—Pues dímela. —Apoyo el codo en la mesa y mi barbilla en mi mano, mirando a Ari con atención.

—A ver... —empieza, y se quita una pielecita de una uña; luego clava sus preciosos ojos en los míos—. Tania está jugando contigo. ¿Te acuerdas de los cincuenta euros que le dio a Álvaro? —pregunta, y yo asiento—. Hicieron una apuesta: Tania le daba ese dinero a Álvaro si tú no te acostabas con ella, y él se lo daría a ella si lo hacías.

—Eso es mentira —suelto, acompañado de una risita—. Ella no haría una cosa así.

—Diego... Es la verdad. Ha estado jugando contigo.

—Sólo dices eso porque te cae mal. Te lo estás inventado —contesto, tajante—. Entonces explícame por qué sigue quedando conmigo.

Ari permanece callada durante unos segundos y después continúa:

—No lo sé, pero lo que te he contado es verdad, si no, llama a Álvaro. Verás lo que te dice.

—Ari, eso no tiene sentido. Tania es buena persona —defiendo a la pelirroja—. No entiendo por qué te cae tan mal.

—Yo sólo quiero que no vuelvas a sufrir otra vez por ninguna chica.

«La única que me hace sufrir eres tú», pienso.

—Dime, ¿te has enamorado de ella de verdad? —inquieta con el semblante lleno de preocupación.

Bajo mi mirada hacia el suelo, trago saliva y, por último, la miro a los ojos.

—Yo sé muy bien de quién estoy enamorado de verdad —le digo.

* * *

Entro en clase de Lengua a primera hora y me siento en uno de los pupitres del final a esperar a Ari, que está tardando demasiado porque la ha traído el

otro al instituto. Ayer, en cuanto solté las palabras mágicas, se puso nerviosa y dijo que se acababa de acordar de que había quedado con su madre para hacer una cosa, que ya continuaríamos con el trabajo otro día. Y se fue corriendo.

La veo entrar en clase junto a Sandra, que le susurra algo y toma asiento en primera fila, con Mónica.

Vale, ¿prefiere sentarse con su hermanastra en vez de conmigo? No hay quien la entienda. Imagino que estará cabreada por no creer las cosas que me dijo de Tania.

—Hola —me saluda Sandra sentándose a mi lado. Por fin da señales de vida.

Chris, que se encuentra sentado con John delante de nosotros, se gira.

—Ya me puedes estar contando por qué Ari se acaba de sentar con la infeliz.

Pero me encojo de hombros y él me contempla sospechando de mí.

—Algo no me cuadra aquí —dice, y se vuelve hacia el frente.

En serio, Chris es la persona más cotilla que he conocido en toda mi vida.

—¿Qué os ha pasado? —susurra Sandra.

Después del cotilla de Chris, el segundo puesto lo ocupa Sandra.

—Nada —contesto.

La profesora entra en clase de lo más sonriente y se planta delante de su mesa, de pie.

—Os tengo una sorpresa —nos informa—. Para Navidad vamos a representar la obra de teatro *Romeo y Julieta*. —Da palmadas con el rostro lleno de felicidad.

Todos los de la clase empiezan a protestar.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —inquire Patri, la delegada, en nombre de todos—. Tenemos la selectividad a la vuelta de la esquina y no nos va a dar tiempo a estudiar ni a ensayar la obra. Nos estáis explotando. ¿Por qué no lo hacéis con los de secundaria?

Tiene toda la razón. Este curso es el más difícil y debemos prepararnos para la selectividad.

—Os va a dar tiempo. Son sólo unos meses —explica la profe—. Además, quien no quiera participar, que no lo haga. Pero quien se apunte, le sumo tres puntos en la nota final.

Murmullos por toda la clase.

Entonces claro que me apunto. Tres puntos son tres puntos. Tengo que

subir nota como sea, para que me acepten en la carrera que quiero estudiar.

—¿Y quien saque un diez, le pones un trece? —pregunta John en tono burlón.

—Apuesto lo que sea a que no vas a llegar ni al cuatro —le responde la profesora.

—Es verdad, pero ya estaría aprobado si me apunto, aunque sacara un dos.

—Pues ya sabes, a apuntarse —lo anima ella.

—¿Y por qué no hacemos una obra más moderna? ¿Como *Los Juegos del Hambre* o *Cazadores de Sombras*? —interviene Ari desde la primera fila, y yo me sorprendo porque nunca participa en la clase.

Al parecer, la profe también se ha quedado perpleja porque la está mirando con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Todos abuchean a Ari.

—Friki, friki, friki —dicen, y ella les saca el dedo corazón.

—Gracias, Ariadna, por dar ideas —contesta la profesora—. Pero es mejor que hagamos *Romeo y Julieta*, que es una obra muy famosa y la conoce todo el mundo.

Ari suelta un bufido en desacuerdo. Si soy sincero, me gusta más la idea de mi amiga; es muchísimo más original.

—Bien, pues quien quiera participar, que apunte su nombre en un papelito, y los personajes los echaremos a suertes. En la cajita de la derecha, van los nombres de los chicos, y en la de la izquierda, el de las chicas. —La profesora señala las dos cajas que hay sobre la mesa—. Ya podéis empezar.

Todos escribimos nuestro nombre y nos levantamos para meterlo en la caja que nos corresponde. Observo que Ari también se ha apuntado y espero que no me toque hacer de Romeo con ella, porque ya sería un pitorreo nuestra situación.

—Ahora voy a sacar el nombre de quien va a hacer de Romeo —dice la profe. Mete su mano en la caja de la derecha y coge un papelito; después lo abre y suelta—: Diego.

Vaya por Dios. Tenía la esperanza de que me tocara hacer de árbol.

Todos me miran y yo deseo hacerme invisible en este preciso momento.

—Continuamos con Julieta. —La profesora saca un papel de la caja de la izquierda, y hace lo mismo que con el de antes, pero frunce el ceño, extrañada—. ¿Ramón?

Los alumnos se echan a reír.

—Me he confundido de caja —comenta el aludido, que es el gracioso de la clase—. Pero que Julieta la interprete alguno de la parejita de mariquitas. Les pega mucho. —Señala con la cabeza a Chris y a John, y estos le fulminan con la mirada.

La profesora suelta un suspiro y mete el papel de Ramón en la caja de los nombres de los chicos; después saca otro de la otra y dice:

—Ari.

Me doy tortazos mentales al oír ese nombre. Daría lo que fuera por que hubiera otra Ari en la clase. El destino está en mi contra. No me puede haber tocado con ella.

Yo me encojo en la silla, rezando para hacerme más pequeño mientras algunos nos miran riéndose y otros dibujan corazones con sus manos.

—¿Es broma, no? —interviene Ari mirando a la profe.

—Lo siento, Ari. Es lo que ha tocado.

Ari bufa otra vez y se acomoda en su silla, de brazos cruzados.

La profesora nos reparte los guiones a cada uno para que vayamos practicando en nuestras casas, y la semana que viene empezaremos con los ensayos durante la clase de Lengua.

Yo sólo espero no tener que interpretar la escena del beso.

* * *

—¿Así que te ha tocado hacer de Romeo? ¿Y con Ari? —Tania se echa a reír—. Vas a hacer que me ponga celosa de esa.

Odio que la llame «esa». No comprendo el odio que se tienen entre ellas.

Estamos metidos en su coche, en el aparcamiento del McDonald's, que nos hemos venido a comer algo. Yo estoy sentado en el asiento del copiloto, y ella, a horcajadas sobre mí, con sus brazos rodeando mi cuello. Un poco incómodos y apretujados, eso sí.

—¿Celosa? —Enarco una ceja—. ¿Es que acaso somos algo y no me he enterado?

—No sueñes, Dieguito. —Suelta una carcajada—. Además, eres muy pequeño para mí. ¡Te llevo cuatro años! —exclama haciendo aspavientos con los brazos.

Cuando me enteré de los años que tenía, me asombré, porque no me esperaba que me llevara tantos. Ella tiene veintiuno y cumple los veintidós en febrero; yo hago los diecisiete en diciembre. Me creía que tenía dieciocho,

aunque aparenta quince.

—Es verdad, podrías ser mi abuela —bromeo.

—Soy una asaltacunas. —Sonríe de manera juguetona—. Vámonos, que tengo un hambre, que te podría comer enterito. Aunque ya lo haya hecho antes...

Esta tía ya se pasa de directa.

—Venga, vayamos a comer —digo cambiando de tema. Abro la puerta del coche y nos bajamos.

—Qué vergonzoso te has vuelto de repente, ¿no? —Ladea una media sonrisa—. Me apuesto lo que sea a que tu ex no te lo hacía como te lo hago yo.

Me rasco la nuca, no sabiendo lo que responder a eso, mientras ella cierra el coche con la llave.

—Respóndeme, ¿no? —insiste.

—No —contesto, y caminamos hasta el McDonald's.

—¿Eso qué significa? ¿Que no me respondes o que no te lo hacía como yo?

Está hablando demasiado fuerte, porque una pareja de ancianos se ha vuelto para mirarnos, y la señora se ha santiguado.

—Que no te respondo —le digo dibujando una tonta sonrisa.

—Qué recatadito —murmura.

Nos acercamos a la barra, donde se encuentra Álvaro atendiendo gente.

—Parejita —nos saluda, con unas ojeras horribles y ojos enrojecidos.

—Tío, ¿estás colocado? —le susurra Tania.

—¿Qué cojones...? ¿Se me nota? —inquiere el tarambana, y suelta una risa tonta—. Si me he bebido tres cafés y me he echado colirio... No me jodas, zanahoria.

—Como te pille tu jefa así, te va a echar —intervengo, y él me taladra con su mirada.

—Me la suda —responde con indiferencia.

—No te la suda —le contesta Tania—. ¿Cómo piensas pagarte el conservatorio, eh?

—Te recuerdo que el señor que me adoptó me ingresa dinero todos los meses. Además, no me van a echar. Si la jefa está siempre empanada mirándome el culo.

Menudo ego tiene.

—Álvaro, deja de meterte mierda. Te lo digo en serio —le dice Tania, que

se la ve preocupada. Por lo menos tiene dos dedos de frente y está en contra de lo que hace su amigo.

El tarambana sonríe con socarronería; después dirige su mirada hacia mí.

—¿Te ha contado tu amiga del alma que Tania ha estado jugando contigo?

Yo me quedo callado.

—¿Por qué eres tan cabrón, Álvaro? —le espeta Tania, y gira su cabeza hacia mí—. No te creas ni una palabra de lo que ha dicho. Sólo está furioso porque no le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

Álvaro ríe de manera sarcástica. ¿Es que no se pone nadie a la cola o qué?

—¿Apostaste cincuenta euros? —le pregunto a Tania, pero ella me aparta su mirada.

Lo hizo.

—Puedo explicártelo —me responde con un hilillo de voz. Me impresiona verla haciéndose pequeña y no tan segura de sí misma.

—No hace falta que me expliques nada —le espeto. Empiezo a caminar hacia la salida y oigo cómo Tania suelta un bufido.

—¡Te vas a quedar toda tu puta vida solo, Álvaro! —le grita al tarambana.

En cuanto salgo a la calle, Tania me agarra del brazo y se pone delante de mí, interrumpiéndome el paso.

—Es verdad, aposté con Álvaro cincuenta euros si me acostaba contigo —confiesa mirándome con sus ojos verdes. A mí sólo me gustan otros ojos de ese color—. Me prometí a mí misma que te daría la patada en el culo cuando lo hiciera, como hago con todos, pero no lo he hecho. ¿Y sabes por qué? Porque no me aburres, contigo me divierto muchísimo.

—Ah, qué bien —comento con sarcasmo.

—Diego, por favor. No tengas en cuenta la apuesta —me suplica, y noto que le tiembla el labio—. Vamos a seguir como siempre.

Me siento traicionado y usado. Otra vez.

—¡No soy un juguete! —grito, cabreado—. ¡Venga ya! Si tu amiguito y tú os habéis estado riendo a mi costa.

—Eso no es verdad.

La contemplo con animadversión.

No me siento dolido, porque no estoy enamorado de ella, sólo decepcionado. Parecía una persona de fiar, pero Ari tenía razón y ahora me siento mal por no haber creído a mi mejor amiga.

—Que te vaya bien tomándole el pelo a otro pringado.

—Diego... —susurra mi nombre. Me doy cuenta de que sus ojos lucen vidriosos, pero está claro que no va a llorar delante de mí, antes se cortaría los ojos.

Y decido alejarme de ella.

Capítulo 43

Chris

—*Si con mi mano he profanado tan divino altar, perdonadme. Mi boca borraré la mancha, cual peregrino ruboroso, con un beso* —digo cogiendo a Ari de la mano, mientras recito una frase de Romeo.

—*El peregrino ha errado la senda aunque parece devoto* —contesta Ari más seca que la entrepierna de una anciana, y yo suelto una risita.

—Le tienes que poner más sentimiento. Parece que estás comprando medio kilo de mortadela en un supermercado.

—No se me da nada bien.

Estamos ensayando *Romeo y Julieta* en la casa de Álvaro, ya que Diego no está por la labor de preparar la obra con Ari; dice que está muy ocupado con no sé qué cosa con su madre. A mí me ha tocado hacer el papel de cura y me parece bastante irónico.

—¿En qué jodido idioma está escrita esa mierda? —pregunta Álvaro desde el sofá, fumándose un cigarro y dibujando cosas en la escayola de John.

—En chino —responde John—. Me parece increíble que hablaran de esa manera hace tropecientos años.

—¡Oye! —exclama Ari—. Pues yo lo entiendo perfectamente. Es una historia muy bonita.

—Ella y sus queridos libros —murmura Álvaro poniendo los ojos en blanco, y continúa pintando un pene en la escayola—. Ahora no puedes hacerte pajas —le dice a John.

—Tengo la otra mano —contesta mi novio, divertido—. Aunque no me hace falta usar ninguna.

—Puaj. Cállate. —Álvaro hace una mueca de asco y me entra un ataque de risa.

—Bueno, vamos a seguir —intervengo entre risas—. ¿Ensayamos la escena del beso? —le pregunto a Ari moviendo las cejas de arriba abajo.

—¡Y un cojón vas a poner tus asquerosos morros en la deliciosa boca de mi novia! —brama Álvaro.

—¿Hay que hacer la escena del beso? —inquire Ari pasando las hojas a toda prisa, buscando esa escena, atacada de los nervios.

—Pues tu querido amigo, el que te cae tan bien, lo va a tener que hacer con ella —le informo a Álvaro.

—¡No, no, no! ¡Eso sí que no! ¡El maldito Fruiti no! —Mi amigo deja la colilla en el cenicero y se levanta de un salto; después se acerca a Ari.

No sé ya ni cuántos motes le ha puesto al pobre Diego; cada vez tiene uno más original.

—Álvaro, es sólo una obra —protesta mi amiga.

—Me da igual. Que le cambie el papel a Chris o a John, pero con ese, ni de coña.

Me divierte presenciar este tipo de discusiones entre ellos.

—La profesora no va a querer —intervengo, y Álvaro me mira.

—Deja que ensaye con ella para ver las malditas cosas que tiene que decirle la almorrana.

—Adelante. —Le entrego el guión y oigo a Ari suspirar. A continuación, me acurruco junto a John para contemplar la escena.

—¿Qué digo? —pregunta Álvaro estudiando los folios, y Ari le señala algo con su dedo.

—*El santo oye con serenidad las súplicas* —recita mi amiga de manera sosa.

Álvaro se ríe y carraspea para hacer su interpretación.

—*Pues oídme serena mientras mis labios rezan, y los vuestros me purifican* —lee sin dejar de reír; después ladea su cabeza hacia nosotros—. En serio... ¿Quién cojones dice eso ya? No entiendo una mierda.

—La tienes que besar —le digo—. ¡Y ponedle más sentimiento! Parecéis robots.

Álvaro se vuelve a carcajear y besa a Ari de manera apasionada.

—Las habitaciones están arriba —comenta John, y yo le doy un pequeño puñetazo en el hombro—. Por si queréis pasar a la acción.

Álvaro le levanta el dedo y luego mira a Ari.

—Ni de coña pienso permitir que te beses con el Fruiti, que lo sepas.

Mi amiga niega, poniendo los ojos en blanco.

—Idiota.

* * *

Mi madre, mi hermana y yo nos hemos quedado a pasar la noche en la casa de mi abuela, porque mi madre volvió a discutir con mi padre, pero no me pareció nada bien que nos viniéramos. Mi padre es el que se tendría que haber ido de casa y no nosotros.

Cojo la tabla de *skate* que me regaló John del suelo del salón y me dirijo hacia la puerta, pero mi madre se planta justo delante de ella, impidiendo que salga.

—Tengo que irme. He quedado —le digo.

Llevo evitándola desde el día que acompañé a John al hospital, para no hablar del tema de cuando nos vio en nuestro entrelazamiento de manos.

—¿Con quién has quedado? —quiere saber, curiosa, y con los brazos cruzados—. ¿Con John?

Ya sabía que tarde o temprano me iba a retener para que le contara la verdad. Pero si está sospechando algo y no me ha echado a patadas, significa que tampoco le importará tanto mi orientación sexual.

—Sí —contesto, avergonzado, mientras me muerdo las uñas.

—Vamos a hablar. No tardaremos. —Mi madre me agarra de la mano y nos dirigimos al salón. Nos sentamos a la mesa y yo me pongo tenso, pero ella sonrío—. ¿Tienes novio y no me cuentas nada? ¡A una madre se le cuenta todo!

Me relajo al instante.

—Yo... —digo, pero en realidad no sé qué decir—. No sabía cómo te lo ibas a tomar...

Mi madre niega con la cabeza, supongo que dolida por no habérselo contado. Después coge su bolso y saca algo.

Una caja de preservativos.

Me vuelvo a morder las uñas y me atraganto con mi propia saliva.

—Pero no le des al niño esos sustos, que le va a dar un ataque al corazón antes que a mí. —Mi abuela ha aparecido de repente y se está burlando de mí. ¡De mí!

—Christian —me llama mi madre—. Son para ti. A mí no me importa si te gustan los chicos o las chicas. Mientras sea buena persona y te haga feliz, me da igual.

Yo no hago otra cosa que morderme las uñas y mover la pierna con impaciencia. John me espera fuera y se estará preguntando por qué no he salido ya. Pobrecillo. Se imaginará que me han abducido los extraterrestres.

—¿Que tienes un novio y no me lo has dicho? —exclama mi abuela en

tono reprobatorio, y se cierra la bata, negando con la cabeza—. ¿Ni siquiera lo traes aquí para que se coma mi paella?

Por favor, quiero salir lo antes posible de aquí.

—Yo... —musito, y observo que mi abuela coge la caja de preservativos.

—¿Sabrás usarlos, no? —me pregunta—. Que no quiero que me hagas bisabuela.

Las dos se ríen. A mi costa. ¡Se están descojonando delante de mis narices! Ahora quiero que me abduzca un extraterrestre de verdad.

Noto mi cara arder.

—Cuéntanos, Chris. —Mi abuela sigue tomándose el pelo—. ¿Eres virgen o ya lo has hecho con el muchacho?

¡¡¡¿¿¿Qué???!!! ¿Dónde hay un agujero para escaparse?

De mis mejillas creo que sale fuego.

—Mamá, deja de subirle los colores al niño —interviene mi madre; yo ni siquiera puedo mirarlas.

—Me voy —suelto; después salgo corriendo hacia el recibidor, pero mi madre viene detrás de mí.

—¿Está ahí fuera? —me pregunta, y echa un vistazo por la mirilla de la puerta—. Quiero saludarlo. —Abre, sale disparada hacia donde se encuentra John y yo la sigo.

Ay, que me va a dar algo. Ya me va a avergonzar delante de mi novio.

John se nos queda mirando sin saber muy bien cómo reaccionar, porque mi madre está frente a él con aires de loca.

—Hola, John —lo saluda ella, y le da dos besos—. Qué guapo eres. Me alegro de que estés haciendo feliz a mi hijo.

John me mira, enarcando una ceja, y yo me encojo de hombros sonriendo, abochornado.

—Tiene un hijo estupendo —le dice a mi madre.

—¿Te gusta la paella? ¿Quieres venirte a comer hoy con nosotros?

Ya está. Ya sí que quiero evaporarme.

—Eh... —balbucea John, incómodo, y se rasca la cabeza—. Por supuesto. Me encanta la paella.

—¡Perfecto! —exclama mi madre.

—¿Nos podemos ir ya, mamá? —interrumpo su conversación.

—Claro. —Mi madre me da un beso en la mejilla y hace lo mismo con John—. Luego os veo. —Y se mete en la casa de mi abuela.

Suelto todo el aire que me he estado conteniendo.

—¿Qué ha sido eso? —inquire John, aún atónito.
—Ahora te lo cuento todo.

* * *

—Como sigas haciendo eso, te echo agua —le digo a John en el servicio del instituto.

Estoy bebiendo agua del grifo y él aprovecha el momento para manosear mi trasero, desconcentrándome, lo que ha hecho que me atragante tres veces.

—Es que te pones en esa posición tan... provocativa, que me es imposible —confiesa, y yo me incorporo y me limpio las gotas de agua de la cara, con la mano. Él se acerca a mí y me besa lenta y profundamente.

Entra un chico al baño y se nos corta el rollo.

—Vamos al patio —le digo.

El sábado, cuando salí de la casa de mi abuela, le conté todo lo que me habían dicho mi madre y mi abuela, y él se quedó flipando cuando solté el tema de la caja de condones. Le dio hasta vergüenza ir a comer paella con nosotros, pero no tuvo más remedio que hacerlo. La comida no fue tan mal, pero claro, con mi abuela de por medio hablando de que quería tener bisnietos antes de morir, pues yo me sentí muy incómodo, aunque John estuvo riéndose todo el rato y dijo que ya le daríamos unos cuantos.

Dirigiéndonos hacia el patio, la infeliz de Mónica se para frente a nosotros. Me da risa cada vez que la veo con las cejas pintadas.

—¿Podemos hablar, John? —inquire.

—¿De qué? —contesta él.

—De algo muy importante. A solas.

De todas formas, John me lo va a contar después, así que me da exactamente igual.

Me acerco al oído de mi novio.

—Como la hayas dejado embarazada, te la corto —le susurro, y él se echa a reír; después los dos se alejan de mí.

Más les vale que hablen rápido, porque odio tener que aguantarme esperando. Lo de dejar embarazada a la bruja es imposible; hace meses que no están juntos, pero sospecho que ella está tramando un plan diabólico contra nosotros.

Para cuando John regresa a mi lado, me doy cuenta de que su mandíbula está tensa. Deduzco que está cabreado, sea lo que sea lo que le haya dicho la

otra.

¿Desde cuándo la vida de un adolescente es tan difícil? Luego se quejan los adultos, pero nosotros también tenemos muchos problemas.

—¿Qué te ha dicho? —quiero saber.

—Adivínalo. —Le lanza una mirada asesina a Mónica, que nos sonrío con sus amigas, a unos metros de distancia.

—Se ha inventado que la has dejado embarazada —le digo.

—No. Algo mucho peor. —Niega con la cabeza, insatisfecho.

—¡No me digas! —exclamo llevándome las manos a la cabeza—. ¡Ahora quiere deshacerse de mí! ¡Voy a ser su próxima víctima en caerse por las escaleras!

John suelta un profundo suspiro.

—No —responde—. Quiere que vuelva con ella.

Suelto una carcajada al oír semejante memez.

—A esa tía el cerebro cada vez le funciona peor.

—No, Chris. Si no lo hago, le dirá a mis padres que soy gay. ¿Entiendes lo que significa eso?

—No es el fin del mundo. Mi madre ya lo sabe, acuérdate.

—Pero tu madre no es como mis padres —replica, asustado—. Ya sabes que son muy religiosos.

—Son tus padres. Te tienen que aceptar.

John bufa.

—Me da miedo que Mónica se chive antes de que lo cuente yo —admite con el rostro entristecido.

—Pues hazlo tú primero. Esa bruja es capaz de todo, y lo sabes.

—Ya. —John tiene pinta de estar formando una batalla en su interior.

—¿No me digas que te estás pensando lo de Mónica?

—¿Qué dices? Eso nunca, Chris.

Lo atraigo hacia mí y lo rodeo con mis brazos.

¿Por qué siempre es todo tan difícil?

* * *

—Johnny —susurro en el oído de John mientras ronca a pierna suelta en su cama.

—Macarrones con tomate —habla en sueños.

Hemos pasado la tarde en su casa, aprovechando que sus padres están

fuera todo el día. Hemos tenido que convencer a Toni para que se marchara durante un par de horas, aunque no nos ha costado mucho: sólo cinco euros cada uno.

—John.

Ni se inmuta; entonces decido darle pequeños besos por el pecho.

No hace falta ni que mencione que estamos completamente desnudos ni que hemos aprovechado muy bien la tarde.

Gime, removiéndose.

—Despierta ya, marmota. —Me acerco a su cara y apretujo su nariz con mis dedos, impidiendo que respire.

—¡Ah! —exclama al cabo de varios segundos, y abre los ojos; yo lo dejo respirar tranquilo—. ¿Me quieres matar de asfixia, capullo? —se queja mirándome.

—No te despertabas —replico esbozando una sonrisa.

John me pega un puñetazo flojo en el estómago.

—Menos mal que te quiero, si no, te rompería las manos ahora mismo —me dice.

—Qué romántico eres.

Se oye el ruido de la puerta de la entrada y a mí me empieza a latir el corazón con intensidad.

—¡Mierda, mis padres! —exclama John, y se levanta de un salto de la cama—. ¡Vístete rápido!

Me levanto corriendo y rebusco mi ropa por la habitación. John ya tiene los calzoncillos puestos y una sudadera; yo hago malabares para intentar vestirme lo más rápido que puedo y de manera torpe. No me hace mucha ilusión que los padres de mi novio me vean en pelotas sin que ellos sepan la verdad sobre su hijo. Bueno, en ninguna circunstancia desearía que me vieran en pelotas. ¡Si ni siquiera hay cerrojo! ¿Quién no tiene cerrojo en su habitación?

Se oyen murmullos y no cabe duda de que se trata de sus padres.

Cuando estamos vestidos por fin, salimos de la habitación y nos dirigimos al salón para saludarlos.

—Hemos estado estudiando toda la tarde —comenta John.

«Estudiando Anatomía», pienso, y me contengo la risa.

—Me alegro de que hayáis aprovechado la tarde en algo productivo —responde la madre.

«Y tan productivo».

John y yo nos comunicamos con nuestras miradas. Sé que está pensando lo mismo que yo.

Segundos después, nos interrumpe el timbre y el padre de John se marcha a abrir. Mi novio y yo nos sentamos en el sofá y el hombre regresa acompañado de Mónica, que está sonriendo con maldad.

No, esto que se está paseando por mi cabeza no puede ser cierto.

—¡Mónica, cuánto tiempo sin verte! —exclama la madre de John, y le da dos besos.

—¡Perra! —salta Puncky, el loro, con toda la razón.

Mi novio y yo nos ponemos tensos. Demasiado.

—Señora, tengo que contarle una cosa muy importante —le dice Mónica.

No. La pienso estrangular, y me da igual si me meten en un centro de menores.

—Su hijo... —continúa la bruja sin dejar de sonreír—. Está saliendo con una persona.

Esta escena es muy patética.

—¡Gay! —vuelve a gritar el loro.

La madre de John mira a su hijo, enarcando una ceja.

—¿Y ahora de quién se trata? —le pregunta.

John traga saliva.

—Pues está con... —se apresura Mónica antes de que él conteste.

—¡Con ella otra vez! —exclama John levántandose de un salto del sofá, como si de un cohete se tratase; en cambio, a mí se me acaba de romper el corazón en mil pedazos—. ¡Hemos vuelto, mamá!

Juro que, cuando pille a la infeliz de Mónica, pienso acabar con ella, hacerla trocitos y echárselo a los monos del zoo, y luego haré lo mismo con el gilipollas de John.

En el fondo no sé de qué me sorprende, si se veía venir.

—Qué bien que estéis juntos de nuevo —dice la madre mirando a la parejita, que morirá muy pronto—. Mónica es una buena cristiana para ti, hijo.

Una buena cristiana. Ay, que me meo en los calzoncillos. Ahora resulta que la arpía va a llegar virgen al matrimonio y todas esas pantomimas.

Me doy cuenta de que no sé lo que hago todavía sentado en el sofá, contemplando esta escena tan falsa, así que me levanto.

—Siento interrumpir este momento tan... emocionante, pero me voy a casa —suelto. Siento una opresión en el pecho, como si alguien me hubiera

colocado una piedra gigantesca en él.

John me mira, suplicante, y con eso quiere decir que le perdone, que no me enfade con él, pero me es imposible no hacerlo. Es un maldito cobarde.

Me despido de todos y me largo.

Lo sabía. Sabía perfectamente que John se estaba pensando todo esto. Me siento engañado y la persona más tonta y patética del planeta.

Cuando llego a mi calle, tengo unas ganas inmensas de matar a todo el mundo, pero, por otro lado, quiero encerrarme en mi habitación y llorar hasta que se me olvide lo que acaba de pasar. Sin embargo, mi deseo de todo eso se ve interrumpido por una figura sentada en las escalerillas de mi porche, y que me resulta familiar.

Mateo, en cuanto me ve, se levanta.

—¿Qué coño haces aquí? —le espeto, pero no me sale voz suficiente—. No eres bien recibido, por si no lo sabías.

—Chris, sólo quiero hablar contigo.

No, mi día no puede ir a peor. El nudo de mi garganta se está haciendo más grande y no quiero derrumbarme delante de este gilipollas.

—Déjame en paz —respondo, y siento los ojos húmedos.

Mateo me mira.

—¿Estás bien? —pregunta en tono de preocupación.

—¡He dicho que me dejes en paz! —grito, y le pego un empujón; después me meto en casa a toda velocidad y las lágrimas comienzan a descender por mis mejillas como auténticos ríos.

Horas después, me encuentro en mi habitación, tras haber estado desahogándome llorando y metido en mi cama. Me escuecen los ojos y los tengo enrojecidos por culpa del cobarde de John.

Alguien llama a mi puerta y entra sin que yo le dé permiso. No sé quién es, porque estoy concentrado mirando por la ventana, de espaldas a la puerta. Segundos después, el colchón se hunde bajo su peso y el aroma de su perfume inunda la habitación.

No lo estoy viendo, pero sé que es él.

—¿A qué has venido? —pregunto casi sin voz y contemplando la ventana.

—Lo siento —se disculpa; su voz suena apagada—. Sé que piensas que soy un cobarde; yo también lo pienso de mí mismo, pero entiéndeme... Todo esto no es fácil para mí. Mis padres no lo tolerarían y sé que me intentarían lavar el cerebro. —Suspira—. Los desilusionaría.

—Entonces vete —suelto, y entierro la cara en la almohada.

—No me pienso ir. No hasta que te diga que eres lo mejor de mi vida, que no te quiero perder y que te quiero muchísimo. Que ojalá me perdones, porque sé que, si no te tengo a mi lado, no sé qué sería de mí.

Esto lo ha traído preparado de su casa. Qué bien miente, el idiota.

—Chris, dime algo... Dime qué piensas de esto.

¿Quiere que le diga lo que pienso? Pues allá voy.

Me incorporo sobre la cama y lo estudio. Tiene el rostro entristecido y los ojos enrojecidos. Pero no siento pena por él, más bien rencor.

—No me mereces —respondo, sincero—. Merezco a alguien mejor, alguien que no sienta vergüenza de lo que es frente a sus padres, alguien que luche por mí y que no me cambie por una bruja. —Hago una pausa y prosigo—: Y tú no eres nada de eso, así que ya puedes estar largándote de mi casa e irte con tu querida novia religiosa antes de que te eche yo a patadas.

Me estoy dando cuenta de que le estoy soltando casi las mismas palabras que me dijo Mateo cuando me dejó. Que yo era un cobarde también, pero he aprendido a no serlo y a luchar por lo que me importa.

John clava su mirada en la mía, el azul de sus ojos se vuelve vidrioso, como si estuvieran a punto de romperse en pedazos.

—Perdóname —suplica—. Vamos a seguir como hasta ahora, pero en secreto.

Si no hubiera sido porque en estos momentos tengo el corazón roto, me habría reído en su cara.

—Querrás decir como antes —deduzco—. Ser el otro mientras tú eres el monigote de Mónica. Lo siento, pero no. Tengo dignidad como para hacer algo así, ¿sabes?

—Chris...

Odio que me duela en el alma verlo de esta forma.

—Fuera de mi casa —le ordeno.

—Te quiero —susurra.

No, por ese camino no. ¿Por qué me tiene que decir esas palabras cuando se lo ve tan decaído y triste, y cuando yo estoy destrozado por dentro?

—No vuelvas a pronunciar eso y tampoco vayas a acercarte a mí en ningún sitio. Te deseo toda la felicidad del mundo con tu novia —respondo sin dejar de mirarle. Sé que mis palabras le están haciendo daño, pero no creo que sea superior al que me ha hecho él a mí—. Vete. —Me vuelvo a tumbar, con la vista hacia la ventana, y me tapo con las sábanas.

Y es entonces cuando John se marcha de mi vida sin decir nada más.

Capítulo 44

Álvaro

—¿Cuál es tu grupo favorito?

—No tengo grupo favorito —le respondo a Ale en un susurro, en mitad de la clase.

Esta tía no para de hablar, parece un maldito loro. Pero, por lo menos, se me hace más amena la clase de Historia de la Música con ella, porque de verdad que esta asignatura es un auténtico peñazo. También he hecho otro colega, que es Adam, el primo de Diego, y no se parece en nada a él, aunque también hay ratos en los que parece una almorrana.

—Tienes que tener algún grupo favorito. El mío es Twenty One Pilots —me dice Ale.

—¿Y por qué me tengo que decantar por un grupo? ¿No puede ser un cantante? —inquiero.

—Pues entonces dime cuál es tu cantante favorito.

—Tampoco tengo. —Sonrío y me encojo de hombros.

Es verdad, no tengo ni grupo ni cantante preferido; tengo muchos porque me es imposible elegir a uno. Aunque si me tuviera que decantar por un cantante, sería Pablo López.

Ale niega con la cabeza, sonriendo, y después juguetea con los mechones de su pelo rosa mientras atiende a la profesora.

Cuando acaba la clase, me dirijo hacia la salida, en busca de Tania, que llevamos varios días sin hablarnos. Aunque yo tuve la mayor parte de culpa por soltarle al Fruiti lo de la apuesta...

Salgo a la calle y me encuentro a mi amiga sentada en las escalerillas de la entrada, tocando su violín, como hace todos los días a esta hora.

—¿Hasta cuándo vamos a estar sin hablarnos? —le pregunto cuando acaba de tocar, y me siento a su lado.

Ella me mira.

—¿Hasta cuándo el sol va a estar iluminándonos? —me responde como si estuviera ida.

—¿Eh?

—Por si no lo has entendido, te hablaré cuando el sol deje de iluminar la Tierra para siempre, que eso quiere decir dentro de unos trepecientos años — me explica sin apartar su mirada de la mía. Por el tono en el que me habla, sé que está muy enfadada conmigo y no lo soporto; es mi mejor amiga.

—¡Venga ya! ¡No me jodas, Tania! Tampoco la cagué tanto. Estoy seguro de que al Fruiti se le va a pasar la tontería rápido.

Tania rebusca en su bolso algo.

—¿Que se le va a pasar la tontería rápido? —exclama, y saca su móvil—. Mira lo que me contestó ayer después de estar durante días mandándole mensajes de disculpa. Me odia. —Me tiende el móvil con una conversación abierta y yo lo cojo.

PIJITO SEXY: «Deja de molestarme, Tania. ¿No entiendes que no quiero hablar contigo? Por mí como si te vas a Mongolia y no vuelves nunca. Si busco la palabra patética en el diccionario, estoy seguro de que me saldrá tu cara. Me parece increíble que, para entretenerte, tengas que reírte de los demás. Pero, ¿sabes qué? Que no me importa lo que hayas hecho conmigo. Yo también te he estado utilizando para sacarme de la cabeza a cierta persona, pero no me ha funcionado. Hemos empatado»

—Qué capullo —murmuro al terminar de leer el mensaje.

Tania me quita su móvil y lo vuelve a guardar.

—Es normal. Me he portado fatal con él, pero ya no hay vuelta atrás: el daño está hecho.

En el tiempo que la conozco, nunca la había visto tan decaída, y menos por un tío. Y para colmo un tío como Diego. Es que es para fliparlo.

—Estás pillada hasta los huesos por ese idiota, ¿eh? —le digo, y choco mi hombro con el suyo.

Suelta una carcajada escandalosa pero repleta de nerviosismo.

—Joder, no es eso —replica, pero sé que está mintiendo. Le gusta ese tío muchísimo.

—Si quieres, lo secuestro y lo ato a una silla sólo para ti, para que te perdone.

—Creo que así no solucionarías nada, aunque la idea es bastante buena.

—¿Sí, verdad? Si es que aquí —digo tocando mi frente con el dedo— tengo una máquina de pensar envidiable.

Mi amiga se ríe.

—Vaya Dumbo...

—¿Entonces, qué? ¿Colegas de nuevo? —le pregunto, ilusionado.

—Qué remedio —contesta encogiéndose de hombros; después me da un fuerte abrazo.

—Te ayudaré a que el Fruiti entre en razón —le prometo acariciándole la cabeza de zanahoria.

—Por cierto... —Se aparta de mí y me mira—. ¿Quién es la tía con el pelo rosa? No se despega de ti ni para mear.

—Una compi de clase. Es una pesada y una torpe.

—Ten cuidado —me advierte—. Que tiene pinta de querer que se la metas hasta el fondo.

No puedo evitar reírme. Ya ni me sorprendo de lo directa que es.

—Ya lo sé. Todas quieren probar mi fabulosa Alvariconda —respondo, orgulloso de mí mismo.

—Perdona, pero yo no. —Hace una mueca de asco—. Me da como asquete, ¿sabes? No es por ofenderte, pero estoy segura de que tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Díselo a Ari. Te dirá que soy una máquina del sexo —digo, y me levanto de las escaleras; Tania me imita—. Aunque ella diría más bien: «mi maravilloso Álvaro es una máquina de hacer el amor» —imito a mi novia poniendo voz de pito.

—Eso no te lo crees ni tú, chaval. Para tu información, Diego la tiene enorme. —Me saca la lengua.

—Menuda mentira más grande.

—Eso lo dices porque la tuya es diminuta y le tienes envidia —replica sonriendo, y yo le saco el dedo corazón—. Vamos a clase, Dumbo.

* * *

Después de haber pasado el maldito día en el conservatorio, por fin llego a casa. Estoy muerto de hambre, así que pongo a calentar una pizza en el horno y espero a que esté lista mientras me bebo una cerveza, viendo un programa basura que echan todos los días al mediodía. Últimamente me estoy alimentando a base de porquerías. Qué puto desastre soy.

Cuando está la pizza lista, me la empiezo a comer con ansias hablando con Ari por WhatsApp, que acabará de salir del instituto.

YO: «¿Te recojo dentro de una hora o tienes muchas cosas que hacer hoy, pre-universitaria?»

La pobre lleva semanas agobiada con los deberes, los pesados de los profesores con la selectividad, estudiar para los exámenes... Y encima tiene que sacar tiempo para ensayar la jodida obra de *Romeo y Julieta*, como si los minutos le sobraran. Lo peor es que lo tiene que hacer con Diego. No podría haberle tocado otro, no: ha tenido que ser con el gilipollas del Fruiti. ¡Pues no me hace ni puta gracia! No pienso permitir que se estén besuqueando como si nada.

ENANA: «No puedo. He quedado con Diego para ensayar. Espero que no te importe»

Leo el mensaje diez veces.

«Respira hondo, Álvaro, y no le escribas alguna cosa de la que te vayas a arrepentir».

Me muerdo el puño con fuerza mientras la furia se va disipando poco a poco.

YO: «Ok»

Lanzo el móvil al otro sofá, ignorando los mensajes de Ari, y me concentro en la tele.

Debería adoptar un perro o algo. Esta casa se me hace muy fría y vacía cuando no está Ari conmigo, que, por lo visto, prefiere quedarse con su queridísimo amigo antes que pasar el tiempo con su novio. Y no, no estoy celoso. Bueno, puede que un poco, pero... ¿y quién no? Él es Don Perfecto comparado conmigo.

Dejo de pensar y saco la coca de la mochila.

Y que le den por culo a todo.

* * *

Un móvil suena y mis ojos no quieren abrirse. Sin embargo, el dichoso aparato no para de hacer ruido, haciendo que mi cabeza me empiece a dar

pinchazos a toda hostia. Finalmente, me levanto del sofá, en el que he dormido toda la noche y que me acaba de dejar un dolor de espalda impresionante, porque anoche no podía ni subir las escaleras hasta la habitación de lo piripi que estaba por haber salido de fiesta. De hecho, llevo toda la semana así.

—¿Quién es? —contesto al teléfono con la voz adormilada aún, y doy un bostezo que por poco me raja mi preciosa cara.

—Álvaro, ¿dónde estás, que no has venido a trabajar?

Hostia puta. Es mi jefa del McDonald's.

—Eh... —Intento idear una excusa creíble—. Sí... Ya estoy llegando... Estoy en un atasco.

¿Un atasco? Muy bien, qué listo soy. En un atasco con la moto y hablando por el móvil. A veces pienso si de verdad no seré un superdotado.

—¿Un atasco de tres horas y media? —inquieta en tono reprobatorio.

Joder, ¿pero qué hora se supone que es? Miro el reloj de la pared. Las dos de la tarde. Cojonudo. ¿Y hoy tenía que ir a trabajar? De esta no me salva ni mi perfecto físico de dios griego.

—Hay muchísimo tráfico —suelto.

—Álvaro —pronuncia mi nombre con voz autoritaria. Aquí viene lo peor—. Llevas varias semanas llegando tarde, no te concentras en tu trabajo... ¡Y para colmo lo de hoy! —exclama, y mi cabeza me pide a gritos un ibuprofeno—. Lo siento, pero estás despedido.

Esas palabras me hunden en lo más profundo.

—No... No me puedes hacer eso. Te juro que no se va a volver a repetir —le prometo, desesperado—. Pero no me echas, por favor.

—Lo siento, Álvaro.

Y cuelga.

Bufo y revoleo el móvil por los aires.

—Mierda —mascullo.

¿Por qué coño me tiene que pasar todo a mí? Menuda mierda de vida tengo. ¿Y ahora cómo se supone que me voy a pagar las clases en el conservatorio? Porque el dinero de mi no-padre no lo pienso tocar, y de aquí a que consiga otro curro, sabiendo cómo están las cosas en este país, no sé lo que voy a hacer.

El móvil vuelve a sonar desde el suelo. Espero que sea mi jefa y que se haya arrepentido de haberme echado, porque yo era el que atraía a más clientes. Bueno, clientas.

Cojo el teléfono.

Es Ari.

—¿Qué? —contesto al descolgar.

Han pasado ya cuatro días desde la última vez que «hablé» con ella: cuando quedó con el Fruiti para ensayar. Y desde entonces he estado sin contestarle los mensajes ni las llamadas.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa conmigo, Álvaro? —me espeta.

—A mí, nada. Sólo me jode un poco que estés pasando más tiempo con tu amiguito que conmigo.

Creo que va a ser mejor que me calme y me calle.

—¿Y por esa tontería ni siquiera me contestas los mensajes? No te entiendo, ¿sabes? ¡No pasaría tanto tiempo con Diego si me hicieras caso! —estalla, y yo presiento que de esta conversación no va a salir nada bueno. Parece que me ha mirado un tuerto hoy—. ¡Te pasas el puñetero día desaparecido, haciendo quien sabe qué, pasas de mí como si ya no te importara nada y encima me echas en cara que paso demasiado tiempo con un amigo!

La cabeza me va a explotar de un momento a otro como siga escuchando sus berridos.

—¿Te puedes callar, por favor? —le pido—. Me duele la cabeza, coño.

Silencio. Sólo la oigo respirar a través de la línea.

—¡A saber lo que has estado haciendo esta noche! —grita—. ¡No te reconozco, Álvaro!

Pues no, parece que no se va a callar. O que baje un poco el volumen, joder

—Mira, Ari. No estoy para que me echas la puta bronca, ¿vale? No eres mi madre. De hecho, no tengo madre. No tengo ánimos para nada, así que déjame en paz.

Silencio de nuevo. Después sollozos.

Vale, ahora me siento la persona más horrible del mundo.

—Lo siento —me atrevo a decir.

Pero me cuelga.

* * *

No sé lo que está pasando en este momento. La música de la disco me retumba en la cabeza y me siento mareado. Me imagino que será por las dos

copas que me he tomado, pero me parece raro. Normalmente aguanto más.

Un puño se estampa contra mi nariz y diviso una mata de pelo rojiza.

Mimi ha venido a mi rescate, aunque las imágenes se ven borrosas y la cabeza me da vueltas.

—Álvaro, ¿estás bien? ¿Qué cojones haces?

No entiendo lo que dice. Sólo sonrío.

—Mimi —digo.

—¿Qué mierda te andas metiendo desde que yo no estoy? ¡Voy a tener que resucitar para darte una buena lección! ¡Ari te va a matar!

Me río. Veo una mata de pelo rojiza gritarme. ¿Es esto una especie de epifanía?

—¡Dumbo! ¡Espabilate, coño!

Siento que algo caliente se estampa fuerte contra mi cuello. Mis ojos se abren de repente y se encuentran con Tania, sentada en el suelo y sosteniendo una plancha de ropa en el aire. Por un momento he creído que el sueño era real y que mi hermana estaba viva.

—¿Qué soñabas, que estabas haciendo ruidos raros y riéndote como un retrasado? —quiere saber la zanahoria.

Me restriego los ojos con las manos y bostezo; luego me incorporo en el sofá.

—Estaba drogado en una disco y Mimi ha aparecido para pegarme un puñetazo y regañarme.

Tania se queda callada, mirándome como si yo hubiera perdido la cabeza.

—Interesante —comenta, y yo caigo en la cuenta de que me arde el cuello, así que me llevo la mano a él, soltando un quejido.

—Joder... —farfullo, y Tania suelta una carcajada.

—Lo siento. La plancha era lo único que tenía a mano para despertarte.

—¿Y no podías haberlo hecho cuando estuviera fría?

—Entonces no te hubieras despertado —responde, y se encoge de hombros; después se levanta y me enseña un vestido naranja—. Por cierto, ¿qué opinas? Lo acabo de planchar.

Analizo el vestido con detenimiento.

—Vas a parecer una zanahoria con ese color. Aunque siendo sincero, te va a quedar bien por tu pelo.

—Voy a estar divina. —Me lanza un beso por el aire.

—¿Con quién has quedado? —quiero saber.

—Contigo. Nos vamos de fiesta para que te olvides de que te han echado

del trabajo y de la bronca que has tenido con Ari. —Me mira con sus ojos verdes intensos—. Y vas a venir sin rechistar porque lo mandan mis ovarios.

* * *

Ruido. Alguien está masticando, pero suena lejano. Me duele muchísimo la cabeza y tengo el jodido estómago revuelto. La luz me molesta y, cuando abro los ojos, diviso una figura sentada en el suelo y mirándome mientras come cereales.

—Eh —saludo a Tania.

Al parecer, estoy durmiendo en un sofá, bocabajo.

—¿Estarás contento, no? —me espeta.

—¿De qué? —Mi voz suena demasiado ronca. Carraspeo.

—Menuda escenita la de anoche.

—¿Eh?

No entiendo lo que me dice. Quizá será porque es muy temprano y me acabo de despertar, pero no recuerdo nada de lo que hice ayer en la fiesta con Tania ni de cómo he acabado durmiendo en el sofá de su casa.

—¿De resaca, Dumbito? Ya no te pienso sacar más de fiesta. ¡Te bebiste hasta el agua de los floreros! —explica agitando las manos—. ¡Estabas tan borracho que hasta creías que era tu hermana! ¡Me llamaste «mi ángel pelirrojo»! Y te pegué un puñetazo en la nariz para que reaccionaras y dejaras de decir estupideces. De nada.

Me incorporo, sentándome con las piernas cruzadas, procesando la información. Ahora entiendo por qué me duele tanto la nariz.

—Se parece al sueño que tuve ayer.

—Lo bueno es que no te metiste ninguna mierda en el cuerpo, aparte de alcohol.

—Uff —suelto, y el dolor de cabeza va aumentando por momentos.

—Menudo señorito que no aguanta una puta resaca.

Me levanto del sofá y me encamino hacia el baño. Me echo agua por la cara y la abuela de Tania aparece en la puerta, con su bata blanca con manchas negras, como si fuera un dálmata viejo.

—Esta juventud... —murmura negando con la cabeza, y Tania aparece en el baño.

—¡Abuela, no te rías de él!

La vieja me contempla el cuello.

—La que te hizo ese chupetón tenía mucha hambre.

Me miro el cuello en el espejo y descubro la marca que me hizo Tania ayer con la plancha, gigante y roja.

—Se lo hice yo con una plancha —interviene Tania, y posa sus ojos en mi cuello—. Pero parece un chupetón de verdad.

Enseguida me cago. Espero que Ari no vaya a pensar mal de esto.

Hostias, Ari. Ayer la hice llorar por teléfono. Tengo que hablar con ella y pedirle perdón.

—Llévame a casa, zanahoria.

Una vez que mi amiga está lista, nos dirigimos hacia mi casa de las afueras en el coche de su abuela, y voy maldiciendo mi vida, deseando que nada de lo que me ha pasado en las últimas veinticuatro horas sea real.

—Mira quién hay en tu puerta —anuncia Tania al llegar.

Dirijo la vista hacia mi casa y encuentro a Ari sentada en las escalerillas del porche, mirando hacia el coche.

—Ve preparando mi funeral —le digo a mi amiga, y me pongo las gafas de sol.

—Mucha mierda, porque la vas a necesitar.

Me apeo del coche, tomo aire y camino hasta Ari con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

—Hey —la saludo, y ella se levanta de las escalerillas. Observo sus ojeras y sus ojos verdes apagados, lo que me hace averiguar que ha estado llorando toda la noche.

—Vamos a hablar ya en serio, ¿no? —dice—. Sin discusiones.

—Ari, yo siento mucho todo. Soy un gilipollas.

—¿Dónde has estado toda la noche? —exige saber sin dejar de mirarme.

Suspiro. No me queda más remedio que ser sincero.

—Me fui de fiesta y me he despertado en casa de Tania.

—¿Has dormido con Tania? —inquire enarcando una ceja; después dirige su vista a mi cuello—. ¿Qué es eso?

—¿El qué?

Los ojos de Ari, que permanecen muy abiertos, estudian la marca, mientras su boca se tensa. No estoy preparado para la tormenta que va a empezar ahora. Ari no reacciona, sólo pasa su vista de mi cuello a mi cara.

Y es entonces cuando vuelve a la realidad y me pega una bofetada. Sonora y dolorosa.

—¿Cómo has podido ser tan cabrón? —cuestiona, y su mirada cada vez se

va volviendo más vidriosa.

—Puedo explicártelo. No es lo que estás pensando.

—¿Explicármelo? —inquire, y atisbo una lágrima descender por su mejilla. A continuación, me empieza a dar manotazos en el pecho—. ¡Eres un gilipollas!

Me coloco las gafas de sol sobre la cabeza para que mis ojos no estén escondidos, y detengo a Ari con mis manos.

—Me lo ha hecho Tania con una plancha.

—¡¿Te crees que soy idiota?! —Se suelta de mis manos y continúa dándome guantazos, que cada vez son más débiles porque el llanto la está dejando sin fuerzas, y yo siento una opresión en el pecho que me impide hablar—. No quiero volver a verte —dice con la voz quebrada, mirándome a los ojos—. Al final, hasta que no lo has conseguido, no has parado. Eres... — Se calla y piensa muy bien las palabras—. Eres lo peor que me ha podido pasar en la vida.

No, no, no. No puede estar diciéndome esto. No por una cosa que no ha pasado. Ella no. No me puede dejar solo; es lo único que tengo.

Siento crecer un nudo en mi garganta del tamaño de una pelota de baloncesto. Me voy a derrumbar en cualquier momento, lo sé.

Ari está parada, mirándome con desprecio mientras en sus preciosos mofletes se forman ríos. Yo cierro los ojos para que las lágrimas no se escapen de ellos.

—Ojalá no te... —intenta decir, pero su voz quebrada se lo impide; después niega con la cabeza y se marcha, dejándome solo.

No voy a ir tras ella porque me lo he ganado por haberla ignorado. Ari se merece alguien mejor, que le haga caso, y no a un puñetero huérfano, yonqui principiante y que la deja de lado.

Entro en casa y ahora es cuando pienso que estoy solo de verdad.

Capítulo 45

Ari

El sonido de alguien rascando algo consigue despertarme. Abro los ojos y encuentro a Moon en el suelo, haciendo trizas un cojín, y el algodón que lo rellenaba está esparcido por la habitación, pareciendo que acaba de nevar. No tengo fuerzas ni para regañarle, porque mi cuarto entero está hecho un desastre; las cosas no están en su sitio, hay ropa tirada en el suelo desde hace días y pañuelos de papel de haber estado llorando ayer cuando llegué a casa, después de que ocurriera lo de Álvaro. Me comí dos botes enteros de helado de chocolate, que ahora descansan vacíos sobre mi mesilla de noche. El móvil apagado lo he guardado en un cajón para no tenerlo a simple vista, encenderlo y volver a derrumbarme por lo que me haya escrito él. Me duele muchísimo la cabeza y mis ojos están hinchados; sin embargo, lo que más me duele en este momento es el corazón, roto en mil pedazos por sentirse traicionado.

Ya estoy llorando otra vez. Parece que las lágrimas no se me van a acabar nunca. Y todo por culpa de él. No me puedo quitar la imagen de ese chupetón gigantesco en su cuello. ¿Cómo ha podido hacerme esto? No quiero ni pensar en otras cosas que habrá hecho con la dueña de esa marca.

Agarro otro pañuelo de papel, me sueno los mocos, hago una bola con él y lo lanzo por la habitación. Como a mi madre se le ocurra poner sus preciados pies aquí, le va a dar un infarto al verlo todo tan desordenado.

Minutos después, consigo levantarme de la cama, a lo zombie, y salgo de mi cuarto, en dirección al cuarto de baño. Cuando abro la puerta, los ojos están a punto de salirse de las órbitas al ver a John sentado en la taza del váter, con los calzoncillos bajados y entreteniéndose con el móvil. Sus ojos se encuentran con los míos y un olor bastante desagradable se cuele en mis fosas nasales, haciendo que me entren ganas de vomitar.

—¿Qué pasa, Ari? —me saluda como si estuviera en su casa.

Yo sigo mirándolo, anonadada, y segundos después, reacciono.

—¡El cerrojo existe para algo! —chillo, y cierro la puerta al instante. Respiro oxígeno de verdad mientras se me pasan las ganas de devolver.

Vamos a rebobinar. ¿Qué hace John en mi baño, medio en pelotas y haciendo de vientre? ¡Por Dios, que esta no es su casa!

La Barbie sale de su habitación con una camiseta y en bragas.

—Menuda pinta que tienes —comenta en cuanto me ve haciendo cola para entrar al servicio.

—¿Tus cejas cómo van? —le pregunto, divertida.

Mónica me taladra con su mirada. Después se oye la cisterna y John abandona el baño.

—Ya puedes pasar —me informa.

No pienso entrar ahí para marearme de la peste que ha invadido todo.

—Podrías echar ambientador o algo —le espeto.

Mónica se abraza a él, y mi cerebro, recién despertado, no entiende lo que está pasando.

—Cariño, volvamos a mi habitación —le dice ella.

¿Cariño?

John se despide de mí con la mano y se mete con la Barbie en el cuarto.

Dios, tengo que hablar con Chris.

El timbre me saca de mis pensamientos. Mi madre y Alfonso dijeron que se iban a ir pronto, y mi hermano se ha quedado a dormir en casa de su novia, así que me toca abrir a mí con estas pintas de pordiosera sufriendo mal de amores.

En cuanto abro la puerta, la vuelvo a cerrar de un portazo.

—Ari, por favor —suplica Álvaro tras ella—. Déjame que te lo explique.

No tiene nada que explicarme. Se lió con una descerebrada. No hay explicación para eso.

Permanezco apoyada en la puerta, intentado tragarme el nudo de la garganta.

—Sé que estás ahí, escuchándome —vuelve a hablar—. Entiendo que no quieras volver a verme, pero, por lo menos, merezco que me escuches.

Quiero abrirle y que me cuente por qué hizo eso, pero, por otro lado, no me apetece oír lo que tenga que decir ni verle la cara, porque sé que, si lo escucho, se me nublará la razón. Finalmente, gana la irracionalidad y le abro.

Soy super-mega-ultra-idiota.

—Tienes cinco minutos —digo sin mirarlo a la cara, y me echo a un lado para dejarlo pasar—. Al salón.

Caminamos hacia el salón; yo, concentrada mirando el suelo, y él... ni idea. Nos sentamos en el sofá y yo espero a que terminen pronto estos cinco

minutos.

—Ya puedes empezar —le informo, y decido mirarlo. Sus ojos, rojos e hinchados, parecen tristes, y debajo de ellos se dibujan unas ojeras horribles.

«No siento lástima, no siento lástima, no siento lástima», me repito a mí misma para creérmelo.

Álvaro me mira.

—Antes de nada, quiero que sepas que te quiero —me dice.

—Qué bien —murmuro con sarcasmo.

No me lo creo. Si me quisiera, no se habría liado con otra y no habría pasado de mí estos días. Es un maldito mentiroso. Más le vale que me cuente lo que sea que ha venido a contarme y que desaparezca de mi casa antes de que saque el cuchillo jamonero que guarda mi madre en la cocina y lo descuartice lenta y dolorosamente.

—Anoche salí de fiesta. Me echaron del McDonald's y quería despejarme y olvidarme de todo. Pero no pasó nada con ninguna chica —me explica con la mirada bajada—. Y la marca en el cuello te juro que fue Tania quien me la hizo. Estaba echándome la siesta y ella, para despertarme, me puso en el cuello una plancha de la ropa ardiendo. Eso es todo.

Escuchar todo esto de su boca y que encima parezca real, hace que se me revuelvan las tripas y que un nudo se instale en mi garganta. Su explicación me parece de lo más patética. ¿No es más fácil confesarme que de verdad se lió con alguien en vez de estar inventándose tonterías? Me duele que me haya traicionado de esa manera, pero, a pesar de todo, sigo queriéndolo.

Me enjugo una lágrima, que estaba a punto de descender de mi ojo, y miro a Álvaro, que me contempla, esperando una contestación.

—¿Ari?

—¿Has acabado? —pregunto, y él asiente—. Pues ya te puedes ir.

—¿No vas a decirme nada? ¿Vas a dejarme así como así? ¿Por una equivocación? —inquire, afligido. Sus ojos castaños, tan bonitos, están vidriosos.

—¿Y qué quieres que te diga? —le espeto levantando el tono de voz—. ¿Que te perdone como si no hubiera pasado nada? Además, has estado pasando de mí.

—Ari...

Me levanto del sofá y le doy la espalda para intentar calmarme y no ponerme a llorar delante de él, como la patética y estúpida que soy. Respiro hondo, me trago el nudo de la garganta, me doy la vuelta y lo miro.

—¡Si no te metieras la mierda que te metes, nada habría pasado! —
exploto—. Pero como no te importa nada porque eres un egoísta y sólo
piensas en ti... —Ya no puedo continuar hablando con claridad porque en las
últimas palabras se me quiebra la voz.

No quiero ponerme a llorar.

—Egoísta —repite para sí mismo, y se levanta. Su mirada se cruza con la
mía—. Perdona por tener una familia que me ha mentido durante toda la vida,
y perdona por haber estado a tu lado en todo momento cuando lo estabas
pasando mal. Perdona por ser tan egoísta, Ari.

¿Qué? ¿Me está echando en cara el haber estado conmigo mientras estuve
enferma? ¡Venga ya! Esto es para reírse. Yo no le pedí que estuviera
conmigo. Yo no quería la ayuda de nadie.

—Vete —le ordeno.

—No puedes dejarme solo ahora. Créeme —suplica, y veo cómo una
lágrima desciende por su mejilla—. Te necesito, Ari. No tengo a nadie.

Desvío la mirada hacia la nada.

—Vete de mi casa.

—Me voy, pero no me pienso mover de ahí fuera hasta que me perdones.
—Y con esas palabras se marcha.

Pues se va a quedar esperando, porque no voy a perdonarle. No puedo
hacerlo, ya he perdido toda la confianza que tenía en él. Ya nada va a volver a
ser como antes.

Decido darme una ducha y, cuando estoy vestida, me dispongo a ir a casa
de Chris para ponernos al día de todo. Necesito desahogarme con mi mejor
amigo. Cojo un bote de helado de chocolate del congelador (el último que
queda), y dos cucharas. Salgo de casa, pero me encuentro con Álvaro sentado
en las escalerillas del porche. En cuanto me ve, se levanta, esperanzado.

—Sólo voy a casa de Chris. No te emociones.

—Ari... —susurra.

Por favor, que alguien se lo lleve de aquí.

Paso de él y me encamino hacia la casa de enfrente. Toco el timbre y, al
cabo de unos segundos, me abre el padre de mi amigo, que me mira de arriba
abajo. Nunca he tenido mucha relación con este señor y tampoco es que me
caiga muy bien por las cosas que me ha contado Chris.

—Hola, ¿está Chris?

—Está en su cuarto —responde, y una peste a alcohol se instala en mis
fosas nasales. Se echa hacia un lado para que pueda pasar.

—Gracias.

Me dirijo a las escaleras, pero antes de que pueda subir el primer peldaño, siento una palmada fuerte contra mi trasero. Miro al hombre que acaba de hacerme semejante asquerosidad y me doy cuenta de que está mirándome con cara de baboso. Siento la bilis subir por mi garganta. Sin pensarlo, le hago una peineta y subo a toda prisa las escaleras. Entro en la habitación de mi amigo sin llamar y cierro la puerta de un portazo.

Chris está sentado en el alféizar de su ventana, mirándome con la ceja enarcada.

—¿Qué haces? —quiere saber.

Respiro con dificultad y mi amigo se acerca a mí.

—Tu padre me acaba de tocar el culo —suelto de repente, y él me mira con el semblante descompuesto.

—¿Que ha hecho qué? —Suspira; después se pasa las manos por el pelo—. ¡Será cabrón! Se va a enterar...

Pero antes de que pueda abrir la puerta, lo agarro del brazo, impidiéndole que haga una locura.

—No, Chris.

—Pero, Ari...

—No —insisto mirándolo a los ojos—. Vamos a comer helado.

Bufa y cierra con cerrojo la puerta. A continuación, nos sentamos en el alféizar de la ventana y colocamos el bote de helado en medio de los dos.

—¿Por qué está Álvaro en tu porche? —me pregunta, y empieza a comer.

—Hemos roto.

Mi amigo se atraganta con el helado y tose.

—¿Cómo? —inquiere entre toses, como si no se lo creyera.

Entonces disparo:

—Anoche se fue de fiesta y se lió con otra. Le he pillado un chupetón en el cuello.

—¿Qué? —Mi amigo sigue abrumado.

—Lo que has oído. Y ahora, dime tú por qué John estaba haciendo de vientre en mi baño y después se ha morreado con la Barbie. —Me como una cucharada. Me va a salir el helado de chocolate por las orejas.

Noto que a Chris le cuesta tragar saliva y se le han puesto los ojos llorosos.

Ay, no. Ahora me siento muy mal por haberle sacado el tema.

—Me ha cambiado por ella —responde con un hilillo de voz—. La infeliz

lo chantajeó diciéndole que, como no volviera a salir con ella, le iba a contar a los padres de John que es gay.

Ahora las ganas de descuartizar a la Barbie son reales. ¿Por qué hace esa clase de cosas? ¿De verdad existe alguien con esa maldad?

—Entonces John es un idiota si se deja chantajear por ella —opino, malhumorada, y clavo mi cuchara en el bote de helado.

—Ya me da igual lo que haga —dice mi amigo con expresión entristecida.

Miro por la ventana y el gilipollas de Álvaro sigue sentado en mi porche, pero ahora tiene su vista fija en la ventana de la habitación de Chris, así que le saco el dedo corazón y corro las cortinas para que no nos vea.

—Qué bien se nos da el amor, ¿verdad? —comenta Chris intentando sonreír. No me gusta nada verlo así, y menos si la culpable es la Barbie, que se ha metido con la persona equivocada.

Estoy sintiendo mucha ira nacer de mi cuerpo ahora mismo. Tengo ganas de cargármelos a todos.

—Me tengo que ir —digo, y me levanto del alféizar.

—¿A dónde? —Mi amigo me mira, extrañado.

—A provocar un asesinato. —Me subo las mangas de la camiseta y salgo de la habitación como una exhalación, antes de que Chris me pille y me detenga.

Entro en mi casa, ignorando por completo a Álvaro, y subo hasta el cuarto de la Barbie. Abro la puerta de sopetón y la encuentro delante de su espejo; John está sentado en la cama entretenido en su móvil.

La Barbie ladea la cabeza hacia mí.

—¿Se puede saber quién te ha dado permiso...?

Pero antes de que termine la pregunta, ya le estoy tirando de su pelo de plástico, queriendo dejarla calva. Ella chilla y pide ayuda; después se engancha en mi pelo y me tira de él, clavándome las garras que tiene por uñas.

—¡Eres una desgraciada! —le grito.

John nos intenta separar. De hecho, lo hace. Yo respiro hondo y me abalanzo sobre él, dándole manotazos en el pecho.

—¡Eres un cabrón! ¡¿Cómo le has podido hacer eso a Chris?!

—¡Deja en paz a mi novio! —me chilla la Barbie, y me detiene, tirándome fuerte del pelo; yo respiro de manera agitada.

—Lo siento, Ari —se disculpa John.

Le vuelvo a pegar manotazos mientras exploto en lágrimas. Sé que la ruptura con Álvaro la estoy pagando con él, pero no puedo controlarme.

Y es entonces cuando entra mi madre en la habitación.

—¿Qué estáis haciendo?! —exclama.

—¡A tu hija la tienes que volver a encerrar en el manicomio! ¡Se ha vuelto loca de nuevo! —explica la Barbie entre gritos, y yo paro de darle golpes a John y me vuelvo contra ella otra vez.

—¡Cállate! ¡La que debería ir al manicomio eres tú! —ladro entre sollozos, tirándole del pelo.

Unos brazos cálidos me separan de Mónica y me rodean mientras me derrumbo.

—Cálmate, Ari —me susurra su voz.

No, no puedo calmarme.

Me doy la vuelta y le pego una sonora bofetada a Álvaro, que se queda con la cara de lado.

—¡Muérete! —le chillo con la voz rota, y me largo de la habitación llorando.

Me encierro en el baño, le saco la hoja a una cuchilla de afeitar y me hago pequeños cortes superficiales en la muñeca, para aliviar la ira y la ansiedad.

Duele una barbaridad, así que lloro más mientras observo el líquido rojo salir.

Hace mucho tiempo que no me hago esto. Vuelvo a ser la patética de antes, la que todo el mundo toma por idiota. Al final, Álvaro ha resultado ser de lo más capullo. Ya sí que es verdad que no puedo confiar en nadie. Todos me traicionan y me dejan sola.

Capítulo 46

Chris

En el instituto, me echo agua por la cara para espabilarme un poco y me miro en el espejo. Estos últimos días han sido una mierda. Unos ojos enrojecidos y unas ojeras gigantescas adornan mi rostro, y todo por no haber podido parar de llorar por culpa del idiota de John y de su novia tan «religiosa». También me duele el costado derecho, pero eso ya es por otra cosa. El único dolor insoportable que siento ahora mismo es el de mi corazón.

John entra al baño de chicos para darme la tabarra de nuevo.

—Piérdete —le espeto sin darme la vuelta. Sin embargo, se acerca a mí.

—Sólo venía a preguntarte por el trabajo de Filosofía.

¿No tenía otra excusa mejor?

Me doy la vuelta hacia él.

—Tú haces tu parte, yo hago la mía y luego lo juntamos todo.

¿Entendido? —le propongo, y me duele mirar sus ojos azules.

—Pero...

—No hay peros que valgan —lo interrumpo—. Ya te lo he dicho. Después de eso, cada uno por su cuenta. Sin hablarnos.

John continúa mirándome y atisbo una lágrima descender por su mejilla.

—Pero yo te quiero —susurra.

—Ah... ¿Me quieres? —Sonrío sin ganas—. No lo creo.

—Chris...

—Tus queridos papis puede que nos vean como algo antinatural, ¿no es así? —me burlo, y me doy cuenta de que John está apretando los puños, rabioso—. ¿Sabes qué? Espero que te conviertas en otro infeliz, al igual que lo es tu novia, pero en tu caso será por estar encerrado toda tu vida dentro de un armario.

—Chris... —John me mira, luchando contra la ira y la tristeza.

—Te lo dedico. —Le hago una peineta y me marcho del baño.

* * *

—¿Estás segura, Ari?

—Que sí. ¿Qué vamos a seguir haciendo aquí con estos caretos que tenemos? Nos escapamos y sufrimos juntos.

Estamos en la hora del recreo contemplando la verja de la parte de atrás del insti y debatiendo entre nosotros si nos perdemos las tres últimas horas y nos vamos por ahí, o quedarnos aquí y continuar con el sufrimiento.

—Está bien... —cedo, y Ari da saltitos de alegría; después lanzamos las mochilas hacia fuera y saltamos la verja—. ¿A dónde quieres ir?

—A donde sea con tal de olvidar las penas.

Ari me agarra del brazo y me lleva por la calle casi a rastras. Minutos después, encontramos un bloque con la puerta del portal abierta y subimos hasta la azotea que tiene. Mi amiga saca de su mochila una botella de ron.

—¿Cómo la has conseguido?

—La he robado de mi casa —responde sonriendo de manera traviesa.

—¿Y no crees que tu madre te regañará si se entera de que has sido tú la que la ha cogido?

—Que le den a todos. —Posa sus manos en el muro y se eleva de un salto, sentándose sobre él; después da una palmadita a su lado—. Siéntate.

—Estoy mejor de pie.

Me da miedo mirar hacia abajo y ver a la gente y los coches demasiado lejos y pequeños.

Ari abre la botella y le da un trago.

—¿Quieres? —me ofrece.

—No, no —respondo con rapidez. No me voy a pillar una borrachera a plena luz del día, aunque debería, para olvidarme de todo por un momento—. Bueno, trae. —Le quito la botella, al pensármelo mejor, y bebo.

—Muy bien, Chris —me felicita, y se vuelve a hacer con la botella—. Me toca.

Entre trago y trago no paramos de reírnos, de llorar y de tirarles pinzas de la ropa a las personas que van caminando por la calle. No entiendo cómo a mi amiga no le da miedo seguir sentada en el muro, mirando hacia fuera. Yo he estado asomado, de pie, observando el paisaje y no he bebido tanto, pero ella sí.

—¿Qué pasaría si me tiro? —me pregunta con una sonrisa en los labios.

—Que me quedaría sin mi mejor amiga. —La miro, serio—. No vayas a hacer ninguna tontería, Ari.

Se echa a reír.

—¡Claro que no! —exclama—. Todavía...

—Ari.

—¡Joder, Chris, que es broma! —Se baja de un salto—. Voy a llamar al traidor.

—No hagas ninguna cosa de la que te puedas arrepentir —le advierto posando mis manos en sus hombros.

Me saca la lengua y coge su móvil. Marca el número de Álvaro y pone el manos libres. Se lleva su dedo índice a sus labios, indicando que me calle.

—¿Ari? —contesta Álvaro al segundo tono, y yo me quedo escuchando con atención.

—Hola, traidor. ¿Te he interrumpido algún polvo?

—Ari... —susurra él.

—*Iri*... —responde ella haciendo muecas de burla con la mirada clavada en el móvil, y suelta una carcajada—. Estoy en lo alto de una azotea. El suelo de la calle se ve muy lejos... Creo que voy a hacer paracaidismo. ¿Tú qué opinas?

Se está pasando con él.

—Estás borracha —afirma Álvaro.

—Puede ser, pero eso no me va a impedir hacer lo que estoy pensando hacer. Eres un capullo. Decías que nunca ibas a dejarme sola, que siempre estarías conmigo y que nunca me harías daño. —En las últimas palabras noto que se le quiebra la voz—. Eres lo peor, Álvaro. Seguro que has estado conmigo por pena. Nunca me has querido. Pero... ¿Sabes qué? Que me importa un pimiento. Ojalá te quedes solo.

Mi amiga se pone a sollozar y se tapa la boca con la mano para que Álvaro no la oiga. Sin embargo, él permanece callado; imagino que estará haciendo lo mismo que Ari. Segundos después, ella me da su teléfono y se marcha de la azotea corriendo.

Quito el manos libres y le hablo a Álvaro.

—¿Sigues ahí?

—¿Chris? —contesta él con voz rota.

—Tranquilo. Ari está bien. No ha hecho nada malo —lo calmo saliendo de la azotea, y bajo las escaleras del bloque en busca de mi amiga.

—Pero tiene razón. Soy un capullo.

—Mira, tío. Debería estar ahora mismo pegándote una paliza por lo que le has hecho, pero no lo hago porque eres mi amigo y te conozco de sobra. Sé que no le harías daño a propósito. —Abro la puerta del portal y me encuentro

con Ari sentada en el escalón y fumándose un cigarro; entonces cambio de tema—: Me despido de ti, mi amor. —Cuelgo y le devuelvo el móvil a mi amiga.

—¿Qué te ha dicho? —quiere saber Ari.

—Que te quiere —le digo, y ella suelta una risa sarcástica.

—Qué cabrón es... —Le da una calada a su cigarro.

—¿Ahora te has viciado a la nicotina?

—Sí, desde que me metí en el manicomio. Me relaja muchísimo.

—Sí tú odiabas su olor.

—Las personas cambian... —musita, y le da otra calada.

En eso tiene razón. Algunas personas cambian, pero a peor. Ari lo ha hecho, y no me gusta nada su nueva forma de comportarse. Al haber estado en el hospital ingresada y pasando por esa enfermedad, se ha convertido en alguien completamente distinto.

* * *

Los días grises me recuerdan a mi infancia, cuando mi madre se sentaba conmigo algunas veces en el alféizar de mi ventana y me contaba cosas de su trabajo en el hospital: si había curado a muchos pacientes, si había puesto alguna vacuna (algo que a mí me daba miedo), o si algunos, tras una larga lucha contra la enfermedad que tuvieran, la muerte los derrotaba. A mí se me ponían los pelos de punta con esto último, porque significa que, por mucho que te esfuerces en las cosas y luches por ellas, al final se acaba perdiendo. Pero mi madre no pensaba igual que yo, me decía que a lo mejor esas personas se habían ido felices porque tuvieron una vida bonita. Supongo que tenía razón.

En cambio, otros días, cuando no estaba mi madre en casa porque tenía que quedarse en el trabajo, me tocaba quedarme con mi padre, que, en aquellos tiempos, no se parecía en nada al hombre que es ahora. Trabajaba y me hacía el vacío. Quería jugar con él, pero siempre estaba ocupado o se inventaba que estaba ocupado... Hasta que cumplí los catorce. A partir de ahí, todos los días se volvieron grises aunque no estuviera nublado. Se aficionó a beber alcohol. Algunas zonas no visibles de mi piel se colorearon de morado cuando mi madre no estaba. Y yo no decía nada.

—Hola.

Aparto mi vista de la cristalera de la biblioteca, donde estaba

contemplando la lluvia caer sobre el pavimento, y mis ojos se encuentran con un Mateo empapado.

—Hola —le devuelvo el saludo.

—¿Está ocupada? —pregunta señalando la silla que hay enfrente de mí.

—Para ti, sí.

Mateo coloca sus cosas sobre la mesa y se sienta, ignorando mi respuesta.

—¿Cómo llueve, no?

—Ya —respondo, seco.

—¿Y qué haces?

Lo miro con cara de pocos amigos. ¿Qué le importa?

—Deberes de Inglés. —Finjo una sonrisa. La verdad es que no he hecho nada durante las dos horas que llevo aquí sentado, sólo me he concentrado en dibujar un conejo en mi libreta y mirar la lluvia—. ¿Y tú?

—Estudiar para los exámenes.

Se había matriculado en alguna ingeniería de esas raras que existen. No me acuerdo de cómo se llamaba; creo que era eléctrica o mecánica, aunque tampoco me importa mucho.

—Qué bien —murmuro.

Observo que saca de su mochila una carpeta con apuntes y un bolígrafo tricolor.

—¿Qué tal con el chico del que me hablaste? —quiere saber mientras ordena sus hojas.

Oh, venga. Seguro que ha venido hasta aquí para hacerme un interrogatorio.

—Ya no estoy con él.

Suelta sus apuntes y me mira, preocupado.

—¿Qué os ha pasado?

Contarle a alguien que el tío al que más has querido te ha dejado por una chica con la cabeza hueca y el pelo de plástico, suena demasiado patético.

—Me dejó por un travestie —suelto.

Mateo suelta una carcajada, que hace que algunas personas de la biblio levanten sus cabezas de sus libros o apuntes y nos manden a callar.

—Eres increíble, Chris —me susurra—. Una de las cosas por las que me fijé en ti fue por tu sentido del humor.

Uy, no. Cierra ese cajón, Mateíto. No quiero recordar nuestra estúpida relación.

—Qué bien. Porque yo ni me acuerdo de por qué salí contigo.

Se vuelve a reír. Yo suelto un bufido y me pongo a cotillear mi móvil, donde me acaban de añadir a un grupo de WhatsApp con el nombre de «las estrellitas más sexys de todo el mundo», creado por Sandra.

Leo la conversación entera.

SANDRA: «Niños y niñas. El sábado tenemos fiesta de Halloween en casa de Víctor. Tenéis que venir disfrazados»

TANIA: «Iré de enfermera buenorra. Lo digo para que no me plagiéis el disfraz»

SANDRA: «Habrá más enfermeras, eh. No sólo tú»

TRAIDOR: «Yo de momia superguapa»

DIEGO: «Yo paso de ir»

MEL: «Me gustaría ir, pero estoy jodida viviendo a kilómetros de vosotros»

SERGIO: «Creo que llamaré a Doraemon y le pediré la puerta mágica»

ARI: «Yo tampoco creo que vaya»

SANDRA: «Putos muermos, Diego y Ari»

MI AITOR: «Cojonudo. No pienso ir»

ARI: «...»

MI AITOR: «...»

YO: «Yo tampoco sé si ir»

TRAIDOR: «...»

TANIA: «Oh, venga. ¡Es Halloween!»

MI AITOR salió.

ARI salió.

SANDRA añadió a MI AITOR y a ARI.

MEL: «Maldita sea, voy a provocar un asesinato»

YO: «Ok, iré»

Silencio el grupo durante toda la eternidad.

—¿Está interesante la conversación? —me pregunta Mateo.

Suelto mi móvil y alzo mi vista hacia él sonriendo.

—Es sobre una fiesta de Halloween —le digo, y me encojo de hombros.

—Suena divertido.

De pronto, se me viene a la mente una cosa de la que estoy seguro que me voy a arrepentir.

—¿Quieres venirte?

Antes de que responda nada, me doy tortazos mentales.

—Claro, Chris —me responde, ilusionado.

No voy a volver con él, eso lo tengo muy claro, pero, por lo menos, podemos ser amigos.

Cuando me despido de Mateo en la biblioteca, me encamino hacia mi casa sin ninguna gana. Le he dicho que ya nos pondríamos de acuerdo para quedar el sábado y creo que lo he visto muy esperanzado. Al llegar a mi barrio, me encuentro con la parejita feliz de John y Mónica, con sus manos entrelazadas y paseando como si nada. Se me sube la bilis por la garganta al presenciar esa escena. La Barbie se me queda mirando con superioridad y socarronería, como si hubiera ganado el trofeo más preciado en algún campeonato; John ni se digna a verme.

—Hola, Chris —me saluda Mónica en un tono con el que sabe que me está jodiendo.

Ni siquiera le devuelvo el saludo y me meto en mi casa, donde mis padres y mi hermana han empezado a cenar.

—Llegas tarde, niño —me recrimina mi padre. Parece que hoy le ha apetecido quedarse con nosotros y no irse por ahí a beber, porque, aunque

parezca increíble, está sobrio. Pero hubiera preferido que no estuviera en casa.

—Se me ha hecho tarde estudiando en la biblioteca —respondo, y me siento a la mesa.

—No importa, Chris —interviene mi madre, y me sonrío en expresión de apoyo.

Me pongo a cenar, con la vista puesta en la tele, y siento la vibración de mi móvil en el bolsillo del pantalón. Lo saco y leo el mensaje.

ARI: «¿En serio vas a ir a la fiesta?»

YO: «Ya he dicho que sí. He invitado a Mateo»

ARI: «¿Mateo? Me tomas el pelo»

YO: «Lo digo en serio. Me lo he encontrado en la biblio»

ARI: «Mañana me lo cuentas TODO»

YO: «Sí, pero con una condición... Vente a la fiesta, por favor»

ARI: «No sé...»

—Tú, guarda el móvil —me ordena mi padre, dedicándome una mirada terrorífica.

Le obedezco y continúo cenando, viendo las noticias que dan en el telediario. Justamente aparece una de un chico de quince años que ha sido agredido por otros cuatro en una fiesta por ser gay, y que ahora se encuentra ingresado en el hospital con heridas graves. Me entran escalofríos. La sociedad va de mal en peor.

—Se lo tiene bien merecido el chaval —comenta mi padre—. Es una escoria. Yo no lo hubiera dejado vivo, por maricón.

Mastico en silencio sin decir nada y sin levantar la vista de mi plato.

—Ese chico no tiene la culpa —dice mi madre.

Oh, no. Ahora van a provocar una discusión.

—Da asco. A todas esas mierdas las haría desaparecer.

Intercambio una rápida mirada con mi madre, con la que le digo que lo

deje estar. Mi hermana nos está observando sin decir nada.

—Mejor cambio de canal —decide mi madre, que coge el mando y deja puesta la serie *Mentes criminales*. En cambio, mi padre continúa con la conversación.

—¿Tú qué opinas, niño? ¿Dan asco los maricones o no?

«No. El que da asco eres tú», pienso, pero no soy capaz de decírselo.

—Sí —miento sin mirarlo, mientras corto un trozo de filete de pollo.

—¿Y dónde tienes a la novia? No me creo que todavía no tengas ni una.

Miro a mi padre con odio.

No contesto.

Pero él continúa soltando mierda por la boca.

—¿Es la vecina? ¿Cómo se llamaba? ¿Ari, no? —me pregunta—. Por eso estáis siempre juntos... ¿También os prestáis ropita y os maquilláis la una a la otra?

Sigo sin contestar, pero no desvío mi vista de él.

—Bruno —lo llama mi madre en un susurro.

Mi padre no se calla ni parece tener intención de hacerlo.

—Oh, espera. Prefieres al que viene contigo algunas veces y os tiráis media hora en la puerta despidiéndoo. El pelinegro de ojos claros...

—¡Bruno! —grita mi madre dando un golpe en la mesa con la palma de la mano.

Mi hermana se levanta de su silla y se va corriendo a la planta de arriba.

¿Cómo se atreve mi padre a provocar una discusión con Carol delante?
¡Que sólo tiene seis años!

Me armo de valor y me levanto yo también. Lo miro directamente a los ojos y vocalizo muy bien las siguientes palabras:

—Eres un borracho de mierda.

Y me voy a mi habitación junto a mi hermana.

Capítulo 47

Diego

Alguien interrumpe mi momento de inspiración llamando a mi puerta. Mi primo Adam se cuele en mi habitación y me mira de pie y con los brazos cruzados. Yo lo observo, sentado en mi cama con mi portátil sobre las piernas.

—¿Qué? —inquiero esperando a que me dé una explicación por ese comportamiento tan raro.

—¿Por qué demonios no me has contado que conoces a la diosa pelirroja y que has tenido algún tipo de *affaire* con ella?

Me quedo un momento pensando mientras traduzco lo que me acaba de preguntar.

Está hablando de Tania. ¿Cómo la conoce? Ah, claro... Resulta que van al mismo conservatorio y mi primito está en la clase del tarambana.

—No ha salido el tema —le contesto, y él pone los brazos en jarras, mirándome con desprecio.

—Me decepcionas, primo. La tienes esperándote en la puerta de la entrada con un regalito. Espero que seas lo menos tonto posible y entres en razón.

—No voy a ir. Dile que no estoy.

—Ya le he dicho que estás haciendo de bribón con tu amado ordenador.

—Se acerca a mí, me cierra el portátil y me lo quita.

—¿Eres idiota?

—Eres mi primo, así que habré heredado algo de ti —dice, divertido.

—Tú eres más mayor, así que el que lo ha heredado he sido yo —replico. No soporto a mi primo, y menos ahora que se ha mudado a mi casa.

—Lo que tú digas. Pero ve con Tania. —Y se marcha de mi habitación con mi portátil. Menos mal que le he puesto contraseña, si no, leería todo lo que llevo escrito y me haría *bullying* hasta que me muera.

Me pongo las zapatillas de andar por casa y voy en busca de Tania, que está en la puerta, acompañada de una bicicleta.

—Dieguito —me saluda con su voz cantarina y muy sonriente, y yo me cruzo de brazos.

—¿A qué has venido?

—A volver a pedirte perdón —me contesta con cara de cachorrito—. ¿Me perdonas?

—No —respondo con decisión.

—¿Y si te regalo esta bici tan chula? —pregunta señalándola.

—No vas a intentar comprarme con regalos, Tania. Puedes irte por donde has venido.

—Tampoco ha sido para tanto... —musita con un hilillo de voz—. Por lo menos te lo has pasado bien conmigo, y supongo que no habrás pensado tanto en tu amiga del alma.

En eso se equivoca. Ni estando con Tania se me ha quitado de la cabeza Ari.

—No te pienso perdonar, Tania.

Ella suspira, dándose por vencida.

—Está bien. Respetaré tu decisión, pero si cambias de idea, ya sabes a dónde llamarme o a dónde venir a buscarme —dice, y me acerca la bici—. Pero quédatela. Yo no soy mucho de conducir esta clase de cosas.

—No la quiero. Seguro que la has robado por ahí. Llévatela. —Se la acerco.

—Joder, tío —masculla—. Como tú quieras.

—Adiós, Tania. —Finjo una sonrisa y le cierro la puerta en las narices.

La oigo bufar, así que me asomo a la mirilla y la veo apoyando la bicicleta en la puerta; después se marcha en su coche amarillo y yo miro la calle a través del agujero hasta que desaparece el ruido del motor. Vuelvo a abrir la puerta y estudio la bici. Hay un sobre en la cestita del que no me había dado cuenta hasta ahora. Lo abro y leo la carta que hay dentro.

«Con esto no te estoy pidiendo que me perdones. Me dabas lástima después de que te pinchara la rueda de tu otra bici (algo que también siento, pero si quería llamar tu atención, tenía que hacerlo). Tómallo como un regalo».

—A veces me avergüenza ser tu primo —escucho a Adam detrás de mí, y yo me doy la vuelta.

—Cállate.

—Bonita bici —comenta señalándola con la cabeza.

—Pues para ti. Yo no la quiero.

Subo a mi habitación otra vez, con la carta de Tania en mis manos, y decido continuar escribiendo, pero enseguida me doy cuenta de que mi portátil no está y me acerco hasta el cuarto de Adam para reclamarlo.

—Tú, dámelo —le ordeno.

Adam se encuentra en su escritorio, intentando descifrar la clave.

—¿Por qué no me lo prestas un rato?

—Porque lo necesito.

—¿Acaso tienes porno descargado? —se burla, y yo le lanzo una mirada asesina.

Cierro mi portátil y me lo llevo, haciendo caso omiso a las palabras del idiota de mi primo.

* * *

No sé qué libro comprarme. Mi madre me ha dado dinero para que lo gaste en lo que yo quiera, aunque ella sabía perfectamente que me iba a comprar un libro. Estoy en la tienda Fnac decidiéndome entre *Buscando a Alaska* o *El sermón de fuego*, pensando en los pros y los contras de cada uno y, quince minutos después, elijo el segundo. Me dirijo hacia la caja para pagarlo, pero en uno de los sillones de la tienda, diviso a Ari leyendo un libro, o más bien llorando. Sin pensarlo, me acerco a ella.

—Ari, ¿qué te pasa? —le pregunto, preocupado.

Ella me mira y sorbe por la nariz.

—Es la historia que estoy leyendo, que es muy triste.

Le quito el libro para echarle un vistazo. Es un cuento de *Peppa Pig*. ¿Desde cuándo mi amiga lee esta clase de historias? Y lo más importante... ¿Cómo puede hacerle llorar un dibujito con la cabeza con forma de un secador de pelo?

—¿De verdad esto te ha hecho llorar? —inquiero enseñándole el ejemplar, pasmado.

Ari me mira con sus hermosos ojos y sorbe por la nariz.

—En realidad estoy llorando por otra cosa —susurra con la voz quebrada.

Lleva varios días decaída. Yo le he preguntado varias veces por qué está así, pero no me ha querido responder. No me gusta nada verla de esta manera; estoy seguro de que el tarambana habrá tenido algo que ver.

—¿Te invito a merendar y me lo cuentas?

—Bueno... —Se queda unos segundos debatiendo consigo misma—. Está

bien.

Cuando pago mi libro, bajamos hasta el Burger King y buscamos una mesa que esté alejada de todo el mundo.

—¿Qué te apetece? —le pregunto.

—Dos Big King, patatas fritas, batido de Oreo y alitas de pollo.

—¿En serio te vas a comer todo eso? —cuestiono, impactado—. Ari... Sabes que soy vegetariano, no puedo ayudarte a terminar tu comida.

—Bueno... Mejor quita las alitas de pollo. Me traen malos recuerdos. — Se le entristece el rostro.

Sí, estoy seguro de que está así por el tarambana, que adora las alitas de pollo.

—Vale. Ahora vuelvo, guapa. —Le doy un beso en la mejilla y me voy a la barra para pedir.

Cuando regreso a nuestra mesa con el pedido, me siento frente a ella.

—Gracias —me dice Ari abriendo una de las hamburguesas.

—No me las des. —Le sonrío y echo azúcar en mi café.

Mi amiga empieza a comer con demasiada ansia mientras de vez en cuando le da sorbos al batido de oreo, y yo la observo, estupefacto. Creo que ni mastica en condiciones los trozos; después le entrará dolor de barriga.

—Ari, come más despacio. Te vas a hacer daño.

—Me da igual, necesito zampar al igual que respirar oxígeno —me responde con la boca llena, y yo doy un sorbo al café—. Ah, y el motivo de mi llorera es porque lo he dejado con el idiota de Álvaro.

Me atraganto y comienzo a toser. Jamás me habría imaginado algo así. Eran la parejita perfecta y envidiable, se veían superfelices siempre y, cuando tenían alguna discusión, lo arreglaban. Pero supongo que esta ruptura no será, ni por asomo, la definitiva.

—¿Qué os ha pasado? —inquiero cuando me recupero de las toses.

—Se ha enrollado con otra —suelta, y se come una patata frita, mostrando indiferencia—. Le he pillado un chupetón gigantesco en el cuello.

—No puede ser —es lo único que digo.

A pesar de todo, me cuesta pensar que Álvaro haya hecho una cosa así por muy mal que me caiga. Estaba muy enamorado de Ari, parecía que era su todo y que no podía vivir sin ella.

—Pues ya has visto que sí —me responde, y yo no sé qué decirle ahora mismo.

—No te preocupes, Ari. Él no te merecía; eres demasiado buena como

para estar con alguien así —le digo mirándola a los ojos, y coloco mi mano encima de la suya.

—Es que... No sé si he hecho bien dejándolo. No tiene a nadie. —Suspira y cierra los ojos, intentando hacer que no le vuelvan a salir las lágrimas.

—Si Álvaro te quisiera lo suficiente, no andaría liándose con otras.

Me aparta su mano y me mira a los ojos.

—Yo sé que me quiere y es el mejor novio que una chica puede tener. Me ha dicho que la marca del cuello se la hizo Tania con una plancha y ha sonado bastante creíble, pero a mí no me la cuela —replica—. Además, no hables, porque tú me besaste cuando estabas con Natty.

Sabía que iba a contraatacar con algo como eso.

—No era lo mismo.

—¿Ah, no?

—No, porque a Natty ya no la quería cuando te besé.

Se echa a reír de manera escandalosa; después se pone a llorar, tapándose la cara con las manos.

Guau, qué cambio de emoción tan repentino.

Me levanto, me siento en la silla que hay a su lado y la abrazo.

—Tranquila —intento calmarla, y dejo que se desahogue en mi pecho.

—Odio a Álvaro —comenta sollozando—. Es el peor novio que alguien puede tener.

¿Eh? ¿No había dicho que era el mejor novio?

—No merece la pena que llores por alguien así. —Le acaricio su pelo tan suave—. Mira, si te parece bien, vamos juntos a la fiesta esa con Sandra y nos despejamos un poquito, ¿vale?

Se aparta de mí y se enjuga las lágrimas.

—¿Estás seguro? Yo no sé si ir. ¿Y si va Álvaro?

—Dijo por el grupo que no iba a ir. Además, si lo hace y no te deja tranquila, puedo pegarle un buen palizón —le propongo en tono divertido.

—Ay, no sé... Tampoco tengo ningún disfraz.

—Si quieres, vamos a alguna tienda y miramos. Yo tampoco tengo muy claro de qué ir disfrazado.

—De acuerdo. Voy a avisar a Chris para que se venga —dice sacando su móvil.

—Vale.

Enseguida me llega un mensaje por WhatsApp, concretamente del grupo.

ARI: «¿Quién se viene a comprar los disfraces?»

—¿Por qué lo has preguntado en el grupo? —quiero saber al alzar mi vista hacia Ari. Me ha salido el tono de voz como si estuviera molesto.

—Por si alguien más se quiere venir.

Con alguien más se refiere al tarambana.

—Álvaro, ¿verdad? —inquiero.

—Quien quiera —me responde intentando sonar convencida—. El idiota ya es agua pasada. Me da igual si se tira por un puente y se mata.

Tampoco es para pensar en algo tan cruel.

—Está bien.

Me llega otro mensaje.

CHRIS: «Yo voy, ¿dónde nos vemos?»

TANIA: «Yo ya tengo disfraz, pero os puedo aconsejar»

No, ella no.

YO: «No nos hacen falta tus consejos, Tania»

TANIA: «Perdone usted, señorito»

SANDRA: «Yo estoy con Víctor»

ARI: «Quien quiera venirse, quedamos en la tienda de chinos que hay cerca de mi casa dentro de media hora»

CHRIS: «Vale, ahí estaré»

TARAMBANA: «Pene»

CHRIS: «¿?»

TANIA: «Dumbo, compórtate»

TARAMBANA: «Huelo a quemado. ¿Qué estás haciendo en el horno,

zanahoria?»

TANIA: «Pizza. ¿La puedes quitar? Estoy en el baño haciendo mis necesidades de señorita»

TARAMBANA: «Qué asco. Espero que dejes mi baño reluciente»

ARI salió.

—Yo también me hubiera salido del grupo —confieso mirando a mi amiga, que tiene el semblante entristecido.

—Creo que el chupetón se lo hizo ella.

—¿Tú crees?

Yo no pienso eso. Álvaro y Tania se pueden llevar todo lo bien que quieran, pero no se ven como algo más: se comportan como hermanos.

—Da igual. Vámonos.

Una vez que llegamos a la tienda, nos encontramos con Chris y un chico rubio. Si mi memoria no me falla, se trata de Mateo.

—Hola —los saludo.

—¡Chris! —Ari abraza a Chris y él hace una mueca de dolor; luego mi amiga lo mira, preocupada—. ¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada —le responde él, y ladea su cabeza hacia mí—. Diego, este es Mateo. No recuerdo si os he presentado alguna vez.

—Sí, nos conocimos en el cumple de Ari.

Mateo y yo nos estrechamos las manos.

—¿Tenéis alguna idea de lo que queréis disfrazaros? —nos pregunta Ari, pero no recibe respuesta positiva, así que entramos en la tienda y nos dirigimos a la sección de disfraces con un chino detrás de nosotros simulando que ordena cosas mientras nos espía.

—Te podrías disfrazar de enfermera —comenta Chris.

—No pienso ir con ese disfraz de zorrón calentapollas, como cierta tipa —le espeta Ari.

—Tania va a ir así vestida —intervengo.

—¿Y te sorprende? —inquire mi amiga, aunque no le contesto.

Nos tiramos más de una hora mirando disfraces y haciendo uso de nuestra imaginación. Al final, Chris y Ari han decidido ir de lo mismo, y lo que han elegido me parece bastante original. Mateo no lo tiene muy claro todavía, y

yo he pensado en un disfraz que tengo por casa desde el año pasado, cuando fui a una quedada de fans de Harry Potter. Recuerdo que Natty vino conmigo y se vistió de Hermione, aunque no le gustara mucho esa saga; sólo se ha visto las películas gracias a mí.

—Ari, tenemos que quedar para ensayar la obra. Ya queda poco —le digo de vuelta hacia nuestras casas, después de despedirnos de Mateo—. Con lo que hacemos en clase no nos va a dar tiempo.

—A partir del lunes, ¿vale?

—Vale.

Chris ha estado durante todo el camino con la mirada ausente y sin decir ni pío; imagino que será por John.

—¿Estás bien, tío? —le pregunto.

—¿Quién yo? —Se señala a sí mismo como si la cosa no fuera con él; después cae en la cuenta—. Sí, sí. Muy bien —contesta, nervioso, y se lleva una mano a la boca para comerse las uñas—. Ya nos veremos mañana. —Y se encamina hacia su casa, como si fuera una bala.

—¿Qué le pasa? Está muy raro —le comento a Ari, que se ha quedado un poco decaída.

—Lo sé.

—¿Sabes qué le pasa? —me sorprendo. Claro que lo tiene que saber, se conocen desde que eran pequeños.

—Sí.

—¿Y?

—No puedo decirte nada —responde mirándome a los ojos—. Lo prometí.

—¿Por qué no? También me preocupa porque es mi amigo. ¿Es por John?

—Entre otras cosas. —Suspira, apenada—. Mañana te veo.

—Claro. —Me encorvo y le doy un beso en la mejilla—. Hasta mañana, guapa.

Ari suelta una carcajada.

—¿Qué te ha dado ahora por llamarme guapa?

—Porque lo eres. ¿No puedo llamarte así?

—Es extraño para mí. —Pone los ojos en blanco—. En fin... Me voy a casa, guapo —dice remarcando la última palabra, y yo me río.

—Adiós.

Y cada uno se dirige hacia su casa, pero yo sonriendo como un tonto.

Capítulo 48

Álvaro

Me despierta el sonido del timbre, acompañado de porrazos en la puerta de la entrada.

Joder, como sea la zanahoria andante, juro que le hago *bullying* con lo que le ha pasado con Diego hasta que ya no lo considere gracioso.

Me levanto del sofá, me encamino hacia la entrada y, en cuanto abro la puerta, me encuentro a una Mel masajeadose las sienes con los ojos cerrados, como si estuviera invocando al demonio, y a un Sergio mirándome bastante serio y de brazos cruzados.

—¿Hola? —los saludo sin saber qué decir. Ni siquiera sabía que venían.

De repente, Sergio me pega un puñetazo en la mandíbula mientras Mel sigue con su brujería.

—¿Pero qué cojones...? —murmuro acariciándome la mejilla.

—No te descalabro con una de las macetas por respeto a las macetas — me responde Sergio, malhumorado.

¿Ahora qué se supone que he hecho? ¿Se habrán enterado de lo de Ari? No han parado de preguntarme por WhatsApp qué es lo que nos ha pasado a Ari y a mí por salirnos del grupo, y yo aún no les he contado nada.

Mel vuelve a la Tierra y me mira entrecerrando sus ojos azules.

—Tenemos que hablar muy seriamente —me dice.

Joder, ¿por qué habrán venido de imprevisto y tan cabreados?

Los invito a pasar y nos sentamos los tres en un sofá del salón. Yo suelto un profundo suspiro antes de romper el hielo.

—¿Y bien? ¿A qué se debe vuestra visita?

Mel vuelve a masajearse las sienes; después me dedica una mirada con la que consigue hacerme insignificante.

—¿Has vuelto, no? —me pregunta.

—¿He vuelto a qué? —cuestiono, desconcertado.

—Tío —interviene Sergio, y se toca la nariz con el dedo—. Nos lo ha contado una tal Tania por teléfono.

Hostia puta.

—Buenorro. —Mel se levanta y se pone frente a mí—. Se te ve en la puta cara. No puedes volver a meterte esa mierda.

¡Venga ya! ¿Han venido de Madrid para pegarme la chapa?

—Puedo dejar de hacerlo cuando quiera —les espeto, y Mel me lanza cuchillos jamoneros por sus ojos.

—¿Y con Ari qué? —inquire Sergio—. ¿Cómo se te ocurre haber estado pasando de ella?

¿Cómo cojones se han enterado de todo? En cuanto venga Tania, pienso hacerme un zumo de zanahoria con ella.

—Eso... No sé qué pasó —admito. Mel se calma y vuelve a sentarse. Los dos me observan, esperando una explicación—. Ya sabéis que he estado muy mal.

Lo que sí les conté hace unos días por Skype fue lo que pasó con los señores desconocidos que dicen ser mis padres, y se quedaron a cuadros. Mel por poco se carga su portátil del cabreo que se pilló.

—O simplemente fuiste gilipollas —me contesta Sergio.

—Gracias, eh —le digo a mi amigo.

Oímos que alguien entra por la puerta de la entrada y, segundos después, aparece Tania en el salón.

—Hostias, menuda diosa —comenta Sergio con la baba a punto de salirse por la boca.

—Uy. —Tania nos mira a los tres, incómoda—. Hola.

Sergio se levanta, se acerca a ella y la coge de la mano; Tania se queda sin saber muy bien qué hacer.

—Hola, hermosa —la saluda mi amigo provocando una piscina de babas—. Un gusto conocerte. —Y le besa la mano.

Mel y yo ponemos los ojos en blanco.

—Pues qué bien —le responde Tania, y libera su mano de un tirón; después se sienta en el otro sofá y Sergio se acopla a su lado.

—Tío, ¿qué clase de obsesión tienes por las pelirrojas? —me burlo.

—Pues últimamente tiene a una rubia que no se le va de la cabeza —me cuenta Mel.

—Cállate, Melody —le espeto él.

—¿Y qué pasa con esa rubia? ¿Vais en serio? —le pregunto a mi amigo moviendo las cejas de arriba abajo.

—Qué va, tío. Si está saliendo con un piojoso.

Me río y Mel me pega un tortazo en la nuca.

—No te rías tanto, Buenorro. —Se levanta y Tania la imita.

—¿A dónde vais?

—A registrarte la casa entera para tirarte toda la mierda que tengas —me contesta la zanahoria.

—¿Es en serio?

—Y tan en serio, cabronazo —interviene Sergio—. No vamos a permitir que sigas metiéndote toda esa porquería como ya lo hiciste una vez.

Bufo. Cuando murió Mimi me tiré un par de meses metiéndome esa mierda, aparte de estar emborrachándome por cada rincón. Aunque no sé cómo, pero conseguí dejar de hacerlo. Imagino que fue porque Mel y Sergio estuvieron a mi lado regañándome, como si fueran mis padres.

—Y otra cosa... —añade Tania mirándome—. Esta noche tenemos fiesta de Halloween en casa del novio de tu prima, así que ve mentalizándote, Dumbo.

Sí, claro. Tengo muchas ganas de irme de fiesta con lo mal que lo estoy pasando.

* * *

—Yo no sé ni cómo me habéis convencido para venir a esta dichosa fiesta —me quejo cuando entramos en la urbanización de Víctor, con el *reggaeton* sonando de fondo.

—Te tendrás que despejar, Buenorro. Pero nada de meterte coca —me indica Mel.

Tania y ella han echado por el váter toda la coca que tenía por casa; yo he estado arrodillado un buen rato mirando el fondo de la taza mientras lloraba y no paraba de decir que me habían tirado una fortuna. Y, cómo no, han logrado convencerme para venir a la fiesta disfrazado de esqueleto cutre. Mel va de bruja (algo que le queda muy bien a alguien como ella), Sergio del muñeco Chucky, Tania con un vestido demasiado corto de enfermera mientras sujeta una jeringa gigantesca, Ale de vampiresa, Adam de payaso del terror, Mónica de monja y John de una momia extraña.

—He cogido de mi casa todo el papel higiénico que había. Yo no sé cómo nos vamos a limpiar el culo mañana —comenta John arreglándose los trozos de papel.

—Menuda chapuza de disfraz, tío —me burlo.

Entramos en la casa de Víctor, esquivando a la gente que hay por medio,

en dirección al salón.

—Voy a por algo de beber —nos dice Tania, y me pincha en el brazo con su jeringa; luego se marcha junto a Adam y Ale.

—Esto está lleno de críos —comenta Mel paseando su vista por el salón.

—Mirad allí. —Sergio señala con su cabezón un rincón cerca de los sofás.

Todos ladeamos nuestras cabezas hacia allí y descubrimos a Ari y a Chris disfrazados de las hermanas de *El Resplandor*, con un vestido ridículo azul manchado de tomate frito, unos calcetines blancos hasta las rodillas y unos zapatos negros; Chris lleva una peluca castaña y no paro de reírme de él. Sandra va de la novia de Chucky y Diego lleva una especie de capa negra, unas gafas y un palo en la mano.

—¿De qué cojones va disfrazada la almorra? ¿Del friki de las tinieblas? —pregunto.

—Va del protagonista mago de una peli. Harry Cipote, creo que se llama —me responde John.

—¿Y has visto a tu Chris? Qué sexy con ese vestidito, ¿verdad? —le susurro.

—Demasiado. —John no le quita el ojo de encima—. Si no fuera por el rubio de bote que hay sentado a su lado.

—Su ex —le informo, y suelta un bufido.

—Mejor será que bebamos algo.

* * *

Llevo una hora en la fiesta y ni me he acercado a Ari. Quiero hacerlo y hablar aunque sea un poco con ella. La he visto bailar muy pegada al Fruiti y me han entrado unas ganas de salirme de la fiesta y de volver a mi casa. Me he bebido una copa y he estado bailando con Ale la canción *No*, de Meghan Trainor.

Venga, voy a ser valiente y voy a acercarme a Ari, que se encuentra sirviéndose una bebida. Me echo la careta de caravela hacia arriba para que sepa que soy yo.

—Hola —le digo al oído. Está de espaldas a mí, pero me ignora—. Ari —le susurro, y la abrazo por la espalda; ella no se aparta, sino que se deja abrazar.

—Dime, mi amor —me contesta con una voz de pito fuera de lo habitual.

Un momento... Esta es demasiado alta para ser ella, huele a perfume de tío

y tiene cuerpo de tío.

Me separo de inmediato y Chris se da la vuelta y comienza a reírse de manera despiadada.

—Muy gracioso, sí —le espeto.

—Oh, mi amor, no te enfades —me responde, y pone morritos—. Si quieres, vamos a alguna habitación.

Hago una mueca de asco.

—Vete a la mierda. —Le saco el dedo corazón y me marchó fuera de la casa, cabreado.

En el porche, me saco un cigarro y empiezo a fumármelo. Me doy cuenta de que al lado de la piscina comunitaria hay una pareja de Chuckys morreándose.

Me ahogo con el humo del tabaco de la impresión.

Hostia puta. Son Sandra y Sergio.

¿Así que esa es la rubia de la que hablaba él? ¿Pero ella no está saliendo con Víctor? Joder, qué calladito se lo tenían.

Al acabarme el cigarro, me vuelvo a meter en la casa para buscar a Ari, pero me interrumpe Ale.

—¿Quieres bailar conmigo otra vez? —me pregunta.

Qué pesada es.

—No, gracias.

La dejo sola y me marchó hacia el salón por si la suerte está de mi favor.

Y ahí está el amor de mi vida, hablando con Mel mientras remueve con una pajita su bebida. Decido acercarme a ellas.

—Hey —las saludo, y Ari me mira de arriba abajo.

—Bonito disfraz, traidor —me dice con rencor, y a mí me duele el corazón.

—Esto... Yo me voy a bailar con Tania —interviene Mel. Me guiña un ojo y nos deja a solas.

Ari no deja de mirarme.

—¿Te lo estás pasando bien? —inquiero. No sé de qué hablar con ella.

—Hasta hace un momento, sí.

—Ya. —Me rasco la nuca y ella le da un trago a su bebida—. Lo siento.

Se echa a reír.

—¿No te cansas de decir eso?

—No voy a parar de decirlo hasta que me perdones —le contesto.

—Entonces nunca dejarás de decirlo. —Me dedica una falsa sonrisa—.

Voy a bailar.

—Bailaré contigo.

Se vuelve a reír.

—Pues entonces ya se me han quitado las ganas.

Joder... ¡Venga ya! No puede estar comportándose de esa manera por culpa de una plancha.

—Álvaro... ¿Puedes bailar conmigo ya? —Ale viene en mi búsqueda, de nuevo, y yo pongo los ojos en blanco.

Ari y ella permanecen mirándose con los ojos entornados.

—No, no puede —la interrumpe Ari, aferrándose a mi brazo—. Va a bailar conmigo, así que búscate a otro.

Ale la fulmina con la mirada y se pira. Pobre chica.

—¿Así que ahora quieres bailar? —le pregunto a Ari, divertido.

—No te ilusiones, sólo es un baile. —Me agarra de la mano y me lleva hasta el centro del salón, donde está la gente moviéndose al son de la música.

—Algo es algo.

Se abraza a mi cuello y yo coloco mis manos en su cintura; ella comienza a moverse, pero lo que me impresiona es que no lo hace al ritmo de la música, porque suena *Oye niña*, de Xriz, una canción movida, y ella se está contoneando muy lento.

—Creo que así no es la coreografía —le susurro al oído.

Me mira a los ojos.

—Me da lo mismo —responde, y yo contemplo sus labios, embobado—. No me mires los labios porque no voy a besarte.

Me ha pillado. Es que es imposible no perderme en ellos después de todo.

—No te los estoy mirando por eso.

—¿Ah, no? —Sonríe—. Pues qué pena... Yo quería darte un beso.

Cómo se nota que se ha bebido hasta el agua de los floreros. Aunque, si quiere besarme, no se lo voy a impedir... Es más, hasta voy a adelantarme yo.

Acerco mi boca a la suya, pero se aparta de mí y se me queda mirando, más contenta que unas castañuelas. Sospechaba que me iba a hacer la cobra.

—Buena jugada, Heidi —le digo, y mi ego acaba de descender cuatro pisos.

—¿Sabes? Me voy a bailar con Mel, que antes le he prometido un baile.

—Me guiña un ojo—. Luego te veo.

Cuando se aleja de mí, bufo y me cago en todo. Tengo la sensación de que me está tomando el pelo y se está divirtiendo como una enana al tenerme

babeando ante ella para que vuelva conmigo. Mi dignidad se esfumó hace mucho tiempo por ella, pero no me importa.

Subo las escaleras para ir al baño de la planta de arriba, pero me encuentro con Sandra saliendo de una de las habitaciones, sonriendo con timidez. Me saluda y huye de mí, antes de que pueda corresponderle el saludo. Segundos después, Sergio sale del mismo dormitorio y camina por el pasillo silbando tan feliz y fingiendo que no me ve. En cuanto pasa por mi lado, lo agarro del brazo para que no se escape.

—¡Ah, hola, tío! —exclama.

Me cruzo de brazos, mirándolo con la ceja enarcada.

—¿Mi prima es la rubia que te quita el sueño?

—Puede ser... ¡Pero no me pegues! —Se forma un escudo improvisado con sus brazos.

—¿Qué tienes con las chicas de mi familia? ¡Yo lo flipo, tío! ¿Quién va a ser la próxima? ¿Mi madre?

El capullo asoma su cabezón por el escudo.

—¿Por quién me tomas? Además, Sandra, técnicamente, no es tu prima.

—Sandra será mi prima siempre, compartamos sangre o no —replico. Lo mismo me ocurre con Chris o con este idiota que tengo delante, que los considero mis hermanos, aunque no tengamos los mismos genes.

—Bueno... Si tú lo dices... Entonces... ¿Me das tu bendición? —me pide, ilusionado y quitando su protección.

—A mí me da igual, pero como se entere Víctor de los cuernos tan hermosos que lleva en la cabeza mientras te follas a su novia en su propia casa, a mí no me pidas ayuda cuando te tengan que trasplantar una polla.

—¡Hostias! ¡No hemos hecho nada de eso! Sólo besos. El piojoso está en la azotea muy entretenido metiéndose coca hasta las cejas —murmura, y se lleva la mano a la boca con expresión de preocupación—. Aunque, por si acaso... ¿No me donarías tu Alvariconda?

—Más quisieras. Te conformas con una polla arrugada y flácida de un viejo.

—Qué mal amigo eres. —Niega con la cabeza—. Ya no te voy a hablar más. —Y se marcha escaleras abajo, indignado.

Menudo mamón. Pero tengo que admitir que hace buena pareja con mi prima, aunque nunca se lo vaya a decir. Víctor no me gusta nada para ella.

Entro en el baño, me siento en el suelo con la espalda apoyada en la bañera para fumarme un cigarro, pensando en todo. Mónica, con su disfraz de

monja, se cuela en el baño y, en cuanto mi mirada de cabreo se posa en la de ella, sonrío y cierra la puerta.

—Uy... No sabía que estabas aquí. Venía a arreglarme el pelo. —Se encoge de hombros y se acerca al espejo, toqueteándose la melena rubia; después me vuelve a mirar—. Ya me ha contado Ari que lo habéis dejado. Lo siento muchísimo. Hacíais tan buena pareja... —dice intentando parecer sincera y como si de verdad le afectara mi ruptura.

—Ya. —Doy una calada a mi cigarro sin hacerle caso.

—Si necesitas hablar, aquí me tienes. —Se sienta a mi lado y pone su palma en mi brazo—. Sé escuchar, Álvaro.

Por favor, que se vaya de aquí y me deje solo. No necesito la ayuda de nadie, y menos la de ella. Debería haber cerrado la puerta con pestillo cuando he entrado.

—¿Quieres un abrazo? —pregunta sonriendo, más falsa que una moneda de tres euros—. También sé abrazar.

Que tía más patética; yo no sé cómo John la sigue aguantando. Sin embargo, no sé qué cable defectuoso se me cruza por la cabeza, porque abrazo a Mónica.

—Ya verás que se va a solucionar todo con la cerd... —Carraspea, pero yo ni me inmuto—. Con Ari.

Alguien entra en el baño y me separo de Mónica de inmediato para descubrir quién es.

Ari y Mel cruzadas de brazos, observando la escena.

—La que faltaba... —musita Mónica.

—¿En serio, Álvaro? —inquire Ari—. ¿De todas las chicas que hay en esta fiesta, te encuentro abrazando a la Barbie?

Me levanto de un salto y me pongo frente a ella.

—No es lo que parece —me defiendo, pero por cómo Ari me está mirando con desconfianza, sé que no me cree.

—Ya me da igual lo que hagas... Siempre vas a ser el mismo idiota —me dice, y dirige su mirada a Mónica—. Por fin has conseguido lo que querías. Enhorabuena, Barbie. —Y se esfuma del baño.

Mel, que hasta ahora ha estado en segundo plano, apoya su mano en mi hombro con compasión y suelta un suspiro.

—Cagada monumental, Buenorro.

Capítulo 49

Chris

La imagen que estoy presenciando ahora mismo es de pura repugnancia: Mónica y John, sentados en un sofá del salón de la fiesta; ella, dándole besos por el cuello, mientras él no le hace ni caso, con una expresión como si de verdad estuviera siendo torturado por un clan de buitres. Yo permanezco de pie, con la espalda apoyada a la pared, sin despegar mi vista de ellos, a la vez que le voy dando tragos a mi tercer cubata.

Estoy tan concentrado mirando a la parejita infeliz, que no tengo los reflejos suficientes como para detener al ladrón de mi copa.

—¡Oye! —bramo.

Álvaro se bebe lo que queda del tirón y me devuelve el vaso.

—Gracias.

—¿De nada? —le respondo, dudoso—. ¿Qué te ocurre?

Bufa y apoya su espalda en la pared.

—Ari me ha vuelto a mandar a la mierda —me cuenta. La señala con la cabeza y observo a mi amiga bailar con Diego.

—Te lo tienes merecido por idiota.

Álvaro me mira entornando sus ojos. Me ha contado que la marca del cuello se la hizo Tania con una plancha y yo me lo he creído; jamás traicionaría a Ari. Pero me es difícil ponerme del lado de alguno de los dos, porque Álvaro también ha tenido la culpa por haber estado pasando de ella.

—Y tú también te mereces lo de John por retrasado.

—Gracias por tu sinceridad —le contesto con sarcasmo, y me entran ganas de burlarme de él, así que lo miro poniéndole ojitos—. ¿Sigue en pie lo de subir a una habitación? Tú y yo solos. —Mis dedos caminan sensualmente por su brazo, pero Álvaro los aparta de un manotazo.

—Más quisieras, Cristiano.

—Eso no fue lo que decías mientras me abrazabas por la espalda, guapetón —le digo, y le doy besos al aire.

—Piérdete.

—¿Me vas a dejar solito, Aitor?

Me saca el dedo corazón y se pierde entre la gente.

* * *

—Creo que ya has bebido suficiente, Chris —me dice Mateo un rato después, mientras me termino la siguiente copa. No sé ni cuánto alcohol llevo metido en mi organismo, pero no me importa; tengo que olvidarlo todo, aunque sólo sea durante unas horas.

—Estoy bien —le respondo, sincero y arrastrando las palabras—. Lo estoy controlando, te lo juro. Lo único que necesito es que te quedes quietecito y dejes de tambalearte. —Me agarro a su hombro.

—Chris, el que se tambalea no soy yo.

Vuelvo a dirigir mi vista hacia la momia patética de John y la monja de clausura de Mónica por enésima vez esta noche, y me entran unas ganas horribles de vomitar en cuanto soy testigo de su limpieza bucal.

Tengo que hacer algo, aunque sea una gilipollez, para poder vengarme de esos dos estúpidos infelices.

Me alejo de Mateo, apago la música, me acerco a la mesa del centro con la compañía de los abucheos y aparto unas cuantas bebidas de ella para que pueda subirme.

—¡Eh! ¡Escuchadme todo el mundo! —grito cuando estoy arriba y, por un momento, me siento una persona importante al ver que unos cuantos posan su mirada curiosa en mí. Pero no son suficientes. Necesito que los infelices me presten atención, así que pego un silbido de lo más molesto, y es cuando los ojos de John se clavan en mí.

—¡Bájate de ahí, pringado! ¡Nadie quiere escuchar lo que tengas que decir! —protesta uno, pero yo le hago caso omiso.

—¡Soy gay! —exclamo alzando los brazos, más feliz que una perdiz—. ¡Y no me avergüenza gritarlo delante de todos vosotros! Total, ya lo sabíais gracias a la monjita que hay allí. —Señalo a Mónica—. Que, por cierto, me ha vuelto a levantar el novio. —Miro a las personas de la fiesta, que algunos acaban de pegar gritos de asombro, mientras otros cuchichean entre ellos o se ríen como idiotas—. ¿Con cuántos de vosotros ha estado Mónica?

Varios chicos levantan la mano, como si estuvieran orgullosos de ello, y Mónica me fulmina con la mirada antes de marcharse del salón con John detrás de ella. Qué gracioso, el no-gay irá a consolar a su pobre novia virgen. Si todo el mundo en el instituto sabe lo que es, ¿por qué se da a la fuga?

—¡Chris! —me llama Ari desde abajo—. ¡Bájate de ahí ahora mismo!

—Gracias por escucharme, chicos —le digo a mi público, y hago una reverencia; después pego un salto y me planto frente a mi amiga. La música comienza a sonar otra vez.

—¿Se te ha ido la cabeza? ¿Se puede saber cuánto has bebido para hacer esa estupidez? —ladra bastante cabreada, mientras la música amortigua sus gritos—. ¡Nosotros no somos como ella!

Resoplo.

—Tenía ganas de hacer algo así; se lo merece. ¿O acaso la estás defendiendo después de todo lo que te ha hecho pasar? —inquiero, y ella abre la boca para decir algo, pero enseguida la cierra—. Alguien le tiene que parar los pies, aunque sea por una vez.

—No me hagas pensar que te estás pareciendo a tu padre.

El corazón me da una punzada al escuchar esas palabras, que son peores que si me hubiera pegado un puñetazo en la cara.

Me quedo callado durante unos segundos sin saber qué decir, y sé, por cómo me está mirando, que se ha arrepentido de pronunciar esa frase.

—Lo siento. No quería decir eso —se disculpa.

—Que te jodan, Ari —le contesto dedicándole una mirada de desprecio, y me marchó, encaminándome hacia el baño de arriba.

¿Cómo ha sido capaz de decirme eso sabiendo por lo que estoy pasando? Culparé al alcohol, porque Ari jamás me atacaría de esa manera. Mañana hablaré con ella, cuando se me pase el enfado.

Entro al baño, me quito la maldita peluca, tirándola al suelo, y me echo agua por la cara para intentar mitigar la rabia. Estoy deseando llegar a mi casa para deshacerme de este ridículo disfraz.

—Chris.

Oh, no. ¿No estaba consolando a su novia?

Ladeo la cabeza hacia John, que me contempla desde la puerta.

—¿Qué quieres tú ahora?

Se acerca a mí.

—¿Podemos hablar? —me pregunta, y traga saliva.

—No tengo nada de qué hablar contigo, así que déjame en paz, John. — Pongo mis manos en el lavabo y suspiro con la vista fija hacia abajo.

—No estás bien —me dice, y coloca su mano en mi hombro.

—No me toques. —Aparto su mano y le doy un fuerte empujón; se tropieza con una lata de cerveza que hay tirada y se cae al suelo.

«Te estás pareciendo a tu padre», las palabras de Ari resuenan en mi cabeza una y otra vez.

Jamás seré él.

Ayudo a John a levantarse.

—¿Estás bien? —quiero saber, y él asiente con la cabeza—. Perdona por empujarte. No era mi intención.

Sus ojos azules me observan preocupados, pero yo aparto mi vista de ellos y me concentro en la lata de cerveza. Esta noche me he puesto una coraza, así que no me afecta nada de lo que me diga o la forma en la que me mire.

—Chris, mírame. —John coloca su mano en mi mentón y me obliga a mirarlo—. ¿Qué te ocurre?

Al encontrarme con sus ojos tan bonitos, me da un vuelco al corazón y la coraza se esfuma tan rápido que ni me da tiempo a detenerla. John atrapa una lágrima de mi rostro sin dejar de mirarme.

—Bésame, por favor —le pido.

Hoy me siento muy frágil; me da igual que continúe siendo la marioneta de Mónica, pero en este momento lo necesito conmigo.

John acerca su rostro al mío y roza sus labios con los míos con timidez, como si estuviera esperando a que me aparte de él. Pero no quiero; necesito que me bese como si se fuera a acabar el mundo. Poso mis manos en su cara para profundizar el beso y su lengua acaricia la mía mientras las lágrimas bañan mis mejillas. John se pega más a mí y me abraza tan fuerte que suelto un quejido por los dolores de los golpes de mi torso, apartándome de él.

—¿Estás bien, Chris? —me pregunta, preocupado; yo asiento—. ¿Por qué lloras?

—No es nada —miento, y lo vuelvo a abrazar, con mi cabeza escondida en su cuello. Sé que mañana me arrepentiré de lo que le voy a pedir a continuación—. Hoy necesito que estés conmigo y me mimes, por favor. Olvidemos a tu familia, a la mía y a Mónica.

John me acaricia la cabeza sin dejar de abrazarme, calmándome poco a poco.

—De acuerdo, cariño. Marchémonos de esta fiesta.

Salimos del baño, agarrados de la mano, pero en cuanto llegamos al salón, nos soltamos al ver a Mónica hablando con sus amigas al fondo.

—Espérame fuera —me pide John, y yo hago lo que me dice.

Me marcho de la casa y lo espero en el porche de brazos cruzados. Tania se acerca a mí, corriendo, y me pone una inyección en el brazo con su jeringa

gigante.

—Ahora te he quitado la homosexualidad. ¿Nos enrollamos, guapo? —me propone, y me guiña un ojo.

Esbozo una sonrisa.

—Tu inyección no ha funcionado en mí.

—¿No? —Se hace la sorprendida y chasquea los dedos en expresión de fastidio; luego me mira de arriba abajo—. Menudo desperdicio.

John viene en mi búsqueda y yo le agradezco que haya aparecido cuando la loca de Tania me está acosando.

—Otro desperdicio —comenta Tania mirando a John como lo ha hecho conmigo—. ¡No va a quedar ningún chico en condiciones para mí! —Y se larga, indignada, moviendo los brazos y gritando como una chiflada.

—¿Nos vamos, Chris? —inquire John, y entrelaza su mano con la mía.

—¿A dónde?

—Álvaro me ha dado las llaves de su casa —dice agitándolas en el aire—. Pero lo ha hecho con una condición: que no ensuciamos con restos de semen la casa, porque como se encuentre con algo así, lo limpiaremos con la lengua. Ah, y que escondamos las llaves debajo del felpudo de la entrada para que luego entre con Mel y Sergio.

Me río al escuchar lo del semen. Muy de Álvaro.

—¿Y qué has hecho con Mónica?

John se muerde el labio, aguantándose la risa.

—Ah... Mónica. —Se rasca la nuca—. Se la he encasquetado a Álvaro. Va a usar su estrategia de que está muy mal por lo de Ari para entretenerla.

Ay, mi madre. Pobre Álvaro. Eso es lo peor que le ha podido pasar.

—¿No te ha pedido nada a cambio?

—No, nada. Y eso es lo que me extraña.

—Ya verás mañana cuando se levante sin estar borracho. Estamos muertos —le contesto.

—Pero habrá merecido la pena.

Nos acercamos a la parada de bus, sin dejar de soltar nuestras manos, y nos subimos en el que para cerca de la casa de Álvaro. Nos sentamos en los asientos del final y observamos la noche de Halloween a través de la ventana.

—Te quiero, Chris —me susurra John, y apoya su cabeza en mi cuello.

Yo no respondo.

De repente, un huevo se estampa contra el cristal de la ventana de nuestro lado, y John y yo damos un respingo. Miro hacia el sitio desde donde lo han

lanzado y mis ojos se encuentran con unos niños, que están de pie, al lado de los asientos del principio, tirando huevos a la gente.

—Malditos retrasados —se queja John.

—Tu hermano está entre ellos. —Señalo a uno de los niños, que va disfrazado de fantasma y se acaba de quitar la máscara, quedando el rostro de Toni al descubierto. Se da cuenta de que lo estamos mirando y nos saluda, sacándonos el dedo corazón.

—No tengo ganas de regañarle. Mañana, cuando llegue a casa, lo haré.

—Te chantajeará.

John bufá, y con eso quiere decir que tengo toda la razón.

Cuando llegamos a la casa de nuestro queridísimo amigo, John deja las llaves debajo del felpudo y subimos a una de las habitaciones.

—Voy a traerte ropa de Álvaro para que estés más cómodo —me dice, y me da un pico.

Aguardo sentado en la cama y me quito los zapatos junto con los calcetines, suspirando.

—Ya estoy. —Coloca las prendas sobre la cama y yo cojo una camiseta negra.

—Voy al baño a cambiarme.

John me mira frunciendo el ceño.

—¿Por qué no lo haces aquí?

«Porque no quiero que veas nada de lo que te fuerce a preocuparte».

—Creo que es mejor que lo haga en el baño —le respondo.

—Como quieras, Chris.

Ya en el baño, me quito el vestido horrendo manchado de ketchup y me visto con la camiseta de Álvaro, no sin antes estudiar desde el espejo las marcas de mi abdomen, creadas esta mañana y que aún me duelen. Regreso a la habitación y me doy cuenta de que John se ha quitado el papel higiénico de su disfraz y se ha quedado en bóxers; se ha tumbado en la cama con la mirada fija en el techo y yo lo observo desde la puerta, sintiendo mucho calor en mi cuerpo.

John ladea su cabeza hacia mí.

—Ven.

Me tumbo junto a él y coloco mi cabeza sobre su pecho. John me abraza y acaricio su perfecto torso. Nos quedamos así durante un rato hasta que decido colocarme sobre él y lo beso en los labios. Él cuela sus manos por debajo de mi camiseta y me acaricia la espalda. Después, me concentro en besar su

cuello y John empuja su pelvis contra mí, haciéndome notar su erección. Intenta quitarme la camiseta, pero no se lo permito y me mira con extrañeza.

—¿Por qué no quieres que te la quite?

—Porque no. Mejor así —respondo, y lo callo con un beso apasionado para que no siga diciendo nada.

John me quita de encima de él con cuidado y me acorrala, colocándose sobre mí. Lo ayudo a deshacerse de mis bóxers y luego hace lo mismo con los suyos. Me vuelve a besar con fiereza y yo recorro su cálida espalda con mis manos. Acomodo mis piernas alrededor de su cintura, John se pone un condón e invade mi cuerpo.

Y, de pronto, se me olvidan todos los problemas y me concentro en su mirada azulada mientras nos fundimos en uno.

* * *

—¿Te vas?

Escucho la voz de John, que continúa en la cama, y yo termino de vestirme.

Me he tirado toda la noche pensando y no quiero volver a seguir siendo el tonto de esta no-relación. No mientras John no le plante cara a la infeliz de Mónica y me demuestre de verdad que quiere estar conmigo.

—Sí —logro decir.

John se incorpora sobre la cama y se queda mirándome con cara de dormido.

—¿Por qué?

—Ya sabes el motivo —contesto, y vuelvo a colocarme la coraza—. Ayer estaba frágil y te necesitaba conmigo, pero ya he vuelto a la realidad y no quiero que lo de anoche ocurra de nuevo mientras sigues siendo el cobarde de siempre.

Se levanta de un salto de la cama y se acerca a mí. Posa sus manos en mi rostro y me mira fijamente.

—Te prometo que haré lo imposible para que vuelvas a estar a mi lado, Chris.

Me deshago de sus manos con suavidad y me marcho de la habitación, tan frío como un cubito de hielo. Cuando bajo las escaleras, me asomo a la cocina y me encuentro a Álvaro desayunando cereales.

—Buenos días, mi Aitor.

Mi amigo retira su vista del cuenco y la posa sobre mí. Me recorre con su mirada de arriba abajo y su rostro dibuja una mueca de asco.

—¿Con qué permiso has cogido mi maldita ropa? La quiero de vuelta sana y salva mañana mismo.

—Tranquilo, que te la devolveré sin lavar para que inhales mi olor que tanto deseas —le digo con voz melosa, y Álvaro finge una arcada.

—¡Que estoy comiendo, joder!

Voy hacia él y le lleno de besos la mejilla.

—Gracias por dejarnos tu casa.

Justo en este momento, John entra en la cocina y frunce la nariz, mirándonos.

—¡Quita, coño! —Álvaro me aparta de un empujón y yo me quejo de dolor porque me ha dado en uno de los moratones—. ¿Tanto daño te he hecho?

—No, tranquilo —respondo, tenso, y John se sienta en una silla con el semblante preocupado. Aparto mi vista de él y la detengo en Álvaro para cambiar de tema—. ¿Qué tal con Mónica?

—Es una maldita pesada —se queja—. Si no hubiera sido por vosotros, ya la habría mandado a la mierda. ¡Me besó! ¡Y me pidió que la llevara a su casa!

—Caramba... —murmura John haciéndose el impresionado, pero sé que le importa un pimiento lo que su novia haga.

—Ya tienes un motivo para dejarla —le digo fingiendo una sonrisa—. Bueno, me voy a casa ya. Luego hablamos.

Me despido de los dos y me dirijo hacia la parada de autobús. Durante el trayecto hacia mi casa, leo los mensajes que me han llegado de Mateo.

MATEO: «¿Dónde te metiste anoche? Me dejaste tirado en la fiesta»

Tiene razón. Lo abandoné por irme con John, cuando fui yo quien lo invitó a la fiesta.

YO: «Lo siento. Creo que será mejor que no nos volvamos a ver»

Y apago el móvil, antes de que me llegue su mensaje.

En cuanto llego a mi calle, descubro a Ari saliendo de mi porche en pijama y con una cara como si no hubiera dormido en años. Mi mente me

recuerda que me tengo que disculpar con ella por lo de anoche.

—Lo siento —decimos los dos al unísono cuando nos encontramos cara a cara.

Nos entra un ataque de risa y nos abrazamos.

—¿Por qué te has vestido con la ropa de Álvaro? —me pregunta al separarnos.

—¿Y tú por qué estás en pijama en la calle?

Mi amiga sonrío.

—Siento haberte dicho lo de ayer.

—No importa. Yo también lo siento —le respondo con sinceridad.

—¿Me vas a explicar por qué llevas la ropa de mi ex? —Se cruza de brazos con expresión molesta.

—Me he quedado en su casa a dormir... Con John —contesto, y me empiezo a comer las uñas mientras ella inhala y exhala lentamente con los ojos cerrados. Sé que se está preparando para atacarme con su lluvia de insultos habidos y por haber.

—¿Dormir de dormir o dormir de no dormir?

Me quedo unos segundos en silencio, pensando en la mejor respuesta posible.

—A ver... Hemos dormido de dormir. Pero antes de eso, hemos dormido de no dormir... Ya sabes... —Mi instinto de roedor sigue obligándome a comerme las uñas—. Necesitaba sus mimos.

—Mira, Chris... —Vuelve a inhalar y exhalar, pero sé que no le está sirviendo de nada; luego me mira con sus ojos verdes llenos de ira—. Ten suerte de que sea una señorita educada y carente de agresividad, porque si no, te pegaba una patada en los huevos, te metería un cohete por el culo y te mandaba volando a la luna.

No puedo evitar soltar una risita.

—Eh... ¿Gracias?

—De nada. Y ahora, con tu permiso, voy a seguir roncando.

Nos despedimos y nos metemos cada uno en nuestras respectivas casas. Subo hasta mi cuarto y cierro con pestillo. Enciendo el móvil y, para mi sorpresa, John me ha enviado un audio.

—*Tengo un plan en marcha. Ten a tu lado una bolsa de plástico para ayudarte a respirar cuando estés hiperventilando por la impresión. Te quiero, Chris.*

Idiota. Mucho hablar, para luego seguir siendo el mismo cobarde de

siempre.

Decido mandarle un audio yo también.

—*No quepo en mí de la emoción* —digo en tono sarcástico, presionando el dibujo del micrófono del WhatsApp. A los pocos segundos, me llega otro audio.

—*No te lo creas. Te vas a quedar tan pasmado, que hasta me propondrás matrimonio.*

Ni en sus mejores sueños haría algo tan estúpido como eso.

Sin embargo, sonrío como un tonto.

Capítulo 50

Ari

Durante estos días, mi vida está girando en torno a la comida y he vuelto a zampar todo lo que pillo por casa. Siento un vacío en mi interior difícil de explicar, me hago con cosas comestibles y me meto en mi cuarto a llorar mientras me las como, para no sentir el vacío.

Voy a engordar de nuevo, pero me da igual. No tengo a nadie a quien impresionar.

Un golpe en la puerta de mi habitación interrumpe mi buffet libre.

—Abre —le digo a mi invitado.

John se cuela en mi cuarto y cierra la puerta tras de sí. Se acerca a mi cama y se sienta sobre ella. No sé qué es lo que se piensa, pero esta no es su casa como para estar haciendo de vientre en el baño, casi desnudo, e invadiendo mi espacio personal.

—¿Qué quieres? —le espeto. No me gusta nada lo que le ha hecho a Chris. Es un maldito cobarde de mierda.

John se mira las manos, pensando muy bien qué decir.

—Verás... —empieza, y me mira a los ojos—. Chris sigue cabreado... Y entiendo que no quiera saber nada de mí, pero yo no puedo estar así con él. ¿Puedes... intentar convencerlo... para que, por lo menos, no me mire como si fuera la mayor mierda del mundo? Me está matando todo esto.

—No —pronuncio mirándolo fijamente.

—Ari... Por favor... —suplica, apenado—. Sé que no es un buen momento para ti, pero ayúdame.

—¿Por qué iba a ayudarte? Lo has dejado para irte con la Barbie. No te mereces nada.

Baja la mirada y suelta un suspiro.

—Lo sé...

—No puedo ayudarte —insisto—. Mi mejor amigo me necesita más que tú. Lo has dejado solo justo cuando más te necesita a su lado.

—Pues parece que ahora necesita más al rubio de bote de su ex.

—¿De verdad crees eso después de lo que hicisteis en casa del imbécil de

Álvaro?

Asiente.

No sabía que John fuese tan idiota.

—Pareces estar ciego para no darte cuenta de lo que le está pasando a Chris. Sólo piensas en ti y en lo que pensará tu familia —le recrimino—. Él se está llevando la peor parte, y no sólo porque lo hayas dejado. Ni siquiera has sido capaz de ver... —me detengo. No quiero que se entere por mi culpa—. De ver sus problemas.

—¿De qué estás hablando?

—¡Oh, venga ya! —exclamo alzando las manos por los aires—. ¡Te tienes que haber dado cuenta! ¿En qué te fijabas cuando te acostabas con él?

John se queda debatiendo con su yo interior durante un instante; después me mira, como si ya lo hubiera comprendido todo.

—No puede ser —suelta.

—Pues lo es.

—Y yo me he alejado de él... —dice lamentándose, y bufa—. Ahora lo confirmo: soy la mierda más grande del mundo.

—En eso llevas razón —le respondo, y lo señalo con mi dedo—. No le vayas a decir nada de lo que hemos hablado. Sólo lo sé yo; no se lo ha dicho a nadie más. A ti no quería preocuparte.

—Joder... —Se pasa las manos por el pelo y se levanta—. Me voy con Mónica, que habrá salido ya de la ducha. Veré lo que puedo hacer. Gracias, Ari. —Se inclina, me da un beso en la mejilla y se marcha.

Intento terminar de comerme una magdalena con virutas de chocolate, pero me quedo mirándola con asco y la lanzo por la ventana. Decido salir de casa y me paro en la farmacia más cercana. Me subo en la báscula, le echo una moneda y, a los pocos segundos, aparece un papelito.

Peso: 58,200 Kg.

Altura: 1,57 m.

Bien, he engordado cuatro kilos desde que salí del manicomio.

En un impulso, rompo el papel en pedacitos y lo tiro a la papelera. No pienso consentir que, otra vez, una maldita cifra me haga sentir por los suelos.

* * *

A la mañana siguiente, por fin suena el timbre del recreo y me marcho del aula, pero cuando voy caminando por el pasillo, un niño en monopatín se para frente a mí.

Es Toni, el hermano de John.

—Hola, bella dama —me saluda con una sonrisa. Se baja de su vehículo y me tiende una carta—. Léela, por favor.

Diviso a un grupito de niños silbándonos al final del pasillo y haciendo corazones con sus manos. ¿Qué clase de broma es esta?

Me quedo paralizada. Toni se da la vuelta y les grita:

—¡Callaos, desgraciados! —Se vuelve a girar hacia mí y me tiende la carta de nuevo—. Perdónalos, son retrasados. Cógela.

—¿Qué pone dentro? —pregunto cogiendo la carta.

—Cosas. Léela cuando estés sola y me dices lo que sea. —Me guiña su ojo visible, porque el otro se lo tapa su largo flequillo—. Nos vemos, conejita.

¿Conejita?

Toni se vuelve a subir a su monopatín y se encamina hacia el grupito de antes.

Me guardo la carta en la mochila y me voy al patio con mis amigos. Estoy segura de que será alguna chorrada de adolescente, pero tengo mucha curiosidad.

Al acabar el recreo, me encamino hacia la siguiente clase y me siento en uno de los pupitres del final junto a Chris. Cuando la profesora empieza a explicar, saco la carta y la leo.

Querida Ariadna,

Me parece una chica muy guapa y me he enamorado de usted. Sé que puedo parecer un niño porque tengo trece años, pero quisiera demostrarle que soy muy maduro. Sé que lo ha dejado con su novio, pero yo podría hacer que se olvidara de él.

Me gustaría invitarla esta tarde (o cuando usted pueda) a comer un helado (o lo que usted quiera, tengo dinero de sobra). Así que, si quiere, puede contestarme a esta carta poniendo un «Sí» por detrás y se la da a mi hermano (pero que no la lea).

Te quiero,
Toni.

Me entra la risa tonta en mitad de la clase. Qué mono Toni; me lo comería a besos.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Chris a mi lado.

—Tengo un admirador secreto —le susurro, y él enarca una ceja, sorprendido.

—¿Quién es?

Sonrío y le acerco la carta. Mi amigo, mientras la está leyendo, se le escapan varias risas.

—Qué fuerte —comenta—. Tienes que salir con él.

—Es un niño. Voy a parecer su madre.

—Entiéndelo, eres su amor imposible. Respóndele que te invite a un helado. No le rompas su pequeño corazón.

—De verdad estás mal de la cabeza.

—¿Qué es tan gracioso, Ariadna? —pregunta la profesora interrumpiéndonos, y yo me quedo callada—. ¿Puedo leer ese papel?

—No, ya lo guardo —respondo escondiéndolo en mi libreta, y cuando vuelve a explicar, lo saco y escribo mi contestación.

Lo siento, Toni, eres muy tierno, pero no puedo salir contigo. Seguro que hay una chica en tu clase que merezca la pena. Yo soy algo mayor para ti.

Chris aproxima su cabeza como el cotilla que es.

—Joder, podías tener un poco de tacto con el pobre chiquillo. Lo vas a destrozar.

—Es lo que hay —le digo—. Le van a romper más veces el corazón, qué más dará que sea yo la primera.

—Ni el sol más caluroso de verano será capaz de derretir tu frío corazón —me contesta en tono de burla, y yo le saco el dedo.

Cuando suena el timbre que da por finalizada la clase, le doy a John la carta a solas.

—¿Y esto?

—Dáselo a tu hermano.

Se ríe, como si hubiera entendido a la perfección el contenido de la carta.

—¿Qué le has respondido?

—No es de tu incumbencia —le espeto, y finjo una sonrisa—. Sólo

quédate con él cuando su patata haga *crack* y explote en mil pedazos.

—Oh... Serás su primer desamor. —Se guarda la carta en la mochila y después me mira—. ¿Cómo está Chris?

—Bien —le contesto lo más seca posible—. Y ahora, si no te importa, vuelvo con él.

* * *

—Ariadna, ha venido tu novio. Está en la puerta —me informa mi madre mientras veo en la tele el programucho *Sálvame* comiendo palomitas.

—¿Álvaro?

El corazón me empieza a latir con fuerza y levanto mi vista hacia ella. No sabe que lo he dejado con él, y mejor será que ni se entere, porque seguro que se va a alegrar y va a pronunciar la famosa frase de «Te lo dije. Eso te pasa por no hacerle caso a tu madre».

—¿Es que acaso tienes otro novio? —inquire poniendo los ojos en blanco.

Bufo y me levanto sin ganas del sofá. ¿Qué querrá ese idiota ahora? Creo que no le ha quedado muy claro que hemos roto.

—¿Qué quieres? —le pregunto a Álvaro en cuanto llego a la puerta, y me cruzo de brazos.

—Te he traído esto. —Me tiende mi bloc de dibujo y yo lo cojo al momento—. Te lo dejaste en mi casa la última vez que te quedaste a dormir. He pensado que quizá lo necesites.

Ahora no sé lo que voy a hacer con los dibujos, porque casi todos los que hay son de Álvaro, y él lo sabe. Lo dibujaba mientras hacía cualquier cosa, como comer o tocar la guitarra.

—Gracias —le digo, y abrazo mi bloc—. Creo que lo tiraré.

Nos miramos y yo siento una punzada en el estómago. Los ojos de Álvaro me observan apagados; su expresión es de tristeza.

—Como quieras —responde con voz débil.

Se acaba de instalar un nudo en mi garganta. Trago saliva y respiro hondo para continuar hablando.

—Ya te devolveré tus cosas —le digo.

A Álvaro se le tensa todo el cuerpo y sus labios dibujan una fina línea.

—No hace falta —susurra—. Quédatelas o quémalas.

—No soy un monstruo como para quemarlas. Hay cosas que te pertenecen

y son importantes para ti.

Como el collar de Mimi, que lo tengo guardado en un lugar en el que no miro nunca.

—Bien —susurra.

—Bien.

Siento el nudo más grande y los ojos ya se me están humedeciendo. ¿Cuándo demonios dejaré de sentir este dolor tan fuerte? ¿Cuánto más tengo que aguantar las lágrimas que tienen pinta de no acabarse nunca? ¿Cuándo me volveré fuerte para que nada me afecte? ¿Cuándo mi corazón dejará de sentir lo que siente por este imbécil que tengo delante?

—Bueno, yo ya me voy... Si necesitas cualquier cosa... Puedes llamarme —dice, y hace un intento por sonreír—. Adiós, Ari.

Pero se marcha, sin yo haberle respondido nada.

Cierro y empiezo a sollozar, con la espalda apoyada en la puerta y abrazada al bloc como la imbécil que soy.

—¿Lo habéis dejado? —oigo a mi madre mientras se acerca poco a poco a mí, con el ruido de sus tacones.

Me limpio las lágrimas con la mano.

—Sí, mamá —contesto con la voz rota.

La sargento me ofrece un pañuelo de papel y yo lo acepto y me sueno los mocos.

—¿Por qué? —quiere saber de brazos cruzados.

—Porque es idiota. Supongo que ya estarás contenta. Al final tenías razón. Álvaro es un gilipollas que se ha estado riendo de mí todo el tiempo.

—No, hija. No estoy nada contenta y siento mucho que lo hayáis dejado —me dice haciéndose la madre comprensiva y fingiendo no estar alegre por mi ruptura—. Ya encontrarás el adecuado. Con ese chico no tendrías un buen futuro.

Lloro más al oír semejante memez. ¿Ella qué sabrá? A lo mejor, el que no tendría un buen futuro sería él conmigo.

—¿Que lo has dejado con Álvaro definitivamente? —La Barbie aparece de la nada y se queda con la boca abierta. Al parecer, ha estado cotilleando la conversación con mi madre, y no me extraña que, con la que he tenido con Álvaro, haya estado también presente, pero a escondidas—. Creía que lo vuestro era una pelea sin importancia.

—Mónica, no es el momento —interviene mi madre.

—Sí, lo hemos dejado para siempre —le contesto a la Barbie aún con la

voz quebrada—. ¿Contenta?

—Pues sí. Ahora tengo vía libre con él —comenta, ilusionada, y da palmaditas.

—¿No estabas con John? —inquiero.

La Barbie pone los ojos en blanco.

—Hermanita —pronuncia, y a mí me dan arcadas al oír esa palabra—, te lo voy a explicar para que lo entiendas. Esto es algo parecido a como si me dieras a elegir entre un tanga del Bershka y un tanga de mercadillo. —Hace una especie de balanza con sus brazos—. Obviamente elijo el tanga del Bershka.

¿Está comparando a dos chicos estupendos (que lo son, hay que admitirlo) con un tanga? Flipo con esta tía.

—Eres una zorra —le espeto.

—¡Ariadna! —me grita mi madre.

—Luego la que la trata mal soy yo... —murmura la Barbie haciéndose la ofendida.

Paso de soportar a estas dos y me encierro en mi habitación. Busco alguna caja en la que pueda guardar las cosas de Álvaro y las voy metiendo, notando que un trozo de mi corazón se va uniendo a ellas y algunas lágrimas caen dentro.

* * *

—¿Puedo ver a Alejandra Montaner? —le pido a la señora que hay en la recepción del manicomio. Hasta ahora no me había dado cuenta de que se parece a Roz, la vieja babosa de *Monstruos S.A.*, como me comentó Álvaro una vez.

Me mira a través de sus gafas, con cara de pocos amigos.

—No puedes. Le dieron el alta hace meses, señorita.

¿Cómo? ¿Y ni siquiera me he enterado de eso? Ahora me siento culpable por no haber venido a visitarla ni una sola vez desde que salí, pero ni a ella ni a los demás. No quería volver a pisar este sitio; tenía la sensación de que me iban a encerrar otra vez si venía.

—Ah... ¿Y siguen aquí Amor, Violeta y Ángel?

—A Violeta y a Ángel también les dimos el alta, pero a Amor no — responde con antipatía.

—Pues quiero verla.

Espero a Amor en la sala de visitas y, cinco minutos después, aparece.

—¡Canija! —exclama. Se acerca a mí y me envuelve en un abrazo de oso.

—Me aplastas.

—Ay, perdón. Es la emoción de verte sana y salva. Creía que habías desaparecido de la vida. Como no has venido por aquí desde que te fuiste...

Nos sentamos sobre el sofá.

—Lo siento por no venir —me disculpo—. No me atrevía.

—Te entiendo, no te preocupes. —Hace un ademán con la mano—. A Ale también le dieron el alta poco tiempo después que a ti y ni ha dado señales de vida. Ángel salió ayer y Violeta la semana pasada.

—Ya, me lo ha contado la recepcionista. Me alegro por ellos. Seguramente se habrán ido lejos de aquí —comento—. ¿Y tú qué? ¿Cuándo vas a salir?

Amor bufa.

—Nunca. Mi tía no quiere tenerme en su casa porque me como toda la comida... Soy un estorbo para ella, por eso me tiene encerrada aquí.

—Eso es horrible...

Me contó hace tiempo que no tenía a nadie. Su única familia es su tía, porque sus padres se desentendieron de ella, yéndose a vivir lejos. Sufre de trastorno por atracón, así que no puede controlar lo que come y se pega unos atracones para flipar cuando se siente nerviosa o triste. Pero al contrario que yo, ella no vomita.

Durante la visita, le cuento todo lo que me ha pasado con Álvaro y me dice que, en cuanto le den el alta, irá a buscarlo para pegarle una buena paliza, cortarle los huevos y dejarlo estéril. Cuando es la hora de irme, me acerco al despacho de Maica, la psicóloga que tenía, para saludarla, y ella se sorprende al verme.

—Hola —la saludo.

—¡Ari! ¿Cómo estás? —Me da dos besos.

No sé qué contestarle a esa pregunta. Estoy mal, se me ve en la cara y se va a dar cuenta aunque yo le diga que estoy perfectamente.

—Vacía —consigo decir, y suelto un suspiro.

—¿Quieres sentarte y hablar un rato?

Asiento.

No estoy bien. Creo que ha vuelto la Ari insegura y necesito soltárselo a alguien.

Capítulo 51

Álvaro

—Me estás haciendo cosquillas.

—Tranquilo, ya casi termino —me dice Ale pintándome algo en el antebrazo, concentrada.

Estamos en clase de Historia de la Música medio aburridos, y la única manera de estar entretenidos sin que nos entraran ganas de dormir, era la Pelochicle haciéndome un tatuaje con sus rotuladores. Menos mal que ya sólo queda un cuarto de hora de clase para irme a mi casa.

—Bien, ya lo he terminado.

—A ver...

Contemplo el tatuaje con una sonrisa. Me ha dibujado un pentagrama que ocupa casi todo mi antebrazo, con claves de sol y notas musicales.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Es bonito, pero es una lástima que se borre cuando vaya a ducharme.

Ale pasea sus dedos por el tatuaje con delicadeza, algo que hace sentirme un poco incómodo

—Pues no te duches —comenta dedicándome una sonrisa.

—Qué buena idea. Y vengo a clase oliendo a mierda —bromeo, y libero mi antebrazo de sus dedos para cruzarme de brazos.

—Entonces te dibujaré otro mañana. ¿Te parece bien?

—Vale.

Cuando termina la clase, recogemos nuestras cosas, pero me llama la atención una foto que tiene guardada en su estuche mientras mete sus rotuladores. Acercó mi mano y saco la foto, donde aparece Ale abrazada a un chico.

—¿Quién es? —inquiero, y se la devuelvo; ella la mira con nostalgia.

—Era mi novio. —Suspira—. Está en coma desde hace unos meses.

—Lo siento mucho. Yo también he perdido a personas importantes —confieso con un nudo en la garganta—. Mi hermana murió hace año y medio; éramos mellizos. Y mis padres han muerto hace poco para mí.

—Oh... Lo siento... No sé qué decirte...

Le sonrío mirándola a los ojos y nos quedamos en silencio.

—¡Dumbo! ¡Venga ya! —Tania entra en el aula pegando berridos y yo me doy cuenta de que nos hemos quedado Ale y yo solos—. ¡Llevo como diez minutos esperándote en la salida con Adam y Steve!

—Perdón, zanahoria —me disculpo y me levanto de la silla; luego miro a Ale otra vez—. ¿Te vienes con nosotros? Vamos a comer pizza en mi casa.

—Vale —me responde.

Nos encaminamos hacia el coche de Tania, que creo que no le ha gustado nada que invitara a la Pelochicle por cómo va soltando bufidos por el camino.

—¿Puedes parar en el banco? Necesito sacar dinero del cajero —le pido a la zanahoria cuando nos subimos al coche. Me siento en el asiento del copiloto, y Ale, Adam y Steve, detrás.

—Como usted quiera, señorito Dumbito.

Giro la cabeza hacia Ale y le sonrío; después enciendo la radio y la canción que sale es *Don't let me down*, de The Chainsmokers y Daya. Los cinco la cantamos a pleno pulmón hasta que llegamos al banco. Las dos chicas me acompañan, y Steve y Adam aguardan en el coche. Al meter la tarjeta de crédito en el cajero, observo que el gilipollas que me adoptó sigue ingresando dinero en mi cuenta.

—¿Sabes que ahora mismo te podemos pegar con un palo en la cabeza, robarte toda la pasta que tienes y dejarte aquí tirado? —suelta Tania cotilleando la pantalla.

—Adelante. La mayoría de ese dinero no es mío. Ese señor sigue derrochando el dinero tontamente.

—¿Tu padre todavía te ingresa? —quiere saber, sorprendida, y yo asiento.

—¿Tu padre? —interviene Ale, y yo ladeo mi cabeza hacia ella.

Es capaz de haberse creído que está muerto de verdad.

—Mis padres nos adoptaron a mi hermana y a mí, algo de lo que no me enteré hasta hace muy poco, así que los dos han muerto para mí, aunque continúen vivos —le cuento—. Y mis padres verdaderos a lo mejor están muertos de verdad, pero no me apetece saberlo. Soy huérfano.

La Pelochicle se queda anonadada.

—Parece una puta telenovela —comenta Tania.

Saco doscientos euros de lo que tengo ahorrado cuando estaba trabajando en el McDonald's y los meto en la cartera.

—¿Para qué quieres tanta pasta? —me pregunta la zanahoria.

—No me alimento del aire, Tania —le espeto.

Esta tarde, si la pereza no se apodera de mí, iré a echar currículums por la ciudad. Necesito pasta para vivir y pagarle a Víctor lo que le debo de la coca, porque me queda poco dinero ahorrado, y el de mi no-padre ni lo pienso tocar.

* * *

—No puedes vivir así, la cocina está que da asco —me reprocha Adam mientras juego al *Candy Crush* en el móvil, tirado en el sofá del salón.

—Límpiala si tanto te molesta —respondo sin mirarle.

—No tienes platos limpios. Me iba a hacer un huevo frito.

Suspiro con pesadez y dirijo mi mirada hacia él.

—Pues lávalos si tanta falta te hacen, joder.

—¡No se puede! —exclama sosteniendo un plato sucio con una cuchara pegada de a saber cuándo, y me río como un idiota.

—Cómetelo con las manos —me burlo.

—Así no puedes invitar a la gente a tu casa; eres muy mal anfitrión —me espeta, y se vuelve a ir a la cocina, enfadado.

Cuando empiezo otra partida del *Candy Crush*, alguien llama al timbre y me levanto del sofá con bastante pereza. En cuanto abro la puerta, me encuentro a un niño con una gorra puesta y sujetando una caja de cartón. Su cara me suena, así que hago memoria para recordar de qué lo conozco.

Ya está. El hermano sacadineros de John.

—¿Qué quieres, niño? —inquiero con hostilidad.

—Darte esta caja de parte de Ari —responde, y me la tiende.

Al oír eso, mi vista recorre mi alrededor, buscando a alguien con melena castaña y que mida menos de un metro sesenta. Mis ojos se detienen en Cassie, donde una cabeza se asoma por el sillín, mientras un pequeño cuerpo se esconde tras ella.

Ni siquiera se ha atrevido a dármela en persona y prefiere que un niño le haga el favor.

—¿Cuánto te ha dado? —le pregunto a Toni.

—Nada. Ha accedido a tener una cita conmigo. —Se encoge de hombros y me mira como si me lo estuviera restregando por la cara. Maldito mocososo.

—Te doy diez euros si le devuelves la caja y le dices que me la traiga ella.

—No puedo cambiar a la mujer de mi vida por diez tristes euros.

¿La mujer de su vida? ¿Pero en qué mundo de piruleta vive este niño?

—Quince euros —cambio mi oferta, pero él niega con la cabeza—. ¿Quince euros y a mi amiga Tania? Es la que tiene el pelo de zanahoria...

—Buen intento, pero prefiero a tu ex.

Puto niño del demonio.

—Mira, niño, ya me he cansado de ti. O le entregas la caja o te pego un hostión que te mando volando a Saturno —lo amenazo.

Toni dibuja una amplia sonrisa en su rostro.

—Qué malote —comenta en tono burlón—. No me extraña que Ari te haya dejado.

Tengo ganas de estrangularlo y quitarle el flequillo aplastado de un tirón.

—Me estás hinchando mucho los huevos.

—Me alegro —dice, e intenta entrar en mi casa—. Ahora, déjame pasar, que tengo que recoger unas cosas de Ari.

Le interrumpo el paso, ocupando toda la entrada, de brazos cruzados.

—No vas a entrar. Si quiere recoger sus cosas, que lo haga ella. —Le quito la caja de manera brusca.

—Y tú no vas a volver con ella. Asúmelo, chavalín. El cliché del chico malo y estúpido ya está muy visto.

Este niño tiene muchos cojones.

—Y el flequillo de Justin Bieber ya ha pasado de moda —contraataco.

Es patético estar discutiendo con un mocoso.

Al parecer, Ari se ha cansado de esperar escondida en Cassie, porque ha decidido acercarse a nosotros.

—Toni, vete a tu casa —le dice al niño—. Yo me quedaré a recoger mis cosas.

—No, yo te espero aquí. No me fío del cantamañanas.

Ari pone los ojos en blanco.

—Está bien —le responde ella, y Toni le da la mochila que lleva puesta; luego Ari me mira—. ¿Me dejas pasar?

—Adelante. —Me echo a un lado y ella entra.

—¡No olvides llamarme si te hace cualquier cosa! —grita el niño, pero yo le cierro la puerta en las narices.

Ari saluda a Adam en la cocina y yo dejo la caja en el salón; después la sigo escaleras arriba y se mete en mi habitación. Coge la ropa que se ha ido dejando cuando se quedaba a dormir, y la mete en la mochila de cualquier manera. Se encamina hacia el baño y también la persigo con un dolor en el pecho. Se hace con su cepillo de dientes y su esponja, y vuelve al dormitorio.

—¿Vas a estar siguiéndome todo el rato? —pregunta mientras analiza la habitación con sus ojos.

—Puede.

—¿Has visto mi iPod?

Me acerco a la cama y lo libero de debajo de la almohada. Se lo tiendo y ella me lo quita de un tirón. Todas las noches lo utilizo para escuchar nuestras canciones.

—Tengo que devolverte una cosa que es tuya —le informo.

Todo esto me está doliendo demasiado.

—Date prisa. No quiero hacer esperar mucho a Toni.

Me acerco a la mesita de noche, saco el billete de uno de los cajones y se lo entrego.

—¿Cinco euros? —inquire con el ceño fruncido, sin comprender nada.

—Son los que me diste en el Retiro la primera vez que me hablaste.

—Me estás tomando el pelo. No son esos. —Me arrebató el billete de las manos y lo estudia con detenimiento.

—Lo son. Dibujaste una estrella y un gato en la parte de atrás.

Le da la vuelta y se encuentra con los dibujos.

—Lo has guardado... —musita, impresionada, y me lo tiende—. No puedo quedármelo. Te lo di porque te lo ganaste.

—Son tuyos. —Miro sus ojos herbosos—. Quédatelos.

—Si insistes... —me responde, y se lo guarda en un bolsillo de sus vaqueros—. Ya me voy. Lo he recogido todo.

Mierda.

—¿Quieres que te lleve en Cassie a tu casa? —me ofrezco, aunque ya sé su contestación. Me gustaría poder arreglarlo con ella para que volvamos a estar como antes.

—No puedo. Me voy con Toni en el autobús. Gracias de todas formas —dice sin mirarme. A continuación, cierra la mochila y se la cuelga a la espalda.

Decido acompañarla hasta la puerta de la entrada.

—¿Vamos, Toni? —le pregunta al mocoso, y él dice que sí con la cabeza, ilusionado.

Siento un gran vacío en mi pecho.

Ari se da la vuelta y me dedica una última mirada.

—Adiós —se despide de mí, y sé, por cómo lo ha pronunciado, que todo se ha acabado entre nosotros.

Yo me quedo callado.

—Por cierto, malote —nos interrumpe el niño, y señala a Cassie—. Muy bonita tu motito. Espero que me la prestes algún día, pero cuando no tengas la rueda pinchada... —Sonríe con malicia—. ¡Vamos, Ari, corre, antes de que nos alcance! —Y huye antes de que pueda pegarle una buena paliza por haberme dejado coja a Cassie.

Ari se disculpa con su mirada y se va detrás de él.

Pienso asesinar a esa copia barata de Justin Bieber.

* * *

—Llevas todo el día contemplando esa caja de cartón —me habla Tania mientras pienso si abrir la caja o no, que la tengo encima de la mesa desde que Ari la trajo hace dos días.

—No puedo abrirla.

—¿Con tanto musculito no puedes abrir una simple caja? —inquieta en tono burlón, y yo le saco el dedo corazón—. No te preocupes. Yo te ayudo. ¡Steve, trae tijeras!

—Me tratas como si fuera tu chacha —protesta él, y desaparece del salón.

—¿Qué tienes con él? —le pregunto a mi amiga en un susurro.

—Nada. Sólo aprovecho el tiempo mientras Diego decide perdonarme. ¡Tengo que saciar mis necesidades! —exclama moviendo mucho los brazos.

—Mi primo es tan idiota, que es capaz de no perdonarte en la vida —interviene Adam tumbado en el otro sofá, sin apartar la vista de su móvil; después se incorpora de un salto y le sonrío a Tania de una manera que me da vergüenza ajena—. Pero yo puedo saciar tus necesidades.

Hago una mueca de asco y la zanahoria se quita su zapato y se lo lanza a la cara.

—¡Tijeras! —Steve vuelve al salón con las tijeras en las manos.

—Bien hecho, perrito. —Tania se las quita y le revuelve el pelo; yo ahogo una risita.

—Tania, espero que de aquí salga algo serio —le contesta él.

La zanahoria pasa de su rollete y clava las tijeras en la parte de arriba de la caja, cabreada.

—¿La abres tú o la abro yo? —me pregunta.

Venga, voy a ser fuerte y no me va a afectar nada lo que haya en esa maldita caja.

—Yo —suelto—. Pero a solas.

—Tiene que pelear con su dolor —comenta Adam con voz dramática y llevándose una mano al pecho.

—Por cierto... ¿Dónde está tu amiguita de la peluca rosa? —quiere saber Tania moviendo las cejas de arriba abajo.

—No lo sé. No soy su niñera —le espeto. Cojo las tijeras y la caja, y me marcho hacia la planta de arriba.

Me siento en la cama de mi habitación, me armo de valor y la abro. Lo primero que veo es el libro *Todo todo*, el que le regalé a Ari cuando estaba demostrándole que la quería de verdad. Lo siguiente son todas las rosas secas que le he ido regalando mientras estábamos juntos; también me encuentro con algunas de mis sudaderas y camisetas, la pulsera de plata con nuestras iniciales que le regalé por su cumpleaños y el colgante de mariposa de Mimi. Me doy cuenta de que no ha metido el oso que le llevé al hospital cuando se desmayó por las escaleras del instituto, ni de mi sudadera azul, pero supongo que me los dará otro día.

Me quedo llorando durante un buen rato. Nuestra historia no puede acabar por un maldito error. La necesito a mi lado. Quiero recuperarla cueste lo que cueste.

Me lavo la cara, intento esconder mi tristeza y bajo al salón con los demás, que están jugando al parchís en el suelo.

—Tania, llévame a casa de Ari —le pido—. O préstame las llaves de tu coche y voy yo.

—¿Para qué? —Lanza el dado y mueve su ficha—. ¡Toma ya! ¡Te comí! —exclama mirando a Adam.

—Porque necesito hablar con ella y tengo la rueda de Cassie pinchada.

—¿Vas a pedirle que vuelva contigo? —cuestiona Adam.

—Voy a intentarlo.

Al oír eso, Tania se levanta del suelo con rapidez y toma aire; luego me mira y yo me preparo para su reprimenda.

—Dumbo —empieza—. La verdad es que yo creía que tenías más dignidad y eras de esos tíos que no permiten que ninguna tía lo pisotee. Has estado al lado de Ari todo el tiempo que lo estaba pasando mal. Aunque ella te tratara como el culo, te insultaba e incluso te pegaba, tú continuabas a su lado. Entiendo que era porque estaba enferma, pero eso no justifica sus actos, creo yo. En cambio, ahora se ha alejado de ti cuando más la necesitas. En vez de creerte, ha decidido irse de tu lado y tú sigues como un pelele intentando

que vuelva contigo. —Hace una pausa, suspira, mira al techo y después a mí—. Lo que te voy a decir ahora te va a doler, pero es lo que pienso: tu hermana se murió y no pudiste hacer nada por ella... Te sentías culpable y has intentado salvar a Ari como no lo hiciste con Mimi. Lo que has hecho ha sido como si intentaras saldar una deuda contigo mismo. Puede que me esté equivocando, pero tu amor por Ari es tóxico, te ciega. Y créeme, eso no es sano. Lo siento.

Me quedo sin palabras ante la hostia que me acaba de dar y decido salir a la calle. Me siento en las escalerillas del porche y pienso en lo que me ha dicho Tania.

Ari no es Mimi. No he estado con ella porque quería salvarla, sino porque la quiero de verdad y me hundiría si pierdo a otra persona importante de mi vida.

Joder, las palabras de Tania me han dolido.

—Voy a llevarte a casa de Ari —escucho la voz de Adam junto con el ruido de unas llaves, y yo alzo mi vista hacia él.

—¿Qué?

—Que levantes tu culo de ahí, que te voy a llevar a ver a Ari —repite—. Tania cree que se ha pasado mucho diciéndote todo eso y me ha dado permiso para coger su coche y llevarte.

—¿Pero sabes conducir?

—La duda ofende —dice llevándose una mano al pecho.

Gilipollas.

De camino a la casa de Ari, permanezco callado. Adam intenta sacar temas de conversación, pero yo sólo contesto con monosílabos.

—Espera, para aquí —le pido cuando estamos a unos cuantos metros de nuestro destino, y observo las figuras de Diego y Ari frente a la casa de él, hablando.

—¿Vas a salir a saludar? —me pregunta Adam.

Pero antes de responderle, me doy cuenta de que Diego se acerca a ella y la besa en los labios, esos que eran mi perdición.

—Qué hijo de puta mi primo —murmura mi acompañante—. ¿Qué tal si los atropello?

No contesto y sigo mirando la escena como un masoquista.

—¿Volvemos a tu casa? —insiste Adam—. ¿Te contrato a una prostituta para que te desahogues?

Ladeo mi cabeza hacia él.

—¿Por qué no te tragas la lengua y dejas de joder un rato? —le espeto.

—Vale, vale. —Levanta las manos en expresión de derrota.

Mi móvil empieza a sonar desde el bolsillo de mi cazadora. Lo saco y me quedo pensando si debo contestar la llamada o no. Tras varios segundos, decido descolgar.

—¿Qué quieres?

—Oh... Álvaro... Me tienes que hacer un favor grandísimo. Mis padres no me cogen el teléfono y tú eres la única persona a la que puedo llamar. —Ale suena bastante alterada—. He venido a ver a Jeremy al hospital y estoy encerrada en el baño. —Oigo que suspira—. Esto... Me da mucha vergüenza lo que te voy a pedir... Llevo pantalones blancos y no me acordaba de que me iba a bajar la regla... Así que imagínate lo que me ha pasado... ¿Serías tan amable de venir y traerme algo para cambiarme?

La respuesta que le doy es una carcajada.

—¿Acabas de reírte? —me pregunta, y yo suelto otra risa—. Ojalá a los tíos os venga la regla algún día.

—No te muevas de ahí —le digo, y cuelgo de inmediato.

Una vez que dejo a Adam en mi casa y de haberle pedido a Tania algún pantalón, tampones y compresas, me dirijo al hospital en el coche de mi amiga para salvar a la Pelochicle en apuros. Cuando llego, entro pitando en el baño de tías.

—¿Pelochicle?

—Estoy en el último —oigo su voz, y me acerco a la puerta del final—. Pásame las cosas por debajo. Pero sin mirar.

Me río y hago lo que me dice; después me siento sobre el lavabo para esperarla.

—¿Unos calzoncillos? —pregunta.

—Están limpios, eh.

—¡Qué asco!

Cinco minutos después, se abre su puerta.

—¿Qué tal el asesinato? —me burlo, y ella me saca el dedo corazón—. Qué maleducada.

—No es nada gracioso.

—Es bastante cómico.

Se lava las manos, nos marchamos del hospital y volvemos al coche de Tania.

—Gracias, en serio. Me has salvado la vida —me dice Ale.

—Estaré recordándote este momento hasta que te salgan canas en ese pelo de chicle de fresa —bromeo, y ella se enreda un mechón de su pelo en el dedo.

—Algún precio tenía que pagar. —Sonríe—. Y deja de llamarme Pelochicle. —Pone los ojos en blanco y vuelve a mirarme como si estuviera ilusionada por algo—. ¿Te apetece ir al cine? ¿O a comer a algún sitio? Te invito.

—¿Me estás pidiendo una cita? —Enarco una ceja.

—¡No! —exclama—. Sólo quiero agradecerte lo que has hecho por mí.

Suspiro y apoyo mi fabulosa máquina de pensar en el reposacabezas del asiento, mirando al frente.

—Lo único que quiero en este momento es irme a mi casa, meterme en la cama y ponerme música lo suficientemente triste y alta hasta que la imagen de mi exnovia morreándose con otro se me borre de la cabeza de una vez.

—Vaya...

Minutos después, aparco en la puerta de su portal y nos despedimos.

Ojalá inventen un botoncito en el cerebro para poder borrarlo todo.

Capítulo 52

Ari

Unas horas antes...

—Me he divertido mucho hoy ensayando contigo —le comento a Diego cuando salimos de su casa. Se ha ofrecido a acompañarme hasta la mía, como si me fueran a secuestrar mientras cruzo hasta la otra acera.

—Yo también. Mañana seguimos y te invito al cine, si quieres.

—Vale.

He estado todo el día sin pensar en Álvaro. Creo que he empezado a progresar, porque desde que le dejé la caja con sus cosas y con una parte de mi alma, no he parado de llorar, metida en mi cama y abrazando a Moon.

—Bueno... Yo me voy —digo, y mi boca se abre, dando un gran bostezo—. Estoy agotada.

—Se te nota mucho... Tienes los ojos irritados. Necesitas dormir —responde con el semblante preocupado.

—Estoy genial. Ya lo tengo todo superado. De verdad —intento sonar convencida, pero creo que no se me está dando demasiado bien—. Ahora soy otra Ari.

Los dos sonreímos; yo, para ocultar mi dolor, y Diego, supongo que porque se ha tragado que estoy feliz.

—Me alegro —me dice, pero tengo la sensación de que no se lo ha creído.

Yo clavo mi mirada verdosa durante unos segundos en la suya del color de la caca, como la de mi ex idiota, pero los de Diego son de un tono marrón verdoso. Sonrío para que surta efecto mi pantomima, pero no sé lo que pasa a continuación, porque cuando me quiero dar cuenta, los labios de Diego están sobre los míos.

Mierda.

No me aparto y le correspondo el beso.

Otra mierda.

Su lengua se junta con la mía.

Tres mierdas más.

Una eternidad después, finalizamos el beso y nos quedamos mirándonos como malditos lelos.

Mierda cuádruple.

—Besas como una mierda —suelto con seriedad, aunque no sea verdad. Bueno, en realidad no sé si es verdad o no; tendría que volver a analizar el beso sin pensar en mierdas.

Diego me observa con expresión dolida y luego se echa a reír.

—Estaba practicando para la obra —me responde intentando salir de la situación con la cabeza bien alta—. Pero ya veo que nos falta practicar más.

¿Qué?

—No pienso practicar un beso con mi mejor amigo.

—Ari. —Diego suspira—. Mi nota media está en juego, así que más te vale tomártelo en serio.

—Aquí tienes tu nota media. —Le saco el dedo corazón—. *Au revoir*, empollón. —Me despido con la mano y me meto corriendo en mi casa—. ¡Mierda! —grito, y me tiro de los pelos, pero de manera floja, que no quiero parecerme a una bombilla.

* * *

—¿Te apetece un helado? —me pregunta Diego al día siguiente, al acabar el cine.

Estamos yendo de camino a nuestras casas después de haber visto *Escuadrón Suicida*.

Creo que estoy pasando mucho tiempo con Diego, cosa que me gusta, pero que también me está empezando a asustar, porque sé que él sigue sintiendo algo más por mí y no quiero que se haga ilusiones. Ya me lo demostró ayer con ese beso de mierda y no me tragué la trola que me soltó de que fue para practicar.

—No me apetece —le contesto.

Me he comido un cubo entero de palomitas y dudo mucho que vaya a ingerir algo más. Me tengo que controlar para no volver a ser la gorda de antes, porque gracias a mi metabolismo, que se ha convertido en una chapuza después de haber hecho sufrir a mi cuerpo, tengo miedo de engordar.

—Venga, Ari. ¿Te vas a negar a un helado de pitufo?

Ya se me está haciendo la boca agua.

—Pero el más pequeño de todos —cedo, y Diego esboza una sonrisa.

Caminamos por la acera, cuando, de repente, una moto pasa a toda pastilla por la carretera y, justamente, se para delante de nosotros. No hace falta ni que diga de quién es. Álvaro se baja de Cassie (supongo que ya tiene rueda nueva), se quita el casco en un abrir y cerrar de ojos y lo tira al suelo. A continuación, se abalanza sobre Diego y le empieza a pegar puñetazos en la cara, como si tuviera toda la rabia contenida en el cuerpo, y con los ojos inyectados en sangre, después de haberse estado colocando.

El corazón está amenazando con salirse del pecho en este momento.

—¡Álvaro, para! —grito viendo cómo le pega una paliza a mi amigo y sintiéndome fatal por no poder hacer nada.

Ahora Diego está tirado en el suelo y Álvaro continúa dándole con los puños en la cara a horcajadas sobre él. Mi amigo intenta zafarse, pero es inútil; está aprisionado.

—¡Álvaro, por favor! —chillo con lágrimas en los ojos.

La gente que pasa por nuestro alrededor los mira, curiosa, pero nadie hace nada. Algunos se han parado para ver la escena y yo quiero irme de aquí. No puedo seguir viendo esto. Diego tiene la cara prácticamente hecha un puzzle. No me lo pienso más y me acerco a ellos, intentando agarrar a Álvaro para que deje de desfigurar a mi amigo. Sin embargo, mi esfuerzo es en vano.

—¡Álvaro, te lo vas a cargar! —No me sale tono suficiente porque tengo la voz rota y las lágrimas bañan mis mejillas.

Dos hombres se aproximan y consiguen parar a Álvaro, que está sudando, respirando de manera entrecortada y con los puños ensangrentados. Jamás lo había visto de esta manera. Hoy se ha pasado muchísimo.

—Me das asco —le espeto, y me acerco a Diego, que continúa tirado en el suelo, quejándose del dolor—. Diego... —susurro, y lo cojo del rostro, analizando las heridas.

—Estoy bien —logra decir.

Álvaro nos contempla nervioso, rabioso, dolido... Y yo temo que vuelva a abalanzarse sobre mi amigo. Pero en vez de eso, nos lanza una mirada de odio a ambos, se coloca el casco y se marcha en la moto.

Ayudo a Diego a levantarse del suelo con torpeza mientras sollozo. Qué idiota soy.

—No merece la pena —me consuela mi amigo entre bocanadas de aire, y me doy cuenta de que tiene el labio partido.

De pronto, oímos un estruendoso golpe de algo estrellándose a unos cuantos metros de donde nos encontramos.

Mi cerebro se precipita sacando conclusiones.

—No... —pronuncio con un hilillo de voz. Salgo corriendo hacia donde se ha escuchado el golpe, y ya hay unas cuantas personas amontonadas—. ¡Apartad! —grito dándoles empujones.

Y en este momento es cuando siento miedo. Pero miedo de verdad, de perder a la única persona que he amado en toda mi vida. Miedo de no haber hecho nada por ayudarlo. Miedo por haber sido tan sumamente egoísta. Miedo de no saber qué es lo que va a pasar a partir de ahora. Miedo de ver a Cassie tirada en mitad de la carretera y otro coche parado. Miedo de descubrir que ha sido Álvaro el que acaba de tener un accidente. Miedo de perderlo para siempre.

Tengo la sensación de que estos segundos en los que me voy aproximando a él no van a terminar nunca. Todo ocurre a cámara lenta. Cuando por fin llego hasta Álvaro, que está tendido en la carretera, lo abrazo y empiezo a llorar como si me estuvieran desgarrando el alma por dentro.

—Ari... —oigo su voz.

—¿Álvaro?

—No llores, enana —dice, y lo abrazo más fuerte.

Decido quitarle el casco para cerciorarme de que no haya ninguna herida en la cabeza. Después, estudio su rostro, con gotas de sudor que seco con mi mano, y me doy cuenta de que Álvaro me está mirando con sus ojos cansados.

—¿Te duele algo? —quiero saber, histérica perdida.

—El corazón —contesta clavando su bonita mirada en la mía.

—Álvaro... —susurro, y él niega con la cabeza.

Un hombre nos interrumpe acercándose a nosotros.

—¿Estás bien, muchacho? —pregunta, y Álvaro asiente—. Lo siento. No te había visto pasar con la moto. Ya he avisado a una ambulancia.

—Gracias —le respondo al hombre.

—No puedo moverme. Me duele mucho el pie —me dice Álvaro—. Y la cabeza me va a explotar.

—Tranquilo. —Le acaricio la mejilla y él cierra los ojos, concentrándose en mi tacto sobre su piel.

Busco a Diego con mi mirada, pero no lo diviso por ningún lado. Me he olvidado completamente de él; espero que lo entienda.

—¿Me quieres? —me pregunta Álvaro sacándome de mis pensamientos.

Me quedo mirándolo, pensando en lo que voy a responderle. Claro que lo

quiero; lo sigo queriendo. Este sentimiento no desaparece de la noche a la mañana. Lo que siento por Álvaro no ha cambiado, sigue igual de intenso desde el primer momento, o incluso más, aunque intente convencerme a mí misma de lo contrario.

Pero no le digo nada y me callo como una puta.

Siento que alguien toca mi hombro y alzo la vista al instante. Es Diego dedicándome una mirada de apoyo. Álvaro, que ahora lo tengo en mi regazo, suelta un bufido.

—Me duele —se queja.

Lo vuelvo a mirar, olvidándome de Diego.

—¿Qué te duele?

—Todo.

Le acaricio la mejilla.

—Te pondrás bien.

El sonido de la sirena de la ambulancia inunda las calles. El vehículo se detiene en mitad de la carretera y dos paramédicos salen con una camilla, que la traen hacia nosotros.

—¿Puedes levantarte? —le pregunta uno de ellos a Álvaro, pero él me mira a mí.

—Ari, las llaves de Cassie. Cógelas.

Asiento y me acerco a la moto, aún tirada en la carretera, mientras los dos hombres ayudan a Álvaro a colocarse en la camilla.

—Deja que me ocupe de esto, Ari —me interrumpe Diego, y yo lo miro como si le hubiesen salido tres cabezas.

—Gracias. —Mis ojos se detienen en su boca—. Pero tu labio...

—Ya me lo curaré. No importa. Vete con él.

Después de la paliza que le ha pegado Álvaro, no sé qué decirle, y tampoco entiendo cómo está aportando su granito de arena para ayudarlo.

—Gracias —le vuelvo a decir, y le planto un beso fugaz en la mejilla.

Camino hasta la ambulancia, donde ya está Álvaro tumbado en la camilla, y me cuelo dentro. Me acerco a él y entrelazo mi mano con la suya. Sé que le duele mucho el pie por la expresión de dolor que muestra su rostro, pero espero que conmigo se le olvide un poco.

—¿Vas a quedarte conmigo? —inquiere.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Álvaro sonrío.

—Porque me odias —contesta.

—No te puedo odiar. Lo sabes perfectamente.

La ambulancia comienza a desplazarse, y Álvaro y yo permanecemos con nuestras manos entrelazadas y mirándonos.

—Perdóname, Ari —suelta de repente.

—¿Por qué?

—Por pegarle a la almorrana. No sé en qué estaba pensando. —Hace una mueca de dolor—. Joder con el puñetero pie.

—No es a mí a quien le tienes que pedir perdón. Si no te metieras lo que te metes, no habrías acabado de esta manera.

—Me ayuda a olvidar —dice el muy gilipollas.

—Eso no tiene sentido. —Suelto su mano y me siento en la banqueta, cruzada de brazos y enfurruñada.

Y así, en silencio, nos quedamos durante todo el trayecto hasta el hospital.

* * *

Llevo un buen rato aguardando en la sala de espera para que le escayolen el pie a Álvaro y que podamos salir de aquí. He llamado a su madre para avisarla de que su hijo ha tenido un accidente, y me ha dicho que ya viene en camino. No sé si he hecho bien en contárselo, pero creo que tiene derecho de saber lo que ha ocurrido. Me duele muchísimo la cabeza y tengo náuseas de estar tanto tiempo aquí metida.

Estoy mirando a un punto fijo cuando, de repente, la voz de Diego me interrumpe:

—Ari, ¿cómo estás?

Se ha sentado a mi lado. Giro mi cabeza hacia él y mis ojos viajan a los puntos de su labio y a varias heridas de su cara.

—Cansada —respondo.

—¿Cómo está él?

—Bien. Bueno, tiene un esguince en el tobillo, pero se pondrá bien —le cuento, y me llevo las manos a la cabeza—. He sentido mucho miedo, Diego. Creía que iba a perderlo. —Se me quiebra la voz y mi amigo me rodea con sus brazos mientras sollozo.

—Eso no pasará nunca.

Minutos después, oímos un carraspeo y los dos alzamos la vista hacia Álvaro, que sujeta unas muletas y tiene el pie escayolado.

—Álvaro. —Me levanto de un salto y me enjugo las lágrimas—. ¿Cómo

te encuentras?

—De puta madre —contesta con desdén—. ¿Por qué estás llorando?

—Por... nada.

—¡Álvaro, hijo! —Virginia viene hacia nosotros, atacada de los nervios.

—¿Pero qué cojones...? —Álvaro la mira con expresión indescifrable y después posa su vista en mí—. ¿La has avisado?

Asiento, y él me mira, resentido.

—Álvaro... ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? —Su madre intenta poner las manos en el rostro de él, pero fracasa, porque Álvaro aparta su cara.

—Ni me toques.

—Pero... ¿vendrás a casa conmigo, no? —le pregunta Virginia.

—Sabes que no quiero saber nada de ti.

—Álvaro —intervengo—. No puedes quedarte solo.

—Me importa una mierda —me espeta con el semblante cabreado; después se da cuenta de cómo me ha hablado y se le suaviza el rostro—. Perdona, Ari, no quería hablarte así. Sabes que esta mujer extraña me saca de mis casillas —dice señalando a su madre con la muleta.

Entiendo que esté enfadado con su madre por haberle ocultado todo, pero podría darle otra oportunidad. Al fin y al cabo, ella se encargó de criarlo porque es su verdadero hijo, aunque no compartan sangre, e hizo que no les faltara nada ni a él ni a Mimi.

—Hijo, por favor... —le suplica Virginia.

Álvaro resopla. Sé que está intentando no montar un espectáculo dentro del hospital.

—Almorrana —Álvaro llama a Diego, que ha estado sentado y callado todo el rato—. Siento lo de antes, de verdad.

Mi amigo se levanta y lo mira entornando los ojos.

—Voy a denunciarte, así que no hace falta que te disculpes.

—¿Qué? —exclamo mirando a Diego—. No serás capaz de hacer eso.

Álvaro no dice nada, sólo lo contempla, como si estuviera planeando un asesinato.

—Estoy harto de todas tus estupideces —dice mi amigo con sus ojos clavados en Álvaro—. De tener que ver a Ari llorando por tu culpa, de tus faltas de respeto hacia mí, de tus puñetazos, de todo ese odio que me tienes... Lo de hoy ya ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—Tendría que haber acabado contigo, pijo de mierda —escupe Álvaro.

No. Esto no está pasando.

Virginia se planta delante de Diego.

—Muchacho, si denuncias a mi hijo, vas a tener todas las de perder, porque, como bien sabes, o si no lo sabías, ya te lo digo yo, mi exmarido es un juez muy importante, así que más te vale no hacerlo.

Diego se queda unos segundos en silencio y traga saliva.

—Me da igual. Pienso hacerlo —logra decir.

—Diego... —susurro.

—Lo siento, Ari. —Y con esas palabras, mi ahora exmejor amigo se marcha del hospital.

—Qué hijo de puta —murmura Álvaro negando con la cabeza.

—Hablaré con él cuando lo vea —le aseguro, pero él empieza a andar con las muletas hacia la salida.

—Espera, Álvaro —lo detiene su madre—. Vente a casa conmigo.

Álvaro resopla como si le costara la vida.

—¿Tú me escuchas cuando te hablo? —le espeta—. No. Quiero. Saber. Nada. De. Ti. Punto. —Y acelera el paso como puede.

—Deja que te lleve, por lo menos. —Virginia lo sigue; yo también.

Sin embargo, Álvaro no le hace caso y se encamina hacia la parada de bus. Virginia me detiene.

—Intenta hablar con él, por favor —me pide.

—Yo lo intento, pero va a ser difícil. Ya sabes cómo es.

—Por favor... —insiste mirándome con amargura.

—Haré lo que pueda.

Capítulo 53

Álvaro

—Si has venido a darme la chapa, ya te puedes estar yendo con esa mujer.

—No he venido a darte la chapa —replica Ari con desdén, y se sienta a mi lado, en el banco, para esperar el autobús—. He venido a acompañarte hasta tu casa.

No puedo evitar sonreír.

—Me hace gracia. Se supone que soy yo el que te debería acompañar a ti.

—¡Oye, no seas antiguo! —exclama—. Las mujeres también podemos acompañar a los hombres hasta sus casas. Además, tienes que guardar reposo.

—Menudo coñazo —me quejo.

Aún me duele el maldito tobillo, y eso que me acaban de dar un calmante. Encima, como si esto no fuera tortura suficiente, tengo que guardar reposo hasta que me quiten la escayola, no conducir la moto y llevar las dichas muletas a todos lados.

—Ahí está el bus —anuncia Ari. Nos levantamos y yo camino, ayudándome de las muletas—. ¡Dejen pasar a los lisiados primero! —les suelta a las personas que hacen cola, y yo me río.

La gente más joven se aparta para que yo pase, algo que me parece bastante raro. Sin embargo, las viejas se cuelan con la excusa de que están mayores y de que les duelen las piernas de tanto esperar en la parada, cuando las he visto sentadas en el banco, cotilleando sobre la gente.

Me subo al autobús con cuidado y Ari le pide al conductor dos billetes.

—Coge mi cartera; está en mi bolsillo —le digo.

Pero no me hace caso y los paga ella con su dinero.

Al echar un vistazo en el interior del vehículo, no hay ningún asiento vacío para mí y maldigo para mis adentros. Ari se acerca a los señores que hay sentados delante.

—¿Alguien sería tan amable de dejarle el asiento a este chico tan guapo y tan enfermo? —les pide señalándome a mí—. Mirad cómo va. Pobrecillo. Le quedan pocos meses de vida.

Vale, se le ha pirado la pinza. Lo que ha dicho no es nada creíble,

exceptuando lo de que soy guapo.

Hago un esfuerzo en poner cara de pena mientras me aguanto la risa, y una señora se levanta y me cede el asiento.

—Gracias —le digo, y tomo asiento.

Cuando entra toda la gente y el autobús empieza a circular, me doy cuenta de que Ari se ha quedado de pie, sujetándose a una barra.

—Enana —la llamo, y enseguida ladea su cabeza hacia mí—. Siéntate aquí. —Señalo mi pierna buena.

Niega con la cabeza y yo pongo carita de corderito.

—Está bien —cede riéndose, y se sienta encima de mi pierna—. Si te molesto, me lo dices.

—No me molestas. —Rodeo su cintura con mis brazos para tenerla más sujeta y noto que se estremece.

Quince minutos después, nos bajamos en la parada que hay más cerca de mi casa.

—Putas muletas, joder —me quejo mientras caminamos hacia mi casa.

—Hubieras pedido una silla de ruedas.

—Es que no lo he pensado —le respondo, y nos paramos frente a la puerta—. Busca las llaves en mi bolsillo.

—Vale. —Ari mete su mano con torpeza en mi bolsillo derecho del pantalón, donde no se encuentran las llaves. Siento sus caricias en mi pierna, y ahora es cuando echo de menos estar con ella—. No están aquí. ¿Por qué no me lo has dicho? —Me mira con cara de pocos amigos pero muy colorada.

—No me acordaba —miento.

Bufa, mete su mano en el otro bolsillo y da con las llaves. Una vez dentro de la casa, que está hecha un desastre, algo no muy extraño tratándose de mí, nos encaminamos hacia el salón. Ari enciende la luz y yo me siento en el sofá.

—Espera, que te ayudo —se ofrece. Agarra mi pierna y me ayuda a colocarla sobre el sofá, lo que hace que me retuerza de dolor.

—Joder —mascullo.

—Lo siento —se disculpa.

—No es tu culpa, enana.

Ari coge un cojín y lo acomoda detrás de mi espalda. Después, enciende la tele y pone un canal en el que emiten *Anatomía de Grey*.

—Esto... ¿Necesitas algo? —me pregunta, y noto que mis tripas rugen.

—Tengo hambre.

—Vale, voy a ver qué tienes. Ahora vuelvo.

Sale del salón y yo me imagino que irá a la cocina para traerme algo, pero lo que no sabe ella es que no tengo nada para comer y en la nevera sólo quedan cervezas y un limón pocho.

—Aquí no hay nada —comenta desde la cocina; segundos después, regresa al salón—. Sólo tienes cervezas. Eres un desastre.

—Lo sé. —Le dedico una sonrisa y saco mi móvil del bolsillo—. ¿De qué quieres la pizza?

—No tengo hambre —responde sentándose en el otro sofá.

Le hago caso omiso y marco el número de una pizzería. Me coge el teléfono una mujer y le pido una pizza cuatro quesos, que es la favorita de Ari, y dos refrescos. Durante los treinta minutos siguientes, la casa se queda en completo silencio, aparte del sonido de la televisión. Un silencio algo extraño e incómodo, hasta que el timbre de la puerta lo rompe.

—Abro yo —dice Ari, y se levanta de un salto; después me mira, dudosa—. ¿El dinero?

—Ten. —Me saco la cartera del bolsillo y se la lanzo.

Ari se marcha a atender al repartidor y no tarda en aparecer con la pizza y los refrescos, llenando la casa de un exquisito olor que hace que me rujan más las tripas.

—Aquí tienes. —Coloca la caja sobre la mesa.

—Acércame un trozo, por favor —le pido mirándola y poniéndole ojitos.

—Claro. —Abre la caja y me acerca un trozo con cuidado.

—Gracias —le digo, y comienzo a devorar mi porción; ella se vuelve a sentar en el otro sofá—. ¿No comes?

—No me apetece.

—Mira cómo te está mirando. —Señalo con la cabeza la pizza—. ¿En serio que no quieres?

Ari observa la comida y sé que se le está haciendo la boca agua. Finalmente, decide coger un trozo y se lo lleva a la boca. Gime al saborearlo y yo la miro, embobado.

—Álvaro —pronuncia mi nombre con la boca llena, e interrumpe el estudio que le estoy haciendo mientras come—. No te preocupes, voy a convencer a Diego para que no te denuncie.

Joder, ya tuvo que salir la jodida almorrana. Siempre tiene que estar en todas partes.

—Que haga lo que quiera. Me la suda —le contesto encogiéndome de

hombros, como si de verdad no me importara, y decido preguntarle algo muy doloroso para mí—: ¿Estáis juntos?

—¿Cómo? —se sorprende abriendo mucho los ojos.

—Has entendido la pregunta. —Le doy otro mordisco a mi trozo, fingiendo indiferencia.

—No estamos juntos —replica—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque últimamente os veo muy juntos.

—Eso no tiene nada que ver. Somos amigos, como siempre.

—Que yo sepa, los amigos no se morrean entre sí —le indico, y en su rostro se dibuja la confusión.

—¿Qué?! —exclama.

—Os vi en la puerta de su casa. —La miro, analizando sus expresiones.

—Eso fue... —Suspira, creo que arrepentida, y baja su mirada—. Un error. No debería haber pasado.

—Estás soltera; eres libre de hacer lo que quieras —le digo, pero sé que me dolería verla con otro tío. Además, ni siquiera me ha contestado a la pregunta que le he hecho de si me quiere.

—Ya, supongo —responde.

Nos terminamos de comer la pizza mientras le prestamos atención a la tele. Ari, al ver que me voy acabando mis porciones, se levanta y me acerca otra, como si yo fuera un puto inválido que no sirve para valerse por sí mismo. Pero me encanta que me cuide.

—Álvaro, yo me voy ya a casa —suelta al cabo de un rato—. ¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

«Te necesito a ti».

Pero niego con la cabeza.

—Puedes irte tranquila.

—Vale. —Sonríe y se acerca a mí. Se pone a mi altura y me da un beso en la mejilla, que dura cinco segundos—. Hasta mañana, Álvaro.

—Mándame un mensaje cuando llegues, no vaya a ser que te secuestre alguien.

—Eres idiota.

Cuando Ari se marcha, el silencio inunda la casa y me vuelvo a sentir solo. Se me hace tan difícil todo esto... Agarro las muletas y me levanto del sofá, no sin antes cagarme en todo por el dolor del maldito pie. Me acerco a la mochila, que está tirada en el suelo, y hago malabares para cogerla.

—¡Mierda! —exclamo al apoyar, sin querer, el pie en el suelo.

Regreso al sofá con la mochila y abro el bolsillo pequeño. Un rato después, ya estoy relajándome con mi amigo, el porro, y me llega un mensaje al móvil.

ENANA: «Álvaro, me acaban de abducir los extraterrestres. ¡Socorro! Que no, que es broma. Ya estoy en mi casa sana y salva. Mira»

Pincho en la foto que me ha enviado, que sale ella haciéndose un *selfie* con su gata y sonriendo a la cámara, pero Moon parece que está queriendo asesinar al que ha recibido la foto.

Permanezco mirando a Ari durante un buen rato. Su sonrisa me encanta y hace que la esté echando de menos en estos momentos.

YO: «Sales preciosa. Moon no tanto. Gracias por lo de hoy»

ENANA: «Descansa, Álvaro»

Cuando termino de fumarme el porro, Ari se desconecta y coloco el móvil encima de la mesa. Me tumbo en el sofá e intento quedarme dormido, echándola de menos.

* * *

Me despiertan ruidos provenientes de la cocina. Abro los ojos y maldigo mi vida al sentir pinchazos en el jodido tobillo. Bufo y me levanto, con la ayuda de las muletas. Anoche me quedé dormido bastante tarde porque me molestaba muchísimo el dolor.

El del tobillo también.

Camino hasta la cocina y me detengo al ver la escena: Ari fregando los platos y Chris metiendo comida en la nevera con un delantal de Doraemon.

—¿Qué cojones hacéis? —exijo saber.

Los dos detienen sus tareas y se giran para mirarme.

—¡El enfermo dormilón! —exclama Chris—. Anda que darte un trompazo con la moto... —me recrimina negando con la cabeza.

—Cosas que pasan —le contesto encogiéndome de hombros, y me siento en una silla.

—¿Cómo te encuentras hoy, Álvaro? —Ari se aproxima a mí y me palpa

la frente, como hacía mi abuela cuando le decía que me encontraba mal para no ir al colegio.

Ahora que lo pienso, a Ari se le da muy bien cuidarme. Cuando me cure, pienso seguir haciéndome el enfermo sólo para que no se vaya de mi lado.

—Ahora mejor —admito mirándola, y ella se queda paralizada, sin saber muy bien qué decir.

—Eh... ¿Te apetece sopa? —suelta, incómoda—. Te la hemos preparado. Bueno, en realidad la ha hecho Chris.

—Vale.

Chris se sienta a mi lado mientras Ari prepara mi plato.

—Estás hecho una mierda, tío.

—Lo sé.

—¿Cómo se te ocurre pegarle una paliza a Diego? —inquieta en un susurro, para que Ari no le oiga.

—Iba colocado, ¿vale? —le respondo de mala gana.

Ari planta un plato lleno de sopa caliente sobre la mesa, como si en vez de estar enfermo del pie, lo estuviera de la tripa.

—Aquí tienes.

—Gracias, enana. Eres la jodida hostia. —Le dedico una sonrisa y ella suelta una risita.

—Bueno... —nos interrumpe Chris—. Yo me voy, que he quedado con... —Se calla de repente y nosotros nos reímos—. Que he quedado. Con John. Ya está. No tengo por qué daros explicaciones. —Antes de irse, me llena la mejilla de besos asquerosos.

—¡Quita, joder! ¡Qué asco!

—Oye, que son calmantes naturales para el dolor —me dice el gilipollas.

A Ari le acaba de entrar un ataque de risa y creo que se va a quedar sin oxígeno en los pulmones. Después, Chris se despide de ella y se marcha de mi casa.

—¿Me das de comer, por favor? —le pido a Ari haciendo pucheritos.

—Sí, claro, y también te la sujeto mientras meas —responde con sarcasmo.

—No sería mala idea.

—Dios, cállate y come, por favor.

Para cuando termino de comer, ya estamos los dos en el salón, sentados cada uno en un sofá. Acomodo mi pierna sobre la mesa y doy un golpecito a mi lado para que Ari se siente.

—Estoy bien aquí —me dice.

—Vamos, ven —insisto—. Tengo mucho frío y necesito calor humano.

«Te necesito a ti».

Finalmente, se acurruca a mi lado, me abraza y apoya su cabeza en mi pecho. El corazón amenaza con salir disparado de mi interior al tener al amor de mi vida tan cerca. Quiero que este momento no se acabe nunca. Ojalá tuviera el poder de detener el tiempo.

—Ari —susurro.

—Dime.

—¿Sabes que tengo miedo de dormir aquí por las noches? Se escuchan golpes en las ventanas y me cago vivo... Y más cuando hay tormenta.

Se ríe.

—No sabía que fueras tan miedica.

—No soy miedica. Sólo me da respeto que aparezca un psicópata con un cuchillo jamonero lleno de sangre.

Me deja de abrazar y se sienta en posición de indio para mirarme a los ojos.

—¿Qué es lo que te da más miedo? —inquire, curiosa.

Hostia puta. ¿Qué clase de pregunta es esa? Venga, va, voy a salir de esta situación.

—¿Y a ti? —le devuelvo la pregunta.

—Te he preguntado yo primero.

Ahora no puedo salir corriendo por culpa del tobillo. Mierda.

—Miedo a quedarme solo —suelto, pero no la miro, sino que apoyo la cabeza en el respaldo del sofá, con los ojos clavados en el techo—. Pero solo de verdad. Sin nadie a quien le importe.

—No te va a pasar eso.

—No tengo familia, Ari. —Ladeo mi cabeza hacia ella—. La única familia que he tenido fue Mimi y ya no está.

—No digas eso —responde, y me acaricia la mejilla—. Nos tienes a todos.

«Pero a ti no te tengo de la forma que quiero».

—Ya... ¿Y a ti qué es lo que te da miedo?

—Volver a engordar —confiesa, y suelta un profundo suspiro.

—No te debería dar miedo eso. Sabes que eres preciosa; te lo he repetido mil veces y nunca me cansaré de decírtelo.

Fuerza una sonrisa.

—Pero es muy difícil que mi cabeza te crea.

—Siempre me ha sorprendido tu cabezonería.

Me golpea con el puño en el hombro, de manera cariñosa, y yo finjo que me ha hecho daño.

—¿Te duele el pie? —quiere saber.

—Es soportable el dolor —contesto, y nos quedamos mirándonos a los ojos durante unos segundos.

Contemplo sus labios. Carnosos. Rosados. Húmedos. Deliciosos. Pidiendo a gritos reencontrarse con los míos. Ari se los muerde por dentro y yo me acerco poco a poco a ella. Mi nariz acaricia la suya y siento su aliento chocar en mi rostro.

Ella da el primer paso en unir nuestros labios, y todas las sensaciones familiares de cuando la besaba vuelven a apoderarse de mí. Primero nos fundimos en un beso suave y lento, descubriéndonos el uno al otro otra vez; nuestras lenguas se acarician entre ellas y nuestras bocas desprenden pasión. Me visitan los cosquilleos en el estómago como si fuera la primera vez. Ari se coloca a horcajadas sobre mí y vuelve a besarme mientras recorro con mis manos su cintura.

—No podemos —susurra contra mis labios.

—Sí podemos. Te dejaría hacer todo el trabajo a ti —le respondo sonriendo, aunque sé que no se ha referido a eso.

Me vuelve a besar de manera frenética.

Y no sabemos cómo, pero sucede. Nuestros cuerpos se convierten en uno, reconociéndose, y nuestras miradas se susurran entre ellas cuánto se han echado de menos. Yo le digo que la quiero, pero ella me contesta con un gemido mientras estalla alrededor de mí; segundos después, lo hago yo y le vuelvo a susurrar que la quiero.

Exhaustos, nos tumbamos en el sofá, abrazados, y nos quedamos dormidos. Pero cuando me despierto, Ari ya no está. Se ha ido.

Y ahora es cuando comprendo que la he perdido para siempre.

Capítulo 54

Chris

Estoy sentado en el alféizar de mi ventana, observando la calle mientras escucho *Pompeii*, de Bastille, con los cascos puestos para animarme, pero al ver a John salir de la casa de Ari, vuelve a aparecer esa presión tan desagradable en mi pecho. El otro día decidimos quedar para acabar un trabajo del instituto, pero no pasó nada entre nosotros, aunque me estaba muriendo de ganas.

—Estúpido —murmuro para mis adentros, contemplando a John.

De pronto, alza su vista hacia mi ventana, como si me hubiese oído, y nos quedamos mirándonos. Después, saca su móvil y escribe algo. Al cabo de unos segundos, me llega un mensaje.

TRAIDOR: «Necesito hablar contigo. ¿Puedes bajar?»

Miro al idiota de John y corro las cortinas para que no me mire; en cambio, yo lo sigo viendo por un hueco y está volviendo a escribir.

TRAIDOR: «¿Por qué no hacemos una cosa? Si bajas, es que aún me sigues queriendo, y si no lo haces, entenderé que ya no quieres saber nada de mí»

Este tío se cree que por decirme cuatro palabras bonitas ya voy a caer rendido a sus pies mientras Mónica juega a las marionetas con él.

TRAIDOR: «Sólo cinco minutos»

Bufo y lo miro a través de la ventana, otra vez. Sus ojos me suplican que baje ahora mismo, y mi corazón desea hacerle caso, pero mi cabeza me retiene.

Al final gana mi corazón.

Qué tonto soy.

Salgo de mi habitación y bajo las escaleras en silencio. Abro la puerta de la calle con cuidado y me encuentro con un John sonriente.

Pongo el cronómetro en el móvil para que esta absurda conversación acabe dentro de cinco minutos.

—Tic-Tac —digo enseñándole el móvil.

—¿Recuerdas cuando te dije que te habías convertido en alguien imprescindible en mi vida? —pregunta, y yo asiento, sin comprender a qué viene eso. Además, ¿por qué sonrío tanto?

—Pero me cambiaste por una tía con la cabeza hueca.

John se echa la manga de la sudadera hacia arriba y me muestra su antebrazo. Los ojos se me abren como platos y temo que se me desprendan de las cuencas.

Un tatuaje.

Tomo aire.

De mi nombre.

Vuelvo a tomar aire.

En letras negras y gigantescas.

Presiento que me va a dar un patatús.

Lo estudio mil veces.

«Christian».

No es verdad. Seguro que es un tatuaje de los que salen en las pipas, que duran dos días.

—¿Qué te parece? —inquire, pero yo no dejo de contemplarlo; luego reacciono y miro al idiota que se acaba de tatuar mi nombre de manera permanente en su piel blanquecina.

—Te han explicado que esto no se quita aunque te lo frotes mil veces con jabón, ¿verdad?

Asiente, sin borrar la sonrisa de su rostro.

—No sabía cómo demostrarte todo lo que sentía por ti, así que decidí hacerlo tatuándome tu nombre.

Madre mía, habla de esto como si fuera algo normal que hace la gente todos los días.

—No sé por qué te lo has hecho —le digo, y John me mira con expresión dolida.

—¿No te gusta?

No es que no me guste; al contrario... ¡Me encanta! Pero no se lo pienso decir y que se ilusione, creyéndose que le voy a dar otra oportunidad. Que se

tatúe mi nombre me parece demasiado, no sé lo que se le ha pasado por la cabeza al hacer semejante barbaridad. Sé que, dentro de un tiempo, se arrepentirá y ya no podrá borrarlo con *tippex*.

—Sinceramente, no lo entiendo —confieso—. No hacía falta haberte tatuado mi nombre para demostrarme nada. Yo sólo quiero que me demuestres que me quieres de una forma, pero eres demasiado cobarde para hacerlo.

Exhala con brusquedad y se coloca la manga bien.

—Mañana. En mi casa. A la hora de comer —dice mirándome—. Ni se te ocurra faltar.

* * *

—No sé lo que pretendes hacer, pero todo esto me huele raro —comento entrando con John en su portal.

—Después de lo que va a pasar, me vas a tener que dar una oportunidad sí o sí.

Subimos en el ascensor hasta su casa, donde los segundos se me hacen eternos por su culpa.

—¿Tu madre sabe que me has invitado a comer? —pregunto mientras John abre la puerta.

—Claro.

No será capaz de hacer lo que estoy pensando; es demasiado cobarde.

Respiro hondo y atravesamos la entrada. Y enseguida siento un extraño repelús al ver tantas figuritas y cuadros religiosos. Nos dirigimos hacia el comedor, donde se encuentran sus padres preparando la mesa, y Toni tumbado en el sofá, jugando a la consola.

—Hola —los saludo.

—¡Rarito! —El loro es el primero en saludarme.

—¡Chris! —La madre de John se acerca a mí y me da dos besos—. Ya te echábamos de menos por aquí.

—Yo no —murmura Toni concentrado en la maquinita.

—¡Toni, ayuda a poner la mesa! —le grita su padre.

El niño suelta un bufido y se levanta del sofá; después me saca la lengua, me llama rarito y acompaña a su padre hasta la cocina.

—Hijo, ¿por qué no te has traído a Mónica también?

Eso me gustaría saber a mí. ¿Dónde está su querida novia cristiana?

—No podía venir —responde John.

Cuando Toni y su padre terminan de poner la mesa, nos sentamos; John, su hermano y yo, a un lado, y sus padres frente a nosotros. Han preparado pollo con patatas fritas. Qué hambre. Agarro una patata, pero John me da un manotazo y se me cae en el plato.

—¿Qué pasa? —inquiero.

—Vamos a bendecir la mesa —me susurra Toni, y suspira—. Cosas de mis padres.

—Chris, ¿por qué no bendices la mesa? —propone Luisa.

No, no, no. Me quiero levantar ahora mismo e irme de esta casa.

—Yo... —murmuro, pero mejor no digo lo que estoy pensando porque son capaces de echarme a patadas—. Me da vergüenza —miento, y sus padres me observan, sorprendidos.

—Ya lo hago yo —interviene John.

Todos juntan las manos y cierran los ojos. John me mira de reojo y me da un puntapié bajo la mesa, indicando que haga lo mismo. Finalmente, los imito.

Soy el tío más ridículo del mundo en este momento. Si de verdad existe Dios, ahora mismo estará cachondeándose de mí.

—Señor —empieza John—, bendice estos alimentos que vamos a tomar. Bendice a quienes los han preparado y da pan a los que no lo tienen. Por Jesucristo, nuestro Señor.

—Amén —dicen todos, pero a mí no me da tiempo, porque no he entendido nada, y me quedo callado.

¿Estoy preparado para salir corriendo? No. ¿Quiero hacerlo? Sí. ¿Parecería un chiflado? También.

Empezamos a comer con tranquilidad y hablando de cosas de la vida. Sus padres me preguntan acerca del instituto, lo que voy a estudiar cuando acabe y si tengo novia.

—No tengo novia. Me gustan los chicos —les contesto, orgulloso.

—¡Gay! —exclama el loro.

Toni se atraganta con un trozo de pollo y comienza a toser, a John se le caen los cubiertos al suelo y sus padres me miran entornando los ojos.

Me van a echar.

Toni continúa tosiendo y yo le acerco el vaso de agua. La madre hinca el cuchillo en su pechuga de pollo como si la quisiera partir en dos, y presiento que eso es lo que quiere hacer conmigo.

—Eso no puede ser —me dice clavando su mirada diabólica en la mía; después toma aire—. Si Dios ha creado al hombre y a la mujer es por algo. Las personas no pueden ir ahora en contra de la naturaleza.

No entiendo.

—Es algo normal —replico plantándole cara.

Luisa sonrío de manera irónica, negando con la cabeza.

—Es inmoral.

¿Inmoral? Por favor, que alguien me sujete, que si no, me voy a volver loco discutiendo con esta mujer.

John permanece a mi lado, con los ojos cerrados y debatiendo con su yo interior.

—Mamá —empieza a hablar, y abre los ojos para mirarla—. No pienso permitir que le hables de esa manera a Chris.

—Por favor, John. No me digas que vas a tolerar sus gustos. No te hemos educado para que te parezca bien *eso* —le contesta su madre, haciendo énfasis en la última palabra.

La Tercera Guerra Mundial va a estallar en cuestión de segundos. Lo sé por cómo John mira a su madre, con la mandíbula tensa y sus ojos azules llenos de rabia, mientras los nudillos de sus puños se tornan blancos. El padre le echa miradas a su mujer con intención de tranquilizarla, y Toni sigue comiendo pollo como si nada.

—¡Marica! —vuelve a gritar el loro.

—¡Ya basta, mamá! —exclama John, y da un golpe en la mesa con la palma de su mano—. ¡Estoy enamorado de él!

En cuanto suelta esas palabras, Toni escupe el agua que se estaba bebiendo y vuelve a toser, yo me quedo pasmado mirando a John, su padre dirige su mirada de su hijo mayor a su mujer, y esta última se lleva las manos a la cabeza, impresionada.

—No es cierto. Tú no eres así, hijo —logra decir ella, y desvía sus ojos hacia mí para mirarme con asco; después vuelve a mirar a John—. Estás confundido, pero a ti te gustan las chicas. Te deben gustar las chicas.

¿Alguien puede traerme unas palomitas si no es mucho pedir? Porque esto creo que va para largo.

—Tú no puedes obligarme a ser lo que no soy —le espeta John—. A mí me gustan los hombres, te parezca bien o no. Soy gay, mamá.

—¡Flipo! —interviene Puncy.

La mujer se masajea las sienes, asimilando las palabras de su hijo. A

continuación, su vista se posa en mí y me señala con el dedo.

—Tú —dice con la expresión llena de ira—. Tú le has pegado eso a mi hijo.

—¡Mamá! —la interrumpe John—. ¡Deja de decir esas cosas! ¡No es ninguna enfermedad!

—John, hazle caso a tu madre —interviene su padre.

Yo no me atrevo a pronunciar ni una palabra. No sé qué decir. Al final, John me ha traído hasta aquí para confesar lo que es, delante de sus padres y de mí, aunque eso le vaya a costar caro.

—No os entiendo —comenta John—. Se supone que un buen cristiano no debe juzgar a las personas, sean de la orientación sexual que sean. Dios nos enseñó a respetar al prójimo.

—No blasfemes, John —le responde su madre.

—A todo esto... —los interrumpe Toni, que ha estado observando la escena tan tranquilo—. Le he pinchado la rueda del coche al profesor de mates y me han expulsado una semana.

Intento no reírme. Seguro que ha estado esperando este momento para soltar esa noticia. Su madre lo mira durante un segundo para después volver a posar su mirada en John. Parece que los gustos sexuales de su hijo mayor son más importantes que la rebeldía de Toni.

—Vas a quitarte esas cosas de la cabeza —le advierte su madre apuntándolo con el dedo—. No voy a consentir que mi hijo cometa esa clase de pecados.

Madre mía, ¿pero esta mujer de qué siglo se ha escapado? Yo respeto que sea tan cristiana, pero ella también tiene que respetar a los que no comparten su opinión.

—No voy a hacerte caso —le dice John, y se levanta—. Tendrás que aceptarme, quieras o no. —Ladea su cabeza hacia mí—. Chris, vámonos.

Una vez que nos largamos de la casa, John llama al ascensor y nos quedamos en silencio.

Que tus propios padres no te acepten, tiene que ser una faena enorme.

—Lo has hecho muy bien —le digo.

—¿Y si no? —inquire con amargura—. ¿Y si ahora me odian o me echan de casa por no ser lo que ellos quieren?

—Entonces irían al infierno —le contesto quitándole seriedad al asunto—. Anda, ven aquí. —Lo estrecho entre mis brazos y él apoya su cabeza en el hueco de mi cuello.

—Menos mal que te tengo a ti.

—Todavía no —le recuerdo, y John me mira, confundido—. ¿Qué pasa con Mónica?

Sus labios dibujan una bonita sonrisa.

—La dejé ayer. Se puso hecha una loca, pero no podía seguir con esta farsa —me explica—. Me amenazó con contárselo a mis padres si la dejaba, pero he conseguido adelantarme yo. Es mejor que se enteren por mí y no por ella.

—Qué valiente.

Y nos perdemos con nuestros besos.

* * *

—¿Quién os creéis que soy? ¿La hermanita de la caridad? —cuestiona Álvaro al abrirnos la puerta de su casa.

—Es una noche solamente, tío —le digo—. Además, no te quejes, que eres el que necesita más ayuda de todos. —Señalo con la cabeza su pie y él bufa.

—Joder con Pili y Mili —protesta—. Entrad, panda de empalagosos.

Hemos venido aquí porque John no puede ir a su casa a dormir. Su padre le ha mandado un mensaje diciéndole que será mejor que no aparezca por allí; al parecer, su madre está muy, pero que muy cabreada. Y yo, bueno, me quedaré aquí para hacerle compañía hasta mañana y ayudar un poco al gruñón de Álvaro.

Caminamos hasta el salón, que está todo patas arriba, y Álvaro se acomoda con torpeza en un sofá, maldiciendo su vida. En el fondo es imbécil: yo no sé para qué conduce la moto drogado... Y para colmo, le pegó una paliza al pobre Diego.

—Ya podéis estar preparándome la cena. No os vais a quedar aquí de gratis —suelta Álvaro.

No tiene cara ni nada.

—Yo la hago —se ofrece John—. Se me da bien cocinar.

Encima mi novio es buen partido.

—Pues venga, cocinero —le digo dándole una palmada en el hombro—. Nosotros te esperamos aquí.

John desaparece y yo me siento junto a Álvaro, que tiene la pierna estirada hacia la mesita con un cojín debajo.

—¿Por qué esa hostilidad hacia nosotros? —le pregunto.

—Porque se os ve jodidamente felices.

—¿Y tú no? ¿Qué pasó al final con Ari? —inquiero como el buen cotilla que soy.

Después de dejarlos solos hace unos días, imagino que habrán hablado de todo. O hecho de todo. Ari no me ha querido contar nada; ha estado de mal humor estos días, así que creo que algo habrá pasado entre ellos, y yo me muero de ganas por saberlo. A ver si le sonsaco algo a este.

—Tu querida amiga —empieza a hablar Álvaro con resentimiento— me echó un puto polvo, se piró a hurtadillas de mi casa y no se ha dignado a aparecer. Eso fue lo que pasó. Fin de la historia.

Guau. Jamás pensé que Ari la pifiara de esa manera.

—Imagino que habrá algún motivo.

—Sí, que se arrepintió de que se la metiera y ahora estará en los brazos de su amiguito, mientras yo estoy rayándome y con un dolor en el pie para flipar.

—No creo que haya sido por eso, tío.

—Sinceramente, no entiendo a las mujeres —me dice—. Y mucho menos a Ari.

—Ya veras que se soluciona. Además, vosotros estáis destinados a estar juntos para darme unos sobrinitos preciosos.

Álvaro sonríe por primera vez en todo el día.

—Supongo.

Un rato después, John regresa con la cena y la coloca sobre la mesa. Ha hecho tortilla de patatas y yo no tenía ni idea de sus dotes culinarias. Después, trae un puñado de latas de cerveza, y Álvaro y yo miramos la tortilla, babeando.

—¿Tenemos que bendecir la mesa o algo? —pregunto.

—¿Eh? —interviene Álvaro.

—No importa, Chris —me responde John sonriendo.

Nos ponemos a cenar mientras vemos un partido de fútbol, en el que juegan el Madrid y el Barça. Álvaro anima a su querido Madrid, evidentemente, y John al Barça, cosa que me sorprende, porque no sabía que fuera de ese equipo. Yo, en cambio, no animo a ninguno porque no me gusta el fútbol, pero me lo paso bien con estos dos echándose pullas el uno al otro.

Para cuando termina el partido, que lo ha ganado el Madrid, ayudamos a Álvaro a subir las escaleras hasta su habitación mientras se queja por cada

paso que da.

—Vosotros. —Nos señala con una de las muletas—. No hagáis mucho escándalo, que me levanto y os doy un muletazo en los huevos a cada uno.

John y yo nos reímos.

—Nos portaremos bien —digo con cara de niño bueno, y John y yo nos metemos en una de las habitaciones que quedan libres.

—Ven conmigo —me pide mi novio, que ha sido el primero en tumbarse en la cama; después todo se convierte en besos y caricias, susurros de cuánto nos queremos, mientras el tiempo se detiene.

* * *

—Abre la boca. —John me acerca su churro lleno de chocolate para que le dé un mordisco.

—Mmm. —Mastico, saboreándolo.

—Te has manchado. —Acerca su rostro al mío y pasea su lengua por mi labio inferior.

Estamos desayunando en la cocina de la casa de Álvaro a solas, porque el otro sigue durmiendo tan a gusto. John ha ido a comprar churros cuando yo me estaba duchando, y luego ha preparado chocolate caliente. Le hemos dejado a Álvaro un poco, como los buenos amigos que somos.

De pronto, se oye el sonido de la puerta de la calle y, segundos después, aparece Tania en la cocina.

—¿Cómo has entrado? —quiero saber.

Ella coge un churro y le da un mordisco.

—Con una copia de las llaves —responde con la boca llena y enseñando su llavero—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Nos hemos quedado a hacerle compañía a Álvaro —contesta John.

—Guay.

Se oye el timbre, Tania deja el churro en la mesa y se marcha de la cocina para abrir.

Cuántas visitas ha recibido Álvaro en menos de veinticuatro horas. Me alegro de que tenga gente que se preocupe por él.

—Hola, chicos —nos saluda la madre de Álvaro cuando aparece junto a Tania—. ¿Dónde está mi hijo?

—Sigue durmiendo —contesto.

—¿A qué has venido, Virginia? —le pregunta Tania.

La mujer saca de su bolso una carta y suspira.

—Mi hijo ha recibido una carta.

Tania se la quita de las manos y la abre de manera descarada. Conforme la lee, la expresión que dibuja su rostro es de cabreo.

—Ese cabrón lo ha denunciado —explica con la mirada pegada en el papel.

—¿Diego? —inquiero.

Tania asiente, John y yo abrimos los ojos como platos y Virginia ahoga un grito.

Joder, no sabía que al final Diego fuera capaz de hacer algo así. Aunque Álvaro le haya pegado una paliza, no se merece esto.

—No le digáis nada a Álvaro —nos ordena Tania—. Voy a cantarle las cuarenta a ese niño de papá.

Capítulo 55

Diego

—¿Y cómo cogemos ahora los de arriba? —le pregunto a Ari.

—Te subo yo.

Me mira enarcando una ceja. Estamos ordenando mi estantería, porque tenía la impresión de que estaba muy desordenada, y Ari se ha ofrecido a ayudarme.

—No quiero romperte la espalda, Diego.

—Buah, venga.

Niega con la cabeza y después coge la silla de mi escritorio para ponerla delante de la estantería. Se sube en ella y me va pasando los libros que hay en la fila más alta; yo los voy colocando en el suelo conforme me los va dando.

—Ya está —anuncia—. ¿Me ayudas a bajar?

—Por supuesto. —La cojo en brazos, ella se sujeta a mi cuello y la dejo en el suelo.

—¿Ahora cómo vas a ordenar todo esto? —inquiere paseando su vista por el desastre de habitación, con todos los libros por medio, y se sienta en mi cama.

—La pregunta es: ¿cómo vamos a ordenar todo esto?

—Ah, no. Yo te he dicho que te ayudaba a quitar los libros. Ponerlos ya te toca a ti solito —contesta esbozando una sonrisa—. Yo te animo desde aquí.

—¿Ah, sí? Pues te vas a enterar. —Me acerco a ella con rapidez y le empiezo a hacer cosquillas en la barriga.

—¡No! —grita riéndose y pataleando. Se tumba en la cama y me suplica que pare con las manos tapando su cara.

—Tú lo has querido.

—Por favor —me pide carcajeándose.

Mis manos paran de hacerle cosquillas y me tumbo a su lado, mirándola. Quita sus manos de su cara y, cuando se da cuenta de que no tengo intención de torturarla más, se relaja.

—Un día vas a matarme —me dice.

—Nunca haría eso.

Ari sonríe con la mirada fija en el techo.

— Y si yo fuera un demonio y t  un cazador de sombras, tampoco? — pregunta, y ladea su cabeza hacia mí.

—Tampoco.

Mi amiga me acaricia el labio inferior, justamente en una de las heridas que creó el tarambana cuando se le fue la cabeza.

— Te duelen mucho?

—No tanto.

Sonreímos y yo me acerco poco a poco a sus labios, pero antes de que se junten, alguien irrumpe en mi habitación, y Ari y yo nos incorporamos.

Es Tania.

— Qu  haces t  aquí? —exijo saber.

— Se puede saber por qué co no has denunciado a  lvaro? —me espeta agitando la carta por los aires.

Ari me mira, sorprendida y esperando una explicación; yo me levanto de la cama.

—Se lo merece —respondo mirando a Tania, y luego poso mi vista en Ari—. Me tiene harto ya con tantas gilipolleces. Ese t o est  loco. No es normal lo que me hizo en mitad de la calle.

—Mira —interviene Tania; sus ojos desprenden ira—. Como no le quites la puta denuncia, juro que te voy a hacer la vida imposible, pijo de mierda.

Me parece increíble el cambio de personalidad que ha dado esta chica. Ha pasado de querer ser mi amiga a odiarme completamente, y todo por el inútil del tarambana.

Ari se levanta de mi cama.

—Diego,  por qué le has hecho eso? —me pregunta bastante seria, con los brazos en jarras.

—Y t . —Tania apunta a Ari con su dedo—. Te parecer  bonito haberte follado a  lvaro y dejarlo tirado con el corazón hecho mierda para irte con este idiota. —Me señala a mí con la cabeza.

Ari baja su mirada, avergonzada, y yo me quedo pasmado.

 C mo ha podido haberse acostado con él después de todo lo que le ha hecho a ella y de lo que me hizo a mí? No me lo explico.

—Yo... Lo siento —se disculpa Ari.

—Si no es a nosotros a quien nos tienes que pedir perdón. Es a  lvaro —le contesta Tania; a continuación, sus ojos se posan en mí—. Y t  estás jodido.

—No —respondo—. He hecho lo que tenía que hacer.

—¡No puedes hacerle eso! —estalla Ari—. Tienes que quitársela ya, Diego. Por favor...

—No, Ari. Lo siento.

—Pues entonces no vuelvas a dirigirme la palabra nunca más —sentencia mirándome con desprecio y como si yo fuera la peor persona del mundo.

No comprendo cómo, en el fondo, soy yo el malo de la película.

—Álvaro te engañó —le recuerdo—. No tienes por qué defenderlo.

—¡Otra vez con la misma mierda! —chilla Tania alzando las manos por los aires. Acto seguido, sale de mi habitación para, segundos después, aparecer con la plancha de ropa y enchufarla—. Os voy a enseñar lo que pasó con Dumbo.

—Sí, claro, con una plancha —comenta Ari fingiendo una sonrisa.

—Diego, ven aquí —me dice Tania sujetando la plancha.

—No pienso dejar que me quemes el cuello.

—No te necesito para eso; es para que me hagas tú la marca, pero no importa, ya puedo hacerlo yo solita. —Se pega la plancha en el cuello durante varios segundos, suelta un quejido y la aparta, quedando al descubierto una marca rojiza, parecida a un chupetón—. Esto es un chupetón de plancha —nos indica, y luego se aparta el pelo del otro lado del cuello, donde tiene otra marca—. Y esto es un chupetón de humano.

—Sois los dos unos subnormales —salta Ari, y se larga de mi habitación, cerrando de un portazo.

—Pues parece que te has quedado solo —me dice Tania—. Hasta Ari se ha puesto del lado de su ex, dejando a su amigo tirado. Tú verás lo que haces. —Me dedica una sonrisa falsa, suelta la plancha sobre el escritorio y abandona mi cuarto.

Le pego una patada a una de las montañas de libros que hay en el suelo.

Álvaro siempre quiere salir ganando, siempre necesita estar por encima de mí, siempre los demás se ponen de su parte, siempre ella estará a su lado...

Y a mí que me den.

* * *

Suena la campana del recreo y salen todos disparados de la clase. Chris, Sandra, John y Ari se marchan antes que yo, sin esperarme siquiera. Llevo las tres horas sentado solo, marginado y sin que me hablen. ¿Qué estamos, en

parvulitos? ¡Que somos ya casi unos adultos, por Dios! Y para colmo, en clase de Lengua, Ari se ha inventado que le dolía la cabeza para no ensayar conmigo. Estoy seguro de que le cambiaré el papel a alguien con tal de no acercarse a mí.

—¿No te hablan? —me pregunta mi madre antes de que salga de la clase.

—Pues no.

—Deberías hacerles caso —me aconseja. Hasta mi propia madre se pone de parte del tarambana. Esto ya es para reírse. El único que está de mi lado es mi padre—. Ese chico lo está pasando mal, cariño; tienes que perdonarlo. Sé que lo que te hizo no estuvo nada bien, pero la solución no era denunciarlo.

—Ya, mamá. Gracias por ponerte de mi parte. Yo también te quiero —contesto con desdén, y me marcho de la clase.

¿Y ahora con quién me voy yo en el recreo? Si ninguno de mis amigos se digna a hablarme y me tratan como si fuera un apestado...

Por un momento, quisiera estar en Barcelona y que nunca me haya mudado a esta ciudad.

Al final, decido irme a la biblioteca del instituto a pasar la media hora de recreo, leyendo *El sermón de fuego* hasta que toque la campana.

—Diego —escucho la voz de Ari al cabo de diez minutos. Alzo la vista del libro y me encuentro con sus ojos verdes—. Sabía que iba a encontrarte aquí.

—¿A qué has venido? ¿A intentar convencerme para quitarle la denuncia a tu amiguito? Pues déjame decirte que vas a perder el tiempo —le espeto en un susurro, y ella se sienta en la silla que hay a mi lado.

—Por favor, Diego... No vayas a hacer que me enfade contigo.

Suspiro.

—Enfádate. No pienso cambiar de opinión.

La profesora que hay vigilando la biblioteca nos manda a callar.

—¿Salimos? —sugiere Ari.

—Está bien. —Recojo mis cosas y nos marchamos de la biblioteca.

De bueno, soy tonto.

—¿Cómo puedo convencerte? —inquire mi amiga cuando llegamos a la parte de atrás del instituto.

—No vas a poder convencerme.

—¿Y si te regalo mis libros?

—No —respondo de mala gana.

—¿A Moon? Sabes que ella te adora.

—No. —No puedo evitar sonreír.

—¿Entonces, qué? Tiene que haber alguna forma.

—Sabes que no voy a ceder. Es mi decisión, Ari. Respétala.

—Diego, sabes que Álvaro es muy importante para mí. No puedes hacerle esto. Además, saldrías perdiendo porque su padre es juez, ¿recuerdas?

Y dale con lo de que su padre es juez. Por mí como si es hijo del Papa.

—He dicho que me da igual.

Ari respira profundamente, lo que me da a entender que se está aguantando la rabia.

—Diego —pronuncia mi nombre en tono de advertencia. Está a punto de estallarme en la cara—. ¿Qué pasaría si fuera Álvaro el que te hubiera denunciado a ti?

—Es que yo no le habría pegado para que me denunciase —me defiendo.

—Ponte en la situación.

—Me daría igual —contesto encogiéndome de hombros.

—No me lo creo. —Me mira haciendo pucheritos—. Porfi, porfi, porfi. —Hunde su dedo en mi hoyuelo de la barbilla y yo sonrío, negando con la cabeza—. Pues entonces te robaré tu novela, la registraré con derechos de autor a mi nombre y diré que me has plagiado.

Me echo a reír.

—No está terminada para que hagas eso.

—La termino yo a mi manera. Ainara comerá perdices con Alejandro, y a Darío lo mataré.

—Pues menuda mierda de final —admito.

—Todas tus lectoras quieren que Ainara acabe con Alejandro. Leo los comentarios, que lo sepas.

—¡Pero si Alejandro es un estúpido creído! —exclamo haciendo aspavientos con los brazos.

—Y Darío es un cobarde por no decirle todo lo que siente a Ainara.

¿Eso ha ido con doble sentido? No, seguro que no. Sólo estamos hablando de mi novela. De lo otro, no. Además, ella sigue queriendo al tarambana por mucho que conozca mis sentimientos.

—¿Y si se lo dijera, qué crees que respondería ella? —pregunto, curioso.

—Que sí. Es evidente. —Se calla y se queda un momento pensando—. Oye, estamos hablando de tu novela, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Pues eso —me contesta, y toca el timbre que da por finalizado el recreo

—. Y piénsate lo de Álvaro, porfa, que os quiero mucho a los dos como para tener que ponerme del lado de uno.

—Lo pensaré.

No me lo voy a pensar porque ya está decidido.

* * *

Camino por la calle, en dirección a mi casa y con los ojos pegados al móvil, leyendo los comentarios que me están dejando mis lectores en el capítulo que acabo de subir a Wattpad, ya que la inspiración me ha visitado hoy. Estoy congelado; sólo llevo una sudadera y me muero de ganas por llegar a mi casa y encender la estufa. Cómo se nota que ya casi estamos en invierno...

De repente, alguien me tapa la boca con la mano por detrás de mí y me pega fuerte contra sí. Permanezco quieto, pero el corazón me empieza a latir con fuerza, amenazando con salirse de mi pecho. Las advertencias de Tania vienen a mi mente y, por un momento, creo que es cosa de ella y de su amiguito.

—Al final te he encontrado —me dice al oído esa voz tan desagradable que sólo he escuchado una vez: la del mismo tío que me encontré en Barcelona hace unos meses.

Comienzo a sudar, a ponerme nervioso y a respirar de manera agitada. No consigo ver a ninguna persona por la calle, lo cual hace que tenga más miedo de este tío. La última vez que me pilló, por lo menos era de día, pero ahora son casi las diez de la noche.

—Dime dónde coño está tu madre —me ordena, y siento algo frío apoyarse en mi cuello; imagino que será su amada navaja.

¿Pero qué se supone que quiere este tipo de mi madre?

Oigo un golpe seco y el tipo me suelta. Me doy la vuelta con el corazón a mil y me encuentro a Álvaro con una de sus muletas suspendida en el aire y cagándose en todo, y el tío tirado bocabajo en el suelo, creo que inconsciente. Tania y Sandra se acercan, alarmadas.

—¡Joder, me cago en mi vida! —exclama Álvaro por el dolor de su tobillo, y Sandra lo sujeta para que no se caiga.

—¡Es que eres idiota, primo!

—¿Me he cargado al tío? —quiere saber él.

Yo sigo contemplando la escena, alucinado.

—¿Cómo te lo vas a cargar? —Tania se agacha y le toma el pulso al

hombre—. Está vivo. Por ahora no vas a ir a la cárcel —dice, y luego me mira—. ¿Quién es este tío?

—No tengo ni idea —respondo aún impresionado.

—¡Que se está despertando! —grita Sandra señalando al tipo, que se mueve con torpeza tirado en el suelo.

—¡A mi coche! —chilla Tania, y me agarra del brazo, llevándome hasta su coche a rastras. Me empuja hacia el asiento del copiloto y ella se mete en el del conductor; después arranca, pero yo la interrumpo.

—¿No esperamos a Sandra y al otro?

La pobre Sandra está ayudando al tarambana a llegar hasta aquí.

—¡Hostias, mira que son lentos! —Tania toca el claxon repetidas veces y yo doy un respingo—. ¡Venga, que se está levantado el gilipollas ese!

Esto parece una película mala de suspense: los adolescentes huyendo del asesino.

Al cabo de unos segundos, Sandra y Álvaro llegan al coche y se colocan en el asiento de atrás; el tío corre hacia donde estamos, pero Tania es más rápida y sale a la carretera.

—¡Gilipollas! —le grita ella conduciendo con una mano, mientras que con la otra le saca el dedo corazón.

Cuando estamos lo bastante lejos de él, respiramos con normalidad. Echo un vistazo hacia el asiento de atrás y observo a Álvaro con la pierna estirada, su pie descansando en los muslos de Sandra y quejándose de lo que le duele.

—Eso te pasa por retrasado —le espeta Tania mirándolo por el retrovisor.

—Cállate.

—Oye, pijo —me llama ella—. ¿Quién coño era ese idiota?

—No lo sé. Es la segunda vez que me lo encuentro y no sé lo que quiere de mí.

—Por lo menos no soy yo el único que te odia —comenta el tarambana.

Buah, ahora me doy cuenta de que me ha salvado del hombre ese. Seguro que lo han contratado o algo para hacer el paripé de asustarme y que apareciera el tarambana haciendo de héroe frente a mí para que le quitara la denuncia.

—Ten cuidado —me sugiere Tania, y descubro una pizca de preocupación en su rostro—. Tenía muy mala pinta.

—Me cago en el puto tobillo ya, joder —se queja el tarambana desde atrás.

—¿A dónde vais? —les pregunto.

—A mi casa —me responde Tania—. He adoptado a Álvaro para tenerlo controlado y que haga reposo en condiciones.

—Me has secuestrado, que no es lo mismo —replica el otro.

Llegamos al barrio de Tania y aparca en el primer hueco que ve libre. Nos apeamos del coche, y Sandra y Álvaro nos adelantan mientras que la pelirroja saca la mochila de su amigo del maletero.

—No le digas nada de la denuncia —me dice colgándose la mochila al hombro—. Deberías pensártelo. Te ha salvado de una buena.

—No pienso quitarla.

Una vez que entramos en la casa de Tania, Sandra ayuda al tarambana a acomodarse en el sofá, y yo pienso que no sé lo que pinto aquí.

—Yo me voy —les digo.

—Espera, Diego, yo también me voy —interviene Sandra—. Víctor va a venir a recogerme. Si quieres, le pido que te lleve a casa, así no te tienes que ir solo por si está ese tío merodeando por ahí.

—No hace falta. No creo que me pase nada.

—Joder, almorrana. No nos vayas a dar un disgusto ahora —comenta el tarambana, que se acaba de encender un cigarro.

—¡De eso nada! —Tania le quita el pitillo de las manos y lo apaga en el cenicero—. ¡Nada de fumar hasta que estés bien!

Álvaro suelta un bufido.

—¿Nos vamos, Diego? —me pregunta Sandra.

—Vale.

Nos despedimos de los dos y bajamos a la calle. Cuando Víctor aparca en doble fila, cerca del portal, vamos hacia él.

—¿Quién es este? —exige saber, receloso y señalándome a mí con la cabeza.

—Diego —le contesta Sandra—. ¿Lo puedes llevar a su casa?

Víctor me mira con los ojos entornados.

—¿El que está pillado por la ex-botijo?

—Sí, ese.

Vaya, parece que los cotilleos vuelan.

—Entonces puede subir.

Sandra se sienta en el asiento del copiloto, y yo, atrás. Mientras nos dirigimos a mi casa, ellos hablan de quién ha empezado a salir con quien, quién se ha peleado con quien y tonterías sin importancia.

—Tú —me llama Víctor—. Ahora tienes vía libre para estar con la ex-

botijo.

—No la llares así —replico, y él se echa a reír.

—Ya decía yo que Álvaro y ella no iban a durar mucho —comenta el gilipollas—. Si es que no pegan ni con cola.

—Pues sí, la verdad —Sandra le da la razón, y yo me quedo a cuadros con su contestación. Qué falsa.

Al llegar a mi calle, Víctor aparca frente a mi puerta y vemos a Chris y a John bastante acaramelados en la calle.

—Qué fuerte lo de John —dice Víctor mirándolos con repugnancia—. Mira que volverse maricón... Menudo asco. Con lo colegas que éramos.

—Sí, qué fuerte —vuelve a contestar Sandra, y me mira encogiéndose de hombros; yo niego con la cabeza, inconforme.

—Gracias por traerme —le agradezco a Víctor, y salgo del coche.

Ellos se despiden de mí y se largan. Alzo mi vista hacia la ventana de la habitación de Ari, donde se encuentra sentada en su tejadillo, dibujando y con una manta echada por encima. Se da cuenta de que la estoy observando y me dedica una sonrisa.

—¿Vienes? —me pregunta alzando la voz.

—Vale.

Me cuelo en su jardín y coloco las escaleras de manera que pueda subir hasta el tejadillo. Cuando llego hasta arriba, me siento al lado de Ari.

—¿Qué dibujas?

Me enseña la hoja de su bloc de dibujo, ese que tanto le acompaña en las clases últimamente.

—¿Chris y John? —inquiero.

Salen abrazados, tal y como están ahora mismo en la puerta de la casa de Chris.

—No sabía qué dibujar.

—Pues te ha quedado bien. ¿Puedo ver los demás dibujos?

Duda un momento, pero finalmente me tiende el bloc y comienzo a verlo desde la primera página. Hay dibujos de su gata durmiendo, comiendo y lavándose; después paisajes, y me río a carcajadas cuando veo uno de Mónica, vestida de zorra y siendo atacada por un dinosaurio. Luego vienen los de Álvaro... Y me encuentro con uno en el que salen ellos dos tumbados y abrazados con la sábana por encima. Me doy cuenta de que Ari está quitándose las pielecitas de las uñas, nerviosa.

—Son bonitos —comento, y ella asiente.

Continúo viendo dibujos de Álvaro y ella, hasta que me encuentro con uno que me hace sonreír como si fuera tonto. Soy yo, escribiendo en el ordenador superconcentrado y con mis gafas puestas. Todavía conservo el que me hizo durmiendo, antes de que ingresara en la clínica. De hecho, lo tengo colgado en la pared de mi habitación.

—Me gusta —digo.

Ari sonrío y permanecemos mirándonos a los ojos hasta que alguien nos interrumpe, silbando desde la calle.

Ha sido el cotilla de Chris.

—¿Qué te pasa, Chris? —le pregunta Ari a voces. John se ha marchado ya.

—Nada. Sólo estaba saludándoos.

—¿Saludándonos? —inquiero con desdén.

—¿He interrumpido algo?

—Para nada —le contesta Ari.

—¿No? Entonces os dejo solos. Hasta mañana —se despide Chris, y se mete en su casa.

—Yo creo que también va siendo hora de irnos. Es tarde y mañana hay instituto —comenta Ari.

—Claro.

Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Te veo mañana —me dice, y ambos nos levantamos a la vez del tejadillo.

—Hasta mañana, Ari.

Entra en su habitación y yo bajo por las escaleras. Mientras cruzo hasta mi casa, una bola de papel me golpea en la cabeza.

—¡Léela! —grita Chris desde su ventana.

Agarro la bola y la desdoblo.

«Estás siendo demasiado obvio. Ah, y sigo enfadado por lo de Álvaro»

Levanto mi cabeza para mirar a Chris.

—Vete un poquito a la mierda —le espeto.

—Ve tú delante, no vaya a ser que me pierda —contesta en tono burlón.

Bufo, arrugo la bola de papel y se la lanzo, pero no le da.

—Cómo tengas esa mala puntería con todo... —comenta.

Le saco el dedo corazón y entro en mi casa.

Será cabrón.

Capítulo 56

Ari

En cuanto entro en mi habitación, muerta de frío, dejo mi bloc de dibujos en el escritorio y me meto en la cama con Moon. Enciendo el iPod y la primera canción que sale es *Let me love you*, de Justin Bieber. Mientras suena, miro el WhatsApp. Pincho en la conversación con Álvaro y, para mi sorpresa, me lo encuentro escribiendo.

Escribiendo...

En línea.

Escribiendo...

¿Qué estará escribiendo tanto? Aguardo un momento, pero no me llega ningún mensaje.

Escribiendo...

En línea.

Escribiendo...

Última vez hoy a las 23:57

Se ha arrepentido, sea lo que sea lo que estaba intentando decirme. Llevo sin hablar con él desde que me fui de su casa a hurtadillas después de habernos acostado, y de verdad que no sé por qué lo hice. Lo de escaparme, digo. Lo otro no. Bueno, o un poco sí. Pero es que después de todo lo que pasó en el accidente, me asusté tanto que creía que lo iba a perder. Al fin y al cabo, sigo queriéndolo y no puedo evitarlo. No me arrepiento de lo que hice con él, pero me acojoné. Todo se avivó en mi interior, como siempre que

hemos estado juntos.

Y no quiero. Necesito un tiempo para pensar y aclararme las ideas.

La vibración de mi móvil me saca de mis pensamientos y, por un momento, pienso que por fin Álvaro se ha decidido a hablarme, aunque la que tendría que romper el hielo sería yo, que lo dejé tirado. Pero mi ilusión se desvanece al leer el nombre de Diego.

DIEGO: «Buenas noches, Ari»

Le contesto de inmediato.

YO: «Buenas noches a ti también»

Suspiro y tiro el móvil a la cama. Me concentro en la letra de la canción que está sonando ahora: *Te espero aquí*, de Pablo López.

Vale, el iPod se ríe de mí. Me hace escuchar al cantante favorito de Álvaro. Y encima esa canción... Me obligo a apagarlo y lo escondo bajo la almohada, castigado. Moon me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Cuando conozcas a un gato idiota, entonces me entenderás —le digo, y ella me contesta maullando.

Me vuelve a vibrar el móvil.

Ostras.

No puede ser.

Tierra, trágame.

Ahora.

DON CHULITO: «Eh... ¿Buenas noches?»

Sí, soy tan tonta, que el mensaje de antes se lo he enviado a él en vez de a Diego. No sé ni para qué tengo cerebro. No me sirve de nada. No me quedan neuronas vivas.

¿Qué hago? ¿Le respondo? Está en línea.

Bueno, venga.

YO: «¿No te puedo dar las buenas noches o qué?»

Me doy tortazos mentales. Idiota, idiota, idiota.

DON CHULITO: «Jajajaja... Es que después de cómo te fuiste el otro día... Me parece raro»

No sé qué contestar a eso. No tengo argumentos que me saquen del apuro.

YO: «Lo siento»

DON CHULITO: «No importa. Te comprendo :)»

YO: «Bueno... ¿Qué tal tu pie?»

DON CHULITO: «Dándome por culo»

Me río.

YO: «Ya verás que se cura pronto»

DON CHULITO: «Ari»

Uy, mi nombre ahí escrito de repente me da miedo.

Escribiendo...

En línea.

Escribiendo...

DON CHULITO: «¿Te apetece que nos veamos mañana por la tarde? Estoy quedándome en casa de Tania... Si te parece bien, puedes venir. Estaré solo»

Leo el mensaje diez veces y miro a mi gata.

—Moon, ¿qué le digo?

Ella gruñe, lo que me aconseja que le diga que no, pero no le pienso hacer caso.

YO: «Vale, iré»

DON CHULITO: «Genial»

Y nos quedamos hablando de tonterías hasta las dos de la mañana, ya que me dice que Tania lo está regañando porque no puede dormir por la luz del móvil y las risas de él.

Sí, están durmiendo juntos y me siento un pelín celosa. No hay más camas en esa casa; sólo la de ella y la de su abuela, y no me imagino a Álvaro durmiendo con una señora mayor, aunque lo preferiría.

* * *

—Ari, ¿quedamos esta tarde para ensayar? —me pregunta Diego cuando salimos del instituto. Chris y John se encuentran más atrás haciendo el tonto.

—No puedo —le respondo—. He quedado con Álvaro.

Diego enarca una ceja, sorprendido.

—Con Álvaro —repite, asqueado—. Sabes que dentro de un par de semanas tenemos la obra, ¿verdad?

—Lo sé, pero por un día no pasa nada. Además, puedes pedirle a Chris que ensaye contigo —le sugiero, y él se detiene en mitad de la calle con los brazos en jarras—. ¿Qué? —pregunto.

—Nada, Ari. Nada. —Y echa a andar, dejándome en mitad de la acera.

—¿Qué le pasa ahora a Diego? —quiere saber Chris al llegar a donde estoy; John está a su lado.

—Creo que se ha enfadado conmigo.

—¿Y eso? —interviene John.

—No entiendo a los tíos —contesto.

En cuanto llego a casa, dejo la mochila en mi habitación y bajo a la cocina. Por el olor que inunda todo, imagino que habrá lentejas para comer. Las odio... Y encima hechas por Alfonso. Si las de mi madre no me gustan, las de Alfonso son para vomitar en el plato.

—Ariadna, ni se te ocurra dejar nada —me ordena la sargento cuando me sirvo.

Qué asco. Tienen espinacas. ¿Quién le echa espinacas a las lentejas?

Me siento a la mesa y las remuevo, esperando que así desaparezcan, pero no lo hacen y mi madre vuelve a reñirme, como si tuviera cinco años.

Cuando me como menos de la mitad, me levanto, no sin las amenazas de mi madre diciéndome que me las va a guardar para la cena, tiro las sobras a la basura antes de que le entre el exorcismo y coloco el plato en el fregadero.

—Me voy, que he quedado —digo.

—¿Con quién? —inquiére mi madre.

—Pues... ¿Con quién va a ser? —contesto con desdén, y salgo de la cocina antes de que me ordene a decirle nombres.

Voy al baño, me lavo los dientes para que desaparezca el sabor desagradable de las lentejas y me marcho de casa.

El piso de Tania se encuentra a unos treinta minutos, así que enciendo el iPod y camino a paso ligero, escuchando *Rise*, de Katty Perry, mientras pienso en los posibles temas de conversación para hablar con Álvaro. Cuando llego, subo por las escaleras del edificio, me paro frente a la puerta, tomo aire y pulso el timbre. Álvaro me abre con torpeza tras un par de minutos.

—Hey —me saluda sonriendo—. Perdona por tardar en abrir, es que con esta mierda es un coñazo.

—Tranquilo.

Nos encaminamos hacia el salón a paso de tortuga, con el sonido de las muletas de fondo, y nos sentamos en el sofá; Álvaro, con la pierna estirada hacia la mesita, y yo a su lado, un poco incómoda.

—Bueno... —empiezo a hablar—. ¿Dónde está Tania?

—Ha ido con su abuela de compras. Eso va para rato —responde esbozando una sonrisa—. ¿Qué te apetece hacer?

¿Eh? ¿Eso va con segundas?

—Me da igual.

—¿Vemos alguna peli? Tania ha hecho palomitas por si nos apetecía... Están en la cocina.

—Vale. —Sonrío y me levanto del sofá—. Voy a por ellas.

Con el hambre que tengo después de casi no haber comido lentejas, se lo agradezco. Voy a la cocina y cojo el cubo con las palomitas, pero me doy cuenta de que hay algo enterrado en ellas, porque sobresale una especie de plástico por la superficie. Lo saco y me río.

—¿Se puede saber qué hacía un condón escondido en las palomitas? —inquiéro al regresar al salón y con el preservativo en la mano.

Álvaro se echa a reír.

—Cosas de Tania. No te extrañe que haya más.

Niego con la cabeza y tiro el condón en la mesa.

—¿Qué pelis hay? —Me acerco al mueble, donde hay una colección de películas, y miro cada una con detalle hasta que me decido—. ¿*Titanic*? —pregunto enseñándole la carátula del DVD.

—Muy empalagosa —comenta desde el sofá—. Pero ponla.

—Dura tres horas. ¿Estás seguro?

—Sí, venga. —Se frota las manos.

Sonrío y meto el disco en el reproductor de DVD; después cojo el mando a distancia y me acomodo en el sofá junto a Álvaro, con las palomitas en medio.

—Siempre lloro con esta peli —confieso antes de que empiece.

Álvaro me dedica una sonrisa y me tira del moflete.

—Dejaré que te desahogues en mi hombro cuando acabe.

Tres horas después, me encuentro llorando a moco tendido abrazada a Álvaro e insultando a los guionistas porque tuvieron que dejar morir a Jack. Nos hemos comido el cubo entero de palomitas mientras nos íbamos encontrando con más condones escondidos.

—Ya está, Ari —me consuela Álvaro acariciándome la cabeza. Él también ha derramado alguna que otra lágrima, lo que pasa es que ha estado negándolo, diciendo que se le ha metido algo en el ojo.

—Joder, es que yo no lo hubiera dejado morir.

—Bueno, las pelis son así de trágicas.

—Si hubiéramos sido nosotros, yo te habría dejado un hueco a mi lado —comento sorbiendo por la nariz—. Es que Rose es tonta.

Álvaro me aprieta más fuerte contra sí y, por un momento, quiero que se pare el tiempo.

—Yo hubiera hecho lo que hizo Jack —dice.

—Yo me lanzaría al agua a salvarte, aunque no supiera nadar, y después me enfadaría contigo por querer irte y dejarme sola. Pero te perdonaría.

Álvaro se ríe y yo escondo mi cabeza en el hueco de su cuello, embriagándome con su olor.

—Te quiero —musita.

Mierda.

No, mierda no.

O no lo sé.

Sigo escondida en su cuello durante unos minutos, abrazándolo, mientras en mi interior se forma una lucha entre la Ari Idiota y la Ari Racional. Y entre una de esas batallas internas, no sé cómo, pero me entra sueño y me

quedo frita en los brazos de Álvaro.

* * *

Me despierta el ruido de las muletas de Álvaro. Abro los ojos y lo descubro acercándose al sofá donde estoy tumbada. No sé cuánto tiempo llevo durmiendo, porque tengo hasta una manta echada por encima, pero me he quedado como nueva. Lo malo va a ser que esta noche tendré insomnio.

—Lo siento... ¿Te he despertado? —pregunta Álvaro cuando se da cuenta de que estoy despierta; yo niego con la cabeza y me incorporo para que pueda sentarse a mi lado—. Es que estaba meándome a chorros y no podía aguantarme más. Me daba cosa levantarme del sofá y que te despertaras.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—Qué tarde —murmuro dando un bostezo.

—Tienes una cara de dormida para flipar.

Me tapo más con la manta, como si fuera una oruga, lo que hace que sólo se me vea la cabeza. Álvaro me sonríe y yo no puedo aguantarme las ganas de hablar sobre lo que pasó el otro día.

—Álvaro... —empiezo, y él me mira con atención; después desvío mi mirada hacia el suelo—. Lo del otro día... Yo...

—Ari, de verdad que no te preocupes por eso —me corta. Coloca su mano en mi barbilla y hace que lo mire—. No pasa nada.

—Pero, yo...

Álvaro me vuelve a interrumpir uniendo sus labios con los míos.

«Ari, reacciona».

Oh, mierda. ¿Por qué se me disparan los sentimientos cada vez que me besa? Álvaro es como un huracán que arrasa con todo lo que se le acerca. Sin embargo, no me aparto de él y seguimos besándonos hasta perder la noción del tiempo. Pero como siempre ocurre en momentos como este, algo nos interrumpe, o mejor dicho, alguien.

Él gruñe contra mis labios, pero continúa con su lengua enredada en la mía y con sus manos sujetando mi rostro con delicadeza. El sonido del WhatsApp suena como unas diez veces, y al final nos detenemos. Álvaro suelta un taco y coge su móvil. Yo sigo aturdida, con el hormigueo en los labios y todo mi cuerpo encendido.

Y el de Álvaro también. Y encima lleva chándal.

—Es Tania —me informa con la vista fija en el teléfono—. Dice que nos vayamos vistiendo porque está de camino.

Suelto una carcajada.

—Está chalada.

Álvaro deja el móvil sobre la mesa y suspira, apoyando la espalda en el sofá.

—¿Qué te pasa? —quiero saber.

—Nada, Ari. No me pasa nada.

Tras unos minutos de silencio, se oye la puerta de la entrada y Tania no tarda en aparecer, tapándose los ojos con una mano, mientras que con la otra sujeta bolsas.

—No miro, vosotros seguid con lo vuestro. —Se choca con una silla y suelta un quejido—. Mierda.

—Uff, Ari —gime Álvaro, y yo lo miro abriendo mucho los ojos—. Sigue, sigue... Oh, Dios, más rápido. Estoy a punto.

Tania libera sus ojos y le tira una bolsa a la cabeza. Yo le pego a Álvaro un tortazo en la tripa.

—Qué mal finges, tío —le espeta ella—. ¿Así te pones cuando te la chupa? A mí se me cortaría todo el rollo y te dejaría a medias.

—¡Oye! —exclamo.

—¡Ya saltó la puritana! —Tania mueve los brazos de una manera exagerada—. ¡Pero si habéis hecho de todo ya! ¿De qué te asustas? —me pregunta, y posa su mirada en Álvaro—. ¿O no?

Él se encoge de hombros.

—¡Ya! ¡Silencio! —chillo.

La abuela de Tania entra en el salón, también cargada de bolsas. Siempre me ha sorprendido esta mujer; se comporta como una auténtica adolescente. Hoy lleva unos pantalones rotos por la parte de las rodillas y una chaqueta de cuero negra.

—¿Qué pasa, colegas? —nos saluda, y bebe un trago de la lata de cerveza que trae en la mano; Tania pone los ojos en blanco.

—Bueno, yo me voy a casa ya —les digo.

—¿Quieres que te acerque? —se ofrece Tania.

—Sí, venga. Dejados un poco de intimidad al bombón y a mí —interviene la abuela guiñándole un ojo a Álvaro; este se ríe.

—¡Abuela!

—Álvaro —lo llamo en un susurro mientras las otras dos discuten entre sí

—. Ya hablamos, ¿vale? Me lo he pasado muy bien hoy. —Le doy un beso en la mejilla—. Guapo.

—Ya sé que soy guapo. —Álvaro sonrío, pero algo en sus ojos me dice que está triste—. Yo también me lo he pasado de puta madre hoy.

Tania nos vuelve a interrumpir.

—¿Nos vamos o qué? —pregunta moviendo las llaves del coche por los aires.

Me despido de Álvaro y de la abuela de Tania, y nos vamos. Una vez en el coche, Tania pone música y sale a la carretera. Nos tiramos durante todo el trayecto calladas. Bueno, callada yo, porque ella está cantando la canción que suena a pleno pulmón.

—Ari, ¿te puedo hacer una pregunta? —inquieta cuando aparca en mi calle.

—Dime.

—¿Sigues queriéndolo?

Ahora es cuando siento la necesidad de huir del coche sin volver la vista atrás.

—Pues...

No sé qué decir. Bueno, en verdad sí que lo sé: que lo sigo queriendo tanto como el primer día, pero me duele el corazón de una manera insoportable.

—Dale otra oportunidad —me pide Tania con voz tierna. Nunca he escuchado la voz de esta chica así y parece la de una auténtica psicópata—. Joder, sé que es difícil para ti, pero no eres tú la que tiene que estar viéndolo llorar todos los días y pegarle un guantazo para que pare.

«No eres tú la que tiene que estar viéndolo llorar todos los días».

Se me acaba de romper el alma.

—Yo... No lo sé —consigo decir.

—¿Te puedo pedir una cosa? —vuelve a preguntar, y yo asiento—. Intenta convencer a Diego para que le quite la puta denuncia. A ti te hace caso.

No creo que me haga mucho caso cuando prefiero quedar con mi ex en vez de ensayar con él.

—Y otra cosa más... —añade, y pulsa el claxon del coche—. ¡Haz que el pijo vuelva a hablarme como una persona normal!

Me río. Sí que le tiene que gustar Diego para ponerse de esta manera.

—Haré lo que pueda. —Y me apeo del coche.

Tania se despide con otro pito y desaparece por la carretera. Yo me dirijo a mi casa, pero alguien me detiene, agarrándome del brazo.

—Tú, gran amiga sin sentimientos —me saluda Chris al darme la vuelta hacia él—. No sé lo que ha pasado, pero el tío que vive allí está como un cencerro. —Señala la casa de Diego con su dedo—. No pienso hacerle el favor de ensayar con él más. Dimíto como amigo. —Y echa a andar hacia su casa, con aires de dramatismo y dejándome con la mandíbula desencajada.

¿Qué ha pasado aquí?

De repente, Chris se da la vuelta y se acerca corriendo a mí. Me agarra las manos y me mira fijamente como un demente.

—Dime qué es lo que ha pasado con Don Gruñón. Ahora.

Me echo a reír. Ya me parecía raro que no se interesara por ese tema.

—Pues hemos visto *Titanic*, hemos comido palomitas, hemos llorado y nos hemos enrollado.

—¿Y qué más? —inquire con la ceja enarcada, y me suelta las manos—. ¿No habéis...? —Hace un gesto obsceno con las manos.

—¡No, Chris!

—Qué decepción. —Niega con la cabeza y se da la vuelta para marcharse. Ten amigos para esto.

Ya en mi casa, me doy una ducha rápida mientras pienso en todo lo que ha pasado hoy y vuelvo a mi habitación. No me apetece cenar porque me he hinchado a palomitas, y tampoco tengo ganas de comer una asquerosa coliflor. Me tumbo en mi cama y me entretengo con el móvil. Tengo tres mensajes de Álvaro.

DON CHULITO: «Cuando sientas que el mundo deje de girar a tu alrededor, recuerda que siempre estaré esperándote en nuestro escondite, entre las nubes y las estrellas»

DON CHULITO: «Sólo es la letra de una canción»

DON CHULITO: «Buenas noches, enana»

Me los ha mandado unos minutos después de haberme despedido de él.

YO: «Qué frase más bonita. ¿De qué canción es?»

Pero no responde; hace rato que se ha desconectado. Imagino que ya se habrá ido a dormir o estará ocupado haciendo otra cosa.

Aunque no pienso quedarme con la duda.

Escribo ese trozo en el buscador de Google para saber a qué canción pertenece, pero no me sale nada.

Jolines, ahora me he quedado con la intriga. ¡Necesito saberlo!

Capítulo 57

Chris

—¿A quién le toca ahora? —pregunto.

—A mí —me contesta Álvaro—. Tania, prepárate, porque te pienso pegar una paliza.

Me levanto del sofá y le acerco el mando a Álvaro. Estamos jugando al fútbol en la *play* en casa de Tania. John está sentado conmigo en un sofá; Ari y Álvaro en el otro; y Tania en un cojín en el suelo junto a Adam, cenando pizza con unas cuantas porquerías.

—¿No iba a venir Diego? —inquiero, y le doy un bocado a mi porción.

—Cuando he salido, estaba con los ojos pegados a su portátil —responde Adam.

—Yo le he mandado un mensaje, pero pasa de mi culo —interviene Tania con la vista fija en la televisión, y Álvaro le mete un gol—. ¡Mierda!

—¡Toma ya! —exclama el otro.

Mientras ellos juegan, miro a John, que se está terminado de fumar un cigarro. Han pasado dos semanas desde que le confesó a sus padres que es gay y las cosas no le han ido muy bien. Al día siguiente de lo ocurrido, regresó a su casa como si no hubiera pasado nada, pero su madre no le dirigió la palabra (y sigue sin hacerlo). En cambio, su padre lo apoya y está intentando convencer a la mujer para que entre en razón. De todas formas es su hijo, no puede dejarlo de querer porque le gusten los chicos.

—Gané —anuncia Álvaro. Le acaba de pegar a Tania una paliza: siete a dos—. Ari, pásame una cerveza para celebrarlo.

Cuando Ari está a punto de coger una lata de la mesita, Tania la interrumpe.

—¡De eso nada! ¡Estás enfermo, así que te bebes el zumo de melocotón!

—Estoy cojo, eso no tiene nada que ver —replica Álvaro.

—¿A quién le toca ahora? —pregunta Tania pasando olímpicamente de Don Gruñón, y este suelta un bufido.

—A mí —interviene Ari, y Tania le acerca el mando.

Ari contra Álvaro. Esto va a ser épico.

—¿En serio, enana? ¿Quieres que te pegue una paliza?

—Baja ese ego, cachorrito —le responde ella, y él le hace muecas de burla.

Agarro el cubo de palomitas y lo coloco en mi regazo para que John pueda coger.

—Verás qué divertido —le susurro.

Empiezan a jugar; Ari, concentrada en la pantalla y en intentar ganar al otro, y Álvaro, jugando de manera chapucera mientras mira a su amor. La va a dejar ganar. Esto me lo sé ya.

—¡Oh, mierda! ¡He perdido! —exclama Álvaro fingiendo desilusión al acabar la partida.

Ari se ríe y lo mira.

—Me has dejado ganar. Eres idiota.

Si estos dos no terminan juntos, casados y con diez niños correteando por la casa, el que le va a lanzar la flecha a Cupido voy a ser yo, pero para matarlo.

Los siguientes son Ari contra John, pero antes de que empiecen, suena el timbre.

—Voy yo —digo. Voy hasta la puerta y me encuentro con Diego al abrirla—. ¿Estás malo? ¿Cómo eso que has venido?

—Me aburría.

Regreso al salón y todos se quedan mirando a Diego, sorprendidos.

—Hola —los saluda él, y se sienta con John y conmigo en el sofá, evitando mirar a Tania.

—Gracias por denunciarme y eso —le suelta Álvaro de repente, y Diego se queda a cuadros.

Uh, pelea, pelea.

—¿Me has registrado el cajón de las bragas, mamón? —le espeta Tania a Álvaro.

—No te he registrado nada —responde él con desdén—. Sólo estaba buscando el tabaco que me has escondido y me he encontrado con la carta esa.

—Te la voy a quitar, no te alteres —interviene Diego—. En el fondo soy demasiado bueno.

Ostras, eso es nuevo. Aunque hace bien quitándosela; Álvaro no se merece eso, por muy gruñón que sea.

—Me la suda lo que hagas.

Seguimos jugando a la *play* mientras terminamos de cenar. Cuando ni a John ni a mí nos toca, nos quedamos abrazados y yo le acaricio el pelo, observando el partido de fútbol. Me he dado cuenta de que Álvaro y Ari han estado cuchicheando y riéndose entre sí durante toda la noche.

Tienen que acabar juntos sí o sí.

—Siguiente —dice Tania cuando pierde contra Diego, y mira a Álvaro.

—Jugad vosotros —susurra él, porque Ari se ha quedado dormida abrazándolo.

Pobrecita, está agotada. Esta mañana ha tenido que ensayar en clase de Lengua la obra, que tenemos la audición la semana que viene. Además, se ha tirado la tarde estudiando para los exámenes; quiere sacar buena nota este año y creo que se está esforzando demasiado. Puede salir perjudicada.

Finalmente, dejamos de jugar y nos ponemos a ver capítulos de *Juego de tronos* hasta que nos vamos.

* * *

—Hasta mañana, chicos —se despide Diego de Ari y de mí. Se encamina hacia su casa, pero nosotros nos quedamos en la calle.

—¿Y a ti qué te pasa? —le pregunto a mi amiga, que ha estado todo el camino enfurruñada y sin hablar. Yo creo que es porque la hemos despertado y ha tenido que separarse de los brazos de su amado.

Insisto: tienen que volver.

—Sólo estoy hecha un lío —responde con voz cansada.

—¿Por Don Gruñón?

Asiente.

—Es todo muy difícil —me dice, y la abrazo.

—Lo sé.

Cuando me despido de ella, entro en mi casa, dejo mi chaqueta en el perchero y subo a mi habitación, pero me encuentro con mi puerta abierta y veo a mi padre sentado en la silla de mi escritorio, bebiendo de una botella de whisky.

—¿Qué haces aquí? —inquiero.

Mi padre deja de beber y ladea la cabeza hacia mí.

—¡A ti te quería ver yo! —exclama borracho como una cuba, y se acerca a mí—. ¡La niña! —Se ríe, mirándome con ojos escalofriantes, y yo trago saliva—. Yo no te he criado para que acabes siendo maricón. —Se aproxima

más a mí. Qué peste a alcohol—. ¿Qué te crees, que no me doy cuenta de las cosas? —Alza su mano para pegarme, pero un grito de mi madre lo detiene, y los dos giramos nuestras cabezas hacia ella, que nos mira con la boca abierta desde la puerta.

Mierda. Hoy ha salido más temprano del trabajo.

—Vete de aquí —le espeta mi padre.

—¡No me voy a ir! ¡Le ibas a pegar al niño!

No sería la primera vez.

Mi padre se vuelve hacia ella y le pega un bofetón, algo que me duele en el alma, porque jamás la había golpeado. No pienso consentir que le haga daño, así que me armo de valor, me acerco a mi padre y le propino un puñetazo en la mandíbula, algo que no me he atrevido a hacer en toda mi vida.

De aquí no salgo. Esta vez sí que lo he cabreado, por cómo está contemplándome, rabioso y con la mano puesta en su cara. Mi madre me ruega que me vaya, pero no le pienso hacer caso.

—Te vas a enterar, niño —me amenaza mi padre y, acto seguido, me asesta un puñetazo en la cara, que me deja aturdido.

Mi madre ahoga un grito y continúa diciendo que me vaya; a mí comienza a dolerme el golpe. El borracho se tambalea, pero tiene fuerza suficiente como para pegarme a la pared y agarrarme fuerte del cuello.

Este quiere matarme de asfixia, aunque no se lo pienso permitir. Él está ebrio y no usa el cerebro para pensar con claridad, y yo soy más joven e inteligente, así que puedo vencerle a un borracho.

Creo.

Intento liberarme de sus asquerosas manos a la vez que trato de llenar mis pulmones de oxígeno. Imagino que mi rostro estará coloreándose de morado en este momento.

«Vamos, Chris, saca toda la fuerza que nunca has tenido».

Una vez le pegué un puñetazo al gruñón de Álvaro y le dejé la cara preciosa, pero fue antes de que se convirtiera en uno de mis mejores amigos. ¿Eso cuenta como experiencia en peleas?

Empujo a mi padre con toda la energía que invade mi cuerpo (bueno, la energía que me han dado los trozos de pizza, las palomitas y las dos cervezas), y consigo librarme de sus garras. Mis pulmones vuelven a llenarse y respiro con dificultad. Sin embargo, mi padre me pega un puñetazo en la barriga, después otro en el rostro y me caigo al suelo.

Y, de pronto, el sonido del timbre inunda la casa.

Mi salvación.

Todos nos quedamos quietos y callados, pero el timbre vuelve a sonar. Finalmente, mi madre se recompone, se mira al espejo para comprobar que está presentable y baja a abrir; yo voy tras ella.

—Hola —saluda mi madre a Diego y a su padre.

—¿Estáis bien? —pregunta el hombre—. Estamos escuchando golpes y gritos.

—Sí, claro. No pasa nada —responde mi madre.

Saboreo el sabor metálico de la sangre que sale de mi labio inferior. Diego me mira, apenado, y sé que sospecha algo. Yo sigo aún agitado por lo que me acaba de hacer el borracho. Nunca se le ha ido la mano tanto conmigo, quizás un tortazo en la cara que no me dejaba marcas o un latigazo con el cinturón en la espalda o en el abdomen, y me mandaba a mi habitación, pero lo de ahora ha sido como si quisiera acabar conmigo.

—Buenas noches —se despide mi madre en tono amable, y cierra la puerta; luego suelta un suspiro—. Entra conmigo al baño —me ordena—. Voy a curarte el labio.

La sigo hasta el baño, nos encerramos con pestillo y ella busca lo que necesita en el botiquín. Mientras me va curando, me quejo varias veces por el escozor.

—Quítate la camiseta —me pide, pero mi mirada se va al suelo y niego con la cabeza—. Chris.

—No.

Mi madre continúa con sus ojos pegados a mí y se cruza de brazos, esperando a que haga lo que me dice. Finalmente, me subo la camiseta y dejo al descubierto los moratones que me acaba de hacer mi padre junto con los de los días anteriores.

—¡Oh! —Mi madre ahoga un grito de espanto y se tapa la boca con la mano sin dejar de observar mi torso—. ¿Por qué no me has contado nada de esto?

—No quería preocuparte.

—¿Cuándo te lo hacía?

—Mientras estabas trabajando —admito, y me bajo la camiseta, avergonzado.

Mi madre se lleva las manos a la cabeza, nerviosa.

—Cómo no he podido darme cuenta... —se lamenta.

—Mamá, tranquila.

Posa sus manos en mi rostro, y veo unas lágrimas descender por el suyo.

—Escúchame. Coge a Carol y llévatela a dormir a casa de alguno de tus amigos.

—No voy a dejarte sola con ese desgraciado.

Me da miedo que mi padre le haga algo a mi madre. Hoy está muy alterado.

—No me va a hacer nada —me asegura mirándome a los ojos—. Vete, por favor. Ya pensaremos en algo para acabar con todo. No voy a permitir que te siga haciendo esto.

—De acuerdo.

Mi madre me da un beso en la cabeza y salimos del baño. Me quedo en el recibidor mientras ella sube a la habitación de mi hermana.

—Se ha quedado dormido en tu cama —me informa cuando regresa con Carol.

Agarro mi chaqueta del perchero, me despido de mi madre, preocupado, y salgo de mi casa, agarrando la mano de mi hermana.

¿Y ahora a dónde voy? No me apetece ir a casa de mis abuelos porque me harían demasiadas preguntas, ni a la de Ari ni a la de Diego, porque sé que oiría lo que estuviera ocurriendo en la mía.

Saco el móvil del bolsillo de los vaqueros y le mando un mensaje a John, que por suerte está conectado.

YO: «Estoy mal. ¿Puedo ir a tu casa?»

Sé que a su madre no le hace mucha gracia que yo merodee por su santuario porque le doy asco, pero necesito a John ahora mismo.

JOHN: «No, no puedes. DEBES VENIR»

Sonrío al leer el mensaje.

Cuando llego a su portal, lo veo asomado a su ventana y no tarda en desaparecer. Subo hasta su piso en el ascensor y ya está esperándome con la puerta abierta y en bóxer. Se queda mirando a mi hermana.

—Uy, hola —la saluda, pero ella se esconde detrás de mí.

John se da cuenta de mi expresión de mierda y me abraza fuerte. Sin embargo, exploto entre sus brazos y me pongo a llorar como un niño.

—Siento venir hasta tu casa y encima con mi hermana y tan tarde... —me disculpo mirándolo.

—Chist. —Pone su dedo índice sobre mis labios y sus ojos azules contemplan mi rostro herido—. Vamos a mi habitación.

Me invita a pasar y yo entro con Carol sin separarse de mí. John cierra la puerta de la entrada, pero se abre la del dormitorio de sus padres. Ya la hemos liado. Aparece su padre en pijama y se queda perplejo al verme.

—Papá —lo llama John, incómodo, y se rasca la nuca—. Esto... ¿Chris y su hermana pueden quedarse esta noche a dormir?

—Claro —responde él con una sonrisa. Llega a ser su madre la que aparece y creo que me echa de la casa a patadas mientras me salpica con agua bendita—. Pero ten cuidado para que no se entere tu madre. Está dormida. — Y se vuelve a meter en su cuarto.

John me coge de la mano y me lleva hasta su habitación. Observo que Toni está durmiendo en su cama, bocabajo y con la boca abierta; John le lanza un billete de diez euros a la cara y se despierta.

—Mmmm... Pasta —murmura. Lo agarra y lo huele; después se vuelve a dormir, abrazado al billete sin que se haya dado cuenta de mi presencia.

Este niño está chalado.

Mi hermana y yo nos sentamos en la cama de John, y él me pide que le cuente lo que me ha pasado. Sabe que tengo problemas en casa, pero nunca le he contado nada de que mi padre discute con mi madre todos los días, ni de que los golpes que ha estado viéndome me los hacía él.

Y se lo cuento todo. Desde que a mi padre lo despidieron del trabajo en un banco hace unos cuantos años, cómo empezó a irse de bar en bar para pasar el tiempo, cómo volvía a casa borracho como una cuba, vomitaba en el suelo del recibidor y mi madre aparecía con la fregona y lo limpiaba, los golpes que iba recibiendo casi cada día porque no soy lo suficiente para él mientras mi madre trabajaba, hasta todo lo que ha pasado hoy.

—Tenéis que denunciarlo. No puede seguir haciéndote eso, Chris —dice John cuando acabo de contárselo todo. Se ha quedado impresionado por la cantidad de cosas que le he estado ocultando.

—No lo sé...

—Tu padre no aporta nada bueno a esa casa. Tu madre tiene que hacer algo.

Siento una fuerte presión en el pecho que me impide estar bien.

John me abraza.

—Tranquilo —me susurra—. Te quiero enseñar algo.

—¿El qué?

—El sitio en el que veía la luna todas las noches. —Se levanta y se viste con una sudadera y unos vaqueros.

Ahora que lo menciona, me ha entrado la curiosidad por saberlo. Creía que la veía desde la ventana de su habitación o desde el balcón.

—Vamos —me dice tendiéndome su mano, ayudándome a levantarme—. Dejemos a tu hermana dormir tranquila.

Salimos del cuarto y caminamos por el pasillo en silencio. Espero que su madre no aparezca de repente y llame al exorcista. John abre la puerta de la entrada y subimos a la planta donde se encuentra la azotea del edificio. Hace un poco de frío aquí arriba, pero no nos molesta.

—Ven.

Sigo a John hasta el muro; después se sube y se sienta sobre él, hacia afuera y mirando la ciudad. A mí se me acelera el corazón viéndolo ahí sentado y temo que de un momento a otro se caiga.

—Siéntate —me dice dando una palmada en el muro.

—Ni de coña. Si quisiera morir tirándome desde lo alto de un edificio, te lo diría.

Se ríe.

—No es para tanto. Venga, Chris. Te va a molar.

Sí, claro. No fui capaz de hacerlo cuando estaba con Ari medio borracho y lo voy a hacer ahora, en mitad de la noche.

—¿Y si me mato?

—Te revivo. Vamos, venga —insiste.

Tomo aire, miro al cielo, rezo a Michael Jackson (porque si decido rezarle a alguien, que sea a él), y me alzo, ayudándome con mis piernas. Coloco mi trasero sobre el frío muro y mis piernas quedan suspendidas en el aire.

«No mires abajo, no mires abajo, no mires abajo».

Pero como soy un rebelde que no le hace caso a la voz de su conciencia, mis ojos observan el precipicio por el que seguro que me caigo hoy. De vez en cuando pasa un coche o una moto, que desde aquí se ven pequeños, y algún viandante que parece una hormiga. Mis oídos zumban, trago saliva y siento que me mareo. Me agarro con fuerza al brazo de John y me arrimo más a él, hasta que no quede ni un centímetro entre nosotros, como si esto de verdad fuera a extinguir mi vértigo.

El idiota de mi novio se vuelve a reír.

—No te rías. Estamos al borde de la muerte —le espeto.

—Claro, claro. —John alza su brazo que tengo aprisionado sobre mi pierna y me señala la luna con su dedo índice—. Mira, Chris.

Mis ojos se van hacia ella y la contemplo. Está menguante. Y ahora que lo pienso... Nunca he visto la luna en presencia de John; siempre ha sido desde la ventana de mi habitación y hablando con él por WhatsApp o por llamadas.

Y me encanta esta sensación. Es lo más fascinante que existe.

—Te quiero muchísimo —susurra, y ahoga su cabeza en mi cuello.

Mi cerebro no puede estar pendiente de tantas cosas a la vez: estudiar la luna, no mirar hacia abajo, ordenarle a mi cuerpo que no se vuelva loco y que le dé por saltar hacia la muerte, concentrarme en todas las sensaciones que estoy sintiendo con John a mi lado...

—Yo también te quiero —contesto al fin.

Y consigo olvidarme, por un momento, de todo lo que ha ocurrido esta noche.

Capítulo 58

Álvaro

—Yo no sé para qué te has empeñado en ir a clase si no puedes andar en condiciones —comenta Tania, resignada, mientras conduce hacia el conservatorio.

—No pienso seguir faltando. Queda una semana para las vacaciones de Navidad y no he hecho ni el huevo. Además, tampoco me duele tanto el pie —respondo a la vez que miro el WhatsApp desde el asiento trasero.

No sé si mandarle un mensaje a ella. Quiero hacerlo, pero no sé si debo. El viernes lo pasamos de puta madre viendo *Titanic* y luego liándonos, y el sábado, cuando vinieron los demás a casa de Tania, Ari estuvo todo el rato a mi lado hablándome y sonriendo.

—¿Qué miras en el móvil, que estás tan concentrado? —Tania me saca de mi ensimismamiento.

—Nada. —Suspiro.

Mi amiga estaciona el coche en los aparcamientos del conservatorio y después me ayuda a bajar. Sin darme cuenta, apoyo el pie escayolado en el suelo y veo las estrellas.

—¡Mierda! —exclamo maldiciendo mi vida.

—Por idiota. —Tania me da las muletas.

—Déjame en paz. —Le lanzo una mirada asesina y echo a andar con las malditas muletas hacia la entrada, sin esperarla, pero como voy más lento que una tortuga, no tarda en alcanzarme.

—Alvarito, Alvarito, el del pequeño pito —se cachondea de mí.

—No me digas que ahora te vas a hacer poeta.

—Se me daría fenomenal, pero me gusta más la música. —Me guiña un ojo—. Yo tengo clase en esta planta. ¿Podrás subir tú solo en el ascensor? —pregunta deteniéndose en un aula de la planta baja.

—No soy retrasado.

—Pues te veo luego —se despide con voz cantarina y entra en el aula.

Me detengo frente al ascensor y pulso el botón para que venga lo antes posible. Quiero sentarme ya en una puta silla y estirar la jodida pierna.

—Álvaro.

Me doy la vuelta y me encuentro con la Pelochicle que va a mi clase. Ni siquiera la he vuelto a ver desde su incidente con la regla.

—Hey, Ali —la saludo.

—Ale —me corrige en tono de fastidio, pero enseguida me sonrío—. Ya pensaba que te habías quitado del conservatorio.

—No podía venir. —Le señalo con la muleta mi pie, pero antes de que me pregunte qué es lo que me ha pasado, añado—: Me caí con la moto.

—Oh, qué mal —comenta, sorprendida—. Menos mal que no te pasó nada grave.

Joderme el pie ya es grave. A esta tía le falta un hervor, y yo me he levantado como de mala hostia no queriendo entablar conversación con nadie.

El ascensor llega y me meto en él; Ale hace lo mismo que yo.

—¿Necesitas que te ayude? —inquire.

—No —respondo de mala gana.

Al fin se calla cuando llegamos a la segunda planta. Caminamos hasta el aula de Historia de la Música y nos sentamos en la última fila.

Joder, ahora a quedarme frito con esta mierda. Si es que soy tonto... Hubiera venido a tercera hora, que me toca canto, y me habría quedado durmiendo un rato más.

Al acabar la clase, Ale me tiene que despertar de mi pequeña siesta, zarandeándome.

—Llevas toda la hora dormido. La profesora, cada vez que te miraba, suspiraba —me dice sonriendo.

—Ya. Qué bien.

—¿Te apetece ir a la cafetería y así te despejas un poco? Tienes un careto...

Pues no es mala idea. Una buena dosis de cafeína me vendría bien; además, la siguiente clase que me toca tampoco me gusta mucho. No me interesa dar teoría, lo que yo quiero es convertirme en un cantante famoso.

«Sigue soñando».

Bufo al escuchar la voz de mi conciencia.

Al levantarme de la silla, no sé lo que ocurre, que Ale se tropieza con mi pierna mala y se cae al suelo. Pego un grito de dolor, y ahora no sólo veo las estrellas, sino el firmamento entero. Todos los alumnos se nos quedan mirando con cara de pasmados. Me vuelvo a sentar y espero a que se me

pasen los pinchazos de dolor. La torpe se levanta del suelo y se acerca a mí, atacada.

—Lo siento, lo siento, lo siento.

Se me están saltando las lágrimas. Creo que es por el dolor, aunque también puede ser de risa, porque la escena ha sido lo bastante cómica como para haberla grabado en vídeo y mandarla a la tele.

—¿Te he hecho daño? —me pregunta.

La miro y me doy cuenta de que está sangrando por la nariz. Suelto una carcajada.

—Tu nariz —le digo.

Ale se toca la nariz, confundida, y después se mira la mano con gotas de sangre.

—Mierda... —murmura, y se saca un paquete de pañuelos del bolso.

—Qué torpe eres. —Niego con la cabeza y ella se limpia su nariz—. No paras de sangrar por todos lados —me burlo.

—No bromees con eso. Lo de la regla fue algo serio. —Me mira con cara de pocos amigos y luego suelta una risita—. Aunque ahora me da risa...

Cuando llegamos a la cafetería; yo, sin dolor en el pie, y ella, sin desangrarse por la nariz, la espero en una mesa, mientras pide en la barra.

—Ya estoy —dice al cabo de unos minutos, y pone los cafés sobre la mesa—. ¿Te apetece un *cupcake*?

—¿Un qué? —pregunto frunciendo el ceño.

—Una magdalena —responde; después abre su bolso, saca un *tupper* y me enseña unas magdalenas con un glaseado de chocolate por encima—. ¿Quieres? Las he hecho yo.

Se me hace la boca agua de sólo verlas. Pero antes de meter la mano para atrapar una, la de Tania aparece de la nada y se me adelanta, cogiendo la que iba a comerme yo.

—Qué buena pinta. —La zanahoria le da un mordisco y se sienta a mi lado.

—Era para mí —le espeto mirándola con odio.

—Se siente —me contesta con voz cantarina, y se chupa los dedos.

—Tranquilo, Álvaro, quedan aún —me indica Ale.

Secuestro una magdalena antes de que Tania me las robe, y le doy un mordisco. Gimo al saborearla y siento un orgasmo en el paladar.

—Está riquísima —le digo a Ale, y ella me dedica una sonrisa.

—Me alegro de que te guste.

—¡Para mí la última que queda! Luego os veo —interviene la zanahoria. Se hace con la última magdalena y se va corriendo en dirección a su rollete—. ¡Steve!

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué haces esta tarde? —quiere saber la Pelochicle.

—Ver una temporada entera de *Breaking bad* mientras mi jodido pie reposa.

—¿Y si te hago compañía? —propone, y sus ojos brillan de ilusión—. Voy a ir a ver a Jeremy y después estaré muy aburrida. ¿Qué me dices?

La canción *Baby*, de Justin Bieber, nos interrumpe. Imagino que será el móvil de Ale. Me decepciona. ¿Quién cojones tiene esa canción como tono de llamada?

—¿No lo coges? —inquire mirándome.

Frunzo el ceño y me doy cuenta de que la melodía proviene de mi móvil, que está guardado en el bolsillo pequeño de mi mochila.

Qué graciosa es Tania. Pienso vengarme de ella poniéndole gemidos como politono.

Saco el móvil y leo «Enana» en la pantalla.

—Hey —contesto al descolgar.

—Hola, Álvaro. —La voz de Ari suena como música en mis oídos—. Sólo quería llamarte para preguntarte cómo te encuentras con lo de tu pie.

—Pues continúo sobreviviendo —le digo sonriendo como un idiota—. Gracias por preocuparte por mí.

Ale se levanta de la silla y me indica con señas que luego hablamos; yo alzo mi pulgar para hacerle saber que la he entendido.

—¿Qué tal las clases? —me pregunta Ari.

—Muy bien, creo. Es que llevo varias semanas sin venir —le respondo, y voy preparándome para su regañina.

—Oh... Entiendo —suelta, dejándome impresionado, aunque le agradezco que no me haya recriminado nada—. ¿Te apetecería venir al instituto este viernes para ver la obra? Me encantaría que estuvieras allí.

Mi neurona se pone a pensar. Estar en el instituto, ver a la almorra diciéndole cosas bonitas a Ari y que al final se besen delante de mis narices, pues mucha gracia no me hace. Pero, por otro lado, quiero ver cómo ella actúa y, cuando se acabe la obra, ir a felicitarla por lo bien que lo ha hecho. Además, quiero hacerle *bullying* a Chris por interpretar el papel de sacerdote.

—Por supuesto que iré, enana.

* * *

Estoy en la casa de Tania, sentado en el sofá y con la pierna apoyada en la mesita, cantando con la guitarra una versión lenta de *Stitches*, de Shawn Mendes, y con Ale sentada en el suelo, pintándome la escayola.

—¿Por qué cantas esa canción? ¿No es un poco triste? —me pregunta, y para de dibujar.

—Sí, pero me apetecía cantarla.

—¿Qué te parece si cantamos una juntos? ¿Te sabes la de *Chasing cars*?

Nunca he cantado una canción con otra persona que no sea Mimi de manera seria. Con Tania sí lo he hecho, pero hacíamos más el tonto que cantar.

—Claro que me la sé —le respondo, y Ale comienza a hacer sonidos y gestos raros con la boca—.¿Qué coño haces? —inquiero, y ella deja de hacer la gilipollas.

—Estoy calentando la voz.

—Pues parece que te estaba dando algo en la cabeza. Ya estaba preparado para llamar a emergencias. —Le enseño mi móvil y ella me fulmina con la mirada.

—Muy gracioso.

—Lo sé. —Le guiño un ojo—. Vamos a cantar.

Empiezo a tocar los primeros acordes con mi guitarra y, después, nuestras voces se unen. Cuando llega el estribillo, dejo a la Pelochicle cantarlo sola mientras yo continúo tocando y mirándola. Me gusta mucho su tono de voz, es muy dulce y relajante.

Hasta que se le escapa un gallo.

—Ups... —Se tapa la boca con la mano y me mira, horrorizada—. Perdón.

Pero como el buen colega que soy, me río como un idiota y comienzo a imitar a una gallina.

—¡No te rías! —brama, y me lanza un boli a la cara. Sin embargo, no le hago caso y sigo descojonándome de ella—. Te vas a quedar como el doctor House —suelta muy seria, y yo detengo mis risas y la miro, dolido.

—Eso me ha llegado al corazón, Pelochicle.

Sonríe, orgullosa por lo que acaba de hacer.

—Pues no te metas con mis gallos. —Se levanta del suelo y se sienta en el sofá, a mi lado, en posición de indio.

—Vale, pero no te prometo nada —le contesto esbozando una sonrisa—. ¿Qué tal Jeray?

—Jeremy —me corrige—. ¿Qué te pasa con los nombres? —pregunta, y luego suspira, observando sus manos—. Está igual.

—¿Cuánto tiempo está así?

—Desde el veinte de abril.

Joder, casi ocho meses en coma... Tiene que ser muy jodido para ella. Ni me imagino lo que será tener la esperanza de que algún día se despierte.

—Ese día discutimos por una tontería —me cuenta sin dejar de mirar sus manos—. Yo quería ir a cenar a un italiano, pero él prefería ir a un chino. Me dijo por teléfono que siempre íbamos al mismo sitio y que estaba cansado de cenar pizzas. Estuvimos discutiendo por eso un buen rato hasta que le contesté que ya lo decidiríamos cuando me recogiera en casa. Pero no me recogió y pensé que me había dejado plantada, hasta que su madre me llamó una hora después, muy alterada, diciendo que Jeremy había tenido un accidente y que el responsable se dio a la fuga. —Se le quiebra la voz—. Y ahí fue donde empezó toda la pesadilla.

—Lo siento —digo, y ella fuerza una sonrisa.

—No pasa nada. Tengo la esperanza de que un día se despierte.

Es muy chungo eso de tener la incertidumbre de si se va a despertar o no. En esa situación no sé lo que haría, sinceramente. Si Ari fuera la que estuviera en coma, supongo que haría lo mismo que Ale... Yo no podría estar con otra persona. La esperaría, aunque ella no se despertase jamás. Nunca perdería la esperanza. Pero no lo sé, tendría que vivir esa situación para decidir qué hacer. Aunque lo que sí que tengo claro es que me pondría en contra si su familia decidiera desconectarla de las máquinas; he leído casos en los que algunas personas se han despertado tras varios años.

—¿Y si no se despierta nunca? —inquiero.

Se vuelve a mirar sus manos y luego cierra los ojos.

—Supongo que intentaría hacer mi vida...

—Acércate y abrázame, que yo no puedo moverme y quiero abrazarte —le pido.

Ale me sonrío, se acurruca junto a mí y me abraza; yo la rodeo con mis brazos.

—Gracias —me dice—. Si quieres, un día te vienes conmigo al hospital y te lo presento. Los médicos me dicen que escucha lo que le cuento.

—Me encantaría conocerlo —admito, y nos separamos.

—Y también le podemos cantar. Le encanta que le cante —comenta, ilusionada y sin dejar de mirarme a los ojos.

Yo tampoco dejo de mirarla y, no sé cómo, pero acerco mi rostro al suyo y la beso en los labios.

Y pienso que la acabo de cagar.

Y Ale seguro que concuerda conmigo en mi cagada monumental porque es la primera que se aparta.

—¿Te apetece que pongamos ya la serie? Me han dicho que vale la pena —suelta de repente con tono nervioso, y yo sonrío.

—Los DVDs están en la estantería.

—Voy a por ellos. —Se levanta del sofá, pero al encaminarse hacia la estantería, se tropieza con alguna cosa invisible del suelo, que por poco se cae de boca, y se ríe, inquieta—. Ups... Qué torpe soy.

—Demasiado —le doy la razón, y suelto una carcajada—. O eso, o que mi beso te ha dejado drogada. —Le guiño un ojo.

—Besas fatal —me dice, y esas dos palabras son una auténtica bofetada para mipreciado ego.

—Tú eres la que besa fatal —contraataco—. Mis besos son de otra galaxia.

Me hace una pedorreta y después coge los DVDs.

—De la galaxia repugnante —murmura, y pone la serie. Se sienta a mi lado, con las palomitas en su regazo, pero yo se las quito.

—Mejor las sostengo yo. No tengo ganas de quedarme sin palomitas por culpa de tu torpeza innata, y que luego Tania tenga que barrerlas del suelo y quitarlas del sofá.

Ale me mira con expresión ofendida.

—Ese comentario ha sido de lo más machista.

Señalo mi pierna estirada sobre la mesita.

—Estoy cojo. No puedo valerme por mí mismo, ¿recuerdas?

—Voy a darle al *play* y hacer como que no he oído nada —dice, indignada; yo me acomodo en el sofá, todo lo que me permite mi maldita pierna.

El primer capítulo de *Breaking bad* aparece en la tele, pero la melodía de mi móvil nos interrumpe desde la mesita.

Al parecer, no me van a dejar ver la jodida serie en condiciones.

—¿Me pasas mi móvil, Pelochicle?

Ale coge mi teléfono y me lo da, no sin antes echar un vistazo a la

pantalla.

—Enana —me dice, la muy cotilla.

Descuelgo.

—Hey —saludo a Ari, y Ale vuelve a hacerse con el cubo de palomitas, se pone cómoda y empieza a comérselas.

—Hola, Álvaro, ¿qué estás haciendo ahora? ¿Estás aburrido? —me pregunta Ari desde el otro lado de la línea.

—Pues... —Miro a la Pelochicle, que continúa zampano palomitas con la vista fija en la tele—. Estoy ocupado.

—¿Ocupado? ¿Con qué?

—Estoy... Eh... Estudiando para un examen —miento, y Ale ladea su cabeza hacia mí con la ceja enarcada. No tengo ni puta idea de mentir, y menos a Ari.

—¡Ah, vale! —exclama Ari—. ¿Quieres que te haga compañía mientras estudias? Puedo ir a casa de Tania. Es que estoy muy aburrída.

Mierda. ¿Ahora cómo salgo de esta situación? No quiero contarle que estoy con una chica viendo una serie en plan romántico. Además, necesito espacio.

—¿Álvaro? ¿Sigues ahí?

—Es que... —Mi neurona comienza a trabajar a toda hostia—. Tengo que consolar a Tania porque lo está pasando mal por lo de Diego.

—Ya... Está bien —dice, desilusionada, y yo pienso que no se lo ha creído—. Sé buen amigo y consuélala. —Y, de repente, cuelga.

Me quedo mirando la pantalla de mi móvil como un pasmarote. Por su reacción tan impulsiva, deduzco que se ha tomado a mal que «consuele» a una amiga. O simplemente se ha dado cuenta de que le estaba contando una trola de las malas, cosa que no me sorprende por lo bien que me conoce.

—¿Algún problema con tu enana? —quiere saber Ale interrumpiendo mis cavilaciones.

Lanzo el móvil al otro sofá y miro al techo, suspirando.

—Toda esta mierda es muy complicada —suelto, y le quito el cubo de palomitas a la Pelochicle—. ¿Seguimos viendo la serie?

Capítulo 59

Ari

—Hasta luego, Roz —me despido de la recepcionista del psiquiátrico y sacudo la cabeza con rapidez—. Quiero decir... Hasta luego, Petronia.

La mujer me mira, echándome mal de ojo a través de sus gafas de media luna, y yo me marcho, encaminándome hacia el coche de mi madre, que aguarda en doble fila.

—¿Cómo te ha ido con Maica? —me pregunta cuando estoy dentro.

—Bien —contesto, y me coloco el cinturón.

A mi madre no le hizo mucha gracia cuando le conté que necesitaba volver a visitar a la psicóloga con la excusa de que lo estaba pasando mal por la ruptura con Álvaro; casi le da un patatús, pero no ha tenido más remedio que ceder. Hoy, Maica me ha hecho contestar a un cuestionario con un montón de preguntas y lo he acabado bastante cansada.

—Espero que esto te ayude a olvidar a ese chico para siempre —me dice mi madre de camino a casa.

—Ajá —respondo con la vista clavada en mi móvil, y el nombre de Diego aparece en la pantalla, así que descuelgo—. Hola, Diego.

—¡Ari! —exclama mi amigo a través de la línea—. ¿Estás ocupada? Es que quería que me acompañaras a comprarle a mi madre algún regalo para Navidad. Necesito ayuda.

—Vale. ¿Estás en tu casa?

—En la biblio.

—Pues te espero en la entrada.

Me despido de él, le digo a mi madre que me deje en la puerta de la biblioteca y, quince minutos después, me encuentro con mi amigo y vamos juntos hacia el centro comercial Larios.

—¿Qué tienes pensado regalarle? —le pregunto a Diego mientras cruzamos un paso de peatones.

—No lo sé... Alguna colonia, tal vez.

—Qué cutre eres.

De pronto, una gitana se acerca velozmente a nosotros y me coge la mano

sin que yo le haya dado permiso, invadiendo mi espacio personal. Me planta una ramita de romero en la palma y yo me quedo en *shock*.

—Niña, toma el romero, no me lo rechaces, que es gratis —me dice sin soltarme y mirándome a los ojos, provocándome un poco de miedo—. Voy a leer tu futuro. —Y hace la señal de la cruz.

Ay, Dios. Quiero salir corriendo de aquí, pero esta mujer me está sujetando demasiado fuerte. Dirijo mi vista hacia Diego, que contempla la escena con una sonrisa en los labios.

—¡Uy, lo que veo yo aquí! —exclama la gitana con los ojos pegados a mi mano—. Vas a tener mucha salud, seguirás siendo muy buena y guapa, y morirás con noventa y ocho años —dice fingiendo que lee mi palma—. ¡Uy, el amor! Veo a un hombre. —Posa su vista en Diego, y luego vuelve a mirarme a mí—. ¿Es tu novio?

—No —le respondo de mala gana.

La gitana hace una mueca y sigue leyendo mi mano.

—Pues ese hombre que veo va a ser el amor de tu vida y te dará cuatro hijos muy sanos.

Intento recuperar mi mano, pero me es imposible.

—Señora, suelte mi mano —le ordeno en tono nervioso.

—Ahora, para que se cumpla, me debes pagar diez euros.

Sí, claro. ¿No se suponía que era gratis? Esta es capaz de echarme una maldición gitana o algo por el estilo si no le pago.

—No tengo dinero —le contesto, e intento calmarme.

Diego saca su cartera del bolsillo y le tiende a la gitana diez euros.

—Toma.

—Tu dinero no sirve, joven —le suelta la gitana, y yo estoy que echo humo por la cabeza—. Me lo debe dar ella.

Al final, consigo soltarme de un tirón.

—¡Déjame en paz, maldita sacadineros! —le grito, y se me queda mirando con la boca abierta—. ¡Búscate un trabajo de verdad, parásita!

—Ari, tranquila... —me susurra Diego.

La gitana se pone con los brazos en jarras sin apartar su mirada de mí.

—Ojalá el diablo se coma tu buena suerte y se te caigan esos ojos de tanto llorar ríos de sangre. Que se te caiga la carne a pedazos y se la coman los perros sarnosos —dice con expresión cabreada y con sus ojos clavándome cuchillos—. Te maldigo hasta que el Señor te lleve al cielo, pero te recoja el demonio por el camino y te quemes en el infierno. —Le quita la cartera a

Diego de un tirón, me lanza un escupitajo en la cara y huye.

—¡Oye! —le chillo a la gitana, y me limpio el escupitajo con la manga de la sudadera. La intención de ir tras ella y arrancarle el pelo se apodera de mí, pero Diego me agarra del brazo.

—Déjala, Ari. Es mejor no meterse con esta gente. Te has pasado con ella y te ha echado una maldición.

Mi amigo es muy tonto, en serio. ¡Y ha dejado que le quite la cartera! Tengo ganas de pegarle un guantazo por no tener huevos.

—¡Te ha robado!

—¡Porque la has cabreado! —brama levantando la voz—. Ahora debes tener cuidado para que no te pase nada malo.

Me río en toda su cara.

—No creo en esas estupideces, amigo. Yo ya nací con mala suerte —le espeto, y decido cambiar de tema—. ¿Con qué dinero piensas comprarle a tu madre el regalo?

Diego suelta un bufido.

—Con el que me acaba de robar la gitana.

—Mira que eres tonto, Diego.

—Da igual, no tenía nada importante; sólo veinte euros. ¿No tienes nada para dejarme? Te lo devuelvo luego.

Niego con la cabeza.

—Estoy tiesa. Sólo llevo cuatro euros en monedas de céntimos.

—Pues entonces vendremos otro día... —murmura en tono de fastidio; luego su expresión cambia completamente y me mira, ilusionado—. ¿Ensayamos la obra en mi casa por última vez?

Me entra taquicardia de sólo pensar que mañana es la obra en el insti. Al parecer, este año se han modernizado y el director ha decidido hacer una fiesta de Navidad, aunque de fiesta no tiene nada, porque el alcohol está prohibido.

—Prefiero la muerte antes que actuar frente a todos los trogloditas del instituto —confieso—. Pero de acuerdo. Ensayemos.

Cogemos el bus urbano, gracias al poco dinero que llevo y, diez minutos después, ya estamos en la habitación de Diego estudiando el guión; yo, sentada en su cama, pasando las páginas, y él, de pie, caminando por el cuarto con los brazos en jarras y su vista clavada en el suelo.

—La escena del beso —suelta de repente, y ladea su cabeza en mi dirección—. No la hemos practicado nada.

Tiene razón. No me he parado a pensar en eso, porque casi siempre que hemos quedado para ensayar, he estado evitando esa escena a toda costa. No me apetece morrearle con mi mejor amigo delante de subnormales. Mi vidente interior se está imaginando lo que va a ocurrir mañana: Diego y yo dándonos un beso patético y chapucero, y los demás tirándonos tomates pochos y huevos caducados.

Suelto los papeles sobre la cama y me levanto.

—Pues practiquemos —le digo, y mi amigo enarca una ceja, con una pizca de sorpresa.

—¿En serio? Creía que te ibas a escaquear por millonésima vez.

—Esta vez no. Además, no va a ser la primera vez que nos vamos a dar un beso —contesto al recordar nuestros únicos besos.

El primero fue en mi habitación, al día siguiente de que Álvaro y mi madre me llevaran a ver el manicomio sin que yo supiera nada; Diego apareció en mi dormitorio y me robó un beso. Y el segundo fue ese beso de mierda que nos dimos frente a nuestras casas, hace unos días.

—¿Lista? —Diego me mira sonriendo.

Respiro hondo, me pongo de puntillas y me acerco a sus labios. Sin embargo, antes de que los junte con los míos, me entra la risa tonta.

—Perdón —me disculpo sin parar de reírme y con mi mano tapando mi boca. En cambio, Diego me contempla con cara de pocos amigos.

—Ari, céntrate.

Vuelvo a respirar hondo.

—Vale, ya.

Repetimos lo mismo, pero ahora es él el que acaba riéndose como un pánfilo.

—¡Diego! —Le doy un golpe en el pecho con mi mano.

—Es que me hace mucha gracia esta situación, lo siento —dice esbozando una sonrisa y haciendo aparecer su hoyuelo de la barbilla.

—Así no vamos a acabar nunca. Pongámonos ya serios. Imaginémonos que somos actores de una serie, que esa gente se besa con cualquiera.

—Está bien.

Los dos inspiramos y espiramos profundamente.

—Di tu frase —le indico, y a él se le ilumina la bombilla y carraspea.

—*Pues oídme serena mientras mis labios rezan, y los vuestros me purifican* —recita mirándome a los ojos; después se acerca a mí con lentitud y acaricia mis labios con los suyos.

Un cosquilleo me recorre todo el cuerpo; entonces me separo.

—Pues ya hemos ensayado suficiente. —Suelto una risita nerviosa. Me enredo un mechón de pelo en el dedo y me concentro en prestarle atención a mi cabello mientras hablo—. Esto... Será mejor que descansemos ya. Tenemos que estar frescos para mañana.

—Quiero que pase ya todo este calvario.

—Yo también. —Levanto mi mirada hacia él y finjo un bostezo—. Uy, qué sueño. Nos vemos mañana, Diego.

Mi amigo se aproxima a mí para intentar darme un beso en la mejilla, pero huyo de su habitación antes de que lo haga.

Ese maldito cosquilleo me tiene cagada.

«Ari, no significa nada. Sólo es un cosquilleo, como los que sientes en la nuca cuando alguien te susurra muy cerca en el oído o como el sonido que hacen las hojas de un periódico al pasarlas».

Decido guardar lo que me acaba de pasar en un rincón intocable de mi mente para no volverlo a recordar.

* * *

Estoy sentada en un taburete, con mi vista fija en el suelo, con el vestido blanco horroroso de Julieta y mi pelo repleto de tirabuzones, que me los ha hecho Sandra. Dentro de unos minutos tengo que estar sobre el escenario del salón de actos y actuar delante de todo el instituto. Sólo me falta ponerme los zapatos y la máscara.

Pero no puedo. Estoy nerviosa. Sé que me voy a quedar en blanco y se van a reír de mí. Seré la patética del insti que no sabe ni actuar.

—Ari, ¿todavía estás así? —me pregunta Sandra, que va disfrazada de la nodriza—. Tenemos que estar listas en cinco minutos.

—No puedo... —susurro.

—¿Cómo que no puedes? —Mi amiga se agacha para ponerse a mi altura—. Hemos ensayado muchísimo, tía. Lo vas a hacer genial. Ponte esto. —Me tiende los zapatos.

—No me sé nada —contesto con voz temblorosa—. Voy a hacer el ridículo y seré el hazmerreír de YouTube, porque los niños lo grabarán todo.

—No va a pasar nada de eso.

John y Chris se acercan a donde estoy y me dicen lo mismo que Sandra.

Sin embargo, no soy capaz de ponerme los zapatos y la máscara, ni de salir a comerme el escenario.

—Enana.

Alzo la vista hacia la voz que me acaba de llamar por ese mote. Descubro a Álvaro de pie, mirándome, acompañado de sus muletas. Pensaba que no iba a venir.

—Álvaro... —pronuncio su nombre en un susurro, y me levanto de un salto para acercarme a él. A su lado está Tania.

Álvaro recorre mis horrorosas pintas con sus hermosos ojos.

—Estás preciosa —me dice, o más bien miente—. La verdadera Julieta te tendría envidia.

Suelto una risita de tonta.

—¡Estoy fatal, no me engañes! —exclamo, y le doy un abrazo con cuidado—. Gracias por venir.

—Jamás me perdería esto —me responde, y nos separamos; después dirige su mirada hacia Chris, que va disfrazado de sacerdote y suelta una carcajada—. Cristiano, ¿has recibido la llamada del Señor?

Chris le saca el dedo corazón.

—No te metas con él, que está muy guapo —lo defiende John.

—Me voy a mear de risa viéndoos —se mofa Álvaro.

—Yo no pienso actuar —suelto, y él me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—No quiero hacer el ridículo. —Me vuelvo a sentar en mi taburete, que es el único que me entiende en estos momentos, y Álvaro se acerca a mí; mis ojos lo contemplan.

—Vas a salir, Ari. No vas a hacer el ridículo porque lo vas a hacer de puta madre y vas a dejar a todos con la boca abierta —dice mirándome fijamente—. Y si alguien se ríe, ten por seguro que se llevará un muletazo en la cabeza de mi parte.

Fuerzo una sonrisa.

—Gracias, pero... No sé.

—¡Ari! —Diego se aproxima a mí, atacado de los nervios—. ¿Qué haces todavía así? ¡Tenemos que salir ya!

Otro igual.

Quiero que me dejen en paz todos. No entienden que esto es superior a mí y que me da pánico la gente del instituto; la Barbie entre ellos.

—No puedo. Se me han olvidado las frases —le contesto a Diego.

Mi amigo se agacha para estar a mi altura y me coge de las manos, clavando sus ojos en los míos.

—Sí puedes. Hemos ensayado hasta lo imposible. Nos sabemos nuestros papeles de memoria y nos complementamos a la perfección, como los mejores amigos que somos —dice sin soltarme y sin dejar de mirarme—. Además, estoy contigo en el escenario para ayudarte. Cuando te sientas nerviosa, sólo mírame y olvídate de que hay muchas personas observándote. Concéntrate en mí, como si no existiera nadie más, ¿vale?

Me quedo sin saber qué decir, aunque un poco más calmada.

Joder con mi amigo. Qué bien se le dan las palabras.

—Yo... —balbuceo, y trago saliva; luego aparto mi vista de la suya y la poso en los demás, que han estado analizando toda la escena, pero me doy cuenta de que falta alguien entre ellos—. Lo intentaré.

Chris, John y Sandra me aplauden, excepto Tania, que permanece de brazos cruzados, con expresión enfurruñada, y es entonces cuando se marcha, haciendo ruido con sus tacones.

—¿Vamos, Ari? —me pregunta Diego incorporándose.

Me levanto de mi preciado taburete y busco con mi mirada a la persona que falta.

—Espera... ¿Dónde está Álvaro? —inquiero.

Sandra es la que me aparta de los demás para que no se enteren y decide hablar.

—Se ha ido cuando Diego te estaba diciendo esas cursiladas. Imagino que le habrá sentado mal veros así, tan agarraditos de las manos y tan concentrados en vuestros ojos —me cuenta en tono de reproche—. Yo habría hecho lo mismo si fuera Serg... —Se detiene y sacude la cabeza—. Si fuera Víctor el que estuviese de esa manera con otra chica. —Suspira y me mira, seria—. ¿Qué hay entre Diego y tú?

Pongo los ojos en blanco.

—Parece mentira que, después de tanto tiempo, aún no lo sepas.

—Pues no es eso lo que ha parecido antes —me espeta.

—Quizá sea porque últimamente estás tan ocupada en tu noviecito y ya no eres la misma Sandra de antes.

Y no me equivoco en lo que estoy diciendo. Ya no se comporta igual. Parece una Sandra completamente diferente desde que está saliendo con ese Víctor. Es como si no la conociera.

Mi amiga entrecierra los ojos.

—Eso no es verdad —replica—. Sois vosotros los que ya no sois los mismos. Vais cada uno a vuestra bola y me dejáis a mí de lado.

—En eso estás muy equivocada. Víctor te tiene absorbida —le digo, y me largo para empezar a actuar.

* * *

Menudo subidón de adrenalina.

Acabo de interpretar la obra delante de todo el instituto y estoy que no quepo en mí de la emoción. ¡Me han aplaudido! Así que se supone que no lo habré hecho tan mal. He visto a mi madre sonreírme desde el público. ¡Mi madre sonriéndome! ¡A mí! Diego ha estado estupendo representando a Romeo, al igual que los demás alumnos de mi clase, incluso la Barbie disfrazada de árbol. El beso entre Diego y yo no ha ido tan mal, aunque esta vez no me ha visitado el cosquilleo que sentí ayer; imagino que habrá sido por los nervios de la situación y por estar pendiente de no hacer el ridículo. A Álvaro lo he visto entre el público, sentado al lado de Tania, y también me sonreía y me guiñaba el ojo cada vez que lo miraba.

Estoy eufórica.

—Lo habéis hecho genial —nos felicita Blanca a Diego y a mí en el patio del instituto, donde han puesto mesas con comida para picar—. Estoy pensando en haceros actuar en alguna obra acerca de la historia de España...

—Ni de coña —intervengo con rapidez, aunque sé que está de broma.

—Claro, mamá. ¿Qué representaríamos? ¿El franquismo? —bromea mi amigo—. ¿Me quedaría bien el bigotillo de Franco?

—Estarías horrible —comento imaginándome a Diego con ese bigote tan feo, y Blanca se ríe.

—Pues no sería mala idea —contesta ella.

De pronto, mis ojos se van hacia una de las mesas, a unos cuantos metros de donde me encuentro. Álvaro y Chris hablan de manera animada mientras zampan. Chris le está dando de comer un trozo de algo con sus manos, y yo sonrío al verlos.

—¡Pero qué escena más romántica! —exclamo cuando me acerco, y ellos ladean sus cabezas hacia mí—. ¿Por fin estáis juntos?

Chris suelta una risotada y le pone morritos a Álvaro.

—No se atreve a salir del armario —contesta mi amigo—. Pero no me cansaré de esperar. Mi amor por mi Aitor es puro.

—Vete a tomar por culo —le espeta Álvaro, y le da un muletazo en la pierna a Chris.

—¡Ay!

—Me encantáis —les digo.

—Bueno, os dejo solitos, que voy a buscar a mi John. —Chris junta las dos manos como si estuviera rezando—. Yo os declaro marido y mujer. —Y se marcha, el muy idiota, después de hacer su papel de sacerdote con nosotros.

—Menudo retrasado —comenta Álvaro.

—¡Oye! —Le pego un golpe en la tripa, riéndome—. ¿Te ha gustado la obra?

—Ha estado guay —responde esbozando una sonrisa—. Sobre todo porque has salido tú. Lo has hecho de puta madre, Ari. Se te da bien actuar. Deberías convertirte en actriz.

—Gracias, Álvaro. —Se me suben los colores a la cara. Sé que está mintiendo. Puede que lo haya hecho bien, pero tampoco tanto como para decir que me gane la vida actuando—. ¿Cuál ha sido tu parte favorita?

Hace una mueca de fastidio.

—Cuando Diego y tú os habéis besado. Lo habéis hecho tan bien que hasta me he creído que era de verdad —contesta, y yo tengo la sensación de que ha sonado a sarcasmo.

—Yo... —Me quedo sin saber qué decir—. ¿Gracias?

Álvaro suelta una risotada.

—No lo pillas, Ari. En realidad ha sido la escena que más he odiado.

Ya decía yo...

—Pero no ha significado nada. Al menos para mí, Álvaro —me defiendo. Jamás podría sentir nada por Diego; es uno de mis mejores amigos.

—No importa. —Finge una sonrisa—. Me tengo que ir ya. Tania y yo hemos quedado con unos compis del conservatorio en su casa.

Un nudo se instala en mi garganta. Siento que estoy perdiendo a Álvaro por idiota.

—Que lo pases bien —le digo.

—Tú también. Te lo mereces.

Y después de esas palabras, se acerca con sus muletas a Tania, que está en uno de los bancos del patio, sentada junto a Adam.

Capítulo 60

Chris

—¿Sabes que estás explotando mucho a tu adorado novio? —le pregunto a John en el ascensor, mientras sostenemos cada uno una caja con adornos de Navidad.

—No seas quejica. Adornar es lo más divertido que existe.

Entramos en su casa y dejamos las cajas en el suelo del salón, al lado de unas cuantas más que hemos traído del trastero. John me ha obligado a que monte el árbol de Navidad y el belén con él, y creo que me van a salir ronchas o se me aparecerá el demonio para reírse de mí.

—¿Por dónde quieres empezar? —inquire John abriendo las cajas.

—Por tus labios, guapo —le respondo con voz melosa.

John me mira esbozando una sonrisa y yo le guiño un ojo. Se acerca a mí y une sus labios con los míos. Yo sonrío contra su boca.

—¿Y ahora? —me susurra.

Me pego más a él y coloco mis manos en su trasero, sin dejar de mirarlo a los ojos ni de sonreír.

—Por aquí.

John se carcajea.

—Me encantaría, pero... —Se deshace de mis manos—. Tenemos que decorar.

—¿De verdad? —Suelto un bufido—. Tienes tu casa sola, a tu querido novio metido en ella con ganas de que le hagas el amor... ¿Y lo que más te apetece hacer es montar el maldito árbol?

Mi estúpido novio se encoge de hombros, divertido.

—Les prometí a mis padres que decoraría la casa. Además, si me ayudas, puedes ganar más puntos para que mi madre acepte nuestra relación. Piénsatelo muy bien, bebé.

Vuelvo a bufar.

—Tu madre me va a odiar de por vida haga lo que haga, pero me esforzaré por ti.

Primero, nos ponemos a montar el árbol de Navidad, que es de plástico y

bastante grande, colocándole bolas y estrellas navideñas por las ramas.

—Sé que no crees en estas cosas, pero... ¿Celebras la Navidad con tu familia? —se interesa John a la vez que pongo una bola de color gris.

—Cuando era pequeño y mi padre era una persona normal, sí que cenábamos todos juntos en Nochebuena y Nochevieja, pero desde hace unos años todo eso se acabó.

John me lanza una mirada de lástima.

—¿Entonces cómo pasas estas fechas?

—La mayoría de los años a mi madre le toca trabajar durante toda la noche, y mi padre se marcha de casa para beber por ahí. Yo me encierro en mi habitación con mi hermana y juego con ella mientras cenamos pizza.

—Eso suena muy triste —comenta sin dejar de mirarme con pena—. ¿Este año qué vas a hacer?

—Lo mismo de siempre.

—Vente a mi casa —suelta de repente; sus ojos lucen ilusionados—. Tráete a tu hermana. Yo convengo a mis padres.

Observo mi reflejo en otra bola navideña para evitar mirar a John.

—No puedo. Tu madre me detesta y yo no quiero ser ninguna molestia.

—No eres ninguna molestia —replica, y me tiende la estrella fugaz—. Te cedo los honores.

Sonrío y cojo la estrella; después me subo a un taburete y me pongo de puntillas para colocarla en lo alto del árbol. John acomoda las luces y, a continuación, las prende.

—Son bonitas —comento contemplándolas—. Mi casa nunca la decoramos.

John coge una de las bolsas que hay guardada en una caja y me la da.

—Es para ti. Para que lo pongas en tu habitación.

Saco el arbolito de plástico que hay dentro y sonrío.

—Lo pongo yo cada año en mi cuarto, pero quiero dártelo —me dice, y yo me acerco a él y le lleno de besos la cara mientras nos reímos.

—Muchas gracias, Johnny.

—De nada, bebé. —Me da un beso rápido en los labios—. Ahora toca poner el belén.

Bufo por millonésima vez, pero de manera más dramática.

—¿Sabes que nada de lo que pasó hace 2016 años con esos señores fue real, verdad? —inquiero para chincharlo un poco, y él me mira entornando los ojos. Sin poder evitarlo, me entra un ataque de risa y me atraganto con mi

propia saliva; entonces empiezo a toser.

—Te ha castigado el Señor por ser tan payaso —responde, y sus labios se curvan hacia arriba. Me da golpecitos en la espalda para que se me calme la tos.

—Yo no veo ningún señor aquí —vuelvo a bromear, y él me pega un puñetazo en la barriga. Me río, lo abrazo y le doy un beso lento y apasionado—. Perdón. Iré a confesarme cuando las ranas críen pelo. ¿Ponemos el belén ya, bebé? —Lo miro poniéndole ojitos para que no se enfade mucho conmigo.

—Vale, pero estoy enfadado contigo. —Se cruza de brazos y yo continúo riéndome.

—Qué dolor más grande. —Coloco la mano en mi pecho, en el lado del corazón—. Me dueles, John.

—Pues tómate una aspirina —me espeta, y me saca la lengua; después me aparta su mirada.

Sonrío como un estúpido y lo agarro de la barbilla para obligarlo a mirarme.

—Te quiero. —Le doy un pico—. Muchísimo. —Y otro pico.

—Con tus besos no vas a hacer que se me baje el enfado.

—Pero puedo hacer que se te suba otra cosa —respondo, pícaro, y a John se le escapa una risa.

—Pasas demasiado tiempo con Álvaro.

—¿Celoso? —inquiero enarcando una ceja.

—Muchísimo —contesta con sarcasmo.

Justo cuando acabamos de montar el belén, aparecen en el salón la madre de John con Toni. Ella me mira como si yo fuera una aberración.

—Rarito —me saluda Toni.

—¿Qué hace esto en mi casa? —Luisa me señala con su dedo índice y yo me pongo rígido.

—Se llama Chris, mamá —interviene John—. Y es una persona normal, igual que yo.

Luisa niega con la cabeza, decepcionada.

—Sigues confundido, hijo.

John pone los ojos en blanco.

—Me ha ayudado a poner el belén y el árbol —le cuenta cambiando de tema—. Sé que Toni iba a hacerlo, pero se ha escaqueado en el último segundo.

Más bien le ha pagado para que no esté merodeando por aquí y por tener una excusa para convencerme a mí de que le ayude a decorar. Y Toni, encantado.

—Ahora la culpa la tengo yo por querer salir con mis amigos a tirar petardos —se defiende Toni con voz dramática—. Tengo que disfrutar de mi adolescencia, pollitos.

Ahora ya sé en lo que gasta el dinero que le damos. Yo no entiendo lo divertido que es tirar petardos.

—Me da igual lo que haya hecho —interviene Luisa refiriéndose a mí y pasando olímpicamente de Toni—. No tolero que entre a esta casa.

—Pues yo sí lo tolero —salta John con el semblante enfadado. El ambiente está muy tenso y yo ya estoy concentrado en comerme las uñas—. Es mi novio, mamá. Ya hemos hablado de esto. Respétanos.

La mujer nos mira con asco.

—No puedo. Está en contra de la naturaleza lo que estáis haciendo.

Detengo mi papel de hámster devorauñas y me armo de valor para aportar algo a la conversación.

—Mejor me voy de aquí —consigo decir—. No me gusta estar en un sitio donde no soy bien recibido.

Luisa me dedica una sonrisa triunfal.

—Pues ahí está la puerta.

—No, Chris. —John intenta detenerme, pero lo ignoro y me largo de la casa.

A los pocos segundos, mi novio aparece en el rellano con la bolsa donde se encuentra el arbolito que me ha regalado, y se acerca a mí.

—Lo que opine mi madre me importa una mierda. Lo sabes, ¿verdad? —me dice. Sé que me está mirando; sin embargo, mi vista permanece clavada en el ascensor—. ¿Chris?

Las puertas se abren y nos metemos sin decir nada. Pulso el botón de la planta baja, suelto un profundo suspiro y ladeo mi cabeza hacia John. Le sonrío, genuino.

—Tranquilo. Sé que me quieres y no me importa que tu madre piense diferente —contesto mientras estudio sus preciosos ojos azules; después lo envuelvo entre mis brazos—. Además, ella se pierde lo fabuloso que es su yerno.

John ahoga una risita y pone los ojos en blanco.

—En serio, te estás *Alvarizando*. Estoy muy preocupado.

—Cállate.

De camino a casa, nos paramos en la calle para ver las luces de Navidad mientras nos pillan unos cuantos petardos tirados por los niños. Cuando llegamos a mi puerta, nos encontramos con mi padre saliendo del garaje y mi cuerpo se tensa al instante. Se acerca a nosotros y me doy cuenta de que no se tambalea, así que aún no estará borracho.

—Chicos —nos saluda haciéndose el simpático, y yo lo miro entornando los ojos.

—¿Qué quieres? —le espeto.

—¿No puedo saludar a mi hijo ni a su novio? —Mi padre sonrío.

John no aparta sus ojos de él y, al oír esas palabras, enarca una ceja. Yo sigo mirando a mi padre con desconfianza sin decir nada.

—Bueno... Mejor os dejo solos —nos dice sin borrar su estúpida sonrisa—. Te espero en casa, Christian. —Y desaparece de nuestra vista.

Comienzo a relajarme.

—La Navidad cambia a las personas —comenta John con expresión de sorpresa.

—No creo que sea eso.

—¿Entonces? —inquire—. ¿Sigue...? —Traga saliva—. ¿Pegándote?

—No —le respondo con sinceridad—. Desde el día que me fui a tu casa a pasar la noche con mi hermana, está más tranquilo y me parece muy extraño. No sé qué es lo que estará tramando. Mi mente quiere pensar que de verdad ha cambiado y se ha dado cuenta de lo que hacía.

—Esta clase de personas nunca cambia, o si lo hace, es a peor, Chris —me dice—. Te acompaño hasta tu habitación, que no me fío nada de ese hombre, y así ponemos el arbolito.

—¿Qué novio más sobreprotector tengo.

—Mientras no hagáis nada para deshaceros de él, vas a tener que aguantarme —suelta, preocupado.

Entramos en mi casa, sin ganas de saber en qué rincón estará metido mi padre, y subimos a mi habitación. Cerramos con cerrojo y yo me tumbo sobre la cama, exhausto. John se ríe, saca el arbolito de la bolsa y lo coloca en una esquina de mi escritorio, ilusionado.

—¡Listo! —exclama—. Ahora tienes una habitación navideña.

—¿Qué pesado eres con la Navidad —me quejo tapándome los ojos.

—Te encanta. —John se tira sobre mí y me acorrala, apoyando sus manos en la cama. Después me besa y alguien nos interrumpe tocando mi puerta.

—Joder.

Nos incorporamos de inmediato, quito el cerrojo y le abro a mi padre.

—¿Qué quieres otra vez?

John se coloca detrás de mí.

—Quería saber qué opinas sobre esto que le he comprado a tu madre como regalo de Navidad. —Mi padre me enseña una cajita, que la abre y aparecen unos pendientes plateados con forma de bolita.

—Me gustan para ella —comento observándolos, aunque estoy sorprendido por cómo quiere comprar a mi madre con regalos—. Pero no sé de dónde has sacado el dinero para comprarlos.

Mi padre cierra la cajita y me mira sonriendo.

—Me han dado trabajo en un banco.

Me quedo asombrado ante esa noticia. No trabaja desde que lo echaron hace unos años por reducción de plantilla, y tampoco ha tenido mucha motivación por buscarse otro empleo.

No obstante, sigue sin olerme bien esta situación.

—Pues qué bien —murmuro sin ninguna emoción.

—También tengo algo para ti. Está en el garaje. ¿Vamos?

A ver si lo adivino... Me va a regalar una paliza de las tuyas, o más bien diez correazos en la espalda. Si no fuera porque está John a mi lado, habría acertado.

Bajamos al garaje y John me mira todo el rato como si estuviera flipando en colores, algo que no me extraña, porque yo estoy igual.

Mi padre señala una especie de bulto, tapado con una manta azul. Quizá lo que está escondido sea un ataúd para cuando acabe conmigo y me deje tieso por culpa de alguno de sus golpes.

—Quita la manta, hijo.

Ladeo mi cabeza hacia John, que luce una expresión de desconfianza, pero después me indica con su mirada que haga lo que mi padre me dice, así que le arrebató la manta al bulto y me encuentro con una Scooter verde. Mis músculos se tensan y empiezo a comerme las uñas.

—¿Te gusta? —me pregunta mi padre.

Vuelvo a tapar la moto con el trapo.

—No sé por qué me la has regalado. Ni siquiera tengo el carnet para conducir una moto.

—Pero puedes sacártelo —me responde sin dejar de sonreír—. Te mereces un regalo así.

—Pues qué bien —vuelvo a decir, indiferente, y continúo comiéndome las uñas. A continuación, dirijo mi vista hacia John, que está de brazos cruzados con sus ojos clavados en mi padre.

—Así puedes llevar a tu novio a todos los sitios —interviene mi padre. Qué tolerante se ha vuelto de repente.

John toma aire, y su pecho se hincha y deshinchá con rapidez.

—Usted no me va a engañar con esa actitud —salta mi novio, y son las primeras palabras que pronuncia desde que hemos entrado en el garaje. Mi padre no borra su sonrisa de la cara—. Espero que la justicia de este país le ponga en su sitio tarde o temprano. —Y se marcha, no sin antes decirme con su mirada que vaya detrás de él.

Regresamos a mi habitación y John comienza a caminar por ella, con la vista fija en el suelo, concentrado en sus pensamientos. Decido abrazarlo por la espalda.

—Tranquilo, no merece la pena alterarse por ese hombre. Yo tampoco me creo su papel de padre haciéndose el bueno.

Mi novio suspira, cerrando los ojos.

—¿Y si he metido la pata con lo que le he dicho? Puede que la tome contigo. —Suelta un bufido—. Desearía haberme quedado callado, pero no podía; necesitaba decirle lo que pensaba, porque si no, iba a explotar.

Lo abrazo más fuerte y coloco mi cabeza en el hueco de su cuello. Lo noto inquieto.

—No me va hacer nada, y menos por tu culpa —le digo.

John se da la vuelta hacia mí y me mira a los ojos.

—Vente a Italia el día veintiséis conmigo —suelta de sopetón, y yo intento decirle algo, pero él me calla, colocando su dedo índice sobre mis labios—. Mis padres y yo vamos a celebrar el Año Nuevo con mi familia y quiero que te vengas conmigo. Te lo llevo queriendo decir desde hace unas semanas. A mi padre se lo he contado y le parece bien; sólo que mi madre aún no lo sabe, y me da igual que le dé un infarto cuando se entere, pero quiero empezar el año contigo a mi lado.

Las bodas gitanas se instalan en mi estómago al oír las palabras de John.

—Yo... —balbuceo—. No sé qué decir.

Las comisuras de la boca de John se curvan hacia arriba.

—No hace falta que digas nada, sólo bésame —me pide.

No sé si voy a poder besarlo, porque se me ha olvidado hasta cómo se respira. Estoy concentrado en las bodas gitanas y no puedo prestarle atención

a ninguna otra cosa.

—Empalagoso —consiguen decir mis labios, y él continúa sonriendo como si estuviera drogado.

—*Ti amo* —pronuncia con acento italiano.

Un cosquilleo recorre mi nuca y se me escapa una carcajada. Si no fuera porque está mi padre merodeando por la casa, y mi hermana en su habitación, ya habría tirado a John sobre mi cama para que nos perdamos juntos.

—Maldito John.

Sonreímos y me derrito por culpa de su deleitosa boca.

Capítulo 61

Diego

No se me da bien escribir escenas de sexo; soy un completo inútil. Hasta las niñas de once años que escriben en Wattpad las describen mejor que yo. Llevo, como una hora, pensando en las palabras adecuadas para que quede la escena muy sutil, pero no sirvo para esto. Estoy escuchando *Earned it*, de The Weeknd, para inspirarme un poco, pero, de pronto, alguien me interrumpe apareciendo por mi ventana y me sobresalto.

Es Ari.

Suspiro de alivio al darme cuenta de que no se trata de un ladrón. Bueno, en realidad ha sido una ladrona... La de mi corazón.

Buah, qué romántico. Esto me lo apunto para añadirlo a mi novela. Para escribir escenas donde se vomiten arcoíris, sí valgo la pena, pero para las de sexo, soy un incompetente.

—Hola —me saluda mi amiga, y se cuelga en mi habitación como si estuviera en su casa.

—¿Colándote por mi ventana? —inquiero con una ceja enarcada.

—He subido gracias a las escaleras que hay en mi jardín —me explica señalando la ventana—. Me he quedado sin nada que leer y estoy aburrida, así que he venido a robarte algún libro. No te importa, ¿verdad?

Sonrío como el retrasado que soy cuando estoy con ella.

—Elige el que quieras —digo, y le muestro mi estantería.

Ari se acerca a mi santuario de libros y mira cada uno de una manera muy graciosa. Saca uno y lo observa, extrañada.

—¿*After*? —Me enseña el ejemplar y yo me encojo de hombros.

—Tenía curiosidad por leerlo. ¿No lo has leído?

—La verdad es que no —responde con la vista clavada en el libro; después me mira—. ¿Qué te pareció?

—No me gustó nada. Creo que los protagonistas son los personajes que más he odiado de todos los libros que he leído, pero imagino que a ti te gustará.

A Ari siempre le han gustado ese tipo de historias con el típico gilipollas

detestando todo lo que le rodea.

El típico gilipollas como el tarambana.

—Pues lo leeré. Siempre me ha llamado la atención —me dice, y se sienta en mi cama, a mi lado—. ¿Qué hacías?

—Escribir. ¿Te has leído el último capítulo que he publicado?

—Claro que sí. Tu novela es como droga; siempre me dejas con las ganas de más. Eres malvado.

Me río.

—Lo siento —me disculpo.

—Bueno... No te interrumpo más. Sigue escribiendo, que yo voy a leer. —Se acomoda en mi cama, con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas estiradas. Agarra un cojín y se lo coloca sobre las piernas, con el libro encima de él—. Y procura no hacer tanto ruido con las teclas, que me pones nerviosa y no me concentro.

—Está bien, señorita.

* * *

Vuelvo a cambiar de canal por enésima vez. No están echando nada interesante en la tele, sólo programas basura. Menuda mierda de programación; debería haber algún canal dedicado a Harry Potter.

—Hola, Diego. —Ari acaba de entrar en el salón con el pijama puesto—. Tu madre me ha abierto. Dice que se va con tu padre y que no volverá hasta tarde, así que te haré un poco de compañía. —Se sienta a mi lado, en el sofá.

—Creía que habías quedado con Álvaro —le digo.

Después de todo, no sé si están juntos de nuevo. Ojalá no vuelva con él. No soporto verla sufrir por ese tarambana.

—No —contesta en tono seco, y clava sus ojos en los míos—. Ya no quiero saber nada de él. Es agua pasada. Además, creo que me gusta otra persona.

—¿En serio? —me sorprendo—. ¿Puedo saber quién es?

«Que me diga a mí, por favor», pienso. Mi nivel de patetismo está alcanzando límites insospechados.

Ari suspira.

—Es que me da un poco de vergüenza decírtelo.

—Vamos, Ari. Puedes confiar en mí —la animo para que lo suelte de una vez.

No me va a decir a mí. Lo tengo asumido desde que la conocí. Moriré en la *friendzone*.

—Pues... —empieza a hablar. Cierra los ojos y toma aire; luego suelta la bomba—: Eres tú.

Esas palabras acaban de acariciar mis oídos. Siento fuegos artificiales explotando en mi interior, el corazón me late con fiereza y quiere salirse de mi pecho para sacar la bandera de la victoria, y mis cuerdas vocales se han vuelto mudas.

—¿No dices nada? —pregunta, y creo que está asustada.

—Aaah... —intento decir, pero se me ha olvidado cómo se habla—. Hola. Tonto.

—¿Eh? ¿Cómo que «hola»? —Su expresión es de perplejidad. A continuación, sonrío—. Qué mono eres.

Me muero. Ahora mismo. Ya. En este instante. Varita mágica, ven a mí y haz que parezca menos patético.

Me quedo mirando a Ari, aún en estado de *shock*. Necesito ir a clases particulares para volver a aprender a hablar. Ella acerca su rostro al mío, sujeta mi cara y posa sus labios sobre los míos. Su lengua se introduce tímida en mi boca y acaricia la mía. Menos mal que no se me ha olvidado cómo se besa. Sitúo mis manos en su espalda y la atraigo más a mí, para profundizar el beso.

Dios, esto me está matando. No tiene nada que ver con los besos que nos hemos dado antes; este es el verdadero.

Continuamos con los besos y las caricias, y Ari se coloca a horcajadas sobre mí. Me besa el cuello, cuela sus manos por debajo de mi camiseta y me la quita. Pasea sus delicadas manos por mi torso y me estremezco con cada roce; yo acaricio sus muslos y doy gracias por que se haya puesto un pantalón de pijama tan corto.

—Diego... —susurra mi nombre varias veces, pero al ver que no le respondo, me zarandea en el hombro—. ¡Diego!

Despierto en mi cama, con Ari a mi lado y mi mano puesta en su muslo. Cuando vuelvo a la realidad, aparto mi palma de inmediato.

Tengo calor.

—Por fin te despiertas —me dice. Aún tiene el libro de *After* en su regazo—. Llevas un buen rato tocando mi muslo. He tenido que apartar varias veces tu mano, pero tu seguías poniéndola.

Tierra, trágame. Ahora. O haz que me esfume, saliendo como humo por la

ventana.

—Ah... Lo siento. —Me incorporo sobre la cama.

—Y creo que... —murmura, y por un momento pienso que se está aguantando la risa—. Que necesitas una ducha con agua fría. —Señala mi entrepierna con su dedo mientras se le colorean las mejillas de rojo.

Observo el bulto de mis pantalones de pijama y rezo para que se abra un portal mágico y me transporte lejos de aquí. Me lo tapo con las manos y me levanto de la cama de un salto. Se cae el portátil al suelo. Genial. Ari se cubre la boca con su mano a la vez que me mira, anonadada, aunque presiento que las ganas de estallar en risas no se le han acabado. Salgo de mi habitación corriendo, en dirección al baño, pero por el pasillo, me encuentro con Adam.

—¿De quién huyes? —quiere saber frunciendo el ceño e interrumpiéndome el paso. Sus ojos se van hacia mi entrepierna—. Caray, menuda tienda de campaña tienes ahí. ¿Estabas viendo porno en tu cuarto?

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Diego? —Ari sale de mi habitación y se acerca a nosotros.

Adam nos mira con la boca abierta.

—Qué pillines... —comenta.

Le pego un empujón a mi primo y me encierro en el servicio.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto mirando el bulto de mi entrepierna.

Decido esperar en el baño a que se me pase el calentón. Parecía tan real el sueño...

—¿Diego? —La voz de Ari vuelve a sonar al cabo de varios minutos.

¿Por qué sigue aquí? Debería haberse ido a su casa después del bochorno.

—Estoy bien —contesto, pero ni yo mismo me lo creo—. Te puedes ir, si quieres.

—No pasa nada. Ábreme, por favor.

Como si fuera tan fácil mirarla a la cara después de lo que me acaba de pasar...

—Ya salgo.

Respiro hondo, me armo de valor y abro la puerta. Me encuentro con la mirada herbosa de Ari.

—Yo... —empiezo a hablar, avergonzado, y me rasco la nuca—. Lo siento por lo que ha pasado. Qué vergüenza.

Ari suelta una risita.

—No pasa nada; es completamente normal que mientras duermes... —Se

detiene y se pone colorada—. Ya sabes...

—Lo sé, pero... —Siento calor en las mejillas—. Joder...

Harry Potter, tráeme tu capa de la invisibilidad ahora mismo.

Vale, mi obsesión por esa saga comienza a ser enfermiza. No hago más que mencionarla en mis pensamientos.

—Anda, ven —me dice mi amiga, y me da un abrazo.

Esto no me ayuda en nada. Sin embargo, me dejo abrazar.

Menos mal que mañana me voy a Barcelona para celebrar la Navidad. Estaré dos semanas sin cruzarme con ella, así se le olvida lo que acaba de ocurrir.

* * *

—Toma, Dieguito, te he hecho un gorrito de lana y una bufanda para que no pases frío —me dice mi abuela tendiéndome las cosas, antes de que salga de su casa—. Póntelos, si no quieres pillar un catarro, que hace mucho frío fuera.

—Gracias, abuela —le contesto, y me pongo el gorro y la bufanda—. Voy a dar una vuelta.

Mi abuela me llena de besos la cara.

—¿A dónde va el mulato? —pregunta mi abuelo saliendo del salón. Siempre que vengo de visita me dice que en Málaga me estoy poniendo muy moreno y que parezco un mulato. Yo creo que estoy igual que siempre.

—No llames a tu nieto así —lo riñe mi abuela. Mis padres se encuentran en el salón y Adam se ha ido a la casa de sus padres. Hemos llegado a Barcelona hace un par de horas.

Sonrío, me despido de mis abuelos y me marcho de la casa. Camino por la ciudad sin un rumbo fijo, como he hecho siempre que he estado aquí. Me encantaba perderme por las calles yo solo, aunque otras veces me acompañaba Natty, que se cansaba con facilidad y teníamos que sentarnos y tomar algo en alguna cafetería para reponer fuerzas.

Amo esta ciudad.

Llego a la Plaza Real, atestada de gente, y observo la Fuente de las Tres Gracias, en el centro. Algunos turistas están sentados en el muro, echándoles de comer a las palomas, y recuerdo que eso mismo hacía yo con Natty.

¿Por qué ahora todo me recuerda a ella? Bufo.

Me apetece un café para despejarme de todo, así que entro en mi cafetería

favorita y me acerco a la barra.

—Andreu —llamo al camarero, que está medio dormido esperando a que se llene una taza de café. No se ha dado cuenta y vuelvo a llamarlo—. ¡Andreu!

El camarero se sobresalta y por poco se le cae la taza. Mira hacia donde estoy.

—¡Cuánto tiempo, tío! —exclama, y se aproxima a mí—. ¡Por lo menos desde el verano!

—Pues ya ves —respondo. Este chico tiene un par de años más que yo y la verdad es que me cae genial; siempre me ha atendido muy bien todas las veces que he aparecido por aquí—. Ponme un café como siempre y un donut de chocolate.

—Está tu chica en vuestra mesa —me informa señalando con la cabeza la mesa en la que siempre me sentaba con Natty, y yo ladeo mi cabeza hacia allí.

Natty permanece mirando por la ventana, con la barbilla apoyada en su mano, pero tengo la impresión de que su cabeza está en otra parte. Se la ve perdida.

—No estamos juntos desde hace meses —le respondo a Andreu.

—¿En serio? Si se os veía bastante bien.

—Las cosas se acaban.

—Pues lleva como tres horas ahí sentada y con el mismo té.

De repente, se me viene una idea a la cabeza. ¿Y si voy y hablo un rato con ella? De todas formas, no tengo nada que hacer y me gustaría saber qué es de su vida ahora que ya no estamos juntos.

Masoquista patético.

—Ponme también un té negro y una magdalena con fresa por dentro —le pido al camarero, que me dedica una sonrisa cómplice.

—Ahora os lo llevo.

Espero que Natty no haya cambiado sus gustos. Su té favorito era el negro.

Me acerco con sigilo a la mesa, mientras suena de fondo *We don't talk anymore*, de Charlie Puth y Selena Gómez. Qué canción tan oportuna.

—Hola —saludo a Natty, que aparta su vista de la cristalera y la concentra en mí. No parece sorprendida.

—Hola, Diego.

—¿Puedo sentarme contigo?

—También era tu mesa.

Me siento frente a ella y, segundos después, me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que hablar cuando siempre he sido una cotorra.

—¿Qué tal tu vida?

Qué pregunta tan original.

Natty me contempla; está igual que siempre, aunque con su melena morena un poco más larga, cayéndole por los hombros, y sus ojos marrones lucen apagados.

—Estupendamente —contesta como si fuera un robot.

Andreu viene con lo que le he pedido.

—Buen provecho, parejita —dice; yo le respondo «gracias», pero Natty no aparta sus ojos de mí, y el camarero sonríe y se marcha.

—Pues me alegro —le contesto a Natty, y le tiendo el té negro y la magdalena—. Invito yo.

Natty, al ver la magdalena, hace una mueca de asco, algo que me parece bastante extraño. ¿Desde cuándo le ha importado lo que come? Estas magdalenas las devoraba hace tiempo.

—No pienso comerme eso —me dice mirándola como si estuviera envenenada, y luego finge una arcada—. Tengo que ir al baño.

Qué rara está.

Mientras regresa del servicio, me entretengo comiéndome el donut y mirando por la ventana. Cinco minutos después, Natty vuelve y se sienta en la silla que hay a mi lado.

—Y... ¿Cómo te va a ti? —quiere saber.

—Un poco agobiado por los estudios.

—Tengo que contarte una cosa —suelta mirándome a los ojos. Esto me da un poco de miedo, porque es capaz de decirme que sigue enamorada de mí o que volvamos—. Dame tu mano.

—¿Para qué? —Frunzo el ceño.

—Dámela, Diego. No es nada malo —insiste.

No parece que se vaya a volver histérica de un momento a otro, así que se la doy. La guía hasta su barriga y, cuando mi palma descansa sobre su vientre, lo noto ligeramente hinchado.

Aparto la mano de sopetón y miro a Natty, atónito.

—¿Qué...? ¿Estás...? ¿Cómo...? —balbuceo como un estúpido.

—Es tuyo.

Que alguien me tire un cubo de agua fría porque creo que estoy soñando,

o que aparezca Katniss con su carcaj y lance una flecha hacia la barriga de Natty para desinflarla, porque estoy seguro de que son gases.

Sin embargo, lo único que hago es reírme.

—No es verdad —consigo decir entre risas.

—Lo es —afirma—. Estoy de cuatro meses. Haz la cuenta.

Espera, espera, espera. ¿Cuándo fue la última vez que lo hice con ella? En verano. Un par de veces. Bueno, un par, no. Unas cuantas. Y usamos protección. O no...

Mi mente rebobina unos meses atrás. En una de las veces que lo hicimos fue cuando estábamos superborrachos, pero creo que me puse condón, ¿no? Ahora estoy dudando... Aunque ese niño que lleva en su vientre seguro que no es mío. Natty se habrá acostado con más tíos desde que lo dejamos. Me está engañando para que yo me haga cargo. Ella es capaz de eso y más.

—¿No dices nada? —interrumpe mi monólogo interior.

—Ah... Yo... ¿Eh?

Me he quedado de piedra. No puede ser mío.

—¿Diego?

—No es mío —es lo único que me atrevo a decir. Creo que me está dando una conmoción cerebral.

—Sí lo es. ¿Te acuerdas de aquella noche de agosto en la que estábamos muy borrachos? Recuerdo que no usamos nada.

—No es mío —repito, y trago saliva; entonces, de manera automática, me levanto de la silla y me dirijo a la salida, pero antes me choco con el camarero y le tiro la bandeja con unas cuantas tazas al suelo—. Lo siento.

Y huyo de la cafetería sin volver la vista atrás y cagado de miedo.

Capítulo 62

Ari

Estoy yendo a casa de Tania sin avisar para felicitarle la Navidad a Álvaro. Esta noche tengo cena familiar y vienen mis primas, mis tíos y mis abuelos maternos, y no me apetece nada soportarlos, sobre todo a las estiradas y criticonas de mis primas, que estoy segura de que se llevarán fenomenal con la Barbie Poligonera y se unirán para hacerme *bullying* entre todas.

Toco el timbre y espero a que alguien abra. Como nadie lo hace, vuelvo a pulsarlo varias veces más.

—¡Ya va, coño! —vocifera Álvaro desde dentro.

Sonrío y toco más el timbre hasta que consigue abrirme. Álvaro me mira con el semblante cabreado, pero en cuanto se da cuenta de que soy yo, se relaja y las curvas de sus labios se tuercen hacia arriba.

—Enana.

—Hola, Álvaro. —Siento cosquillas en el estómago—. He venido a felicitarte la Navidad, así que... ¡Feliz Navidad! —exclamo, y lo achucho entre mis brazos.

Él se ríe.

—Igualmente, Ari —responde—. ¿Te apetece pasar?

—Claro que sí.

En el salón, la tele está encendida, pero el volumen bajado, y en el sofá se encuentra la guitarra de Álvaro y una libretita con un bolígrafo.

—¿Qué hacías? —Me siento en el sofá y agarro la libreta.

Álvaro anda con las muletas, dirigiéndose hacia mí bastante rápido, y me quita la libreta de las manos.

—Nada. Tonterías —me dice, y la lanza al otro sofá.

—¿Dónde está Tania?

—Se fue ayer con su abuela a Irlanda.

—¿Entonces estás solo? ¿Con quién vas a cenar esta noche? —pregunto, curiosa.

Álvaro suelta un profundo suspiro.

—Pues conmigo mismo. Total, la Navidad me parece una gilipollez.

Ah, no. De eso nada. No pienso permitir que pase la Navidad solo.

—Arréglate, que te vienes a mi casa.

—¿Qué? —se sorprende, y frunce el ceño—. No pienso ir a tu casa.

Me acerco a su rostro despacio, lo contemplo con aires de psicópata y él se humedece los labios. El muy tontito se cree que lo voy a besar.

—He dicho que te vienes a mi casa. Punto —sentencio imitándolo en la última palabra. Le doy una palmadita en la mejilla y me separo de él.

—Joder —es lo único que sale de su boca.

—Venga, vístete en condiciones —le ordeno chasqueando los dedos—. No vas a ir en chándal y con esa camiseta gastada y con más agujeros que un queso atacado por un ratón.

Se vuelve a reír con más ímpetu y a mí me entran ganas de abalanzarme sobre él para probar sus labios. Sin embargo, la razón borra esa idea de mi cabeza de manera tan fugaz como lo que dura una tableta de chocolate en la nevera de mi casa cuando tengo la regla.

—Está bien. Me pondré irresistible.

«Siempre estás irresistible».

Álvaro se marcha con la ayuda de sus muletas para arreglarse, y yo me quedo sentada en el sofá sin saber lo que hacer, aparte de mirar la tele sin prestarle atención.

Decido enviarle a mi hermano un mensaje para que nos venga a recoger.

YO: «¿Puedes venir a recogernos a Álvaro y a mí a casa de Tania cuando vayas a buscar a Almu?»

Sí, también se va a venir a cenar la novia de mi hermano. Van bastante en serio. Todavía estoy flipando de que tenga una novia. Ya mismo sonarán las campanas de boda y me tendré que vestir de niña tonta con tacones.

Pablo me responde a los cinco minutos.

PABLO: «¿Lo has invitado? ¿Pero no habéis roto?»

YO: «Sí. Cállate y ven»

PABLO: «Ok, ok»

Mientras tanto, me pongo a ver vídeos en YouTube hasta que aparece

Álvaro, duchado, vestido y para comérselo. Viste una camiseta azul marino con el cuello en pico, sus vaqueros negros ajustados, sus Nike blancas de siempre (aunque ya las tiene muy estropeadas), y la chaqueta de cuero negra que le regalé por su cumple.

—Ya estoy —dice, y se pasa una mano por el pelo húmedo, en plan sensual.

Yo reprimo un jadeo.

—Mi hermano va a venir a recogernos ahora. ¿Ya estás listo? —consigo decir, mirándolo como una estúpida babosa que necesita babero.

—Bueno... Creo que sería mejor dejarme la pierna aquí.

Me río como una descerebrada.

—Pero no se puede. Tendrás que llevarla.

Un mensaje en mi móvil nos interrumpe.

PABLO: «Ya estoy abajo. No tardéis en vestiros...»

Maldito hermano.

—Pablo está esperándonos. Vamos. —Me levanto del sofá, me acerco a Álvaro, me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla.

Nos marchamos de la casa de Tania y bajamos en el ascensor, pero el perfume de Álvaro me está matando. Me encantaba que se me pegara su olor siempre que llegaba a casa después de pasar el día juntos, y creo que estoy echando mucho de menos todo eso; parece que han pasado mil años.

Llegamos al coche y ayudo a Álvaro a meterse en el asiento trasero, no sin antes cagarse en todo.

—¿Cómo vas con tu pie? —le pregunta mi hermano; su novia se encuentra a su lado, en el asiento del copiloto.

—Como una puta mierda —responde Álvaro.

Mientras Pablo conduce en dirección a mi casa, en la radio suena la canción *Emocional*, de Dani Martín. Álvaro y yo nos miramos a la vez y sonreímos al escuchar nuestra canción.

—Ay, me encanta esta canción —comenta Almu, y sube el volumen.

Una vez que llegamos al infierno de casa, mi madre viene a saludarnos. Sin embargo, se sorprende al descubrir a Álvaro en el recibidor.

—Lo he invitado a cenar. No te importa, ¿verdad? —le suelto a la sargento antes de que le entre el exorcismo.

—¿Cómo me va a importar? —dice sonriendo, y le da dos besos a Álvaro.

Me parece que hoy se ha levantado simpática. O eso, o ya lleva unas cuantas copas de más—. Bienvenido.

—Gracias, señora —le contesta Álvaro muy educado, y me aguanto la risa.

Mi madre me lanza una mirada.

—Ariadna, ¿puedes venir un momento a la cocina?

Uy, tanta simpatía me parecía extraña. La madre sargento va a empezar con su exorcismo.

—Claro —le contesto, y miro a Álvaro—. Acomódate en el sofá mientras tanto.

Él asiente y yo sigo a la sargento hasta la cocina.

—¿Has vuelto con él? —quiere saber, seria y de brazos cruzados.

Pongo los ojos en blanco.

—Sólo lo he invitado para que cenara con nosotros.

—¿Y vais a volver?

¿A qué vienen tantas preguntas patéticas?

—Pues... No lo sé... No creo.

Sí que quiero volver con él, pero quizá dentro de un tiempo. Ahora mismo necesito espacio, porque ni yo misma me aguanto.

Mi madre hace una mueca de desagrado.

—No quiero que cometas errores, Ariadna.

No me apetece que la cena de Navidad se convierta en una disputa entre mi madre y yo sobre lo importante que es no fallar nunca.

—De los errores se aprende, mamá —le espeto remarcando la última palabra, y me largo de la cocina.

Me siento junto a Álvaro mientras vienen mis familiares. Mi madre prepara la comida con su novio, y mi hermano y Almudena ponen la mesa.

—¿Te apetece algo de beber? —le pregunto a Álvaro.

—No, gracias.

Presiento que va a ser una cena de lo más incómoda, así que prendo la televisión para bajarle la tensión al ambiente.

—¿Tu madre te ha dicho algo de mí? —inquire.

—Me ha recitado por millonésima vez en toda mi vida que no cometa errores —le respondo haciendo muecas de burla.

—Y el error soy yo —deduce con expresión pensativa.

—No lo eres. —Lo miro a los ojos y siento unas ganas inmensas de besarlo. Otra vez.

Y en este momento es cuando el timbre interrumpe nuestra conversación tan estúpida y mis ganas de volver a probar sus labios. Aparece en el salón la familia feliz: mi madre, Alfonso, Mónica, mis tíos, mis dos primas gemelas descerebradas y mis abuelos. Me levanto de inmediato y ayudo a Álvaro a hacer lo mismo para recibir a los invitados.

—¿Tu abuela lleva botox? —me pregunta en un susurro.

—Sí. —Suelto una risita. Me hace gracia que se haya fijado en eso—. Es mi madre, pero en señora mayor.

—Joder, es la matriarca de las sargentos.

Me vuelvo a reír y le pego un guantazo en la tripa.

—Cállate. Vayamos a saludar.

Nos acercamos a ellos y les doy dos besos a cada uno.

—Estás muy mayor, Anita —me dice mi abuelo.

—Soy Ari, abuelo. Ana es tu otra nieta.

Siempre me ha parecido gracioso que confunda los nombres de mis primas y el mío a pesar de que no me parezca en nada a ellas.

Mi abuela empieza a juzgarme, recorriéndome con su mirada de arriba abajo. Noto a Álvaro algo incómodo a mi lado.

—Has adelgazado desde la última vez que te vimos —me indica mi abuela.

—Quizá sea porque no me veis desde el entierro de mi padre —le digo fingiendo una sonrisa. Ni siquiera me han llamado una sola vez en todos estos años ni fueron a visitarme al hospital. Decido cambiar de conversación—. Pero bueno, no importa. Os presento a Álvaro.

Mis primas se acercan con sus vestidos de barbies para cotillear y comerse a mi exnovio con los ojos.

—Mucho gusto —dice Álvaro. Parece que hoy ha desayunado educación y modales.

—Oh... —se sorprende mi abuela, pero sin mover los músculos de su cara porque no puede—. ¿Quién es?

—Mi novio —contesto, orgullosa, y me agarro al brazo de Álvaro.

—¿Qué te ha pasado en la pierna, muchacho? —le pregunta mi abuelo.

—Tuve un accidente con la moto.

—Menudo fichaje —murmura mi abuela por lo bajo, y yo le dedico una sonrisa más falsa que su cara de veinteañera.

—Hay que tener cuidado con esas cosas —interviene mi abuelo.

—¿En serio te has echado un novio? Creía que te ibas a morir virgen —

salta una de mis primas, que es la que se llama Ana.

—¡Y vaya con el novio! Menudo desperdicio —dice la otra.

—¿Sí, verdad? ¿Me tenéis envidia, primitas? —inquiero con mi sonrisa falsa—. Vuestra prima, la gorda y patética, tiene un novio que muchas desearían tener.

Las dos me contemplan entornando los ojos y con sus labios dibujando una fina línea.

—Ariadna, cariño, compórtate. Esa no es manera de tratar a unas primas. —Mi madre también ha decidido ponerse la máscara de la falsedad esta noche—. ¿Cenamos?

Los demás asienten, incómodos.

—Creo que ya estoy empezando a ver doble —me susurra Álvaro al oído, refiriéndose a mis primas, y yo me río.

Álvaro se sienta a mi lado y, frente a mí, se colocan mis abuelos mientras mi madre preside la mesa. Doy gracias por que Pablo se haya sentado a mi otro lado junto con su novia. A mis primas las tengo lo más lejos posible, y a Mónica, lo mismo.

La absurda cena comienza y el primer tema de conversación es la carrera que están haciendo mis primas. Mis tíos presumen de que han matriculado a sus hijas en Derecho en una universidad privada, donde estoy segura de que no harán ni el huevo y aprobarán repartiendo cheques podridos de dinero. A mis abuelos se les pone cara de tontos y por poco se les cae la baba con sus nietas cuando cuentan que han sacado matrícula de honor en todas las asignaturas del primer año. Y yo tengo que hacer un esfuerzo para no vomitar por ser todos tan estúpidos.

—¿Y tú, Ari? Ya mismo irás a la universidad, ¿no? —me pregunta mi abuelo.

Parto un trozo de cordero y me lo meto en la boca; después mastico con tranquilidad, pero antes de responder, mi madre lo hace por mí.

—¡Por supuesto! Se va a matricular en Derecho, como la tradición familiar. Es muy buena estudiante.

Por poco me atraganto con el trozo de carne, así que bebo agua antes de morir ahogada. Álvaro no aparta sus ojos de mí y se comunica conmigo con su mirada. Está pensando que mi madre está loca y que no le haga caso, que estudie lo que me dé la gana.

—Bueno... Aún no lo tengo decidido —intervengo mirando a mis abuelos, que me observan, perplejos.

—Yo quiero dedicarme a la música —suelta Álvaro—. Ya sabéis, hacerme famoso, cantar por todos los países y firmarle autógrafos a las fans.

Sonrío, satisfecha. A mi abuela le va a dar un patatús de un momento a otro, y mi madre no deja de sonreír, incómoda y falsa.

—Ese mundillo no me gusta a mí —comenta mi abuela llevándose la mano a su collar de perlas—. Los famosillos tienen muy mala vida; sólo están drogándose hasta que se mueren por una sobredosis.

Maldita abuela. ¿Cómo puede opinar eso de gente que ni conoce? ¡No todos los famosos se drogan! Además, que Álvaro se haya estado drogando no lo convierte en un toxicómano, algo de lo que nadie de esta mesa está enterado, excepto yo.

La tensión se puede palpar en el ambiente ahora mismo. Todos los presentes permanecen atentos a la disputa entre mi abuela y Álvaro.

—No todo el mundo elige la mala vida, señora —le responde Álvaro, y por su tono, sé que le ha sentado mal el comentario de mi abuela.

—Qué poco sabes de la vida, muchacho. No vais a durar mucho juntos —dice ella señalándonos a Álvaro y a mí.

Mi exnovio se carcajea, y entonces Alfonso cambia de tema.

—¿Qué tal está la cena? ¿Os gusta?

Mi abuelo asiente, pero mi abuela continúa de vieja crítica.

—Bueno... Se podría mejorar. El cordero está muy seco.

Alfonso esboza una educada sonrisa.

Juro que me voy a levantar y le voy a arrugar la cara a mi abuela como si fuera una pelotita de papel de periódico. Mi madre se ha lucido este año invitándolos, y encima no para de reírse con nerviosismo.

Álvaro coloca su mano encima de mi muslo y me sonrío. Creo que se lo está pasando en grande con mi familia y lo locos que están.

—¿Y qué hicisteis este verano? ¿Os fuisteis de vacaciones? —se interesa mi tía.

En el manicomio. Muy buenas vacaciones, por cierto. Estoy deseando regresar.

—Nos hemos quedado aquí, disfrutando de la playa y de la ciudad —responde mi madre, y noto que se ha puesto más nerviosa.

La debilidad de la sargento siempre ha sido que mis abuelos estén orgullosos de ella, no hay más que ver su comportamiento de estirada y falsa, que parece un flan por los temblores que tiene al cortar el cordero.

—Y visitándome en el manicomio; acuérdate, mamá —le digo, y me gano

las miradas de todo el mundo.

—¿Manicomio? —inquire mi abuela sin entender nada.

—Sí, abuela —le contesto sosteniendo mi cuchillo y moviéndolo mientras hablo—. Ese sitio donde internan a los locos cuando están muy idos de la mente y les arreglan la cabeza para que estén menos desequilibrados.

Álvaro ahoga una risita ante mi cómica explicación y me acaricia el muslo con cariño.

—Ariadna —me llama mi madre, y su expresión es de terror, lo que me confirma que mis abuelos no sabían nada de mis vacaciones en el psiquiátrico. Se avergüenza de mí y de lo que me pasó. Esto es increíble.

Y ahora, mis tíos, mis primas y mis abuelos se quedan con la boca abierta, esperando a que se les cuele un abejorro.

—¿Estuviste en un manicomio? —Mi abuela continúa sin creérselo.

—No le hagáis caso —salta mi madre hecha un flan—. Tiene mucha imaginación. Ya sabéis cómo son las adolescentes de hoy en día.

La mano de Álvaro permanece en mi muslo, acariciándome con delicadeza para que no me entre la vena de ira y la líe en la cena de Nochebuena.

Miro a mi madre con odio.

—¿Te avergüenzas de tu propia hija? —inquiero levantando la voz; después dirijo mi vista hacia los demás—. Sí, durante todo el verano he estado ingresada en un hospital psiquiátrico por bulimia, no en un manicomio como tal. Estaba tan loca que me daba unos atracones para flipar y luego vomitaba toda la comida, hasta que un día me dio por rajarme la muñeca. Pero ya estoy recuperada y muy orgullosa por ello, algo que a mi madre, al parecer, no le ha sentado demasiado bien y ha preferido ocultároslo.

—Ariadna... —mi madre vuelve a pronunciar mi nombre con voz apagada.

—Ahora no, mamá —la detengo, y me levanto de la silla, quitando la mano de Álvaro de mi muslo—. Estoy muy cabreada. —Me marcho del salón, dejándolos a todos atontados, y subo a mi habitación para tirarme en plancha sobre la cama y tranquilizarme.

Segundos después, mi cerebro me recuerda que he dejado a Álvaro plantado en la cena, con la familia perfecta de película que emiten por la tele los sábados por la tarde, así que decido regresar al salón a por él, porque no puede subir hasta mi cuarto.

Cuando aparezco, todos se callan de repente y doce pares de ojos se posan

en mí. Me acerco al oído de Álvaro y le susurro:

—¿Vamos fuera?

Asiente. Se levanta con cuidado y salimos al porche. Lo ayudo a sentarse en las escalerillas y yo me pongo a su lado.

—Te lo has estado pasando pipa, ¿verdad? —le digo, y coloco mi cabeza en su hombro.

Él suelta una carcajada y noto su vibración por todo mi cuerpo.

—Tienes una familia muy cómica. —Me acaricia la mejilla—. Has estado genial con tu discursito del hospital. Muy emotivo, casi te aplaudo. Todos se han quedado flipando en colores.

—Oh, gracias. También te habré puesto cachondo. —Lo miro, divertida—. ¿Me equivoco?

El rostro de Álvaro se transforma en seriedad, y entonces clava sus ojos castaños en los míos.

—A mí me pones cachondo siempre.

Aproximo mi rostro al suyo y mis labios se funden con los suyos.

Capítulo 63

Álvaro

En cuanto Ari me besa, nos interrumpe la melodía de su móvil y ella se separa de mí al instante. Yo suelto un bufido.

—Perdón... —se disculpa, y saca su teléfono del bolsillo de su chaqueta.

—No lo cojas.

Mira la pantalla.

—Tengo que hacerlo. —Descuelga y contesta con una sonrisa—: ¡Feliz Navidad, Diego!

Al oír ese nombre, las ganas de vomitar son reales. Hasta cuando el Fruiti se va de viaje, no deja de ser una jodida almorrana molesta.

—Estoy cenando con mi familia y con Álvaro —parlotea Ari—. ¡Qué bien! Tengo muchas ganas de que regreses. —Hace una pausa y frunce el ceño—. ¿Qué cosa me tienes que contar? No puedo esperar a saberlo. ¿Es muy fuerte? Como tenga que ver con la psicópata de tu ex, ya sabes lo que soy capaz de hacerle. —Suelta una risita—. Tengo a Álvaro a mi lado, ¿quieres decirle algo?

Ni de coña. Que le diga que no. No tengo ganas de escuchar la voz de pijo con acento catalán de la almorrana.

—No —le susurro a Ari, pero no me hace caso y me planta su móvil en la oreja. Yo lo agarro con mi mano para que no se estampe contra el suelo, y no me queda más remedio que saludar al pijo—. Hey, almorrana. ¿Ya has cenado tu lechuguita y tu tomatito? Porque no puedes comer carne, ¿verdad?

Diego suelta una carcajada y Ari me mira sonriendo.

—He cenado pinchitos de tofu y lasaña de verduras.

Hago una mueca de asco al oír eso, que ni siquiera es comida normal. ¿Desde cuándo a una lasaña se le llama lasaña sin su carne picada? Y el tofu nunca lo he probado, pero tiene que estar asqueroso.

—Eso da mucha grima —le digo.

—Está muy rico —contesta con desdén—. Por cierto... ¡Feliz Navidad, tarambana!

—Igualmente, Fruiti. Aunque me sigues cayendo mal.

—Tú a mí también, eso no va a cambiar nunca. —Se ríe como gilipollas.

—No sabes cuánto me alegra oír eso —le respondo con sorna, y observo a Ari poner los ojos en blanco—. Te vuelvo a poner con Ari. —Y le devuelvo el teléfono a mi amor.

Ari continúa hablando con la almorra unos minutos más mientras me entretengo mirando el Facebook, hasta que se despiden y ella se guarda el móvil en el bolsillo.

—Lo siento, tenía que responder —se vuelve a disculpar, y yo hago un ademán con la mano, quitándole importancia al asunto.

De pronto, un mensaje nos llega a ambos a la vez. Desbloqueo mi teléfono y leo lo que me ha enviado John.

JESUCRISTO: «¡Cadena! Espero que disfrutes de esta Navidad y del Año Nuevo con los que más te importan, y que Dios venga cargado de amor, salud y felicidad en 2017 para ti y todos tus seres queridos. Que el Señor te acompañe en los buenos y malos momentos y que te cuide allá donde vayas. Envía este mensaje a las quince personas más importantes de tu vida y que no quieres perder en 2017. Reenvíamelo a mí si soy importante para ti y si no me quieres perder. ¡Feliz Navidad y que Dios te bendiga!»

Menuda gilipollez de mensaje.

YO: «Qué pesado eres con las malditas cadenas»

A los pocos segundos, me llega un mensaje de Ari, que es, nada más y nada menos, la dichosa cadena de John. Sonrío mirándola y le reenvío el texto.

—Te lo acaba de enviar John, ¿verdad? —le pregunto, y ella asiente.

—¿A ti también?

—Es un pesado.

Cuando está el ambiente más calmado con su familia, volvemos a entrar en su casa y nos comemos el postre mientras se habla de trivialidades, aunque continúa habiendo un poco de tensión, sobre todo con Isabel.

Me parece increíble que Lucifer le haya ocultado a su familia que Ari ha estado ingresada en un hospital psiquiátrico. ¿Qué pensaba? ¿Que podría ser una deshonra para la vieja con la cara llena de botox, que parece que le va a

explotar de un momento a otro si se digna a sonreír? Si antes no me caía bien la madre de Ari, con lo de hoy se ha llevado la palma.

—Papá Noel ha dejado un regalo para ti —me susurra Ari cuando nos despedimos de su familia.

Sonrío, sorprendido. Estamos sentados en el sofá con la tele puesta, pero sin verla.

—¿Ah, sí?

Ari asiente y se levanta del sofá para acercarse al árbol de Navidad, que se encuentra en una esquina del salón con las luces encendidas, y enseguida regresa a mi lado con un regalo.

—Espero que te guste. —Me lo tiende con expresión ilusionada y se sienta a mi lado de nuevo.

Rompo el envoltorio del regalo tan feliz, como si fuera un niño pequeño, y me encuentro con una caja, que la abro y aparecen unas Nike blancas, parecidas a las que tengo yo, que ya lucen bastante gastadas y estaba pensando en comprarme unas nuevas.

No dejo de sonreír como un retrasado.

—Muchas gracias, enana. —La rodeo con mis brazos e inhalo el olor a coco de su pelo.

—No me las des. Ya te hacían falta renovarlas.

Joder, y yo no le he comprado nada. Si es que con el pie así no puedo salir a ningún sitio, pero eso no es excusa... Podría haberle pedido a Tania que me llevara en coche a alguna tienda o le hubiera pedido algo por Internet, pero no sabía que me iba a regalar nada. Ahora he quedado mal. Seguramente Ari se sentirá decepcionada cuando se entere de que no va a recibir nada por mi parte.

Me separo de ella y la miro, avergonzado.

—Yo... No te he comprado nada. Lo siento.

Suelta una carcajada.

—¡No importa! Yo sólo quería darte un detalle. Además, no estabas obligado a regalarme nada.

Me acerco a su boca, la beso lenta y profundamente y, en este instante, el tiempo se detiene. No tengo ni idea si volveremos a estar juntos, pero ahora mismo, quiero a Ari a mi lado.

—Ariadna. —La madre de Ari irrumpe en el salón y nos separamos como acto reflejo—. Creo que ya es hora de que las visitas se terminen. Es muy tarde. —Me mira de brazos cruzados—. Deberías marcharte a tu casa,

Álvaro. Te pido un taxi para que te sea más cómodo.

—Ya me iba, señora. Estaba despidiéndome de Ari —le respondo.

—¿Y por qué no se queda a dormir en casa? —suelta mi amor—. Es muy tarde y no puede andar, mamá.

—No hace falta, Ari —le digo. Lo último que quiero es ser una molestia.

La sargento debate un momento consigo misma y suelta un suspiro.

—De acuerdo, pero que se quede en el sofá. —Isabel mira a su hija—. El pestillo de tu habitación lo quiero cerrado. —Después posa sus ojos en mí—. Y a ti te quiero pegado al sofá toda la noche. ¿Entendido?

—Oh, mamá. ¡Cómo si Álvaro pudiera subir las escaleras tan fácilmente! —exclama Ari negando con la cabeza.

—Pero por si acaso —interviene su madre—. Buenas noches. —Y se larga del salón. El ruido de sus sonoros tacones al subir las escaleras hace retumbar toda la casa y, por último, se oye una puerta cerrarse en la planta de arriba.

Ari da palmaditas como una chiflada.

—¡Voy a traerte mantas! —chilla. Me da un beso en la mejilla y se marcha, para, minutos después, volver con tantas mantas como si quisiera tapar a un equipo de fútbol entero, instalado en mitad del Polo Norte.

—Caray, no me digas que traficáis con mantas —bromeo, y ella las coloca sobre el brazo del sofá.

—Cállate. No quiero que pases frío. Esta casa está helada —me dice—. Túmbate.

—Puedo hacerme la cama yo solito.

—Y yo te digo que te tumbes —me ordena con su voz de sargento, que la lleva en los genes.

Finalmente, le hago caso y me acomodo en el sofá con mi pie hecho una mierda. Ari me empieza a tapar con el millón de mantas que ha traído, como si yo fuera un bebé.

—Si necesitas cualquier cosa, me mandas un mensaje y bajo como un cohete si no estoy muy dormida —me dice, y me da un beso en la frente—. Buenas noches, Álvaro.

—Descansa, Ari.

Los besos en la frente sólo se les da a los que están en la *friendzone*.

Y no me gusta nada.

* * *

—Álvaro, Álvaro —me llama alguien mientras estoy en otro planeta roncando.

—Mmm...

Siento que me zarandean para que me despierte del todo, y consigo hacerlo. La primera imagen que veo es la cara de la madre de Ari sin maquillaje por primera vez en toda mi vida.

Me incorporo y me restriego los ojos.

—¿Qué quieres, Isabel?

La sargento se sienta a mi lado, en pijama y con el pelo perfectamente peinado, algo que no me sorprende. También sostiene unos papeles en las manos.

—Quería hacer un trato contigo.

—¿Qué?

Miro la hora en mi móvil: las cuatro y media de la madrugada. Ha elegido una hora muy buena para hablar conmigo, justo cuando estoy de lo más lúcido.

Intento espabilarme y despertar mis sentidos todo lo que puedo, pero continúo muriéndome de sueño. Isabel carraspea y comienza con lo que sea que está tramando.

—Voy a ser muy clara —dice bastante seria—. ¿Cuánto dinero quieres por no volver a acercarte a Ariadna?

Me despierto completamente al oír semejante barbaridad; entonces la miro, furioso.

—¿Me está prohibiendo verla?

—Sí —contesta con decisión—. No te quiero cerca de ella. Yo te agradezco mucho todo lo que has hecho y por haberla apoyado con su enfermedad, pero no quiero que cometa más errores contigo. Sólo vas a traerle problemas y no quiero eso para mi hija. ¿Cuánto quieres?

Me río en toda su cara.

—No quiero nada porque no voy a alejarme de ella. ¿En serio creías que iba a ceder? Ni por todo el oro del mundo. Además... No soy yo el que se avergüenza de ella.

Finge una sonrisa más falsa que la camiseta que le vi un día en el colegio a Sergio, que ponía *Aclidas*, en vez de Adidas.

—Oh, venga. Estás sin trabajo y sin padres, Álvaro. ¿Cuánto tiempo crees que vas a poder aguantar así?

Un momento... ¿Cómo se ha enterado esta mujer de lo que ha pasado en mi vida? Dudo mucho que Ari se lo haya contado.

—¿Cómo sabes...?

—Se dice el pecado, pero no el pecador. —Clava sus ojos en los míos y luego escribe algo en un papel, que lo arranca y me lo tiende—. ¿Cinco mil?

Me cago en mi vida. Que alguien se lleve a esta mujer de aquí o la lío parda. Me estoy poniendo de muy mala hostia, lo digo en serio.

Lo siguiente que hago es quitarle el cheque de las manos de un tirón y romperlo en mil pedazos.

Y, de nuevo, sonrío.

—Qué valiente —murmura.

Estoy a punto de irme de esta casa. Voy a coger las muletas y me iré caminando a casa de Tania yo solo, aunque tarde horas en llegar y sea de madrugada.

—¿Qué coño te pasa conmigo? —exijo saber.

Ni siquiera se le borra esa estúpida sonrisa de la cara.

—No me pasa nada. Sólo no quiero que mi hija esté con alguien sin futuro y que le va a dar muchos problemas.

Inhalo y exhalo unas cuantas veces muy despacio.

—Eso no lo sabes. Ni siquiera estamos juntos.

—Pero volveréis. Ya me conozco esta historia como la palma de mi mano.

—Eres una mierda de madre. Le pienso contar a Ari esto.

—No tan rápido, muchachito. —Me señala con su delgado dedo índice—. Que tengo una propuesta mejor.

—¿Me voy a reír otra vez? —me burlo, y ella me dedica una mirada arrogante.

—No —responde; entonces dispara—: Si no vuelves a acercarte a mi hija, puedo ayudarte a buscar a tus padres biológicos.

Esas palabras me acaban de golpear con fuerza los oídos. Dudo mucho que no empiecen a sangrarme en cuestión de segundos.

—Buena oferta, ¿eh? —suelta.

Me he quedado estupefacto. Ni siquiera tengo palabras para explicar lo que estoy sintiendo en mi interior.

—No me interesa lo más mínimo —consigo decir.

La verdad es que me da igual no saberlo. No quiero conocerlos, porque sé que los odiaría al instante. Y mucho menos voy a aceptar el chantaje de esta

mujer y alejarme de Ari por buscar a mis verdaderos padres. A Ari creo que le sigo importando; a las personas que me abandonaron, no. Además, si algún día me entra curiosidad y decido buscarlos, jamás recurriría a esta mujer para que investigase.

Isabel se esconde un mechón de su pelo rubio de bote detrás de la oreja.

—¿De verdad? ¿No te interesa descubrir de dónde vienes?

—Me importa quién soy y en quién me convertiré dentro de unos años, no de dónde vengo. El pasado es sólo eso: pasado.

Joder, menuda frasecita me he marcado. Soy un maldito pensador.

Sin embargo, la mujer continúa sonriendo con su arrogancia asquerosa.

—Muy bonito tu discursito. ¿Y el presente es presente y el futuro es futuro? —se mofa—. La próxima vez que quieras parecer inteligente frente a mí, piensa muy bien tus palabras.

Menuda cabrona.

—¡Moon! ¡Moon! ¡Moon! —oigo a Ari gritar por la casa, junto con el sonido de sus pasos—. ¿Dónde estás? —Aparece en el salón, atacada de los nervios y respirando de forma entrecortada—. ¡Moon no está en casa! —chilla mirándonos a Isabel y a mí—. ¿La habéis visto?

La sargento se levanta del sofá y se plancha con sus manos las arrugas de su pijama.

—No, hija. ¿Qué ha pasado?

—¡Me he levantado para hacer pipí, pero cuando he vuelto a mi habitación, ya no estaba! ¡No está por ningún rincón de la casa!

—¿Te has dejado alguna ventana abierta? —le pregunto a Ari, que me mira y cierra los ojos para soltar un bufido.

—Sí, la de mi habitación.

—¿Y se puede saber qué hacías con la ventana abierta a las tantas de la madrugada? —la riñe Isabel poniendo sus brazos en jarras.

Ari se queda callada y con la mirada fija en el suelo. Por su expresión, llego a la conclusión de que ha estado fumándose un cigarrillo en el tejado.

—Tenía calor —miente.

—Aparecerá cuando menos te lo esperes —la intento calmar.

—Voy a ir a buscarla a la calle.

—¡Ni se te ocurra, Ariadna! Mañana temprano vas. Ahora es muy tarde —interviene Isabel con su tono autoritario—. Es sólo un gato.

—¡No pienso quedarme de brazos cruzados! ¡No quiero que le pase nada a mi hija! —grita Ari, y sale de la casa de manera apresurada.

—¡Ariadna! —la llama su madre, aunque Ari ya no la oiga. Después ladea su cabeza en mi dirección, que continúo apalancado en el sofá con las mantas por encima—. ¿Te vas a quedar ahí sentado?

Como bien sabe esta señora, estoy medio cojo y se me hace complicado andar, aunque sólo sea medio metro de distancia. Pero como soy lo bastante calzonazos con Ari y no quiero que le ocurra nada malo a casi las cuatro de la madrugada, decido coger mis muletas y salir en su búsqueda a paso de tortuga.

Espero que no haya ido muy lejos.

La llamo a voces en mitad de la calle hasta que la encuentro buscando a Moon en unos contenedores de basura. No creo que la gata se haya escondido en un sitio así; esa cosa es lo bastante lista como para estar rodeada de basura.

Seguimos buscando a la maldita gata fugitiva por los alrededores, pero no damos con ella. Ari está lo bastante desanimada, pensando que le ha pasado algo malo a Moon. Finalmente, la convengo para ir a buscarla mañana con la luz del sol.

* * *

Hemos estado toda la mañana buscando a la gata, pero tampoco ha habido suerte. Ari está empeñada en que alguien la ha envenenado o la ha atropellado algún coche, pero yo pienso que la habrá robado algún niño para decir que es su regalo de Papá Noel. En nuestra excursión nos han acompañado Chris y John, que resulta que se van dentro de dos días a Italia, con la familia de este último, para celebrar el Año Nuevo.

No le he comentado nada a Ari de lo que me dijo su madre anoche; no quiero que haya más tensión entre ellas. Ahora estoy yendo a mi casa de las afueras, porque no me apetece quedarme en la de Tania a solas. Necesito estar en un sitio al que considero hogar. Mi madr... Virginia me ha enviado un mensaje felicitándome la Navidad, y mi no-padre también, pero a los dos los he dejado en visto.

Me bajo del autobús y me siento con cuidado en el banco de la parada antes de entrar en mi casa, para fumarme un cigarrillo. Un perro enano y pulgoso se acerca a mí, cojeando, y se sienta a mis pies. No deja de mirarme con sus grandes ojos, su apetosa lengua sacada y moviendo la cola.

—¿Qué coño miras? —le espeto, pero él continúa con sus grandes ojos

clavados en mí, como si estuviera feliz de verme, así que le sigo hablando como un chalado mientras me termino el cigarro. Doy gracias por que no haya nadie en la parada—. ¿Tus padres te han abandonado? Los míos también lo hicieron conmigo, no te preocupes. Seguirás adelante como lo he hecho yo. Encontrarás a una perra guapísima con los ojos verdes, que te tratará como un objeto y lo dejaréis. Tú caerás en una profunda tristeza y te empezará a drogar cuando te enteres de que las personas con las que vives te adoptaron.

El perro me contempla muy atento, como si de verdad estuviera entendiendo mis palabras, y yo me siento ridículo hablando con un chucho en mitad de la calle.

Me termino el cigarro, tiro la colilla al suelo y me levanto del banco. Conforme voy caminando, acompañado de las muletas, me doy cuenta de que el pulgoso me está siguiendo.

Me doy la vuelta y él se detiene sin dejar de mirarme.

—¿Por qué me sigues? ¡Vete! —le digo, y lo intento asustar con una muleta, pero no hace caso; sólo solloza y me mira con lástima—. ¿Qué pasa? ¿No me escuchas o qué? ¡Que te vayas, perro apestoso!

Reempiendo mi camino con el jodido chucho persiguiéndome como cual psicópata, y llego a mi casa. Le cierro la puerta en las narices y me acomodo en el sofá con la pierna en alto. Menos mal que en unos pocos días me quito la escayola y volveré a andar casi con normalidad.

Termino tres capítulos de *Anatomía de Grey*, en los que uno de los personajes ha perdido una pierna por culpa de un accidente de avión, y me echo a reír porque yo no paro de quejarme de mi simple esguince; después me asomo a la mirilla de la puerta y el perro aún no se ha ido. Se ha quedado dormido en mi porche, el muy cabrón o cabrona, porque no sé qué sexo tiene esa bola de pelo. Decido abrirle la puerta y se despierta de repente. Se acerca a mí sin dejar de cojear, me mira con sus tan característicos ojos de pena y meneas su cola.

Qué hijo de puta. Quiere que lo adopte, pero no lo pienso hacer. No quiero perros. No me gustan los animales desde que una vecina mamona y amargada envenenó a mi Firulais cuando yo tenía doce años porque se cagaba en su jardín. El chucho era un Golden Retriever más inteligente que cualquiera. Mimi y yo lo pasamos bastante mal con su muerte y lo enterramos en el jardín de la casa de mi no-padre.

—¿Tienes hambre, campeón? —le pregunto al cachorro.

Me agacho, apoyando el jodido pie en el suelo y le acaricio la cabeza al perro. Él me babosea la mano con su lengua y sonrío. Le estudio la pata con la que cojea y observo que tiene una herida en carne viva.

Joder, no pienso ablandarme. No puedo reemplazar a Firulais.

—Entra, pequeño —le digo.

Me sigue hasta la cocina, donde le echo agua en un tazón que uso para comer mis cereales, y le troceo unas salchichas en un plato. Se lo come todo sin masticar, lo que me hace pensar que lleva muchísimas horas sin meterle nada a su cuerpecito.

Le vuelvo a acariciar la cabeza.

—No puedo hacerme cargo de ti, pero sé de alguien que se pondría muy contenta contigo en su vida —hablo con el chucho—. Mañana te llevaré al veterinario para que te curen esa patita, ¿vale?

Me ladra como respuesta y yo me río. Tiene pinta de rondar los dos meses y de haber sido abandonado. Creo que es un cachorro de Pastor Alemán o algún cruce con esa raza, pero no entiendo mucho de esto, así que me estaré equivocando.

¿Por qué la gente tiene animales si luego los deja tirados en la calle? No me lo explico. Lo mismo pienso con el tema de tener hijos, que luego los dan en adopción sin saber el futuro que le espera a ese niño. O a esos mellizos... Mejor hubiera sido que los abortaran si no los querían.

Aunque pensándolo bien, si me hubiesen abortado, yo no estaría aquí para intentar cambiar el mundo... En realidad he tenido suerte de que mis no-padres me adoptaran, pero aún necesito tiempo para digerirlo.

—¿Qué nombre te puedo poner? —pregunto. El perro vuelve a ladrarme y lo acaricio mientras pienso en cómo llamarlo—. ¿Tomate?

Otro ladrido como respuesta.

Pues ya está: Tomate.

Capítulo 64

Chris

Si creía que había llegado al máximo de mi locura, estaba equivocado. Me encuentro en el avión, volando hacia Italia para conocer a toda la familia de John. Al final, su madre ha accedido porque mi novio la ha amenazado diciéndole que, si no iba yo, él tampoco. Pero eso sí, ha puesto una condición: nada de mostrar nuestro afecto delante de todos y que me presente como un amigo.

Y yo pienso una cosa... ¿Quién diablos invita a un simple amigo a pasar el fin de año con su familia en otro país? Ni siquiera los que son mejores amigos harían algo así. Presiento que los familiares cristianos de John van a sospechar; imagino que no serán tan tontos.

—Chris... No me quites la mano —me susurra John medio dormido, abrazado a mí y con su cabeza apoyada en mi cuello. No me he dado cuenta de que había apartado mi mano de la suya para comerme las uñas, mientras le daba vueltas a la cabeza a la vez que él roncaba.

—Perdón. —Se la vuelvo a dar.

—Voy a tener que poner vinagre en tus uñas para que dejes de comértelas —me dice, y me da un beso en la mano.

—Lo he intentado todo, pero nada funciona con mi manía.

—Te ataré las manos y te pegaré los labios con pegamento.

—Eso suena a fantasía sexual. —Sonrío, y John levanta su cabeza y me da un pico.

Su madre, que ocupa el asiento que hay al lado de mi novio, carraspea.

—¿Qué hemos dicho de las muestras de afecto?

—Lo siento, mamá —se disculpa John, y se separa de mí.

Bufo y él me mira esbozando una sonrisa; después me saca la lengua.

—Sois unos pecadores —musita Toni en mi oído, que está sentado a mi lado. El condenado se ha pillado el asiento de la ventana—. ¡Al infierno con Satanás! —grita en mitad del avión, y yo le doy un golpe en la nuca.

—Toni, vas a estar castigado sin salir hasta que volvamos a Málaga —lo riñe su madre.

John y yo nos volvemos a dar la mano por debajo de una mantita que hemos cogido para taparnos, y esperamos a que el avión aterrice.

* * *

Si lo de venir a Italia para conocer a la familia de John es una ida de olla de las grandes, lo de ir a misa con sus padres es ya algo supersurrealista.

—Si empiezo a arder dentro de la iglesia, que no te extrañe —le informo a John.

—No digas estupideces. Todo el mundo es bienvenido en la casa del Señor.

Suelto una carcajada.

—Si yo invitara a todo el mundo a mi casa, ya me habrían robado hasta los calzoncillos usados.

—Cállate. —Me da con su puño en la tripa.

Ayer, después de aterrizar en el aeropuerto de Roma, nos instalamos en una casa que tienen comprada los padres de John con cuatro dormitorios; uno de ellos pertenece a su abuela. Imagino que me tocará dormir en el sofá, porque no creo que Luisa nos deje dormir juntos y a solas en la misma habitación. Luego nos fuimos a ver a sus tíos y, cómo no, mi novio me presentó como su amiguito en italiano. Yo no entendía ni papa de lo que decían, sólo asentía con la cabeza, pero lo bueno fue que John me estuvo traduciendo todo el rato. También tiene una prima de nuestra edad que habla un poco de español y es bastante simpática; enseguida me cayó bien.

Entramos en la iglesia y, en cuanto paseo mi vista por todas las figuras y las cosas extrañas que la decoran, un escalofrío me recorre la espalda, de arriba abajo y muy lento. No recuerdo haber entrado en un sitio como este desde que tengo uso de razón.

—Joder —mascullo.

John me da otro puñetazo flojo en la tripa y una señora mayor me mira con la boca abierta. ¿Me ha entendido?

—Lo siento, lo siento —me disculpo con ella. Si me ha mirado mal, eso significa que sabrá español.

—Controla tus palabras aquí —me regaña mi novio, y yo asiento.

Tomamos asiento en uno de los bancos de madera, aguardando a que el sacerdote comience su misa. No entenderé nada, pero voy a poner cara de que me interesa.

—Johnny, creo que el demonio se está apoderando de mí —le digo cuando ya está la misa por la mitad.

—¿Sabes que calladito estás más bonito, bebé? —me responde en tono molesto, y yo pongo morritos.

Para entretenerme hasta que el cura termine de parlotear, mi vista curiosear la iglesia y a la multitud que escucha con atención. Casi todas las personas son mayores. Mis ojos se detienen en un muchacho castaño con pajarita, que ocupa el banco de al lado del nuestro, y que me está mirando con descaro. Aparto mi vista de él y miro al frente. Cuando pasan unos minutos, el tipo continúa inspeccionándome. ¿Tendré un moco pegado en la cara?

Decido comentárselo a mi novio, por si acaso.

—¿Tengo algo raro en la cara? —le pregunto en un susurro.

John me contempla con la ceja enarcada.

—Sí, esa barbita de tres días que tan bien te queda y que me hace perder los sentidos.

Sonrío y me toco la barba, que tiene que crecerme mucho más.

—No me refiero a eso —le digo—. Es que hay un tipo estirado con pajarita en el banco de al lado, que no me quita ojo de encima.

—¿Ah, sí?

—Si vas a mirar, hazlo con disimulo.

Nunca le digas a alguien que mire disimuladamente, porque hará todo lo contrario. Tenemos como ejemplo a mi novio, que ha empezado a estudiar a ese chico de todas las formas posibles, exceptuando con disimulo.

Y lo saluda con la mano.

—¿Lo conoces o qué? —interrumpo su momento.

—Era mi mejor amigo cuando vivía aquí —me explica.

Por lo que me contó hace tiempo, se mudó a España cuando tenía doce años, justo cuando los dos empezamos la secundaria. Cayó en mi clase y me parecía un niño muy callado, hasta que se juntó con los que nos hacían *bullying* a Ari y a mí.

—Un reencuentro —comento—. ¿También es fan de estas cosas de Dios?

—Chris —pronuncia mi nombre en tono de advertencia, y me pellizca un pezón por encima de mi camiseta; yo suelto un quejido.

—Capullo, no te quejes, que te lo pasas pipa con mis comentarios.

—La verdad es que sí. Es como estar saliendo con un payaso —dice sonriendo, y junta sus labios con los míos en medio de la casa de su Señor.

Yo me quedo patidifuso. Me gusta el John que no puede controlar sus

impulsos ni aunque la beata de su madre se lo haya pedido de manera expresa.

Siento gotas de agua caer sobre mi cabeza y me separo de la boca de mi novio. Al parecer, a él también le ha caído, por su expresión de perplejidad. Nos giramos hacia el banco que hay detrás de nosotros y nos encontramos con una abuela echándonos agua bendita, rezando y con el rostro como si hubiera visto al mismísimo demonio. Toni, que se ha peinado su flequillo hacia un lado y parece un niño inocente, se parte el culo de risa al lado de John. Menos mal que sus padres no se han inmutado, porque siguen concentrados en las palabras del cura.

Cuando acaba la misa, nos acercamos al antiguo amigo de John, que no ha parado de mirarnos. Los dos se saludan en italiano y John me señala mientras dice mi nombre, acompañado de palabras que no entiendo.

—Chris, este es Giovanni.

Contemplo al tal Giovanni y le estrecho la mano.

—*Ciao* —es lo único que me sé en italiano, y él ladea una media sonrisa.

—España bella —me dice con su acento—. Paella muy rica y flamenco muy bueno. ¡Olé! —Se pone a dar palmadas—. Y toreros malos.

Me entra un ataque de risa. Qué cachondo el italiano. Parece que está hablando en indio.

—Ay, me acabo de enamorar —suelto, y John se ríe mientras el otro me mira sin comprender.

—Es muy divertido —me responde mi novio, y habla con Giovanni; supongo que le estará diciendo que me he enamorado de él.

Giovanni nos dice algo en italiano.

—Ha dicho que hacemos una bonita pareja y que se ha sorprendido con el beso de la iglesia, porque no se esperaba que fuera gay —traduce John.

—Ahhh... Gracias —le digo a Giovanni.

Nos ponemos de acuerdo para quedar un día de estos antes de que nos volvamos a Málaga, y nos despedimos de él.

* * *

—¿Qué son esos ladridos? —le pregunto a Aitor por Skype, en la habitación de John.

—Es un chucho que me ha estado acosando por la calle. —Álvaro se agacha y enseguida aparece con un perrito en la cámara—. Salud al bello

Tomate.

El perro le lame toda la cara y Álvaro hace una mueca de asco, mientras John y yo nos partimos de risa.

—Es muy bonito. ¿Te lo vas a quedar? —interviene John.

—Se lo voy a regalar a alguien por su cumple.

Ya sé de quién está hablando.

—¿A mí, mi amor? —inquiero poniéndole ojitos, y John me da un guantazo en la nuca.

—Jesucristo, controla a tu macho —le dice Álvaro a mi novio.

—Su prima está tonteando conmigo —le cuento—. No veas lo divertido que se me hace ver la cara de John cuando ella me habla o se ríe por cualquier estupidez que digo.

Ayer, ella nos estaba enseñando a hacer unas galletas de jengibre, y yo, como soy bastante torpe en el tema de hacer postres, me estuvo explicando cómo hacerlas, aunque de vez en cuando me acariciaba las manos «por accidente».

—Ya le he dicho a mi prima que deje en paz a Chris —suelta John, celoso.

—Líгатela. A lo mejor descubres que te gustan las almejas —se burla Álvaro, y el perro no deja de babosearle la cara.

—No, gracias. Estoy muy contento en mi acera —me defiendo—. ¿Y tú dónde vas a pasar la Nochevieja?

—En casa de Tania. Ha vuelto porque su abuela se va de cotillón toda la noche con las momias de sus amigos. Vamos a invitar a unos compis del conservatorio y la liaremos parda.

—No te desmadres mucho, tío —le dice John.

Nos despedimos de Álvaro y nos arreglamos para ir a cenar a la casa de los tíos de John con su infinita familia de creyentes. Menos mal que casi ni me enteraré de lo que hablen y mi novio estará a mi lado toda la noche, aunque lo difícil va a ser no cogerle de la mano o no darle ni siquiera un beso en la mejilla, porque estoy seguro de que alguno nos echará agua bendita, como hizo la mujer en la iglesia.

Yo sólo deseo que termine rápido la nohecita para poder abrazar a John en la cama de su habitación a escondidas de su madre. Lo bueno es que no estoy durmiendo en el sofá, sino en el cuarto de Toni mientras los dos hermanos duermen juntos. Pero todas las noches convencemos a Toni para que nos deje solos en la habitación.

* * *

Vale, hemos terminado de cenar y me siento tan hinchado que parece que me he zampado cinco cochinitos a la vez. También estoy un poco piripi y rojo como un tomate por el vino que me he bebido; John está igual que yo. El alcohol nos sienta fatal, aunque él tiene más aguante que yo. Me he vuelto loco y he empezado a cantar villancicos delante de su familia, dándole golpes a una copa con una cuchara. Lo bueno es que parece que les he caído bien.

—¿Qué deseos vas a pedir para el nuevo año? —me pregunta John.

—Eso no se dice, si no, no se cumplen —le respondo, y le guiño un ojo.

—Te besaría como un loco ahora mismo —me susurra al oído, y a mí me entra un cosquilleo por el cuerpo con el que casi pierdo el conocimiento.

—Hazlo. —Sonrío como un imbécil.

—En mi habitación. —Coloca su palma de la mano en mi muslo con disimulo.

Qué mamón.

Una cosa que he descubierto aquí es que no se comen uvas para despedir el año, sino un plato de lentejas para dar la bienvenida al siguiente.

Minutos después, empieza la cuenta atrás y todos están preparados con su cuchara y su plato de lentejas para que el 2017 llegue fuerte. John, para mi sorpresa, atrapa mi rostro entre sus manos y me besa en los labios.

Me quedo atontado sin saber cómo reaccionar.

Se me cae la cuchara al suelo.

Una tormenta se avecina en esta casa.

Adiós a las lentejas.

Escuchamos gritos de asombro, cucharas cayéndose al suelo y platos rompiéndose en mil pedazos; la abuela de John ha empezado a rezar en italiano.

—¡Vivan los novios! —exclama Toni, y hace ruido con un matasuegras.

John y yo nos separamos de inmediato y observamos la escena. Todos nos están mirando con la mandíbula desencajada (no hay ni uno que se salve, exceptuando a Toni y al padre de John). Su madre es el cabreo mezclado con la vergüenza personificada, y la abuela continúa con sus oraciones sujetando unos rosarios.

—*Mi piaccio gli uomini. Sono gay* —habla John. Sólo he entendido «gay» en toda la frase.

Más gritos de sorpresa. A este paso, John los va a mandar al hospital por un infarto. ¿Cómo pueden existir personas tan retrógradas? ¡Que estamos en el siglo XXI!

John continúa explicándose ante su familia en italiano y ellos se quedan más estupefactos todavía por el empeño que le pone. ¿Les estará diciendo cosas bonitas de mí? Me gustaría aprender ese idioma para entenderlo.

—John —lo llama su madre—. *Torna a casa, per favore.*

Esto sí que lo he entendido. Está echando a su propio hijo de aquí. Le va a caer una buena a John cuando sus padres regresen de la cena.

John y yo nos marchamos de la casa de sus tíos y, cuando pisamos la calle, mi novio tan valiente se empieza a reír a carcajadas. Y ahora es cuando me doy cuenta de que el vino le ha sentado como el culo.

—¿De verdad has querido hacer semejante barbaridad? —quiero saber.

—Sí y no —responde con lágrimas en los ojos por las risas.

—Expílicate, bebé. —Coloco mis manos sobre sus caderas y lo miro a los ojos.

—A ver, no quería hacerlo por cómo se lo iban a tomar, pero hoy me he levantado y mi cabeza me ha dicho: «suéltalo, a ver qué pasa». Quería ser sincero con mi familia y me daban igual las consecuencias. El vino ha ayudado a darme el empujón.

Lo beso apasionadamente. Jamás creía que iba a ser capaz de hacer algo así.

—¿Qué es lo que habéis dicho en la discusión?

—Yo he dicho que soy gay y que deben respetarme, y si no lo hacían, que los iba a dejar de considerar mi familia. Y ya han empezado a decir que eso no puede ser, que es una aberración y tonterías de ese estilo.

—Joder, estoy muy orgulloso de ti —le digo, y lo vuelvo a besar.

—Yo también estoy orgulloso de mí —confiesa sin dejar de sonreír—. Bueno, en realidad estoy orgulloso de nosotros dos y feliz por haber comenzado el año contigo a mi lado.

Mis labios se tuercen hacia arriba.

—Puto cursi —le respondo—. Feliz año, bebé.

—Te quiero.

Capítulo 65

Diego

No paro de leer el mensaje que me envió Natty ayer.

NATTY: «Diego, por si te interesa, mañana tengo cita con mi ginecóloga a las once de la mañana. Puedes acompañarme, si quieres... A lo mejor me dicen el sexo. Te quiero mucho»

Llevo sin verla desde el día que me enteré de que estaba embarazada. Tampoco nos hemos enviado mensajes, ni siquiera para felicitarnos la Navidad o el Año Nuevo. Mañana me vuelvo a Málaga y no tengo ni idea de cómo voy a procesar todo esto sabiendo que ese bebé puede ser mío. Aunque si no lo es, está claro que va a crecer sin un padre, porque Natty no ha mencionado nada de estar saliendo con alguien.

Buah, ¿en serio estoy pensando en hacerme cargo de un niño que puede que no sea mío? Creía que más tonto no podría llegar a ser. Pero, por otra parte, si de verdad es mío, no puedo desentenderme de él; sería un completo imbécil.

Esto lo tengo que hablar con mi madre.

Me acerco a su cuarto, porque se encuentra preparando la maleta para mañana, y cuando entro, está de espaldas, metiendo su ropa en ella.

—Mamá, puede que esté embarazado.

Muy bien, sin anestesia ni nada, como tiene que ser.

Mi madre se da la vuelta con uno de sus jerseys en la mano y con una mirada de no entender ni papa lo que le he dicho; entonces sus ojos se dirigen hacia mi barriga.

—Igual ha sido por haber comido tanto en las vacaciones, cariño. No te asustes por estar hinchado, es algo normal. Si quieres, empezaremos una dieta cuando regresemos a Málaga.

Mi madre haciéndome *bullying* desde tiempos inmemoriales.

Coloco mi mano sobre mi barriga. La verdad es que me siento un poco hinchado, pero la culpa ha sido de los dulces que ha estado haciendo mi

abuela y que yo no he podido rechazar.

—No me refiero a eso —le digo a mi madre.

—¿Entonces? —Se cruza de brazos y enarca una ceja, en expresión de diversión—. No sabía que los hombres también se quedaban embarazados.

—No, mamá. Déjame explicarme. Siéntate, porque puede que te desmayes. —Me acerco a ella y la ayudo a sentarse sobre la cama con cuidado.

—Me estás asustando, cariño. ¿Te sientes mujer?

Odio a mi madre cuando no deja de cachondearse de mí.

—No —le respondo, y me siento a su lado. La miro a los ojos—. Natty está embarazada y puede que el niño sea mío. Dentro de un rato tiene que ir al ginecólogo. ¿Qué hago?

Mi madre esboza una tierna sonrisa. Deduzco que le ha gustado la idea de que puede que sea abuela. O eso, o expresa de una manera muy extraña el enfado.

—Acompáñala.

—¿Lo dices en serio? —me sorprende—. ¿No me vas a regañar?

Niega con la cabeza.

—Aunque todavía seas un niño, te he educado para que te conviertas en un buen hombre. No tienes por qué dejar a Natty de lado ahora que ya no estáis saliendo; siempre os habéis llevado muy bien y es una gran chica. Y aunque lo que ha pasado ha sido una irresponsabilidad por vuestra parte, es algo que le ocurre a muchas personas en el mundo. Ahora tienes que apoyar a Natty en todo y respetar la decisión que tome respecto a ese bebé.

—¿Y si no es mío? —pregunto.

Mi madre no deja de sonreír.

—¿Por qué piensas que no es tuyo?

—No lo sé... Es complicado. Natty habrá estado saliendo con más chicos este tiempo.

Se aproxima a mí y me da un beso en la cabeza.

—Sea de quien sea, no la dejes sola.

Porque en el fondo, pero que muy en el fondo, siento que será mío.

* * *

En cuanto entro en el hospital, busco en el plano de la entrada dónde se encuentra el área de ginecología. Todavía quedan quince minutos para que

sean las once, así que Natty puede que haya llegado ya. No le he dicho nada de que iba a venir; he querido que fuera una sorpresa. Mi madre, al final, me ha convencido, como hace siempre, y le ha ido con el cuento a mi abuela. Ahora las dos están haciéndole unos patucos al futuro bebé.

Subo a la tercera planta y me encuentro a Natty sentada en una de las sillas de la sala de espera, sola. También hay más mujeres esperando; algunas con sus parejas y con auténticos barrigones que me dan un poco de miedo.

Me siento al lado de Natty sin que se dé cuenta, ya que tiene los ojos pegados a la pantalla de su móvil.

—Si es niño, quiero que se llame Darío, y si es niña, Blanca —suelto, y ella levanta su cabeza y me mira, perpleja.

—Si es niño, será Dylan, y si es niña, Sasha —replica, y me dedica una sonrisa.

—Eso tenemos que hablarlo muy seriamente. ¿Qué opina el verdadero padre de esa criatura?

Natty pone los ojos en blanco.

—Se fue corriendo en cuanto se enteró, pero ha decidido acompañarme hoy, como por arte de magia —me explica con sarcasmo.

—¿Y dónde está? ¿En el baño?

Suspira, volviendo a poner los ojos en blanco.

—Está sentado en la misma silla que tú.

Me encanta lo buena actriz que es, siempre se lo he dicho.

—Todavía no tengo muy claro que sea yo —confieso.

—Pues yo sí lo tengo claro. No me he follado a otro tío desde que lo hicimos por última vez —me dice con sus ojos marrones clavados en los míos.

Parece sincera, pero también es muy lista. Y buena actriz, ¿lo he dicho ya? Soy muy repetido.

Cuando es el turno de Natty, entro con ella en la consulta. La ginecóloga comienza a hacerle preguntas sobre cómo lleva el embarazo, a lo que mi exnovia responde que no tiene problema, aparte de las náuseas, y que lo mejor es que ya puede notar a su hijo. Después, la doctora le indica que se acomode en la camilla y le coloca en la barriga el gel para el ultrasonido. Yo me quedo callado, con cara de pasmado al contemplar el vientre de Natty abultado. Quiero extender mi mano y tocarlo; sin embargo, estoy lo suficientemente asustado como para hacer algo así y acabe por darme un patatús por notar lo que haya dentro. Lo bueno es que estoy en un hospital

por si me desmayo.

—Aquí tenéis a vuestro bebé —nos informa la ginecóloga señalando el monitor. Al parecer, ella ya da por hecho que yo soy el padre—. Y eso que se oye son los latidos.

Miro la pantalla y diviso en la imagen una mancha blanca. Me sorprende cuando reconozco que es la silueta de un bebé.

—Guau —suelto, atónito.

—Esta es la cabecita —nos indica la mujer sin dejar de señalar la imagen. Me mira a mí y luego sus ojos se vuelven a posar en la pantalla—. Y estos son los brazos y las piernas.

—Qué bonito —digo, y agarro de la mano a Natty.

—¿Se puede saber el sexo? —le pregunta ella a la doctora.

Me va a dar algo hoy. No sé por qué, pero me encuentro emocionado cuando no debería estarlo, porque puede que esa mancha blanca que aparece en el monitor no sea mía.

La ginecóloga se concentra en la imagen del bebé a la vez que mueve el transductor por la tripa de Natty. Yo trago saliva, nervioso, y sin dejar de mover la pierna de impaciencia. Natty aprieta mi mano y nos miramos. Me sonrío.

—Pues parece que le da vergüenza mostrarnos lo que es —comenta la mujer refiriéndose al bebé—. Qué mala suerte. —Gira la cabeza hacia nosotros y esboza una sonrisa.

—¿De verdad no se puede ver? Yo tenía muchas ganas de saberlo —se queja Natty, enfurruñada.

—En la próxima ecografía puede que ya lo sepamos —le digo para calmarla un poco. A mí me da igual el sexo que tenga el bebé; lo más importante es que venga sano.

—¿Puede que ya lo sepamos? —inquieta Natty con la ceja enarcada.

Vale, ya han salido a la luz mis sentimientos encontrados por ese ser que está creciendo en el interior de mi exnovia.

Para cuando nos marchamos de la consulta con fotos de la ecografía, acompaño a Natty a su casa y me dirijo a la mía para preparar las cosas de mañana. Me ha contado que sus padres, cuando se enteraron, no se lo podían creer y les costó unos días aceptar la noticia, pero ahora no pueden hacer otra cosa más que apoyarla y desear que nazca su nieto... O nieta.

* * *

No paro de ver la fotografía del bebé. La voy a desgastar de tanto contemplarla, pero es que no puedo apartar mis ojos de ella desde que cayó en mis manos.

Ya he llegado a Málaga y he acabado de deshacer la maleta. Ari está sentada en mi cama, contándome las cosas que ha hecho durante las vacaciones de Navidad; tampoco para de mencionar a Álvaro.

—¡Un maldito lío es mi cabeza ahora mismo! —exclama mi amiga, y se tira en mi colchón. Yo me paseo nervioso por mi habitación mientras planeo cómo contarle lo de Natty.

—Tranquila, Ari —le digo, y decido cambiar de tema—. ¿Qué me he perdido hoy en el instituto?

Bufa.

—Nada importante. Selectividad, selectividad y más selectividad —me cuenta, y me mira—. ¿En serio me preguntas por el insti cuando deberías estar soltándome esa cosa tan importante que llevas queriéndome decir toda la Navidad?

—Ah... Sí... Eso —balbuceo, y me rasco la nuca; Ari se levanta y se acerca a mí con los brazos cruzados.

—¿Es para hoy?

Trago saliva; después se lo suelto de sopetón:

—Natty está embarazada.

Ari se empieza a reír como si estuviera chalada.

—¿Y? —inquire entre risas.

—Puede que el hijo sea mío.

Ahora sí, su expresión se convierte en seriedad.

—No puede ser. ¿Y tú te lo crees? Sabes cómo es Natty de manipuladora y mentirosa. Diego, no seas tonto y no confíes en lo que te haya dicho.

Suelto un suspiro, mirando al techo.

—Sí puede ser. Hay probabilidades —respondo volviendo a posar mi vista en Ari.

Mi amiga me mira, enarcando una ceja.

—Pues me da igual. Que aborte o que se haga cargo de su bebé. Eso le pasa por bajarse las bragas tan rápido y no usar protección.

—Ari, no puede abortar; está de cuatro meses —replico en tono molesto. Me irrita que piense de esa manera sobre Natty—. Y la culpa fue de ambos, no sólo de ella.

Ari vuelve a carcajearse.

—¡Vamos, Diego! ¡No puedes hacerte cargo de un mocoso que ni siquiera sabes si es tuyo! De verdad, pensaba que eras más listo como para creerte sus patrañas.

Camino por la habitación, mirando al suelo y con los brazos en jarras, sin ver a Ari. Me parece increíble que sea mi amiga y no me esté apoyando con esta decisión; sólo está juzgándome e insultándome.

De pronto, levanto mi mirada y escupo lo que pienso:

—¿Y a ti qué te importa lo que yo haga? Yo no te he juzgado jamás. Siempre he estado apoyándote en todo lo que has hecho.

Ari se cruza de brazos y me mira entrecortando sus ojos verdes, lo que me hace pensar que está aguantándose un ataque de ira.

—Me importa, porque eres mi amigo y no quiero que te vuelvan a hacer daño.

—Si me hacen daño, es mi problema, no el tuyo.

—¡Oh, venga, Diego! —exclama moviendo las manos—. ¡Después la que tiene que aguantar tus lloriqueos soy yo! ¡No puedes hacerte cargo de ese bebé!

—¿Por qué no? —La miro a los ojos.

—¡Pues porque no! —estalla, y su rostro se colorea de rojo por la rabia.

—Esas palabras no me sirven. ¿Por qué no puedo?

Inhala y exhala profundamente, con los ojos cerrados; después su vista se posa en la mía.

—Haz lo que te dé la gana, pero a mí no me vuelvas a hablar ni a pedir que te ayude con el crío —me dice quebrándosele la voz, y se marcha corriendo de mi habitación.

Me quedo discutiendo con mi yo interior durante unos segundos y, finalmente, la persigo escaleras abajo. ¿Por qué se ha puesto de esa manera con lo que le he contado?

Ari sale por la puerta de la entrada y yo la llamo, pero no me hace caso. Cruza hasta su casa y Álvaro la detiene, agarrándola del brazo, preocupado.

—¡Déjame en paz tú también! —le grita Ari, y se suelta de un manotazo de Álvaro para meterse a toda pastilla en su casa.

Me acerco a Álvaro, que está esperando una explicación por el comportamiento de Ari, y Sergio y Adam se aproximan.

—¿Qué le has hecho? —exige saber el tarambana.

—Nada —respondo con un hilillo de voz.

—¿Te crees que me chupo el dedo? Algo le tienes que haber hecho para que se haya puesto así.

No le pienso contar a esta gente lo de Natty, aunque Adam ya se ha enterado porque mi abuela se lo contó en Barcelona.

—¿Sabe ya lo del bebé? —salta mi primo tan feliz.

—¿El bebé? —inquieren Sergio y Álvaro al unísono.

Mierda. Maldito primo que no puede estarse callado ni un segundo para no meter la pata.

Al final, decido contar la noticia, pero sé que el tarambana se va a reír en toda mi cara junto con su amiguito, que no sé lo que pinta en Málaga.

—Voy a tener un hijo con Natty. Está embarazada de cuatro meses y Ari se ha puesto hecha una furia en cuanto se lo he soltado.

Los dos se quedan con la boca abierta; entonces al tarambana le entra un ataque de risa con el que se da golpecitos en la barriga de lo bien que se lo está pasando. Ya no lleva las muletas, así que se habrá quitado la escayola. Ojalá le hubiera durado más la cojera.

—Joder, tío... Es lo mejor que he oído desde que empezó el año — comenta Álvaro con lágrimas en los ojos.

—Existen los condones, almorrana —interviene Sergio, divertido. ¿Con qué derecho me llama así? Una cosa es que el tarambana me lo diga, y otra muy diferente es que su amiguito del alma se una a él con el dichoso mote—. De todas las tallas y sabores.

—Ya lo sé —le espeto.

—¿Y de verdad Ari se lo ha tomado mal? —me pregunta Álvaro—. Yo me hubiera estado riendo de ti hasta que me salieran canas.

No sé ni para qué les cuento nada a estos botarates.

—Yo creo que sé por qué se ha puesto así la *Minion* —dice mi primo, y los tres ladeamos la cabeza hacia él—. Quiere que Diego le haga un hijo sólo a ella. No sé si pilláis lo que os digo... —Su expresión es de estar pasárselo en bomba ahora mismo.

—Cállate, desgraciado. —Álvaro le propina un guantazo en la nuca.

—Qué fuerte me parece todo esto... Menos mal que no me he quedado en Madrid —comenta Sergio, anonadado.

—¿Y por qué has venido? —quiero saber.

—Porque Mel está de exámenes y no se puede convivir con ella. No puedo ni respirar en esa casa, así que he decidido venir unos días mientras a la otra se le pasa el estrés y le hago compañía al mendrugo de Álvaro.

Y ahora, el que se lleva otro golpe en la nuca por parte del tarambana, es Sergio.

—Por cierto, Fruiti... —me llama Álvaro—. Enhorabuena por tu mocoso. Vas a ser un padre coñazo y el niño no te aguantará, así que me ofrezco como tío para cuidar a esa mini-almorrana cuando tú no puedas, ¿vale? Conmigo se lo pasará de puta madre.

Mi cabeza tiene que rebobinar sus palabras para asimilar que el tarambana no se está cachondeando de mí, sino que habla completamente en serio.

—Antes dejo a mi hijo con el primer mendigo que vea en la calle que contigo —le respondo de mala gana.

—Eso me ha dolido. —Se lleva la mano al corazón, haciéndose el dramático.

—Pobre niño... O niña —interviene mi primo negando con la cabeza.

Bufo y me despido de ellos para volver a mi casa, que no sé para qué, si ahora van a entrar y los voy a tener que soportar.

Capítulo 66

Ari

No me explico por qué Diego es el tío más tonto y masoquista que existe sobre la faz de la Tierra. ¿Cómo puede creerse que el bebé que lleva Natty en su interior es de él? Es algo que no me cabe en la cabeza.

Me pone de los nervios sólo pensar en todo esto. Además, cuando nazca ese niño, estoy segura de que Diego se distanciará de mí y me abandonará para cuidarlo, y lo más probable es que vuelva con Natty y vivan los dos juntitos en Barcelona como una familia feliz.

Me siento tan vacía...

Hoy no he ido al instituto porque me daba pereza levantarme de la cama. Estoy cansada de que los profesores estén todo el día hablando de la selectividad. Ya sé que tengo que sacar buena nota para entrar en la carrera que no quiero hacer, pero tampoco es para estar repitiéndolo cincuenta veces cada cinco minutos.

Desempolvo a mi enemiga de todos los tiempos, llamada báscula, que estaba escondida en el fondo del armario, y me subo encima como una gilipollas para ver cuánto he engordado. Mis ojos observan que el palito se detiene en el número sesenta.

«Has engordado muchísimo, cerda», me dicen mis pensamientos inútiles.

Se me va la pinza, pisoteo la báscula dando saltos sobre ella, pero no se rompe, así que me armo de valor, abro la ventana y la lanzo a la calle.

A la mierda esa estúpida que sólo existe para hacerme sufrir.

Alguien toca el timbre de mi casa y yo me acobardo. Creo que es la báscula, que ha cobrado vida propia y me va a estar persiguiendo de por vida.

Cuando abro la puerta, me encuentro con una caja de cartón con unos agujeritos en la parte de arriba. Echo un vistazo por mi porche y por toda la calle, pero no hay ni rastro de la persona que ha dejado esto aquí.

Igual es una bomba que va a explotar en cuanto abra la caja. O peor aún... ¡La báscula del demonio!

Cojo el paquete y me lo llevo al salón. Lo abro y la cabecita de un perrito me pega un susto que por poco se me pone el corazón del revés.

—¿Pero tú quién eres? —le pregunto, pero sueno ridícula porque sé que no me va a responder; sólo me mira con sus ojos tan negros y grandes, como un chiflado, y con la lengua sacada.

Dentro de la caja hay una carta, así que me hago con ella y comienzo a leerla.

¡Feliz cumpleaños, enana!

Sí, ya sé que aún faltan unos días para que cumplas los dieciocho, pero no podía esperar para darte este regalo tan chulo, y el perrito tampoco, porque estaba deseando conocerte.

Sé que echas mucho de menos a Moon y que nada va a reemplazarla, pero espero que con este perro te sea más amena la espera de tu bola de pulgas. Me empezó a perseguir por la calle y estaba cojo, como yo, así que lo metí en mi casa y le di comida. Al día siguiente lo llevé al veterinario para que lo curara. No te preocupes, ya está sano y salvo; tiene su chip y sus vacunas. Es un jodido Pastor Alemán de dos meses... No te asustes si dentro de un tiempo está más grande que tú. Necesita que le den mucho cariño y estoy seguro de que tú puedes dárselo. Es muy bueno y obediente.

Ah... Se llama Tomate, pero si no te gusta el nombre, puedes cambiárselo por otro.

Ya sabes que te quiero.
Álvaro.

¡Ay, me encanta! Siempre he querido tener un perrito... Pero uno pequeñito, no uno que se va a convertir en un caballo.

Suelto la carta y le acaricio la cabeza a Tomate, que me lame la mano, pero después, no sé qué cable se le cruza por la cabeza, porque me pega un mordisco que por poco me arranca toda la piel de la palma.

—¡Oye! ¡Perro malo! —lo regaño señalándolo con el dedo.

Tomate se escapa de la caja, no haciéndome ni puñetero caso, y empieza a corretear por el salón como si se hubiera tomado veinte *Red Bull* de una vez. Se detiene en las cortinas de mi madre, alza la patita y se hace pis en ellas sin que a mí me dé tiempo a reaccionar.

Mi madre me va a matar.

—¡Eso no se hace, Tomate! —lo vuelvo a reñir, pero él sólo me mira moviendo su cola.

¿Dónde está lo bueno que es?

—¿Qué es todo este jaleo, Ariadna? —Mi madre irrumpe en el salón y me pilla con las manos en la masa.

Adiós al perro.

—¡Mamá!

Los ojos de la sargento se paran en el perro, para después desviarlos hacia sus preciadas cortinas.

Ya está. Se avecina su exorcismo.

—¡Ariadna! ¡Dime que eso que hay en las cortinas no es pis de chucho!

—No es pis de chucho —miento.

Tomate se acerca a mi madre y le ladra como si quisiera quedarse afónico; al parecer, no le ha caído muy bien, cosa que no me sorprende.

—Antes de que digas nada... Ese perro me lo acaba de regalar Álvaro —le digo.

A mi madre está a punto de estallarle la vena de la frente.

—¡No quiero perros! ¡Tíralo por ahí! ¡No quiero chuchos en mi casa! —grita con el semblante de loca.

—¡No puedo tirarlo! ¡Es un ser vivo y un regalo!

—¡Te he dicho que no quiero perros aquí! ¡Ya tuve bastante con tu gato, que no paraba de arañarlo todo! —continúa con sus berridos—. Ya puedes estar buscándole otro sitio a esa cosa. No hay más que discutir. —Y se marcha del salón.

Miro al perro, que se ha quedado dormido en la alfombra, o más bien ha pensado que era mejor hacerse el dormido que presenciar este panorama, y suspiro. Lo cojo en brazos, rezando para que no me vuelva a morder, y lo meto en la caja para subirlo a mi habitación hasta que se lo devuelva a Álvaro.

Decido ver *Pequeñas mentirosas* en mi portátil mientras me como un paquete de palomitas, no sin antes ponerle comida y agua al perro. Álvaro se ha encargado de dejar pienso en la caja.

Cuando llevo tres capítulos seguidos de la serie y Tomate se ha quedado roncando en mi alfombra, Diego toca la puerta de mi habitación.

Al final voy a tener que darle la razón a Álvaro de que es una almorana de lo más molesta.

—Ari. —Mi amigo entra y se sienta a mi lado; yo cierro el portátil y suelto un suspiro—. De verdad que detesto estar enfadado contigo.

Me cruzo de brazos, sin mirarlo y enfurruñada.

—Qué bien.

El perro se despierta y comienza a ladrarle a Diego como un poseso.

—¿Por qué tienes un perro en tu cuarto?

—Me lo ha regalado Álvaro, pero mi madre no quiere tenerlo en casa —le explico—. ¿Lo quieres tú?

—No, no. Que pronto tendré que cuidar de otro ser vivo.

Bufo y siento cómo el cabreo está volviendo a nacer en mi interior. Diego continúa empeñado en hacerse cargo de esa bola de carne.

—Pues felicidades. ¿Quieres un premio? —le pregunto con sarcasmo.

—Ari, por favor. Eres mi mejor amiga. No entiendo por qué te has puesto así. ¡Ni que el niño fuera tuyo!

A mi ataque de ira le faltan tres segundos para manifestarse. En cambio, lo evito y me atrevo a ser sincera por una vez en mi vida.

—¿Quieres saber lo que me pasa, Diego? —inquiero subiendo el tono, y miro sus ojos marrones verdosos—. ¡Lo que pasa es que todos me abandonan! Mi padre se murió, Álvaro ya no está conmigo, a Sandra ya ni la considero mi mejor amiga porque no es la misma de antes, Chris y John van a su maldita bola, Moon no aparece... ¡Y ahora tú vas a tener ese hijo con Natty y me dejarás de lado! ¡Yo no puedo! Me siento muy sola...

Diego esboza una sonrisa y su hoyuelo de la barbilla sale a la luz; a mí están a punto de salirse las lágrimas.

—¿De verdad piensas eso? —cuestiona mi amigo sin dejar de sonreír—. Aunque mi vida vaya a dar un giro radical, jamás dejaría de lado a mis amigos, sobre todo a ti.

—¿Y qué vas a hacer cuando nazca? ¿Irte a Barcelona con Natty? ¿Eso no es dejarme sola?

—Nadie ha dicho que me tenga que ir de Málaga —responde, convencido.

Oh, venga ya. ¿Cómo va a cuidar de su supuesto hijo? ¿Turnándose una semana cada uno? ¿Mandaré Natty al niño por correo postal cuando sea el turno de Diego? ¡Por Dios, que estamos en la vida real y no se trata de un peluche!

—Pues no entiendo cómo vas a cuidar de él... —murmuro por lo bajo.

—Ya nos pondremos de acuerdo Natty y yo. —Me agarra de la mano y me mira—. Pero ten por seguro que me tendrás siempre a tu lado, molestándote.

—Dicen que un hijo es lo más importante.

—Sí, pero no por eso voy a olvidarme de otras cosas —dice con sus ojos clavados en los míos, y yo me estoy poniendo un poco nerviosa por cómo sujeta mi mano de una manera tan delicada, como si fuera de porcelana.

Y la aparto de inmediato.

—¿Me acompañas a la casa de Álvaro para devolverle el perro? —suelto cambiando de tema. La tensión de mi habitación se puede palpar a tres kilómetros de distancia.

Diego hace una mueca de fastidio.

—No puedo. Le he prometido a mi madre que la acompañaría para hacer la compra.

—Ah... No importa. Ayuda a tu madre.

—Lo siento —se disculpa, y suelta una risita; después me señala con su dedo índice, en señal de advertencia—. Por cierto, para tu cumple tenemos barbacoa en mi casa. No vayas a decir que no, eh.

—¡No quiero celebrar mi cumple! —Me tumbo en mi cama y me tapo la cara con la almohada—. No quiero ser una vieja.

Mi amigo me quita mi escudo de un manotazo y aproxima su cara a la mía, contemplándome con expresión de loco.

—Vas a celebrarlo sí o sí.

—*Vis i cilibirli sí i sí* —repito haciendo muecas de burla.

Diego se ríe y su maldito aliento choca contra mi cara, provocándome un mareo. Estoy segura de que se habrá bebido un zumo asqueroso de espinacas. Sin embargo, lo agarro de su camiseta para acercarlo más a mí, aunque por poco muero aplastada por él, y lo beso.

Él no tarda ni medio segundo en apartarse y quedarse mirándome con cara de haberse encontrado con la niña del exorcista.

A ver, que tengo una madre a la que le entra el exorcismo de vez en cuando, pero eso no tiene nada que ver para que yo haya heredado su exorcismo.

Me incorporo sobre la cama y Diego se rasca la nuca, hecho un manojito de nervios.

—Bueno, Ari... Debo irme ya. No quiero hacer esperar a mi madre —suelta, y se marcha como una exhalación de mi dormitorio.

Vale, soy imbécil. No tengo ni idea de por qué he pegado mis morros en los suyos.

* * *

Sujeto la caja con Tomate con una mano y pulso el timbre de la casa de Álvaro. He tenido que coger el autobús para venir hasta aquí y ha sido el peor viaje de mi vida. El perro se ha escapado de su caja y ha empezado a corretear por el vehículo como un poseso, ladrándole a los pasajeros, que me han pegado una regañina peor que las de mi madre, diciendo que no se puede llevar un animal en una caja de cartón, que tenía que ponerle una correa o meterlo en un transportín si quería viajar con él en el transporte público. También unos cuantos universitarios animalistas me han amenazado con denunciarme por llevar al perro en esas condiciones.

Álvaro me abre la puerta y su vista se va hacia la caja, con la cabeza de Tomate asomada y mirándolo con la lengua sacada.

—Lo siento, pero no puedo quedármelo —le digo antes de que me salude, tendiéndole la caja—. Mi madre me iba a pegar un tiro con su escopeta si lo adoptaba. Tomate se ha meado en las cortinas.

Noto que el rostro de Álvaro se entristece y coge a Tomate en brazos, que le lame toda la cara; yo dejo la caja en el suelo.

—Menuda mierda —comenta acariciando el perro—. Entonces lo tendré que llevar a alguna protectora para que lo adopte alguien.

Ay, no. Me duele que vaya a hacer algo así con lo que Tomate lo quiere.

—¿Y por qué no te lo quedas? —inquiero—. Lo vas a hacer muy feliz y te va a dar mucho amor.

Álvaro suspira.

—No lo sé. No estoy preparado para ser padre tan joven. —Se ríe.

—¡Vamos! ¡El perro te ha elegido a ti! ¡No le puedes hacer eso! —exclamo haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Adóptalo!

—No lo sé. —Abraza al perro como si fuera un peluche y le da besos por su cabecita; Tomate le propina un lametón que le babosea toda la cara. Qué asco—. Por cierto... ¿Qué fue lo que te pasó con Diego?

Mierda. Ya tenía que salir el dichoso temita.

—Nada importante —miento—. Lo siento por lo que te dije ayer.

—No pasa nada. —Esboza una sonrisa—. ¿Quieres pasar?

—No puedo. Tengo que intentar buscar a Moon otra vez... No aparece por ningún lado.

—Los gatos son así. Cuando menos te lo esperes, está arañando tu ventana.

Me despido de Álvaro y de Tomate, que están muy felices juntos, no sin

antes mencionarle lo de mi fiesta de cumpleaños en casa de Diego, y me encamino hacia la maldita búsqueda de mi gata huidiza.

* * *

¿He dicho que odio mi cumpleaños? Ese día en el que soy el punto de mira de cada uno de los ojos de los invitados.

Los padres de Diego están comiendo en mi casa con mi madre, y mi amigo, con la ayuda de Chris y John, ha preparado una barbacoa con chuletas de cerdo, morcillas, hamburguesas de pollo, pinchitos... Vamos, que ha dejado al carnicero millonario aunque él no coma nada de eso. También ha hecho hamburguesas de tofu, calabacines, berenjenas y pinchitos de champiñones. Han venido Sandra y Víctor (no sé qué pinta ese tipo aquí), Sergio, mi hermano con su novia, la Barbie Poligonera (que se ha invitado sola al enterarse de que había fiesta, y a mi madre no sé qué le ha dado en la cabeza para animarnos a hacer cosas juntas ahora que somos familia, algo que no me hace ninguna gracia), Adam, Álvaro y Tania; esta última ni siquiera pensaba que iba a venir, porque me cae como el culo y ni la he invitado, pero al parecer ha tomado la misma decisión que Mónica.

—Toma. —Álvaro me tiende un sobre en el jardín de la casa de Diego, a solas, mientras todos comen en el salón—. Por rechazar a Tomate no te ibas a quedar sin regalo.

Lo abro, ilusionada, y me encuentro con dos entradas para el concierto de Dani Martín en Málaga a finales de Mayo.

—¡Guau! —exclamo, y abrazo a Álvaro tan enérgica que creo que me he convertido en Hulk de la fuerza que ha invadido mi cuerpo—. ¡Muchas gracias!

—Quería regalarte unas para ver a Katy Perry, pero no viene a España; las de Shawn Mendes ya están agotadas; y de Pablo López no te haría tanta ilusión —me explica abrazado a mí—. De hecho, me he enterado de que las de Dani Martín se han agotado hace poco; menos mal que las compré a tiempo.

Sonríó como una estúpida y me separo de él.

—No importa. Sabes que me encanta Dani Martín.

«Más que nada por nuestra canción».

—Puedes llevar a quien quieras —me dice mirándome con sus intensos ojos castaños.

«A ti».

—Álvaro... —susurro. Tomo aire y me armo de valor—. ¿Sabes cuál sería el mejor regalo que podrías hacerme?

Frunce el ceño.

—¿No te han gustado las entradas?

—No es eso —le respondo, y suelto una risita—. Me han encantado, tranquilo. Y no lo digo por quedar bien.

—¿Entonces? —inquire. Sigue sin descifrar el acertijo y yo odio tener que confesarle lo que tengo merodeando por mi cabeza desde hace muchísimos días.

Desde que rompimos, más bien.

Vuelvo a tomar aire; entonces cierro los ojos y disparo:

—El mejor regalo que podrías hacerme por mi dieciocho cumpleaños sería volver conmigo.

Su expresión se torna rígida y su cuerpo se tensa cuando lo miro.

Vale, acabo de meter la pata hasta el fondo. Y cuando digo hasta el fondo, me refiero a la parte más profunda de la Tierra, la del núcleo interno, y estoy a punto de ser chamuscada.

Qué vergüenza. Quiero huir y meterme en mi casa tan rápido como una bala.

—Verás, Ari... —empieza con un tono lo bastante serio para tratarse de Álvaro. Se pasa una mano por el pelo y mi corazón sufre un crujido pequeñito, porque no está preparado para la bomba que va a explotar a continuación—. Ahora mismo lo último que necesito es volver... Yo... —Suspira y agacha la mirada—. Necesito un tiempo para aclararme con todo lo que me está pasando. Quiero estar solo. Por lo menos hasta que me sienta bien conmigo mismo y con mi vida, porque si vuelvo contigo, creo que lo único que haremos va a ser hacernos daño. Lo mejor es... estar alejados e intentar solucionar nuestros problemas, pero por separado... Sólo te pido tiempo.

Siento el famoso nudo en la garganta.

—¿Ya no me quieres? —pregunto, y se me quiebra la voz.

Álvaro posa sus manos en mis mejillas y me mira.

—Sí te quiero. Sabes que eres lo mejor que me ha podido pasar. Pero precisamente por eso quiero que vayamos cada uno por un camino diferente y, dentro de un tiempo, si nuestros sentimientos no han cambiado, darnos otra oportunidad.

Quito sus manazas de mi cara de un tirón y él no deja de contemplarme, perplejo.

—¡Ya no me quieres! ¿Tienes a otra? —exijo saber elevando el tono—. ¡Seguro que es Tania!

—¿Qué? ¿Cómo puedes pensar esa barbaridad, Ari? Tania y yo sólo somos amigos. No tengo a otra. Además, no pienso querer a otra que no seas tú. No podría. No me veo queriendo a otra persona.

—¡Pues no te entiendo nada! —exclamo, y noto las mejillas calientes por el cabreo—. ¡¿No es más fácil decirme que ya no me quieres a estar inventándote estupideces?!

—Ari...

—¡Ni Ari ni Aro! ¡Vete a la mierda, Álvaro!

Anda, ha rimado y todo...

Le pego un empujón y me meto en la casa de Diego antes de echarme a llorar como una gilipollas. Camino por el salón de manera disimulada para no levantar sospechas, y subo hasta la planta de arriba para ir al baño. Sin embargo, al pasar por delante de la puerta de la habitación de Diego, que está entornada, escucho a alguien hablar. Me asomo a la rendija y descubro a mi amigo hablando con Tania. Aunque no logro ver casi nada, estoy segura de que son ellos, por la mata de pelo naranja de ella y la altura de él.

De aquí no me pienso mover. No voy a permitir que mi amigo la cague con esa tipeja. ¿Qué hacen escondidos aquí?

—Ya me ha contado Álvaro que vas a ser papi —dice ella como la pava que es—. Enhorabuena.

—Gracias.

—Me ofrezco de niñera para cuando quieras darte un respiro. Tengo experiencia con críos, aunque me den alergia.

—Muy bien —responde él con desdén—. ¿Y se puede saber por qué diablos me has secuestrado? ¿Qué es, otra de tus estupideces para disculparte?

—Bueno, algo así... ¿Me perdonas? —le pregunta ella con su voz cantarina tan característica.

Patética.

—¿Es en serio, Tania? —Diego suelta una carcajada—. ¿No te cansas?

—Dieguito...

—Me vuelvo con los demás. Adiós.

Observo que Diego pasa por delante de ella para acercarse a la puerta, y

yo me aparto de inmediato. Mi corazón va a salirseme del pecho porque estoy a punto de ser descubierta.

—¡Espera, Diego! —lo detiene Tania.

—¿Qué quieres? Suéltame el brazo.

—Mira, al final voy a tener que pasar la peor vergüenza de mi vida soltándote todo esto, pero... —oigo un suspiro de la idiota. Quiero asomarme de nuevo a la rendija, pero tengo miedo de que me vean—. Me gustas un montón, Diego. En serio, no ha existido ningún tío sobre la faz de la Tierra que me ponga las bragas tan del revés como lo haces tú. Y de verdad que siento mucho lo que pasó con la apuesta, pero necesitaba acercarme a ti de alguna forma. Cuando te conocí, tenías algo que hizo palpar todo en mi interior. No me arrepiento de nada de lo que hice, si no, no habríamos estado juntos. —Hace una pausa—. Dios mío, esto es lo peor que he hecho en toda mi vida.

Me gustaría ver la cara de mi amigo en estos momentos. Pagaría por ello. Y por la de Tania aún más. No sabía que tuviera sentimientos esa víbora con pelo de tallarín.

—Yo... No sé qué decirte —suelta Diego.

Vamos, no caigas en su tela de araña.

—Te lo tenía que soltar. Ahora te comes la noticia con patatas fritas —contesta ella.

Y se hace el silencio. ¿Ha pasado un ángel entre ellos o qué?

Tras varios segundos, la voz de mi amigo interrumpe la tranquilidad.

—Vale, te perdono, pero eso no quiere decir que vayamos a intentar algo. Acepto tus disculpas, pero sólo seremos amigos. Nada de rollos entre nosotros.

Mierda. Mi amigo está cayendo en picado. Parece la marioneta de Tania.

Comienza a picarme la nariz.

Ay, no, por favor.

El picor va aumentando a cada segundo.

Entonces un estornudo de lo más escandaloso delata mi momento de espía.

Descubierta.

Diego y Tania salen de la habitación y me encuentran con la espalda apoyada en la pared, tapando mi nariz con la mano.

—¡Oh! ¿Es en serio? —brama Tania negando con la cabeza, y se marcha a toda prisa escaleras abajo, más avergonzada que yo cuando tenía que salir a

la pizarra en mitad de la clase para resolver un problema de matemáticas y no tenía ni idea.

—¿Ahora te dedicas a espiar a la gente? —inquire mi amigo de brazos cruzados, pero en tono divertido.

—Lo siento... Estaba interesante vuestra conversación.

—Ha sido de lo más extraña.

Respiro hondo antes de regañar a mi amigo por perdonar a la serpiente pelirroja. Lo agarro del brazo y lo meto en su dormitorio, cerrando la puerta detrás de nosotros; entonces empiezo mi reprimenda de madre en pleno exorcismo.

—¿Cómo se te ocurre perdonar a esa? ¿Se te ha ido la cabeza? ¡Ha estado jugando contigo! ¡No puedes dejarte pisotear de esa manera por una chica! Sabes que esa Tania me cae mal y no es de fiar. ¡Le hizo un chupetón a Álvaro!

Mi amigo me contempla como si estuviera viendo un espectáculo de lo más cómico.

—¿Has acabado? —quiere saber.

—¡Encima te cachondeas de mí! ¡Ya no me pienso preocupar más por ti! —Le pego manotazos en el pecho.

—¡Oye, oye, para! —Detiene mis golpes con sus manos y me mira sonriendo—. No me estaba riendo de ti. Sólo me ha hecho gracia lo que has dicho de Tania y de cómo te has puesto, aparte de tu nuevo trabajo de espía.

Mi mente me recuerda lo que ha pasado con Álvaro hace un momento y las lágrimas se amontonan en mis ojos, esperando salir.

—Eres un estúpido.

Diego me mira, preocupado.

—¿Estás bien?

—No. —Me enjugo una lágrima que había empezado a descender por mi rostro.

—¿Por qué estás así?

—Por nada —miento, e intento dedicarle una sonrisa, pero no me sale—. ¿Me besas?

Cuando estás mal, lo normal es coger un bote de helado del congelador y engullirlo en un abrir y cerrar de ojos; también te tiras el día entero viendo películas ñoñas en tu habitación mientras lloras a moco tendido, o simplemente te quedas metida en la cama hasta el año que viene. Pero una cosa que no se hace y que ni siquiera piensas en hacer, es pedirle a tu mejor

amigo que te bese cuando, minutos atrás, tu exnovio te ha soltado que no quiere volver contigo.

—¿Que te bese? —Diego está que no se lo cree.

Lo más gracioso es que en mis mejillas se podría bañar una ciudad entera.

—¿No sabes besar o qué? —le espeto.

—Sí, pero... Es raro que me lo pidas. —Se rasca la nuca, confundido.

—Ya.

A pesar de esta situación de lo más chocante, Diego se encorva, acercando su rostro al mío; yo me pongo de puntillas y nuestros labios se unen. Coloco mis manos alrededor de su cuello y me pego más a él para profundizar nuestro beso e investigar cada rincón de su boca con calma.

No sé qué es lo que siento. Tristeza, dolor, dudas, mariposas en el estómago, amargura, tortura, el corazón hecho añicos... Calor y escalofríos al mismo tiempo.

Diego se aparta y se da cuenta de que estoy sollozando.

—¿Seguro que es esto lo que quieres? —me pregunta, intranquilo.

—No lo sé. —Me separo de él y me restriego los ojos con las manos—. Creo que será mejor que volvamos abajo. Se estarán preguntando dónde está el que vive en la casa y la cumpleañera.

—Está bien.

Sorbo por la nariz y salgo yo primero, pero antes de reunirme con los demás, me encamino hacia el baño para colocarme la máscara de la felicidad y borrar todo rastro de cosquilleo en mis labios, en mi estómago y en todo mi cuerpo.

Capítulo 67

Álvaro

—¿Cuándo me piensas pagar lo que me debes? —exige saber Víctor.

Me he quedado en el jardín de Diego yo solo, después de haberle soltado la bomba a Ari de que no quería volver con ella, algo que creo que he hecho bien. Mentiría si dijera que no quiero que vuelva a estar a mi lado; es lo que más anhelo. Pero no ahora. Necesito estar a solas un tiempo.

Víctor ha aprovechado el momento de que me encontraba solo para pedirme la pasta que le debo por la coca.

—Cuando pueda. Estoy sin nada, tío —le respondo.

—Te doy de plazo hasta mañana. He hecho la vista gorda contigo porque somos colegas, pero mi paciencia tiene un límite. —Me da una palmadita en el hombro, en plan comprensivo, y se mete en el salón de la almorrana.

—Imbécil —murmuro para mis adentros. Entro en la casa y me siento entre Sergio y mi prima.

—Nena, vámonos ya —le dice Víctor a Sandra—. Estoy harto de estar aquí.

—Vale —le contesta ella como si estuviera obedeciéndole, y se levanta de la silla.

¿Es en serio? ¿Se va a ir porque la ha obligado ese idiota?

—Eh, no pasa nada porque mi prima se quiera quedar un rato más —intervengo.

—¿Me vas a dar clases de cómo tratar a mi novia? —me espeta él, remarcando las dos últimas palabras; después se marchan.

—Te juro por lo que más quiera que pienso cargarme a ese piojoso un día de estos —comenta Sergio en tono molesto y negando con la cabeza—. Mi bella rubia.

—Hazlo. Yo te acompaño —lo animo—. Lo que no entiendo es por qué sigue con él si se ve a simple vista que no lo quiere.

—Es un enigma indescifrable.

Continuamos zampando y me doy cuenta de que Diego y Ari aparecen en el salón y se sientan lo más lejos posible de mí, algo que agradezco.

Un rato después, Sergio, Tania y yo decidimos irnos antes de que lo hagan todos, porque no estamos precisamente para fiestas de niños. Lo que necesitamos es emborracharnos hasta el amanecer para sanar un poco nuestros corazones.

* * *

Suena el timbre que da por finalizada la clase coñazo de Historia de la Música, con la que ya me estaba quedando dormido, y salimos todos los alumnos del aula. La siguiente hora la tenemos libre porque el profesor no ha venido, y doy gracias porque tengo una resaca de mil demonios por haber estado ayer bebiendo hasta tarde con Tania y Sergio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Ale.

—Creo que me echaré una pequeña siesta en el césped hasta la próxima clase. ¿Te apuntas?

La Pelochicle se ríe.

—Me encantaría, pero voy a aprovechar para ir al hospital a ver a Jeremy.

—Ah, guay.

—¿Te vienes? —me invita mirándome, ilusionada.

No sé si será buena idea. Es verdad que tengo ganas de conocer a ese tío, pero considero que quien debería ir a verlo son los familiares y amigos más cercanos; es algo demasiado íntimo. Yo, si estuviera en ese estado, no me agradaría mucho que un extraño me visitara.

Sin embargo, después de haberle dado alguna que otra vuelta a la cabeza, decido acompañar a Ale. Total, la siesta puede esperar para más tarde.

—Cogemos el bus —sugiere Ale, y yo la miro como si le hubiera dado un hervor.

—¿Para qué? Si ya tenemos a Cassie.

Por fin puedo conducir mi amada moto, algo que echaba de menos por culpa de la maldita escayola, que en paz descansa en algún contenedor de basura.

—¿Cassie? —inquieta, extrañada.

Ah, claro, que ella no la conoce.

La guío hasta mi moto y hago las debidas presentaciones.

—Ella es mi preciosa Cassie —le digo a Ale, que me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—Ah... —suelta, y alarga un brazo para acariciar uno de los manillares—.

Encantada, Cassie.

Sonrío y saco los dos cascos. Le tiendo el de estrellitas, me coloco el mío y nos encaminamos hacia el hospital. Para mi sorpresa, la Pelochicle no se agarra a mí y lo agradezco.

Cuando llegamos, buscamos la habitación de Jeremy. Ale entra, decidida, y yo me quedo en el umbral de la puerta sin saber qué hacer y sólo viendo a un chico dormido en una cama. También hay una enfermera toqueteándolo todo como si nada. La Pelochicle se gira hacia mí, esperando que haga lo mismo que ella.

—Entra, Álvaro. No te va a comer.

—Eh... Sí, claro. —Doy un paso hacia el frente, la enfermera y Ale intercambian una palabras, y la primera se marcha—. Me da un poco de acojone estar aquí.

Ale me sonrío.

—No pasa nada.

Me acerco más al chaval, que permanece con los ojos cerrados y está conectado a las máquinas que lo mantienen con vida. El pelo lo tiene castaño y es muy moreno de piel; no es feo y, a simple vista, parece una buena persona.

—Jeremy —Ale pronuncia su nombre como si lo escuchara—. Este es Álvaro, mi compi del conservatorio, el amigo del que te hablé.

Ah, que ahora resulta que el tal Jeremy me conoce.

—Eres muy fuerte —le digo a la Pelochicle, y esboza una tierna sonrisa; después vuelvo a centrar mi vista en Jeremy y comienzo a hablarle—. Tú, escúchame bien. Te envidio porque estás durmiendo más que yo, pero te tienes que despertar de esa siesta tan larga, ¿me oyes? La Pelochicle te quiere mucho y la harías muy feliz si abres los ojos.

Ale comienza a reírse, pero con las mejillas llenas de lágrimas. Se las seco con mis dedos y después salgo de la habitación para dejarles un poco de intimidad. Mientras la espero fuera, leo los mensajes que me ha ido enviando Sergio durante el rato que he estado con Ale.

MICROPENE: «Tío, ¿te puedes creer que el piojoso no visita a Sandra en el insti cuando es la hora del recreo?»

MICROPENE: «Me acabo de colar en tu ex-insti»

MICROPENE: «Las niñas me están mirando con ojos golosos. Nunca han visto un tío tan guapo»

MICROPENE: «John se ha santiguado en cuanto me ha visto y ha llamado a Jesús»

MICROPENE: «Chris me ha puesto ojitos»

MICROPENE: «Ari no ha venido»

MICROPENE: «La almorrana se está bebiendo un zumo verde con grumos. Qué asco»

MICROPENE: «Mi rubia se ha puesto muy contenta con mi visita. Es lo más bello que existe»

MICROPENE: «La madre de Diego me ha dado dos besos y un abrazo. Me ha dicho que estoy muy delgado y que coma más»

MICROPENE: «El conserje me ha pillado y me ha echado a patadas. Por poco llama a la poli. Voy a llorar»

MICROPENE: «Bueno, ya me voy a tu casa a hacerle compañía a tu chucho»

Conforme leo cada mensaje, más me río y me doy cuenta de que mi amigo está mal de la cabeza.

YO: «¡Pero qué loco!»

Para cuando Ale y yo salimos del hospital, volvemos al conservatorio para entrar en la siguiente clase.

* * *

—¿Entonces lo tienes todo pintado de rosa? —le pregunta Sergio a Ale. Estamos cenando pizza en mi casa con Tania y Sandra; Tomate está

durmiendo en la alfombra.

—Súbete aquí, imbécil. —La Pelochicle le saca el dedo corazón, asesinándolo con la mirada.

—Tío —intervengo mirando a mi amigo—. ¿Qué maneras son esas de tratar a una señorita?

—El microcerebro no le da para más —comenta Tania poniendo los ojos en blanco.

—¡Sólo es curiosidad! —se defiende el subnormal.

Sandra se ha venido con nosotros y nos ha contado que lo acaba de dejar con Víctor. Al principio de salir con él, sí que le gustaba, pero tenía pensado dejarlo conforme iba conociéndolo un poco más. Se había dado cuenta de que no era buena persona para ella. Además, está enamorada de Sergio desde hace tiempo y ahora mismo están los dos abrazados en el sofá, como unos osos amorosos.

—Chicos, yo ya me voy a casa —interviene Ale levantándose del otro sofá—. Ha sido divertido estar con vosotros.

—Pues pírate ya —musita la zanahoria por lo bajo, sentada en el suelo. Lo bueno es que Ale no la ha escuchado, o si lo ha hecho, la ha ignorado.

—Pelochicle, te llevo a tu casa. Es muy tarde —me ofrezco, y ella suspira poniendo los ojos en blanco.

—Nadie me va a secuestrar en el autobús, y si diera la casualidad de que alguien lo hiciera, tengo un spray de pimienta en el bolso.

No se lo he dicho porque crea que la van a secuestrar; sólo me apetece llevarla para que llegue antes.

—Creo que no lo pillas —interviene Sergio mirando a la Pelochicle—. Quiere llevarte para pasar un rato más contigo. —Sonríe de medio lado—. A solas.

—Cierra la boca. —Le lanzo una lata de cerveza a la cara, pero él la coge y la abre, dándole el primer sorbo.

—Gracias por la birra, amigo.

Le saco el dedo corazón y me largo de mi casa junto con Ale.

—No le hagas caso a ese retrasado. Se cayó de la cuna con pocos meses —le cuento sacando los cascos.

—A mí me ha caído genial. Es muy divertido.

—¿Te gusta o qué? —le pregunto moviendo las cejas de arriba abajo.

—¡Claro que no! —exclama con fastidio, y se coloca el casco de estrellas; luego me mira, seria—. Estoy con Jeremy.

No sé por qué, pero siento una punzada de lástima en mi interior al oír eso. Estar saliendo con alguien en coma es lo mismo que salir con un fantasma.

—Es cierto. Estás con Jeremy —le respondo, y clavo mi mirada en la suya—. Pero él no está contigo. No ahora.

Mierda. Creo que he sido algo cruel con mis palabras por cómo le ha cambiado a Ale la expresión de alegría a la de tristeza.

Una vez que llegamos a su portal, sin haber hablado nada durante el camino y yo comiéndome la cabeza por haberla cagado diciendo esa gilipollez, decido disculparme antes de que se marche.

—Siento haber dicho...

—Shhh... —Me calla poniendo su dedo índice sobre mis labios—. Por mucho que me duela y quiera negarlo, has dicho la verdad. Aún no estoy lista para dejarlo.

Levanto la mano, pidiendo permiso para hablar, como hacía en el colegio, y Ale aparta su dedo.

—Eres la hostia —le digo, y en su rostro se dibuja una sonrisa.

—¡Ale! ¡Ale! ¡Ale! —la llama un chico de unos dieciséis años, con el pelo pintado de verde, que se parece mucho a la Pelochicle. Se acerca a nosotros sujetando una bolsa de basura y se me queda mirando—. ¿Tú quién eres?

Ya he pensado un apodo para él: Pelomoco.

—Ah... Alejo, este es Álvaro, un amigo de clases. —Ale hace las debidas presentaciones—. Y Álvaro, te presento a mi hermano.

Ya decía yo que se parecían.

Un momento... ¿Alejandra y Alejo? ¿Sus padres se drogaron cuando pensaron los nombres? Me río para mis adentros.

El Pelomoco no aparta sus ojos marrones gigantes de los míos; después suelta la bolsa en el suelo, posa sus manos apestosas en mis mejillas y me mira fijamente con cara de asesino en serie. Ale nos mira con la boca abierta y yo me quedo más tieso que el palo de una fregona.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta el niño.

—Casi veinte —le respondo, cagado de miedo.

—¿Con cuántas chicas has estado?

Hostia puta. Eso no lo sé ni yo. A ver... He estado con muchas, no sé la cifra exacta, pero de manera seria sólo con Ari.

—No lo sé. —Me río con nerviosismo—. ¿Muchas?

—¿Cuántas son muchas?

—Unas... ¿Treinta? ¿Sesenta? ¿Cien? —cuestiono, dudoso, y con los ojos del Pelomoco clavados en los míos, mientras Ale sonríe con pinta de estar avergonzándose de su hermano. Es imposible pensar bajo presión.

—¿A qué edad perdiste la virginidad?

Esa pregunta es muy íntima.

—A los dieciséis.

—¿Tienes sida, gonorrea o alguna otra enfermedad de transmisión sexual? —continúa con el interrogatorio sin cambiar su expresión.

¿Pero quién se cree este niño que soy?

—¡Claro que no! —bramo, ofendido. Yo follo con condón siempre.

—¿Qué significa mi hermana para ti?

Esta creo que es la pregunta trampa. Seguro que es el típico hermano que se mete en las relaciones de su hermana y que odia a sus cuñados.

—Es... —empiezo a decir con voz temblorosa y sudando la gota gorda—. Muy buena amiga y una chica bastante fuerte, además de guapa e inteligente. Ah, y muy torpe.

El Pelomoco quita sus manos de mi cara, que ahora apesta a basura.

—Bien. Mi intuición me dice que eres buen chico. Tienes mi bendición para salir con mi hermana —me dice, y coge la bolsa de basura—. Tu regalo. —Y me la da; después le dice a Ale que no tarde en subir y se mete en su portal.

Hago una mueca de asco al oler la bolsa.

—¿Pero qué hay aquí dentro? ¿Un cadáver descomponiéndose?

La Pelochicle suelta una risa escandalosa.

—Algo parecido —comenta—. No le hagas caso a mi hermano. Hace lo mismo siempre que me ve con algún chico a solas.

—Se preocupa por ti.

—Lo sé. —Se acerca a mi mejilla y planta un beso en ella—. Gracias por ser mi chófer. Nos vemos mañana en clase.

—Hasta mañana.

—Y tira la basura —me dice antes de irse y tropezar con una cáscara de plátano, aunque no se estampa contra el suelo—. ¡Oh, no!

Me entra un ataque de risa.

—¡Menuda torpe! —exclamo, y ella se da la vuelta y me enseña el dedo corazón.

Tiro la bolsa appestosa y me encamino hacia mi casa sin dejar de reírme.

Capítulo 68

Chris

Salgo de la autoescuela y me encuentro con John esperándome fuera. Al final he decidido venir a clases para poder sacarme el carnet de la moto, aunque no esté muy convencido de conducir la que me ha regalado mi padre. Álvaro me ha dicho que me aproveche, lo cual suena algo hipócrita, porque él no toca el dinero que le ingresa su padre en su cuenta del banco. Por otra parte, a John le sigue pareciendo rara la actitud de mi padre.

—¿Qué tal la clase? —me pregunta mi novio, y nos damos un beso.

—Bien. Creo que no será tan complicado aprobar el examen.

Cuando cumpla los dieciocho en agosto, pienso sacarme el carnet del coche, pero mientras tanto, me conformaré con el de la moto para moverme por la ciudad.

Nos metemos en nuestro parque apartado y nos sentamos en uno de los bancos. Hay un grupito de niños de primaria jugando y unos abuelos echando de comer a las palomas.

John suspira, y yo lo miro, esperando a que me cuente por qué demonios lleva unos días con cara de haber estado en un entierro.

—¿Me vas a contar ya por qué estás tan tristón o voy a tener que llamar a Magnus Bane para que hurgue en tu mente? —inquiero, y él ladea su cabeza hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Magnus qué?

—Déjalo. —Hago un ademán con la mano y clavo mis ojos en los suyos, que lucen un tono azul lo bastante oscuro como para entrarme la paranoia y empezar a comerme las uñas, por pensar que lo que le pasa es algo que me va a dar insomnio—. Pero dime ya lo que pasa por tu cabecita.

Ahora sí, me convierto en roedor mientras John busca las palabras adecuadas para soltarme la bomba que va a hacer explotar todo el parque, como si fuera un yihadista preparado para inmolarsse y hacer que salgamos volando por los aires.

Vale, haber terminado de ver la serie *El príncipe* hace dos días con Ari, me ha afectado demasiado. Aún no supero el final.

—Chris —John pronuncia mi nombre, interrumpiendo mi desvarío, y yo muerdo mi uña del dedo índice derecho con ímpetu, sin dejar de contemplar sus bonitos ojos—. Mis padres quieren volver a vivir en Italia.

Mi instinto de roedor se detiene. Espero que no sea para Semana Santa, porque John me contó el otro día que se iban a ir de nuevo por esas fechas, pero sólo de vacaciones.

—¿Y qué pasa con eso?

No quiero escuchar que él ha decidido irse con ellos.

—Que puede que me vaya yo también —responde, y baja la mirada a sus manos, que juegan entre ellas—. Será en verano.

Creo que voy a pedirle a uno de los niños que hay jugando en el parque que me tire una piedra a la cabeza, porque siento que estoy en una pesadilla.

—Es una broma —suelto, pero John niega con la cabeza—. Tiene que ser una puta broma. No puedes marcharte cuando estamos mejor que nunca. Por fin ambos nos hemos enfrentado a nuestros padres y somos felices. No puedes tirarlo todo a la basura.

—Podrías venirte conmigo. Buscaríamos algo por allí y empezaríamos la universidad juntos, lejos de todo —dice sin mirarme, y yo me levanto del banco, malhumorado.

¿Cómo se atreve a pensar semejante estupidez?

—¡Yo no quiero irme! —le grito señalándolo con el dedo, y él hunde las manos en su pelo sin dejar de contemplar el suelo—. ¿De verdad piensas que voy a dejar a mis padres, a mi hermana y a mis amigos para irme contigo y con tu familia que me odia?

Se levanta de repente y me mira como si estuviera siendo torturado.

—Estarías lejos de tu padre, Chris. —Me sujeta de las manos—. Estaríamos juntos.

Niego con la cabeza y John suspira.

—Ya pensaremos en algo para que no te tengas que ir. No puedes obligarme a que me vaya contigo. Por mucho que te quiera, ese no es mi sitio.

—Chris...

Me suelto de sus manos de forma brusca. Se ha instalado un nudo en mi garganta y estoy a punto de derrumbarme.

—Mejor será que me vaya a casa.

Me alejo de John y me marchó del parque para encerrarme cuanto antes en mi habitación. Cuando llego a casa, me seco las lágrimas que he ido

derramando durante el camino y me encuentro con mi padre.

—¿Qué haces lloriqueando? —quiere saber de brazos cruzados, al verme apoyado en la puerta de la entrada—. Eres un debilucho.

Sin embargo, subo hasta mi cuarto sin haberle contestado.

* * *

Estoy tumbado en mi cama con los auriculares puestos y con el volumen al máximo, escuchando *Make it without you*, de Andrew Belle, mientras una bolsa de guisantes congelados alivia poco a poco el dolor de mi costado derecho. Una lástima que no exista nada para curar el daño que me ha hecho John hace un rato.

Cuando acaba la canción, unos golpes en mi ventana me sacan de mi ensimismamiento. Me asomo y me encuentro al tonto de John mirándome desde abajo con piedras en las manos.

—¿Qué quieres? —exijo saber al abrir la ventana.

—¿De verdad vas a estar así hasta que me vaya a Italia?

—Sí —le respondo, tajante—. Es más, estaré así hasta mucho después de que te vayas. Mil años, más o menos.

—¡Venga ya, Chris! —exclama haciendo aspavientos con los brazos—. ¡No seas Mister Dramas!

¿Mister Dramas yo? Este tipo no me conoce.

—¡Vete de mi calle! —Le tiro la bolsa de guisantes a la cabeza, pero no tengo tanta puntería y se cae al suelo. John se hace con ella y la contempla con extrañeza.

—¿Guisantes?

—¡Para que te los comas en el avión!

Me doy cuenta de que en la ventana de la habitación de Ari hay dos figuras asomadas, comiendo palomitas a la vez que ven la escenita. Una de ellas es rubia.

¿Qué demonios hace Ari con Mónica cotilleando mi discusión con John?

—¡Sabes que no me gustan los guisantes! Siempre los aparto en la paella —dice John desde abajo y sujetando la bolsa.

—¡Pues te los metes por el culo! —le grito, y dirijo mi vista hacia las dos marujas para sacarles el dedo corazón; después cierro mi ventana de un golpetazo, con el que temo que el cristal se rompa en mil pedazos, corro las cortinas y me tumbo en mi cama, enfurruñado.

Y reflexiono, como si fuera un niño al que acaban de castigar en el rincón de pensar del colegio, por haberle robado el bocadillo de morcilla a su compañero.

* * *

Llevo una semana y cinco días reflexionando.

Una semana y cinco días comportándome como un niño pequeño con John y contestándole con monosílabos.

Una semana y cinco días comiéndome las uñas como un poseso. Ya no tengo dónde morder, porque a las del pie ni siquiera llego.

Una semana y cinco días fingiendo que no me apetece abrazarlo ni besarlo.

Y una semana y cinco días zampando guisantes como si fuera el único alimento que venden en el supermercado.

Hasta hoy, que he acabado mi reflexión en cuanto mis ojos se han abierto a las siete de la mañana y le he mandado un mensaje a Ari, pero como no estaba conectada, la he tenido que llamar doscientas veces hasta que por fin se ha despertado.

—Ya me puedes estar explicando por qué has interrumpido mi fabuloso sueño un domingo por la mañana —me dice mi amiga en cuanto sale de su casa, con los ojos medio cerrados aún.

—Vas a acompañarme a la iglesia.

Ari abre los ojos, despertándose de repente.

—¿A la iglesia? ¿Un domingo tan temprano? —inquire con el ceño fruncido—. ¿Christian Castillo Becker en una iglesia, un domingo por la mañana? ¿Has sentido la llamada de Dios o algo así? —Coloca su mano en mi frente—. Creo que estás agonizando. Voy a llevarte al hospital.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya sé que suena muy surrealista viniendo de mí, pero tengo que confesarme con el cura antes de que empiece la misa, porque seguro que John va con sus padres y no quiero que me pille.

—¿Confesarte? ¿Tú? —Mi amiga suelta una carcajada—. ¿Christian Castillo Becker confesándose?

Me está poniendo muy nervioso. Yo no sé para qué le he pedido que me acompañe.

—¡Deja ya de cachondearte de mí! Por favor... —le pido con cara de

pena.

—Está bien. Vamos a confesarnos.

Ambos nos agarramos del brazo del otro, como dos abuelitas, y nos encaminamos hacia la iglesia. Cuando llegamos, me recorre por el cuerpo el característico escalofrío, como si a Dios le pareciera mal que yo entre en una de sus infinitas casas.

Le digo a Ari que me espere sentada en uno de los bancos del final de la iglesia y me acerco al sacerdote, con pasos tan lentos como si me pesaran los pies.

—Hola, Padre —saludo al cura. Nunca voy a entender por qué se les llama de esa manera a los sacerdotes si no son nuestros padres—. Quiero confesarme.

Tomamos asiento en la primera banqueta y comienzo a parlotear como una cotorra, nervioso y rezando a Michael Jackson para que el cura no me eche de aquí.

—Verá, yo no creo ni en Dios, ni en la Virgen, ni en la Biblia, ni en nada que tenga que ver con la religión, ¿vale? Soy tan ateo como mi novio es de creyente —le explico, y el sacerdote me mira, prestando atención—. Pero me he portado mal con él porque se quiere ir a vivir a otra parte. Bueno, en realidad quiere que me vaya yo con él. Me siento mal por haberme enfadado, pero es que no quiero que se marche y yo tampoco quiero marcharme. Nos va muy bien ahora... Bueno, nos iba bien hasta que me soltó esa noticia. Pero yo lo quiero, y no pienso permitir que nuestra historia se rompa por algo así; es el chico más fascinante que he conocido. ¿Qué hago? ¿Me voy con él aunque no quiera? ¿Lo secuestro y lo ato a mi cama? Estoy desesperado por toda esta mierda —me detengo al darme cuenta de la palabrota, y me tapo la boca con la mano—. Ups... Perdón.

El hombre continúa observándome con una sonrisa en los labios. Imagino que en su interior se estará partiendo el culo de risa por mi confesión tan ridícula.

—Si vuestro amor es fuerte y puro, no habrá ningún problema. Lograréis salir adelante si pensáis alguna solución que no os haga daño a ninguno.

Le sonrío amable y me levanto. No me ha ayudado en nada.

—Qué majo es usted. —Le doy una palmadita en el hombro—. Muchas gracias por su comprensión.

Suelta un suspiro y yo pienso que la acabo de cagar con ese gesto de como si nos conociésemos de toda la vida.

—Como penitencia, debes rezar cuatro Padres Nuestros y cinco Ave Marías —me dice bastante serio.

—¿En serio? —inquiero enarcando una ceja, superextrañado—. Bueno, lo haré. Gracias.

Tendré que buscar esas oraciones en San Google.

Cuando me despido del cura, me acerco a Ari, que se ha sentado en el banco contiguo al que yo he estado, y observo que tiene los ojos cerrados con las manos juntas, como si estuviera... ¿rezando? ¿Ari rezando?

Decido sentarme a su lado e interrumpo sus oraciones.

—Ya he acabado —le informo. Ella abre los ojos y ladea su cabeza hacia mí—. ¿Estabas rezando?

—Estaba confesándome.

Suelto una risita.

—¿Y qué le contabas a Dios? —le pregunto haciéndome el gracioso, y ella exhala con pesadez.

—Estaba diciéndole que había pecado por haber besado a Diego.

Ay, mi madre, que mi amiga es capaz de acabar saliendo con Diego. Si hace eso, me sentiré un pelín decepcionado, porque tenía la esperanza de que Alvari volviera, aunque Ariego no me disguste del todo.

—Pero eso no es pecado si no estás saliendo con nadie —comento mirándola a los ojos, que se le notan arrepentidos.

—Sí lo es cuando el beso me ha gustado mientras sigo enamorada de Álvaro.

Comienzo a comerme lo que me queda de uñas.

—¿Te gusta Diego? —le pregunto, y ella suspira con los ojos cerrados.

—No lo sé —admite—. Deja que acabe de confesarme y nos marchamos de aquí.

Dejo a mi amiga sola mientras me encamino hacia la salida, pero con la suerte que tengo en mi vida, diviso a John encendiendo una vela a unos metros de distancia.

Mierda.

Me agacho y me dirijo hacia mi objetivo, caminando agachado entre los bancos. Sin embargo, parece que me ha mirado un tuerto hoy, porque me tropiezo con algo y me doy de bruces contra el suelo.

Un pie.

—¿A dónde vas, pollito raro? —quiere saber la voz de Toni.

Alzo la vista y me empiezo a reír a carcajadas cuando lo veo con su

característico flequillo peinado hacia atrás, como si lo hubiera peinado su abuela con la mano lamida.

Más me vale no reírme de él si no quiero que me delate ante John.

Me levanto de un salto y saco mi cartera del bolsillo de los vaqueros con la intención de que me guarde el secreto.

—¿Esa de ahí no es Ari? —inquiére como si hubiera visto un fantasma, con la vista clavada en mi amiga, que se acerca a nosotros—. Que no me vea con este peinado tan ridículo. —Se esconde detrás de mí.

—¿Nos vamos, Chris? —pregunta Ari cuando llega a nosotros, y mira detrás de mí—. Hola, Toni.

Toni bufa y sale de su escondite, rojo como un tomate.

—Hola, Ari.

Ahogo una risita.

—Qué mono con tu nuevo peinado —lo halaga mi amiga, y yo me vuelvo a reír mientras a Toni están a punto de explotarle las mejillas.

—Gracias.

Parece un niño bueno.

—De nada. —Ari le tira del moflete a Toni; luego me mira y yo me aseguro de que John continúa con las velitas—. ¿Nos vamos ya?

Asiento, y cuando Ari se da la vuelta para irse, oigo la maldita voz de John detrás de mí.

—¿Chris?

Me armo de valor y me doy la vuelta para encontrarme cara a cara con el amor de mi vida.

—Bueno, os dejo solitos, pollitos —interviene Toni. Desearía lo que fuera para que se quedara aquí, haciéndome compañía ante mi novio idiota.

—¿Qué haces en la iglesia? —inquiére John, atónito.

—Estaba pidiéndole consejo a tu sacerdote sobre cómo lidiar con un novio tan estúpido. —Lo miro fingiendo una sonrisa.

John suelta un profundo suspiro.

—¿Hasta cuándo vas a estar odiándome?

¿Cómo puede pensar que es odio lo que siento por él? Esa palabra suena muy fea.

—No es odio. Es decepción, pero no importa. Que te diviertas en la misa, bebé.

—Chris...

Le lanzo un beso por el aire y le digo adiós con la mano antes de salir de

la iglesia y quedarme mirándolo desde el portón como un pasmarote.

—Maldito John —hablo para mis adentros sin apartar mi vista de él, que continúa mirándome con cara de pena. Menos mal que desde aquí no me escucha—. La cantidad de tonterías que hago por culpa de quererte. Me vuelves loco, capullo. Quisiera adoptar un chinito contigo, pero como te vas a marchar a Italia, acabaré adoptándolo con Ari.

—¿Qué haces hablando solo? —cuestiona mi amiga, y mis ojos dejan de deleitarse con la imagen de John para posarse en Ari.

—Estaba insultando al no-padre de mi futuro hijo chinito.

Ari me mira como si se me hubiera pirado la pinza del todo y ya no tenga remedio.

—Creo que voy a llamar a la vieja de Monstruos S.A. para que te guarde una habitación en mi manicomio.

Capítulo 69

Diego

—¿Necesitas alguna cosa? ¿Seguro que llevas bien el embarazo? ¿No te duele nada? ¿Te sientes bien? ¿Te da muchas pataditas? —le pregunto a Natty, todo acelerado, por Skype.

Ella sonríe a la pantalla.

—Tranquilo, Diego. Estoy fenomenal. Parece que tú eres el embarazado en vez de yo.

—Es que quiero que salga todo bien; tengo miedo de que surja alguna complicación con la pequeña Blanca o el pequeño Darío —le contesto sonriendo.

Al final, Natty y yo hemos decidido no saber el sexo del bebé hasta que nazca; queremos que sea una sorpresa. Pero si tengo que ser sincero, me gustaría que fuese una niña, aunque salga lo que salga, lo voy a querer igual.

—Tenemos que negociar esos nombres, no me gustan. Ya sabes que prefiero Dylan o Sasha.

—Sí, claro —le respondo con sarcasmo—. Y lo mandamos a estudiar a un instituto americano, donde Dylan sería el capitán del equipo de fútbol, y Sasha, la capitana de las animadoras, ¿no?

Natty se ríe a carcajadas.

—Esa sería muy buena idea —admite, y se levanta de la silla de su escritorio—. Por cierto, te voy a enseñar la barriga.

—A ver... No me asustes.

Natty se pone de lado y se echa la camiseta hacia arriba, dejando al descubierto su supertripa, que ha crecido mucho más desde la última vez que me la enseñó. La verdad es que impone demasiado; está de seis meses ahora mismo y no quiero ni pensar en cómo lucirá cuando casi se ponga de parto.

—Está enorme —comento, pasmado.

—No tanto.

Cuando me despido de ella, alguien llama a la puerta de mi habitación y yo le digo que pase. Tania abre y asoma su cabeza anaranjada. Lleva toda la tarde con mi primo ensayando canciones en el salón.

—Dieguito. —Se cuela en mi cuarto, sujetando un gorrito de lana naranja —. Mi abuela le ha hecho a tu bebé esto. —Me tiende el regalo—. Le he contado que vas a ser papá y me ha dicho que te dé la enhorabuena de su parte.

Cojo el gorrito y me quedo mirándolo sonriendo.

—Muchas gracias, Tania. Y dáselas a tu abuela también.

—No hay de qué, pijín —me dice con voz cantarina—. Bueno, me marcho a casita, que tengo las cuerdas vocales pidiéndome a gritos un descanso.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Últimamente está viniendo mucho a mi casa con Adam y me pica la curiosidad por saber si están liados, aunque en realidad no me importe.

Tania me mira con atención.

—Dime.

—¿Te gusta mi primo?

Se cachondea en mi propia cara. Coloca su mano en su barriga sin dejar de reírse como una chiflada, y se tira cinco minutos de esa manera.

—¡Ay, no puedo parar! ¡Me voy a mear en las bragas de unicornios! — exclama entre risas y con lágrimas en los ojos.

Demasiada información. No me interesa cómo sean sus bragas. Por mí como si lleva unos calzoncillos agujereados.

—¿Qué se supone que te hace tanta gracia? —exijo saber cruzándome de brazos.

—Ay, Dieguito de mi corazón. —Se calma y se enjuga las lágrimas, respirando de manera entrecortada—. Ya tengo bastante estando pillada de una almorra, como para estarlo de dos.

—¿Entonces?

Esboza una sonrisa.

—No me gustan los tíos celosos —me informa acercándose poco a poco a mí y sin apartar su mirada verdosa de la mía—. Tenlo en cuenta para el futuro.

—No estoy celoso —replico—. Y jamás habrá un futuro entre tú y yo, tenlo también en cuenta.

—Mmm... —Pasea sus dedos por mi brazo de manera sensual y yo me estremezco—. ¿Por qué te has dado por aludido? Sólo te estaba dando un consejo para que no la cagues con las chicas con las que estés.

—Yo no me he dado por aludido —me defiende, aunque no sea verdad.

Tania deja mi brazo en paz y me sonrío.

—Eres un niño aún. Espero que, cuando crezcas, te des cuenta de la pedazo de mujer que tienes delante de tus narices.

—Seguirás sin ser mi tipo como hasta ahora —le digo contemplando cada una de sus pecas.

—Eso no era lo que decías cuando me follabas en la parte trasera de mi coche o en mi cama extragrande y cómoda.

Mis labios vuelven a sonreír mientras pienso en algo inteligente para contestarle.

—Sólo te estaba usando durante un rato como diversión. Créeme, no estoy tan loco como para enamorarme de alguien como tú. Dices que soy un niño, pero la única inmadura aquí eres tú.

A Tania se le tensa la mandíbula y finge una sonrisa. Tengo la sensación de que mis palabras han sonado de lo más hirientes.

—Espero que a tu bebé le guste el gorrito —suelta tan dura como una piedra—. Nos vemos, Dieguito. —Y se marcha de mi habitación con el ruido de sus tacones.

Acaricio el gorro y lo acerco a mi nariz. Huele a fresas, como Tania.

Vale, soy muy estúpido y no se ha merecido lo que le he dicho. Esa pelirroja saca lo peor de mí.

* * *

—Ari, mi nota media se va a ver afectada por tu culpa.

—No pasa nada por que te hayas saltado las tres primeras horas de hoy, no íbamos a hacer nada —me dice mi amiga, que me ha convencido en la misma puerta del instituto, a las ocho y cuarto de la mañana, para no entrar en clase e irnos a cotillear una nueva librería que han abierto.

—Pueden haber hecho algo importante.

—No lo creo. Siempre hacemos lo mismo: aburrirnos como ostras.

Mi madre me va a matar cuando se entere de que no he ido a clase. Menos mal que no me toca Historia hasta después del recreo.

—Diego, ¿te puedo preguntar una cosita? —inquire Ari mientras caminamos hacia el insti.

—Claro, puedes preguntarme lo que quieras.

Detiene su paso y suspira; después me mira a los ojos.

—¿Te sigo gustando?

¿Qué? ¿Por qué quiere saber eso ahora? Además, ya sabe la contestación porque mis sentimientos se notan perfectamente, y yo no soy de los que cambian de parecer de la noche a la mañana.

—¿A qué viene eso?

—Tú sólo respóndeme y te dejaré tranquilo.

Me rasco la nariz y sonrío, hecho un manojito de nervios.

—Pues... Para ser sincero...

Me interrumpe la melodía de mi móvil y doy gracias a la persona que me esté llamando por salvarme de esta situación tan embarazosa. No se me da muy bien hablar de mis sentimientos con la persona de la que estoy enamorado cuando no son correspondidos.

Le cojo la llamada a mi madre y Ari suelta un bufido.

—Dime, mamá.

—Cariño, ¿dónde estás? No has venido a clase en todo el día —me habla en tono de preocupación.

Prefiero no mentirle a mi madre para que no se piense que me ha pasado algo malo.

—Estoy bien, mamá. Sólo me he saltado las clases con Ari, pero ya vamos para allá. No te preocupes.

—Vale, cariño. Tened cuidado.

Y colgamos.

Ari ha estado escuchando la conversación, con la ceja enarcada y cruzada de brazos.

—Si mi madre me hubiera llamado a mí, ya estaría enterrada en lo más profundo de la Tierra.

—¿Te da envidia que tenga una madre tan comprensiva? —le pregunto sonriendo, y continuamos nuestro camino.

—No cambies de tema. —Ari me sigue—. Aún no me has contestado.

Me vuelvo a parar y me giro hacia ella.

—Sí, Ari. —Clavo mi mirada en la suya—. No sólo me sigues gustando, sino que es imposible que te vayas de mi cabeza, pero ya tengo asimilado que lo nuestro no irá más allá de la amistad, porque lo que sientes por Álvaro no se va a esfumar jamás, así que me conformo con tenerte como mejor amiga.

—Caray —musita, atónita y con la mirada brillante.

—¿Por qué me lo has preguntado?

Sonríe con timidez y se muerde el labio inferior.

—Eso creo que te lo voy a responder en otro momento. No me siento

preparada para hablar de las mariposas que me estás haciendo sentir últimamente en el estómago.

¿Las mariposas que le estoy haciendo sentir en el estómago?

Esos bichos sé que pertenecen a Álvaro, no a mí. Creo que mi amiga está confundida y yo tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo como para ilusionarme con una posible relación amorosa con ella. Voy a tener un hijo, que va a ser lo más importante en mi vida, y tengo que centrarme en sacar buena nota en bachillerato y en la selectividad para entrar en la universidad.

—Como tú veas —le digo.

Antes de saltar la verja del insti, siento que alguien me da con su dedo en el hombro detrás de mí, así que me giro para descubrir de quién se trata, y me encuentro con un hombre que creo que lo he visto antes. Ari hace lo mismo que yo y lo estudia con detenimiento.

Ya sé de qué lo conozco. Es el tipo que me ha estado persiguiendo en dos ocasiones; en la primera me lo encontré en Barcelona, y en la segunda, en Málaga, cuando Álvaro le dio un muletazo en la cabeza que por poco lo deja tieso en mitad de la acera. Sin embargo, ahora el hombre tiene mejor pinta; ya no parece un yonqui porque viste ropa normal y limpia: un abrigo negro, vaqueros y zapatillas de deporte; su cuello lo cubre una bufanda azul marino, que oculta su tatuaje de la cobra, y su pelo está escondido bajo un gorro de lana negro.

—Hola, Diego —me saluda sonriente, aunque sigue teniendo un par de dientes picados. Alrededor de sus ojos marrones se le han formado unas pequeñas arrugas.

Trago saliva; no puedo moverme ni articular palabra por la impresión. ¿Cómo se sabe mi nombre?

Miro de reojo a Ari, que permanece con los ojos pegados al tipo.

—No le conozco de nada, señor —logro decirle al hombre, con voz tensa.

—Sí me conoces. Nos hemos visto antes —me responde—. Pregúntale a tu madre por un tal Marcos.

Intento mantener mi posición firme sin que se me note que estoy cagado.

—Lo siento, no sé de que me está hablando. —Agarro a Ari del brazo—. Que tenga un buen día.

Cuando saltamos la verja y estamos lejos de ese señor, mi amiga quiere saber quién era, y lo que yo le respondo es que se habrá equivocado de persona, sonando muy poco creíble porque me ha llamado por mi nombre. Ari decide no hacer más preguntas y se encamina hacia la clase de Historia,

que sólo faltan cinco minutos para que empiece. Yo busco a mi madre en la sala de profesores y me la encuentro terminándose un café con otro maestro.

—Cariño.

—Mamá, ¿puedo hablar un momento contigo?

Asiente y el otro profesor se marcha, porque imagino que tendrá que dar clase. Mi madre me sonrío y pasa una de sus manos por mi pelo.

—Dime, Diego.

Me atrevo a ir al grano.

—¿Quién es Marcos?

La expresión de mi madre es de completo pánico y el vaso de plástico se escurre de su mano, estampándose contra el suelo y formando un pequeño charco de café.

Sabe de quién le estoy hablando.

—No he oído ese nombre en mi vida, cariño. ¿Por qué lo mencionas?

Qué mentirosa. Creía que entre mi madre y yo no había secretos.

—Déjalo, mamá. —Hago un ademán con la mano para quitarle importancia al asunto—. Es un amigo de Adam que vive en Barcelona, y creía que te había hablado de él.

Si ella me oculta quién es ese hombre, yo también escondo que me lo he encontrado varias veces.

Me acerco a la puerta de la sala, con la intención de irme.

—Diego —me llama, y yo me doy la vuelta para mirarla—. Cuando eras pequeño siempre te repetía una y mil veces que no te acercaras a desconocidos. Ahora, aunque hayas crecido, te lo voy a decir una vez más: no te acerques a nadie sospechoso.

—Gracias, mamá. Lo haré. Siempre te he hecho caso en todo —le digo, y me voy a mi próxima clase.

* * *

Ari, Chris y yo nos dirigimos a nuestras casas cuando acaba el instituto. Chris se despide de nosotros, pero mi amiga y yo nos quedamos un rato fuera para hablar.

—Voy a contarte lo de las mariposas —me dice Ari.

Buah, con el hambre que tengo yo, ha decidido explicarme en este momento lo de esos bicharracos, y para colmo, no puedo pensar con claridad con el estómago vacío, porque sé que es un tema serio.

—Empieza. —Miro a mi amiga con atención.

—Bien. —Carraspea y su vista se posa en sus manos, que juegan entre ellas, antes de empezar a soltarlo todo de golpe—. Creo que me gustas y tengo miedo de que nuestra amistad se vaya a la mierda por una bobada así, porque eres mi amigo y no quisiera perderte. Pero, por otra parte, lo que siento por Álvaro continúa ahí, y no puedo querer a dos personas a la vez. No lo sé, es algo muy extraño. Quizá lo que me estás haciendo empezar a sentir es algo pasajero y me estoy calentando la cabeza para nada, pero sólo quería decírtelo porque tienes derecho a saberlo. —Levanta su mirada y se encuentra con mis ojos, que la observan, impresionados—. Mis sentimientos están chalados, ya está.

—Ari... —susurro, y ella posa su dedo índice sobre mis labios.

—No hace falta que digas nada. Mejor será que lo consulte con mi almohada, porque de verdad que me siento muy sucia ahora mismo sintiendo esto por ti cuando sigo enamorada de mi ex —me dice, y aparta su dedo—. Tengo que superar lo de Álvaro.

—¡Diego! —nos interrumpe Mónica saliendo de la casa de Ari—. Tienes que entrar un momentito porque tienes una sorpresa esperándote.

¿Desde cuándo esta tía me da sorpresas a mí?

Cuando me dispongo a hacerle caso, Ari detiene mi paso, agarrándome del brazo.

—Ni se te ocurra ir. Es la Barbie Poligonera, alguien en quien no se puede confiar.

—¡Oh, venga! —exclama Mónica levantando las manos por los aires; luego me mira esbozando una sonrisa—. Tiene que ver con tu bebé.

Que mencione a mi futuro hijo y que su extraña sorpresa tenga que ver con él, hace que me esté empezando a asustar.

—¿Con mi bebé? —cuestiono con voz nerviosa.

—Vamos, Diego, no puedes caer en su trampa —interviene Ari.

Sin embargo, no le hago caso a mi amiga y sigo a Mónica hasta el salón de la casa, con Ari persiguiéndome los talones, bufando.

—¡Tachán! —exclama Mónica señalando la sorpresa.

—¿Natty? —inquiero.

—Hola, Diego —me saluda mi exnovia muy sonriente.

Sí, es Natty en vivo y en directo. La última vez que hablé con ella fue cuando me enseñó la barriga hace una semana. Está mucho más morena y se ha cortado un poco el pelo. Mis ojos se van hacia su barriga, que creo que es

más gigante en la realidad que viéndola por Skype.

—Madre mía...

De lo conmocionado que me he quedado, siento que la sangre deja de circular por mi cuerpo y lo siguiente que ocurre es que me desmayo.

Capítulo 70

Chris

Vamos allá. Me cuelo en el jardín de Ari, cojo las escaleras y las coloco dando a su ventana. Subo con cuidado para no partirme la cabeza y entro en su habitación. Mi amiga está leyendo, sentada en su cama.

—¿Es que aparecer por mi ventana está de moda o algo? —me espeta cerrando el libro de golpe.

Me acerco a ella y me arrodillo en el suelo, juntando las manos.

—Me tienes que acompañar a un sitio ahora mismo. No tengo tiempo que perder. ¿Vienes? Dime que sí, por favor.

Ari me mira como si me faltaran cuatro tornillos.

—Estás drogado —dice.

—Vente, querida amiga del alma —suplico poniéndole cara de corderito.

—Está bien.

Se levanta de la cama, se pone sus Converse y nos marchamos de su casa por la puerta, no sin antes encontrarnos en el recibidor con Natty y Mónica, que acaban de volver de comprar ropa de bebé. La ex de Diego se está quedando a dormir en la habitación de la infeliz. Todavía estoy riéndome de lo que le pasó a Diego; resulta que se desmayó en cuanto vio la barrigota de Natty, pero no pasó nada grave porque se despertó a los cinco minutos.

—¿A dónde se supone que vamos? —me pregunta mi amiga con la voz de pito, mientras nos dirigimos hacia el sitio que tengo planeado.

—Vas a decir que he perdido la cabeza, pero John se va dentro de unas horas a Italia para pasar la Semana Santa y quiero hacer una cosa.

—¿Y te tengo que acompañar yo? Que tengo la cabeza hecha un lío.

—Te necesito para soportar el dolor. Físico y emocional —le explico.

—Me estás dando miedo.

Continuamos hablando de tonterías y nos paramos frente a un local donde hacen tatuajes. Me late el corazón a mil por hora, pero no quiero que John se marche pensando que no me importa nada, aunque ha sido divertido haber estado haciéndome el enfadado durante este tiempo. Al final, la charlita con el sacerdote me ha hecho reflexionar un pelín.

—¿Un tatuaje? —inquire Ari, y yo asiento sonriendo, comiéndome las uñas—. ¿Estás seguro? Que tú eres muy llorón. ¿O no te acuerdas de cuando éramos pequeños y te picó un mosquito gigante en el brazo?

¿Ahora saca mis trapos sucios del pasado? Es verdad que me ponía a llorar con nada y Ari se reía de mí cada vez que lo hacía, pero siempre me consolaba.

—Creo que podré soportarlo —digo, asimilando que dentro de un momento me clavarán una aguja que posiblemente me saque unas «pocas» lágrimas.

Vale, este pensamiento acaba de sonar raro.

—Pues vamos, Chris —me anima mi amiga.

—Si te grito, no me lo tengas en cuenta.

—Claro que no. —Ari me agarra de la mano y me obliga a entrar en el local. Nos acercamos a una chica morena que hay en la recepción con los brazos llenos de tatuajes.

—Buenas tardes —nos saluda.

Trago saliva.

—Mi amigo se quiere hacer un tatuaje —suelta Ari.

La chica me observa con detenimiento.

—¿Estás seguro? Te veo un poco nervioso.

¿Tanto se me nota? Ah, claro. Si me estoy comiendo las uñas y moviendo la pierna con impaciencia, es extraño que no piense que estoy como un flan.

—Claro —respondo con voz temblorosa.

—Bien, pues ven conmigo, guapo.

Sigo a la chica hasta una salita, con Ari detrás de mí.

—¿Has pensado lo que quieres hacerte? —me pregunta la chica.

—Sí. —Saco de mi bolsillo de los vaqueros un papelito con el tatuaje que quiero y se lo tiendo; ella lo estudia y vuelve a sonreír.

—Muy bien. —Me mira—. ¿Dónde lo quieres?

—En el costado izquierdo.

Sé que me va a doler y que lo más probable es que salga corriendo en cuanto la chica clave la aguja en mi piel. Lo sé. Soy vidente.

—Tumbate ahí, por favor —me indica señalándome una camilla.

Le hago caso, me quito la camiseta y me tumbo, esperando el infierno.

—Tampoco será para tanto, Chris —comenta Ari, que ha estado durante todo este rato riéndose.

—Si consigo hacérmelo sin salir corriendo, te haces tú uno —la reto.

Mi amiga abre la boca, sorprendida.

—No, eso no.

—¿La pequeña Ariadna tiene miedo? —la chincho moviendo las cejas de arriba abajo.

—Soy unos meses más mayor que tú. Y no, no me da miedo, sólo me dan un poco de respeto las agujas —confiesa mirando a la chica preparándolo todo; después vuelve a posar sus ojos en mí—. Pero si insistes, me haré uno. Pequeñito.

—Uh, Ari, eso lo tienes que jurar.

Me mira entornando los ojos y, de repente, sus dedos me retuercen un pezón; yo grito de dolor.

—Por tonto —me dice.

—Eres una mala amiga.

Ari se queda perpleja, como si le hubiera abofeteado la cara.

—¿Ah, sí? Pues me voy y te dejo sufrir solito. —Intenta dar media vuelta para irse, pero la sujeto del brazo.

—No me abandones —le pido, aunque sé que estaba de broma. Nunca me dejaría solo en un momento como este.

La chica se acerca con los utensilios y me limpia la zona donde va a ir el tatuaje. Creo que será mejor que mire a Ari durante el calvario.

—Cuéntame algo —le pido a mi amiga.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Algo interesante para no prestar atención al dolor.

—¿Estás preparado, chico? —me pregunta la tatuadora.

—No, pero hazlo.

Ari entrelaza su mano con la mía y yo la agarro fuerte mientras la chica comienza a picotear mi piel. Me quejo y se me saltan unas cuantas lágrimas. Esto es peor que cuando era pequeño y tenía que ir a que me pusieran las vacunas.

—Chris —me llama mi amiga, y yo ladeo la cabeza hacia ella—. ¿Qué puedo hacer?

—Te refieres a lo de... ¡Ay! —exclamo de dolor.

Ari asiente.

—Mi corazón está muy raro. Quiero muchísimo a Álvaro a pesar de todo, pero siento que lo mío con él ya es pasado. No quiero hacerle daño... Sé que eres su amigo y que probablemente no me digas nada que pueda ayudarme, pero me gustaría saber tu opinión.

He estado tan concentrado escuchándola que ni me he dado cuenta del dolor de la aguja.

—Sabes que yo soy Alvari cien por cien. ¡Aaaah! —chillo por culpa de un pinchazo, pero continúo hablando con las lágrimas saliendo de mis ojos—. Hazle caso a tu corazón, Ari. Estoy seguro de que uno de los dos le gana al otro, sólo tienes que averiguar quién es. Si piensas que lo tuyo con Álvaro no va a ninguna parte y que con Diego serás feliz, adelante. Al final tomarás la decisión correcta y cualquiera de los dos lo entenderá... ¡Joder!

Esto cada vez me está matando más y no paro de lloriquear. Es insoportable. Miro cómo va el tatuaje y suspiro de alivio cuando me doy cuenta de que le queda poco.

—¿Tú crees? —me pregunta mi amiga sin soltarme la mano, y yo asiento sonriendo, aunque por dentro esté cagándome en todo—. Lo has dicho con mucha emoción. Hasta has llorado —se burla de mí—. Gracias, Chris. Todo esto es tan difícil... ¿Por qué no eres hetero? Serías el hombre de mi vida.

Suelto una carcajada.

—¿Y tú por qué no has nacido hombre? —inquiero, y Ari me da un tortazo flojo en la cara—. Bueno, si no te decides por ninguno de los dos en los próximos diez años, me casaré contigo.

A la tatuadora la estamos divirtiendo, porque no para de reírse con las tonterías que decimos.

—Trato hecho —contesta mi amiga.

—Pues esto ya está, guapo —interviene la chica cubriéndome el tatuaje con papel film, y enseguida me quedo enamorado de él.

—Es muy bonito —comenta Ari.

—Te toca hacerte uno. No he salido corriendo —le digo, y su rostro se torna pálido—. Nada de echarse para atrás. Me lo has prometido.

Mi amiga traga saliva y mira a la tatuadora, después a la aguja con los ojos muy abiertos, y por último, a mí.

—Pero pequeñito. —Le tiembla la voz a la pobre.

Le cedo mi asiento a Ari y me pongo la camiseta. No para de quitarse las pielecillas de las uñas mientras contempla la aguja.

—¿Qué quieres hacerte? —le pregunta la tatuadora.

—Eh... —intenta decir mi amiga; a continuación, me mira pidiéndome ayuda, pero yo me encojo de hombros—. Una estrella. En la muñeca. Y pequeña. Por favor.

Durante el rato que la chica le hace el tatuaje, agarro a mi amiga de la otra

mano, igual que ha hecho ella conmigo, pero no se queja tanto como me he quejado yo. En el fondo es más valiente que yo, aunque no lo demuestre.

Cuando la chica acaba de hacerle la estrellita a Ari, le pagamos y salimos del establecimiento.

—¿Y ahora a dónde vamos? —quiere saber mi amiga.

—Al aeropuerto.

Vamos a la parada de autobuses más cercana, cogemos el que nos lleva al aeropuerto y nos sentamos en los últimos asientos.

—John se va a volver loco —comenta mi amiga mirando el edificio, una vez que hemos llegado a nuestro destino, donde muchos viandantes entran y salen con maletas.

—Pues espero que sí. —Agarro a Ari de la mano y nos adentramos en el aeropuerto. De entre la multitud, reconozco a una figura montando en monopatín y chocándose con la gente. Corremos hacia él—. ¡Toni!

El niño se detiene en cuanto me oye, se quita sus auriculares y me mira a través de un ojo, porque su flequillo tan largo le impide ver con el otro.

—Rarito —me saluda, y yo me saco un billete de diez euros del bolsillo de los vaqueros. Me he quedado tieso después de haber pagado el tatuaje.

—Llévame hasta tu hermano —le digo tendiéndole el billete.

Toni mira el dinero, pero niega con la cabeza.

—Esta vez no quiero pasta.

A este niño le ha dado algo en el cerebro. ¿Desde cuándo no quiere dinero?

—Mejor —contesto.

—Quiero tocarle las tetas a mi amada. —Toni señala a Ari.

—¡Niño! —exclama ella, y se tapa la delantera con los brazos.

—No, Toni. Eso no puede ser. A las chicas les gustan los caballeros —le digo—. Te lo suplico. Llévame hasta John.

Él me mira a mí y después a Ari, que sigue protegiéndose el pecho.

—Pero me quedo la pasta —dice él al fin, y me arrebató los diez euros—. Seguidme, pollitos. —Nos empieza a guiar, subido en su monopatín.

—¿Pollitos? —inquire Ari mirándome.

—Creo que le faltó oxígeno al nacer —susurro sin que el otro me oiga.

Mientras Toni nos dirige hacia donde se encuentra John, se va estrellando con algunas personas, y estas lo insultan, pero él les saca el dedo corazón y los llama «tarugos», hasta que se detiene frente a una tiendecita de *souvenirs*.

—Pues ahí está tu hombre —me dice mi cuñado señalando con la cabeza a

John, que está mirando cosas en una estantería de la tienda.

—Ánimo, Chris —interviene Ari, y me da un abrazo—. Te espero aquí.

Rezo a Michael Jackson y camino hasta John con sigilo. Está de espaldas, así que no se da cuenta de mi presencia. Me acerco a su oído y le susurro:

—Hola.

John da un respingo y se da la vuelta. En cuanto me ve, se le iluminan los ojos.

—¡Chris! —exclama, y me achucha fuerte contra él, casi rompiéndome un par de costillas—. Creía que no ibas a venir.

Sonrí y poso mis manos en su rostro.

—Creías mal. Te tengo que enseñar una cosa —le digo, y me separo de él.

—¿Qué es? —pregunta con curiosidad.

—Una locura. —Levanto mi camiseta, dejando al descubierto el costado izquierdo, donde se encuentra el tatuaje con el nombre de John, cubierto con papel film.

—No es verdad —murmura contemplándolo, atónito; después acerca su mano y pasea sus dedos por él con una sonrisa en los labios—. Estás loco, Chris.

—No podía dejar que pensaras que no eres importante para mí.

John me observa con sus hipnóticos ojos azules y con las comisuras de sus labios curvadas hacia arriba, para luego abalanzarse sobre mí y pegar sus labios contra los míos. Lo rodeo con mis brazos a la vez que mi lengua acaricia la suya.

—Voy a echarte de menos durante toda la Semana Santa —musita contra mis labios, y con esas palabras cava un agujero en mi estómago del tamaño de una sandía. Aunque sólo sea una semana alejados, es mucho tiempo; no quiero ni imaginar cuando de verdad se vaya en verano.

El Christian llorón viene de camino.

—Yo también a ti —le contesto con un nudo en la garganta—. Prométeme que me hablarás todos los días por Skype... —diciendo esto último se me empieza a quebrar la voz y una lágrima recorre mi mejilla.

John la atrapa al momento, mirándome con ternura.

—Pero no me llores, bebé, que me vas a hacer llorar a mí también. Sólo es una semana.

Intento reírme, pero soy incapaz, así que comienzo a lloriquear como si fuera un niño. John me abraza fuerte contra él y apoya su cabeza en mi hombro; yo me derrumbo y noto que él está llorando también. Nos quedamos

así, como dos estúpidos, durante un rato, hasta que oímos cristales romperse en la tienda. Nos separamos y nos damos cuenta de que Toni se acaba de estrellar con su monopatín contra una estantería llena de tazas. Él, por suerte, no se ha hecho nada; está de pie, mirando el desastre, pero las tazas están hechas pedazos. Y la gente cuchicheando.

—¡Toni! —le grita John, pero el niño huye de la tienda con la ayuda de su monopatín.

Ari observa el estropicio con los ojos muy abiertos y con la mano tapando su boca. Los dependientes de la tienda están maldiciéndolo todo, y uno de ellos ha salido tras Toni.

—Tu hermano la acaba de cagar —le digo a John.

—Este niño... —murmura negando con la cabeza.

Ari se acerca a nosotros.

—Le va a caer una buena —comenta mi amiga sonriendo; después se concentra en John—. Que te lo pases genial.

—Gracias —le responde él—. Cuídamelo, Ari.

—Claro que sí.

Los dos se funden en un abrazo.

—Cuando vengas, quiero que me traigas una pizza gigante —le digo a John, y se echa a reír.

—Espero que me entre en la maleta.

—Pobre pizza —interviene Ari.

John mira la hora en su móvil y suelta un profundo suspiro.

—Debo irme ya, chicos.

Ay, que lloro otra vez. No quiero que se marche. Quiero que se quede aquí conmigo. Lo necesito a mi lado. Por un momento, pienso en irme toda la Semana Santa con él sin maleta ni nada.

Tenemos que pensar algo para verano. No pienso permitir que nos alejemos.

Otra vez estoy llorando a moco tendido. Voy a acabar con mi cuerpo en sequía. John me vuelve a abrazar y me susurra mil veces que me quiere. Yo le digo que lo quiero, pero no se me entiende por culpa de los llantos.

—John, es casi la hora de irnos —oímos la voz de su padre.

Nos separamos y John me besa.

—Tengo que irme, Chris —me dice—. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

—En la casa de Álvaro he dejado un regalo para ti. Ve a por él.

Ay, ¿qué me habrá dejado?

Asiento, salimos de la tienda y abrazo a John por última vez. Menos mal que ha sido su padre el que ha venido a buscarlo y no la estirada de la madre.

—No te entretengo más —le susurro todavía con las lágrimas descendiendo por mis mejillas—. Vete ya, anda.

Nos damos otro beso por última vez y nos separamos. Yo sigo llorando mientras observo cómo se marcha poco a poco con su padre y su hermano, que este último ha conseguido huir del dependiente que lo perseguía. Sin embargo, Toni se da la vuelta y se acerca a nosotros como una bala; se para frente a Ari, la agarra de la cara con sus manos y le planta un beso en los labios. Yo me quedo con la boca abierta y mi amiga intenta quitárselo de encima sin ningún éxito. Finalmente, John viene en su búsqueda y le pega un guantazo en la nuca a su hermano, que suelta a una Ari traumatizada.

—Vámonos, idiota —le espeta John a Toni, llevándoselo a rastras.

—¡Ari, siempre te amaré! —le grita a mi amiga—. ¡Sé que en algún momento tendré mi oportunidad contigo y que por ahora me toca esperar! ¡Pero después de Semana Santa volveré por tu amor!

Ari sigue en *shock*.

—¡Primero te tendrán que crecer pelos en el paquete! —le contesto al niño, y él me saca el dedo corazón.

Cuando se marchan, le paso a Ari mi palma por delante para que reaccione, y estalla en risas.

—¿Qué acaba de pasar? —me pregunta.

—Pues parece que eres el amor imposible de un adolescente de catorce años.

Ari se ríe más y me abraza. Sabe que me voy a volver a poner a llorar en cualquier momento.

—Aguantarás una semana sin él —me dice, pero a mí sólo se me escapan las lágrimas.

—Voy a ir a casa de Álvaro. John me ha dejado una cosa —le cuento cuando estoy un poco más calmado—. ¿Vienes o ya te vas a tu casa?

Ari se queda unos segundos debatiendo consigo misma.

—Te acompaño, pero te espero fuera.

Quince minutos después, Ari se queda en la parada de autobús para esperarme y yo toco el timbre de la casa de Álvaro.

—Cristiano —me saluda mi amigo en cuanto abre la puerta, y Tomate apoya sus patitas en mis piernas para darme la bienvenida.

—Vengo a recoger una cosa que me ha dejado John.

—Ah, sí. Está en el salón. Es muy majó.

¿Qué? ¿Es un ser vivo?

Una vez que entro al salón, me encuentro a Puncky metido en una jaula sobre la mesa.

—¡Gay! —exclama el pajarraco.

Álvaro suelta una carcajada y le da un cacahuete.

—No puede ser —musito mirando al animal, impactado.

—Di lo que te he enseñado —le habla Álvaro al loro.

—¡Álvaro sexy!

—Muy bien. —Mi amigo le da de comer otro cacahuete.

—¿Esto es lo que John me ha dejado? —inquiero señalando a Puncky.

—¿Es que no está chulo? Este bicho es la hostia.

—¡La hostia! —exclama el loro, y yo introduzco un dedo entre dos barrotes de la jaula para que me lo picotee.

—Pienso cantarle las cuarenta a John por dejarme a un loro bocazas.

Probablemente acabe por echarlo a la cazuela.

Capítulo 71

Álvaro

Dejo a Ale cuidando de Cassie en la puerta del banco y me dirijo hacia el cajero para sacar dinero, que lo necesito para pagarle lo que le debo a Víctor y para comprarme comida, aunque para eso tenga que meterle mano a lo que me habrá ingresado este mes el señor que me adoptó, porque lo que tenía ahorrado de mi no-padre, me lo he gastado: una pequeña parte en Tomate y en el veterinario, y todo lo demás lo doné a una protectora de animales en un impulso que me dio un día al despertarme. Así soy yo. Para que ese dinero se quede muerto de risa en mi cuenta, mejor hago un buen uso de él.

Introduzco la tarjeta de crédito y observo los últimos movimientos de la cuenta. No hay ni rastro de lo que me debería de haber ingresado mi no-padre como todos los meses.

Me río de manera sarcástica sin apartar mis ojos de la pantalla. Sé perfectamente lo que está haciendo ese señor. No piensa darme ni un duro hasta que los perdone a él y a mi no-madre. Pues de esta forma poco van a conseguir que dé mi brazo a torcer.

Me marchó del banco y vuelvo con la Pelochicle, pero antes de irnos, decido hacer una bella llamada al señor desconocido, que me contesta al tercer tono.

—¿Álvaro? —Suena sorprendido, el muy gilipollas.

—¿Dónde está la pasta de este mes, adorado padre?

Oigo una carcajada a través del teléfono y a mí me da el impulso de estrujar el móvil como si fuera una lata de refresco.

—No te pienso seguir dando dinero, Álvaro. Como, según tú, no eres mi hijo y yo tampoco soy tu padre, no tengo ningún derecho de hacer eso.

—Eres un completo hijo de puta, ¿lo sabías? —le espeto al desconocido, y Ale se queda pasmada, a mi lado.

—Has crecido bajo mi techo, así que lo más seguro es que hayas aprendido de mí lo de ser un hijo de puta.

Maldito desgraciado. Me está retando y cachondeándose de mí, y yo estoy a punto de explotar de rabia.

—¡Muérete! —bramo.

—Aún falta mucho para eso, bastardo.

Le cuelgo y le doy mi móvil a Ale antes de acabar estrellándolo contra la cristalera del banco.

Venga, voy a respirar hondo y voy a calmarme. No pienso consentir que un extraño me amargue lo que me queda de día.

—Tranquilo, Álvaro —me dice la Pelochicle.

—No puedo —le contesto, y me paso una mano por el pelo—. Es que mi no-padre estaba riéndose en mi puñetera cara.

—Bueno, en tu cara no —comenta para quitarle seriedad al asunto, y añade—: Más bien en tu oreja de Dumbo.

Voy a matar a la zanahoria por haber empezado a llamarme por ese apodo.

Miro a la Pelochicle entornando los ojos.

—No tiene ni puta gracia —le digo, pero suelto una risita.

La melodía de mi móvil nos interrumpe y Ale mira la pantalla de manera automática.

—Extraño.

¿Que demonios querrá otra vez ese señor?

Le arrebato a Ale mi teléfono de las manos y descuelgo.

—¿Qué coño quieres?

—Mira la foto que te enviado al WhatsApp, bastardo —me dice el desconocido, y corta la llamada al instante.

Entro en WhatsApp y observo la captura de pantalla de una transferencia. Mi no-padre acaba de ingresarme la misma cantidad de todos los meses, pero con un asunto diferente: *«para el bastardo de mi hijo»*.

Estoy que echo humo por la cabeza. Se cree muy gracioso ese señor.

* * *

Llevo dos horas en esta maldita fiesta por culpa de Tania, que me ha obligado a hacerla en mi casa, porque en la suya está su abuela reunida con más viejos. Ahora estoy sentado en las escaleras, alejado de los demás, con un cubata entre las manos y con mis pensamientos dándome la lata. Tomate no está aquí para hacerme compañía porque se lo he encasquetado a Chris, para que no se asustara ni se sintiera agobiado con la gente y el ruido.

—¿Aburrido? —me interrumpe Ale, que imagino que acabará de

escaquearse de los demás.

—Cansado.

Se acerca para sentarse a mi lado, pero se tropieza con algo y se da de bruces contra el suelo. Su bebida tampoco se salva y ahora hay gotas de alcohol por el suelo. Pongo los ojos en blanco de lo torpe que es esta chica.

—¡Ay! —se queja, y se levanta de un salto. Se arregla el vestido y observa el escenario que ha montado; después se lleva las manos a la cabeza —. ¡Oh, qué desastre! Ahora lo limpio.

—Tranquila, no pasa nada. Ya se limpiará mañana.

—Lo siento, de verdad —vuelve a disculparse, atacada de los nervios.

—Ven aquí, Pelochicle. —Doy una palmadita a mi lado y ella se sienta sin tropezarse con ninguna escalera ni con nada invisible.

—¿Por qué te has salido de la fiesta? —inquire, y yo vuelvo a suspirar. Si no me cayera bien, ya la habría mandado a tomar viento de lo pesada que es a veces.

—No tengo muchas ganas de hacer nada. Además, me estaba aburriendo.

—Te entiendo perfectamente. —Se arrima más a mí y se agarra a mi brazo; luego posa su cabeza en el hueco de mi cuello—. ¿Pero no crees que es mejor despejarse por un rato y olvidarse de los problemas, haciendo como que no existieran?

—Seguirían en mi cabeza. Lo tengo comprobado, Ale.

Alza su vista hacia mí.

—Pero habrá algún momento en el que no pienses en ellos.

¿Algún momento en el que no piense en Ari? Imposible. Mi mente me la recuerda a cada instante, no hay ni un solo segundo en el que su cara no venga a mi cabeza, ni siquiera cuando estoy durmiendo, porque aparece en mis sueños. Ya sé que ahora mismo puede que le importe una mierda por haberle dicho que no quiero volver con ella, y que es muy probable que no volvamos a estar juntos, pero no puedo evitarlo. La sigo queriendo, aunque intente convencerme de lo contrario. Sé que Tania me dijo que debía intentar pasar página, que no podía estar arrastrándome siempre por ella, y en parte tiene razón, pero me es imposible.

—Los padres de Jeremy están pensando en desconectarlo —suelta Ale de repente, sacándome de mis pensamientos.

—Joder, lo siento.

—No pasa nada. Es lo mejor. —Me acaricia la mejilla.

Yo la contemplo y ella acerca su rostro al mío.

Y me besa. Lenta y apasionadamente. Quiero detenerla, pero no sé por qué no lo hago. Necesito parar esto, porque sé que no va a llegar a nada y vamos a acabar haciéndonos daño. Yo no sé querer a otra persona que no sea Ari y me da miedo que mis sentimientos por ella se esfumen. Sin embargo, la Pelochicle acaba de aparecer de la nada y no tengo ni idea de lo que me está haciendo sentir.

Nos interrumpen dos personas que salen del salón riéndose, y nosotros nos despegamos al instante. Es Tania con un Steve muy borracho.

—Alvarito, te cojo prestada una de las habitaciones de arriba —dice mi amiga arrastrando las palabras y tambaleándose; después, los dos suben las escaleras como dos patos mareados, que temo que se caigan rodando y acabemos llamando a la ambulancia.

—¡No hagáis mucho escándalo! —les grito.

—Está loca —comenta Ale.

—Así es Tania —le respondo. Dejo el vaso a un lado de la escalera y me levanto—. Me voy a dormir ya. Estoy muy cansado.

—Ah... Bien... —balbucea mirándome con expresión triste.

—Vente conmigo, si quieres —le digo. ¿De verdad he dicho eso? Si no he bebido casi nada para decir tantas estupideces—. O si prefieres quedarte en la fiesta...

—No, está bien. Iré contigo. —Se levanta y se plancha el vestido con las manos.

Que Adam vigile la fiesta, que también ha tenido algo de culpa para que la haga.

Subimos hasta mi habitación, me quito la camiseta y la tiro al suelo; Ale se sienta sobre la cama y se quita sus zapatos.

—¿Quieres que te preste algo? —le pregunto, y ella alza la vista hacia mí y pasea sus ojos por mi cuerpo escultural—. Dormir con un vestido puede ser incómodo.

—Vale.

Me acerco al armario, saco una camiseta y se la lanzo a Ale, que la coge al vuelo.

—Voy al baño a cambiarme.

En cuanto se marcha de la habitación, me quedo en bóxer y me meto en la cama para cotillear el Facebook desde el móvil. La primera foto que me sale es una de Ari y Diego poniendo morritos. Quiero darle a «Me enfada» o a «Me entristece», pero no soy capaz. Parecería un exnovio patético.

Ale regresa y cierra la puerta tras de sí. Yo ni la miro porque estoy concentrado en estudiar la cara de Ari, que parece jodidamente feliz.

A la mierda.

Quito los datos del móvil, suspiro y lo guardo debajo de la almohada. Ale se ha sentado en el filo de la cama y se está recogiendo su cabello rosa en una cola de caballo, con el ruido de sus infinitas pulseras de fondo. Se ha puesto mi camiseta, aunque no le queda tan bien como a...

Menuda mierda de cabeza que tengo.

—¿No te quitas las pulseras para dormir? —inquiero.

—No —contesta con nerviosismo.

—¿No son incómodas?

—Estoy acostumbrada a ellas. —Sonríe, pero noto que está temblando, así que me acerco a ella.

—¿Tienes frío? —La cojo de las manos—. ¿O me vas a decir que tienes párkinson tan joven?

Suelta una carcajada.

—¡No! ¡Es que no sé por qué estoy temblando si hace mucho calor aquí!

—¿Quizá porque estoy yo?

Se suelta de mis manos de un tirón sin dejar de sonreír.

—No lo creo —dice.

—Qué mentirosa, Pelochicle. Ahora es cuando deberías decir que yo, con mi belleza natural y mi cuerpo sexy, te hago entrar en calor.

—No tontees conmigo —me advierte levantando su dedo índice—. Y deja de llamarme ya Pelochicle, no me gusta nada.

—Vale, Pelochicle —respondo haciendo énfasis en su apodo—. ¡Buenas noches, Pelochicle! —Agarro las mantas, me tumbo y me tapo con ellas hasta la cabeza.

—¡No, Álvaro! ¡No puedes dejarme dormir con el *Reggaeton* que tienen puesto abajo! —exclama, y me da golpes en el pecho.

—Tienes razón. —Me destapo la cabeza y me acuesto de lado para mirarla—. Ven, túmbate.

Me hace caso y se tumba, mirándome a mí. Yo saco mi móvil de debajo de la almohada y le coloco los auriculares. Le ofrezco a Ale uno y pongo música decente para intentar dormir. La canción que suena es *Say you won't let go*, de James Arthur. Ale me sonríe y cierra los ojos; yo hago lo mismo y espero a quedarme dormido.

* * *

Hace media hora que me he despertado y estoy viendo fotos antiguas de Ari y mías en el móvil. Al final voy a tener que borrarlas para dejar de ser tan masoquista viéndolas todos los días, pero me da lástima hacerlo. La Pelochicle sigue dormida a mi lado, bocabajo, así que, para joderla cuando se levante, le hago una foto llenando de babas mi almohada.

Mientras se despierta, decido salir a correr un rato para despejarme. Me visto con una camiseta y un pantalón de chándal, y bajo las escaleras. Echo un vistazo al salón, que está hecho un puto desastre por la fiesta de anoche. Descubro a Adam roncando en el sofá, abrazado a Steve, y hay algunos zombies durmiendo en el suelo.

A ver luego quién me ayuda a limpiar toda la mierda.

Me dirijo a la cocina y me encuentro a Tania comiendo cereales. O eso creo que está haciendo, porque tiene su cabeza recostada sobre la mesa mientras abraza el tazón.

—¡Zanahoria! —le grito en su oreja, y ella da un respingo, pero no levanta la cabeza.

—Cállate, puto Aitortuga —me espeta.

—Me voy a correr —la informo.

—Pues córrete, capullo, pero no me lo digas, que me da como asquete — me dice con voz adormilada y sin levantarse, y yo cojo una lata de cerveza vacía y se la lanzo a su mata de pelo anaranjada—. Me las pagarás cuando esté despierta, muñequito.

Durante la próxima hora, soy libre sintiendo la adrenalina por todos los poros de mi piel, sin calentarme la cabeza con mis dichosos problemas; sólo me concentro en correr al ritmo de la música y en prestarle atención a las letras de las canciones. Cuando vuelvo a casa, Tania continúa medio dormida con el tazón de cereales, pero esta vez con la barbilla apoyada en su mano, mientras Ale prepara algo en el horno.

—¿No huele como a quemado? —pregunto olisqueando el aire.

—¿Eh? —balbucea Tania.

Ale se da la vuelta y se le cae un plato de las manos. Con esta chica metida en la cocina, creo que va a salir la casa ardiendo.

—Oh, mierda —murmura la Pelochicle tapándose la boca con la mano; después se da una palmada en la frente—. ¡Las tostadas! —Se acerca a la tostadora y saca dos rodajas de pan completamente carbonizadas.

—Ya es como la cuarta vez que se le queman —comenta Tania, y da un bostezo—. No quiero morir chamuscada.

—Es que se me han olvidado cuando me he puesto a hacer las magdalenas —responde la Pelochicle.

Tania bufá y de su boca sale algo parecido a «estúpida».

—Voy a ducharme —les digo.

Espero no salir volando por los aires mientras me ducho. ¿Por qué será tan torpe esa tía? ¡Uff, me desespera! A Tania no le cae demasiado bien y la saca de quicio, aunque muchas veces me dice que es una candidata perfecta para reemplazar a cierta persona, a lo que yo le respondo sacándole el dedo corazón.

—¡Tú! —Tania abre la cortina de la ducha de repente y yo, en un acto reflejo, me tapo la polla con las manos a la vez que el agua sigue cayéndome por encima.

—¿Qué coño haces? ¿No ves que estoy en cueros? —le espeto, y ella me estudia de arriba abajo.

—Como no saques a la tía esa de aquí, juro que le arranco la peluca rosa. ¡Ha vuelto a quemar las tostadas!

—Déjala, es así —le digo—. Pásame la toalla, anda.

La zanahoria andante vuelve a bufar, pero me da la toalla. Salgo de la ducha y el timbre suena.

—¿Quién demonios será ahora? —me quejo.

—Vamos a ver.

Mi amiga y yo nos piramos del baño, pero oímos que Ale ya ha abierto la puerta; Tania se asoma por las escaleras para saber quién es la visita y se da rápidamente la vuelta hacia mí con sonrisa diabólica.

—Esto se va a poner interesante —dice frotándose las manos como si fuera una mosca—. Es tu ex.

Capítulo 72

Ari

Estudio con detenimiento a la chica de pelo rosa que acaba de abrirme la puerta, llevando una de las camisetas de Álvaro. Me suena muchísimo su cara y tengo la impresión de que la conozco de algo.

¡Ya lo tengo!

—¿Ale? —inquiero con el ceño fruncido, dudosa, mientras sostengo a Tomate en brazos, que no ha parado de lloriquear ni de morderme en todo el camino.

—¿Ari? —pregunta ella, que se ha quedado igual de impresionada que yo. No la había reconocido con todo el pelo pintado de rosa, porque en el manicomio lo llevaba rubio platino con las puntas rosas—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

Tania y Álvaro bajan las escaleras; este último con sólo una toalla rodeándole la cintura.

—Hey, Ari —me saluda Álvaro dedicándome una sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

Tomate empieza a moverse y a lloriquear en cuanto se da cuenta de la presencia de su querido dueño. Qué perro más pesado; siempre preferiré los gatos.

—Venía a traerte a Tomate. Chris no ha podido venir.

Más bien le he pedido de rodillas que me dejara traerlo a mí para poder hablar un rato con Álvaro, pero ya veo que tiene muy buena compañía hoy.

—Gracias. —Álvaro se acerca a mí y coge a Tomate—. Ven, pequeño. ¿Me has echado de menos? —Le da besos por la cabecita y el perro le pega lametones en la cara.

—¿De qué os conocéis? —nos pregunta Ale.

—¿No lo sabes? Fueron novios —interviene Tania disfrutando de la escena.

—¿En serio, Ari? —Ale me mira, extrañada.

¿Por qué está tan sorprendida? ¿Acaso no se acuerda de las fotos que le enseñaba en el manicomio donde salíamos Álvaro y yo?

—¿Os conocéis? —inquire Álvaro mirándonos a las dos.

—Sí —respondo yo—. Fuimos juntas a...

—¡Al colegio! —me corta Ale—. Éramos muy amigas, ¿verdad, Ari? —
Me mira, pidiéndome ayuda. ¿Por qué quiere ocultar que estuvo en ese sitio?

—Claro que sí —miento, y suelto una risita.

—Pues qué guay —comenta Álvaro, y deja a Tomate en el suelo; yo me
tomo el privilegio de observar su cuerpo.

—¿Quieres una magdalena, Ari? Las he hecho yo —me dice Ale.

—No me apetece mucho. Ya he desayunado.

—No seas tonta. —Ale me agarra de la mano y me lleva hasta la cocina,
con Álvaro y Tania siguiéndonos.

—Voy a probar una. —Álvaro se hace con una magdalena de la mesa y le
da un mordisco—. Mmm... Joder.

Ale le sonrío como una babosa.

—¿Te gusta? —quiere saber, ilusionada.

—Acabo de tener un orgasmo en el paladar —le responde el otro, y le
guiña un ojo.

—Esto... ¿Muchas gracias?

Y Álvaro se la queda mirando y le sonrío como otro baboso. La está
mirando como me miraba a mí. Le está sonriendo como me sonreía a mí. La
está tratando como me trataba a mí.

Tania comienza a toser de manera exagerada y a posta,
interrumpiéndolos, mientras yo no aparto mi vista de ellos.

—Uy, lo siento. Tengo la garganta hecha una porquería —se disculpa
Tania.

Álvaro dirige su mirada a Tania, luego a mí, y su expresión cambia
completamente en cuanto me ve.

—Voy a vestirme. Ahora bajo —dice, y desaparece de la cocina.

Ale se acerca a mí con una magdalena en la mano, como si fuera la bruja
de Blancanieves con la manzana envenenada.

—Toma.

—No, en serio —le digo, y decido huir de ella y su asquerosa magdalena
—. Ahora vuelvo.

Aprovecho mi escapada para subir hasta la habitación de Álvaro y doy un
golpecito en la puerta cerrada. La abro un poco y asomo la cabeza; él me
mira.

—¿Puedo pasar? —le pregunto. Se ha puesto unos vaqueros y sus

zapatillas de deporte.

—Ya estás casi dentro —responde más seco que una pasa.

Me cuelo en su cuarto y cierro la puerta.

—¿Qué tal? —inquiero. Qué pregunta más original; me van a dar el premio a la mente más imaginativa del mundo.

—De puta madre —contesta poniéndose una camiseta—. ¿Y tú?

—Bien.

Permanecemos mirándonos en silencio durante unos segundos.

—¿De qué conoces a Ale? —suelto de repente. Quería hacer esta pregunta desde que la he visto abrirme la puerta con una de las camisetas que me ponía yo.

—Del conservatorio.

—¿Lo has hecho con ella?

Álvaro suelta una carcajada ante mi pregunta estúpida.

—¿Y qué pasa si lo he hecho con ella? —inquiere—. Que yo sepa, no estamos juntos ya como para que te importe a quien me follo.

Ahora mismo siento una enorme presión en el pecho, como si un elefante hubiera posado su pie sobre él, impidiéndome respirar.

—¿Estás enamorado de ella? —Siento la voz temblorosa.

Álvaro se vuelve a reír.

—¿De verdad me estás preguntando eso, Ari?

Yo sé que siente algo por ella. Es evidente por cómo se comportaba en el poco rato que los he visto interactuar. Por eso me ha pedido tiempo.

No voy a llorar. Por lo menos, no delante de él.

—Más te vale no hacerle daño —le advierto, y me marcho corriendo de la casa, huyendo como una cobarde.

* * *

—Ari, ha venido una chica a verte. ¿Le digo que pase? —me pregunta la Barbie cuando entra en mi habitación, mientras dibujo la traición en mi bloc.

—¿Quién es?

—No sé. Tiene el pelo rosa.

Bufo. ¿Qué hace esa traidora en mi casa?

—Dile que entre.

La Barbie se marcha y, segundos después, entra Ale en mi habitación.

—Hola, Ari —me saluda. Cierra la puerta tras de sí y yo suelto mi bloc

sobre la cama.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo sentarme? —me pide señalando mi cama; yo asiento—. Perdona si te molesto viniendo hasta tu casa, pero tenía que hablar contigo. Te considero una buena amiga.

—Yo también te considero una amiga —respondo, sincera. El centro nos unió mucho, aunque luego cada una tiró por su lado y ahora la considere una enemiga—. ¿De qué quieres hablar?

Ale se enreda un mechón de su cabello en su dedo y suspira.

—Yo... Es que no sé cómo pedirte esto, Ari, porque sé que puede que te enfades conmigo, pero hace mucho tiempo que no pienso en cortarme: desde que conocí a Álvaro en el conservatorio —me cuenta, nerviosa y sin dejar de remover su mechón. Yo ya me sé esta historia—. Se porta genial conmigo y cuando paso tiempo con él me olvido de todo. Creía que después de Jeremy ya no iba a enamorarme de nadie más, hasta que ha aparecido Álvaro y ha despertado todos mis sentimientos. Aunque, por otra parte, siento que estoy traicionando a mi novio mientras está en coma.

Ajá. Una historia muy bonita y entrañable, pero no sé por qué mi «amiga» ha venido a contármela a mí, precisamente.

—¿Y qué me estás queriendo decir con todo esto? —quiero saber.

—Quería contártelo para saber si a ti te molestaría que le pidiera una oportunidad a Álvaro para estar conmigo.

Y el corazón se me acaba de encoger ahora mismo. No es que yo quiera volver con Álvaro ni nada de eso, lo mejor es que sea feliz y estemos separados, pero no me gustaría ni soportaría verlo con otra persona.

—No me importa —le contesto intentando parecer creíble—. Ya no estamos juntos. No siento nada por él.

¿A quién quiero engañar? Esto no hay quien se lo crea.

—¿En serio? —El rostro de Ale desprende felicidad.

—Y tan en serio —sigo intentando sonar creíble hasta que pueda creérmelo yo misma.

—¡Ay, Ari! ¡Eres la mejor amiga del mundo! —exclama. Se abalanza sobre mí y me da un fuerte abrazo—. ¡Muchas gracias!

Que alguien me quite a esta robanovios de encima.

—De nada —le respondo con un hilillo de voz.

Ale se aparta de mí demasiado contenta.

—Pues me voy ya, que está esperándome fuera con la moto.

Ah, que la ha traído en su preciada Cassie. No sé de qué me sorprende.

—Claro, vete. No hagas esperar a tu amado —contesto intentando parecer graciosa y nada molesta.

Ale se levanta y se pone a dar saltitos.

—¡Gracias, gracias, gracias! —Y se esfuma de mi habitación.

Pero lo que no sabe ella es que seguro que Álvaro la rechaza porque todavía me sigue queriendo a mí y no está preparado para meterse en otra relación, y menos con una tarada con el pelo rosa.

Me asomo a la ventana y los veo abajo. Él espera a que ella, con el casco de estrellitas, se suba en Cassie.

No quiero ver más.

Cierro las cortinas y me tumbo en mi cama a darle vueltas a la cabeza. Lo que deseo en este momento es que el tal Jeremy se despierte de su coma en el último momento para que a Ale se le quite la tontería de robarme a Álvaro. Aunque también hay otra cosa que ansío, y es que Natty se largue de mi casa con su barrigón para que deje en paz a Diego.

* * *

Dicen que las mejores decisiones son las que no se planean. Todo depende de lo que te apetezca en cada momento; no meditas sobre ello. Yo siempre he pertenecido al grupo de personas que se calientan mucho la cabeza para hacer algo. Sin embargo, ahora sólo quiero hacer una cosa que jamás imaginé que haría.

Estoy tumbada en la cama con la vista perdida en la ventana a las dos de la mañana, una semana después de haber mandado a la mierda a Álvaro y a la tarada del pelo rosa.

No sé lo que me pasa, que el sueño no aparece hoy. Bueno, o sí sé lo que me pasa: que mi corazón está majareta y no hay quien lo entienda.

Sin pensármelo más veces, me levanto de un salto de la cama y me asomo a la ventana. La calle se encuentra en silencio y medio a oscuras, salvo por algunas farolas que la iluminan.

«Venga, pedazo de mema, no te lo pienses más y ve a por ello».

Descalza y con mi pijama de osos puesto, salgo de mi habitación y bajo con sigilo las escaleras. Abro la puerta de la calle y abandono mi casa, sin cerrar del todo. Una brisa de aire me recorre el cuerpo, aunque no sé si será porque hace un poco de fresco o porque de verdad estoy nerviosa. Voy hasta

el jardín, me hago con la cesta que contiene las pinzas de tender la ropa y me dirijo hasta esa casa.

Me da igual si se despiertan los vecinos cotillas.

Agarro una pinza y la lanzo a la ventana superior de esa casa. Espero un momento y estrello otra contra el cristal, pero no sale nadie.

Normal, a las dos de la mañana estará durmiendo...

Acabo de darme cuenta de que la persona más tonta, aparte de la más chalada, que existe sobre la faz de la Tierra, soy yo, en plena madrugada, lanzando pinzas de tender a la ventana de mi vecino. Vale, mi cabeza no funciona lo bastante bien como pensaba. Soy unineuronal. Ya está. Qué se le va a hacer.

Pero arrojo la pinza número veinte.

Y se enciende la luz de su habitación.

Enfoco bien mi vista y diviso una silueta en la ventana. Su silueta. Después la abre y me mira.

Ya estoy preparada para salir corriendo.

—¿Qué haces tirando cosas a mi ventana? —cuestiona él.

¿Estoy lista? Sí. No. No lo sé.

—Sabes que nunca he estado muy bien de la cabeza —empiezo a hablar con la cabeza alzada para mirarlo—. He aprendido que lo mejor para seguir adelante es ser sincera con los demás, pero antes lo tengo que ser conmigo misma. No he pensado nada de lo que te estoy diciendo, simplemente me está saliendo del alma así. —Chasqueo un dedo—. Los sentimientos que están creciendo en mi interior ya no los puedo controlar, son superiores a mí. No sé si tú querrás intentarlo, pero yo estoy dispuesta a arriesgarme. Me da igual si sale mal o bien. No pienso estar toda la vida preguntándome si de verdad hubiera funcionado sin siquiera intentar nada. ¡Quiero ser tu Katniss, tu Clary, tu Bella, tu Tris, tu Julieta! ¡Tu tinta para escribir sobre el papel! ¡Quiero ser tu Ainara!

Ay, Dios mío. ¿Todo esto lo estoy diciendo yo? ¿Habrá un agujero listo bajo el suelo en el que sólo tenga que levantar una parte para huir de este mundo?

Él permanece callado, observando cómo hago la idiota.

—¿Pero qué vocerío es este?! —la voz del vecino de enfrente interrumpe este momento tan de novela romántica.

Me giro para verlo. El viejo está asomado en la ventana de la planta de arriba de su casa y temo que tenga un bate de béisbol preparado para atacar.

—¡La juventud de hoy en día no tiene respeto por nada! —sigue ladrando.

—¡Cállese, señor! ¿Es que no ve que me estoy declarando? —le espeto—. ¡Métase en su casa y deje de molestar!

—¡Qué niña más maleducada! ¡Como sigáis armando escándalo, voy a llamar a la policía! —Y cierra su ventana con un golpe fuerte, que por poco no hace los cristales añicos.

—¡Por mí como si llamas al Rey! —le chillo, y vuelvo a mirar a Diego—. Bueno, ¿qué dices?

—¡Pero, Ariadna!

Venga ya, la que faltaba esta noche. Mi madre acaba de salir de mi casa con su bata y con los rulos puestos, como una auténtica maruja.

—Métete en casa ahora mismo —me ordena cuando se acerca a mí—. No son horas de estar gritando en plena calle.

—Mamá, no voy a tardar nada. ¡Déjame declararme tranquila! —exclamo pateando en el suelo.

—Se acabó. Dimi to como madre —dice moviendo la cabeza de un lado a otro, indignada—. ¡Qué difícil es criar a una adolescente! —Y se mete en casa.

¡Por fin!

Venga, ¿alguien más que quiera interrumpir?

¿Nadie?

Bien.

Espero que no se asomen ni la Barbie Poligonera ni la pelota de playa andante, y que a Álvaro no se le ocurra pasar por aquí montado en su Cassie.

Miro por enésima vez a Diego, que está sonriendo desde su ventana.

—No te muevas de ahí —me dice. Cierra la ventana y apaga la luz. En poco segundos, sale de su casa vestido con una camiseta y un bóxer.

—¿En calzoncillos? —le pregunto esbozando una sonrisa de estúpida y mirándolo de arriba abajo.

—¿Y tú en pijama y descalza?

—Ay, no lo sé —respondo, atacada de lo nervios—. Bueno, dime algo.

—Que yo tampoco quiero quedarme con la duda. Quiero ser todas tus parejas de todos los personajes que has dicho antes. —Sonríe, haciendo remarcar el hoyuelo de la barbilla.

Ay, Dios mío, ¿cómo no me he dado cuenta antes de lo bonito que es ese hoyuelo?

—¿De verdad? —inquiero.

Pero no me responde nada. Sólo posa sus manos en mi rostro y se encorva, de manera que su cabeza queda a la altura de la mía, y yo me pongo de puntillas. Y es entonces cuando nuestros labios se unen, revelándose todos los secretos que tenían guardados durante meses. De pronto, vuelvo a sentir ese cosquilleo en la barriga junto con las mariposas. Ese cosquilleo que me indica que lo que estoy haciendo es lo que quiero. Ese cosquilleo con el que mi corazón vuelve a latir con fuerza. Ese cosquilleo con el que estoy cagada pero feliz.

Se oyen aplausos y dejamos de besarnos para mirar hacia la casa de al lado: la de Chris. Nuestro amigo está asomado a la ventana de su habitación, zampando palomitas.

—¿Qué tal ha estado la peli? —le pregunto refiriéndome a la escenita que he montado.

—Muy emotiva —responde el muy cotilla—. Se me han saltado las lágrimas y todo.

—¿Te firmamos un autógrafo? —interviene Diego mirando a Chris.

—En el culo, por favor —responde, y nos reímos—. Por cierto, enhorabuena. Hacéis una bonita pareja, de verdad. Me alegro mucho por vosotros —dice sonriendo con ternura—. Y voy a seguir durmiendo, que una loca me ha despertado pegando berridos en mitad de la calle. —Bosteza, se despide de nosotros con la mano y cierra la ventana.

Ladeo mi cabeza hacia Diego y sonrío.

—Ari. —Posa su mano en mi mejilla y me mira de manera intensa—. ¿Sabes? Ahora no tengo ni idea de cómo comportarme. Quiero hacer de todo contigo.

Suelto una risita, interrumpiéndolo. Mi mente perversa siempre está pensando mal.

—Oh, no quería decir eso. No en ese sentido —suelta, y me doy cuenta de que se ha puesto nervioso—. O sí. Bueno, cuando sea el momento... Pero quería decirte, en realidad, que me apetece estar besándote y abrazándote sin parar.

Qué mono es mi amigo.

Bueno, ya no es mi amigo... Ahora es mi... ¿Novio?

—Yo también —le digo. Me abrazo a su cuello y le doy un beso en los labios—. Pero tengo que entrar en casa. Ya sabes que mi madre está un pelín loca.

—Está bien. Deja que te acompañe hasta tu puerta.

—Creo que puedo cruzar la carretera yo sola sin que me secuestren.

—No me fío, así que te acompaño. —Entrelaza su mano con la mía y caminamos hasta la puerta de mi casa.

Nos quedamos durante un rato abrazados hasta que llega el momento de despedirnos. No tengo ni idea de la hora que será.

Intento abrir la puerta, pero está cerrada y no tengo ni llaves ni móvil. Doy varios golpes en ella y espero a que alguien me abra.

—¿No te abren? —me pregunta Diego.

—Parece que están dormidos.

—Toca el timbre.

—Lo desconecta mi madre por la noche. —Suspiro y toco otra vez la puerta—. Pues parece que me toca quedarme en la calle.

—¿Y tu ventana?

Alzo la cabeza hacia ella y la veo abierta. Miro a Diego y sonrío.

—Te quiero, Ari —me dice.

Yo le contesto con una sonrisa y con mi corazón empezando a latir con fuerza. Él sabe que no estoy preparada aún para decirle esas palabras mayores, pero espero que el día que le susurre eso, llegue pronto.

Capítulo 73

Álvaro

—Mira, ¿qué te parece si después de merendar nos vamos a algún sitio chulo a tocar?

—Guay —respondo encogiéndome de hombros, mirando mi móvil.

Llegamos hasta el Burger King y Tania se coloca delante de mí, interrumpiéndome el paso.

—¿Qué haces, loca? —La miro, extrañado.

—¿Sabes? Me acaba de apetecer comida china. ¿Por qué no nos vamos a otro sitio?

—¿Pero qué dices de comida china a las seis de la tarde? ¿Se te ha pirado la maldita pinza o qué? —Intento mirar la cola del establecimiento por detrás de ella, pero me lo impide porque no para de dar saltos—. ¿Se puede saber qué cojones te pasa?

—¡Que me apetece comida china! —exclama haciendo aspavientos con los brazos.

—¡Venga ya! ¿A quién has visto?

Cuando se comporta de esta manera tan rara y cambia de opinión tan de repente, es que ha visto a alguien que conoce y con el que no le da la gana cruzarse.

—¡Nadie!

La agarro de los hombros y la echo a un lado; entonces el corazón se me parte en mil pedazos y un nudo, del tamaño de una manzana, se instala en mi garganta.

—Mejor será que nos vayamos, Álvaro —me aconseja Tania.

Pero no le hago caso. Sólo me concentro en ver esa escena, que poco a poco está acabando conmigo, convirtiéndome en un ser insignificante.

—No —respondo, y me trago el nudo gigante de mi garganta—. Vamos a saludar.

—¿Estás loco?

La ignoro y me acerco a esos dos, que son los últimos de la cola. Están abrazados y...

Juro que me están entrando ganas de vomitar al presenciar esto.

Carraspeo.

—¿Álvaro? —pregunta Ari cuando ladea la cabeza para verme; Diego hace lo mismo.

Observo que ambos tienen los labios hinchados. Y húmedos. Y las mejillas sonrosadas.

—Hola —los saludo mirando a Ari.

No tengo ni idea de la expresión que tendrá ahora mismo mi rostro, pero quiero parecer seguro, intentando que mi corazón no me duela, aunque es imposible cuando lo que más me apetece en este momento es salir corriendo, que me atropelle un coche, después un camión y luego un autobús.

—Álvaro... —susurra Ari con cara de haber visto un fantasma—. Yo... ¿Qué tal?

—Genial —respondo con sarcasmo—. Y por lo que veo, tú también. —Miro a Diego y le sonrío de manera falsa. Vamos, más falsa que un billete de tres euros.

Venga, va, que no me afecta nada que los haya visto dándose el lote mientras esperaban para ser atendidos.

—Sí, bueno... —Mi ex está nerviosa—. Iba a decírtelo, pero...

Le pedí tiempo y se ha ido corriendo a los brazos de Diego.

—Tranquila —la interrumpo—. No tienes por qué darme explicaciones. Yo también estoy con alguien. —Rodeo la cintura de Tania con mi brazo y la atraigo hacia mí.

La zanahoria, que imagino que también le habrá sentado como el culo ver a su amada almorrana morreándose con Ari, me agarra de la barbilla, haciéndola que la mire, y me planta un beso en los labios.

Cuando nos separamos, Diego y Ari se nos quedan mirando.

—Ah, qué bien —comenta ella con un hilillo de voz—. Hacéis buena pareja.

—Gracias —le contesto—. Bueno, nosotros nos íbamos, sólo nos hemos acercado para saludar.

Cuando Tania y yo salimos del establecimiento, noto las miradas de los otros dos sobre nosotros, así que camino con el brazo en la cintura de mi acompañante, fingiendo que es mi novia, y aguantándome las ganas de romper algo. En las escaleras mecánicas, suelto a mi amiga y bajo sin esperar a que ellas me lleven a la planta de abajo. Tania me persigue y yo me piro del centro comercial hasta llegar a mi moto. Me paso las manos por el pelo,

nervioso y dolido, y con las lágrimas a punto de salir.

Ahora sí que la he perdido. Ya no me queda nadie por quien luchar de verdad. Lo he perdido todo por imbécil. No tengo a Mimi. No tengo familia. No tengo a Ari. No sé quién demonios soy y no tengo ni puñetera idea de en qué se ha convertido mi vida.

Mi amiga me abraza, y es cuando me desahogo, sintiéndome como una mierda.

—Que sea la última vez que me plantas un morreo —le digo entre sollozos, y ella suelta una risita.

—Tranquilo, Dumbo. Besas como el puto culo.

* * *

Despierto con algo lamiendo mi cara.

Maldito chucho.

—Joder, Tomate. Déjame dormir, que estoy cansado y deprimido.

Mi perro solloza. ¿Quién me mandaría a mí adoptarlo?

Miro mi móvil y veo que son las nueve de la mañana. Hace tres horas que me acosté, después de haber estado sin dormir toda la noche calentándome la cabeza con Tania.

Tomate vuelve a lloriquear.

—Está bien, hostias. Vamos a la calle.

Tomate se baja de la cama y corretea, moviendo la cola, alrededor de mí mientras me visto con lo primero que pillo. Salimos y no tarda ni cinco segundos en plantar un pino. Me doy cuenta de que se me han olvidado las bolsas para recogerlo, así que continúo paseando a mi perro por el barrio y regañándolo cuando se mete alguna porquería del suelo en la boca.

Minutos después, se pone a plantar otro pino. ¿Pero cuántas veces caga este animal? Madre mía. Cuando hace pis, decido volver a casa, pero en cuanto diviso sentada en las escaleras del porche a Ari, pienso que mejor hubiera sido dar otra vuelta, o cinco más.

—Hola —me saluda al levantarse.

Tomate le ladra; parece que sigue sin caerle bien.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Quería contarte lo de Diego —me responde, y a mí me entran arcadas al oír ese nombre—. Pero no encontraba el momento. Temía hacerte daño.

—Ya te dije que no tenías por qué darme explicaciones de lo que tengas

con ese tipo —le espeto fingiendo que no me interesa—. Pero respóndeme a una pregunta... ¿Estás realmente enamorada de él?

Silencio.

La miro, esperando una respuesta.

—Sí, claro que lo estoy —dice con una voz que parece que le acaba de salir del culo.

—¿Lo quieres más que a mí?

Otra vez silencio. Tomate se acaba de tumbar en el suelo.

—Me hace feliz y estoy cómoda con él —contesta, pero sus palabras están llenas de mentiras.

Suelto una risa sarcástica.

—Eso no es una respuesta. Yo también me siento cómodo tumbado en el sofá de mi casa y no por eso estoy enamorado de mi sofá —suelto.

—No es lo mismo. —Da un suspiro mirando al suelo.

—No me has respondido a la pregunta.

—¿Sabes, Álvaro? Si estás rabioso, no es mi culpa. Te alejaste, me pediste tiempo y me perdiste. No pretendas que no rehaga mi vida después de todo. Necesito estar alejada de ti. Es cierto que te he querido mucho, tanto que hasta me daba miedo. El primer amor es así: intenso, pero siempre se acaba. —Las lágrimas están esperando a brotar de sus ojos, y yo, por cada palabra que oigo salir de sus labios, más roto me siento; son auténticos cuchillos que se clavan en mi corazón—. Eres una persona genial. Quiero que seas feliz, te lo mereces. Pero lo que teníamos se acabó, Álvaro.

Pum-pum, pum-pum, pum-pum.

Los latidos son cada vez más intensos, la manzana gigante en la garganta ha vuelto a aparecer y el dolor de cabeza va aumentando por momentos, dándome pinchazos en el lado izquierdo. Lo que dije ayer de que quería salir corriendo y que me aplastaran toda clase de vehículos, era demasiado poco comparado con todo lo que me está haciendo sufrir Ari en este momento.

Quiero despertar ese doce de marzo de 2015 en mi cama de la casa de mi no-padre en Madrid y que no haya ocurrido nada. ¿De verdad no he estado estos dos años soñando? Porque esta vida no parece real, más bien la del protagonista de una telenovela. No puede ser real. Tengo la sensación de que, en cualquier momento, me voy a despertar de esta pesadilla y volveré a ser el gilipollas que era hace dos años, sin preocupaciones, sin líos amorosos, con una hermana melliza a la que adoraba y con algo parecido a una familia.

No. Estos dos años no han sido reales.

—Pues que seas muy feliz con el *Fruiti* —le digo a Ari. No pienso derramar una lágrima más por ella—. Espero que te sigas sintiendo «cómoda» con él y que no te aburras demasiado en esa relación. Espero que, cuando pasees de la mano con él, no te imagines que soy yo el que te la da mientras de vez en cuando te doy pequeños besos en ella. —Miro sus ojos verdes—. Espero que, cuando duermas con él, no te acuerdes de cómo yo te abrazaba mientras dormías y de cómo te despertaba besándote por todas partes. Espero que, cuando estés morreándote con él, no te acuerdes de lo que te hacían sentir mis besos. —Cada vez me sale la voz más apagada y ella permanece contemplándome con los ojos abiertos y húmedos. Respiro hondo y pronuncio las últimas palabras—: Espero que, cuando te lo estés follando, no pienses que soy yo el que te lo está haciendo mientras se te escapa mi nombre y no el suyo. Porque si de verdad piensas en todo eso, es que no estás enamorada de él y yo ya no estaré dispuesto a darte otra oportunidad cuando te des cuenta de que me echas de menos.

Observo la primera lágrima descender por su mejilla, y luego otra.

—Álvaro...

—Adiós, Ari —me despido de ella y me meto en casa con Tomate.

Apoyo la espalda en la puerta, suelto la correa del perro y me derrumbo, sentándome en el suelo y tapándome la cara con las manos.

Había prometido no soltar ni una maldita lágrima por ella. Sin embargo, aquí estoy, hundido y derrotado, por la única persona que he amado.

Tomate viene a mi lado y me intenta consolar.

—No te enamores nunca —le digo, y se me queda mirando como si me entendiera.

Tania, que se ha quedado a dormir, aparece en el recibidor y se acerca a mí.

—Hey, ¿qué ha pasado, bombón? —Se agacha para estar a mi altura.

—Me vuelvo a Madrid. Esta vez de verdad —respondo sollozando, sintiéndome un niño—. No puedo estar ni un minuto más en esta puta ciudad.

* * *

—Te voy a echar de menos, pequeña —digo acariciándola—. Ha llegado el momento de separarnos. Has sido una buena compañera de viajes.

—Ha perdido la cabeza del todo —escucho a Tania susurrarle a Adam y a Ale mientras me despido de Cassie.

—¿Nos vamos? —pregunto.

Los tres asienten y agarro mi maleta y el transportín con Tomate. Abandonamos la casa y nos dirigimos al coche de Tania, en dirección al bar donde trabaja Virginia. Cuando llegamos, me apeo y camino hacia esa mujer, que está atendiendo una mesa. En cuanto me ve, deja de hacer lo que está haciendo y me mira, esperanzada.

—Álvaro.

Saco las llaves de la casa y se las tiendo.

—Me piro a Madrid dentro de un rato. No voy a volver, así que no intentes llamarme ni suplicarme que me quede.

A mi no-madre se le tensa la mandíbula. Sé que se va a echar a llorar y yo no quiero estar aquí presenciando eso.

—Pero, hijo... —susurra con voz quebrada.

—Adiós, Virginia —me despido, y me vuelvo al coche de Tania.

Ya en la estación de tren, me encuentro con Chris, John y Sandra, que también han venido para despedirse de mí. A Ari ni siquiera la he avisado; no quiero ni puedo volver a verla, y mucho menos para decirle adiós. Regreso a Madrid dentro de media hora y lo que menos me apetece es despedirme de esta gente, que se han convertido en mi verdadera familia. Creo que estoy haciendo lo correcto al marcharme de aquí. No me arrepiento de haberme venido a vivir con Virginia a Málaga, si no, no los habría conocido. En la estación de Madrid me estarán esperando Mel y Sergio para irme con ellos al apartamento-basurero y volver a empezar de cero.

—Álvaro, ¿puedo hablar un momento contigo a solas? —me pide la Pelochicle.

Asiento y nos alejamos de los demás.

—Dime.

Se enreda en su dedo índice un mechón de su pelo rosa.

—Caray, no sé cómo contarte esto sabiendo que te vas a ir dentro de nada —me dice con nerviosismo.

Sonrío y decido quitarle seriedad al asunto.

—Tranquila, te entiendo perfectamente. Era difícil no acabar enamorándose de mí con lo fabulosos que son mis besos.

Ale me contempla con la boca abierta y se le colorean las mejillas de rojo.

—No ha sido por tus fabulosos besos —confiesa, y yo me quedo pasmado, porque jamás imaginé que era eso.

—¿Perdón? —Me hago el tonto.

—Ha sido por tu forma de ser tan única. Tienes un corazón que no te cabe en el pecho y un sentido del humor envidiable.

Qué halagado me siento.

—Tú también tienes una forma de ser única. Jamás me he topado con una persona tan torpe.

Ale me da un golpecito en el hombro entre risas; después se le borra toda la expresión del rostro y me mira, seria.

—Estoy mentalizándome poco a poco de que Jeremy se va a ir —me cuenta con un nudo en la garganta—. Has aparecido tú y has puesto mi mundo del revés. Mi interior se revoluciona cuando me hablas.

Me rasco la nuca, pensando muy bien lo que tengo que decir.

—Ay, Pelochicle.

Del bolsillo de su chaqueta se saca una cartera negra que me resulta familiar.

—Te la robé. Lo siento —se disculpa tendiéndomela con sonrisa inocente; yo la cojo y la abro, encontrándome con la foto de Ari, la de Mimi y un condón. Recuerdo que también tenía una moneda de un euro.

—¿Tú eras la chica que se escapó del hospital y me abrazó como una chalada para aprovechar y robarme la cartera?

—Me duele que no me hayas reconocido —murmura sonriendo, pero fingiendo estar dolida.

—Joder, ¿estuviste ingresada allí? —quiero saber con el ceño fruncido, y ella asiente con la cabeza—. ¿Por qué no me has contado nada de eso?

—Porque fue una etapa de mi vida que no me apetece recordar —responde, y traga saliva—. Fue después de lo que le pasó a Jeremy; me deprimí y empecé a cortarme para sentir algo, por eso llevo las muñecas llenas de pulseras, para que no se vean las cicatrices. Pero ya me siento mucho mejor.

La abrazo e inhalo el aroma de su pelo, que no huele a chicle de fresa, sino a melocotón.

Sé que fue horrible haber vivido algo así por Ari; no fue nada fácil ir a visitarla cada día y ver lo mal que estaba.

—Me alegro de que estés recuperada —le digo, y me separo de ella.

—Que tengas buen viaje y espero que vengas de visita alguna vez.

Saco de la cartera el condón y se lo entrego.

—Toma, te lo regalo. Para que lo uses con quien quieras.

Sus labios dibujan una sonrisa y lo coge.

—Nunca me habían regalado un preservativo —comenta, y me mira—. Pero de momento no tengo con quien usarlo.

—Pues con alguien que la tenga grande, obviamente. —Suspiro poniendo los ojos en blanco y vuelvo a clavar mi mirada en la suya—. Y prometo venir de visita para que le demos uso a ese condón juntos, Pelochicle. —Le guiño un ojo y ella me pega otro golpecito en el hombro.

—Eres de lo que no hay.

—Es sólo un favor que le quiero hacer a mi enamorada —me burlo, pero en realidad estoy muy cagado con esto de que se haya enamorado de mí cuando yo no tengo ni idea de lo que siento por ella.

—¡Si lo llego a saber, no te digo nada!

—Tranquilita, Pelochicle —le digo, y miro la hora en el móvil—. ¡Hostias, que se va a ir el tren sin mí!

—¡Pues que se vaya!

Poso mi mirada en la de la Pelochicle y me pongo serio por una vez en mi vida.

—Aunque seas una torpe y una ladrona de carteras, me gustaría intentar algo contigo dentro de un tiempo, así tengamos que esperar días, semanas, meses o veinte años para que yo supere lo de Ari y tú lo de Jeremy, pero ojalá sea antes de que caduque el condón para poder usarlo.

Muy bien, a la mierda la seriedad con eso último.

Los dos nos reímos. Yo la vuelvo a abrazar, le doy un rápido beso en la mejilla y vuelvo con los demás para despedirme.

Y una vez más, tengo que mencionar que odio las despedidas.

Capítulo 74

Ari

—¿Qué haces? —me pregunta Diego.

—Echando a suertes cuál de los dos libros me compro.

Lanzo la moneda al aire. Si sale cara, me llevo el de *La selección*, y si sale cruz, me llevo el de *A todos los chicos de los que me enamoré*.

—¿Y por qué no te compras los dos? —Diego está a mi lado, observando cómo hago el tonto.

—Porque sólo tengo dinero para uno. Soy pobre.

Miro la moneda. Ha salido cara.

—Pues me ha tocado *La selección*.

—Entonces yo me llevo el otro —responde, y coge los dos.

Nos acercamos al mostrador, donde una chica joven nos atiende. Pagamos cada uno nuestro libro y salimos de la tienda. Mientras caminamos hacia nuestras casas, entrelazados de la mano, me pongo a pensar en todo lo que me dijo Álvaro hace dos días. Con cada palabra que salía de su boca, sentía cómo mi corazón se apuñalaba a sí mismo. Eso no significa que cuando estoy con Diego me acuerde de él; sólo es diferente. Todos los recuerdos no se van a esfumar de la noche a la mañana, y yo no quiero olvidarlos, porque Álvaro ha sido una persona muy importante en mi vida. Ahora mismo lo que necesito es estar un tiempo sin verlo. Quizá, más adelante, seamos amigos, pero, por ahora, quiero centrarme en mis sentimientos por Diego e ir descubriendo nuestro amor poco a poco, sin prisas.

—Después te veo —me dice Diego cuando llegamos—. Para ti. —Me tiende la bolsa con el libro que ha comprado.

—¡Oh, eso es trampa! —exclamo—. Creía que te lo habías comprado para ti.

Se encoge de hombros.

—Tú lo vas a disfrutar más —me contesta sonriendo—. Además, ya te lo robaré algún día para leerlo yo.

—¿Qué tramposo! Pues ahora no me lo pienso quedar.

—¿Cómo que no? Entonces lo devuelvo a la tienda ahora mismo —me

responde con intenciones de irse, pero yo lo agarro del brazo.

—No vayas a hacer eso, que te mato. Dámelo. —Se lo quito de las manos —. Esto no se va a quedar así —sentencio señalándolo con el dedo.

—Qué miedo... —murmura.

—Pero gracias. —Me pongo de puntillas y lo beso.

—Te quiero —me dice.

Ay, mi corazón sufre micro-infartos cuando oye esas palabras.

Me quedo mirándolo a los ojos. Venga, que ha llegado el momento de pronunciarlas.

—Te quiero, Diego.

Observo cómo las comisuras de sus labios se tuercen hacia arriba y cómo aparece de repente ese hoyuelo en la barbilla tan mono. Aprieto mi dedo contra él, sonriendo como una boba. Después Diego y yo nos abrazamos y nos besamos durante un rato.

—Voy a entrar ya en casa —le digo.

—Vale. —Me da otro beso y nos despedimos.

Cuando entro, dejo los libros en mi habitación y me dirijo a la cocina, donde se encuentran todos sentados a la mesa, incluida Natty, que ya se ha enterado de la relación entre Diego y yo, y nos dio la enhorabuena, algo que me pareció bastante raro.

—¿Qué hay para comer? —pregunto, y me siento en una silla.

—Pescado —responde mi madre.

Mientras Alfonso coge la bandeja del horno, saco mi móvil del bolsillo y miro las notificaciones que tengo.

Un mensaje de Chris.

—Ariadna, ¿qué hemos dicho del móvil en la mesa? —me riñe mi madre.

Pincho en la conversación con Chris.

CHRIS: «Álvaro se marcha a Madrid. Dentro de media hora sale su tren. Si quieres despedirte de él, todavía estás a tiempo»

¿Cómo? ¿Álvaro? ¿Madrid? ¿Media hora?

Miro la hora en la que he recibido el mensaje: hace veinte minutos. Quedan diez para que se marche, y de mi casa a la estación se tardan veinte. No me va a dar tiempo.

Me levanto de repente y salgo de la cocina.

—¡Ariadna! ¿Se puede saber a dónde vas?

Paso de mi madre y me largo de casa a toda prisa.

¿Por qué demonios no me ha dicho nada de que se vuelve a Madrid? ¿Por qué nadie me ha avisado antes? ¿Y por qué no he mirado el móvil hace media hora? Dios, no me va a dar tiempo de despedirme de Álvaro.

Voy caminando todo lo rápido que puedo. ¡Qué digo caminando! ¡Voy corriendo! Necesito llegar, aunque sea en el último minuto. No puedo dejar que se vaya sin habernos despedido como nos lo merecemos.

No me doy cuenta de que estoy atravesando un paso de peatones con un semáforo en rojo hasta que me sobresalto cuando un coche, con la música a tope, se detiene a escasos centímetros de mí, haciendo que mi vida pase a toda pastilla por mi cabeza y piense que estoy a punto de morir.

El conductor toca el claxon tres veces seguidas.

—¡Maldita cría! —grita. Sale del coche con rapidez, con la intención de dirigirse hacia donde yo estoy: plantada en mitad del paso de peatones.

«Ariadna, reacciona».

Observo su cara llena de rabia y sus pintas de cani: gorra echada para atrás, *piercings* por toda la cara, camiseta de tirantes negra, vaqueros anchos y un rosario colgando del cuello.

Ay, que este loco me va a pegar y no voy a llegar viva a la estación. Socorro.

Sin embargo, mi mente le ordena a mis piernas que echen a correr.

Y corren. Como nunca lo han hecho antes. Vamos, que en mi vida he corrido tanto, ni siquiera en Educación Física. ¿Cuándo me he convertido yo en una corredora profesional? Echo la vista atrás y me doy cuenta de que el cani me está persiguiendo. Con un pitbull. Si llego viva a la estación, prometo ser la chica más responsable que exista sobre la faz de la Tierra.

Me meto en un laberinto lleno de gente, para que el tío me pierda de vista, y me choco con casi todo el mundo. Minutos después, consigo llegar a mi destino, sudando como un pollo y respirando de manera agitada. Necesito oxígeno.

Pero primero necesito otra cosa más importante que respirar.

Entro en la estación precipitadamente y me resbalo, haciendo que mi trasero se dé un buen golpe contra el suelo.

—Oh, mierda —mascullo. ¿Me puede pasar algo más hoy?

Me levanto y, mientras voy caminando a paso ligero y con un dolor en las nalgas insoportable, los diviso a todos.

—¿Dón... de? —pronuncio intentando respirar.

Todos se giran y me miran con los ojos como platos.

—Has venido —me dice Chris.

—¿Y... Ál... varo? —me cuesta hablar.

Se miran entre ellos, y es entonces cuando Tania es la primera en darme la noticia.

—Su tren salió hace cinco minutos. Se ha ido.

—¡No! —exclamo llevándome las manos a la cabeza. Quiero derrumbarme—. ¡Casi me atropella un cani, después me persigue con un pitbull por la calle, yo corro para que no me pille, y cuando he llegado, me he resbalado! ¡¿Y ahora me estáis diciendo que Álvaro se acaba de ir?! ¿En serio? —chillo con lágrimas en los ojos y con la voz quebrada.

Ahora mismo a mis pulmones les falta el aire de verdad.

Hiperventilo.

Oigo a Chris susurrarme que respire con él; yo intento hacerlo, pero me resulta imposible.

No he llegado a tiempo. Quería despedirme de Álvaro y no he podido. Soy un maldito desastre con patas.

Cuando me calmo del todo, bebo de una botella de agua que me ha dado John y me encamino hacia el baño con Tania.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poco —le respondo, y me echo agua por la cara.

—Ha sido una putada muy grande —me dice—. Él no quería despedirse de ti en persona, pero yo lo he obligado a hacerlo de otra forma. —Se saca de su bolso una carta y me la tiende.

—¿Una carta?

—Léela cuando estés en tu casa, que no quiero que te dé otro patatús con tanta gente —me responde, y me apunta con su dedo para añadir—: Por cierto, no estamos juntos. Nos lo inventamos.

* * *

—¡Ariadna! ¿Se puede saber a dónde has ido? ¿Qué ha sido lo de antes? — Mi madre me acaba de pillar subiendo las escaleras de mi casa.

—Mamá, no estoy para tus regañinas —le espeto—. Mejor será que me dejes en paz y no me hables en todo el día. Ya mañana me castigas.

—¡Ariadna!

Pero la ignoro y me meto en mi habitación de inmediato. Cierro con

pestillo y me tumbo en mi cama. Abro la carta y empiezo a leer:

Hey, enana...

Sé que se me da como el culo escribir, pero quería despedirme de ti de alguna forma, ya que no he tenido los suficientes cojones de hacerlo en persona, porque sé que, viéndote, me derrumbaría y no sería capaz de irme a Madrid. No sé cuándo leerás esto, si cuando esté en el tren o cuando esté instalado en casa de Mel. O tal vez no llegues a leerla nunca, porque la habrás roto, no queriendo saber nada más de mí. Que lo entiendo, que soy un idiota y un cobarde, pero necesitaba estar lejos de ti, tanto como lo necesitas estar tú de mí. Por eso me vuelvo a la ciudad donde he crecido. No tengo ni idea de lo que va a ser de mí a partir de ahora, ya sabes que no me queda nadie de mi sangre, así que estoy un poco cagado. Me gustaría poder encontrarme con mis padres verdaderos y preguntarles por qué me abandonaron y cómo son capaces de dormir por las noches, pero, por otra parte, no quiero saber nada de ellos; les importo una mierda.

Ahora voy a lo verdaderamente importante. Conocerte ha sido la puta hostia, en serio. Eres una tía genial, que ha conseguido enamorar al tío más gilipollas del mundo. No sé cómo lo has hecho y tampoco cómo has sido capaz de soportarme durante tantos meses con lo cabezota que soy. Has cambiado mi vida completamente y me has enseñado que el amor existe de verdad, aunque a veces no acabe con finales felices (esto suena muy cursi, creo que voy a romper esta carta y voy a escribirte otra).

Quiero que sepas que me alegro de haberte conocido y que me has hecho el imbécil más feliz del planeta mientras he estado contigo. Pero ahora me duele que no estemos juntos y que estés rehaciendo tu vida con otra persona. Me dolió verte reír y besarte con él, porque todo lo que siento por ti no se ha ido; sigo jodidamente enamorado, por eso no puedo estar cerca de ti. No quiero olvidarte, pero necesito hacer algo para que todo esto me duela menos y que se convierta en un bonito recuerdo. Espero que Diego te haga feliz, porque te lo mereces. Aunque nunca lo he admitido, sé que es un buen tío y te tratará bien. Pero eso sí, como yo me entere de que te hace daño, mejor será que se vaya despidiendo de sus pelotas, porque se las cortaría y se las pondría de corbata.

Bueno, espero que no te estés aburriendo con todo lo que te estoy soltando, porque hace rato que se me ha metido algo en el ojo y tengo lágrimas por la cara. No estoy llorando, eh. Yo no lloro nunca, y lo sabes, aunque hayas sido la persona que más me ha visto de esa forma.

Te voy a decir una cosa: cumple tus sueños. No dejes que nadie te diga lo que tienes que hacer. Si quieres estudiar Derecho, hazlo, pero sólo porque tú quieres y no porque quiera tu madre. Si quieres dedicarte toda tu vida a pintar (que eres buena y tienes mucho talento, lo sé), pues hazlo. Si quieres salir en bolas a la calle, también hazlo, pero ten cuidado, que hay muchos salidos. Yo intentaré conseguir mis sueños con la música. Deséame suerte.

Antes de despedirme del todo, quiero que sepas que en casa de Tania hay una cosa para ti, que sé que te gustará y que le cogerás cariño enseguida. Venga, que te doy una pista: me ha arañado en el dedo meñique.

Y dicho todo esto, ha llegado el momento de decirte hasta luego, porque espero poder encontrarme contigo por casualidad en algún sitio dentro de un tiempo; me encantará saber de ti.

Cuídate, Ari.
Álvaro.

* * *

Cuatro meses después...

—¿A dónde te apetece ir a comer mañana? ¿Pizzería o mexicano?

—¿Mexicano? ¿Me quieres matar de una diarrea o qué?

—Vale, entonces pizza.

—¿Y Dylan? —pregunto. No es que me muera de ganas de salir a comer, precisamente.

—Con sus abuelos. —Diego sonrío y me da un beso. Estamos tumbados en mi cama, desnudos y abrazados—. Voy a casa para ver cómo está el hombrecillo. Mañana te veo. —Me vuelve a dar un beso y se levanta.

Me quedo mirando el lunar que tiene en la nalga derecha. Lo adoro. Observo cómo mi novio se viste; después se despide de mí con otro beso y se

marcha de mi habitación. Salgo de mi cama y enciendo el portátil, que se encuentra en mi escritorio. Mientras espero a que se cargue, me visto con lo primero que pillo y me pongo a acariciarle la barriguita a Coco, el gato que me regaló Álvaro cuando se fue a Madrid. Es de raza esfinge, color gris y ojos verdes. Tania y él se lo encontraron dentro de una caja, al lado de un contenedor de basura unos días antes de dármele. A mi madre no le hizo mucha gracia cuando me lo traje, más bien se asustó de verlo con tanto pellejo y sin pelo.

Y Moon... Bueno. La muy energúmena apareció en mi tejado hace un mes, con un collar que ponía «Michi»; al parecer me estaba siendo infiel con otra familia.

Cuando el ordenador termina de arrancar, me meto en el buscador de Google y entro en la página web donde se va a decidir mi futuro. Escribo mi DNI y le doy a continuar.

Respiro hondo y miro lo que ha salido.

Ariadna LeBlanc López

-Universidad de Málaga: Grado en Derecho. ACEPTADO.

-Universidad de Málaga: Grado en Bellas Artes. ACEPTADO.

Tenía la esperanza de que, por lo menos, no me cogieran en uno de los dos. Ahora tengo que decidir con cual me quedo. Creo que, eligiendo alguno, me arrepentiré de no haber escogido el otro. Si cojo Bellas Artes, a mi madre le daría un infarto, y si elijo Derecho, no sé lo que será de mi vida.

Vale, para despejarme, voy a ver vídeos de YouTube. Ya tomaré la decisión mañana. O pasado mañana.

Me meto en mi cuenta y pincho en «Suscripciones», donde salen los vídeos que han subido los canales a los que estoy siguiendo. Abro los ojos como platos al ver uno de ellos. Es del canal de Álvaro, donde subió aquel vídeo de la canción *Emocional*, declarándose en mi cumpleaños; vídeo que por cierto, ya no existe.

Le doy a reproducir y aparece Álvaro con su guitarra, en su habitación del piso de Mel. Es una *cover* de la canción *Impossible*, de James Arthur. Lo escucho al completo, embobada. Cómo se nota que la música es su vida entera. Me alegro mucho por él de que por fin haya decidido enseñarle al mundo entero su talento, subiéndolo a YouTube. Por supuesto, no he hablado con él desde que se fue; lo he borrado de las redes sociales por traidor y por

dejarme sola.

Vuelvo a reproducir el vídeo y estudio a Álvaro con detenimiento. Se le nota triste, pero disfrutando de la música. Está igual que siempre, aunque le ha crecido el pelo y lleva barba de unos cuantos días. Se ha puesto un pendiente en la oreja derecha, y me sorprende al ver un tatuaje en el brazo izquierdo, desde la muñeca hasta el pliegue del codo; son letras, pero no se distinguen bien. Y quiero saber lo que pone.

Después de ver varias veces el vídeo, sin éxito alguno para descifrar su tatuaje, cierro el portátil y decido salir un rato a correr antes de irme a dormir, algo que he estado haciendo durante los últimos cuatro meses. Me miro en el espejo y me doy cuenta de que he adelgazado un poco. No es que yo haya querido hacerlo (bueno, en parte sí), pero he estado demasiado ocupada en otras cosas como para preocuparme en comer de manera adecuada. Entre el instituto, estudiar para la selectividad, los nervios, la elección de la carrera, los atracones de comida, vomitar, la marcha de Álvaro y todo lo que ha pasado con Diego, estar saludable física y mentalmente se ha convertido en algo imposible en mi vida. Observo el tatuaje de estrellita de mi muñeca y paseo mis dedos por él, planeando una cosa.

Salgo de casa y me voy hasta el parque más cercano que hay. Son casi las once de la noche y no hay gente por aquí, algo que me parece raro, porque siempre hay un par de personas paseando o haciendo *footing*. Empiezo a correr a paso lento, para después aumentar la velocidad. La verdad es que me da un poco de miedo estar sola tan tarde, pero no pasa nada; no creo que ningún loco aparezca de repente y me rapte.

Cuando llevo corriendo veinte minutos, me obligo a pararme porque me encuentro algo mareada. Respiro hondo y, cuando creo que ya estoy en condiciones para continuar, vuelvo a correr, pero esta vez disminuyendo el paso. Sin embargo, mis oídos oyen pisadas detrás de mí. Me doy la vuelta, pero no veo ninguna silueta de alguien cerca. Son paranoias mías. Continúo corriendo, pero sigo oyendo pasos, así que aumento la velocidad; una velocidad que está muy por encima de lo que yo corro habitualmente.

—¡Ari, espera! —Es la asquerosa voz de Ale.

Me detengo y me giro; enseguida me alcanza. También ha venido a correr porque la delata su vestimenta de deporte.

—Hola —la saludo, seca.

—¿Corremos juntas? Has estado desaparecida estos meses. Me encantaría que nos pusiésemos al día.

Finjo una sonrisa.

La odio.

A ella y a Álvaro.

—¿Para qué? No somos amigas —le respondo con desdén—. Tú te encargaste de eso.

Y huyo lo más rápido que puedo de ella, dejándola con la palabra en la boca.

Tras otro largo rato corriendo y con mi cabeza dándome la brasa, me falta el aire. Necesito parar. No, no necesito parar. Tengo que seguir.

Mis piernas reducen la velocidad sin que yo les haya dado permiso, la cabeza me empieza a dar vueltas, haciendo que la vista se me nuble, y el pecho me duele muchísimo. Decido coger el autobús para calmarme y me bajo en la parada que hay cerca de la playa secreta. Cuando me siento sobre la arena, saco del bolsillo de la sudadera una cajita y mi botella de agua, y rezo para que esta vez no me interrumpa nadie. Me tomo todas y cada una de las pastillas y espero a que hagan efecto, tumbada y con los ojos cerrados.

No sé cuánto tiempo pasa cuando escucho a alguien llamarme por mi nombre pero de manera lejana. Intento abrir los ojos, aunque no logro enfocar la vista. Tengo la sensación de que el corazón me late despacio y siento cómo con el paso de los segundos, todo mi cuerpo deja de funcionar.

Ya sí que es verdad que de esta no salgo.

¿Me estoy muriendo?

No, no puedo estar muriéndome. Estoy arrepentida, pero ya creo que es demasiado tarde.

¡Maldita sea, soy una gilipollas! ¡No quiero morir!

—Eres tonta del culo si piensas que voy a dejar que te mueras —me dice una voz familiar.

Definitivamente, estoy con un pie puesto en el otro barrio.

Capítulo 75

John

—Vamos, no podéis estar haciéndome esto —les digo a mis padres—. Dentro de poco es el cumple de Chris.

—John, no necesitas ir a España ahora. Ya lo verás cuando hagas la selectividad —me responde mi madre, que la estoy intentando convencer para que me deje pasar unos días en Madrid, junto a Chris y Álvaro, pero no da su brazo a torcer—. Con la cantidad de chicas guapas que hay en Italia.

—O chicos guapos... —interviene Toni tumbado en el sofá, entretenido con su móvil.

—Mamá, por favor... Prestadme el dinero para el billete —le suplico, y miro a mi padre, que contempla tan tranquilo la escena, sentado a la mesa—. Papá, di algo.

—Nos lo pensaremos.

Mi madre ladea la cabeza hacia mi padre, como si fuera la niña del exorcista, y niega de lado a lado, indignada.

—No hay nada que pensar —le espeta a mi padre, y me vuelve a mirar para señalarme con el dedo—. Suspendiste la selectividad en junio por estar haciendo el tonto con ese chico. No te voy a dar el dinero para que andes pecando ante los ojos de Dios.

Suelto un bufido. Por supuesto, la religión, según ella, está por encima de todo.

Sin embargo, para mí ya no. Chris es más importante. Llevo casi un mes sin verlo y necesito estar con él el día de su cumpleaños.

—Amén —suelta mi hermano, pero lo ignoramos, y yo continúo discutiendo con mi madre.

—Soy mayor de edad. Puedo hacer lo que quiera.

Mi madre finge una sonrisa y se cruza de brazos.

—¿Y con qué dinero? No estás trabajando y dependes de nosotros. Tu universidad no se va a pagar sola. Deberías sentirte agradecido.

—¡Eso me ha dolido hasta a mí, *merda!*—exclama Toni, que aún se le nota afectado por lo que le ocurrió a Ari hace un mes. En realidad a todos nos

ha afectado.

—Toni. —Mi padre le dedica una mirada de advertencia a mi hermano.

—Estoy practicando el idioma.

Quiero irme de aquí. Nadar hasta España sería más fácil que intentar convencer a mi madre para que me pague el billete.

—No quiero que vuelvas a sacar el tema de irte a Madrid, ¿entendido? —
sentencia.

No digo nada. Sólo respiro hondo, me trago el nudo de la garganta y me marcho fuera de casa para tomar el aire.

No sé cómo le voy a contar a Chris que al final no puedo ir a verlo por su cumple. Se está tirando lo que queda de verano en el apartamento de Álvaro en Madrid, y en septiembre se vuelve a Málaga para empezar la universidad; yo tengo que hacer de nuevo la selectividad y elegir una carrera para estar allí, porque mis padres me dan permiso para vivir en Málaga, siempre y cuando esté estudiando.

Lo único que me queda por hacer es rezar, así que lo primero que hago es acercarme a la iglesia y me pongo a hablarle al Señor.

—Por favor, envíame desde tu cielo un billete de avión hacia Madrid, te lo suplico. O haz que mi madre entre en razón y me respete —le pido juntando las manos.

Si Chris estuviera viéndome ahora mismo, me diría que estoy muy ridículo hablándole a una estatua. Siempre me han hecho mucha gracia sus comentarios acerca de la religión, pero nunca los ha dicho para molestarme. Sé que me respeta, al igual que yo a él, aunque no sea creyente. Me encanta que seamos como el agua y el aceite.

—¿Qué haces, John? —me interrumpe la voz de Giovanni, mi mejor amigo desde que era pequeño.

Me doy la vuelta hacia él.

—Estoy pidiéndole a Dios un milagro para que mi madre me deje ir a Madrid por el cumple de Chris.

—Creo que necesitas más que un milagro. Adoro a tu madre, pero tiene la mente muy cerrada.

—Lo sé. —Suelto un suspiro y decido cambiar de tema—. ¿Quieres que te enseñe lo que se supone que le voy a regalar a Chris si consigo irme?

Giovanni asiente y saco una cajita del bolsillo de mis vaqueros, que la abro y le muestro lo que hay dentro; después le explico lo que voy a decirle a Chris.

—Es bonito —comenta.

—¿Tú crees que le va a gustar? ¿O piensas que va a salir corriendo?

Mi amigo ahoga una risita.

—Si resulta que Chris es parecido a ti con respecto a estas decisiones, pues creo que va a huir lo más lejos posible.

Tengo que reflexionar un instante para pillar lo que acaba de soltar por la boca.

—Yo no huí —replico—. Me mudé con mi familia a España. Además, todavía éramos unos niños para saber lo que queríamos.

—Claro que huiste. Teníamos doce años, no éramos tan niños —me contesta con expresión dolida—. Te besé y saliste corriendo despavorido; estuviste sin hablarme todo ese tiempo, hasta que un mes después me enteré de que te habías ido.

—Eso es pasado —me defiendo, y me guardo la cajita con la intención de volver a mi casa otra vez—. Y ahora, si me disculpas, tengo que seguir convenciendo a mis padres para visitar a mi novio.

Me marcho de la iglesia, encaminándome hacia mi casa y, cuando llego, mi padre me detiene frente a la puerta, impidiendo que entre.

—Toma, hijo. —Me tiende un sobre—. Para que te vayas a Madrid. No te he comprado el billete de vuelta para que ya te quedes en España. Pero no le vayas a decir nada a tu madre; ya me encargaré yo de explicárselo cuando estés subido al avión.

Le quito el sobre y lo abro, ilusionado, encontrándome con mi felicidad.

—Muchas gracias, papá.

* * *

—Ni se te ocurra soltarme, pedazo de idiota —me susurra Chris mientras nos abrazamos en mitad del aeropuerto.

—Te he echado de menos, bebé —le digo. Me separo de él y poso mis manos en su rostro para mirarlo a los ojos—. Felicidades, cariño.

—Ahora mismo, el día de mi cumpleaños acaba de tener sentido.

Esbozo una sonrisa y oímos un carraspeo a nuestro lado. Ladeamos la cabeza hacia Álvaro, que está de brazos cruzados y contemplándonos con una sonrisa.

—Bueno, ¿nos piramos o qué demonios hacemos?

Me separo de mi novio y me acerco a Álvaro, para después abalanzarme

sobre él y achucharlo entre mis brazos.

—Eres el mejor amigo del mundo —le digo.

—¡Quita, quita! —se queja intentando zafarse de mí—. Otro que me intenta pegar sus homosexualidades.

Chris comienza a desternillarse viendo la escena y yo me uno a él cuando Álvaro se libera de mí.

—Vámonos ya, *tontolitos*, que está la tartana de coche de Mel esperándonos.

Nos marchamos del aeropuerto; Chris y yo entrelazados de la mano, felices, y Álvaro caminando delante de nosotros, llevando mi maleta. Cuando llegamos al coche de Mel, que está para llevarlo al desguace, me encuentro con una chica con el pelo pintado de rosa en el asiento del copiloto. Es la famosa Ale, que la vi en la estación de tren cuando Álvaro se vino a Madrid, y últimamente no he parado de verla en fotos de Facebook. Son sólo amigos y Álvaro no quiere nada con ella ni con nadie después de lo ocurrido con Ari, que no para de culparse a sí mismo.

Mi amigo coloca mi macuto en el maletero y nos dirigimos hacia su apartamento. En cuanto llegamos, Tomate viene a recibirnos moviendo su cola y sacando la lengua.

—Venid. —Álvaro nos guía hasta el dormitorio y nosotros lo seguimos—. Este va a ser vuestro nidito de amor. Ale y yo dormiremos en el salón con el maravilloso aire acondicionado. Tenéis condones en la mesita de noche para no quedaros embarazados.

Paseo mi vista por la habitación, donde hay una cama de matrimonio en el centro, y sobre ella descansan pétalos de rosas formando un corazón. A cada lado se encuentra una mesita de noche, a la derecha un armario de madera, y a la izquierda está la ventana.

Chris se ríe a mi lado.

—¿Pétalos de rosas? —inquire mirando a nuestro amigo y a Ale—. ¿Para eso me habíais pedido que esperara fuera antes de irnos al aeropuerto?

Los dos asienten.

—Es romántico —comento—. Muchas gracias.

Después, Álvaro y Ale nos dejan solos en la habitación.

—¿Qué tal en casa? —le pregunto a Chris mientras deshacemos mi maleta.

Él se pone tenso y se sienta sobre la cama; yo paro de sacar camisetas y me coloco a su lado para que me cuente lo que sea que se le esté pasando por

la cabeza. Según lo que sé, su padre había dejado de golpearle por arte de magia, pero deduzco, por la expresión de Chris, que ha estado ocultándomelo para que no me preocupara mientras estaba lejos de él.

—Mal. A mi madre la han mandado a otro hospital. Se va a otra ciudad con mi hermana y se va a separar de mi padre —me explica con la vista clavada en el suelo—. Siento que yo tengo la culpa de todo. He decidido no denunciarle, porque, al fin y al cabo, es mi padre, pero no voy a seguir viviendo bajo su mismo techo, y con mi madre tampoco voy a irme porque me han admitido en psicología y no pienso alejarme de mis amigos ni de ti. He encontrado un piso cerca de la universidad... Podríamos vivir juntos allí... Si tú quieres, claro.

Lo obligo a mirarme, sujetándolo de la barbilla, y me pierdo en sus bonitos ojos azules.

—Bien, voy por partes —le digo—. Primero: tú no tienes la culpa de nada, ¿vale? Si no quieres denunciar a tu padre, respetaré tu decisión, porque estás en todo tu derecho, pero me alegro de que te alejes de él. Y segundo... —Sonrío como un estúpido—. ¿De verdad estás preguntándome si quiero vivir contigo?

Chris fuerza una sonrisa.

—Es que no sé... Tengo miedo de que te vuelvas a Italia.

—Eso no va a pasar. Aprobaré la selectividad y me meteré en la carrera que sea.

—¿Ya has decidido qué quieres estudiar? —me pregunta con curiosidad.

No tengo ni idea, porque en septiembre ya están casi todas las plazas ocupadas; sólo quedan algunas en las carreras que nadie quiere. Pero tampoco sé muy bien qué me gusta; no es algo que pueda decidir con dieciocho años a la ligera. Saber que me voy a dedicar toda mi vida a tal profesión, me quita las ganas de todo. ¿Cómo cree la gente que podemos decidir algo así si todavía estamos en pañales?

—Aún no lo sé —respondo, y suelto un suspiro—. Madurar es una mierda.

Chris apoya su cabeza en mi hombro.

—Lo sé, pero nos tenemos el uno al otro. Madurar juntos será menos mierda —me susurra, y le doy un beso en la cabeza—. Te quiero, bebé.

—Te quiero.

* * *

Álvaro, Ale, Mel, Sergio, Chris y yo nos hemos venido al embarcadero del Retiro para pasar la tarde, y esta noche celebraremos el cumple de Chris por todo lo alto. Mi novio y yo hemos alquilado una barca para navegar, y yo me encuentro remando por el agua en plan romántico, para hacer una cosa que tengo en la mente.

Dejo de remar, me acerco a Chris y le planto un beso en los labios. Sentimos que algo se choca contra nuestra barca y damos un respingo.

—Ups... Perdón. No os habíamos visto, *tontolitos* —suelta Álvaro con sonrisa burlona, subido en otra barca junto a Ale.

—Álvaro, no los molestes —replica ella.

—Es que se ha puesto celoso porque estoy en una especie de cita romántica con John —interviene Chris, y yo suelto una carcajada.

—Ya quisieras, Cristiano —le espeta él—. Por mí como si te caes al agua con tu Jesucristo.

—Nos salvarías —comento yo, divertido.

Mel y Sergio se acercan a nosotros con otra barca.

—¿Qué hacéis, parejitas? —quiere saber Mel.

—Esto es una mierda. Mi rubia debería estar en esta barca en vez de la chalada de Mel, que no hace otra cosa que protestar —se queja Sergio, malhumorado, y mira a Álvaro—. Tú, te reto a una carrera con las barcas y así dejamos en paz a la parejita de *tontolitos* para que se den amor.

—¡Ni de coña! —exclaman Mel y Ale al unísono.

—Acepto —dice Álvaro retando a Sergio con la mirada; después sus ojos se posan en Ale—. Pelochicle, agárrate fuerte, porque le vamos a pegar una paliza a estos dos subnormales.

Segundos después, comienzan la carrera como si fueran niños de preescolar, y Chris y yo los miramos negando con la cabeza.

—Creo que ha llegado el momento de darte tu regalo —le digo a Chris, que me contempla con la ceja enarcada.

—¿Un regalo? ¿Aquí? ¿En mitad de un embarcadero? ¿Te crees que estás en una película de romance? —inquire en tono burlón—. Espero que sea la pizza que te llevo encargando durante meses.

Esbozo una sonrisa.

—Siento defraudarte, pero no es la pizza.

—¿Entonces? —Se lleva la mano a la boca para empezar a comerse las uñas.

Maldita sea, aún no se le ha quitado esa manía. Aunque está muy guapo cuando lo hace.

Libero la cajita que contiene su regalo del bolsillo de mis vaqueros y se la tiendo.

—Ábrelo, bebé.

Se hace con ella y la abre. Su expresión dibuja una mueca de sorpresa mezclada con terror, al encontrarse con el anillo; después su mirada azulada y brillante se posa en mí.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Carraspeo y me armo de valor para pronunciar las palabras que llevo ensayando en mi mente desde hace mucho tiempo.

—Christian Castillo Becker, ¿quieres casarte conmigo?

Sus ojos tan abiertos no paran de mirarme por lo pasmado que se ha quedado; su deliciosa boca está tan abierta que me recuerda a la que sale en el cuadro de *El grito*, y su pecho sube y baja con rapidez.

Este es capaz de desmayarse y caerse al agua.

Finalmente, de sus labios nace una palabra que consigue romper mi interior en pedazos:

—No.

Sobre la autora

Gema Martín Muñoz nació el 25 de julio de 1995 en Almuñécar (Granada) y estudió el grado de psicología por la UNED. Le apasiona la lectura y escritura desde que tiene uso de razón y administra un blog donde publica reseñas literarias. En Julio de 2016 empezó a compartir sus historias en Wattpad, que tuvieron muy buena acogida entre los lectores. En octubre de 2018 decidió autopublicar en Amazon su novela *Entre las nubes y las estrellas*, que es la primera parte de una trilogía. Actualmente, continúa creando historias para seguir emocionando con sus palabras y no se imagina un futuro sin la escritura.

Instagram: [gema_martin_munoz](https://www.instagram.com/gema_martin_munoz)

Twitter: [GemaMartinMunoz](https://twitter.com/GemaMartinMunoz)